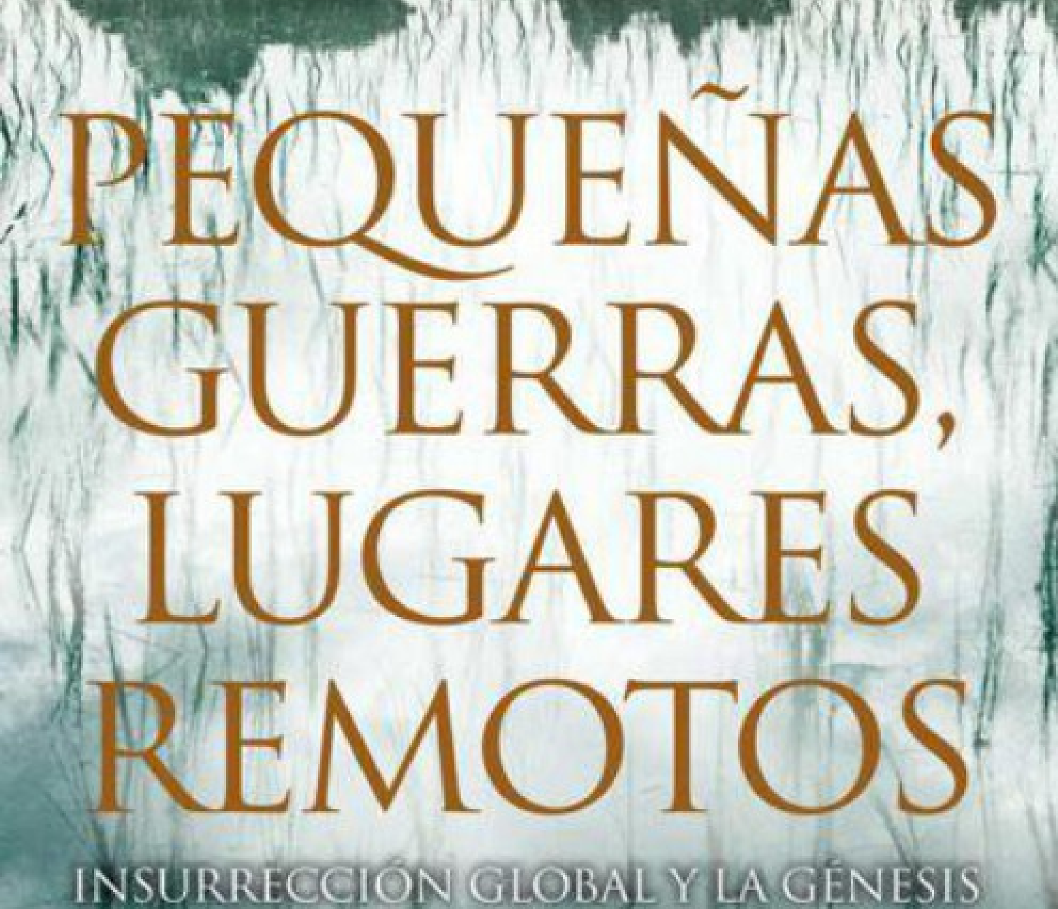
MICHAEL BURLEIGH



PEQUEÑAS GUERRAS, LUGARES REMOTOS

INSURRECCIÓN GLOBAL Y LA GÉNESIS DEL MUNDO MODERNO

taurus

MICHAEL BURLEIGH

Pequenas guerras, lugares remotos

Traducción de Sandra Chaparro Martínez

Taurus

Sinopsis

El final de la Segunda Guerra Mundial no supuso el comienzo de la paz, sino la transición a conflictos con una localización más lejana derivados de un choque de ideologías más amplio. La caída de los imperios coloniales occidentales tras la Segunda Guerra Mundial conllevó un gran número de feroces luchas por el poder cuyas sangrientas consecuencias nos persiguen todavía hoy.

Michael Burleigh, uno de los más aclamados historiadores contemporáneos, nos lleva de la mano en un viaje histórico desde Palestina hasta Pakistán, desde Cuba hasta Indochina, y cuestiona la historia de la segunda mitad del siglo xx al obligarnos a mirar más allá de la Guerra Fría para centrarnos en las guerras calientes que aún hoy seguimos padeciendo. El resultado es una obra deslumbrante, que examina la muerte del colonialismo y el origen de muchos de nuestros problemas actuales.

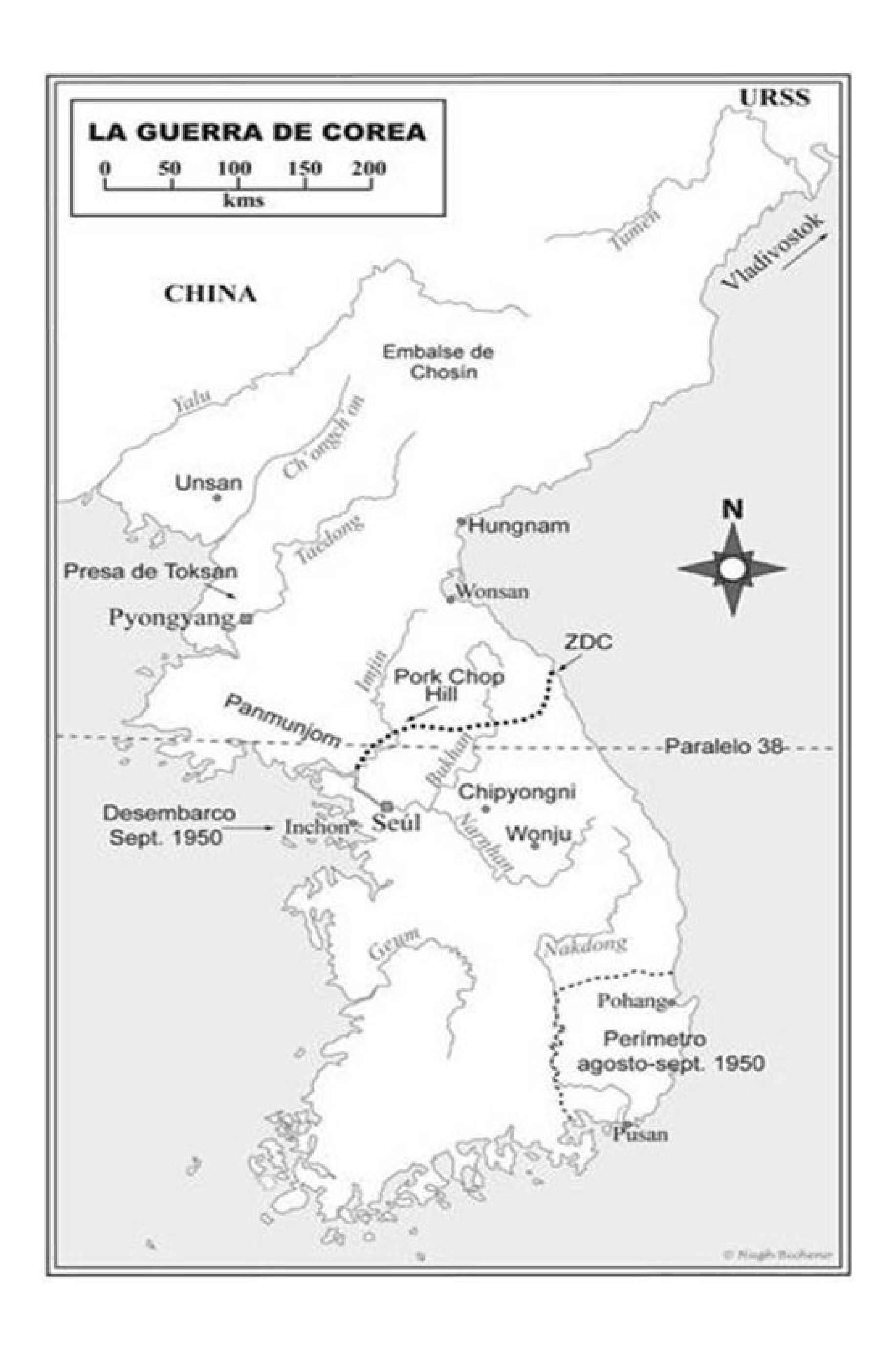
Título Original: *Small wars and far away places*
Traductor: Chaparro Martínez, Sandra
Autor: Burleigh , Michael

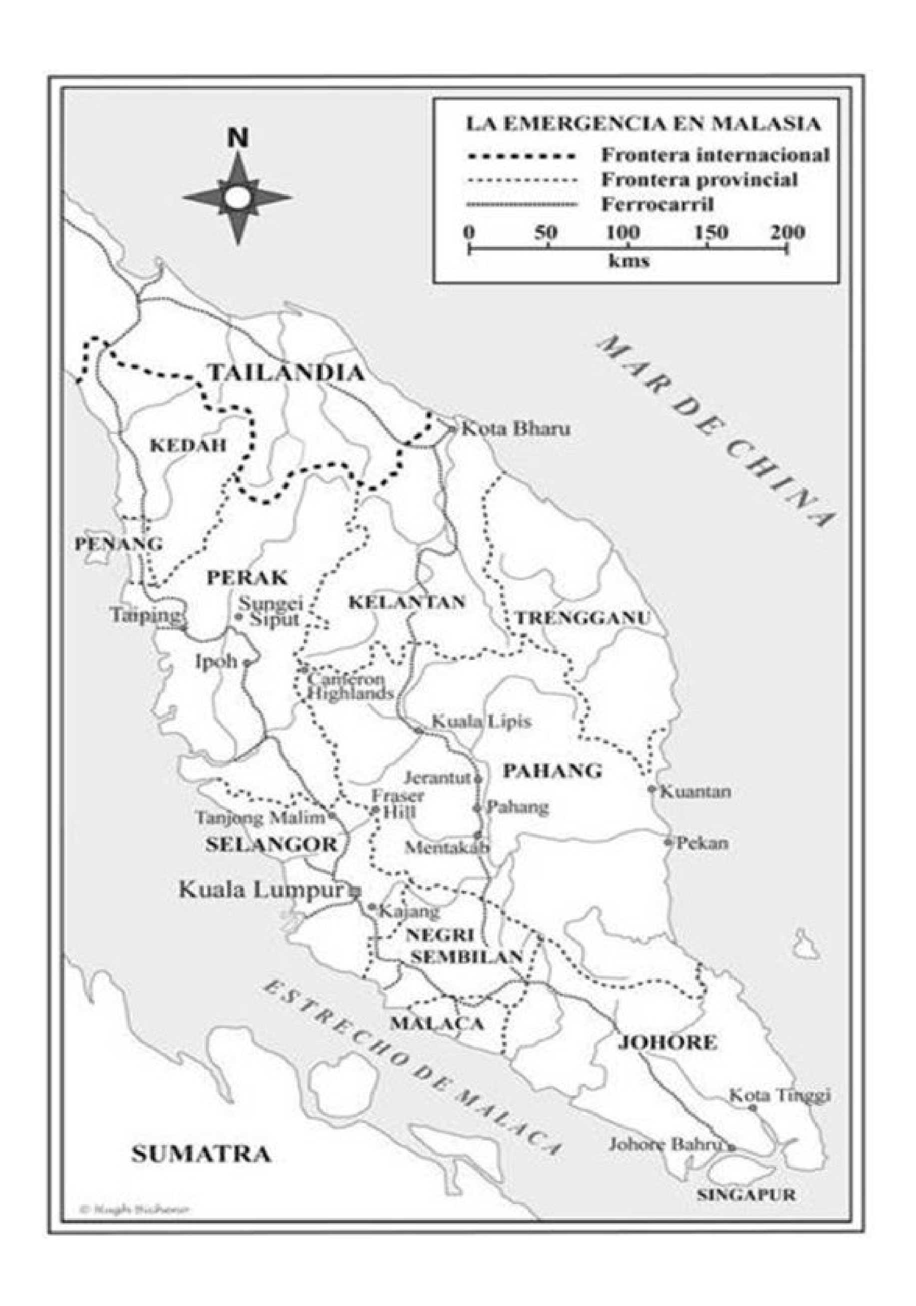
ISBN: 9788430609598
Generado con: QualityEbook v0.73

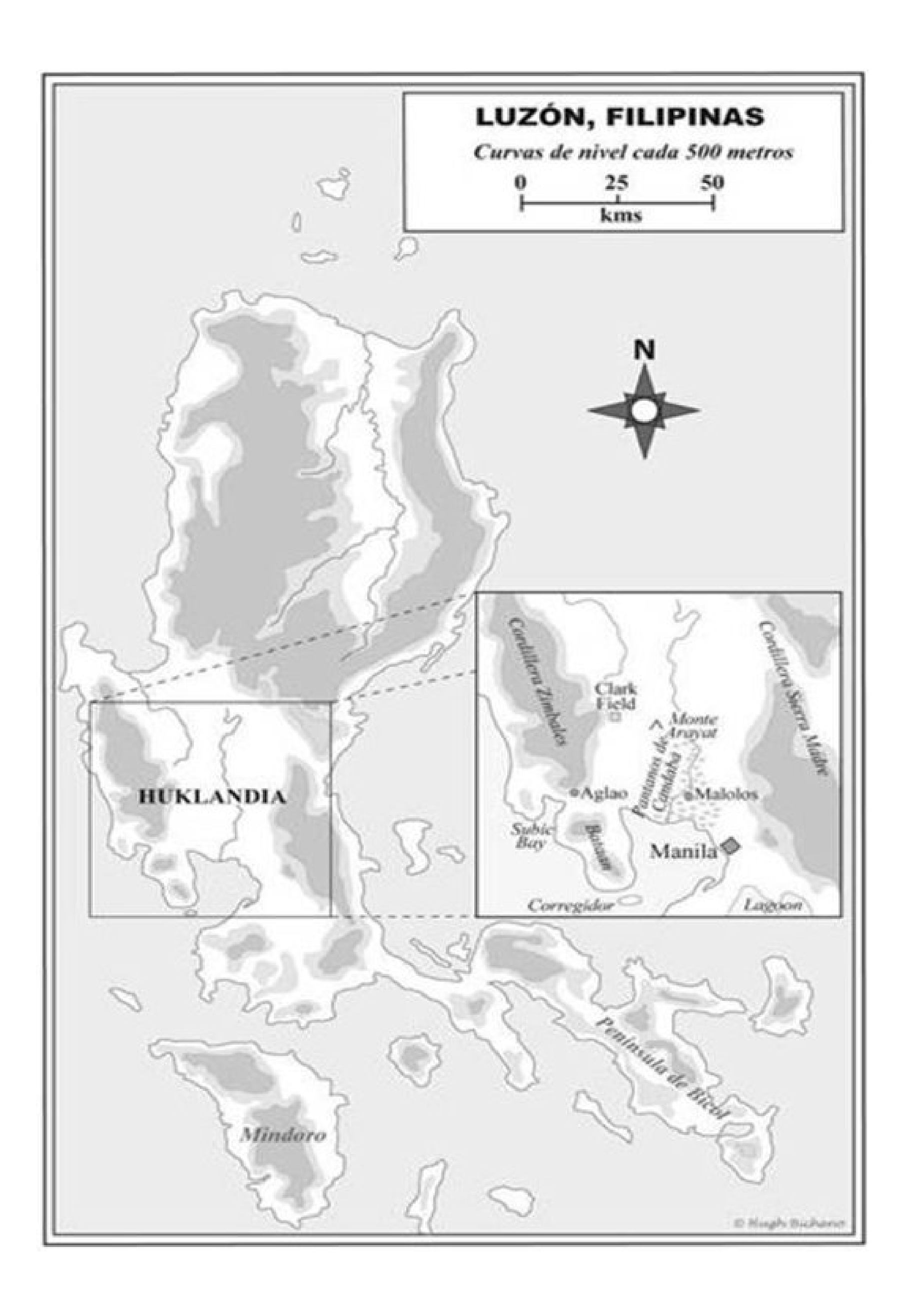
Pequeñas guerras, lugares remotos

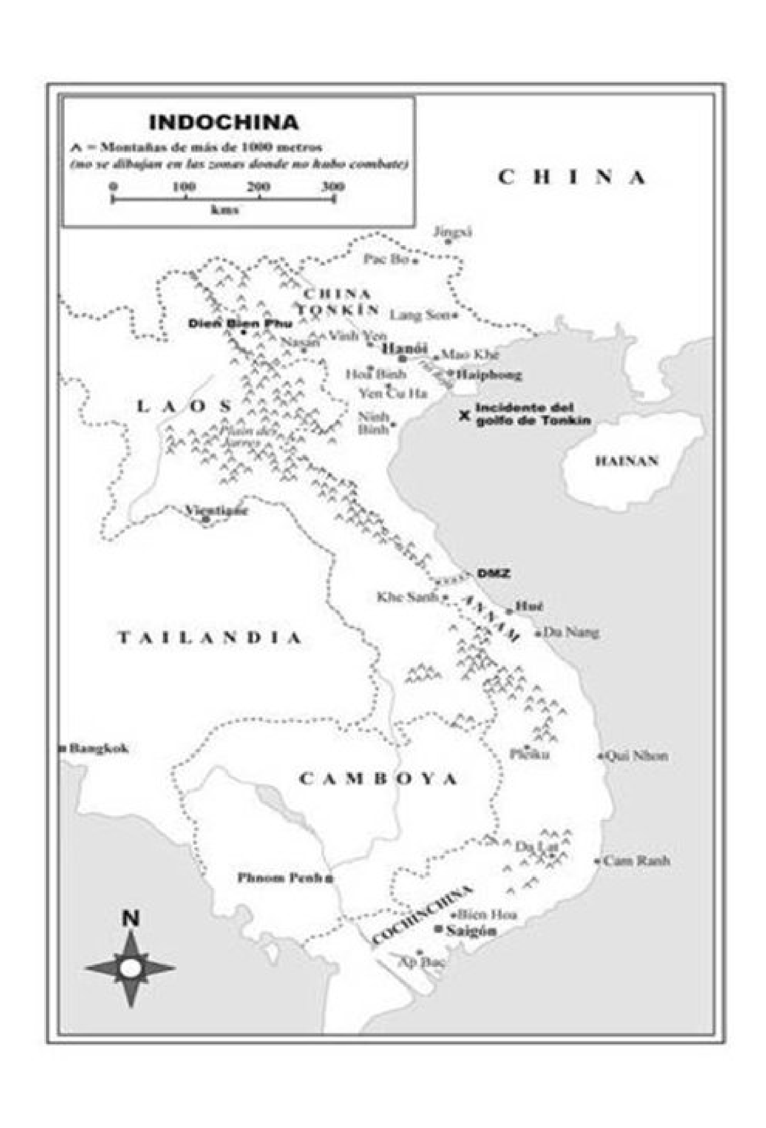
Michael Burleigh ÍNDICE

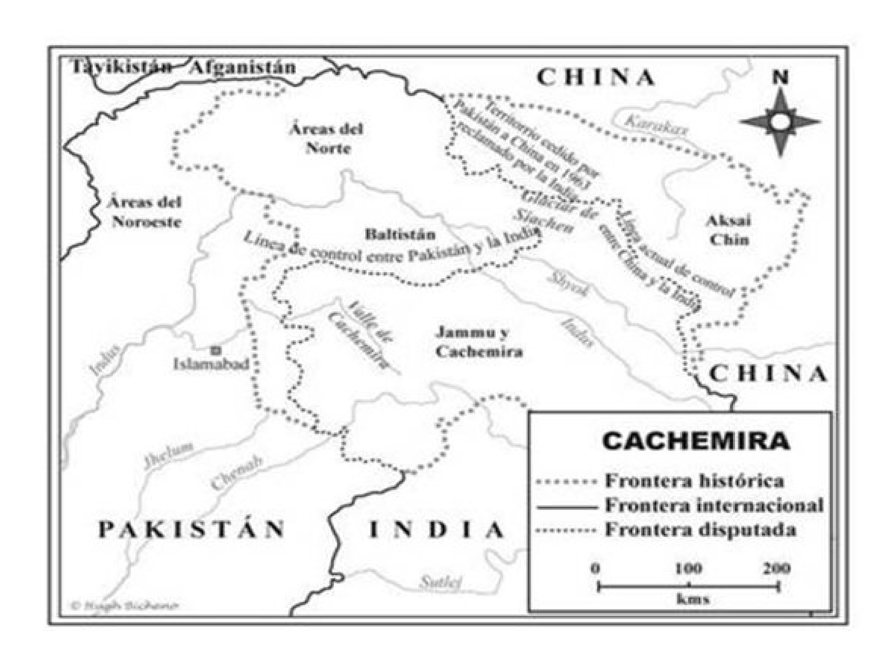
Para Vidia y Nadira Naipaul,
Nancy Sladek y Andrea Chiari-Gaggia

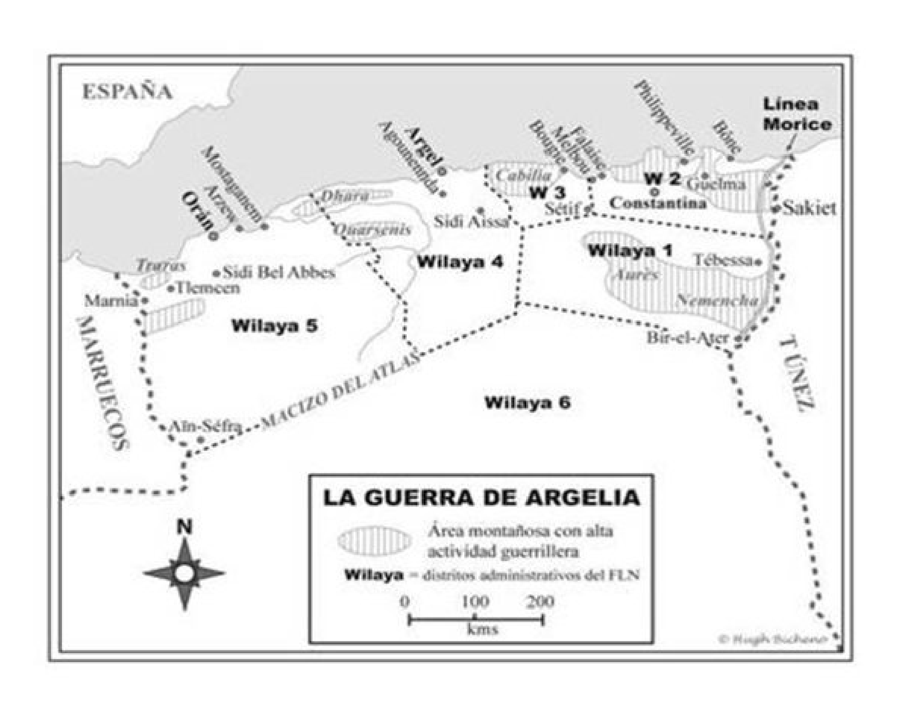

LA GUERRA DE COREA
0
50
100
150
200
kms
URSS
CHINA
Tumen
Vladivostok
Embalse de Chosín
Yalu
Ch'ongch'on
Unsan
Taedong
Hungnam
N
Presa de Toksan
Wonsan
Pyongyang
ZDC
Imjin
Pork Chop Hill
Panmunjom
Paralelo 38
Bukhan
Chipyongni
Desembarco Sept. 1950
Inchon
Seúl
Wonju
Namhan
Geum
Nakdong
Pohang
Perímetro agosto-sept. 1950
Pusan

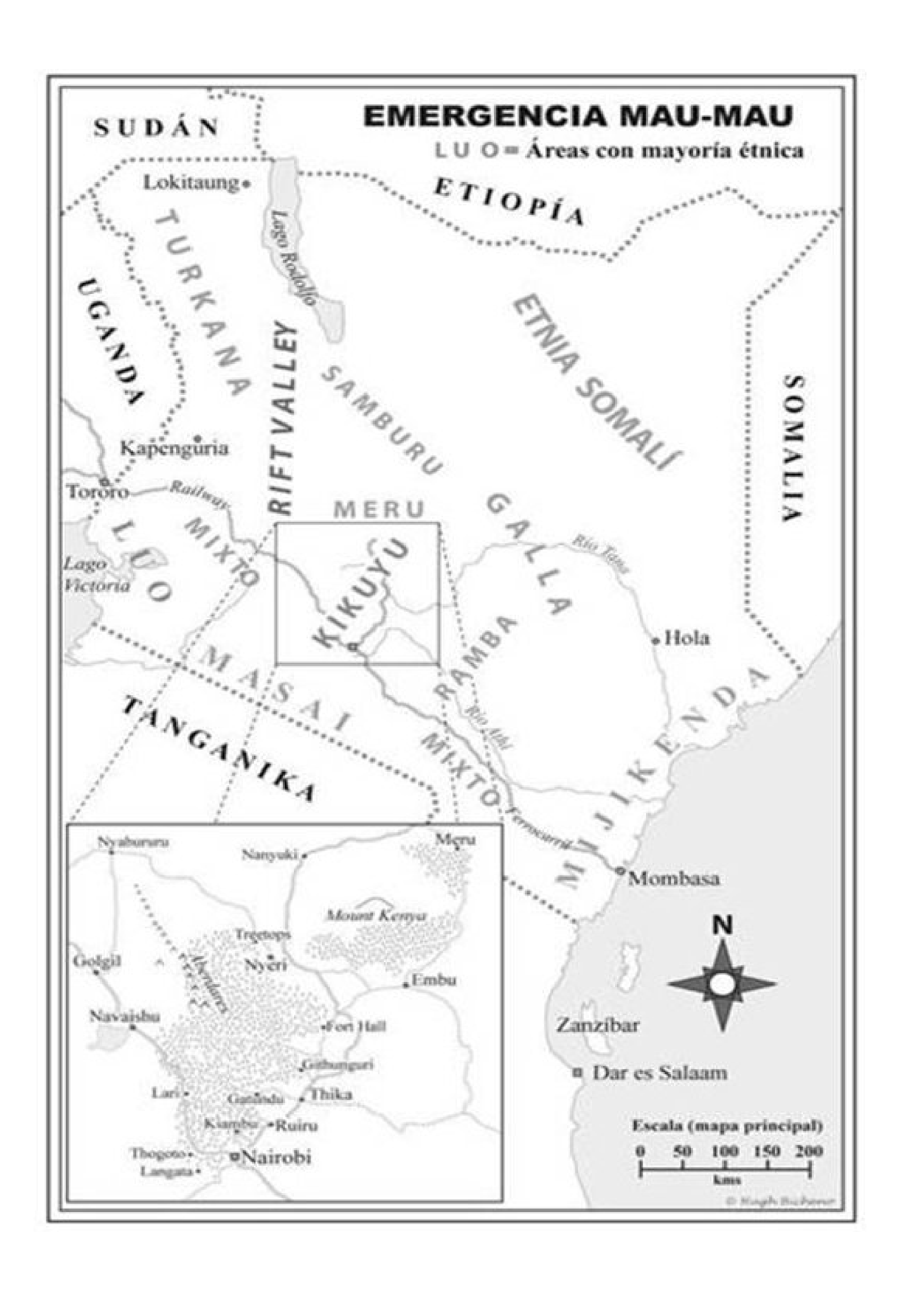

LA EMERGENCIA EN MALASIA
Frontera internacional
Frontera provincial
Ferrocarril
0
50
100
150
200
kms
N
MAR DE CHINA
TAILANDIA
Kota Bharu
KEDAH
PENANG
PERAK
Taiping
Sungei Siput
KELANTAN
TRENGGANU
Ipoh
Cameron Highlands
Kuala Lipis
Jerantut
PAHANG
Kuantan
Fraser Hill
Pahang
Tanjong Malim
SELANGOR
Mentakab
Pekan
Kuala Lumpur
Kajang
NEGRI SEMBILAN
ESTRECHO DE MALACA
MALACA
JOHORE
Kota Tinggi
Johore Bahru
SUMATRA
SINGAPUR

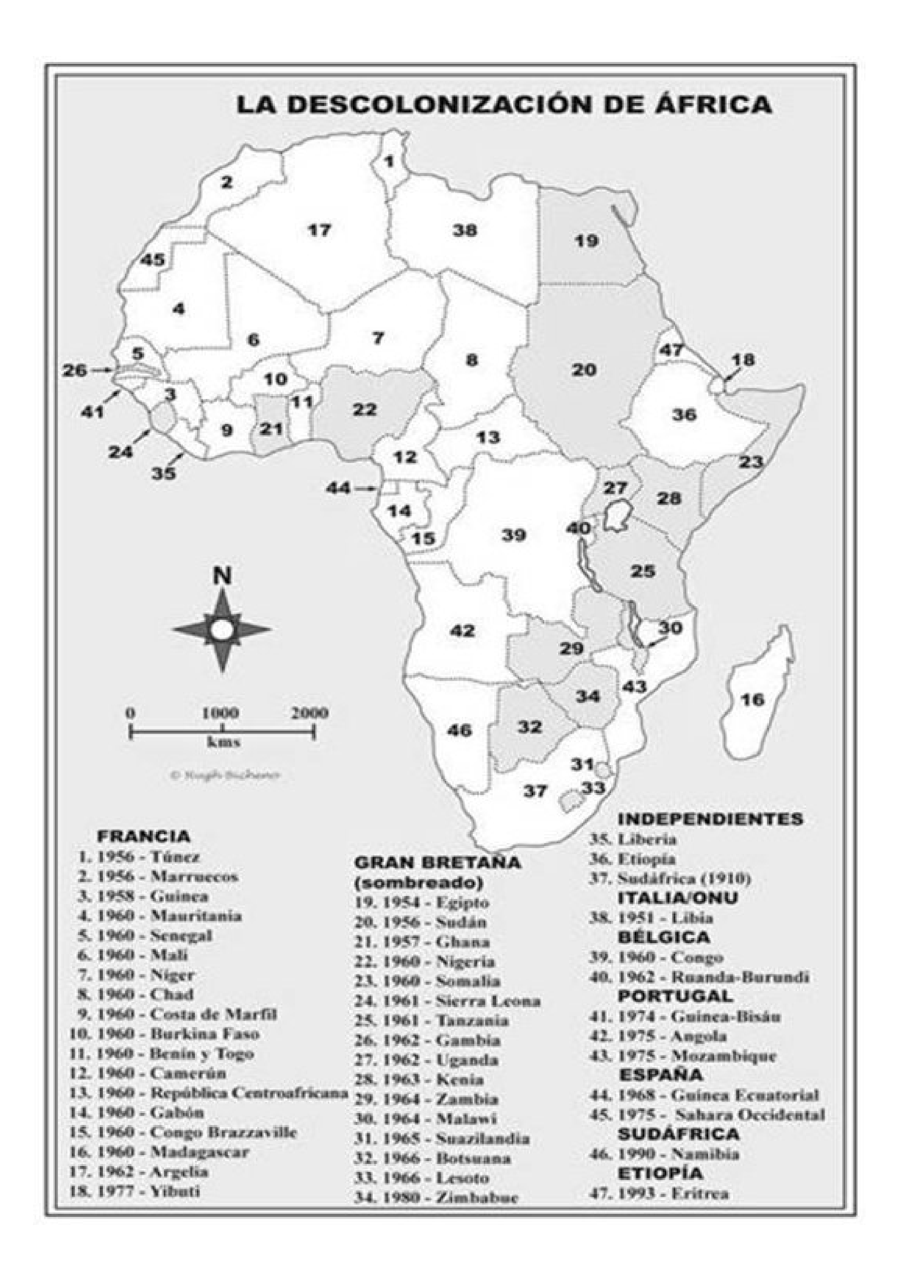

LUZÓN, FILIPINAS
Curvas de nivel cada 500 metros
0
25
50
kms
N
HUKLANDIA
Cordillera Zimbales
Clark Field
Monte Arayat
Pantanos de Candaba
Cordillera Sierra Madre
Aglao
Malolos
Subic Bay
Bataan
Manila
Corregidor
Lagoon
Península de Bicol
Mindoro


INDOCHINA
^ = Montañas de más de 1000 metros
(no se dibujan en las zonas donde no hubo combate)
0 100 200 300
kms
CHINA
Jingxi
Pac Bo
CHINA
TONKIN
Lang Son
Dien Bien Phu
Vinh Yen
Hanói
Mao Khe
Haiphong
Hoa Binh
Yen Cu Ha
LAOS
Ninh Binh
Incidente del golfo de Tonkín
HAINAN
Vientiane
DMZ
Khe Sanh
ANNAM
Hue
Da Nang
TAILANDIA
Bangkok
Pleiku
Qui Nhon
CAMBOYA
Da Lat
Cam Ranh
Phnom Penh
COCHINCHINA
Bien Hoa
Saigón
Ap Bac
N


Tayikistán
Afganistán
CHINA
N
Karakax
Áreas del Norte
Territorio cedido por Pakistán a China en 1963 reclamado por la India
Áreas del Noroeste
Glaciar de Siachen
Baltistán
Línea de control entre Pakistán y la India
Línea actual de control entre China y la India
Aksai Chin
Shyok
Valle de Cachemira
Indus
Jammu y Cachemira
Indus
Islamabad
CHINA
CACHEMIRA
Jhelum
Chenab
Frontera histórica
Frontera internacional
Frontera disputada
PAKISTÁN
INDIA
0
100
200
kms
Sutlej
© Hugh Bicheno


ESPAÑA
Philippeville
Línea
Morice
Bône
Argel
Agounennda
Bougie
Melbou
Falaise
Mostaganem
Arzew
Orán
Cabilia
W 3
W 2
Guelma
Dhara
Sétif
Constantina
Sakiet
Sidi Aissa
Quarsenis
Wilaya 1
Trarus
Wilaya 4
Tébessa
Sidi Bel Abbes
Aurès
Tlemcen
Marnia
Nemencha
Wilaya 5
Bir-el-Ater
MARRUECOS
TÚNEZ
MACIZO DEL ATLAS
Wilaya 6
Aïn-Séfra
LA GUERRA DE ARGELIA
N
Área montañosa con alta actividad guerrillera
Wilaya = distritos administrativos del FLN
0
100
200
kms
© Hugh Bicheno


EMERGENCIA MAU-MAU
L U O = Áreas con mayoría étnica
SUDÁN
ETIOPÍA
Lokitaung
Lago Rodolfo
TURKANA
UGANDA
RIFT VALLEY
SAMBURU
ETNIA SOMALÍ
SOMALIA
Kapenguria
Tororo
Railway
MERU
GALLA
Río Tana
LUO
MIXTO
Lago Victoria
KIKUYU
KAMBA
Hola
MASAI
TANGANIKA
Río Athi
MIXTO
MIJIKENDA
Ferrocarril
Mombasa
N
Zanzíbar
Dar es Salaam
Escala (mapa principal)
0 50 100 150 200
kms
Nyahururu
Nanyuki
Meru
Mount Kenya
Treetops
Gilgil
Aberdares
Nyeri
Embu
Navaisha
Fort Hall
Githunguri
Lari
Gatundu
Thika
Kiambu
Ruiru
Thogoto
Nairobi
Langata


LA DESCOLONIZACIÓN DE ÁFRICA
N
0
1000
2000
kms
FRANCIA
1. 1956 - Túnez
2. 1956 - Marruecos
3. 1958 - Guinea
4. 1960 - Mauritania
5. 1960 - Senegal
6. 1960 - Malí
7. 1960 - Níger
8. 1960 - Chad
9. 1960 - Costa de Marfil
10. 1960 - Burkina Faso
11. 1960 - Benin y Togo
12. 1960 - Camerún
13. 1960 - República Centroafricana
14. 1960 - Gabón
15. 1960 - Congo Brazzaville
16. 1960 - Madagascar
17. 1962 - Argelia
18. 1977 - Yibuti
GRAN BRETAÑA (sombreado)
19. 1954 - Egipto
20. 1956 - Sudán
21. 1957 - Ghana
22. 1960 - Nigeria
23. 1960 - Somalia
24. 1961 - Sierra Leona
25. 1961 - Tanzania
26. 1962 - Gambia
27. 1962 - Uganda
28. 1963 - Kenia
29. 1964 - Zambia
30. 1964 - Malawi
31. 1965 - Suazilandia
32. 1966 - Botsuana
33. 1966 - Lesoto
34. 1980 - Zimbabue
INDEPENDIENTES
35. Liberia
36. Etiopía
37. Sudáfrica (1910)
ITALIA/ONU
38. 1951 - Libia
BÉLGICA
39. 1960 - Congo
40. 1962 - Ruanda-Burundi
PORTUGAL
41. 1974 - Guinea-Bisáu
42. 1975 - Angola
43. 1975 - Mozambique
ESPAÑA
44. 1968 - Guinea Ecuatorial
45. 1975 - Sahara Occidental
SUDÁFRICA
46. 1990 - Namibia
ETIOPÍA
47. 1993 - Eritrea


CRISIS DE LOS MISILES 1962
Bases EE UU
A Homestead
B Key West
C Guantánamo
N
Houston
Nueva Orleans
Línea de interdicción de la cuarentena
Bases de misiles
1 San Cristóbal MRBM
2 Guanajay IRBM
3 Sagua la Grande MRBM
4 Remedios IRBM
Miami
A
B
Habana
1 2
3 4
Derribado el U-2
Bahía de Cochinos
Santiago
C
República Dominicana
Haití
México
Honduras británica
Jamaica
Puerto Rico
Guatemala
Honduras
MAR CARIBE
El Salvador
Nicaragua
Costa Rica
0 500 1000
kms
Venezuela
Panamá
Colombia
© Hugh Bicheno

INTRODUCCIÓN

DE LOS SALONES DE MOCTEZUMA A LA ZONA VERDE DE BAGDAD

En el momento culminante de la intervención en Irak, que ordenara el presidente George W. Bush en 2003, los espíritus audaces instaron a Estados Unidos a hacer lo que sugiriera Rudyard Kipling en 1890, tras la conquista relámpago por parte de Estados Unidos del imperio español de ultramar:

Asumid la carga del hombre blanco,
enviad por delante a los mejores,
enviad a vuestros hijos al yugo del exilio
para satisfacer las necesidades de vuestros cautivos...

Sin embargo, cuando Estados Unidos asumió el control del mundo libre, a mediados de 1945, medio siglo después de que Kipling escribiera y medio antes de los actos del presidente Bush, la historia y la tradición convirtieron esta opción en un asunto mucho más equívoco para los estadounidenses de lo que se suele creer. La patética situación en la que se encontraba Europa tras 1945, empezando por el millón de huérfanos que vagaban por el continente, determinó el destino de sus distantes colonias. En Asia fue como jugar a los bolos para los depredadores japoneses desde principios de 1942. El ejemplo del nazismo había desacreditado la idea de que la raza determinaba el destino político de los pueblos, un principio en el que se basó la ocupación imperialista nipona de Asia, con cuya descripción se inicia este libro.

En él se narran la historia de la decadencia de aquellos imperios y la de los Estados-nación que los sustituyeron, así como las reacciones de Estados Unidos (y la Unión Soviética) ante estos procesos. Las luchas por la independencia en África, Asia y Oriente

Medio coincidieron en el tiempo con ese enfrentamiento entre las grandes potencias al que denominamos Guerra Fría. Los estadounidenses hubieron de vencer su ancestral desagrado a intervenir en otros países, un punto de vista «aislacionista», y su rechazo visceral a los gobiernos coloniales, fruto de su propia lucha contra los británicos. Aun así, la república fue presa de un arrebato imperialista justo antes y después de los albores del siglo XX, cuando intensificó su intervención en México y el Caribe. Las colonias causaban conmoción a los estadounidenses, también a su presidente, a pesar de la segregación racial vigente en los estados sureños. Tras realizar una visita a Gambia en tiempos de guerra, el presidente Franklin D. Roosevelt escribió a su hijo Elliot: «Mugre, enfermedades, una altísima tasa de mortalidad. Pregunté por la esperanza de vida, nunca adivinarías cuál es: ¡veintiséis años! Tratan a esa gente peor que al ganado. ¡Hasta sus reses viven más!». En el caso de la Indochina francesa, Roosevelt se mostró de acuerdo con Stalin en que la administración gala de ultramar estaba «totalmente corrupta». Como se afirmaba en un artículo publicado por la revista *Life*, en octubre de 1952: «Si de algo estamos seguros es de que *no* combatimos para mantener unido al Imperio británico».

Sin embargo, a finales de la década de 1940, cuando la Guerra Fría entró en su fase más virulenta, Estados Unidos decidió que era más barato apoyar a los imperios coloniales que desplegar tropas propias. Defendían la idea de que las metrópolis europeas económicamente debilitadas a causa de la descolonización correrían el mismo peligro de sufrir levantamientos comunistas que sus colonias. Puesto que el único estado comunista era la Unión Soviética, se daba por sentado que era responsable de toda insurrección que tuviera lugar en cualquier parte del mundo: de hecho, había creado la Internacional Comunista, o Comintern, en 1919 con este fin. Lo cierto es que, a pesar de que Stalin había sido Comisario para las Nacionalidades en el Gobierno de Lenin, no tenía el más mínimo interés en el Tercer Mundo. Una niebla roja nublaba la vista de la clase gobernante estadounidense incluso después de que Yugoslavia y China siguieran su propio camino. Los expertos del Departamento de Estado no siempre encontraban rojos debajo de las camas, y el presidente Dwight Eisenhower advirtió de los

peligros que suponía para la democracia la creación de un complejo militar-industrial. Evidentemente, la incapacidad demostrada por los estadounidenses a la hora de discriminar entre regímenes comunistas no fue nada en comparación con la incapacidad de los sucesivos regímenes comunistas para aprender de los desastres acaecidos a quienes les precedieron. Mao repitió muchos «errores» al realizar sus criminales experimentos de colectivización, al igual que Stalin, cuyo radicalismo se vería eclipsado, no obstante, por la Camboya de Pol Pot.

No todos los estadounidenses estaban conformes con su nuevo papel a nivel mundial. Los congresistas se oponían rutinariamente a invertir dinero en la construcción de embajadas nuevas que el Departamento de Estado creía necesarias, habida cuenta del poder adquirido por el país en la posguerra. Tanto ellos como sus votantes odiaban a los elitistas «de pantalones de rayas» que se dedicaban a despilfarrar el dinero ganado con tanto esfuerzo en zigurats de cristal situados en sitios lejanos. De hecho, los funcionarios del Servicio Exterior solían trabajar en lugares peligrosos, donde podía matarles el aire que respiraban o el agua que bebían, por no hablar de los viajes en avión, bastante más letales entonces que ahora. El odio era mutuo. El secretario de Estado estadounidense Dean Acheson, un elitista anglófilo de la costa este, dio mucho que hablar al afirmar públicamente: «Si hubiera una democracia de verdad en la que siempre se hiciera lo que quisiera la gente, nos equivocaríamos todas y cada una de las veces». Lo anterior cobra mayor importancia teniendo en cuenta que, hoy más que nunca, la intervención occidental en Afganistán está siendo muy impopular, tanto en Europa como en Estados Unidos.

Lo que facilitó la alianza de Estados Unidos con los imperios europeos tardíos fue el hecho de que las potencias coloniales hubieran asumido una retórica que las describía como a familias felices que avanzaban hacia el autogobierno (sobre todo en el ámbito de la Commonwealth británica, pero también en el de la Unión Francesa), aunque luego emprendieran oscuras acciones contra los nacionalistas de sus colonias por motivos de seguridad. Lo que empezó siendo una mera respuesta a la admisión por parte de los británicos de que ya no podían apoyar a Grecia y Turquía se convirtió, en 1947, en la doctrina Truman, que garantizaba una

defensa ilimitada de la seguridad mundial. El senador republicano Robert Taft se opuso a que Estados Unidos se convirtiera en una «chismosa entrometida dispuesta a intervenir en cualquier problema que se planteara en el mundo». Se basaba en una venerable tradición de la política exterior estadounidense que se remontaba a los tiempos de John Quincy Adams, quien se mostró reticente a apoyar a los nacionalistas griegos a principios de la década de 1820, un gesto intolerable de un país que cuenta con una ciudad denominada Filadelfia y un claro precedente de la política exterior anterior al 11 de septiembre de George W. Bush, quien se mostró contrario a las intervenciones humanitarias tan del agrado de William Jefferson Clinton. El influyente columnista Walter Lippmann fue uno de los primeros en darse cuenta, en la década de 1940, de que esta nueva «globalización» estadounidense ofrecía oportunidades a una Unión Soviética capaz de derrotar a Estados Unidos «desorganizando Estados que ya están desorganizados, dividiendo a los pueblos que padecen guerras civiles e incitándoles a un descontento que ya es bastante importante de por sí». En su opinión, Estados Unidos se vería abocado a «reclutar, dar subsidios y apoyar a un heterogéneo ejército de satélites, clientes, dependientes y marionetas»; una descripción profética de las décadas de las que hablamos en este libro, 1945-1965. Los soviéticos no querían perder el favor de los muchos europeos comunistas adscritos a sus respectivos imperios y adaptaron sus doctrinas, no sin cierta reticencia, para dar cabida en ellas a los nacionalistas «burgueses», pues no había muchos proletarios dedicados a la industria en el Tercer Mundo antes de que Jrushchev decidiera competir con Estados Unidos por la influencia en los países en vías de desarrollo. A finales de la década de 1960 la China de Mao intentó liderar todas las luchas revolucionarias del Tercer Mundo. Mientras se enfriaban sus relaciones con la Unión Soviética, Mao se negaba a aceptar las pretensiones de la India, que quería convertirse en un socio asiático en igualdad de condiciones. El asunto desencadenó una guerra entre las dos mayores naciones de Asia por ciertos territorios en el Himalaya. Aquellas naciones que intentaban desembarazarse de la administración colonial se vieron envueltas en este gran conflicto entre superpotencias, a veces con consecuencias devastadoras a nivel local. En la Conferencia de

Bandung, celebrada en abril de 1955, Yugoslavia primero y la India después intentaron convertir a los nuevos Estados de África y Asia en países no alineados del Tercer Mundo. Los dos mayores imperios de la época eran el francés y el británico, sin olvidar las Indias Orientales en manos de los Países Bajos.

En los libros sobre los imperios se espera que los autores ofrezcan un veredicto, declaración o confesión que aclare sus puntos de vista sobre el tema, aunque la distancia histórica disipa la controversia en torno a los efectos «civilizatorios» en el caso de los antiguos imperios macedónico, romano, persa o Han. La historia contemporánea es más sensible, aunque en la historia de la humanidad haya habido más imperios que democracias o Estados-nación. Muchos estadounidenses desaprobaban el papel desempeñado por Estados Unidos a nivel mundial, y tampoco había muchos europeos entusiastas del imperio, pues no todos vivían en castillos y palacios. Había y hay muchos detractores del imperialismo. La identificación emocional con el imperio se limitaba, excepto en el caso de Escocia, a las clases educadas en escuelas privadas que se inspiraban en los guerreros cristianos representados en las vidrieras de sus capillas. Su ética era antidemocrática. Un procónsul escribió desde Nigeria: «El deber del protectorado colonial es [...] proteger las virtudes de la vida aristocrática del norte [Nigeria] y su economía colectiva de los efectos del capitalismo, la democracia y el individualismo europeos que acaban con toda civilización». Las clases gobernantes británicas, expertas en montar un buen espectáculo cuando ya todo estaba dicho y hecho, atraparon a las élites indígenas en las menudencias y alabanzas rituales de los títulos y órdenes de caballería. Aunque los estadounidenses no sepan resistirse a «nuestras» bodas reales, la mayoría son capaces de distinguir entre lo superfluo y el arte de gobernar. No son romanos enfrentándose a griegos-británicos, una forma de ver las cosas que tiene desafortunadas connotaciones contemporáneas. No se trata de menospreciar e ignorar mejoras objetivas, como el telégrafo, la erradicación de las enfermedades tropicales, la construcción de vías férreas y carreteras, por no hablar de los sistemas jurídicos y las virtudes cristianas (enseñadas en las escuelas), actualmente más generalizadas en África que en las antiguas metrópolis imperiales,

hoy muy secularizadas. Las tasas de alfabetización actuales suelen contar otra historia. Mucho después de que dejara de existir el imperio se conserva cierta sensación de orgullo nacional y una ambición romántica y elitista, bastante generalizada entre los estratos sociales inferiores, que no tiene en cuenta la capacidad y los recursos actuales de Gran Bretaña y da por sentado que siempre habrá extranjeros para realizar los trabajos más desagradables. Aunque este autor no sea un cruzado ni intente justificar pasadas injusticias, tiene una visión realista del imperio y del desafortunado legado que ha dejado en herencia a las antiguas potencias coloniales. Afecta al subconsciente de muchos moralistas internacionales que sobrevaloran nuestro peso específico, por mucho que esto desagrade a los defensores de los derechos humanos.

Por lo tanto, este libro versa sobre una época de transición crucial en la que el poder se desplazó de las capitales europeas a la «capital del mundo a orillas del Potomac». A lo largo de este proceso, docenas de nuevas naciones se abrieron camino hacia una existencia independiente, muchas con éxito y otras todo lo contrario. Puesto que un libro que pretendiera dar cuenta de todas y cada una de las luchas por la independencia que ha habido sería inabarcable, he seleccionado aquellos procesos que han atraído mi atención, dando primacía a la profundidad a costa de un enfoque más amplio. No he tenido más remedio que cercenar largos capítulos sobre Angola, Mozambique y África del Sur en los que trabajé durante meses. En todos los casos lo determinante fue la presencia o ausencia de líderes carismáticos como Chiang Kai-shek, el presidente Mao, Ho Chi Minh, Fidel Castro, Patrice Lumumba o Jomo Kenyatta. ¿Quién recuerda al líder comunista malayo Chin Peng, uno de los pocos de mis personajes que ya tiene noventa años mientras escribo estas líneas y aún merodea en algún punto de la frontera tailandesa? Se vertió mucha sangre en algo que no fue un proceso sociológico, si bien conviene no olvidar que en África, a la que se suele considerar extremadamente salvaje, la creación de nuevos Estados costó menos vidas de las que se pierden todos los años en accidentes de tráfico en Estados Unidos. Evidentemente no fue el caso en Argelia o Indochina, donde murieron millones, ni en Corea, donde las cifras de muertos también fueron colosales,

mientras las superpotencias libraban una guerra por poderes y los estadounidenses se enfrentaban a los ejércitos de Mao.

Este periodo en el que hubo muchas pequeñas guerras en lugares lejanos está de actualidad, sobre todo en los círculos militares que lo estudian obsesivamente. Aquí analizaremos algunas guerras libradas por británicos, franceses y japoneses antes que ellos, y cuestionaremos parte de la sabiduría heredada que sustituyó a incompetentes apaleados por semihéroes sofisticados que practicaban un arte de la guerra con corazón y mentalidad «populocéntrica». Expertos en temas militares y generales han extraído de este periodo lecciones prácticas que han aplicado a los conflictos contemporáneos de Irak y Afganistán, ignorando a menudo las tácticas que realmente permitieron ganar batallas atípicas y resaltando lo más parecido a aquello que pretenden hacer en el presente.

A continuación exploro experiencias paralelas de los estadounidenses en Filipinas y Vietnam. En el primer caso, los estadounidenses dirigieron una exitosísima campaña contra la insurgencia y, en el segundo, heredaron y agravaron el desastre que habían dejado los franceses al partir. Lo cierto es que las campañas basadas en ganarse corazones y mentes de los gobernados solo funcionaban si la energía cinética —un eufemismo para referirse a la matanza de personas— lograba mantener bajo control a la población y al territorio. Ciertos defensores contemporáneos del método, como el general David Petraeus, no parecen estar dispuestos a reconocer que fueron los japoneses quienes inventaron este tipo de guerra, mucho antes de que los británicos combatieran en Malasia. Los británicos triunfaron en Malasia, de donde pensaban retirarse de todas formas, frente a un enemigo que constituía solo parte de una minoría étnica; algo parecido a lo que ocurrió en Kenia, donde los insurgentes Mau Mau eran elementos marginales de la tribu kikuyu. En Argelia e Indochina los franceses tenían en su contra a la mayoría de la población, y perdieron ante guerrillas capaces de refugiarse en los Estados vecinos. China y la Unión Soviética también enviaron hombres y armas a Indochina. Y aunque los estadounidenses fueron capaces de disociar a los nacionalistas de izquierdas argelinos de los comunistas, no supieron hacer lo mismo en Vietnam y acabaron combatiendo en una guerra

desastrosa y exclusivamente suya. Lo cierto es que la capacidad para discriminar entre estados comunistas se veía obstaculizada por las similitudes genéricas que existían a nivel interno. En todos ellos, Albania, Bulgaria, China o Vietnam, la policía secreta enviaba a los detractores a campos de concentración.

Cuando recurrimos a las campañas antiinsurgentes como paradigmas de las prácticas contemporáneas pasamos por alto sus aspectos más jugosos. Se ocultó deliberadamente toda la documentación existente y se destruyó todo material escrito que pudiera resultar incriminatorio en relación a casos de brutalidad, tortura y asesinatos. Los británicos llegaron a convertir en polvo las cenizas de los papeles quemados y las arrojaron en contenedores al fondo del mar, donde no hubiera corrientes que pudieran sacarlos a la luz. También se manipularon sistemáticamente los archivos legados a los gobiernos poscoloniales. Si un documento llevaba una W estampada (equivalente a «clasificado»), se eliminaba del archivo y se ponía en su lugar una copia cuyo contenido fuera anodino. Solo estaban capacitados para realizar esta tarea los oficiales blancos de la policía colonial. Quien dio la orden fue el secretario para las Colonias del primer ministro Harold Macmillan, Iain Macleod, quien indicó que todo material «que resulte embarazoso para el Gobierno de Su Majestad, miembros del cuerpo de policía, fuerzas armadas, funcionarios u otros, por ejemplo, informantes de la policía», o que pudiera «utilizarse de forma poco ética por los ministros del Gobierno entrante» no debía ver la luz del día. Los archivos que escaparon a la quema se clasificaron como «secretos» y se guardaron en un centro de comunicaciones del Foreign Office situado en Buckinghamshire, donde permanecieron hasta que los abogados que representaban a las víctimas de malos tratos por parte de los británicos en Kenia forzaron su apertura selectiva al público en el año 2011.

La época que trato arroja luz sobre muchos procesos contemporáneos que surgen en el horizonte cual barcos, de Cuba a China y de Palestina a Pakistán, si bien también estoy convencido de que los contemporáneos labran sus destinos a partir de un pasado que estaba tan poco predeterminado como lo está el presente. Para muchos de los que vivieron las grandes transformaciones que describo, estas resultaban inconcebibles, tanto

si hablamos del acceso al poder de Mao y de una China comunista como si nos referimos a la rápida desaparición de lo que parecían imperios mundiales inexpugnables. La gente probablemente sintiera lo mismo en relación a la imposibilidad de imponer una democracia o la integración racial. También expresaron certezas que desaparecieron en las décadas subsiguientes. ¿Cuántos estadounidenses recuerdan que Pakistán fue uno de sus aliados más fiables cuando consideraban a la India sospechosamente roja? ¿Quién podría haber imaginado, teniendo en cuenta la desastrosa intervención de Estados Unidos en Indochina, que acabaría haciendo ejercicios navales junto al Vietnam comunista para contrarrestar las reivindicaciones de China sobre un puñado de rocas sumergidas en el norte del Pacífico, o que China y Japón combatirían contra otros al este del mar de China?

Los historiadores sistematizan décadas de historia, imponiendo su propia periodización, y hay quien habla de la Era de los Descubrimientos, de la Guerra Civil europea 1890-1945, de la Guerra Fría 1947-1989, etcétera. Lo llevan haciendo desde el Renacimiento, cuando se empezó a mencionar una Edad Oscura surgida tras la Antigüedad clásica. Pero la vida de la gente rara vez encaja en este tipo de subdivisiones, habida cuenta, sobre todo, de que hasta muy recientemente no había que ser joven para optar a un cargo político de alto nivel. He procurado cubrir las experiencias generacionales de los hombres que desempeñaron un papel importante en estos sucesos. Pero hay que señalar que el miedo a recaer en la política de apaciguamiento de la década de 1930, por ejemplo, siguió preocupando a líderes que, como los presidentes Truman, Kennedy o Johnson, eran demasiado jóvenes como para haberla vivido. De ahí que haya incluido reseñas biográficas de la mayoría de los actores, para recalcar la miríada de experiencias que les llevaron a tomar ciertas decisiones a lo largo de estas dos décadas. ¿Qué pensarían los futuros líderes de África o Asia cuando, siendo jóvenes, miraban embobados los grandes y sofisticados edificios de las capitales europeas sabiendo que tras esas elegantes fachadas se decidía el destino de sus compatriotas con arreglo a principios antropológicos abstractos e inadecuados, o teniendo en cuenta una situación internacional de equilibrio de poder que poco o nada tenía que ver con ellos? Para hablar de estos futuros líderes

debemos realizar un gran acto de imaginación y recuperar esa vitalidad pura del marxismo-leninismo o los «socialismos nacionales» que, en las décadas subsiguientes, fueron sustituidos por el comuno-capitalismo o el islamismo político. Espero poder dar cuenta asimismo de la visión del hombre de la calle, de la perspectiva de esos hombres y mujeres que padecieron las guerras calientes y frías, así como de la de los oficiales de Inteligencia que aparecen y desaparecen de esta historia como sombras. Muchos de los sujetos de los que hablamos aquí hacen gala de una gran perspicacia. Pensemos, por ejemplo, en la idea iraní de que los británicos intervienen desde la sombra en sus asuntos internos; una forma de paranoia que comparten con los rusos desde que se descubrieron cámaras de televisión ocultas en rocas falsas, colocadas por los servicios de Inteligencia (MI6) en los parques de Moscú. Esta paranoia se aprecia en las palabras del líder nacionalista iraní Mohammed Mossadeq, que tenía buenas razones para sentir miedo. Las fronteras más tensas del mundo, en Corea o Cachemira, lo son precisamente desde este periodo, al igual que los problemas aún no resueltos entre Israel y sus vecinos, uno de los más de veinte problemas candentes del Oriente Medio poscolonial.

Este relato vira sin vergüenza, se vuelca sobre sí mismo y repasa eventos clave en contextos diferentes, intentando entretejerlos sin alterar sus complejos estratos. Mis lectores no podrían seguir un relato que diera cuenta simultáneamente de eventos acaecidos en culturas diferentes que distan miles de kilómetros entre sí. Tendríamos que saltar de Argelia a Kenia, vía Malasia e Indochina. Tras las elegantes actitudes adoptadas por los Estados estaban los demiurgos culturales, por ejemplo en el caso de la India y sus poco cordiales relaciones con China, o de esta con los vietnamitas, que también tendremos en cuenta. Aunque, en ocasiones, la mentalidad militar padezca de amnesia, contamos con claros ejemplos de batallas que ejercieron su influencia sobre otras y de mentalidades formadas en ciertos contextos, como en el caso de los franceses de Indochina, que desarrollaron todo un programa para favorecer la victoria en otro caso, el de Argelia, aunque implicara que paracaidistas amotinados saltaran sobre el centro de París. Las conexiones son sorprendentes y la moralidad solía dejar bastante que desear, sobre todo en casos como el de la conjura franco-anglo-

israelí para derrocar a Nasser, o el de los acuerdos de los hermanos Kennedy con la mafia para asesinar a un Fidel Castro que tampoco era reticente a asesinar a sus enemigos. Algunas «buenas» decisiones, como la de Johnson de no recurrir a las armas para evitar que China se convirtiera en una potencia nuclear, llevaron a otras «malas», como el intento de derrotar a Vietnam del Norte por medio de bombardeos convencionales para dar seguridad a los aliados de Asia-Pacífico, ansiosos desde las primeras pruebas nucleares realizadas por China en octubre de 1964. Me he esforzado a lo largo de todo el texto por sacar a la luz estas conexiones e ironías.

Todo mapa, incluidos aquellos que recurren a las palabras en vez de a líneas y sombreados, distorsiona la realidad que representa. De manera que he colocado al revés el mapa que resulta familiar a europeos y estadounidenses, empezando por Asia Oriental y ofreciendo una serie de imágenes en cascada que muestran el avance de los japoneses entre 1941 y 1942 y el impacto que tuvo la guerra mundial en Oriente Medio. He querido incitar al lector a asumir una escala proporcionada en relación a lugares cuya ubicación puede que no tenga muy presente. Tras la única ocasión, Corea, en la que las fuerzas aéreas de Estados Unidos y la Unión Soviética se vieron las caras, volvemos a lo que en realidad fueron guerras contrainsurgentes simultáneas, llevadas a cabo sobre todo en el sur y este de Asia. El núcleo del libro está centrado en el golpe de 1953 contra Mossadeq en Irán y en la crisis de Suez de 1956, momentos en los que Estados Unidos hizo gala de su poder ante sus aliados. Fue entonces cuando los británicos descubrieron que ya no eran una gran potencia, aunque muchos sigan sin ver esta realidad en el siglo XXI.

A continuación se describen las costosísimas luchas entre colonizadores e insurgentes nacionalistas de Argelia y Kenia, hasta llegar al enfrentamiento entre las superpotencias mundiales y sus intentos de ejercer su influencia en África y el sur de Asia, que culminó en 1962 con la crisis de los misiles cubanos, la peor crisis de todo el conflicto. De alguna forma, con todas estas pequeñas guerras se pretendía evitar que la gente del hemisferio norte viera, un día cualquiera, su entorno destruido por grandes arsenales de bombas nucleares. Hago referencia intermitentemente al

crecimiento paralelo de estos arsenales letales con la intención de recordar a los lectores lo que realmente estaba en juego cuando agentes rusos o estadounidenses se enfrentaban en algún país lejano siguiendo sus propias reglas del juego. El libro termina con una descripción de la actuación de Estados Unidos como potencia colonial. Sus fallidos intentos de construir una nación en Vietnam del Sur lograron que se percibiera a Estados Unidos como una potencia imperial más, infinitamente más exitosa. Parece que conserva su poder, sobre todo teniendo en cuenta las más de mil bases militares que los estadounidenses tienen en ultramar, desde la Zona Verde de Bagdad a un hangar de *drones* en las Seychelles, aunque hasta los más críticos con Estados Unidos admiren y consuman su cultura material e intelectual, alta y popular.

Como muy bien me recordara sir Vidia Naipaul, los historiadores de la antigua Roma, de Apiano de Alejandría a Edward Gibbon, seguían intentando entender el efecto a largo plazo de grandes sucesos que habían tenido lugar siglos antes. Es una excusa respetable para justificar las inacabables revisiones en Europa de la historia de la Segunda Guerra Mundial y de episodios más o menos exiguos. Quisiera que mis lectores se centren en las dos décadas seminales de la Guerra Fría, el mundo del que provienen los mayores de entre ellos; el mundo en el que yo crecí. Quería lograr una profundidad que se hubiera perdido de haber proseguido la historia hasta las décadas de 1970 y 1980. De estos años salió el mundo tal y como lo conocemos hoy que, paradójicamente, ha llevado a todo ciudadano consciente a pensar de un modo mucho más global que en los primeros tiempos de la globalización.

Aunque el imperialismo sea un tema espinoso, he procurado no adoptar un aburrido tono de «por un lado…, por otro…». Lo que sigue no es una defensa de la historia, hay poca ideología y aún menos nostalgia en los sucesos que describo, y este historiador no forma parte de las campañas lideradas por abogados activistas a favor de las víctimas del imperio. Pero cuestiones como la forma de hacer la guerra a adversarios que se ocultan entre la población tienen relevancia hoy, como también el modo en que las sociedades que se autoproclaman civilizadas ocultan las torturas bajo eufemismos. El libro no agradará a quienes solo busquen una confirmación de dogmas simplones y rara vez leen algo que no se

ajuste a su ideología. Afortunadamente, la mayoría de los lectores no entra en esta categoría y mucha gente de distintas edades y nacionalidades leerá este libro. Habrá quien viva en sociedades marcadas por la larga recesión de un imperio, como la mía, y también habrá quien aún deba hallar formas de acabar con los mitos fundacionales de su liberación nacional. Las devociones propias del FLN, que gobernaba Argelia, seguramente sonaban huecas a los numerosos argelinos desempleados menores de veinticinco años, sobre todo cuando veían a los hijos de la élite gobernante conducir sus Porsche. Espero que este libro suscite en la gente con amplitud de miras la misma sorpresa que depara exponer una pintura a rayos X y ver muchas capas de intentos frustrados y correcciones bajo la delicada superficie; elecciones y decisiones adoptadas por personas como nosotros.

1. JAPÓN ABRE LA CAJA DE PANDORA

UNA GUERRA POR EL FUTURO DEL MUNDO

El fin de la Segunda Guerra Mundial fue el pistoletazo de salida de lo que quienes no se vieron implicados en ellas denominan «pequeñas» guerras coloniales. Desde diciembre de 1941 los japoneses habían arramblado con todo lo que se les había puesto por delante. Un gran reto para la gran capacidad industrial latente de sus enemigos. Eran guerreros experimentados que llevaban combatiendo en el norte de China desde 1937. Una serie de poderosos avances llevó a los invasores hasta el sudeste asiático, las Indias Orientales holandesas y Filipinas, así como a lo largo y ancho del vasto teatro del océano Pacífico. Sus oficiales de Inteligencia prepararon bien el terreno para osadas acciones que condujeron al ejército imperial hasta las costas del norte de Australia. Los pescadores japoneses levantaron mapas de las costas, mientras barberos y dueñas de burdeles tomaban buena nota de los chismes que contaban sus clientes. Hasta el fotógrafo oficial de la base naval de Singapur era un espía japonés encubierto[1].

Los avances de los japoneses causaron pánico entre los colonos europeos, que pusieron en práctica el «sálvese quien pueda». Se sacrificaron perros y caballos y se liberaron aves cautivas cuando sus propietarios huyeron desordenadamente ante la llegada de los japoneses. También hay constancia de traiciones personales. Leslie Froggatt, de Singapur, confesaba:

Traicioné a mi jardinero malayo. Cortaba los setos, regaba las flores, cuidaba el césped de la pista de tenis y recogía las hojas caídas. Traicioné a mi gorda y redondita *amah*, que me quería y me

entretenía con su buen humor. Traicioné a Hokkien, mi cocinero, que tenía esposa y cuatro hijos preciosos a los que siempre llevaba bien vestidos gracias al dinero que yo le pagaba. Traicioné al «Viejo leal», nuestro chico número dos, que no hablaba una palabra ni de inglés ni de malayo y rondaba descalzo y silencioso por la casa. [...] Traicioné al *caddie* que llevaba mi bolsa, recogía las pelotas y siempre me apoyaba apostando por mí en el juego[2].

Cuando las tropas japonesas entraron en Singapur, a principios de 1942, adelantaron dos horas los relojes imponiendo la hora de Tokio y pasaron al año 2602 que marcaba el calendario nipón. Llevaron a cabo cambios que trastornaron de forma aún más esencial el cosmos de muchos asiáticos. Las damas y caballeros europeos, que no habían sido detenidos, se vieron obligados a pagar en efectivo y a hacer cola ante las tiendas en vez de firmar un recibo o mandar a un «chico» (el calificativo habitual para los sirvientes aunque tuvieran canas) a hacer la compra. Los súbditos asiáticos de los gobiernos coloniales vieron, por primera vez en sus vidas, cómo el hombre blanco se degradaba en la suciedad, con los brazos levantados, o barría las calles de mala gana. Si desobedecían les pegaban o les cortaban la cabeza con una espada de samurái, empuñada por conquistadores que se consideraban los liberadores de Asia[3].

Los japoneses gritaban en masa «¡Banzai!» cuando desfilaban o se reunían. Despojar a los prisioneros de sus cabezas era un deporte de competición entre sus oficiales, cuyos modales bruscos recordaban a óperas clásicas con las que estaban muy familiarizados el resto de los asiáticos. Los soldados europeos y neozelandeses (la mitad de los defensores de Singapur eran indígenas y muchos de los blancos eran australianos) parecían desaliñados y poco activos, incluso antes de su colapso moral debido a la derrota y el calor[4].

La rendición de 85.000 británicos y neozelandeses ante 36.000 japoneses liderados por el general Yamashita Tomoyuki en Singapur, en febrero de 1942, fue una humillación. Una cantante de ópera, esposa del almirante británico que supervisaba los muelles, escribió en su diario mientras los proyectiles japoneses pasaban por encima de su cabeza: «¡Confiamos tan poco en las potencias aquí presentes! ¡Esto es una tragedia!»[5]. La enorme negligencia del principio de la guerra se vio coronada por una titubeante

incompetencia durante la campaña. «Nunca han jodido a tantos tan pocos/ y ni los pocos ni los muchos/ tienen la más mínima idea de qué hacer», observó un testigo británico[6].

La guerra con Japón opuso a la idea de una Organización de las Naciones Unidas democrática, defendida por Washington, un modelo de cooperación paternalista denominado Gran Modelo de Co-Prosperidad de Asia Oriental, defendido por Japón. El comunista y nacionalista hindú Manabendra Nath Roy, que apoyaba a las democracias, describió el conflicto muy adecuadamente como «una guerra por el futuro del mundo»[7]. Cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor, en diciembre de 1941, el nacionalista y metodista cristiano chino, generalísimo Chiang Kai-shek, puso en su gramófono el «Ave María». Esperaba, al igual que Estados Unidos, que la China reunificada y llena de nueva vida se convirtiera en la cuarta superpotencia del mundo, ocupando el vacío que pudieran dejar los japoneses tras su derrota. Nada de esto ocurrió bajo su liderazgo y cuando, en 1971, la República Popular de China reemplazó, por fin, a la poco poderosa República de China de Taiwán como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la antigua idea «progresista» de grandes potencias líderes en un mundo de pueblos democráticos que hubieran ejercido su derecho a la autodeterminación parecía un sueño lejano.

Los cálculos geoestratégicos obligaron a llevar a cabo acciones que poco tenían que ver con la retórica plasmada en agosto de 1941 en la Carta Atlántica anglo-americana, en la que se afirmaba que «todos los pueblos tienen derecho a elegir la forma de gobierno bajo la que quieren vivir». Los japoneses respondieron que los pueblos que formaran parte de su Modelo de Co-Prosperidad de Asia Oriental «tendrían el lugar que les correspondía y podrían hacer gala de su auténtico carácter en el seno de un orden de co-prosperidad y coexistencia basado en principios éticos y con Japón como núcleo». Los japoneses concedieron la independencia a Birmania en 1943, ofrecieron lo mismo a Filipinas un año después y luego emprendieron una exitosa campaña propagandista para conquistar «corazones y mentes» en Malasia, una estrategia que habían probado durante el enfrentamiento con Kim Il Sung en Manchuria, en la década de 1930[8]. Tampoco les fue mal con el reclutamiento de los ejércitos indios capturados para formar un

nuevo Ejército Nacional Hindú bajo el mando de su títere Subhas Chandra Bose. Bose exageró el número de sus combatientes a modo de propaganda, y lo hizo tan bien que la inteligencia británica llegó a creer que más de 35.000 soldados bien entrenados formaban parte del ENH.

Hubo asiáticos que recibieron a los japoneses como a libertadores, aplicando el principio de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», o que creían sinceramente que los japoneses encarnaban cierto tipo de modernidad asiática. Esto último era verdad, pero su ideología tenía mucho de supremacía racista y de un nacionalismo místico bastante similar al de la Alemania nazi. Gozaron de buena imagen tras su aplastante victoria sobre Rusia en 1904-1905, que demostró, de hecho, la modernización de la que había sido objeto durante la Era Meiji el antaño atrasado imperio insular. De ahí que tantos nacionalistas asiáticos quisieran utilizar a los japoneses para acabar con el colonialismo. Esto puede parecer increíble a la vista de las atrocidades cometidas por los nipones contra civiles y prisioneros de guerra, pero, desde el punto de vista de los nacionalistas asiáticos, sus métodos no diferían mucho de los utilizados por las potencias occidentales, tanto antes como después de la guerra[9].

Los japoneses distinguían entre lo que denominaban «la ley de ramas y hojas», es decir, las necesidades del día a día de los insurgentes envueltos en la lucha, y «la ley de las raíces», una metáfora que hacía referencia a aquellos asuntos políticos y sociales fundamentales a los que convenía hacer frente. La política seguida por Japón en China incluía el *minshin haaku*: ganarse la estima de las gentes. No se trataba de mera propaganda, pues se esforzaron por reducir los vínculos feudales, proveían a los campesinos de herramientas y semillas y, sobre todo, se aseguraban de asentar gobiernos competentes, en un país donde se elegía y ascendía a los funcionarios por su caligrafía. Los oficiales japoneses sabían que el «arma secreta» del Imperio británico era la eficacia de su administración, a la que querían emular. También aprovecharon el legado de los europeos en incitar al consumo de opio para corromper y pacificar a la población.

Aunque tenían en gran estima sus antiguos valores paternalistas, los japoneses movilizaron a las poblaciones mediante técnicas

modernas que, en su opinión, habían castrado metafóricamente al colonialismo occidental. Las películas de propaganda japonesas mostraban grandes triunfos militares, con barcos en llamas en Pearl Harbor y desfiles de tropas victoriosas en Rangún o Singapur. Cuando Chiang llegó a controlar gran parte de China, tras la capitulación japonesa, popularizó el ideario del Kuomintang (KMT) —el partido nacionalista chino— con ayuda de las imprentas que los japoneses habían creado en todas las grandes ciudades de China[10].

Algunos comandantes japoneses, conscientes de la importancia de hacerse con el apoyo popular en medio de una campaña contrainsurgente, vieron con gran pesar cómo la preponderancia de una ética exclusivamente militar obstaculizaba la eficacia de estos programas que sacaban adelante civiles; las bayonetas eran más conspicuas que la mano amiga. A partir de 1943, los japoneses intentaron aislar a las guerrillas de la población local, confinando a los campesinos en pequeños asentamientos denominados *shudan buraku* tras quemar sus pueblos. No se hicieron querer debido a las pérdidas, interrupciones y costes de estos programas, a los que se pensaba entreverar con un programa de inteligencia simultáneo que permitiera usar colaboradores locales para rastrear y matar insurgentes[11].

Puede que Bose, Aun San (de Birmania) y Sukarno (de las Indias Orientales holandesas) adoptaran una postura más tolerante ante las atrocidades japonesas por el hecho de que fueran perpetradas en China o contra los chinos expatriados en territorios conquistados, donde generaron mucho resentimiento. Teniendo en cuenta los sentimientos racistas expresados por los japoneses contra los chinos, *minshin haaku* no tuvo ninguna oportunidad. Al final de la guerra habían matado a quince millones de personas a las que consideraban alimañas carentes de cultura. Debió de ser un mal presagio que los hombres del general Yamashita Tomoyuki combatieran el aburrimiento en los barcos que los transportaban a Malasia leyendo un folleto en el que se afirmaba que los usureros chinos expatriados quedaban excluidos de «Asia para los asiáticos» o de la «hermandad asiática». Resultaba excitante entre el humo del diésel y el aire viciado[12].

CHINA

El ataque militar japonés en el sudeste asiático y el Pacífico era la versión expandida de la invasión de China que habían emprendido con anterioridad, a su vez desgarrada por la guerra civil. En 1937, cuando los japoneses renovaron sus intentos de conquistar China desde su bastión en la septentrional Manchuria, bajo su control desde 1931-1932, el KMT y los comunistas dejaron de combatir entre sí durante un breve espacio de tiempo. Incluso cuando los japoneses ocuparon la mayor parte de las zonas costeras, los dos rivales chinos luchaban contra los invasores como si estuvieran compitiendo entre sí en vez de como aliados. Por lo demás, no todos los chinos estaban en contra de la invasión japonesa. Wang Jingwei, un político nacionalista de izquierdas, que se había distanciado del líder del KMT, Chiang Kai-shek, creó un régimen colaboracionista en Nankín, basado en lo que estimaba los auténticos principios de Sun Yat-sen, padrino de la Revolución china, que había depuesto a la dinastía Manchu Qing en 1910. Sun había modernizado la vida china de forma superficial, logrando que los hombres se cortaran la coleta y adoptaran los trajes sin cuello que él mismo llevaba, el prototipo de las ropas que posteriormente luciría Mao. Asimismo se reunió con el Comintern en 1923 y creó el Frente Unido junto a los comunistas[13].

A mediados de la década de 1920 Mao Zedong, el futuro líder comunista, había sido cliente político de Wang, una relación que posteriormente se esforzaron por ocultar[14]. Mao había nacido en una zona del interior denominada Hunan, donde le impusieron un nombre (Zedong) que significaba «luz de oriente». Su padre era campesino y soldado, e hizo suficiente dinero como para mantener la ociosidad itinerante del estudiante Mao, que se dedicaba menos a los estudios formales que a pasar días enteros en las bibliotecas universitarias; algo parecido a lo que hiciera Lenin en Zúrich antes de 1917. Mao iba desaseado y su largo cabello caía sobre su enorme y carnoso rostro, pero había decidido que la paz y la prosperidad eran cosa de gentes sin importancia. «La gente como yo anhela su destrucción porque una vez que hayamos destruido el antiguo universo se formará uno nuevo. ¿Acaso no es mejor?»[15].

Mao también era un poeta más que competente que solía escribir sobre la naturaleza al estilo clásico chino. Pero estaba convencido de que había que destruir gran parte de la cultura

tradicional, y el confucionismo no casaba muy bien con alguien que definía la moralidad como aquello que convenía a sus intereses. Tras un tiempo en Pekín volvió a Hunan, donde, tras rechazar la oportunidad de estudiar en Francia porque no le gustaba la lengua, se ganó la vida modestamente como maestro y haciendo algunos pinitos en el mundo del periodismo. En junio de 1920 este radical de veintisiete años abrió una librería a instancias de uno de los fundadores del Partido Comunista. Los agentes soviéticos del Comintern le proveyeron de los fondos necesarios para convertirse en un revolucionario a tiempo completo, lo que implicaba dormir la mayor parte del día y conspirar durante la noche. Le pidieron que se infiltrara en el KMT debido a su absoluta lealtad a los soviéticos. Estos últimos despertaron su interés por el tema de los campesinos, que había ignorado hasta entonces, y se dio cuenta de que solo contando con los campesinos podría obtener el número de hombres necesarios para hacer la revolución en un país enorme, donde el proletariado industrial constituía menos del cinco por ciento de la población. La historia de los levantamientos campesinos, sobre todo la genocida rebelión Taiping del siglo XIX, le hizo ver que el Partido y el Ejército Popular de Liberación debían contar con el campesinado. La perspectiva de un nuevo baño de sangre le atraía.

La violencia sistemática desatada por los comunistas sorprendió a los nacionalistas y, en 1927, Chiang Kai-shek, líder de la sección militar de la Academia de Whampoa, inspirada en los soviéticos, inició sus ataques con una lista de personas que arrestar, en la que figuraba Mao. Los comunistas se dedicaron a defender las «áreas soviéticas», donde realizaron purgas para acabar con enemigos reales e imaginarios y en las que dieron rienda suelta a su sed de sangre con una crueldad indescriptible. En 1934 Mao inició su marcha de más de nueve mil kilómetros, que sacó a unos 82.000 combatientes comunistas de los cercos y la destrucción que imperaban en el sur, siendo así que solo 8.000 supervivientes reaparecieron en el lejano norte. Allí los comunistas podían adoptar la actitud de liberadores y reformistas sin miedo a los ataques del KMT o de los japoneses. Mao se fue perfilando lentamente como el *primus inter pares* de un pequeño Estado con ecos platónicos: los cuadros del Partido eran los filósofos-reyes, mientras que los comandantes y soldados del Ejército Rojo eran como los guardianes,

mantenidos gracias al trabajo de los esclavos. Puesto que la mayoría de los que emigraron al remoto refugio de Yenan lo hicieron movidos por el patriótico deseo de enfrentarse a los japoneses, se llevaron a cabo campañas de «rectificación», basadas en confesiones y adoctrinamiento, pensadas para reestructurar sus personalidades y sumergir al individuo en el colectivo encarnado por el mismísimo Mao[16].

El KMT no podía movilizar tropas suficientes como para derrotar a los comunistas y resistir a la invasión nipona a la vez. Al igual que en otras zonas de Asia, personas acaudaladas de ciudades como Shanghái simpatizaban con la causa japonesa[17]. Pero lo mismo hicieron muchos colaboradores que en realidad eran comunistas encubiertos con instrucciones de dirigir a los nipones contra sus rivales nacionalistas. Mientras los ejércitos de Chiang combatían contra los japoneses, los comunistas de Mao evitaban los enfrentamientos directos, a pesar de que Stalin, que temía que los ataques japoneses y alemanes acabaran con la Unión Soviética, les urgiera a luchar. La cautela y las evasivas de Mao irritaban al líder soviético y la única «batalla» librada contra los nipones en Pingxingguan, en septiembre de 1937, apenas se menciona en los anales de la guerra[18].

Las guerrillas comunistas tuvieron un gran impacto en Manchuria, históricamente un país sin ley que contaba con la mayor concentración mundial de pueblos administrados por forajidos. Pero también era la región más industrializada de China, motivo por el cual había captado el interés de los japoneses. Las guerrillas que hostigaron a los nipones en esta zona salvaje, gris y parduzca estaban formadas por coreanos, que conformaban el 90 por ciento del Partido Comunista «chino» local. Los comunistas chinos decían luchar contra los japoneses mientras acumulaban recursos en su refugio regional del norte de Yenan, anticipando el choque con Chiang[19].

Las fuerzas de Mao se mantenían gracias a los subsidios de Stalin y a la renovada industria del opio, que ocultaron con gran tino a la Misión Dixie, enviada a Yenan por la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, en sus siglas en inglés) de Estados Unidos en julio de 1944. Los estadounidenses estaban hartos de la incompetencia militar y la venalidad del KMT y querían debilitar a las fuerzas

japonesas del norte de China con la ayuda de los prisioneros de guerra capturados por los comunistas[20]. Además, mientras un equipo de dos mil asesores estadounidenses, destinado en Chongqing, loaba en público y censuraba en privado a Chiang Kai-shek, algunos de los estadounidenses de Yenan admiraban la férrea disciplina de los comunistas[21].

COREA

Corea era el «patio trasero» de Japón, que llevaba gobernándola desde 1910. Puede que en este caso la geografía desempeñara un papel mayor que la política en la larga secuencia de sucesos que la convirtieron, sin remedio, en una de las naciones más divididas del mundo. El norte de la península era inhóspito y montañoso, y el Partido Comunista coreano se formó gracias al millón aproximado de coreanos que emigraron a Manchuria en busca de trabajo en la industria. Kim Il Sung, futuro Gran Líder de la República Popular de Corea del Norte y abuelo de Kim Eun, la tercera generación de los Kim que asumió el poder en 2012, había nacido en 1912 en un pueblo cerca de Pyongyang y emigrado con su familia a Manchuria en 1919. Desde 1932 lideró una guerrilla pequeña pero letal contra los japoneses, con ataques a las bases que su policía tenía al otro lado de la frontera coreana. Los japoneses asesinaron a su primera esposa y a su hermano, y uno de sus tíos pasó trece años en prisiones japonesas. Al igual que Mao Zedong, Kim Il Sung estaba marcado por la lucha y el conflicto, es decir, su capacidad para sentir simpatía hacia otros seres humanos se había visto gravemente mermada, aunque en una extraña fotografía aparezca luciendo una gran sonrisa al hacer saltar sobre sus rodillas a su hijo y sucesor Kim Il Jong, que no sonríe[22]. En octubre de 1939 los japoneses emprendieron una gran operación de castigo contra el ejército antijaponés del noreste, del que formaba parte el grupo de Kim; este se vio obligado a huir a la Siberia soviética[23].

En el sur, bastante más agrario, muchos miembros de la élite coreana, hombres de negocios, terratenientes y soldados, colaboraron con el régimen colonial japonés que, a finales de la década de 1930, prohibió el uso de la lengua coreana[24]. Syngman Rhee, defensor de la independencia de Corea desde finales del siglo XIX, optó por una vía distinta tras convertirse al cristianismo en una prisión nipona. Después de su liberación viajó a Estados Unidos

para estudiar en la George Washington University, cursar un máster en Harvard y obtener un doctorado en Princeton, donde se convirtió en un protegido de Woodrow Wilson. Aunque los «catorce puntos» expuestos por el presidente Wilson en Versalles tras la Primera Guerra Mundial no se aplicaron al Lejano Oriente, el principio de autodeterminación acabó siendo el núcleo de la conferencia que celebraron, en 1919, los movimientos independentistas coreanos de Shanghái. Eligieron a Syngman Rhee presidente del Gobierno provisional de la República de Corea, cargo que ostentó hasta 1925, cuando se le acusó de haber mantenido una actitud dictatorial. La situación parece un antecedente de los intentos de imponer en Irak a Ahmed Chalabi, formado en Estados Unidos y candidato supuestamente seguro. Syngman Rhee parecía el candidato obvio a finales de la década de 1940, momento en que los estadounidenses necesitaban a un hombre fuerte que simpatizara con ellos al frente del Gobierno de Corea del Sur.

Como veremos, los estadounidenses seguían optando en sus manejos políticos por candidatos carismáticos (con un inglés fluido) en vez de por movimientos políticos de masas, y no solo en Corea. El proceso demostró que no creían que sus grandes declaraciones de principios fueran una guía útil para satisfacer las exigencias de la guerra y los acuerdos de posguerra adoptados en el Lejano Oriente, que afectaban a un gran número de personas corrientes.

INDIA

El virrey imperialista y liberal John Hope, marqués de Linlithgow, anunció con considerable prepotencia en 1939 que la India estaba en guerra. Tras su negativa a conceder al Partido del Congreso Nacional Indio papel alguno en la dirección central del esfuerzo bélico hindú, sus miembros dimitieron en masa de sus cargos al frente de los gobiernos provinciales y los gobernadores británicos hubieron de asumir directamente el mando. Mientras la guerra se libraba lejos, la interrupción de lo que los británicos esperaban que fuera una transición ordenada (es decir, lo más lenta posible) hacia un gobierno representativo importaba poco, pero los japoneses se acercaron lo suficiente como para provocar el pánico en grandes zonas. En abril de 1942 saquearon la capital de Ceilán, Colombo, matando a ochocientos soldados británicos en dos ataques sucesivos a la base naval de Trincomalee. Luego asaltaron puertos

del sur de la India, junto a la ciudad costera de Madrás, lo que obligó a muchos administradores británicos a huir hacia las montañas del interior. En Calcuta, capital de Bengala, los agentes japoneses se mostraron especialmente activos. Allí, Subhas Chandra Bose quiso crear un ejército nacionalista al estilo del Ejército Republicano Irlandés de la década de 1920.

Dado que los estadounidenses asumieron la carga de evitar la expansión nipona por el sudeste de Asia, Washington se negaba a aceptar del primer ministro, Winston Churchill, que los asuntos de la India no fueran cosa suya. Muchos soldados estadounidenses cumplieron destino en la India, donde criticaron el racismo británico, aunque olvidaban que ellos mismos procedían de una sociedad segregada[25]. Sin embargo, ni las intromisiones estadounidenses ni la terquedad de Churchill tuvieron relevancia alguna. La India había emprendido su camino hacia la independencia antes del inicio de la guerra y su masiva contribución al esfuerzo bélico hizo prácticamente inevitable su independencia tras esta. Dos millones de hindúes, el mayor ejército de voluntarios de la historia, sirvieron en el ejército británico, muchos en el norte de África e Italia. Londres se avino a correr con los gastos de los hindúes que sirvieran en el extranjero y, al final de la guerra, Gran Bretaña debía a la India 1.321 millones de libras esterlinas, parte de su colosal deuda de 3.355 millones de libras que prefería ignorar. El 65 por ciento de las tropas hindúes estaban formadas por musulmanes del Punjab, al norte del subcontinente, lo que a su vez reforzaba las pretensiones de los musulmanes de hacerse con un área propia al norte que eventualmente pudiera integrarse en algún tipo de laxa federación hindú. Todo sucedió con tanta rapidez y violencia que el resultado fue la fundación de un Pakistán independiente.

Los políticos nacionalistas hindúes habían descubierto hacía tiempo las ventajas de alternar la política constitucional con protestas pasivo-agresivas no violentas. Conocían bien a los británicos y explotaban sus debilidades. Con esta estrategia habían ganado altura moral, pues hacían parecer a los británicos opresores torpes y violentos[26]. En cuanto empezó la guerra con Japón, el líder hindú Mahatma Gandhi, que conocía bien a Linlithgow y le consideraba débil e incapaz, propagó una nueva oleada de

resistencia que exigía la inmediata independencia y la neutralidad de la India; exigencias que se resumían en el lema espetado a los británicos: «Abandonad la India». Fue un error táctico que dividió al Congreso y dañó el prestigio de Gandhi, no ya porque parecía ingenuo pensar que los japoneses fueran a respetar la neutralidad hindú, sino porque no dejó a Linlithgow más alternativa que imponer un estado de emergencia. El Gobierno británico se convirtió en un gobierno de ocupación y hubo de movilizar más tropas, cincuenta batallones, para encauzar la inquietud de los hindúes que combatían contra los nipones[27].

En agosto de 1942 los británicos habían logrado el apoyo de unos 60.000 miembros del Congreso, incluidos los líderes. Jawaharlal Nehru, abogado radical y político nacionalista, se había instalado con todo confort en el viejo fuerte de Mughal, en Ahmednagar, pero Gandhi seguía encerrado en la insalubre prisión de Aga Khan en Pune. Mientras Nehru leía, escribía y practicaba la jardinería, Gandhi inició una de sus huelgas de hambre perfectamente calibradas. La campaña «Abandonad la India» evolucionó rápidamente y se pasó de las huelgas pacíficas a tumultos multitudinarios y a todo tipo de actos de sabotaje. Se quemaron más de cien comisarías de policía y se atacaron más de 250 estaciones de ferrocarril. Se asaltaban los camiones y cortaban los cables del telégrafo. Los británicos respondieron con contundencia y, según sus propias cifras, acabaron matando a 900 personas y azotando a 600. En Patna, capital de Bihar, y sus alrededores, se recurrió a aviones de la RAF para ametrallar a los miembros del Congreso que se tumbaban sobre los raíles para desmantelarlos.

La disparidad de opiniones entre los dos grupos religiosos mayoritarios de la India sobre la forma de reaccionar ante esta crisis existencial de la metrópoli británica reforzó las exigencias de Muhammed Ali Jinnah y su Liga Musulmana, que pedía un Pakistán independiente tras la guerra. Hablaban con la voz de los miembros musulmanes del Partido del Congreso, que disputaban la legitimidad de Jinnah para hablar en nombre de todos los musulmanes de la India. Lo cierto es que los abogados educados en Occidente, que controlaban el Congreso, tampoco hablaban por todos los hindúes. A medida que hindúes, musulmanes y sijs se

aproximaban inexorablemente a un baño de sangre intracomunitario, los emisarios británicos y sus virreyes se esforzaron por mantener el marco que había posibilitado la unión en la India. Los 562 príncipes feudales independientes, que gobernaban territorios tan extensos como Hyderabad, eran un problema añadido a un asunto ya de por sí complejo, puesto que los británicos reconocían a estas autocracias a través del principio de subsidiariedad.

A lo largo de 1943 se declaró una catástrofe humanitaria; unos dos millones de bengalíes murieron de hambre debido a la inflación inducida por el acaparamiento y a la ineptitud burocrática de muchos funcionarios civiles hindúes. Seis millones de toneladas de grano, reservadas para uso militar, recorrían el océano Índico en barcos para poner en práctica los planes del Día D para el desembarco de Normandía[28]. Churchill insistía en que los hindúes debían «afrontar sus penalidades del mismo modo que la Madre Patria». La humillante derrota militar acabó con la ilusión del poderío británico, la declaración del estado de emergencia puso de manifiesto la fuerza bruta latente y la hambruna de Bengala demostró que la supuesta eficacia de la administración británica era una farsa[29].

La India no era solo la joya del Imperio británico sino que, por su magnitud (con casi 400 millones de habitantes), se trataba de la mejor posesión de cualquier potencia colonial. Era capaz de defender sus fronteras, lo que dio tiempo a los británicos a salir rápidamente de allí en 1947, en cuanto se dieron cuenta de que sacarían más de una India independiente que se mantuviera en el seno de la Commonwealth, que de querer aferrarse a una situación en la que el poder real había pasado a manos de la población nativa, lo que se apreciaba en la política provincial y en la composición del funcionariado de la India. Como dijera el mariscal de campo lord Wavell, que reemplazó al malhadado Linlithgow como virrey en 1943, fue su pasado prestigio el que evitó que la nave imperial se estrellara contra las rocas.

Otros se dedicaron a construir un futuro independiente tras el gobierno del Imperio, aunque gran parte de ese futuro retuviera el ADN imperial. Como bien reconociera Nehru, el problema principal era cómo crear un estado laico en un país religioso. El futuro primer

ministro, un abogado con tendencias izquierdistas, había obtenido su título de Derecho en Harrow y Cambridge. Había viajado mucho e incluido a Rusia en sus peregrinaciones. También había estado en las cárceles del Imperio, donde pasó nueve años de su vida adulta. Se preguntaba cómo hacerse con una sociedad en la que cuestiones como la conveniencia de apilar los excrementos de vaca en las calles o la prohibición de matar a monos sagrados (aunque estuvieran rabiosos) eran asuntos fundamentales, mientras se asumía que una vida humana podía perderse fácilmente en alguno de los altercados espontáneos que surgían por doquier[30]. Por poco que gustaran sus políticas a muchos de sus colegas del Partido del Congreso, los británicos tuvieron en cuenta el desapasionado enfoque de Nehru, pues compartían su preocupación por el hecho de que la partición pudiera conducir a la balcanización del subcontinente a medida que las microcomunidades se deslizaban hacia una anarquía y una violencia de inspiración religiosa.

Los británicos partieron en 1947 entre escenas de horror en las que fueron masacrados un millón de seres humanos y físicamente desplazados otros quince millones; muchas mujeres fueron violadas. Un domingo de septiembre de 1947, el último virrey, lord Mountbatten, transportó a Nehru en su avión para que pudiera echar un vistazo al éxodo masivo de refugiados que huían de la violencia comunitaria. Descendieron hasta situarse a unos sesenta metros sobre una de estas columnas de musulmanes que se dirigían hacia el norte, a Lahore. Les llevó un cuarto de hora (a unos 300 kilómetros por hora) recorrer una columna que medía más de setenta kilómetros[31].

No resulta sorprendente que se dedique tanto espacio a la retirada británica de la India en los informes, pero otros imperios asiáticos fueron víctimas más directas de los ataques imperialistas japoneses. La autoridad europea se vio irremediablemente puesta en entredicho en las colonias menores del Lejano Oriente a medida que los nipones las iban conquistando con toda facilidad. Pero, al igual que ocurriera en Europa del Este en el caso de los nazis, las ideas niponas sobre su supremacía racial les imponían una conducta en ocasiones peor que la de los europeos a los que habían derrotado.

FILIPINAS

Estados Unidos conquistó Filipinas en 1898, tras una larga

década de lucha contra los nacionalistas filipinos. Los estadounidenses habían denunciado la existencia de campos de concentración creados por los españoles en Cuba y por los británicos en África del Sur, pero ellos mismos hicieron buen uso de ellos en Filipinas, donde utilizaban rutinariamente formas de tortura como hundir bajo el agua a los sospechosos de ser guerrilleros para reanimarlos después; una práctica que habían aprendido de los apaches. Los imperialistas estadounidenses consideraban que Filipinas era la llave que les daría acceso a China. Los acuerdos adoptados tras la conquista no resultaron satisfactorios, pues las élites hispanas locales, dependientes de las ayudas norteamericanas, recurrían a una retórica nacionalista. Los estadounidenses soltaron su típico discurso sobre la democracia, pero difirieron la concesión de la independencia hasta asegurarse de que las élites nativas, domesticadas y corruptas, retenían el poder. A mediados de la década de 1930 la Ley Tydings-McDuffie contempló la concesión de independencia a lo que en ella se denominaba la «Commonwealth de las Filipinas», cuyas relaciones exteriores serían supervisadas por Estados Unidos. Se encomendó la defensa de las islas al hijo de un exgobernador militar, el ambicioso general Douglas MacArthur, al que enviaron a Manila para organizar unas milicias ciudadanas al estilo suizo[32].

En mayo de 1942, los japoneses habían tomado Filipinas, lo que obligó a Estados Unidos a rendirse tras unas desafortunadas acciones de retaguardia en Bataan y Corregidor. MacArthur fue evacuado y el presidente de la Commonwealth filipina, Manuel Quezon, le acompañó en su retirada hacia Australia. Los japoneses concentraron allí una gran fuerza de ocupación, unos 625.800 soldados a los que, con toda razón, se consideraba necesarios para defender el honor de sus islas nativas y la posición japonesa en el sudeste asiático. La mayoría eran miembros de la élite hispánica que habían colaborado con los estadounidenses y se hicieron leales a los nipones. Los japoneses les explicaban: «Os guste o no, sois filipinos y de raza oriental. Nunca seréis blancos por mucho que lo intentéis»[33]. Tokio concedió la independencia a sus colaboradores mucho más rápidamente que los derrotados estadounidenses. En julio de 1943 se les dijo que redactaran una constitución y que el *quid pro quo* exigía que declararan la guerra a Estados Unidos, lo

que hicieron tras bastantes vacilaciones en septiembre de 1944.

Mientras, muchos valientes filipinos se retiraron a las montañas para librar una guerra de guerrillas contra los ocupantes. El grupo más grande era el Hukbong Bayan Laban sa Hapon (Ejército Popular Antijaponés), conocido como Hukbalahap o Huk. Los Huk hundían sus raíces en grupos de campesinos militantes de antes de la guerra, que se habían unido para defender los derechos tradicionales de los aparceros en la llanura de Luzón, un área rodeada por los pantanos de Candaba, el solitario pico del monte Arayat y las cordilleras de Sierra Madre y Zimbales. Querían «obtener lo que sería justo si los terratenientes fueran hombres buenos y honorables». Al igual que la mayor parte de los movimientos campesinos de la historia, sentían nostalgia de las costumbres supuestamente venerables y los tiempos en los que el *patrón* tenía rostro humano. La tendencia general era la contraria: los terratenientes se quedaban con más del 50 por ciento de cada cosecha de arroz, introducían maquinaria que reemplazaba a los hombres y aplicaban intereses usurarios a quienes pedían préstamos de emergencia. También falsificaban los registros para apropiarse de tierras con títulos más que dudosos. Podían hacerlo gracias a su influencia y a la corrupción imperante en los tribunales y la policía. En las haciendas contaban con sus propias fuerzas de seguridad privadas que se encargaban de los campesinos que daban problemas[34].

Más adelante hablaremos de las complejas relaciones existentes entre los Huk y el Partido Comunista filipino. La mayoría de los Huk tenían veintitantos años y habían sido testigos directos de la brutalidad japonesa cuando violaron, torturaron o mataron a sus familias. Uno de cada diez eran mujeres jóvenes, que solían ejercer de mensajeras, instructoras y enfermeras más que de guerrilleras. Contaban con las armas que arrebataban a los japoneses y aprendían a usarlas por sí mismos. Fue un conflicto desesperado y brutal, pues los japoneses dependían de sus informantes para identificar a los simpatizantes de los Huk, y los Huk secuestraban y mataban a los alcaldes y policías que colaboraban con las fuerzas de ocupación. Estados Unidos también intervino en el conflicto mediante el reclutamiento de guerrillas que vigilaran los movimientos de tropas de los nipones; estas guerrillas también

acabaron enfrentándose a los Huk. Todo cambiaría tras el grandioso regreso de MacArthur y la liberación de Filipinas, donde la élite de antes de la guerra recuperó el poder[35].

INDOCHINA

Indochina era una colonia francesa compuesta por los reinos títere de Camboya y Laos, así como por la colonia meridional de Cochinchina y los protectorados de Annam y Tonkin en el norte. Para los nacionalistas, los tres territorios mencionados en último lugar eran «Vietnam», un país que se despliega a lo largo de unos 1.600 kilómetros de norte a sur. Resulta más ancho en el norte y el sur que en la zona central, donde apenas sobrepasa los 48 kilómetros. Es tan largo como California pero su anchura es la mitad y gran parte del territorio es una jungla repleta de colinas. Cuarenta mil franceses gobernaban a veintitrés millones de indígenas. Los burócratas se concentraban mayoritariamente en el norte, en Hanói, la capital administrativa, mientras que los colonos se habían asentado en el sur, cerca de sus plantaciones de café, caucho y té. Los chinos expatriados constituían la mayoría de la clase empresarial[36].

Es sabido que, en 1943, Roosevelt comentó a Stalin que «tras cien años de gobierno francés en Indochina, los habitantes viven peor que antes»[37]. Esto se debía a que los intereses del Banco de Indochina absorbían toda la riqueza de la nación convirtiéndola en una carga económica y política. Roosevelt hubiera querido situar a estas colonias disfuncionales bajo la protección internacional y la supervisión de Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China pues, en su opinión, Francia no merecía aparecer en tan gloriosa compañía. La manifiesta incapacidad de China hizo inviable esta solución y, a partir de 1940, Churchill apoyó, ante el altar de la solidaridad entre los aliados, al líder exiliado de la Francia libre, Charles de Gaulle, en parte para restaurar Francia, pero también previendo futuras amenazas estadounidenses a los intereses coloniales británicos. Como bien dijera Churchill, no había llegado a primer ministro para supervisar la liquidación del Imperio británico. También Roosevelt hubo de admitir, con cierta reticencia, que el problema de las colonias podría comprometer el modelo de seguridad que quería imponer en el mundo de la posguerra, pues debilitaría aún más a unas metrópolis imperiales ya decadentes al

privarlas de los recursos de ultramar[38].

La Indochina de tiempos de la guerra requería de una solución especialmente compleja debido, básicamente, a que compartían el poder dos grupos enemistados entre sí: los partidarios del régimen de Vichy y de Pétain y los seguidores del líder de la Francia libre, Charles de Gaulle. Entre 1940 y 1944, las fuerzas francesas leales a Vichy coexistieron con 65.000 soldados japoneses a los que, como favor especial, no estaban obligados a saludar. Para los japoneses, Indochina era el trampolín que les permitiría expandirse por el sudeste asiático e impediría que los suministros proporcionados por los aliados llegaran a la China nacionalista por tierra. Cuando empezaron a perder la guerra, los japoneses temían que los estadounidenses decidieran invadir las Filipinas recién liberadas, invasión que bien pudo coordinarse con un levantamiento local de los galos, una vez que los franceses libres del general De Gaulle acabaron con la influencia de Vichy.

En marzo de 1945 el comandante nipón, general Tsuchihashi Yuichi, acabó con el régimen colonial. Dio dos horas al almirante Jean Decoux para que rindiera las tropas francesas a los japoneses. Cuando Decoux solicitó más tiempo, los nipones tomaron todas las bases e instalaciones francesas, aplastando la resistencia gala en cuanto surgía. Allí donde los franceses hicieron frente a los golpistas, como por ejemplo en Lang Son en el extremo norte, fueron capturados y decapitados bajo las conmovedoras notas de *La Marsellesa*. Las tropas francesas que lograron llegar hasta un aeródromo del noroeste situado en Dien Bien Phu se encontraron con que Estados Unidos hacía oídos sordos a sus peticiones de ayuda. Al final hubieron de refugiarse en el sur de China, adonde llegaron descalzos y hambrientos.

Los franceses habían aplastado en Indochina toda manifestación de sentimientos anticoloniales, los manifestados por campesinos rebeldes amotinados y los coreados por estudiantes en huelga. Pero hubo un adversario implacable que logró eludirles durante más de tres décadas: Ho Chi Minh. El nombre es la versión final de los múltiples alias que utilizara Ho. Su nombre real era Nguyen Tat Thanh («el que triunfará»), y había nacido en 1890 de un padre campesino que había logrado formar parte de la élite de los mandarines, obteniendo el equivalente a un doctorado. No sabemos

si fue por orgullo o carácter, pero el padre de Ho se negó a trabajar directamente para el emperador títere, que supuestamente gobernaba de forma autónoma, prefiriendo ganarse la vida como maestro rural que como magistrado. En 1910 mató estando borracho a quien no debía y le despidieron. Murió en Saigón sumido en la pobreza.

El futuro Ho era un chico brillante de pelo largo, lo que le daba un aire de palurdo pueblerino en la escuela. Supo enseguida que para vencer al imperialismo occidental había que familiarizarse con su cultura, incluidas sus tradiciones revolucionarias. A punto de cumplir los veinte años, Thanh participó en manifestaciones antifrancesas, lo que motivó su expulsión de la escuela gala a la que asistía. Fichado por la policía colonial, cogió un barco a Francia bajo el seudónimo de Ba, supuestamente pinche y fogonero de una pequeña nave que zarpaba hacia Marsella. Iniciaba así una auténtica odisea[39].

Ho llegó a Marsella en julio de 1911; observó que los «franceses de allí son mejores y más educados que los de Indochina». Los camareros de los cafés le llamaban «señor». Pidió una beca para estudiar en la Escuela Colonial, pero se la denegaron. De modo que se enroló en la marina mercante y, a partir de ese momento, sabemos poco de sus actividades, aunque nos consta que siempre que estaba en tierra se movía en círculos políticos del estilo de Nguyen Ai Quoc (Nguyen el Patriota).

En julio de 1923 despistó a los policías franceses, que se habían convertido en su sombra, saliendo de un cine de París por la puerta trasera. Tomó un tren a Hamburgo y de ahí pasó a Rusia por mar, como parte de la tripulación del mercante chino *Chen Vang*. En Moscú se matriculó en la Universidad de los Trabajadores del Este, cuyo nombre real era Escuela Stalin, ya que dependía de su Comisariado para las Nacionalidades. En julio de 1923, Ho había adquirido la importancia suficiente como para trasladarse al hotel Lux, donde ocupó una pequeña habitación con una cama infestada de chinches. En enero de 1924 se lesionó la cara y las manos por esperar durante horas, en lo más duro del invierno, para ver el cadáver de Lenin. Logró impresionar a sus camaradas durante el Quinto Congreso, en 1924, en el que habló de la necesidad de acabar con el imperialismo en las colonias, de las que extraía los

recursos necesarios para mantenerse. Al final convenció a sus superiores de que le mandaran a Cantón para organizar a los revolucionarios vietnamitas exiliados[40]. Allí Ho se instaló en la villa de Mijail Borodin, líder de los veinte agentes bolcheviques que formaban parte del Frente Unido del KMT y el PCC (es decir, el Partido Comunista Chino). Para confundir a los agentes de seguridad franceses destinados en este enclave se convirtió en Ly Thuy. Oficialmente era periodista, pero las actividades encubiertas que realizaba para el Comintern incluían el reclutamiento de los miembros de un grupo anarquista compuesto por exiliados vietnamitas, denominado Tam Tam Xa («Sociedad de los corazones palpitantes»), que, justo después de su llegada, había intentado asesinar a Martial Merlin, el nuevo gobernador general de Indochina, haciendo estallar durante un banquete una bomba que llenó de cuchillos y tenedores los cuerpos de otros cinco invitados. Estos radicales fueron los primeros reclutas del Partido Nacionalista de Indochina, vinculado al PCC y el KMT, pero acabó siendo el núcleo de un grupo comunista independiente. A principios de 1925, Ho fundó la Liga Juvenil Revolucionaria de Vietnam, el caldo de cultivo del futuro Partido Comunista de Vietnam. El hijo del mandarín daba una imagen totalmente confuciana a un movimiento que fusionaba nacionalismo y marxismo-leninismo justo en un momento en el que la relación entre ambos preocupaba a los soviéticos.

Llevó una vida relativamente estable en Cantón con su esposa e hijo hasta 1927, cuando el KMT de Chiang Kai-shek rompió con los comunistas chinos, arrestando y matando a muchos de ellos. Ho huyó a Hong Kong, donde se le denegó la entrada; de ahí pasó a Vladivostok y de vuelta a Europa. Una noche un amigo le encontró en un puente de París mirando tristemente al Sena. «Siempre creí que sería académico o escritor, pero me he convertido en un revolucionario profesional», dijo. «He viajado por muchos países pero no he visto nada. Recibo órdenes estrictas y planifican cuidadosamente mi itinerario. No te puedes desviar de tu ruta, ¿verdad?»[41].

Acabó tomando un barco a Siam, donde ya había 20.000 refugiados vietnamitas. En 1929 las autoridades coloniales francesas le condenaron a muerte *in absentia*. En febrero de 1930, cuando

empezaron a surgir partidos comunistas rivales, introdujeron a Ho clandestinamente en Hong Kong para resolver sus diferencias. El resultado fue la fundación oficial del Dang Cong san Viet Nam: el Partido Comunista de Vietnam. Los británicos le arrestaron y llevaron a juicio, pero Ho huyó a la Unión Soviética, donde permaneció hasta 1938.

El hecho de que los británicos le tuvieran tanto tiempo bajo custodia indicaba que se creía que era un espía en años en los que Stalin asesinó a 65.000 de sus camaradas en purgas que afectaron hasta a los residentes extranjeros del hotel Lux, acostumbrados a dormir con un ojo abierto. Ho sobrevivió porque Stalin no consideraba Indochina un lugar estratégico; aun así, hubo de achicarse hasta hacerse casi invisible. En 1938 se le permitió ir a China, donde el PCC y el KMT habían restablecido su alianza para luchar contra los japoneses. La primera vez que usó el nombre de Hu Guang fue en Yan'an, donde era especialmente fuerte el PCC; luego recurrió a él en Guangxi, desde donde intentó establecer relaciones más estrechas con su patria.

En torno a 1940 estaba en Kunming, capital de Yunnan, donde se reunió con otros dos hijos de mandarines vietnamitas: Pham Van Dong y Vo Nguygen Giap. El primero había pasado años en las famosas «jaulas para tigres» de la prisión francesa de Poulo Condore; el segundo era un licenciado en Derecho que sentía fascinación por la historia militar, especialmente por todo lo relacionado con la guerra de guerrillas. El padre y la hermana de Giap habían muerto en estas jaulas, o justo después de su liberación de las cárceles francesas, cuando él tenía diez años. Los franceses ejecutaron a su cuñada y, en 1943, murió su joven esposa en la prisión central de Hanói, posteriormente convertida por los estadounidenses en el Hanoi Hilton. Estas experiencias le convirtieron en un hombre frío, incapaz de perdonar, totalmente dedicado a la lucha armada, para la que demostraría tener grandes aptitudes[42].

La derrota de Francia en 1940 creó un nuevo escenario para una revolución que, hasta el momento, había sido espasmódica. Por entonces, Ho había dedicado muchas horas de estudio a la estrategia y tácticas del Partido Comunista de China y leído las obras de Mao sobre la guerra de guerrillas. Decidió que lo

prioritario era crear una infraestructura política en todo el país, junto a unas fuerzas armadas reducidas que pudieran desatar la insurrección cuando llegara el momento de iniciar un levantamiento general. Ho mantenía un estrecho contacto con los comunistas chinos, sobre todo con Zhou Enlai, pero también debía mantener buenas relaciones con el Kuomintang, para que sus fuerzas pudieran contar con una zona de retirada segura en el sur de China. Negoció hábilmente entre los complejos remolinos de la política china, optando por una línea exclusivamente antiimperialista en la que los únicos enemigos eran los japoneses y los franceses. Al acercarse a la frontera con Tonkín, Ho contribuyó a la creación de un frente patriótico o Liga para la Independencia de Vietnam, en vietnamita Viet Nam Doc Lap Dong Minh (más conocido como Viet Minh). En 1941 era el instructor jefe de un campo de Jingxi, en la frontera vietnamita, donde Giap enseñaba entrenamiento militar. Al finalizar el curso los reclutas besaban la bandera roja con su estrella dorada, tras lo cual volvían a Vietnam, donde se reunían en una región montañosa denominada Viet Bac. A principios de 1941, Ho volvió a Vietnam por primera vez en treinta años y creó un cuartel general en una cueva de caliza cercana al remoto pueblo de Pac Bo. Para entonces había adoptado la identidad de un periodista chino y el nombre de Ho Chi Minh («el que ilumina»)[43].

Ho no era el secretario general del partido, pero la policía francesa había eliminado a la mayoría de sus rivales vietnamitas, y además gozaba de un prestigio enorme, no solo por ser quien llevaba más tiempo en el Comintern, sino asimismo por los sacrificios que había hecho por la causa. Como para los estándares vietnamitas era bastante mayor, le llamaban afectuosamente «tío». Había surgido su última encarnación: el tío Ho. Haciendo gala de su carácter burló controles y patrullas francesas pretendiendo ser un chamán, vestido con una túnica negra y provisto de textos mágicos, varitas de incienso y un pollo vivo para el sacrificio.

Tras el cese de la administración francesa a manos de los japoneses, el Viet Minh hubo de tomar decisiones cruciales. Los estadounidenses, por su parte, vieron la oportunidad de usar a los vietnamitas para hostigar a los japoneses. Estados Unidos empezó a enviar armas provenientes de una base aérea situada en el sur de

China; el Viet Minh se ocupaba de los partes meteorológicos y ayudaba a localizar a los pilotos estadounidenses derribados. En marzo de 1945 la OSS envió al Deer Team a Vietnam para que colaborara con el «anciano» que dirigía el Viet Minh. Uno de esos agentes, Archimedes «Al» Patti, puso por escrito la historia de su estancia en un campamento en medio de la jungla. El líder del Viet Minh, muy desmejorado ya por la tuberculosis, padecía malaria y disentería, pero aún tenía fuerzas para fumar un Chesterfield de Patti tras otro en cuanto le reconoció el médico estadounidense[44]. Los agentes de la OSS enseñaron a las guerrillas lideradas por Giap, «un hombrecillo enjuto con grandes ojos calculadores que parecía siempre enfadado», a usar armas modernas. Pasaron muchas horas agradables con Ho Chi Minh, quien en un momento dado les preguntó en inglés: «Sus políticos pronuncian elocuentes discursos sobre la necesidad de ayudar a garantizar la autodeterminación. Nuestra determinación es grande; ¿por qué no nos ayudan? ¿Acaso soy distinto a Nehru, Quezon o incluso su George Washington? ¿No se considera a Washington un revolucionario? Yo también quiero liberar a mi pueblo»[45]. Personalmente creía que a los estadounidenses solo les interesaba hacer negocios. Al conocer la noticia del estallido de las bombas atómicas y la rendición de los japoneses ese mismo mes de agosto, Giap y él decidieron iniciar la insurrección, ayudados por la ira, muy difundida entre los campesinos, y por la hambruna del invierno 1944-1945, que había matado a un millón de personas porque los japoneses se habían negado a dejar de exportar a Japón el arroz de sus graneros públicos[46].

Entonces los japoneses lograron desatar una crisis política. Tras desarmar a los franceses en marzo de 1945, animaron al emperador Bao Dai a declarar la independencia de Vietnam, urgiendo al vecino príncipe de Camboya, Sihanouk, a hacer lo propio. La autoridad de Bao Dai era totalmente teórica en el norte de Tonkín, donde el Viet Minh ejercía, cada vez más, el poder real y letal desde sus bases del Viet Bac, que solo abandonaban para cortar las comunicaciones y aterrorizar a policías y funcionarios.

En verano de 1945 se organizó la Conferencia de Potsdam para reordenar el mundo. Siempre se la analiza desde una óptica estrictamente europea, como demuestra el hecho de que, en

realidad, los Tres Grandes eran los Cuatro Grandes, ya que el generalísimo Chiang Kai-shek estuvo presente junto a Harry S. Truman (el sucesor de Roosevelt), Stalin y Churchill. La Conferencia quería ganar la guerra a Japón y acabar con su imperio del sudeste asiático. Se decidió que China y Gran Bretaña ocuparían Indochina por encima y por debajo, respectivamente, del paralelo 16, pero las unidades de la OSS de Patti volvieron a Vietnam, en teoría para garantizar la seguridad de los prisioneros de guerra aliados y los presos civiles en manos de los japoneses. Esto les permitió ver, desde un sitial de honor, cómo recurría Ho a la táctica de «hechos consumados» para evitar la restauración de la autoridad colonial. Envió a sus hombres a Hanói, atravesando el puente Doumer sobre el río Rojo, para forzar la abdicación de Bao Dai. La capital de Tonkín estaba cubierta de faroles, flores y estandartes rojos provistos de cinco estrellas doradas, todo ello ante los ojos de los 30.000 soldados que componían las tropas japonesas. El 2 de septiembre de 1945, Ho proclamó la independencia de Vietnam ante las masas reunidas en la plaza Puginier de Hanói, delante del antiguo palacio del gobernador general. En su discurso se permitió algunos guiños a sus amigos de la OSS:

«Todos los hombres fueron creados iguales. Su creador les dotó de ciertos derechos inalienables, entre ellos, el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Esta declaración inmortal forma parte de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776. En sentido más amplio implica: todos los pueblos de la Tierra son iguales desde su nacimiento y tienen derecho a la vida y a ser felices y libres. En la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, redactada en 1791 en plena Revolución francesa, también se afirma: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos»[47].

Preguntó a la multitud: «Queridos compatriotas, ¿habéis entendido?». «Sí», contestó la gente. El general Giap estaba junto a Patti y saludó con el puño en alto mientras la banda empezó a interpretar *The Star-Spangled Banner*, el himno oficial estadounidense. Los franceses se quedaron paralizados. Un equipo estadounidense más experimentado intentó rebajar las pretensiones políticas de Ho, pero este se deshizo de ellos con evasivas y vaguedades. «Me cuesta recordar partes de mi larga vida, es lo que

tiene ser un revolucionario viejo». Mientras tanto, el régimen de Hanói despachaba a todos sus adversarios ideológicos. Se había creado un nuevo aparato de seguridad del Estado al que los comunistas añadieron los «comités para la supresión de traidores» y un Comité de Agresiones y Asesinatos, cuyas víctimas eran liberales nacionalistas, trotskistas y mujeres que se habían casado con franceses[48].

Mientras el nuevo Gobierno empezaba a asentarse, 150.000 chinos pertenecientes a las tropas nacionalistas del KMT entraron en Vietnam liderados por un señor de la guerra adicto al opio al que Chiang quería fuera de China. El Viet Minh intentó que la cosa no pasara a mayores suministrándole opio, pero los chinos lo saquearon todo. Mientras tanto, en la capital del sur, Saigón, donde el Viet Minh desempeñaba un papel mucho menor al ser solo un miembro más de una coalición nacionalista, las celebraciones del Día de la Independencia acabaron en violentos enfrentamientos entre los residentes franceses y los vietnamitas. Los franceses contemplaban las fiestas desde sus observatorios privilegiados y se negaron a aplaudir tras la proclamación de la independencia. Francotiradores franceses abrieron fuego y, como contrapartida, los vietnamitas agredieron a los europeos y saquearon sus negocios.

Cuatro días después llegaron a Saigón 600 hombres de la Vigésima División India, que, bajo las órdenes del general Douglas Gracey, pretendían desarmar a los 50.000 soldados japoneses que se habían rendido. Gracey era un general que no entendía de política y cumplía sus órdenes de forma inflexible, lo que tuvo consecuencias desastrosas. Lo primero que hizo fue recurrir a su guardia gurkha para expulsar al Comité Ejecutivo Provisional del Sur del palacio del gobernador general, inmediatamente después de que intentaran darle la bienvenida. Después dio armas a los franceses liberados, que se dispusieron inmediatamente a atacar a todo «nativo» que encontraban. Los vietnamitas reaccionaron furiosos matando a ciento cincuenta europeos. Como las tropas de refresco se retrasaban, Gracey solo contaba con sus gurkhas y los japoneses que se habían rendido para expulsar al Viet Minh. Impuso la ley marcial para acabar con una huelga general y recurrió a los hombres de la Legión francesa recién liberados para imponer su simulacro de orden público.

Haciendo gala de una pasmosa desconsideración hacia sus aliados, Gracey ordenó al teniente coronel Peter Dewey, el oficial de la OSS de mayor rango en Saigón, que abandonara Indochina debido a las implicaciones «patentemente subversivas» que tenían sus contactos con el Viet Minh. A Dewey le asesinaron de un disparo cuando iba camino al aeropuerto, pues Gracey le había prohibido hacer ondear las barras y estrellas en su jeep y el Viet Minh lo confundió con un francés. Al día siguiente, Gracey amenazó al general japonés Numata con arrestarle por crímenes de guerra si no ordenaba a sus hombres ayudar a franceses y británicos a luchar contra el Viet Minh. Así, los británicos obligaron a los soldados que los habían humillado en 1942 a restaurar la administración francesa en Vietnam con la que habían acabado siete meses antes[49].

A principios de octubre de 1945 había suficientes tropas francesas en la Cochinchina como para que Gracey cediera la autoridad al sur del paralelo 16 a un héroe de guerra francés, el general Philippe Leclerc, que restableció la administración gala en Camboya y Laos, antes de centrar su atención en la República Democrática creada al norte de Vietnam. El 20 de enero de 1946 las fuerzas británicas se habían ido. Un alto comisionado francés, Jean Sainteny, había volado a Hanói acompañado del equipo de la OSS de Patti. Vieron que Hanói estaba llena de banderas rojas y otras en las que habían escrito en inglés «Independencia o muerte» y «Vietnam para los vietnamitas». Un cordón de soldados japoneses evitó que lincharan a los franceses, pero Patti y su equipo se dedicaron a llevar una cómoda y tranquila existencia en el hotel Metropole.

A Sainteny le disgustaba el papel desempeñado por los estadounidenses. «A los americanos les parecía de una terquedad inconcebible querer revivir un pasado colonial al que se oponían en nombre de un anticolonialismo infantil que les cegaba, no dejándoles ver prácticamente nada»[50]. Las cosas nunca son tan sencillas, pues también había agentes de la OSS de procedencia francoamericana y veteranos francófilos de la Resistencia gaullista. Pero los más populares eran, sin duda, los estadounidenses. Una noche Ho invitó a cenar a un joven agente de la OSS. El mayor Frank White descubrió con horror que le habían sentado junto a Ho en una habitación repleta de dignatarios chinos y franceses. Los

chinos se emborracharon rápidamente y los franceses se mostraban poco comunicativos y permanecían sentados tiesos como palos de escoba. Cuando Frank le hizo ver que el orden de los asientos había suscitado resentimientos, Ho replicó: «Ya lo veo, pero ¿con quién más podía hablar?».

Leclerc mandó tropas por tierra y mar, una de ellas comandada por el coronel Jacques Massu (del que hablaremos más adelante), para intentar sorprender a las tropas del Viet Minh en el campo, asolado en aquel momento por frecuentes batidas de la infantería. Procuró por todos los medios evitar las bajas civiles de una forma que recordaba a los esfuerzos británicos por imponer en Malasia una política que procurase ganarse la estima de los lugareños. En el norte de Annam y Tonkín, Leclerc logró imponerse a los chinos que abandonaban el país (Chiang Kai-shek los necesitaba para luchar contra los comunistas) a cambio de la renuncia gala a sus enclaves en China. Lo más irónico es que Chiang había declinado la oferta de Roosevelt de hacerse con todo Vietnam.

Ho se cuidaba mucho de no interferir en las negociaciones franco-chinas. Lo explicaba así a los camaradas más escépticos de su partido: «¿No veis lo que pasaría si se quedaran los chinos? Olvidáis nuestra historia, pues cuando llegaron los chinos se quedaron mil años. En cambio los franceses solo podrán permanecer aquí poco tiempo; antes o después se marcharán». A continuación resumió la situación de forma menos delicada: «Más vale oler durante un tiempo la mierda francesa que comernos la de los chinos el resto de nuestras vidas»[51]. De ahí que Giap mantuviera conversaciones con Sainteny en su refugio de los montes de Dalat, aunque no hubiera confianza entre las partes. Los franceses aceptaron la creación de una República Democrática de Vietnam, que se integraría en la Unión Francesa, y también someter a referéndum la futura incorporación de la Cochinchina. Pero lo cierto es que no tenían la menor intención de renunciar al poder. Los vietnamitas pensaban que habían hecho un trato, pero los franceses quisieron que se tuviera en cuenta su control de la administración de justicia, su planificación económica y su red de comunicaciones. Ho accedió incluso a permitir el estacionamiento en el norte de 15.000 soldados durante un periodo de cinco años. En un mitin donde Ho explicaba su estrategia a los activistas, alguien lanzó una granada sin retirar la

espoleta.

Siendo Leclerc comandante en jefe de Indochina, De Gaulle envió allí a un nuevo Alto Comisionado, el almirante Thierry d’Argenlieu, católico y militante de derechas, que había sido monje carmelita. Uno de los miembros de su equipo afirmó que era «una de las grandes mentes del siglo XII». Quiso restablecer el control galo en Indochina y, al contrario que Leclerc, se negó a negociar con Ho el destino del norte. Mientras Ho volaba a París para ratificar los acuerdos alcanzados con Leclerc, el 1 de junio de 1946 D’Argenlieu volvió tras un permiso y proclamó unilateralmente la nueva República Autónoma de la Cochinchina, básicamente para acabar con las negociaciones que estaban teniendo lugar en Francia. Aunque contaba con el apoyo de los colonos y los hombres de negocios, el almirante no había recibido autorización de París para hacer tal cosa. En noviembre de 1946, con Ho aún pendiente de las negociaciones en Fontainebleau, el almirante ordenó al buque de guerra *Suffren* que bombardeara Haiphong, matando a unas 6.000 personas con el pretexto de interceptar envíos de armas.

Para vengarse, Giap ordenó la matanza de trescientos cincuenta aldeanos que se negaban a cooperar con el Viet Minh, así como el asesinato de todos aquellos líderes del movimiento nacionalista que formaran parte del Gobierno de coalición de la República Democrática. Las negociaciones de Fontainebleau fracasaron cuando Sainteny afirmó que los franceses debían obtener un triunfo militar, a lo que Ho replicó: «Podrá usted matar a diez de los nuestros por cada uno de los suyos pero, aun así, serán ustedes los que acaben exhaustos». Lo irónico de la situación era que los políticos franceses radicales, socialistas y demócrata-cristianos que pedían una Europa federal eran los partidarios más intransigentes de un gobierno imperial autoritario y centralizado. El imperio era esencial para las pretensiones de Francia de convertirse en una potencia mundial tras años de derrotas, humillaciones y dependencia de los anglosajones para su liberación[52]. Envalentonadas por su número creciente, las tropas francesas de Hanói se comportaban de forma elegante con el Gobierno del norte democráticamente elegido. Giap preparó a la población para la rebelión y mandó dinamitar troncos de árboles para cortar carreteras a su antojo. Cuando Ho volvió en diciembre, hizo con

cierta reticencia un llamamiento a la guerra de resistencia. Sainteny fue una de las primeras bajas, junto a otros cuarenta ciudadanos franceses: una mina destrozó el vehículo blindado en el que viajaba. Esa noche (del 19 al 20 de diciembre de 1946) se inició formalmente la guerra entre los franceses y el Viet Minh, y los franceses se hicieron con el control de la capital.

Los comunistas volvieron a las zonas liberadas en Viet Bac, cerca de la frontera china, a unos 130 kilómetros de Hanói; una región donde hacía falta un mes para avanzar unos pocos kilómetros. Había talleres de armas *ad hoc* que fabricaban armamento para complementar el viejo arsenal arrebatado a británicos o japoneses, así como las armas compradas a China (que también les proveía de modernos equipos de comunicación por radio). Fueron los instructores japoneses los que enseñaron al Viet Minh a utilizar las armas modernas y, en algunos casos, incluso llegaron a intervenir en operaciones contra los galos. Giap aplicaba rigurosamente los principios básicos de la guerra de insurgencia moderna que había leído en las obras de Mao sobre la guerra de guerrillas. Añadió algunas indicaciones tácticas de su propia cosecha:

Cuando el enemigo avanza, nos retiramos.
Si se detiene, le hostigamos.
Si evita la batalla, atacamos.
Si se retira, le seguimos.

Había estudiado con detenimiento la política interior francesa y sabía que los políticos pendencieros de la IV República buscarían una solución rápida, dado que la población tenía pocas ganas de morir en una guerra a miles de kilómetros, y que gran parte del equipo que llegaría a Vietnam acabaría siendo saboteado por una quinta columna de trabajadores comunistas franceses. Era una lucha de voluntades, y quien apostara por los franceses sería un temerario. Leclerc era muy consciente de que no cabía una solución militar. Poco antes de morir en África, en 1947, escribió: «Francia ya no mantendrá bajo su control por la fuerza a veinticuatro millones de habitantes que se están uniendo y comparten un ideal xenófobo y tal vez nacional. [...] Estamos ante un problema político»[53].

Los franceses fueron a la guerra contra un maestro de la táctica que dirigía a un pueblo cuya propensión al conflicto bélico había

sido evidente para todos sus vecinos desde la Edad Media[54]. Pero todo indicaba que los franceses no iban a luchar solos. El equipo de la OSS de Al Patti se retiró de Indochina el 30 de septiembre de 1945: en ese momento ya era consciente de lo mucho que había cambiado la política estadounidense desde los tiempos de Roosevelt y su frialdad hacia los regímenes coloniales. Tras el acceso al poder de Truman, se había ido imponiendo sigilosamente una nueva política. En enero de 1946 fue evidente que esto favorecería a los franceses: el Departamento de Estado decidió aceptar la petición de los británicos de dar a los galos 800 carros militares estadounidenses, que prestaban o alquilaban tras borrar todo indicio de *Made in America*; una mínima concesión a un anticolonialismo descartado. Fue el primer paso por un espinoso camino que, tras la prolongada agonía de la implicación francesa en Indochina, llevaría a Estados Unidos a enfrentarse a Giap y a sus recios combatientes[55].

INDONESIA

Entre finales de diciembre de 1941 y finales de marzo de 1942, los japoneses atacaron varias veces y conquistaron un archipiélago, rico en recursos, que pertenecía a las Indias Orientales holandesas (la actual Indonesia). En marzo se rindieron los 93.000 hombres que conformaban el ejército colonial holandés sin molestarse en consultar a sus aliados británicos, que acompañaron a muchos civiles australianos y europeos en un cautiverio brutal y degradante. Los holandeses no intentaron armar a los indonesios nativos, lo normal en un régimen colonial que había dado formación secundaria a unos 207 niños nativos de entre una población total de sesenta y siete millones.

Los 300.000 japoneses con base en esas islas se las apañaron para hacer que los holandeses parecieran benévolos. Secuestraron a mujeres nativas para ponerlas a trabajar en burdeles militares y usaron a los hombres como esclavos en la construcción de vías férreas, carreteras u obras similares. Solo 70.000 javaneses, del cuarto de millón secuestrados por los nipones, volvieron a casa con vida. La sequía, los tifones y las requisas de arroz de los japoneses mataron de hambre a dos millones y medio de javaneses. Cambiaron la situación administrativa de Sumatra y la integraron en la región meridional, junto a Malasia, en una zona gobernada

por Tokio desde Singapur a la que dieron el nombre de Syonan o «Luz del Sur». Trataron a la gran comunidad china con mucha brutalidad y asesinaron a 40.000 de sus miembros, pues sospechaban que ayudaban a Chiang o a Mao. Los chinos más ricos salvaron el pellejo pagando cincuenta millones en concepto de impuestos para «expiar» su pasado apoyo a Chiang Kai-shek. Es solo un ejemplo de cómo la política interna china había contaminado la diáspora. En los bosques malayos, los japoneses encerraban a los prisioneros en empalizadas para aislarles de las guerrillas comunistas con el apoyo de la Fuerza 136, perteneciente al Servicio de Operaciones Especiales británico (SOE, en sus siglas en inglés)[56].

La ocupación japonesa de la Indias Orientales holandesas sentó las bases para la creación de una nación independiente debido a un accidente único. Aunque la Marina japonesa acabó fácilmente con los holandeses y sus aliados británicos y estadounidenses, un submarino aliado logró hundir un transporte en el que viajaban la mitad de los administradores enviados por Tokio para hacerse cargo del gobierno del vasto archipiélago de Indonesia, tan grande como Estados Unidos, pues solo Sumatra tiene el tamaño de California. Algunos indonesios dieron la bienvenida a los nipones, que procedieron a borrar todos los nombres en holandés de carteles y lugares, a pesar de que uno de sus primeros actos fuera la disolución de los partidos políticos y la prohibición de enarbolar la bandera nacionalista indonesia roja y blanca. Los arrestos en masa de administradores holandeses y la muerte de sus reemplazos japoneses hicieron que los indonesios con formación accedieran a miles de empleos técnicos y a los escalafones superiores de la administración. Estos funcionarios fueron adquiriendo seguridad en sí mismos y se dieron cuenta de que no necesitaban que los holandeses ni los japoneses les sometieran a su tutela[57].

Sukarno (los javaneses no tienen nombre de pila), ingeniero civil y activista nacionalista de mediana edad, fue uno de los primeros en abrirse camino hasta el alto mando japonés; abandonó la reunión en un Buick que le prestaron para facilitar sus actividades como colaboracionista. Sin embargo, no era el traidor que los holandeses dijeron que era para desacreditarle ante los estadounidenses. Sukarno tenía un ojo puesto en el futuro posimperial y consideraba que era preferible colaborar con los japoneses cuyo imperio,

excesivamente extenso, parecía potencialmente efímero, que apoyar a los imperios europeos, a los que creía más duraderos aunque estuvieran siendo derrotados. Aunque, como muchos nacionalistas, era consciente de la naturaleza del imperialismo nipón, no había sido educado, como otros, en la metrópolis y no sentía lealtad alguna hacia unos holandeses que en los años anteriores le habían encarcelado y enviado al exilio varias veces.

Las autoridades japonesas creaban claques locales obedientes para reemplazar a los partidos políticos en todos los territorios que conquistaban. Siempre aparecía la palabra «nuevo» en sus nombres. En China fue el Nuevo Movimiento Ciudadano de Wang Jinwei; en Filipinas, la Asociación para el Servicio a la Nueva Filipinas. En Indonesia los japoneses intentaron chapuceramente nombrar a miembros tanto del islam progresista como del tradicional, exigiéndoles que se inclinaran en dirección al Palacio Imperial de Tokio en vez de hacia La Meca. También crearon el movimiento de la triple A: Japón: Líder de Asia; Japón: Luz de Asia; y Japón: Protector de Asia. La falta de atractivo de este movimiento dio a Sukarno su oportunidad; se ofreció a asociar el nacionalismo indonesio a los conquistadores/liberadores por medio de un movimiento denominado Centro del Poder Popular o «Putera», la palabra indonesia que designa al «hijo de su madre». Su eslogan era: «¡Viva Japón! ¡Viva Indonesia!».

A medida que progresaba la guerra, los japoneses accedieron a la creación de instituciones de una representatividad limitada, tal vez para hacer que los aliados cargaran con los clientes más incómodos de entre sus antiguos súbditos coloniales y reducir así los problemas a los que habían de hacer frente ellos mismos. En septiembre de 1943 nombraron a Sukarno presidente del Consejo Asesor Central, cuyas reuniones siempre acababan en agravios para los indonesios, que se limitaban a sellar los documentos en los que los japoneses exigían trabajadores o arroz. Se crearon cuerpos similares a nivel local, lo que dio lugar al surgimiento de un embrión de administración. Colaborar con él le permitió a Sukarno recorrer Indonesia y convertirse en una personalidad a nivel nacional. Puede que fuera algo estridente al denunciar a británicos y estadounidenses, y bastante extravagante en sus alabanzas a los japoneses, pero lo hacía en una lengua indonesia llana y a través de

una red nacional de «árboles cantores», radios que, en los pueblos, se colgaban en las ramas. En estos discursos era fácil engañar a unos japoneses que mayoritariamente solo hablaban su propia lengua, pero también aprendieron, demasiado tarde, que las políticas de explotación despiadadas eran contraproducentes. Un anciano comandante japonés escribió lo siguiente:

Si logramos juzgar correctamente la tendencia que siguen los sentimientos de los nativos, les damos una formación y prometemos cumplir sus deseos en el futuro próximo, ellos, que son muy sensatos, quedarán impresionados y tolerarán las penurias materiales reforzando su cooperación. [...] Pero, por otro lado, si tratamos a los nativos como a gentes ignorantes y nos equivocamos en la forma de ganar sus corazones, recibiremos un contragolpe inesperado; como reza el dicho: «Hasta una pequeña obra requiere de un espíritu enorme», y tendremos que prepararnos para beber de la misma copa amarga de la que bebieron los holandeses del régimen anterior en el momento de su colapso[58].

En consonancia con esta nueva línea de acción, los japoneses crearon movimientos juveniles *quasi*-militares y un ejército de voluntarios indonesios que podría convertirse en el núcleo del futuro Ejército Republicano de Indonesia. En noviembre de 1943 Sukarno hizo su primer viaje a Tokio, donde recibió una condecoración de manos del emperador Hirohito y fue recibido por el primer ministro Tojo. En mayo de 1944 asistió a una conferencia en Singapur, donde enunció públicamente los cinco principios que guiarían al futuro Estado de Indonesia: la fe en Dios, la justicia social, el gobierno representativo, el internacionalismo y la unidad del archipiélago desde Sumatra hasta Papúa Nueva Guinea. Puede que fuera lo más a lo que se podía aspirar en una sociedad compleja compuesta por sesenta y siete millones de personas[59].

La estrategia de Sukarno parecía estar arrojando buenos resultados; en septiembre de 1944 los japoneses prometieron la independencia a todos los territorios que habían conquistado en el sudeste asiático, a los que, hasta entonces, habían denominado las Regiones del Sur. En marzo de 1945 crearon una Comisión de Investigación para la Preparación de la Independencia. Ese mismo mes de agosto pusieron a su frente a Sukarno, lo que convirtió a Mohammed Hatta en su segundo. Se fijó el 24 de agosto para el

traspaso formal de poderes, una fecha que el abrupto fin de la guerra, tras el uso de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, convirtió en irrelevante.

A partir del 8 de agosto, Sukarno tomó las riendas y el 17 declaraba en el patio de su casa de Yakarta: «Nosotros, el pueblo de Indonesia, declaramos nuestra independencia». Después hubo manifestaciones, bajo la nerviosa mirada de los soldados japoneses, en el largo intervalo que transcurrió antes de que llegaran los aliados y aceptaran su rendición. En un principio se había dispuesto que fueran los estadounidenses, pues las Indias Orientales holandesas supuestamente iban a formar parte del vasto Mando del Pacífico a cargo de MacArthur. Este intentó restablecer el gobierno holandés, pero mientras estuviera pendiente la invasión de Japón, el jefe de Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos, general George Marshall, decidió que no podía dispersar fuerzas que podría necesitar para la operación Olympic, es decir, la invasión y ocupación de Japón. MacArthur desagradaba a Marshall; una razón más para ponerle en su sitio.

En cumplimiento de los acuerdos de Potsdam, los británicos ya habían incorporado a las Indias Orientales holandesas al desesperanzadoramente dilatado Mando del Sudeste Asiático de Mountbatten (SEAC, en sus siglas en inglés); una empresa que los estadounidenses cínicos denominaron «Salvad las colonias asiáticas de Inglaterra»(1). Este truco de prestidigitación provocó cierta confusión de lealtades en Indonesia dos meses después, cuando llegaron las tropas australianas e hindúes con retraso debido a la reticencia de los estadounidenses a dotarles de barcos. Se enarbolaban abiertamente banderas rojas y blancas y las paredes estaban llenas de pintadas en las que se leía «Merdeka!» (¡Libertad!), pero también se veían muchos eslóganes proamericanos, como: «Luchamos por el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo». Un oficial británico comentó ácidamente a un observador estadounidense: «Vuestra maldita Revolución americana nos sigue dando problemas». Las bandas nacionalistas empezaron a intentar matar a cualquiera que fuera blanco, por lo que se enviaron tropas más numerosas de Seaforth Highlanders bajo el mando del general sir Philip Christison. Con la desmovilización a las puertas, ninguno de estos soldados británicos e hindúes deseaba

detenerse en Indonesia y, puesto que parecía altamente improbable que sus tropas de musulmanes hindúes fueran a masacrar a los musulmanes indonesios, Christison anunció, prudentemente: «Las tropas británicas e hindúes no se implicarán en la política interior», y dejaron el mantenimiento del orden civil en manos de los japoneses. Lo único que querían era cumplir con su limitado objetivo de liberar a los 100.000 europeos que estaban confinados en condiciones atroces, pero las circunstancias no lo quisieron así. El nuevo Gobierno laborista de Londres apoyaba la propuesta de Mountbatten de que los holandeses negociaran con los nacionalistas indonesios. Aunque se mostraron reticentes, los holandeses no tenían elección, dado que su patria estaba devastada y el país carecía de fuerzas armadas dignas de tal nombre. Las negociaciones se complicaron por el hecho de que el gobernador de La Haya lo era de modo provisional y no quería decir adiós a una colonia que era tan importante para la economía holandesa como la India para Gran Bretaña. Además, tener colonias de ultramar permitía a los holandeses pretender que desempeñaban un papel significativo en la Europa recién liberada. Era bastante razonable que Sukarno explicara a los británicos: «Los indonesios nunca serán capaces de entender por qué, por ejemplo, está mal que los alemanes gobiernen Holanda si está bien que los holandeses gobiernen Indonesia. El derecho a gobernar siempre descansa sobre la fuerza bruta y no depende de la sanción de las poblaciones». Mohammed Hatta lo expresó sin rodeos: «Los holandeses son tan populares como la sífilis»[60].

Los británicos intentaron mantenerse al margen de las tensiones asesinas existentes entre los nacionalistas indonesios y los funcionarios holandeses recién llegados, que se comportaban como si pudieran retomar las cosas donde las habían dejado años atrás. Pero en Surabaya, al este de Java, soldados británicos que intentaban liberar a presos civiles fueron rodeados y asesinados por un número mucho mayor de milicianos indonesios. Un general británico, con base en Batavia, cometió el error de arrojar folletos desde el aire sobre estas milicias, instándolas a entregar las armas. Cuando el comandante en jefe de la zona, el brigadier Aubertin Mallaby, quiso negociar la salida de sus tropas, le mataron. La Quinta División de la India vengó la muerte de Mallaby con el

apoyo de tanques y de las fuerzas aéreas: murieron alrededor de 9.000 combatientes indonesios.

Dado que los holandeses carecían de las fuerzas necesarias para volver a ocupar Indonesia, fueron los estadounidenses y los británicos quienes decidieron el destino de su colonia. En un principio, la política estadounidense reflejaba los sentimientos anticolonialistas del presidente Roosevelt. Pero su idea de protectorados internacionales en las antiguas colonias se fue abandonando sin alharacas, en parte porque la Junta de Jefes de Estado Mayor de Washington no deseaba que esta lógica se extendiera a los territorios de ultramar donde Estados Unidos había adquirido bases, pero también porque las corporaciones estadounidenses estaban muy interesadas en el petróleo, el caucho y el estaño holandeses.

Sin embargo, lo que más afectó a Indonesia fue el desacuerdo en torno a la política a seguir entre dos departamentos del Ministerio de Exteriores estadounidense, que crearía confusión a la hora de elaborar políticas aplicables en otras partes del mundo en los años de posguerra. El Departamento de Estado estaba escindido entre los europeístas, que querían brindar su apoyo a Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos, y los proasiáticos, que consideraban que la independencia (indignantemente circunscrita) que Estados Unidos había concedido a Filipinas el 4 de julio de 1946 debería ser el modelo para el resto de las antiguas colonias europeas. La fórmula de compromiso que pretendía reconciliar las «aspiraciones naturales» de los pueblos indígenas con los «legítimos derechos e intereses» de los colonizadores revela cierta tensión en el diseño estadounidense de las políticas. El ascenso al poder de Harry Truman, que tenía una visión del mundo menos cínica y burda, permitió a los europeístas enterrar en silencio la política mucho más ambivalente de Roosevelt que, en realidad, hubiera caído por su propio peso debido a sus contradicciones internas.

Lo que más preocupaba a los británicos era que este espíritu de independencia, tan evidente en Indonesia, se extendiera a Malasia, porque los británicos querían sacar a sus tropas de allí lo antes posible. La solución pasaba por confiar en que 65.000 soldados japoneses mantuvieran el orden, pues les obligaban a ello los términos del acuerdo de rendición. Eran buenos soldados, señaló un

oficial británico tras recurrir a ellos para liberar a unos rehenes en Bandung. «Observé a los “japos” muy de cerca cuando entraron. ¡No pude hallar ni un fallo, totalmente de primera!». Durante la visita de Mountbatten, en abril de 1946, la guardia de honor estaba formada por mil japoneses, cuyos oficiales presentaban armas con espadas de samurái[61].

La amenaza de la retirada inminente de los británicos obligó a los holandeses a entablar negociaciones, no con Sukarno, que les resultaba inaceptable, sino con el primer ministro Sutan Sjahrir, que se reunió con ellos en Linggadjati junto al primer ministro lord Killearn. Los acuerdos, alcanzados en noviembre de 1946, no fueron ratificados hasta seis meses después. En ellos se aceptaba la existencia de una República Indonesia independiente que formara parte de la Unión de los Países Bajos encabezada por la Corona holandesa; defensa y asuntos exteriores se conducirían conjuntamente. En cuanto llegaron a Java 55.000 soldados holandeses[62], los británicos se fueron.

Los holandeses pretendían establecer una serie de Estados títere integrados en una federación indonesia bajo control holandés. El resultado fue que las tropas holandesas acabaron combatiendo contra el ejército de la República de Indonesia y las milicias *ad hoc*, y tomaron ciudades grandes en Java y Sumatra así como en algunas de las islas exteriores, entre ellas Bali. Una vez dado por finalizado un breve armisticio denominado Acuerdos Renville, los holandeses organizaron dos grandes campañas «políticas» en julio de 1947 y diciembre de 1948; la primera se llamó Operación Producto y la segunda Operación Cuervo, y ambas fueron extremadamente brutales. El 9 de diciembre de 1947, las fuerzas holandesas masacraron a los 431 hombres del pueblo de Rawagede, tras su negativa a revelar el paradero de un dirigente independentista; lo trágico es que no sabían quién era. Cuando los nacionalistas indonesios rompieron asimismo los acuerdos, los holandeses atacaron por sorpresa la capital nacionalista de Yakarta, tras haber logrado descifrar los códigos del enemigo. Una vez tomada la ciudad capturaron a Hatta y Sukarno, que estaban a punto de partir para asistir a una reunión con Nehru en la India, y les confinaron en la isla de Bangka.

A los holandeses se les había pasado por alto el significado de un

suceso anterior. Entre septiembre y noviembre de 1948, los comunistas indonesios habían orquestado la revuelta de Madium, en Java Central, que el ejército indonesio había reprimido con considerable violencia. Era una oportunidad para los estadounidenses de pasar a formar parte del juego. Un experimentado agente de la CIA (la sucesora de la OSS como agencia de inteligencia estadounidense desde 1947) llegó a Yakarta, entre otras cosas para seleccionar a los miembros de la Brigada Móvil de Policía, a los que se proporcionó entrenamiento avanzado en bases estadounidenses. Estados Unidos no estaba dispuesto a permitir que una potencia menor como los Países Bajos boicoteara a una incipiente Organización de las Naciones Unidas, y amenazó con cortar las ayudas para la reconstrucción que recibían los Países Bajos, al igual que otras naciones europeas, el denominado Plan Marshall, obligando así a los holandeses a aceptar el alto el fuego exigido por las Naciones Unidas. Según el acuerdo final que dio la independencia a la República de Indonesia, los holandeses conservarían Nueva Guinea y se obligó a los indonesios a hacerse cargo de la deuda de más de cuatro mil millones de libras esterlinas de las Indias Orientales holandesas; la mitad correspondía al coste de la campaña emprendida por Holanda para frustrar la independencia indonesia[63].

2. EL MUNDO DE HARRY TRUMAN

BUENAS RAZONES PARA LA MODESTIA

Roosevelt fue poco claro sobre la forma de gestionar la paz en el mundo hasta su muerte, acaecida en abril de 1945. Tan solo había expresado su compromiso con el orden económico liberal y sus cuatro libertades básicas, y el mundo se hallaba en uno de esos momentos seminales, como 1815 o 1919. Fue crédulo con Stalin, consideraba a Churchill un imperialista desfasado, detestaba a De Gaulle y depositó mucha fe en China. Roosevelt pensaba en términos propios de un congreso europeo decimonónico de la era de Metternich y Castlereagh. La versión puesta al día implicaba que los cuatro grandes (Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y la China nacionalista) se convertirían en la policía del mundo. El poder de los cuatro grandes se ocultaría tras la Organización de las Naciones Unidas, pues controlaban el Consejo de Seguridad y la Asamblea General estaba llena de sus aliados de la era anterior a la descolonización[64].

La forma en que Estados Unidos quería lidiar con el mundo estaba inevitablemente subordinada a problemas más inmediatos. Los estadounidenses no habían experimentado la muerte de civiles y la destrucción por la que habían pasado los beligerantes europeos y asiáticos y, por lo tanto, no eran conscientes de cuán profundamente la guerra había trastocado el mundo. Mientras el resto del planeta estaba devastado, el PIB de Estados Unidos se elevó de 886 millones de dólares en 1939 a unos 135.000 millones en 1945. El Día de la Victoria sobre Japón las fuerzas armadas contaban con un personal de más de doce millones de personas,

incluidos los siete millones que servían en ultramar. Lo primero era llevarlos a casa, pues las familias adoptaron el eslogan «Sin barcos no hay votos». Los soldados rasos fueron repatriados de 15.000 en 15.000 para incorporarse a una economía que atravesaba por una dolorosa reconversión a la vida civil. Boeing, por ejemplo, despidió en un solo día a 21.200 trabajadores de los 29.000 hombres que trabajaban en dos de sus plantas, y se apartaron 6.000 barcos del servicio de golpe y plumazo. En una semana se cancelaron contratos de venta de armas por valor de quince mil millones de dólares[65].

Los trabajadores y sus representantes temían que la expansión económica de la guerra solo hubiera sido un hiato antes de volver a las condiciones de la época anterior a la Depresión. Al liberarse los precios y alquileres, espaciarse el racionamiento y acabarse las semanas de cuarenta y ocho horas, los líderes sindicales empezaron a comparar sus modestos ingresos con los colosales beneficios que habían obtenido las empresas en tiempos de guerra. Una serie de convulsas huelgas recorrió Estados Unidos, implicando sobre todo a los trabajadores siderúrgicos, los mineros, los de las fábricas de automóviles y los de la industria cárnica. Todo el mundo, desde los veteranos hasta los civiles que habían trabajado durante la guerra en lugares remotos, quería una casa propia, pero había una escasez crónica de viviendas nuevas. Solucionaron el problema parcialmente mediante créditos a los soldados y la aplicación de los principios de la línea de montaje fordista a la construcción de viviendas en los suburbios. La realidad es que varias familias solían ocupar la misma casa y la gente vivía en coches, establos, sótanos y tranvías.

Aunque los estadounidenses tenían ahorros en bonos o en metálico y contaban con unos ciento cuarenta mil millones en 1945, había poco en lo que se pudiera invertir por la escasez de bienes de consumo durante la guerra. Aquella era una Norteamérica austera, donde hasta un baño semanal caliente se consideraba un lujo casi imposible de imaginar desde el punto de vista del siglo XXI. A los estadounidenses no les preocupaba que los rusos quisieran una pequeña porción de Turquía ni qué amalgama de villanos y ladrones se hacía con el poder en Atenas. No querían que sus fuerzas armadas estuvieran permanentemente a casi cinco mil kilómetros para defender las tierras de sus antiguos enemigos de un

antiguo aliado. Además, la mayoría de los estadounidenses creía apasionadamente en el valor universal de la Organización de las Naciones Unidas. Según una consulta celebrada en 1947, hasta un 82 por ciento opinaba que «es muy importante que la Organización de las Naciones Unidas sea un éxito», mientras que un 56 por ciento quería convertirla en «un gobierno mundial con capacidad para controlar a las fuerzas armadas de todas las naciones, incluido Estados Unidos»[66].

La carga de reconciliar las esperanzas de una vida mejor de muchos estadounidenses con las responsabilidades que implicaba el poder mundial recayó sobre Harry Truman. Era un tipo corriente del medio oeste, hijo de un agricultor de Misuri que no consiguió ser sastre. Truman era demasiado pobre como para ir a la universidad y fue el último presidente de Estados Unidos sin título universitario. Destacó como oficial de artillería durante la Primera Guerra Mundial. Medía 1 metro y 76 centímetros, tenía ojos de un color azul acero y el pelo recio. De alguna manera lograba combinar su integridad personal, basada en una fuerte fe baptista, con el hecho de formar parte del régimen profundamente corrupto del demócrata Tom Pendergast en San Luis. Le eligieron para que diera un barniz de honestidad a la maquinaria que Pendergast tenía montada en el Congreso y acabó siendo senador en 1934, a los cincuenta años.

Como conocía de cerca los estragos que causaban las deudas en familias como la suya, le horrorizaba el despilfarro del Gobierno. El excesivo gasto de dinero de los contribuyentes para pagar a las fuerzas armadas y a los contratistas de defensa era una pesadilla. Washington DC era una ciudad que no agradaba a Truman, pero los salones de Georgetown, llenos de intelectuales, le gustaban aún menos. Se irritaba rápidamente con los mariposones comunistas, los esnobs aristócratas de pantalón a rayas y los periodistas impertinentes que oscurecían su camino[67].

Harry no hubiera tenido importancia alguna en términos históricos de no ser porque, en la tarde del 12 de abril de 1945, fue requerido en la Casa Blanca. Una desolada Leonor Roosevelt decía: «Harry, el presidente ha muerto». «¿Puedo hacer algo por usted?», preguntó, rompiendo el silencio. La señora Roosevelt replicó: «¿Hay algo que nosotros podamos hacer por usted? Porque ahora el que

tiene problemas es usted»[68]. La intimidad de esta escena choca con el hecho de que Roosevelt solo se había encontrado con Truman tres veces antes de nombrarle para reemplazar al liberal de izquierdas Henry Wallace, y tres veces más, de forma superficial, tras su nombramiento como vicepresidente. Ahora, a los sesenta años, Truman era presidente. Aunque era consciente de que había una docena de personas más capacitadas para hacer su trabajo, confesó a amigos y colegas que la Providencia le había elegido para desempeñar ese papel.

Truman se deshizo rápidamente del secretario de Estado, Edward Stettinius, «un hombre elegante, de buena presencia, amable y dispuesto a colaborar, pero nunca ha tenido una idea, vieja o nueva». Su sustituto fue un fiasco por varias razones. Las relaciones con James Byrnes, un político de Carolina del Sur que creía que él debía ser vicepresidente y sucesor de Roosevelt, se tensaron rápidamente debido a las largas ausencias de Byrnes: asistía a dilatadas conferencias en ultramar y, cuando se rompió la Gran Alianza de la guerra como una soga que se deshilacha, tenía una opinión diferente sobre cómo convenía reaccionar ante las provocaciones soviéticas. Byrnes se dedicaba a la diplomacia con un ojo siempre puesto en sus ambiciones políticas nacionales y buscaba acuerdos que quedaran bien en los titulares, sin informar de ellos adecuadamente ni a Truman ni a los líderes del Congreso. Era tan vanidoso que a Stalin y su primer ministro Molotov les resultaba sencillo manipularle. En enero de 1947, Truman pidió a Marshall que volviera de China para sustituirle[69].

El nuevo presidente se dio cuenta rápidamente de que los soviéticos hablaban por hablar, «un poco por aquí, un poco por allá, nos están tomando el pelo». Poco después de convertirse en presidente dio una lección a Molotov sobre la mala fe soviética. Según Truman, Molotov afirmó: «Nadie me había hablado así en mi vida». «Cumpla los acuerdos y nadie le hablará así», le espetó Truman[70]. En enero de 1946 Truman decidió: «A menos que hagamos frente a Rusia con puño de hierro y un lenguaje duro, habrá una nueva guerra. Solo hay un idioma que entienden: “¿Cuántas divisiones tienes?”». Se esforzó por llevarse bien con los soviéticos y trabajar con ellos en el seno del Consejo de Seguridad de la nueva Organización de las Naciones Unidas, pero nunca

lograría apaciguarles, la pesadilla de su generación[71].

Una investigación del Departamento del Tesoro de Estados Unidos sobre las razones que habían llevado a los soviéticos a rechazar el Fondo Monetario Internacional y otras organizaciones mundiales creadas en Bretton Woods y Dumbarton Oaks obtuvo una buena acogida en la embajada estadounidense de Moscú, donde reinaba la calma por las celebraciones conmemorativas del nacimiento de George Washington. El diplomático y experto en la Unión Soviética George Kennan dictó un duro y «largo telegrama» (de cinco mil palabras, el telegrama más largo de la historia de la diplomacia estadounidense) en el que afirmaba que el marxismo se había fundido con las profundas neurosis de la antigua Rusia. Los soviéticos, decía, intentarían dominar a vecinos como Irán y Turquía y difundir la insurgencia por medio de los denominados movimientos de liberación en el mundo subdesarrollado y a través de los sindicatos y organizaciones juveniles de Occidente. El autor no descubriría los matices hasta más tarde y en el telegrama parecía pedir a Estados Unidos que blandiera un palo bien largo: «El poder soviético es impermeable a la lógica de la razón y altamente sensible a la lógica de la fuerza». Las acciones de este «estado totalitario en expansión» estaban convirtiendo al mundo en campamentos armados y hostiles. El largo telegrama de Kennan se convirtió en una de las reflexiones de mayor influencia diplomática de los tiempos modernos. En él se recurría a la historia y la ideología para explicar la naturaleza de la amenaza soviética y diseñar un posible puesto para el autor, que hablaba de la necesidad de una planificación estratégica para la paz muy parecida a la guerra de nervios propia de los Estados en guerra. «Estaba en juego mi reputación; mi voz tenía peso».

Kennan había nacido en 1904 y no llamó la atención durante sus años de juventud que, a juzgar por su diario personal, no fueron tan remilgados y correctos como parecía observando su rutina diaria. Era un presbiteriano de Milwaukee que había estudiado Historia en la Universidad de Princeton antes de pasar a formar parte del Servicio Exterior de Estados Unidos. Al igual que un pariente lejano, también llamado George Kennan, que escribió sobre los deportados a Siberia en el siglo XIX, primero centró su interés en Rusia. Fue diplomático allí (hablaba ruso a la perfección) tanto antes como

después de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual pasó una temporada en el Berlín de Hitler antes de ser repatriado. Tenía mentores ilustres en la Spaso House, residencia del embajador de Estados Unidos en Moscú, como el embajador William Bullitt y Averell Harriman, uno de los pocos hombres a los que Kennan respetaba. Entre sus compañeros de diplomacia cabe mencionar a Charles «Chip» Bohlen y Loy Henderson, posteriormente embajadores y altos funcionarios de los que volveremos a hablar. Secundado por la Escuela Nacional de Guerra, Kennan empezó a generalizar la psicología del ajedrez: «Nuestra tarea es planificar y ejecutar nuestras disposiciones estratégicas para obligar al Gobierno soviético a aceptar combatir en condiciones desfavorables (lo que no hará nunca) o retirarse». Puesto que ya por entonces la Unión Soviética era un imperio que gobernaba a una mayoría que no hablaba ruso, Kennan pensó que un juicioso uso de la fuerza no solo contendría el expansionismo soviético, sino que incluso catalizaría el colapso de todo el sistema soviético. Advertía firmemente que Estados Unidos debería intervenir «solo en aquellos casos en los que los resultados obtenidos sean satisfactorios en relación al coste en recursos y esfuerzo para Norteamérica»[72]. A sugerencia del secretario de la Marina, Forrestal, Marshall y su segundo, Dean Acheson, eligieron a Kennan para dirigir la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado, de la que salieron setenta importantes documentos, 900 páginas en total, que pasaron al recién creado Consejo de Seguridad Nacional, una institución que los británicos emularon en 2010. Kennan pertenecía asimismo a la Oficina de Proyectos Especiales de la CIA, creada por Marshall y el director de la Agencia, el almirante Roscoe Hillenkoetter, para llevar a cabo operaciones encubiertas.

A Kennan le costó acostumbrarse a dejar de ser el máximo experto e integrarse en los complejos equipos burocráticos, repletos de hombres tan ambiciosos como él mismo, trabajando para políticos que tenían que exagerar y simplificar sus ideas para obtener fondos del Congreso u obtener el apoyo popular. También había tensión entre el político y el historiador, pues la gran estrategia de contención (como la acabaron llamando) chocaba con la advertencia que, en 1821, lanzara John Quincy Adams a la joven república, que no debía, en su opinión, buscar monstruos que

destruir, un punto de vista que aún tenía eco ciento treinta años después. Para alarma de su autor intelectual, la partida de ajedrez degeneró en un turbio asunto en el que había armamento nuclear apuntando a cada punto cardinal y caóticas guerras periféricas en países que no interesaban en absoluto a Kennan. Apoyar a sus clientes y títeres del Tercer Mundo podría incitar a los disturbios revolucionarios que la contención supuestamente debía prevenir. Tras su retiro, Kennan pasó el resto de su larga vida (murió en 2005 a la edad de 101 años) defendiendo sutilezas políticas de las que nadie era consciente por entonces.

De hecho, su enfoque cultural-filosófico de la gran estrategia parecía inhibir la toma de decisiones y fue el consejero de la Casa Blanca, Clark Clifford, el que intentó convertir ideas bastante abstractas en políticas concretas. En un estudio clasificado como alto secreto de septiembre de 1946, Clifford afirmaba que una defensa eficaz, en aras de la seguridad mundial, de «todas las democracias amenazadas de alguna forma por la URRS» podría colapsar el sistema soviético, obligado a expandirse constantemente para ocultar que un pequeño grupo de gobernantes se había impuesto a unos rusos básicamente decentes. Lo mejor y más clarividente del artículo que Kennan publicara anónimamente como «X», en julio de 1947, en la influyente revista *Foreign Affairs*, era la correcta identificación de las debilidades del sistema soviético: «Si [...] hubiera algo capaz de quebrar la unidad y acabar con la eficacia del partido como instrumento político, la Rusia soviética podría cambiar de la noche a la mañana y pasar de ser una de las naciones más fuertes a constituir una de las sociedades nacionales más dignas de lástima»[73].

Hubo otra intervención que contribuyó a generar un consenso en torno a las intenciones soviéticas. Truman invitó a Churchill a hablar en Fukton, Misuri, en marzo de 1946. Fueron con una comitiva de periodistas y fotógrafos e hicieron un viaje en tren de unos 1.600 kilómetros durante el cual los dos hombres se dedicaron a beber y jugar al póquer. En su discurso Churchill recurrió a una conocida metáfora, acuñada por Goebbels, que hacía referencia a un «telón de acero», tras el cual pueblos históricamente europeos se veían sometidos al represivo control soviético. La llamada de Churchill a una unión de los pueblos angloparlantes no tuvo mucho

eco en Estados Unidos, donde hubo protestas. En Nueva York la gente gritaba: «Vete, vete, Winnie, la ONU se queda». Según el periódico conservador *Wall Street Journal*: «Estados Unidos no quiere una alianza, ni nada parecido a una alianza, con ninguna otra nación». Con cierta malicia, Stalin acusó a Churchill de racismo a lo nazi, dado su empeño en propugnar la unidad de los anglosajones, y consideró que el discurso era un «llamamiento a la guerra». En una carta, Truman explicaba a su madre que aún no estaba preparado para anunciar públicamente que apoyaba las avanzadas opiniones del beligerante británico. Escribió a Stalin, ofreciéndose a llevarle en barco hasta Misuri para que diera en persona su propia respuesta al discurso de Churchill que Truman dijo no haber leído antes. Mentía, y de hecho cabe suponer que Churchill y él lo discutirían extensamente durante el viaje en tren. Además, aplaudió con entusiasmo cuando fue pronunciado[74].

Por entonces, las noticias del interior del Imperio soviético eran descorazonadoras. Los periodistas estadounidenses que habían llegado hasta la Manchuria ocupada por los soviéticos vieron que habían desmantelado las fábricas y habían trasladado las piezas en trenes. Todo aquel al que entrevistaban era asesinado al poco tiempo, y los francotiradores mantenían a los periodistas en sus habitaciones de hotel la mayor parte del tiempo. Algunos liberales estadounidenses empezaban a cambiar de opinión guiados por uno de los suyos, John Fischer, que escribía sobre Rusia en toda una serie de revistas. El columnista del *New York Times* Brooks Atkinson insertó este tipo de anécdotas desalentadoras en un marco político más amplio:

La amistad, en el sentido de asociación íntima y compromiso político, ni se busca ni se quiere ni está en juego. [...] El pueblo ruso es admirable [...] pero el gobierno soviético se interpone entre él y nosotros. Por mucho que hagan un amplio y beato uso de la palabra «democracia» es un gobierno totalitario. [...] No hay libertades en la Unión Soviética ni allí donde llega su poder; todo intento de solucionar esta situación en términos de amistad está condenado al fracaso[75].

Esta era la postura defendida por los creadores estadounidenses de políticas al más alto nivel, la que acabó con Henry Wallace, anterior vicepresidente, que ocupó el cargo de secretario de

Comercio tras hacer apología a favor de Rusia y decir que, en términos morales, se encontraba en una situación equivalente a la de Estados Unidos. Bajo el Gobierno de Truman desaparecieron las simpatías subjetivas en torno a los líderes mundiales y se empezaron a hacer asépticas declaraciones sobre amenazas a largo plazo y la forma de reaccionar ante ellas[76]. El nuevo secretario de Estado, Marshall, era seco, lacónico, sólido y fiable y no se inmutaba ante sus subordinados de mayor talento. Tenía un agudo sentido de la historia y opinaba que solo quien hubiera leído sobre las guerras del Peloponeso debería dirigir la política exterior. Sabía cómo delegar la formación en el subsecretario Dean Acheson, que, a su vez, conocía bien la diferencia existente entre un seminario interminable y cómo hacer que estirados grupos de expertos progresaran en la dirección adecuada, dándoles el tiempo y el espacio necesarios para manifestar sus opiniones. Aunque el intelecto de Acheson supiera adaptarse, no había nada de sutil en ciertos *obiter dicta* como: «Estados Unidos es la locomotora a la cabeza de la humanidad y el resto del mundo el furgón de cola»[77].

¿Quiénes fueron los hombres que diseñaron y determinaron la política estadounidense durante lo que el periodista Walter Lippmann calificara de «guerra fría» en el título de una recopilación de sus artículos de 1947? Probablemente el término procediera de los franceses, que solían hablar de *guerre blanche* o *guerre froide* en la década de 1930[78]. Muchos de los mejores talentos procedían de las universidades de élite de la costa este como Harvard o Yale, y poseían la magia propia de banqueros de Wall Street y abogados de las grandes empresas; algún académico que procedía directamente de las universidades de la Ivy League trabajaba excepcionalmente con ellos. Otros eran extremadamente ricos, como Averell Harriman, que dejó tras su discutible conducta una fortuna de cien millones de dólares y que, como descubrieron los que lo conocieron bien, tenía los modales de un tiburón. Todos consideraban que era su obligación estar en el servicio público, aunque casi ninguno se negaba a ganar dinero de paso. Podrían haber sido elegantes jugadores, con un estricto sentido del deber y la lealtad cuando la plebe macartista acosó a sus amigos patricios, en vez de políticos profesionales, especialistas en política exterior, con una larga experiencia a sus espaldas. Pero tras la Primera Guerra Mundial

intentaron abarcar demasiado al invertir el dinero de sus clientes, haciendo a veces un doble juego como agentes de inteligencia. En uno de los entreactos entre recurrentes brotes de puritanismo americano la política se hacía, con gran apasionamiento, a base de cócteles y *whisky sours* en hermosas casas de Georgetown. Culturalmente estos hombres se sentían más a gusto entre europeos, aunque solo Acheson recurrió a la afectada moda masculina británica y el mostacho de oficial de la guardia. Harriman le recomendó que se lo quitara: «Se lo debes a Truman», dijo[79].

Era un sabio consejo puesto que este grupo de élite podía resultar fácilmente ajeno a cualquiera de sus conciudadanos, sobre todo después de que la gente del congresista recién elegido, Richard Nixon, o del senador por Wisconsin, Joseph McCarthy, dieran alas a su resentimiento[80]. Cada vez que la oficina del Departamento de Estado, encargada de reunir fondos para la construcción de nuevos edificios, pedía dinero al Congreso para erigir las nuevas embajadas que exigía el número creciente de programas de ayuda, y contratar agentes de la CIA y asesores militares responsables de la contención, ciertos congresistas inoportunos comentaban cómo los diplomáticos del Servicio Exterior despilfarraban el dinero de los votantes en «crecientes asignaciones para sus borracheras»[81]. Si la élite que dirigía la política exterior tenía un defecto era un desprecio esnobista hacia el «resto» del mundo dirigido por las grandes potencias. Según el futuro secretario de Estado Dean Rusk, a Acheson «le importaba una mierda la gente roja, amarilla o negra de diversas partes del mundo»[82]. Sin embargo el Gobierno también operaba a escala humana. Acheson caminaba todos los días dos kilómetros y medio junto a su amigo el juez Felix Frankfurter, lejos de coches de vigilancia y guardaespaldas. Era hijo de un ministro presbiteriano y de la hija de un destilador de whisky, por lo que decía haber aprendido mucho sobre el bien y el mal a muy tierna edad, aunque oficialmente sostuviera que ambos podían coexistir y se mostrara escéptico ante los absolutos morales[83].

La política exterior de Truman se complicó en noviembre de 1946, cuando los republicanos ganaron 246 escaños en las elecciones al Congreso, frente a los 188 de los demócratas; en el Senado la relación era de 51 a 45. Muchos demócratas, como el nuevo congresista por Massachusetts, John Kennedy, decidieron

recurrir a la retórica antisoviética. Los simpatizantes comunistas (o directamente agentes soviéticos) que ocupaban altos cargos también eran un problema. A finales de marzo de 1947, Harry Truman mandó investigar la lealtad de los empleados públicos del ejecutivo[84]. Aunque no estaba convencido del todo de la existencia del «coco» soviético, la investigación suscitó rencor y hostilidad entre los congresistas populistas y el Departamento de Estado, que los despreciaba. Acheson solía calificar a McCarthy de «primitivo», pero el senador tuvo mucho eco popular en su descripción del Departamento de Estado como un nido de subversivos que habían «perdido» China deliberadamente[85]. El clima de sospecha aumentó rápidamente difundiéndose como una tétrica niebla desde el Departamento de Estado y la CIA hasta las fuerzas armadas; los demagogos pusieron en tela de juicio incluso a Marshall, el patriota.

Nada más terminar el conflicto bélico, Truman intentó amortizar una deuda de 250.000 millones de dólares. Empezó por recortar el presupuesto de 90.000 millones a unos 10.000 millones, y esperaba poder recortar aún más. En 1947, las fuerzas armadas se redujeron hasta un total de un millón y medio de hombres, la mayoría tropas de ocupación que llevaban vidas agradables en Alemania y Japón. En septiembre de 1947 le tocó el turno a la OSS de los tiempos de guerra, básicamente porque desagradaba al general republicano que estaba al frente, William Donovan, «Wild Bill». No era fácil compaginar estos recortes con el empeoramiento de las relaciones con los soviéticos, y la guerra de Corea demostró, ya en sus inicios, la falta de preparación de las fuerzas armadas. Sin embargo, el punto de inflexión fue el reconocimiento oficial por parte de Gran Bretaña de su inminente bancarrota, lo que obligó a Estados Unidos a dejar su huella en todo el mundo.

El 21 de febrero de 1947, la embajada británica en Washington informó a Acheson de que deseaba hacer entrega de una nota importante. Acheson calificó su contenido de «acojonante»: el Gobierno británico se liberaba de su compromiso de apoyar a Grecia y Turquía. Hubo intensas discusiones; ¿acaso era un farol por parte de los británicos? ¿Creían que Estados Unidos se negaría a ayudar a Grecia y Turquía porque era más fácil amoldarse a Gran Bretaña que enfrentarse a la Unión Soviética? De eliminarse el Imperio británico, que después de todo absorbía gran parte de los

problemas internacionales, una Tercera Guerra Mundial sería mucho más probable. ¿Debía Estados Unidos analizar el problema de Grecia y Turquía por separado o convenía tener en cuenta el problema del comunismo a un nivel más global y conceptual? Luego estaba Grecia en sí. ¿Cuál era el nivel de intervención apropiado en Grecia, en donde la extrema derecha se dedicaba a promover el temor entre la población, calificando a cualquiera de la oposición de comunista e inspirándose en ideas extranjeras con la esperanza de justificar la implementación de duras medidas pensadas para eliminar a las facciones de izquierdas y dejar fuera de juego a cualquier posible republicanismo de centro? También la extrema izquierda se dedicaba a jugar este juego preconizando la amenaza del fascismo para destruir a todos los adversarios del estalinismo[86].

El Congreso republicano exigía unos recortes de impuestos del 20 por ciento y, en esas circunstancias, iba a ser difícil transferir dinero hacia el Egeo, sobre todo teniendo en cuenta que no había prueba alguna de que Turquía estuviera amenazada y que era Yugoslavia, más que la Unión Soviética, la que estaba apoyando a los rojos en Grecia. Aunque el secretario de Estado Marshall era un orador elocuente, no logró convencer en la primera reunión informal de líderes selectos del Congreso, pues hizo parecer que lo que aún no se llamaba contención era tan anodino como cualquier otro programa de ayuda, hasta que Acheson se hizo con las riendas de la retórica. Cabía comparar el presente con las luchas entre Atenas y Esparta, Roma y Cartago. Los números fraccionarios también fueron empleados por Acheson en su perspectiva de que dos terceras partes de la población mundial y tres cuartas partes de sus tierras se teñirían de rojo sangre, una primera versión de la «teoría del dominó» de Estados que caen secuencialmente bajo la amenaza roja.

El senador Arthur Vandenberg, presidente del Comité de Relaciones Exteriores, urgió a Truman a convocar una sesión conjunta del Congreso. Aunque el texto del discurso fue objeto de las correcciones apropiadas, hay que tener en cuenta que fue el mismo presidente el que insistió: «No quiero cobertura en este discurso. Esta es la respuesta estadounidense al estallido de la tiranía comunista». Entre los trucos de prestidigitación que contenía el discurso pronunciado el 12 de marzo de 1947, estaba la

temeraria promesa de que no se malversaría el dinero enviado a Grecia, y que Estados Unidos no se limitaría a sacar a los británicos las castañas del fuego. Estaba plagado de detalles sensibleros sobre los terribles sufrimientos padecidos por Grecia durante la guerra, sobre todo en relación a los niños tísicos. Truman parecía menos cercano a Turquía, que había permanecido neutral, pero obtendría, aun así, un pellizco de 400 millones de dólares. Al parecer no era pedir demasiado. Se recordó a los conservadores en temas fiscales que se trataba del uno por ciento de los 341.000.000.000 dólares que había costado a Estados Unidos ganar la guerra. Entonces el presidente pasó a las «implicaciones generales» de su propuesta. La Organización de las Naciones Unidas nunca podría funcionar adecuadamente si sus miembros se veían sometidos a coacción interna o externa. Truman detalló la dureza de las decisiones a tomar:

En este momento de la historia mundial prácticamente toda nación ha de elegir entre modos de vida alternativos. No siempre se trata de una decisión libre. Uno de estos modos de vida se basa en la voluntad de la mayoría y se caracteriza por contar con instituciones libres, un gobierno representativo y elecciones libres, por garantizar las libertades individuales, la libertad religiosa y la de expresión así como el derecho a vivir al margen de la opresión política. El segundo modo de vida se basa en la voluntad de una minoría que se ha impuesto por la fuerza a la mayoría. Se basa en el terror y la opresión, en el control de la radio y la prensa, en elecciones amañadas y en la supresión de las libertades individuales. Creo que una de las políticas de Estados Unidos debería ser la de ayudar a los pueblos libres que se resisten a caer bajo el yugo de minorías armadas o presiones externas[87].

Los autores de la doctrina Truman procuraron repudiar algo tan militante como una cruzada ideológica, y no estaban interesados en la idea de Churchill de convocar una gran reunión en la cumbre para negociar con un Stalin que no tenía la bomba. Ya no se trataba de echar a los comunistas de lugares como Hungría o Polonia, sino de asegurarse de que no se extendiera el comunismo. En 1940, Roosevelt había advertido que Estados Unidos no debería convertirse nunca en «una isla en un mundo dominado por la filosofía de la fuerza». Estados Unidos había de devolver a Alemania

y Japón a la libre comunidad de las naciones para garantizar que ningún agresor potencial pudiera usar sus enormes recursos industriales y talento tecnológico contra Estados Unidos[88]. Tenían que ser poderosos gracias a su armamento y asumir la responsabilidad de restablecer la salud de la economía del mundo libre.

Truman tuvo suerte de que el internacionalista Vandenberg fuera uno de los líderes republicanos del Congreso. A pesar de las objeciones presentadas contra la naturaleza potencialmente abierta de estos acuerdos, el Congreso aprobó los paquetes de ayuda en abril, concediendo 400 millones de dólares solo a Grecia y enviando a Loy Henderson a Atenas a repartir guantazos. El rápido deterioro de la situación económica empeoró la seguridad. De ahí que, a partir de ese momento, gran parte de las futuras ayudas concedidas por Estados Unidos estuvieran destinadas a programas de apoyo militar, es decir, a un grupo asesor de 450 militares bajo el mando del general James van Fleet, que ayudó al Gobierno griego a aplastar a las guerrillas comunistas en lo que ambas partes calificaron de una típica guerra sucia. La decisión tuvo un efecto inesperado, y es que cuando Stalin empezó a arrepentirse de estar ayudando a los comunistas indirectamente, el intento de sujetar las bridas de sus camaradas yugoslavos deterioró sus relaciones con su líder, el mariscal Tito[89].

Es verdad que las grandes potencias cuentan con estrategias para la seguridad nacional y no reaccionan impulsivamente y sin pensar. La doctrina Truman requería de toda una serie de estructuras de seguridad nacional y el presidente decidió poner al día la defensa y la inteligencia promulgando, en julio de 1947, la Ley de Seguridad Nacional. La Junta de Jefes de Estado Mayor de los tiempos de guerra se convirtió en un organismo permanente. A nivel ministerial los secretarios de Guerra ya no representaban a la marina y los servicios armados, sino que lo hacía el secretario de Defensa. Este importante cargo parecía gafado. James Forrestal enloqueció por exceso de trabajo y, en 1949, se tiró de una ventana del piso decimosexto del hospital de la marina de Bethesda. Su sucesor, Louis Johnson, quien en 1948 recaudara los fondos de campaña que permitieron a Truman ganar sorprendentemente las elecciones para una segunda legislatura, se consideraba su heredero e intentó

reducir el gasto en defensa: declaró que le gustaría acabar con la Marina y el Cuerpo de Marines, mientras seguía profiriendo duras palabras contra el comunismo. Cuando justificaba los recortes en defensa con proclamas de que Estados Unidos «podía liquidar a Rusia con una sola mano», el primer presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el general Omar Bradley, señaló que Truman había estado poco hábil en «sustituir a un enfermo mental por otro»[90].

El nuevo Consejo de Seguridad Nacional se ocupaba de la estrategia a largo plazo mientras que el Departamento de Estado se encargaba de las relaciones diplomáticas. Lo irónico del caso es que Truman, temiendo que el CSN pudiera coartarle, solo asistió a doce de las cuarenta y siete sesiones que celebró el Consejo entre 1947 y 1950. Una de las características de Truman era que le costaba mucho admitir un error y, aunque hubo de acabar con la OSS de la guerra, dando puerta a «Wild Bill» Donovan con una nota breve e hiriente, dos años después hizo uso de las recomendaciones de Donovan y un gran número de antiguos oficiales de la OSS pasaron a formar parte de la nueva CIA. La Oficina de Proyectos Especiales de Kennan unía a la CIA con el Departamento de Estado[91]. El eslabón más delicado de la seguridad nacional se creó en 1946. El Mando Aéreo de la Defensa consistía en una serie de bases aéreas y de radar diseñadas para proteger el territorio continental de Estados Unidos. Los cazas y bombarderos constituían el Mando Aéreo Táctico, pero la joya de la corona era el Mando Aéreo Estratégico, cuyos B-29 podían lanzar bombas atómicas sobre objetivos industriales de la Unión Soviética. El arsenal atómico de Estados Unidos era modesto, pues contaba con nueve bombas en 1946, trece en 1947 y cincuenta a finales de 1948[92]. Pero en 1947 la Comisión de Energía Atómica autorizó la construcción de doscientas bombas más. A finales de 1947, el Mando Aéreo Estratégico tenía 319 aparatos B-29, y uno de cada diez se habían modificado para transportar unas armas nucleares que pesaban unas cuatro toneladas cada una. Estos treinta aviones modificados tenían la capacidad destructiva de 70.000 aviones con armas convencionales. La posibilidad de repostar durante el vuelo, una realidad desde 1948, daba mayor alcance a sus misiones y las hacía menos arriesgadas.

Hubo grandes cambios tras el nombramiento del general Curtis LeMay como comandante en jefe de bombarderos. Él diseñó el Plan de Guerra de Emergencia denominado Offtackle, según el cual se arrojarían 292 bombas atómicas sobre 104 ciudades soviéticas y se reservarían otras 72 bombas para objetivos identificados en vuelos de reconocimiento. Los B-29 y los más modernos B-36 despegarían de Gran Bretaña, Marruecos y Estados Unidos y volarían en pequeños grupos, de modo que solo uno de los aviones llevaría el armamento más letal. Como buena parte del trabajo del Mando Aéreo Estratégico no pertenecía necesariamente al ámbito de lo secreto, no fue difícil reclutar a 300.000 personas para que vieran cómo un avión soviético intentaba volar por debajo de los rudimentarios radares estadounidenses, mientras las zonas de pruebas de Nevada promocionaban «cócteles atómicos» (120 ml de zumo de piña y pomelo, 12 ml de Galliano y 24 de Plymouth Gin) y cestas de picnic para las familias que deseaban ver hongos nucleares en el azul cielo del desierto[93].

La hora del cóctel derivó, a principios de septiembre de 1949, en un profundo temor a causa del registro por parte de aviones de reconocimiento estadounidenses de una concentración elevada de niveles de radiación: unos mil registros por minuto, mientras la radiación ambiental normal está en torno a los cincuenta. Stalin ya contaba con una bomba atómica, denominada RDS 1 o Primer Rayo, que había probado en un lugar llamado Semipalatinsk-21, en Kazajstán. El jefe del servicio de espionaje soviético, Laurentii Beria, presenció en persona la detonación de la bomba de veinte kilotones. A raíz de ello recomendó la concesión de medallas, como la del Mérito al Trabajador Soviético o la Orden de Lenin, a los científicos implicados en el proyecto. Los condecorados ignoraban que lo que determinó qué condecoración concreta recibirían fue su lugar en una lista en la que figuraban los nombres de los que hubieran sido asesinados o encarcelados de haber fallado las pruebas[94]. Los estadounidenses llamaron a su bomba Joe 1. A partir de ese momento, el temor al sabotaje comunista se vio enturbiado por la imagen de hongos nucleares sobre las ciudades norteamericanas, aunque los soviéticos no pudieran alcanzar objetivos estadounidenses con una de estas armas. Tras varios meses de debates secretos, Truman decidió autorizar, a finales de

enero de 1950, la fabricación de una bomba de hidrógeno cuya potencia era sustancialmente mayor que la de las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki[95].

La fortuna económica de Europa dependía de que se convirtiera en un auténtico bastión contra los soviéticos. Todos los esfuerzos de Estados Unidos por implicar a la Unión Soviética en la reconstrucción de la Europa de posguerra habían sido vanos. En marzo de 1947, el secretario Acheson puso en marcha un plan para rehacer las destrozadas economías de Europa de forma más permanente y global de lo que parecía indicar la palabra «alivio». La reconstrucción beneficiaría a Estados Unidos en el plano económico y estratégico, e inocularía a las sociedades europeas contra las condiciones en las que prosperaba el comunismo. El proceso parecía más urgente dado que la Conferencia de Moscú no llegó a acuerdo alguno sobre el futuro de Austria y Alemania y la cuenca industrial del Rin era el eje en torno al que pivotaría cualquier intento de revitalizar la economía del continente.

Los intereses expresados por diversos estados de Estados Unidos ante la Autoridad del Valle del Tennessee demostraron cuántos diseñadores de políticas públicas preferían ver el futuro de Europa como una entidad única, preferiblemente con los británicos en su seno[96]. Que el plan se llamara «Marshall» refleja la preocupación del secretario de Estado, que consideraba que el paciente europeo «bien podría estar muriéndose mientras los médicos deliberan», como dijera en la radio en abril de 1947[97].

Acheson repitió lo esencial del argumento ante una audiencia compuesta por agricultores en el Delta State Teachers College de Misisipi, antes de que Marshall la retomara en un escenario más grandilocuente: la ceremonia de inauguración de Harvard. El discurso que Marshall pronunciara ante los alumnos de Harvard era obra del antiguo embajador en Moscú, Chip Bohlen, y se centraba en la necesidad de aliviar «el hambre, la desesperación y el caos», más que en combatir el comunismo, aunque este acechara en la sombra como beneficiario de males tan abstractos.

No se excluyó formalmente ni a los soviéticos ni a sus satélites; de hecho se buscaba su colaboración a cambio de préstamos. Pero, en el fondo, la participación soviética era imposible, pues implicaba revelar la debilidad de la economía soviética aportando datos que

Stalin nunca estaría dispuesto a hacer públicos[98]. Stalin también era consciente de que un plan de este estilo minaría la ascendencia de los soviéticos sobre sus satélites, si acababan siendo atraídos por el poderoso sol de la economía estadounidense.

Entre 1945 y 1953 Estados Unidos aportó ayudas al mundo por valor de 44.000 millones de dólares; 12.300 millones fueron a parar a las economías europeas tras 1948. Esto permitió a los gobiernos europeos adoptar una amplia gama de políticas públicas que estimularan una recuperación que ya estaba en marcha. Todos querían crear Estados de bienestar, pero había muchas divergencias en torno a cómo usar las ayudas estadounidenses en cada nación; franceses y alemanes fueron los que mejor uso hicieron de estos fondos[99]. Si el impacto estrictamente económico del Plan Marshall sigue siendo objeto de polémica, no cabe duda de que contribuyó a la consolidación de Occidente como entidad política atlántica. En Asia, donde también se invirtieron vastas sumas de dinero, pero no se diseñó un plan unificador, no se obtuvo un efecto similar. El Plan Marshall fue una empresa realmente digna de mención, que se cita una y otra vez cuando una gran crisis requiere de una visión audaz; les dio a Bruno en BMW y a Giuseppe en Fiat algo en que creer. En los antiguos países del Eje, donde el nacionalismo era tabú, la productividad se convirtió en una vocación en torno a la cual se podía generar consenso, un milagro, *Wunder*, lo llamaban los alemanes. El rápido renacer de Alemania Occidental aceleró, a su vez, los esfuerzos franceses por contenerlo mediante la creación de instituciones europeas de las que los británicos no quisieron formar parte.

Los soviéticos respondieron al Plan Marshall en septiembre de 1947 con el Cominform y recurrieron a métodos siniestros para consolidar su poder en Hungría y Checoslovaquia entre 1947 y 1948[100]. La toma del poder en Checoslovaquia, cuyo ministro de Exteriores, Jan Masaryk, se «cayó» por una ventana, aceleró la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, uno de los mayores logros del secretario de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin, que logró evitar la opción de una alianza defensiva exclusivamente europea. La OTAN introdujo a Estados Unidos en el ámbito de la defensa europea, una especie de imperio con «reserva del derecho de admisión» y, en 1955, incorporó a Alemania

Occidental, frustrando los gambitos de la Unión Soviética para lograr una Alemania neutral y unificada. Se vendió al Congreso como un nuevo tipo de alianza, supuestamente dirigida contra cualquier «agresión armada» en abstracto, más que contra un enemigo concreto. Fue una novedad sin precedentes en la política exterior estadounidense, uno de cuyos dogmas siempre había sido evitar «implicaciones en el extranjero»[101]. Estas políticas de seguridad beneficiaban enormemente a los políticos demócrata-cristianos centristas, los liberales (es decir, los defensores del libre mercado) y los socialdemócratas, marginando a los comunistas de Europa Occidental, que eran títeres de Stalin.

La escalada de promesas que exigía la contención mundial fue muy criticada en Estados Unidos. Mucha gente de izquierdas deploraba la falta de moralidad que suponía ayudar a regímenes, o crear nuevos, donde había dudosos antecedentes de represión. Es algo sabido; lo que es menos conocido son las críticas de la derecha. Los antiintervencionistas conservadores y los realistas criticaban la naturaleza indiscriminada de lo que se estaba haciendo y, en muchos casos, no veían la forma de relacionarlo con la seguridad nacional de Estados Unidos. ¿Qué se le había perdido a su país en Grecia, Irán o Laos? ¿Los revolucionarios eran nacionalistas o marxistas-leninistas? ¿Hasta qué punto las patologías nacionales venerables, como la hostilidad de Vietnam hacia China, anulaban las simpatías ideológicas? Resulta casi imposible imaginar cómo habría sido el mundo si el senador «aislacionista» Robert Taft se hubiera convertido en presidente de la mano de los republicanos, pues era un acérrimo enemigo del Plan Marshall y la OTAN.

La ayuda estadounidense tenía ramificaciones más allá de Europa, ya que de forma indirecta liberaba recursos que se utilizaban para mantener colonias en ultramar. En el caso holandés, el Plan Marshall se utilizó para exigir al quinto aliado más importante de Estados Unidos que cediera el control de una antigua colonia. Distorsionando la realidad del nacionalismo indonesio moderado, los holandeses enfriaron el entusiasmo de los estadounidenses recalcando el carácter «comunista» del movimiento independentista. Fue un gambito fallido ya que, en septiembre de 1948, la República de Indonesia aplastó sin contemplaciones un levantamiento comunista en la ciudad de Madiun. Como Indonesia

se convirtió inmediatamente en «el único gobierno de Lejano Oriente capaz de hacer frente a una ofensiva comunista» y aplastarla, la CIA mandó inmediatamente a un agente a Yakarta para ayudar en esta operación[102].

De modo que cuando los holandeses retomaron la ofensiva militar en diciembre de 1948, tomando Yakarta y arrestando a Sukarno, Hatta y a la mitad del gabinete de la República, cundió la indignación en Estados Unidos. Los miembros del Congreso, de todas las tendencias políticas, estaban especialmente molestos por el hecho de que los dólares del Plan Marshall estuvieran financiando indirectamente actividades militares holandesas en Indonesia para salvaguardar «un imperialismo senil e ineficaz». Además la CIA advirtió fríamente que la «acción policial» holandesa daría alas a una prolongada campaña de propaganda comunista, y que gran parte de este material sería irrefutable si el nacionalismo asiático criticaba al imperialismo occidental[103]. Diez senadores republicanos propusieron una enmienda al Plan Marshall y calificaron la acción de los holandeses de «demoledor ataque por sorpresa, similar al acometido por los japoneses en Pearl Harbor o la Alemania nazi en Holanda misma». El autor de la enmienda, Owen Brewster, de Maine, preguntó muy pertinentemente: «¿Queremos sostener en Asia un imperialismo decimonónico franco-británico-holandés que será un caldo de cultivo para el comunismo? ¿O preferimos dar nuestro apoyo a los republicanos nacionalistas moderados de Asia?»[104].

Mientras los estadounidenses amenazaban a los holandeses con suspender las ayudas del Plan Marshall, el ejército de tierra holandés hubo de enfrentarse a una dura resistencia guerrillera, y el apoyo de los estados federales antirrepublicanos que habían creado empezó a resquebrajarse. Al final, como bien dijera Acheson, «habló el dinero», y la amenaza de la suspensión de toda ayuda del Plan Marshall a los Países Bajos obligó a los holandeses a sentarse de nuevo a la mesa de negociaciones junto a los indonesios. Estados Unidos ejerció una presión considerable para que se resolvieran muchos de los puntos en los que se había llegado a un punto muerto. Los holandeses hubieron de conceder la independencia a Indonesia y el traspaso de poder tuvo lugar en una ceremonia celebrada en Yakarta el 27 de diciembre de 1949. Era algo sin

precedentes en el mundo.

LA «PÉRDIDA» DE CHINA

La gran expansión roja de la Unión Soviética sobre el mapa desconcertaba, pero lo hacía aún mucho más China, que, con unos 600 millones de habitantes, también se había vuelto roja. El conflicto, iniciado hacía décadas, había llegado a su triste final debido, en parte, a los diferentes caracteres de Chiang Kai-shek y Mao Zedong. «El viejo Sr. Chiang no era como el Sr. Mao; puede que por eso Chiang fuera derrotado por Mao»[105]. Sus cambios de fortuna eran tan súbitos y asombrosos como este sencillo diagnóstico de un campesino, pues Mao hacía gala de otro tipo de crueldad. Le gustaban las fábulas de Esopo; una de ellas, titulada *Mal por bien*, narra la historia de un chico campesino que encuentra una serpiente aterida por el frío y decide cuidarla. Cuando esta revive gracias al calor del muchacho le muerde, matándole. A Mao le gustaba citar el lamento del chico: «Tengo lo que me merezco por apiadarme de una criatura malvada». Mao era implacable[106].

A mediados de 1945, Chiang controlaba menos del 15 por ciento del territorio chino. Tras la rendición de Japón, y después de que Estados Unidos condujera a sus tropas hacia los territorios liberados del norte, Chiang controlaba el 80 por ciento del total. O eso parecía, porque el control relativo y corrupto, inepto y reaccionario del KMT ponía a la población en su contra allí donde se imponía[107]. La posición de los comunistas de Mao, que se mantenían en ciertas zonas del noreste por encima de la Gran Muralla, parecía tan débil que la mayoría de los periódicos occidentales no informaban sobre ella. Stalin tampoco se mostraba muy impresionado. Pero cuatro años después el ejército de campesinos de Mao entró en la capital histórica en camiones estadounidenses y blandiendo armas estadounidenses, en vez de las estándar soviéticas, para desmoralizar del todo a lo que quedaba de las fuerzas armadas de Chiang a las que iban destinadas esas armas.

Hacía treinta años que Mao no pisaba Pekín y la última vez que estuvo era un joven bibliotecario mal pagado. Era la única ciudad grande que conocía, de ahí que la convirtiera de nuevo en la capital de China. Por otro lado allí estaba más cerca de los soviéticos que en la antigua capital: Nankín. El 1 de octubre de 1949, Mao, a pesar de sufrir malaria y bronquitis, proclamó la República Popular de

China desde lo alto de la Puerta de Tiananmen de Pekín, desde donde Chiang se retiró a Shanghái, y de ahí pasó a Taiwán, donde sus partidarios eran tan poco populares entre los nativos como lo habían sido en el continente. Nueve meses antes se habían reunido en Washington DC los jefes de las agencias de inteligencia estadounidenses para hablar de la situación en China. El jefe de la Inteligencia Naval, el almirante Inglis, afirmó: «Una de las cosas que nos sorprende es la superioridad en la dirección estratégica de los comunistas chinos y su capacidad para dotarse de suministros y comunicaciones. No parece muy chino». El general Irwin, director de la Inteligencia de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, musitó: «No creo que lo sea»[108].

Lo que a Stalin le hubiera gustado es que China fuera una zona débil que sirviera de parapeto para proteger los flancos orientales de su imperio ante la eventualidad de un resurgimiento de Japón. De ahí que apoyara tanto a Chiang, del que obtuvo concesiones territoriales a cambio del reconocimiento de su legitimidad como gobernante de China, y a Mao, al que el dictador soviético consideraba un campesino ingenuo o un alborotador potencial al estilo del yugoslavo Tito, arquitecto de una revolución que debía poco al apoyo soviético. Stalin no podía estar más equivocado. La política que Estados Unidos había seguido en China estalló en las manos de la administración Truman. Mientras el gran y poderoso lobby chino, mayoritariamente republicano, veía en Chiang a un héroe cristiano que resistía ante las hordas ateas de Mao, la administración estaba cada vez más frustrada por las grandes sumas de dinero que habían desembolsado en lo que Truman denominó «ratoneras» nacionalistas. Pero había que pagar para garantizar que el Congreso siguiera autorizando ayudas a Europa que resultaban de mucha mayor utilidad. Los observadores llevaban años advirtiendo que Chiang Kai-shek era un perdedor, pero el mensaje no se había difundido en Estados Unidos. «Si es un generalísimo», preguntaba el senador de Texas Tom Connally, del Comité de Relaciones Exteriores, mediante una especie de solecismo, «¿por qué no generaliza?»[109].

Mientras los nacionalistas insistían en combatir en lugares poco accesibles para sus líneas de suministro, Mao conquistó Manchuria con mano de hierro, recurriendo a la lucha de clases y el terror para

fundir a la sociedad campesina con el Ejército de Liberación Popular (ELP) en un todo letal. Los esfuerzos militares de Chiang se vieron oscurecidos por sus comandantes, que actuaban como señores de la guerra, y cuyos cuarteles generales estaban a rebosar de espías comunistas. Entre ellos estaba el secretario personal del general Hu Zongnan, quien, en marzo de 1947, logró tomar la capital comunista de Yanan y capturar al consejero y a la hija de Fu Zuoyi, comandante en jefe del KMT en Pekín[110]. Al contar con estos espías, los comandantes de Mao pudieron tender emboscadas y destruir a todas las fuerzas que el KMT lanzaba contra ellos. Mao comparaba este procedimiento con el de abrir el puño de un atacante para cortarle los dedos uno a uno.

En abril de 1947 capturaron al experto francés en contrainsurgencia David Galula y las tropas comunistas le retuvieron durante breve tiempo en una ciudad de la provincia de Shanxi. Como invitado de honor, se permitió a Galula inspeccionar el campamento de sus anfitriones, donde se le explicó que se trataba con indulgencia a los prisioneros nacionalistas para desmoralizarles. Si lo solicitaban se les incorporaba al ELP; a los oficiales que se pasaban al ELP se les concedía el mismo rango que ostentaban en las fuerzas armadas del KMT. En cuanto a los que decidían volver al redil nacionalista, los comunistas suponían que nadie se fiaría de ellos[111]. Las fuerzas de Mao estaban asesoradas por los soviéticos y lograron una suave transición de las operaciones de guerrilla a las sofisticadas maniobras al estilo de las que había practicado exitosamente el Ejército Rojo en Europa del Este. Aunque se atribuyó a Mao gran parte del mérito por toda una serie de increíbles batallas libradas entre noviembre de 1948 y enero de 1949, que culminaron en la decisiva campaña de Huaihai, contaba con comandantes tan capaces como Lin Biao y Liu Bocheng. Ellos barrieron a los nacionalistas hacia las costas del sur o al otro lado de las fronteras de Birmania y Vietnam.

Aunque sus tropas resultaran rudas e inseguras en el sur, Mao estaba obsesionado con el lugar que China ocuparía en el mundo del futuro. En agosto de 1946, primer aniversario del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, entrevistó a Mao la feminista radical y exiliada estadounidense Ann Louise Strong. El tema de la bomba surgió inevitablemente en tan ominosa fecha y Mao mostró su

repulsa hacia este tipo de armas: «La bomba atómica es un tigre de papel al que recurren los reaccionarios estadounidenses para asustar a la gente. Parece algo terrible pero no lo es. Evidentemente se trata de un arma de destrucción masiva, pero es la gente la que determina el resultado de una guerra, no un arma nueva o dos»[112]. Afirmó que las bombas nucleares no tendrían un impacto apreciable en la vasta y turbulenta franja de seguridad entre Estados Unidos y la URSS. Lo ilustró colocando dos pequeñas copas de vino entre dos tazas de té. Para conquistar a la Unión Soviética, Estados Unidos habría de subyugar a un gran número de pequeñas potencias que se hallaban en esta zona intermedia, lo que luego se denominaría Tercer Mundo. Mientras Mao se preparaba para dar primacía a la Unión Soviética de Stalin, también indicaba que China y la franja intermedia eran un todo en el que había tantos jugadores como piezas sobre un tablero de ajedrez y muchos intereses y obligaciones en juego. Mientras en agosto de 1949 el Departamento de Estado de Estados Unidos dedicaba un documento de mil páginas a China, un libro blanco que defendía políticas criticadas ferozmente por sus propios conservadores, Mao y Stalin no miraban hacia el pasado sino hacia el futuro.

En el verano de 1949 llegó a Moscú una misión liderada por Liu Shaoqi. Stalin se reunió con sus componentes seis veces, un contacto mucho más directo que el que tuvo con Mao cuando le visitó en diciembre de ese mismo año, en parte para celebrar el cumpleaños del Gran Maestro el día 21[113]. Su primer encuentro fue frío. Stalin cambió bruscamente de tema tras la petición por parte de Mao de una disculpa por el hipócrita e intermitente apoyo que Rusia había prestado a la Revolución china. Stalin estaba desconcertado por la forma lacónica en la que Mao expresaba su necesidad de ayuda (a través de su intérprete). Aun así el resultado fue el Tratado Sino-Soviético de Amistad, Alianza y Ayuda Mutua, firmado el 14 de febrero de 1950, que dotó a China de un modesto crédito de 300 millones de dólares e incrementó la ayuda militar. Los soviéticos obligaron a los chinos a echar de Manchuria y Xinxiang a todo extranjero no soviético y reiteraron la validez de humillantes concesiones en el ámbito naval y ferroviario que databan de la época zarista. En un apéndice secreto se excluía de la jurisdicción china a los asesores soviéticos que hubieran delinquido.

Aunque los soviéticos prometieron ayudar a China en caso de una agresión por parte de los japoneses u «otros», Stalin adjudicó a este país un papel secundario a la hora de fomentar la revolución en el sudeste asiático. Recomendó una cautela extrema en el caso de Vietnam, pues no quería que la intervención de Mao a favor de Ho le metiera en una guerra con los franceses o Estados Unidos. Pero Mao contaba con un grupo de asesores militares chinos y tenía a las tropas del ELP desempeñando misiones en el norte de Vietnam durante el otoño, en un momento en el que nuevas carreteras conectaban ambos países. Lo que había en juego era un enorme conflicto de intereses, aunque Mao y Stalin lo ignoraran, para favorecer la revolución internacional. Mao consideraba que, de producirse cualquier intento por parte de los imperialistas de quitarle el control del sur de China, Vietnam sería la plataforma de lanzamiento más probable. Lo que preocupaba a Stalin era cómo podría afectar su apoyo público a Ho en sus relaciones con Francia, el eje de sus intentos de obstaculizar el rearme alemán en el seno de la OTAN. Sin embargo, el primer combate importante de la Guerra Fría sería en Corea, cuya guerra civil tendría ramificaciones internacionales.

LA GUERRA CIVIL COREANA

Corea, que tiene aproximadamente el tamaño de la isla japonesa de Honshu, fue un reino independiente sometido sucesivamente al gobierno chino y japonés. Solo había prosperado imitando al cangrejo ermitaño, pero sus veintisiete millones de habitantes nunca dejaron de desear su independencia. El 9 de agosto de 1945 se había dividido a Corea a la altura del paralelo 38, teóricamente para que las tropas japonesas se rindieran a Chiang Kai-shek en el norte y a los estadounidenses en el sur. El norte, más áspero e industrializado, contaba con diez millones de habitantes; en el sur, más agrario, vivían unos diecisiete millones. La frontera se trazó de forma totalmente arbitraria en Washington DC por parte del coronel Dean Rusk, quien la fijó a altas horas de la noche basándose en un ejemplar del *National Geographic*. Lo que no sabía era que la Rusia imperial y Japón ya habían elegido ese paralelo cuarenta años antes. No había ningún accidente del terreno adecuado para fijar una frontera y Rusk y su colega, el coronel Charles Bonesteel, estaban decididos a mantener Seúl en la zona sur. Pero estos

proyectos se fueron al traste con la llegada de las fuerzas de la China soviética, no de la nacionalista, un mes antes de que embarcaran los primeros estadounidenses en Japón y Filipinas. Las tropas comunistas se dedicaron al saqueo sistemático del campo, violaron a las mujeres japonesas y robaron cincuenta millones de yenes del banco principal. También desmantelaron y eliminaron empresas como la central petroquímica Hungnam y la hidroeléctrica de Sup'ung en el río Yalu.

En septiembre de 1945 atracó en Wonsan un barco ruso, el *Pugachev*. A bordo iba Kim Il Sung, que había escapado a Siberia en 1940 huyendo de los japoneses. En el ínterin, Kim se había convertido en capitán de la 88 Brigada Especial de Reconocimiento del Ejército Rojo, que formaba parte del Vigésimo Quinto Ejército. En junio de 1946 creó su propio Partido Comunista de Corea del Norte, con gran habilidad y ayuda soviética, y asesinó a todos los rivales de más edad o carismáticos que pudieran hacerle sombra. Casi el 60 por ciento de sus 4.500 miembros eran intelectuales, empresarios u «otras cosas», pero no obreros. Por entonces Kim, que hablaba el mandarín con fluidez, se congració con Mao y permitió que las tropas del ELP de Liu Biao huyeran a Corea cuando la presión en Manchuria por parte de las tropas de Chiang se hizo insoportable a finales de 1946. Mientras la suerte de Mao en China pendió de un hilo, nadie disputaba a los soviéticos su influencia en Corea, donde el ruso más poderoso era el general Terentii Shtykov, virrey *de facto* de Stalin[114]. Muchos nacionalistas-comunistas coreanos se quedaron perplejos con el mediocre debut de Kim en un concurrido mitin, en el que apareció flanqueado por tres generales del Ejército Rojo que escucharon con gesto grave su largo panegírico a Stalin. Kim implementó un programa de reforma agraria y nacionalizó la industria. En torno a un millón de norteños huyeron hacia el sur tras sentir en sus propias carnes los inicios del gobierno comunista[115].

Las tropas estadounidenses de Okinawa habían ocupado los territorios al sur del paralelo 38. Las comandaba el general John Reed Hodge, que respondía ante el general MacArthur, jefe supremo en el teatro del Pacífico. A MacArthur esta parte de su imperio le interesaba poco, y solo la visitó una vez en los cinco años anteriores al estallido de la guerra de Corea en junio de 1950. En un principio

los estadounidenses congeniaron mejor con los ocupantes japoneses que con los díscolos políticos coreanos. Estados Unidos confiaba en las élites que ya habían colaborado con él, incluidos policías y soldados, y en el «Holandés Errante» coreano, Syngman Rhee, para crear instituciones de gobierno. Aunque el Departamento de Estado se mostraba suspicaz ante Syngman Rhee, este duro septuagenario, al que apodaban «Nuez» por su piel correosa, tenía la gran ventaja de ser uno de los pocos coreanos que conocían los estadounidenses. Rhee también entendía a «sus» estadounidenses. Reunía todos los requisitos para el puesto, era un devoto metodista, anticomunista y autoritario, lo que se esperaba del líder carismático que se encargaría de las opciones de Estados Unidos en Asia. El conservador Partido Democrático de Corea controlaba el consejo asesor compuesto por once miembros creado para ayudar al gobernador militar estadounidense, y eliminó al grupo rival de la República Popular de Corea y los sindicatos por considerar, sin razón, que eran frentes comunistas.

En diciembre de 1945, los rusos aceptaron la propuesta estadounidense de dejar a Corea en manos de un protectorado compuesto por cuatro potencias durante un periodo de cinco años. Esto habría de facilitar la transición a un estado coreano independiente y unificado. En realidad, tanto los soviéticos como los estadounidenses incentivaban la unificación de los gobiernos de sus clientes, como habían hecho en Alemania. En Seúl se inició una legislatura provisional y se nombró un Gobierno interino dominado por los conservadores que habían colaborado con los japoneses. El jefe del Estado Mayor del nuevo Ejército de Corea del Sur había sido coronel del ejército japonés y su sucesor también había combatido con el ejército de Kwantung en Manchuria. Los rusos querían salir de Corea junto a los estadounidenses y dejar que los rivales locales decidieran el asunto, pero Estados Unidos persuadió a la Organización de las Naciones Unidas de que apoyara la celebración de elecciones nacionales bajo la supervisión de la ONU como paso previo a la retirada soviética.

Cuando Corea del Norte se negó a aceptar estos acuerdos, la mayoría de los miembros del Comité Interino de la Asamblea General de la ONU en Corea autorizó la celebración de elecciones solo en el sur[116]. Aunque los matones de Rhee emplearon una

buena dosis de brutalidad para garantizar los resultados de las elecciones, rechazados por la oposición, la ONU aceptó unos resultados que izaron a Rhee al poder como cabeza de una coalición de partidos conservadores. Tras la creación de la República de Corea, en julio de 1948, Syngman Rhee se convirtió en su primer presidente. Intentó eliminar a sus antiguos colaboradores y, al amparo de la Ley de Seguridad Nacional de diciembre de 1948, encarceló a unos 58.000 izquierdistas surcoreanos en medio de una violencia política endémica y censuró la prensa con rigor. En junio de 1949 fue asesinado uno de los mayores críticos de Rhee[117].

El régimen creado en el sur tampoco es que fuera muy popular, y no todos los opositores eran (como se los denominaba) comunistas, término que los estadounidenses usaban cada vez más indiscriminadamente. La consolidación política de la República de Corea se vio interrumpida por cierta insurgencia regional que no tenía nada que ver con las guerrillas que los coreanos del norte habían infiltrado en la provincia del noreste de Kangwon. A medida que se hundía la administración japonesa, habían ido surgiendo comités espontáneos por toda Corea del Sur. Algunos eran de izquierdas, sobre todo en el sudoeste, en Cholla y Kyongsang y en la isla de Cheju. En noviembre de 1946 las tropas estadounidenses se unieron a la policía para reprimir una rebelión campesina en Cholla. Conocida como la Rebelión de la Cosecha de Otoño, se debió en parte a una época de monzones muy seca y a la pérdida de la cosecha de arroz[118].

En la isla de Cheju el separatismo y el socialismo se unieron para luchar contra la intención de los partidarios de Syngman Rhee de unirse a los comités populares que llevaban gobernando la isla desde finales de 1945 con una mínima interferencia por parte de los estadounidenses. El régimen de Seúl introdujo una milicia de derechas, denominada Cuerpo Juvenil del Noroeste para ayudar e inducir a la policía a eliminar a los izquierdistas con violencia criminal. Los rebeldes formaron una fuerza insurgente denominada Ejército Democrático del Pueblo. El ejército de Estados Unidos proveyó de asesores a la policía y las milicias, que recurrieron a tácticas contrainsurgentes niponas para limpiar la isla de rebeldes. Esto supuso destruir aldeas del interior y trasladar a sus habitantes a las costas, donde podrían controlarlos mejor. Atacaron a las

guerrillas con la llegada de las nieves del invierno, que les restaban movilidad y les daban mayor visibilidad. Durante esta campaña de pacificación murieron entre 30.000 y 60.000 isleños, y unos 40.000 huyeron a Japón.

Muchos miembros de los Cuerpos Juveniles del Noroeste pasaron a formar parte de la policía, y un veterano policía de Seúl se convirtió en uno de los delegados de la isla en la Asamblea Nacional. La rebelión de Cheju se extendió entre las tropas de la República de Corea del Sur, que se negaron a embarcar en un puerto denominado Yosu para luchar contra los insurgentes y luego se unieron a las guerrillas. Los oficiales coreanos que habían combatido junto a los japoneses en Manchuria recurrieron a las tácticas de contrainsurgencia niponas; los estadounidenses aportaron servicios secretos, servicios de reconocimiento aéreo y aviones C-47 para transportar a las tropas coreanas hasta las zonas de guerra. Se cree que murieron unos 100.000 coreanos en estas operaciones de contrainsurgencia que acabaron un año antes de que estallara la guerra de Corea.

Tras aplastar la rebelión y haber creado el Estado de Corea del Sur, Estados Unidos retiró las tropas de Hodge y sus otras dos divisiones estadounidenses, confiando en que las fuerzas armadas de la República de Corea podrían ocuparse de retos futuros. Solo dejaron quinientos hombres pertenecientes al Grupo de Asesoría Militar de Corea. Al norte del paralelo 38, Kim había proclamado la República Democrática del Corea del Norte en septiembre de 1948. Ocurrió algo similar al proceso seguido en Alemania, donde se creó la República Democrática de Alemania después de la República Federal. Aunque los soviéticos retiraron sus tropas a finales de 1948, su Vigésimo Quinto Ejército, compuesto por 120.000 hombres, entregó sus armas, junto a las que los soviéticos habían confiscado al ejército japonés, al recién creado Ejército Popular de Corea del Norte.

A partir de mayo de 1949, se intensificaron las escaramuzas fronterizas entre el norte y el sur, lo que exigió la intervención de cada vez más tropas. Si bien Estados Unidos se negó a entregar a los coreanos del sur artillería pesada, tanques y aviones, los líderes de Corea del Sur asumieron una retórica muy belicosa. En octubre de 1949 Syngman Rhee dijo a un veterano periodista estadounidense:

«Tengo la certeza de que podríamos tomar Pyongyang [...] en tres días». Ese mismo mes, el ministro de Defensa de Corea del Sur informó a la prensa de que sus tropas «estaban listas para invadir Corea del Norte. Si por nosotros fuera ya lo habríamos hecho. [...] Somos lo suficientemente fuertes como para marchar sobre Pyongyang y tomarla en pocos días»[119]. Lo que algunos historiadores denominan una guerra civil para unificar Corea tras cuarenta años de ocupación japonesa estaba a punto de convertirse en una de las crisis más peligrosas de los años de posguerra[120].

3. NACIONALISMO ÁRABE Y PATRIA JUDÍA

EL ASUNTO VA DE PETRÓLEO

Tras la derrota de Japón y Alemania, ciertos perspicaces observadores estadounidenses creyeron que los soviéticos centrarían su atención en Oriente Medio, donde la posición británica parecía débil. Aparte de promocionar la actividad de los comunistas en Grecia, los soviéticos obtuvieron concesiones de Irán y Turquía mediante métodos cada vez más duros para conseguirlas. Pero ¿tenían razón los estadounidenses al considerarlo un modelo patológico o acaso Stalin actuaba de forma oportunista en cuanto se presentaba la ocasión? ¿Actuaba desde la tradición de la política rusa zarista o tenía mayores ambiciones desde el punto de vista ideológico? Por lo demás, quienes se oponían al poder imperial británico en la región eran movimientos nacionalistas que tenían poco que ver con un comunismo para el que el islam demostró ser un obstáculo mayor.

El colapso de la autoridad europea en Oriente Medio tras la Segunda Guerra Mundial fue mucho menos precipitado que el de los poderes coloniales en Asia. Aunque los británicos llevaban mucho tiempo en Egipto y mantenían estrechas relaciones con los emiratos del golfo Pérsico, los denominados «Estados de la Tregua», solo profundizaron su intervención en el área tras la Primera Guerra Mundial, cuando las fuerzas imperiales británicas expulsaron a los alemanes, aliados de los otomanos, de sus dominios árabes históricos. El Imperio británico llegó a considerar que la hegemonía sobre este vasto territorio era crucial para su supervivencia, no solo porque garantizaba una buena comunicación entre Gran Bretaña y

la India, sino también debido a la importancia estratégica de las reservas de petróleo de Mesopotamia y Persia. Mesopotamia es el nombre que dieron los griegos a la región, y significa «tierra entre los dos ríos», cuna de la civilización entre el Tigris y el Éufrates, en el Irak actual; Persia era un enorme imperio antiguo situado en la región del moderno Irán[121].

Tras la Primera Guerra Mundial, británicos y franceses se convirtieron en administradores de territorios mucho más vastos en Oriente Medio, normalmente gracias a un mandato de la Liga de Naciones por un tiempo limitado. El truco consistía en prolongar esos mandatos a perpetuidad a través de gobernantes títere. El reino hachemita de Transjordania de Amir Abdullah resultó ser el más dependiente después de que los británicos expulsaran a sus asesores independientes en 1924. Pero el país que supuestamente ejemplificaba la «tutela civilizada» implícita en esos mandatos de las élites británicas era Irak, aunque en realidad se trataba de defender a la Anglo-Persian Oil Company de la que el Gobierno británico era accionista mayoritario. En 1918 la Anglo-Persian incrementó su paquete de acciones de la Turkish Petroleum Company (que pasó a llamarse Iraqi Petroleum Company) hasta hacerse con el 75 por ciento de la compañía tras expropiar el 25 por ciento que, oficialmente, pertenecía al Deutsche Bank. Proclamado rey de Siria el hachemita Amir Faisal, fue transferido al trono de Irak en 1921, tras un referéndum sin adversarios gracias a los británicos, que los pusieron en un barco rumbo a Ceilán. El hecho de que Faisal fuera suní y la mayoría de los iraquíes chiitas perpetuaba la estrategia de «divide y vencerás» empleada por los otomanos. Al inicio de la ceremonia de coronación, la orquesta tocó *God Save the Queen*, el himno nacional británico.

El tratado anglo-iraquí de 1922 legitimó la influencia británica en un Irak nominalmente independiente durante veinte años, en los que aplastaron sin piedad cualquier atisbo de resistencia. Como el petróleo iraquí ni siquiera se refinaba en el país apenas beneficiaba a la población local, aún analfabeta en un 90 por ciento en 1950. Al expirar el mandato británico en 1932, un nuevo tratado redujo al mínimo la presencia militar británica; solo retuvieron dos bases aéreas, en Habbaniyah y Shaiba, y el derecho de su ejército a atravesar el país. Dos años después, Irak se convirtió en el primer

estado árabe admitido en la Liga de Naciones. Para los nacionalistas iraquíes esta supuesta independencia era una vergüenza, a lo que había que añadir la existencia de tensiones étnicas y sectarias entre kurdos y árabes, suníes y chiitas, así como tensiones políticas entre el ejército, las élites y los reformadores de izquierdas.

El resentimiento contra un monarca que solo era un cliente de Gran Bretaña fue en aumento, y los resentidos aprovecharon la ocasión en uno de esos momentos que siempre hacen tambalearse a las monarquías: un periodo de regencia y de minoría de edad del monarca. Faisal murió en Suiza en 1933 y su hijo Ghazi, un playboy aficionado a los grandes almacenes Harrod's, que adoraba los coches rápidos, heredó la corona hasta que una noche de abril de 1939 estrelló su coche contra una farola yendo a mucha velocidad. El heredero era Faisal II, de tres años de edad, y ejercía la regencia Abdullah, primo de Ghazi de veintiséis años, que contaba con un primer ministro probritánico llamado Nuri As-Said. En cuanto se desencadenó la Segunda Guerra Mundial, los opositores al régimen se aliaron con la Italia fascista y la Alemania nazi. En abril de 1941, Rashid Ali al-Gayani, aliado de las potencias del Eje, depuso a Nuri e incorporó al muftí de Jerusalén a su nuevo Gobierno, obligando a los británicos a intervenir con dureza en lo que los iraquíes denominan «guerra de los Treinta Días». La comunidad judía de Bagdad fue víctima de un pogromo terrible antes de que los británicos lograran recuperar el control. El muftí, principal incitador de estas revueltas, había acusado a los sionistas de ser una quinta columna que buscaba la caída del régimen de Rashid Ali. Los judíos, al contrario que los iraquíes cristianos, de hecho habían sido indiscretos dando tan cálida bienvenida a los británicos. Rashid Ali y el muftí huyeron, este último a la embajada de Japón en Teherán, que resultó ser un refugio incierto.

Mientras, habían mandado a Faisal II a Harrow, para hacerle más inglés de lo que había sido su padre beduino. Una agresiva política económica garantizaba que la Iraqi Petroleum Company mantuviera la mayoría de las acciones y obtuviera todos los beneficios del petróleo iraquí; el resto apenas se invertía en algo que pudiera haber beneficiado a los ciudadanos iraquíes en vez de a sus derrochadores gobernantes. Las cosas siguieron igual hasta 1958, año en que el rey Faisal, su príncipe heredero y Nuri As-Said

fueron brutalmente asesinados durante un levantamiento popular e Irak se hizo cargo de su destino como república[122].

El petróleo jugaba asimismo un papel destacado en los cálculos británicos en relación a Irán, o Persia, como insistían en llamarla los extranjeros. En octubre de 1941, el Gobierno, que siempre había sido neutral, emitió una resignada petición de armisticio: «Hemos hecho todo lo posible para evitar que esta nefasta guerra estallara en nuestro país. Pero nuestros vecinos lo han invadido contraviniendo el derecho internacional y todo principio moral. Lo único que explica este vil acto es su deseo de destruir nuestro sistema y acabar con un progreso que nos ha costado mucho trabajo y sufrimiento humano»[123]. La víctima no era Polonia sino Irán. Los agresores eran Gran Bretaña y la Unión Soviética, cuyas fuerzas ocuparon el país para garantizar que las provisiones de los aliados siguieran llegando hasta el Ejército Rojo que estaba defendiendo el Cáucaso y proteger la refinería de petróleo de Abadán, de la que dependía la Marina británica.

Para entender el trasfondo de esta desdichada historia hay que remontarse a los inicios del siglo XX. Persia era *de facto* una colonia de Gran Bretaña en el sur y de la Rusia zarista en el norte, lo que dejaba a la dinastía Qajar en el poder en una situación precaria en el centro. Los rusos emplearon a las fuerzas cosacas del ejército de élite persa, mientras que los británicos contaban con sus propios fusileros del sur de Persia, cuyo principal objetivo era proteger los pujantes intereses de la Anglo-Persian Oil Company. Esta rapaz organización (a la que se puso el nuevo nombre de Anglo-Iranian Oil Company, AIOC, antes de que pasara a ser British Petroleum) pagaba unos derechos irrisorios, en comparación con los beneficios que obtenía, al gobierno iraní.

Se recurrió a todos los trucos contables existentes para estafar a los iraníes. Era sencillo, pues dos oficiales del Gobierno británico formaban parte de la junta directiva de la AIOC, que no contaba con representantes iraníes. Se deducían los impuestos debidos al Tesoro británico antes de repartir beneficios con Irán, lo que significaba que el Gobierno iraní recibía un millón de libras esterlinas para su erario público y Whitehall se embolsaba 28 millones de libras. El almirantazgo británico pagaba 20 céntimos de dólar americano por barril de petróleo, mientras que el precio de

mercado era de un dólar cincuenta. También hicieron descuentos similares a las compañías petroleras estadounidenses para ayudar a liquidar la increíble deuda de posguerra que los británicos habían contraído con Estados Unidos.

Los ejecutivos europeos vivían entre algodones, mientras los trabajadores locales tenían que mantenerse con 50 céntimos al día y habitaban infraviviendas construidas con barriles de petróleo vacíos junto al complejo gigante de la refinería de la isla de Abadán, donde estaban los «campos» de los que se extraía el petróleo. Hasta 1933, los acuerdos existentes habían obligado a la AIOC a invertir en infraestructuras como carreteras, escuelas y hospitales, pero no lo hizo nunca. Abadán era un inmenso complejo de tuberías de metal, válvulas y tanques ardientes que relucían como un espejismo en el calor. Las carreteras de asfalto tenían la consistencia de una gominola y los tenderos servían a sus clientes de pie en un barril de agua. Allí trabajaban dos mil administradores y técnicos, aunque hubiera bastado con cincuenta[124].

A principios de la década de 1920, los británicos apoyaron a un oficial de la guardia cosaca que quería disciplinar y modernizar el país al estilo de la Turquía de Atatürk. Un pequeño general inglés se puso de puntillas para susurrar en el oído del gigante Reza: «Mi coronel, es usted un hombre de grandes posibilidades». Se trataba del soldado analfabeto y picado de viruela que, en 1921, depuso al monarca Qajar. Cinco años después, el Majlis (Parlamento iraní) ofreció a Reza Shah Pahlavi (como le gustaba llamarse a sí mismo) el Trono del Pavo Real. Se coronó a sí mismo, y le gustaba dormir en el suelo. Reza Shah quería acabar con lo que consideraba efectos retrógrados de la conquista árabe de Irán. No se aventuró más allá de Turquía, pues temía sufrir un choque humillante si visitaba la Europa Occidental desarrollada[125].

Tras mandar envenenar o estrangular a algunos miembros del antiguo orden, Reza Shah introdujo al Irán urbano en el nuevo siglo. En 1932 prohibió el nombre de Persia y retomó el de Irán, más antiguo. En 1936 prohibió el chador islámico e impuso las gorras con visera, para que los musulmanes religiosos tuvieran dificultades a la hora de posar sus frentes sobre la alfombrilla de oración. Hizo derribar gran parte del Teherán medieval, a menudo antes de que sus habitantes tuvieran tiempo de retirar sus

pertenencias, y construyó bulevares caros y vistosos edificios públicos. Se prohibió a la gente que fotografiara camellos porque pertenecían al pasado. Insistió en dotar al país de infraestructuras modernas, como el ferrocarril transiraní, cuyas obras terminaron en 1938, aunque la mayor parte de las mercancías se transportaran en camiones. Se obligó a los nómadas a asentarse y se presionó a las tribus. Se prohibió predicar a los mulás que no pudieran demostrar estudios teológicos y proliferaron los mulás harapientos[126].

Se pidió a Washington que enviara un equipo de expertos para poner al día la economía en bancarrota del país y sus corruptas finanzas. Reza Shah creó un sistema administrativo y un ejército nacional, a la par que tribunales civiles. Era brutal cuando tenía que serlo. En una ocasión unos clérigos se reunieron en una mezquita de Khorasan para protestar contra la prohibición de los velos: sus tropas la tomaron y mataron a cien de ellos dentro. En otra ocasión los panaderos acapararon el trigo causando una hambruna, por lo que hizo que metieran a uno de ellos en su propio horno. Emparedó en una torre a los liberales disidentes[127].

Mohammed Mossadeq, un vástago de la ramificada dinastía Qajar gobernante, se oponía al despotismo militar modernizador del Shah. Había estudiado administración pública al modo mandarín de los iraníes, para trabajar como recaudador de impuestos y, a los veintitantos, el aristocrático Mossadeq fue a París a aprender cultura occidental. Tuvo una segunda gran estancia en Suiza, donde escribió una tesis doctoral, en latín, sobre testamentos de la ley islámica; fue el primer iraní en alcanzar tan alto grado académico. A su vuelta fue elegido representante en el Parlamento, desde donde se opuso valientemente al golpe de Reza Shah de 1925 y a su comportamiento progresivamente más tiránico. Mossadeq era un parlamentario entregado (que no es exactamente lo mismo que ser un demócrata), que odiaba la interferencia extranjera en los asuntos de Irán. Pasó la década de 1930 viviendo aislado en el campo, la única opción para no ser asesinado por el Shah[128].

Pues si el modelo inicial de Reza era el de Atatürk, en la década de 1930 se decantaba claramente por los fascistas europeos. Buscaba fuentes de capital para la inversión y especialistas que no fueran rusos o británicos. De manera que Reza abrió Irán a los alemanes, que llegaron al país en número considerable. Los

británicos y los soviéticos insistían en que Reza había de expulsarlos para proteger las rutas de abastecimiento de los desesperados soviéticos y, aunque se avino a ello, ocuparon su país y tuvo que ir al exilio. Los aliados sentaron en el trono a su hijo Mohammed Reza Shah, de veintiún años; unos sucesos de los que fue testigo el joven ayatolá Ruhollah Jomeini. Mohammed era un parodia de papi, pero más blando.

Un funcionario del consulado británico, sir Claremont Skrine, pasó la guerra en Meshed, una ciudad situada en el norte soviético de Irán. Su principal función consistía en enviar material de guerra a los soviéticos en barcos. Desde la periferia, Skrine también vio cómo intervenía en el país otro poder, el tercer implicado en un tratado tripartito que garantizaba la soberanía de Irán y su integridad territorial junto a la promesa de evacuar el país seis meses después del cese de las hostilidades. Treinta mil soldados estadounidenses incrementaron sustancialmente la capacidad de la Trans-Iranian Railway para enviar material de guerra al norte. El experto en finanzas Arthur Millspaugh volvió a encargarse de la economía de Irán. El coronel Norman Schwarzkopf, fundador de la policía del estado de Nueva Jersey, reorganizó la gendarmería paramilitar iraní. Volvería en 1953 como parte de una operación conjunta de la CIA y el MI5 para derrocar a Mossadeq y restaurar el Gobierno del Shah.

Aunque mantenía relaciones amistosas con los soviéticos, Skrine notó cómo se deterioraba el ambiente tras algunos cambios de personal clave. En 1941 los soviéticos ayudaron a camuflar a los comunistas iraníes tras un partido de masas y populista, Tudeh, intentando atraer a aquellos que querían una reforma y el fin del gobierno extranjero. Aunque conformaban su núcleo tan solo unos pocos miles de miembros, contaba con cientos de miles de simpatizantes, sobre todo entre los sindicatos. Los soviéticos también apoyaron el movimiento separatista de Mir Bagirov en Azerbaiyán, así como a los kurdos liderados por Jafar Pishevari, aunque su intención de acabar con la integridad de Irán era anatema para el partido Tudeh.

Los británicos respondieron apoyando a fuerzas conservadoras como el clero chiita y la monarquía e incentivaron la creación de un partido anticomunista denominado Voluntad Nacional. Mientras, en

el Majlis, ostentaban el poder nacionalistas liberales como Ahmad Qavam y Mossadeq. Stalin fue retirando gradualmente la ayuda al partido Tudeh y utilizó a los azeríes del norte y los nacionalistas kurdos para obtener concesiones petrolíferas del Gobierno iraní. Evidentemente, los nacionalistas del norte también eran peones sacrificables, como admitiría el mismo Molotov al afirmar que Pishevari «podría enfermar o morir» si se ponía desagradable[129]. El Gobierno iraní intentó interesar a otras compañías petrolíferas occidentales para evitar la hegemonía británica. Esto desasosegó a los soviéticos, que pidieron una concesión en octubre de 1944. El embajador soviético, Sergei Kavtaradze, intentó asustar a los iraníes incitando al partido Tudeh a organizar una manifestación ante el edificio del Parlamento, pedir la dimisión del primer ministro y recurrir a los soldados del Ejército Rojo para proteger a los manifestantes del Gobierno iraní. No era de extrañar que a los estadounidenses les preocupara la actitud de los soviéticos hacia una «potencia amiga»[130].

Mientras Mossadeq despotricaba en el Parlamento contra rusos y británicos, el nuevo primer ministro Qazam fomentaba una mayor implicación de Estados Unidos en la industria petrolera de Irán, al mismo tiempo que engañaba a los soviéticos respecto a las concesiones del norte. Qazam prometió a Stalin concesiones petrolíferas e incluyó a tres miembros del Tudeh en su Gobierno. Stalin dejó de apoyar a los separatistas del norte y retiró sus fuerzas en mayo de 1946. Explicó a sus clientes separatistas que su análisis de la situación era incorrecto, y que en ese momento de la naciente revolución iraní había que apoyar a burgueses progresistas como Qazam para aislar a los anglófilos iraníes.

Pero, al final, lo incorrecto era el análisis de Stalin. Las fuerzas del Shah aplastaron a los separatistas kurdos y azeríes con gran violencia, se expulsó del Gobierno de Teherán a los tres comunistas y el Majlis, con Mossadeq al frente de la oposición, nunca ratificó el tratado de concesiones de petróleo. Mossadeq parecía un buitre de dibujos animados, pues era muy dado a desmayos, llantos y ataques de risa histérica que daban mucho juego con los emotivos chiitas, pero también se prestaban a insinuaciones extranjeras sobre su salud mental. Se presentó como un personaje que había padecido veinte años de exilio y arresto domiciliario por su leal oposición al

antiguo Shah, capaz de mezclar opiniones nacionalistas de todos los colores, incluidas las del clero chií. La puerta se cerró para Stalin, pero se abrió para Estados Unidos, que dio su apoyo al joven Shah de Irán, no sin reticencia, pues sus pretensiones de restaurar el imperio de Darío el Grande parecían absurdas a los estadounidenses[131].

Muchos políticos y analistas estadounidenses creyeron descubrir patrones de conducta ominosos en el comportamiento de Stalin a raíz de sus exigencias paralelas a Turquía, donde quería establecer bases militares en los estrechos y a la que pedía que devolviera Kars y Ardahan a la República Soviética de Armenia; también debido a su supuesto apoyo a los comunistas griegos[132]. Loy Henderson era uno de los que pensaba así. Tras haber prestado sus servicios en Moscú durante la década de 1930, en la primavera de 1946 pasó a dirigir la División de Cercano Oriente y Asuntos Africanos del Departamento de Estado. En un informe político, redactado dos meses antes del «largo telegrama» de Kennan, Henderson afirmaba que con Japón y Alemania fuera de juego, los soviéticos volcarían su atención en la débil posición de Gran Bretaña en Oriente Medio. Siguió con mucha atención los movimientos de las tropas soviéticas en el norte de Irán (el vicecónsul de Tabriz pasó muchas noches contando tanques a la luz de la luna) y persuadió al secretario de Estado Byrnes de la necesidad de hacer saber a los rusos que Estados Unidos era plenamente consciente de sus intenciones[133].

Lo cierto es que Stalin había optado por una política que resultaba ser un *sauter pour mieux reculer* poco moderado, con la intención de obtener discretas ganancias, sin perder nunca de vista la situación de sus enemigos ideológicos. De modo que la exigencia soviética, de agosto de 1946, de contar con presencia militar en los Dardanelos, llevó a los estadounidenses a elaborar planes de guerra para la región (con el nombre en clave «Pincher»). Se habló de las posibles repercusiones, no solo en Grecia, sino en todo Oriente Medio, la India e incluso China: el modelo de la teoría del dominó en la que se basaba el diseño de las políticas estadounidenses. Estados Unidos estableció su portaaviones *USS Franklin D. Roosevelt* en el Mediterráneo oriental para enviar ataques aéreos sobre instalaciones petrolíferas soviéticas o recurrir a la guerra nuclear, como se preveía en los planes de octubre. Stalin, que estaba

perfectamente informado gracias a los muchos espías que tenía en el gobierno estadounidense, dio marcha atrás y cambió el tono que empleaba para dirigirse a Ankara[134].

EL RESURGIMIENTO EGIPCIO

Si la amenaza soviética impulsó a Estados Unidos a intervenir en los asuntos de Irán y Turquía, al sur y al oeste su mayor problema eran los británicos. Egipto no había sido nunca oficialmente colonia británica, pese a que, desde tiempos de los antiguos faraones, fue gobernado por extranjeros como los Ptolomeos griegos o los otomanos. Pero como el canal de Suez, diseñado por los franceses y construido por los mismos egipcios, era la principal arteria del Imperio británico, los británicos recurrieron a su poderío financiero y militar para instalarse en torno al canal. El Egipto monárquico de entreguerras era un modelo liberal en comparación con cualquier otro lugar de Oriente Medio. Se celebraban elecciones regulares para un Parlamento bicameral desde 1866, se garantizaban el sufragio universal masculino y la libertad de prensa; la Gran Bretaña de la época solo garantizaba lo segundo. Alejandría y El Cairo eran ciudades cosmopolitas. Evidentemente, conviene no idealizar al Egipto moderno de finales de la década de 1940, pues el cinco por ciento de la población egipcia controlaba el 65 por ciento de la riqueza comercial e industrial del país, mientras que un tres por ciento era propietario del 80 por ciento de sus tierras[135].

El partido Al-Wafd («delegación») fue el primero en participar y dominaba la política de la época. Su mayor preocupación era arrancar concesiones constitucionales al rey Fuad y, a partir de 1936, al niño heredero Faruk, para mantener bajo control el dominio británico en lo que, desde que en 1922 los británicos renunciaran a su control financiero, era un país oficialmente independiente. Aunque el Tratado de Alianza Preferente de 1936, negociado por Anthony Eden, reconocía que «Egipto es un país soberano e independiente» (que de hecho pasó a formar parte de la Liga de Naciones al año siguiente), quedaban dos puntos delicados por resolver. Primero, Gran Bretaña se negó a reconocer la soberanía exclusiva de Egipto sobre el vasto Sudán, gobernado como condominio desde 1899; segundo, los británicos mantuvieron una gran presencia militar en la zona del canal de Suez, así como en El Cairo y Alejandría. Suez era el eje por donde el Imperio británico

podía partirse por la mitad. El complejo de Suez incluía unos diez campos aéreos y otras cuarenta grandes instalaciones capaces de albergar a medio millón de hombres o más en caso de guerra, ya que entonces el canal sería la ruta estratégica para la defensa de la India. Uno de los detalles más irónicos relacionados con el Tratado Anglo-Egipcio de 1936 es que la Academia Militar estaba abierta a todas las clases sociales egipcias; uno de los que se beneficiaron de esta situación fue Gamal Abdul Nasser.

Nasser tenía diez hermanos con los que solía ir tras su padre, director general de correos, hasta que se asentaron en la capital. A pesar de la falta de espacio en el apartamento de cuatro habitaciones de El Cairo, Nasser logró complementar la enseñanza puramente memorística que se impartía entonces con lecturas algo indiscriminadas sobre Julio César, Nelson y Gandhi, e incluso echó a un vistazo a novelas de Dickens y Víctor Hugo. Los estudiantes eran algo muy poco común en una sociedad donde los campesinos ganaban 15 libras esterlinas al año como para adoptar posturas de vanguardia. Siendo joven, recibió un golpe de porra en la cara durante una manifestación. En sus últimos años de adolescencia hubo de asumir que su familia no podía costearle los estudios de Derecho. De manera que se enroló en el ejército, que tenía un enfoque kemalista y pruso-japonés de escuela para la nación. Ocupó varios puestos provisionales en provincias y pasó tres años en Sudán, pero ya había hecho buenas migas con un grupo de oficiales nacionalistas que compartían sus puntos de vista, como Anwar Sadat, quien no podía tolerar que los británicos gobernaran extraoficialmente a través de los monarcas títere que sentaban en el trono egipcio.

A Sadat le atormentaban la disciplina y la capacidad de movilización de las dictaduras totalitarias, pero su grupo tenía la vista puesta en la vecina Palestina, donde veía a una población mayoritariamente árabe sometida a los británicos, que se dedicaban a importar refugiados sionistas europeos para crear una sociedad de colonos similar a la que Francia había establecido en Argelia. La revuelta árabe-palestina de finales de la década de 1930 suscitó la misma apasionada respuesta entre estos oficiales egipcios que la Guerra Civil española entre los intelectuales europeos y estadounidenses. Al estallar la guerra en Europa, Sadat se inclinó

por la victoria del Eje y estableció contactos con agentes italianos y alemanes, así como con el líder de los Hermanos Musulmanes, Hassan al-Banna, con vistas a derrocar al régimen de Faruk de forma similar a como se había llevado a cabo el golpe de Estado de Rashid Ali al-Gayani en Irak. Los británicos no tardaron en localizar a unos agentes alemanes tan incompetentes que montaron su base junto a una casa flotante donde vivían las mejores bailarinas de danza del vientre de la ciudad. Rastrearon a Sadat y le metieron en prisión[136].

Los británicos se las arreglaron para obtener la dimisión del primer ministro Aly Mahir en junio de 1940 y la del jefe de la Junta de Estado Mayor egipcia en agosto. A principios de 1942, convencieron al Gobierno egipcio para que rompiera relaciones con la Francia de Vichy, cosa que hizo sin consultar al joven Faruk sobre el asunto. El Gobierno cayó cuando Faruk exigió la dimisión a su ministro de Relaciones Exteriores. El embajador británico, sir Miles Lampson, era un gigante agresivo de casi dos metros de estatura y unos 110 kilos de peso que tenía la desafortunada costumbre de referirse a Faruk como «el chico». Lampson insistía en que Faruk debía formar un nuevo gobierno probritánico y le mandó un ultimátum advirtiéndole de que «a menos que oiga antes de las seis de esta tarde que se ha pedido a Mustafá Nahas Pasha que forme gobierno, Su Majestad el rey Faruk deberá atenerse a las consecuencias». Faruk se plegó a sus exigencias, pero tras el desafío retórico, Lampson mandó a los tanques rodear el palacio Abdin, lo asaltó, lo tomó y fue a ver al rey acompañado de dos cadetes sudafricanos que blandían sus armas. Le dijo que o nombraba a Nahas o tendría que abdicar inmediatamente. Llevaba una carta de abdicación redactada que mostró al intimidado rey para que la firmara en caso de que se negara a despedir a su propio primer ministro[137].

Este incidente, del que apenas queda constancia en la conciencia británica, fue de la mayor importancia en la evolución del nacionalismo egipcio. Desacreditaba tanto a Faruk como a quienes se habían beneficiado de la brutal intervención. Para Nasser y sus amigos fue una tremenda afrenta a su sentido de la dignidad nacional y el honor. Evidentemente, también desacreditaba a los británicos, aunque no fueran el factor determinante en el proceso.

La guerra permitió a los pueblos colonizados ver a hombres blancos matando a gran número de otros hombres blancos, y los miles de soldados de clase baja desplazados minaron la imagen cuidadosamente cultivada del hombre blanco como miembro de una raza superior; sobre todo en Egipto[138]. La capital, donde interactuaban felizmente la élite circasiano-egipcia y sus homólogos británicos, se vio invadida repentinamente por una horda de soldados británicos y de la Commonwealth, de entre los que destacaban los australianos por su grosería en estado de embriaguez. Se quitaron muchos gorros *tarboosh* rojos y se escucharon cánticos de «Faruk el Bandido Viejo Verde» en los bares y burdeles del Mercado del Pescado. Aunque el rey tenía veintitantos años, el eslogan estaba en lo correcto en relación a su gusto por chicas adolescentes; un gusto que mantuvo toda la vida.

Al final de la guerra, Nasser era un capitán de casi treinta años, felizmente casado con una mujer que contaba con considerables ingresos, unas 800 libras esterlinas al año. Organizó discretamente con Sadat las células de los denominados «oficiales libres del ejército» a finales de la década de 1940, un grupo clandestino de unos pocos cientos de miembros que contaba con muchos simpatizantes civiles. Mientras, los sucesivos gobiernos egipcios intentaban renegociar con Gran Bretaña el tratado de 1936, para intentar obligarla a renunciar al control de Sudán y sacar sus tropas de la zona del canal de Suez. Los británicos se resistieron con éxito, pero no eran lo suficientemente fuertes como para hacerse con el control de todo Egipto.

En 1948 Egipto fue una de las ocho naciones árabes que mandaron tropas a Palestina, aparentemente para acabar con la nueva nación de Israel en apoyo de los árabes palestinos, pero en realidad para evitar que el rey Abdullah de Jordania se quedara con las áreas que la ONU había cedido a los árabes tras los acuerdos de partición. Nasser fue uno de los oficiales implicados en una campaña caótica en la que tenía que comprar comida para sus hombres, que iban equipados con granadas españolas que les estallaban en las manos. Recibió una herida superficial y, si bien sus tropas fueron exoneradas con honor, quedaron al descubierto las deficiencias políticas y militares de los árabes. Nasser volvió a sus obligaciones como instructor del Colegio de Guerra y culpó a los

reyes títere árabes de Occidente de la humillación militar sufrida a manos de los israelíes que, por entonces, contaban con el apoyo tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética. La derrota permitió a los oficiales libres reclutar a una figura importante: el influyente general Mohammed Naguib. En 1951, el Gobierno de Faruk denunció unilateralmente tanto el Tratado Anglo-Egipcio de 1936 como las Convenciones de Sudán de 1899, pero luego autorizó imprudentemente a una guerrilla que atacara a las fuerzas británicas en la zona del canal, lideradas por entonces por los oficiales libres. Las duras represalias de los británicos desataron protestas masivas en El Cairo y Alejandría, que Naguib y los oficiales libres explotaron para derrocar a la monarquía.

ARGELIA BUSCA PROBLEMAS

En árabe, Magreb denota el extremo occidental de un mundo árabe cuyo corazón es el Golfo. Francia tenía dos protectorados en el Magreb, Marruecos y Túnez, y tres departamentos de Argelia eran legal y constitucionalmente parte de la Francia metropolitana, en la misma medida que Normandía. Argelia era la posesión colonial más antigua e integrada. Duros, con la cara quemada por el sol, los *colons* se enfrentaban a nativos musulmanes endurecidos y ariscos pues, como reconocía hasta el mismo líder nacionalista, Ahmed Ben Bella, el encanto irresistible no es lo que caracteriza precisamente a los pueblos de Argelia[139].

Argelia era la típica colonia de colonos en la que habitaban unos 800.000 europeos, muchos de ellos corsos, italianos, malteses y españoles y otros *français de souche*, como se llamaba a los nativos franceses. En su conjunto se denominaba *pieds noirs* a esos colonos, por sus zapatos negros y brillantes que destacaban entre las sandalias y pies descalzos de los demás. Los colonos europeos eran ciudadanos franceses, y los musulmanes indígenas eran súbditos privados de derechos a los que se aplicaba el Código de los Nativos de 1881. Uno de los líderes nacionalistas de Argelia reconoció que no existía una nación argelina: «No existe tal patria. He preguntado a los vivos y los muertos. Rebusqué por los cementerios: nadie supo hablarme de ella. No se puede construir en el aire»[140].

La introducción de la propiedad privada basada en contratos escritos dio a los europeos grandes ventajas sobre una población indígena que tenía una tradición oral y estaba acostumbrada a la

propiedad tribal. La prohibición musulmana de la usura también dio gran ventaja a los europeos a la hora de comprar tierras a base de préstamos. En 1936, un siglo después de la conquista francesa inicial, los *colons* franceses poseían más del 40 por ciento de la tierra que antaño fuera de los árabes y bereberes, los pueblos indígenas anteriores a la conquista árabe[141]. La mecanización de la agricultura estaba haciendo disminuir la importancia de la mano de obra[142] y los musulmanes emigraron a las barriadas de chabolas de las ciudades, donde pululaban por las calles de sus kasbas, palabra árabe que designa un conjunto de callejuelas entreveradas con escaleras y callejones. Mientras se mostraran dóciles, los europeos que vivían en los barrios elegantes de las ciudades no los considerarían una amenaza.

Los franceses dividieron Argelia en tres departamentos, Orán, Argel y Constantina, cuyos *colons* votantes enviaban diputados y senadores a la Asamblea Nacional de París. Solo un pequeño y selecto grupo de musulmanes disfrutaba de este derecho: aquellos a los que se consideraba capaces de ser educados hasta adquirir la plena ciudadanía, como evoca el darwiniano término *évolués* con el que se los designaba. Dado que solo 10.000 de tres millones y medio de musulmanes asistían a la escuela primaria en 1890, la evolución parecía un proceso glacial. La *sharia*, o ley, regía el matrimonio, la familia y las sucesiones, lo que resultaba muy conveniente para negar a los musulmanes plenos derechos cívicos; en el África negra la poligamia cumplió esta función.

Aunque muchos de los líderes nacionalistas era francoparlantes casados con mujeres francesas (y por lo tanto hablaban árabe entrecortadamente), consideraban que el islam (en su forma animista sufí típicamente argelina) era una parte de su identidad cultural no negociable. Asociaban al islam fundamentalista con los conquistadores almorávides medievales. El fútbol fue tan esencial como la religión a la hora de forjar un sentimiento de identidad nacional. En la década de 1920, los musulmanes argelinos crearon equipos de fútbol propios, como el Mouloudia Club de Argel, cuyos colores, rojo y verde, simbolizaban el Mahloud, el festival celebrado el día del cumpleaños del profeta. Las autoridades recelaban de permitir a los musulmanes que ocuparan un espacio público sin supervisión e insistían en que cada equipo musulmán debía incluir a

tres jugadores *colons*, sin consideración alguna hacia su habilidad en el juego.

La primera oleada de nacionalistas argelinos arrojó tres destacadas figuras. No está clara su identidad ideológica, pues en su parte del mundo estas tendían a ser fluidas. Me refiero al clérigo islámico Abd al-Hamid ben Badis, a un político estudiante llamado Ferhat Abbas, que procedía de la burguesía francesa, y al veterano de la Primera Guerra Mundial y trabajador industrial Messali Hadj, que pasó largas temporadas en las prisiones francesas, entre un trabajo indescriptible y otro en el cinturón rojo de París. El gurú de los Hermanos Musulmanes egipcios, Hassan al-Banna, ejerció su influencia sobre Ben Badis, cuya Asociación de Ulemas de Argelia rechazaba el influjo francés y quería alinear a Argelia con la *umma* islámica o comunidad mundial de creyentes. Ferhat Abbas era químico y estaba casado con una mujer perteneciente a una familia de colonos alsaciana. No sin cierta reticencia, pasó de defender la ciudadanía por medio de la integración total a exigir un Estado argelino basado en la paridad de derechos «en el seno de la comunidad francesa» y según los principios de 1789. Messali Hadj era el hijo de un zapatero que se había casado con la hija de un minero anarquista francés. Se convirtió en la luz y guía de la Etoile Nord-Africaine («estrella norteafricana»), una organización que contaba con gran predicamento entre el medio millón de trabajadores argelinos que vivían en la Francia metropolitana. Políticamente pasó de pertenecer al Partido Comunista a adoptar un tono algo más nacionalista e islámico, pero el vínculo con los comunistas siempre se volvería en su contra[143].

La Segunda Guerra Mundial cristalizó las exigencias de los nacionalistas argelinos; ya no pedían la integración sino la independencia total. El ejército siempre había sido una vía de escape de las terribles condiciones económicas a las que estaban sometidos los musulmanes argelinos, aunque unos pocos lograron convertirse en estrellas del fútbol en Francia. El futuro líder nacionalista Ahmed Ben Bella se unió al ejército en 1936, siendo centrocampista del Olympique de Marsella[144]. Ben Bella era un soldado por naturaleza, que amaba al ejército básicamente porque no le discriminaba. Obtuvo la Croix de la Guerre y la Médaille Militaire tras combatir como brigada en batallas tan épicas como la

de Monte Cassino. Su hermano mayor había muerto a raíz de las heridas recibidas durante la Primera Guerra Mundial. Hubo más soldados, entre ellos oficiales que no estaban de servicio, como Omar Ouamrane y Belkacem Krim. «Nunca conocí la adolescencia», diría Krim. «Mi hermano volvió de Europa con medallas y sin pies por el frío. Allí todos eran iguales, ¿por qué aquí no?». Era una buena pregunta, que podría haber planteado perfectamente cualquier soldado de color que volvía de una colonia racialmente estratificada, o los soldados estadounidenses afroamericanos que volvían a un sur segregado donde ni quisiera se les permitía entrar en un bar[145].

Tras 1940, se vio comprometido el rostro monolítico de la autoridad francesa y Vichy empezó a ser especialmente popular entre los *colons*. Después apareció en el norte de África un actor «anglosajón» mucho más poderoso, al inicio de la Operación Antorcha, la invasión aliada de 1942. Abbas fue recibido cortésmente por el enviado personal de Robert Murphy, sobre todo para solicitar el apoyo de los musulmanes a la guerra. En 1943 la mayoría de las facciones nacionalistas se unieron en la Association des Amis du Manifeste et de la Liberté («amigos del manifiesto y la libertad»), el primer movimiento político de masas de la historia de Argelia.

En marzo de 1944 De Gaulle dio, en principio, acceso a los musulmanes a todos los cargos políticos e incluyó a 65.000 musulmanes de mérito en el censo electoral francés. Todos los varones musulmanes mayores de veintiún años recibieron el derecho al voto para las asambleas locales, de las que debían formar parte un 40 por ciento de musulmanes. Era poco y demasiado tarde en medio del ambiente febril del fin de la guerra que había puesto a muchos musulmanes contra la pared. A mediados de 1945 surgió el descontento en ciertas zonas de Argelia, los nacionalistas organizaron boicots a las empresas colaboracionistas e intimidaron a los musulmanes que bebían alcohol o trabajaban para los galos. El departamento más oriental, Constantina, en la frontera con Túnez, se convirtió en un foco de actividad y algunas de sus insulsas ciudades acogieron concentraciones nacionalistas. Sétif, donde Ferhat Abbas había trabajado como farmacéutico, fue una de ellas. El 8 de mayo pasó una ruidosa procesión islámica, liderada por los

Boy Scouts Musulmanes, que desfiló por Sétif para celebrar la victoria en el Día de Europa y exigir la liberación de Messali Hadj de su arresto domiciliario. Hadj fue transferido a una prisión en el desierto antes de acabar en Brazzaville, en el Congo francés, donde, irónicamente, De Gaulle había prometido durante la guerra impulsar una amplia reforma colonial, aunque no la independencia, para aplacar a los estadounidenses. En Sétif veinte gendarmes hubieron de hacer frente a unos 8.000 manifestantes, interviniendo valientemente para confiscar los emblemas blancos y verdes que se agitaban al grito de «Una Argelia libre e independiente». Los encontronazos entre manifestantes y policía se fueron volviendo progresivamente más duros, hubo disparos que acabaron en ataques por parte de los musulmanes a cualquier europeo que pasara por ahí. Extrajeron el corazón a un sacerdote y se lo pusieron de collar y también cortaron las manos al secretario del Partido Comunista. La nueva de que se había declarado la *yihad* se difundió rápidamente por el campo y se oían gritos de «¡Guerra santa en el nombre de Alá!». Aunque en Sétif se restauró el orden al anochecer, en el campo grupos armados de musulmanes tendieron emboscadas a colonos aislados, matando a ciento tres con garrotes, pistolas y cuchillos. Hubo casos de mujeres violadas.

La pequeña ciudad de Guelma estaba a unos 177 kilómetros al este de Sétif. Allí vivían unos 4.500 italianos, malteses y judíos europeos entre 16.500 musulmanes. La Association des Amis du Manifeste gozaba de amplia representación. Una vez más fue una manifestación del Día de la Victoria la que acabó mal, a partir de que el comisionado de la policía local, André Achiary, disparó al aire como advertencia, seguido de cerca por sus hombres, que abrieron fuego sobre los manifestantes. Tras imponer el toque de queda, Achiary restableció un orden aparente en la ciudad, antes de dedicarse a arrestar a los líderes nacionalistas. Algunos fueron asesinados por la policía y sus ayudantes *colons*, que, parodiando a la policía paramilitar de Vichy, se autodenominaban la *milice*. Cuando cesó el derramamiento de sangre, habían muerto unos 1.500 musulmanes[146].

La respuesta del Gobierno francés fue rápida y contundente. A su llegada a Argel para felicitar al gobernador general francés por su victoria en Europa, el liberal Ferhat Abbas fue arrestado a pesar

de haber denunciado el levantamiento de Sétif. Tropas francesas, entre ellas los legionarios y los senegaleses, que no habían recibido entrenamiento en contrainsurgencia, llegaron a los pueblos musulmanes y se mostraron muy agresivas en la identificación de militantes islámicos. Atacaron aldeas remotas con bombarderos Douglas suministrados por los estadounidenses y armados con bombas aportadas por la RAF. Un buque de guerra protegía la ruta de la costa utilizada por los militantes musulmanes. Todo aquel sospechoso de activismo político acababa arrestado y muerto; se deshacían de los cadáveres en hornos, pozos y barrancos[147].

Aún se debate sobre el número de musulmanes asesinados. Tras la independencia, el gobierno nacionalista argelino afirmó que habían sido asesinadas entre 50.000 y 80.000 personas (la cifra se fue elevando con el tiempo), pero según estimaciones más realistas parece que fueron entre 6.000 y 8.000. De lo que no cabía duda era que las autoridades francesas estaban dispuestas a intimidar a los musulmanes. En una ocasión estos mataron a un hostelero y su hija en Falaise; el comandante en jefe del ejército de Constantina mandó reunir a 15.000 musulmanes en la playa de Melbou acompañados de sus jefes o *caids*, frente a la cual maniobraban navíos de guerra franceses y sobrevolaban muy bajo los aviones, mientras la artillería disparaba salvas. Un muftí alabó las medidas adoptadas por los galos e invocó a Alá antes de dirigir la oración colectiva. Se repartieron «pastelitos de la paz» entre la multitud aterrorizada, que los recibió ululando y aplaudiendo[148].

Queriendo hacer concesiones a los musulmanes a pesar de la oposición de los colonos, la Asamblea Nacional francesa acordó revisar el estatuto electoral de Argelia. La nueva asamblea argelina contaría con ciento veinte escaños. Ocuparían la mitad quienes resultaran elegidos por un colegio electoral europeo compuesto por 460.000 ciudadanos franceses más 58.000 musulmanes asimilados; la otra mitad la elegirían 1.400.000 musulmanes no asimilados. Hasta estos acuerdos sesgados se amañaron cuidadosamente el día de las elecciones, celebradas en abril de 1948, para garantizar el predominio europeo. Los partidos de derechas obtuvieron cincuenta y cuatro de los sesenta escaños para europeos, pero solo diecinueve de los sesenta escaños de los musulmanes recayeron sobre socialistas o nacionalistas. Cuarenta y uno de esos escaños cayeron

en manos de marionetas del Gobierno, denominados *béni-oui-ouis* (Tío Tom) por los residentes locales[149]. Todo esto fue obra de la «Tercera Fuerza», el Gobierno francés controlado por los socialistas. El gobernador general de Argel, Marcel Naegelen, era un anticomunista alsaciano de izquierdas, fanáticamente opuesto al «separatismo». Lo cierto es que disminuían los incentivos para que los nacionalistas argelinos optaran por medios no violentos mientras se multiplicaban las razones para recurrir a la resistencia armada.

UNA TIERRA NO TAN SANTA

Un año antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial el recientemente nombrado secretario para las Colonias británico, Malcolm MacDonald, calculaba que, si bien era responsable de cincuenta colonias distribuidas por todo el mundo, el mandato palestino ocupaba la mitad de su tiempo. Churchill llegó a describir la guerra entre la Palestina árabe y la judía como una «guerra de ratones», pues no se interrumpió, ni se ha interrumpido más de sesenta años después, mientras los elefantes del mundo chocaban entre sí. En esencia, la expresión «conflicto entre ratones» adolecía de la misma ambigüedad semántica que la frase «hogar nacional», prometido a los judíos en la Declaración Balfour de 1917 para evitar mencionar la palabra «Estado».

Históricamente nunca ha habido una Palestina, salvo la época en que fue provincia romana, aunque sí hubo reinos judíos antes de eso. Durante los siglos de ocupación otomana, Palestina tampoco gozó de una identidad propia. Tras 1880, los 25.000 judíos ortodoxos que vivían en Jerusalén vieron incrementado su número por dos grandes oleadas de inmigrantes del este de Europa que se dedicaron al cultivo de los campos en los valles. La Declaración Balfour estaba pensada para cumplir dos propósitos. Por un lado, distender el bolchevismo, cuya faceta internacional se atribuía a la influencia de unos judíos que carecían de patria. Por otro lado, era conveniente obtener el apoyo de los judíos para la guerra, al igual que lo fue prometer Constantinopla a los rusos; en ambos casos se apreciaba la misma falta de sinceridad.

En 1939, tras una revuelta árabe que duró tres años antes de ser aplastada sin piedad por los británicos, MacDonald publicó un libro blanco que limitó drásticamente la inmigración judía a Palestina a unas 75.000 personas en cinco años, aunque se reconocía que lo

que había hecho aumentar la población árabe local eran las oportunidades de empleo creadas por estos laboriosos inmigrantes. Los sionistas consideraron el libro blanco una traición a sangre fría perpetrada contra un pueblo desesperado, pues coincidió con la persecución nazi de judíos en Alemania y Polonia. El resto del mundo (con la notable excepción del dictador de la República Dominicana, Leónidas Trujillo) había afirmado en la Conferencia de Evian, celebrada en 1938, que no tenían habitaciones libres. Los británicos promulgaron el libro blanco para asegurarse de que el resto del mundo árabe, del que obtenían el 60 por ciento de su petróleo, no apoyara al Eje en la inminente guerra. Como bien explicara MacDonald: «No podemos dejar que las emociones rijan nuestra política. Debemos aceptar las extremadamente peligrosas perspectivas a las que nos enfrentamos de una forma totalmente realista, despojada de sentimientos y algunos dirían que hasta cínica. Los judíos estarán de nuestro lado en cualquier caso tratándose de luchar contra Hitler. ¿Adoptarían la misma actitud las naciones árabes independientes?»[150].

Estos intentos locales de apaciguamiento mantuvieron la alianza anglo-árabe de la Primera Guerra Mundial, lo que implicaba que nada importante amenazaba ni a los oleoductos que atravesaban Transjordania ni a las bases británicas en Egipto, ni siquiera cuando decidieron deponer al primer ministro por las buenas. Teniendo en cuenta el odio patológico que los nazis sentían hacia los judíos, a los británicos no les preocupaba hacia dónde podrían decantarse las simpatías de estos últimos. Los sionistas-fascistas de Vladimir Jabotinsky eran una pequeña aunque ruidosa minoría de la que salió Menachem Begin, uno de los discípulos más devotos de Jabotinsky y más tarde líder de la organización terrorista Irgún. La fórmula de David Ben Gurion: «Combatiremos con los británicos en esta guerra como si el libro blanco no existiera y lucharemos contra el libro blanco como si no hubiera guerra», captaba muy bien lo que opinaban la mayoría de los sionistas sobre una guerra en la que los judíos se jugaban su existencia.

El ofrecimiento sionista de crear un ejército para luchar contra el Eje fue tergiversado por los británicos, que admitieron la creación de un batallón conjunto que marcharía con los East Ken Buffs. El contingente judío combatió y los árabes desertaron. Unos diez mil

judíos palestinos (y siete mil árabes palestinos) sirvieron en las fuerzas armadas británicas. A finales de 1944, los británicos autorizaron por fin la creación de una brigada judía, que combatió meritoriamente. Pero los ingleses cometieron una equivocación (justificable, puesto que deseaban mantener a los árabes de su parte): dotar a los sionistas de una potente arma propagandística que utilizaron en su contra cuando el mundo asistió, desconcertado, a la revelación del asesinato masivo de judíos europeos. A medida que salían a la luz las pruebas de los asesinatos perpetrados por los nazis contra los judíos europeos, se intensificaba la insistencia sionista en la necesidad de crear el Estado judío de Israel, donde pudieran refugiarse los judíos del mundo que lo deseasen. Lo que implicaba que los sionistas nunca iban a aceptar la solución favorita de los británicos: la creación de enclaves árabes y judíos en una Palestina binacional.

Un turbio tráfico de seres humanos tuvo lugar entre los agentes judíos palestinos y las SS paramilitares nazis para expatriar a los judíos hasta puertos rumanos por el Danubio y sacarlos de Europa. Mujeres y niños se apretujaban en cargueros llenos de piojos, en mercantes herrumbrosos y deteriorados barcos cisterna. En cuanto estos monstruos sobrepoblados aparecían ante las costas de Palestina, los británicos les ordenaban dar la vuelta; en una ocasión llegaron incluso a abrir fuego, lo que mató a dos refugiados. De manera que se inició una guerra de propaganda desde los barcos, una táctica que los enemigos turcos y organizaciones no gubernamentales han utilizado contra Israel desde entonces. En noviembre de 1940, los británicos transfirieron a los 1.700 refugiados que habían llegado a Haifa a un navío mayor denominado *La patria*, que puso rumbo a las islas Mauricio. Una madrugada sonaron las sirenas del barco y los refugiados se tiraron al mar. Poco después *La patria* voló por los aires y se hundió. Doscientos cuarenta refugiados se ahogaron o perecieron a consecuencia de la explosión, junto a una docena de policías. La Agencia Judía, fundada en 1929 para promover la creación de asentamientos en Palestina, declaró indignada que los refugiados habían preferido suicidarse a ir al infierno de las islas Mauricio (que es, en realidad, una de las islas más agradables del mundo). La verdadera historia de esta tragedia es que el Irgún hizo un intento

chapucero de estropear la propulsión de la nave. Hubo más incidentes, como el de un barco al que se negó la entrada a un puerto turco y se hundió durante una tormenta causando la pérdida de 231 vidas, y el del *Struma*, un infierno flotante al que se dio mucha publicidad, que había zarpado de Estambul y también se hundió tras una misteriosa explosión.

Aunque según el fanático Begin, los británicos no eran más que nazis con mejores modales, el Irgún respetó el llamamiento hecho por la Agencia Judía y su milicia, la Haganah, para que dejaran de atacar a los británicos. Pero el movimiento sionista era muy volátil e incluía a miembros extremistas y moderados. Nada de esto consiguió detener al Lehi, denominado Banda Stern debido al nombre de su carismático líder, Abraham Stern, al que sus seguidores denominaban «Yair» («el que ilumina»). Stern murió intentando «escapar» de la custodia británica en 1942, pero su grupo siguió perpetrando atentados terroristas durante la guerra, en los que asesinó al menos a quince hombres y atacó comisarías de policía, edificios oficiales y oleoductos[151].

En un principio, la vida de los británicos del mandato difería poco de la de los colonos de otras partes, lo que significaba que la mayoría de los administradores y soldados británicos no captaban la complejidad de la situación, pues Palestina no era una colonia. Había recepciones oficiales en la casa del gobernador, exposiciones de flores y meriendas. Los más activos cazaban chacales con el Ramle Vale Hunt o tomaban el té en el club de golf Sodoma y Gomorra, sobre el que circulaban muchos cotilleos obscenos. Pero no era la India ni Sudán, era más un callejón sin salida que la oportunidad de brillar como parte de una élite, pues la gente era demasiado «lista» como para estar sometida a tutela y el lugar no tuvo una importancia estratégica real hasta que los británicos empezaron a barajar alternativas a un Egipto alborotado. En otras palabras, Palestina era un puesto aburrido y apartado excepto, quizás, para quienes tenían inquietudes religiosas.

El terrorismo sionista fue una respuesta en venganza por las atrocidades cometidas por los árabes durante la revuelta árabe de 1936-1939, que demostró, para asombro de los británicos, la incapacidad de estos pueblos para «salir adelante», pues eran vecinos y no dejaban de enfrentarse por un muro o el seto de un

suburbio[152]. La respuesta militar fue la anunciada en un discurso simplón pronunciado por el brigadier Bernard Montgomery en Haifa, en 1937: «Me da igual que seáis judíos o gentiles, no me importan vuestras opiniones políticas. Soy un soldado y mi deber es mantener la ley y el orden. Es lo que voy a hacer»[153]. El semblante del mandato fue cambiando y los edificios oficiales desaparecieron tras barricadas de sacos de arena y alambradas, mientras las comisarías de policía se convertían en imponentes fuertes construidos a base de hormigón armado. En noviembre de 1944, la Banda Stern se superó a sí misma con el asesinato a cargo de dos de sus miembros del ministro de Estado residente, lord Moyne, amigo de Churchill y pintoresco compañero de viaje de su esposa Clementine en El Cairo. La clase gobernante británica reaccionó tan negativamente que la Agencia Judía, la Haganah y el Irgún declararon «abierta la veda» contra los simpatizantes de la Banda Stern. Los dos jóvenes asesinos fueron capturados rápidamente, juzgados y colgados.

Aunque los británicos de Palestina se regocijaron con la victoria, fue un estado de ánimo evanescente en el problemático mandato, donde se denominaba a ciertos recintos policiales «Bevingrado», aludiendo al nombre de Ernest Bevin, el nuevo secretario de Trabajo y Servicio Nacional. Cuando los británicos retiraron sus fuerzas en Egipto hasta la zona del canal, Palestina adquirió mayor relevancia, por si se daba la circunstancia de que tuvieran que retirarse estratégicamente hasta allí y usar el puerto de Haifa en vez del de Alejandría para atracar sus barcos. De ahí que los británicos concentraran tantas tropas, con un coste anual de 40 millones de libras esterlinas, en un lugar donde hacía ya tiempo que habían chocado dos identidades nacionales irreconciliables. Los 100.000 hombres estacionados en Palestina se convirtieron en objeto de una campaña en la que se incentivaba a los niños judíos a escupirles al grito de «bastardos ingleses» o «Gestapo». A las fuerzas aerotransportadas británicas, con sus boinas rojas, les llamaban «amapolas rojas con corazones negros» en sus paseos entre hostiles habitantes judíos. El ambiente se tornó aún más emotivo con el conocimiento público del problema de las personas judías desplazadas que languidecían en los antiguos campos nazis.

Los políticos británicos eran muy conscientes de que Palestina

amenazaba con poner en peligro sus relaciones con Estados Unidos, sobre todo debido a la capacidad de influencia del lobby judío, que había estado muy dividido antes y durante la guerra, pero que hablaba con una enorme autoridad tras el Holocausto. El presidente Truman se mostraba reacio, al igual que su ilustre predecesor, a abrirles las puertas de Estados Unidos. En agosto de 1945, exigió la admisión de 100.000 refugiados en Palestina para suavizar la agitación existente entre los partidarios de los demócratas judíos de Nueva York. Muchos ciudadanos estadounidenses, sobre todo los cristianos más fundamentalistas, apoyaban a los sionistas pero se mostraban ambivalentes en el caso de los judíos estadounidenses, y odiaban su gran presencia en el distrito financiero neoyorquino. La exigencia de Truman acabó con los esfuerzos desplegados por los británicos para solucionar el problema de los refugiados y Palestina. Londres se resintió amargamente de la mezcla estándar de oportunismo y santurronería de Washington.

La política de Estados Unidos en Oriente Medio estaba sometida a las mismas presiones enfrentadas que la británica. En lo que fue un eco de la Declaración Balfour, Roosevelt había apoyado la idea de un Estado judío y había prometido solemnemente al rey de Arabia Saudí, Abd Al-Aziz Ibn Saud, que no ayudaría a los judíos ni haría nada en detrimento de los intereses árabes. Los diplomáticos más perspicaces se dieron cuenta de que no iban a sacar nada apuntalando el arco imaginario del norte representado por Grecia, Irán y Turquía, si lo que querían era «derribar los pilares» del sur sobre los que descansaba el arco. Los árabes disponían de pocos defensores, como Loy Henderson, en el Departamento de Estado, y desde luego no estaban a la altura de los organizadores sionistas que sabían canalizar la sensibilidad pública y contaban con muchos simpatizantes en lo más alto de la administración.

El mismo Truman resumió el problema: «No cuento con cientos de miles de árabes entre mis votantes». Era un problema real pues, desde 1876, solo un candidato había obtenido la presidencia sin los cuarenta y siete votos de Nueva York. Aunque de hecho perdiera Nueva York en 1948, Truman no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Puede que los miembros del lobby sionista le exasperaran a ratos, pero tenían partidarios en el círculo interno; contaban sobre todo con el apoyo de su mano derecha y director de campaña, Clark

Clifford, que también llegaría a tener gran influencia durante las administraciones de los presidentes Kennedy y Johnson.

Muchos de los asesores de Truman se mostraban condescendientes y racistas con los árabes, mientras que otras figuras destacadas se limitaban a mostrar su ingenuidad en relación a la complejidad de estos conflictos. Loy Henderson, que había sido cónsul en el Estado libre irlandés y jefe de la misión diplomática de Bagdad, se mostró horrorizado ante la opinión de Eleanor Roosevelt, en 1947: «Venga, venga [...] hace unos años se creía que Irlanda era un problema que nunca podría resolverse. Luego se creó la República de Irlanda y el problema desapareció. Espero que cuando se cree un Estado judío los árabes vean la luz, se apacigüen y Palestina deje de ser un problema»[154]. La historia idiosincrática de Irlanda se pondría erróneamente de ejemplo, y no sería la última vez. Los políticos estadounidenses no esperaban que sus ciudadanos superaran su aversión a la inmigración judía sino que lo hicieran los árabes[155].

Si bien algunos miembros de la clase gobernante británica eran tan conscientemente antisemitas como sus homólogos estadounidenses, otros simplemente se negaban a aceptar que lo que quedaba del pueblo judío no tuviera futuro en Europa[156]. No podían entender que estaban pidiendo a los judíos que se asimilaran en una fosa común. El político laborista prosionista Richard Crossman describió con precisión los aspectos más irresponsables de las fanfarronadas morales de Estados Unidos: «Mientras claman por la creación de un Estado judío, en realidad satisfacen muchas necesidades. Están atacando al Imperio británico y al imperialismo en general, defienden una causa moral sin hacerse responsables de llevarla a buen término y, sobre todo, distraen la atención del hecho de que sus propias leyes de inmigración son una de las causas del problema»[157].

Si los estadounidenses hacían causa común con los colonos rebeldes de las fronteras, los británicos no estaban acostumbrados a tratar con pueblos colonizados modernos, democráticos, orgullosos y tendentes a moralizar sobre la culpa de los europeos en lo que aún no se denominaba Holocausto. El antisemitismo y antisionismo británicos (que conviene no mezclar irreflexivamente) recibieron un gran impulso de lo que entonces, y ahora, se ha descrito

crudelísimamente como «terrorismo judío»; algo similar a calificar de «terrorismo católico» las acciones del IRA.

Mientras la Haganah se centró en destruir las instalaciones de radar que los británicos tenían en las costas, puentes y vías de ferrocarril, el Irgún y el Stern elevaron el nivel de sus campañas terroristas. En abril de 1946 mataron a tiros a siete soldados británicos en un aparcamiento y les robaron las armas. En junio se llevó a cabo la Operación Ágata, en la que intervinieron tropas británicas a gran escala para arrestar a los jefes sionistas, incluidos muchos moderados de la Agencia Judía, y hallar los depósitos de armas. El objetivo principal de la operación era demostrar que existían vínculos entre la Agencia Judía y la Haganah. Lo lograron, a pesar de que algunas mujeres aparentemente histéricas de un kibbutz rural rasgaran las mangas de sus vestidos para mostrar los tatuajes de los campos de concentración alemanes y distraer así a los soldados que buscaban los depósitos de armas.

Los documentos confiscados al Irgún en estas razias llegaron hasta las oficinas del Departamento Británico de Investigación Criminal situadas, junto a otras oficinas del mandato, en el hotel Rey David de Jerusalén[158]. Unir placer y negocios en un gran complejo hotelero era algo sorprendente incluso para los estándares británicos, pues el hotel Rey David era un centro administrativo y un hotel de lujo a la vez. El 22 de julio de 1946 aparecieron en un camión catorce o quince terroristas sionistas, vestidos de árabes, y descargaron lecheras llenas de explosivos en el club nocturno del sótano, el Régence. Explotaron a las 12.36 pm, con el hotel repleto, y acabaron con la mayor parte de su ala sur; murieron noventa y una personas, incluidos soldados británicos y administradores árabes y judíos. A los pocos días del ataque los británicos llevaron a cabo la Operación Tiburón para arrestar a más sionistas extremistas; ochocientos fueron detenidos y confinados en el campo de Rafah. La población judía hubo de soportar molestos controles, registros aleatorios, toques de queda y controles de carretera[159].

Los terroristas respondieron con la extensión de su campaña a los intereses británicos en Europa (estalló una bomba en la embajada británica de Roma en octubre de 1946) y a la metrópolis misma. En marzo de 1947, el Stern puso una bomba en el British Colonial Club de Trafalgar Square, que hirió a varios camareros

negros y estudiantes africanos. En junio enviaron sus primeras cartas bomba a Churchill, Bevin, Clement Attlee y Eden. El Servicio de Inteligencia, el MI5, mantenía bajo estrecha vigilancia a los simpatizantes de los sionistas y logró evitar otros ataques terroristas[160]. A nadie sorprendió que las autoridades británicas de Palestina respondieran a los ataques sionistas con gran violencia, con métodos que muchos de sus policías habían aprendido en su enfrentamiento con los republicanos irlandeses en la década de 1920; un modelo que también resultó ser el favorito de muchos terroristas sionistas en la década de 1940. Entre los policías de incógnito había héroes de guerra, como el mayor de las Fuerzas Especiales (SAS, en sus siglas en inglés) Roy Farran, cuya contundencia en la lucha antiterrorista (que ha sido lo habitual en Israel desde hace medio siglo) fue denunciada por quienes se mostraban más tolerantes con la crueldad del terrorismo sionista. A finales de 1946 los terroristas habían asesinado a 373 personas, la mayoría civiles[161].

La política británica a más alto nivel oscilaba entre aquellos que creían en la primacía de una solución política y los militares, que consideraban que negociar cualquier acuerdo era contemporizar. El mayor defensor de la línea dura era un general estrella, el mariscal de campo Montgomery, que supo acabar rápidamente con el enfoque más político del secretario para las Colonias, Arthur Creech Jones, que había estado en la cárcel por pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Se prohibió a las tropas británicas frecuentar lugares públicos, como cafés y cines, y se repatrió a todos los miembros de sus familias que no fueran esenciales. Los británicos se ocultaron tras más fortificaciones «transformando el mandato en una prisión y encerrándose en ella» en el proceso[162]. Fomentaron las represalias colectivas contra acciones terroristas, algo que también se practica en el Israel actual. Como bien señalara un oficial británico: «Cuando las fuerzas de seguridad han de vérselas con una población civil que se niega rotundamente a cooperar, que carece de escrúpulos, es deshonesta y básicamente inmoral, como la comunidad judía de Palestina, que sistemáticamente y de forma continuada ayuda y oculta a los perpetradores de terribles asesinatos negándose a entregarlos a la justicia, las represalias son lo único eficaz para ahorrar tiempo, dinero y un derramamiento de

sangre innecesario»[163].

Los sucesos acaecidos en Gran Bretaña y en la India obligaron a los británicos a tomar una decisión en el invierno de 1946-1947. La población (en bancarrota) se helaba en sus casas, y la violencia comunitaria de la India les obligó a fijar una fecha para su retirada. El 25 de febrero de 1947 Richard Crossman sostenía pomposamente en la Cámara de los Comunes que la solución podría estar en un conflicto creativo, al igual que una huelga podía acabar con un conflicto laboral interno una vez que habían fallado las negociaciones y el arbitraje[164]. Estas analogías facilonas promovieron la renuncia a Palestina, una decisión adoptada en un mes en el que el Gobierno reconoció que no había una solución política obvia. También declaró la ley marcial, medida que no arrojó mejores resultados que la búsqueda abortada de una solución política.

Mientras, los sionistas seguían recurriendo a lo que se ha denominado «propaganda de los barcos», con la que el MI6 intentó acabar a través de la Operación Embarrass [«vergüenza»], en la que lograron dañar o hundir a cinco barcos llenos de refugiados atracados en puertos italianos[165]. No lograron acabar con el *Exodus 1947*, que, tras ser rechazado en Palestina, volvió a Europa y al no poder atracar en Marsella, acabó en Hamburgo, donde tropas británicas y policías alemanes hicieron desembarcar con rudeza a los refugiados. El capitán recordaría después que los agentes de inteligencia sionistas «nos dieron órdenes de usar este barco como si fuera una manifestación, con pancartas que demostraran lo pobres que éramos y lo indefensos que estábamos, así como lo crueles que eran los británicos»[166].

El guionista estadounidense y sionista Ben Hecht contó la historia del *Exodus* de forma incendiaria. Pero el capital emocional que pudiera haber acumulado la saga del *Exodus* en Gran Bretaña se disipó inmediatamente en el momento que el Irgún colgó a dos sargentos británicos y usó sus cuerpos a modo de trampa en respuesta a la ejecución de tres terroristas convictos por asesinato en la prisión de Acre, algo de lo que Hecht alardeaba. La indignación dio lugar a revueltas por parte de las tropas británicas de Palestina y contribuyó a la gestación de incidentes antisemitas en Gran Bretaña[167].

Estos sucesos tuvieron lugar bajo las narices de los delegados del Comité Especial de la ONU para Palestina, que llegaron a la zona a mediados de junio de 1947. Tres de sus miembros fueron testigos presenciales de la mala gestión británica del asunto del *Exodus* en el puerto de Haifa. El Comité acabó recomendando la partición por ocho votos contra tres aunque, según estos acuerdos, las zonas árabes y las judías estaban tan entreveradas como dos serpientes en plena lucha. Los británicos rechazaron la propuesta alegando que Estados Unidos se negaba a aportar ayuda o aviones. A finales de 1947, incapaces de imponer una solución ni a árabes ni a judíos, los británicos informaron a la ONU de su intención de retirarse unilateralmente el 14 de mayo de 1948. Contaban con el precedente de la India, pero allí habían logrado llegar a un acuerdo de algún tipo. Aunque los británicos dijeran representar la ley y el orden, era una mera formalidad en un país donde se había desatado una guerra civil entre árabes y judíos. Para sorpresa de los británicos, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética apoyaron la partición, uniéndose tácitamente bajo la pancarta del antiimperialismo[168].

La actitud de los soviéticos fue muy interesante. Stalin siempre había procurado romper y dividir toda fusión que pudiera acabar en un único oponente occidental. De modo que Palestina parecía el lugar ideal para crear problemas entre británicos y estadounidenses. A los soviéticos les gustaban muchas cosas del incipiente estado sionista. Ciertos jóvenes sionistas, como Amos Perlmutter, habían trazado impacientemente en las paredes de su habitación la marcha del Ejército Rojo sobre Alemania con mapas y chinchetas. Stalin sabía las grandes simpatías que habían despertado los alemanes en el mundo árabe y entre los musulmanes de la Unión Soviética durante la guerra. El sindicalismo era mucho más pujante entre los judíos palestinos que entre los árabes de los países de alrededor. La Palestina de entreguerras contaba con el mayor Partido Comunista de Oriente Medio y lo dirigían sus miembros judíos. Al contrario que en Egipto, donde imperaba en el campo un sistema feudal, los *kibbutz* sionistas tenían cierto parecido con las granjas colectivas soviéticas. Puede que Stalin pensara que, si los árabes emulaban estos rasgos modernos del sionismo, entrarían en una fase más revolucionaria de su propio desarrollo. No sorprendió a nadie que la

Unión Soviética fuera el primer país en reconocer a Israel[169].

Los sionistas habían obtenido el reconocimiento internacional del Estado judío en vez de un «hogar nacional» en el seno de Palestina aunque, teniendo en cuenta que 600.000 judíos convivían allí con 1.200.000 árabes, los judíos solo eran una minoría importante en un país en el que la mayor parte de las tierras eran propiedad de terratenientes árabes que vivían en las ciudades. Los árabes adolecían de ciertas debilidades. Carecían de la experiencia y el entrenamiento militar europeo de la Haganah y no contaban con las sofisticadas armas que sobraron a los alemanes tras la guerra y la Haganah obtenía a través de Checoslovaquia. Los aldeanos analfabetos árabes tenían un sentimiento nacional mucho menos visceral que los inmigrantes europeos cultos que habían sobrevivido al intento de su exterminio total[170]. El liderazgo árabe-palestino estaba dividido entre clanes rivales; otros líderes árabes odiaban al conocido muftí Hajj Amin, al que denunciaron como colaborador nazi.

El único gobernante árabe que apoyó la partición fue el rey Abdullah de Jordania, que quería anexionar una pequeña parte palestina árabe a Transjordania. Sus ambiciones regionales intimidaron a los sirios, que querían unirse en un reino hachemita mayor, a los egipcios, que se creían los líderes del mundo árabe y, por último, a la dinastía saudí, los principales rivales regionales de los hachemitas. Pero como los árabes tenían las emociones a flor de piel ante la perspectiva de la creación de un Estado judío en medio de su territorio, los gobernantes árabes debían actuar si querían evitar que las multitudes enfervorecidas de sus reinos acabaran con ellos. En medio de tanta rivalidad enviaron a un desangelado Ejército de Liberación Árabe a luchar contra los judíos, a los que los árabes consideraban una excrecencia europea en su parte del mundo. No podían entender por qué los europeos o los estadounidenses no eran capaces de encontrar una patria para los judíos en otra parte.

Los judíos respondieron con argumentos similares a los árabes palestinos sin líder que huyeron del enfrentamiento que ellos mismos habían iniciado de modo compulsivo. ¿Por qué no se les podía recolocar en los grandes espacios desiertos de los reinos árabes? Se inició una guerra entre judíos y palestinos que se libró

bajo los agotados ojos de los británicos y se volvía más encarnizada por momentos. Más de 300.000 árabes huyeron de sus casas por temor a ser masacrados por los judíos, convencidos de que volverían junto a los ejércitos árabes de los países vecinos para vengarse. Un día, tras la partida de los británicos, cinco ejércitos árabes atacaron al recién fundado Estado de Israel y sufrieron una derrota aplastante. Israel sobreviviría a más guerras siendo el único Estado democrático y moderno en un Oriente Medio dominado por dictadores y monarcas autocráticos. Pero no lograría eliminar el victimismo ni el militarismo de su ADN. El hecho de que se cuenten tantos militares entre su clase política demuestra lo que significa vivir en una vecindad de fanáticos y maniacos.

4. UNOS MÁS VENCEDORES QUE OTROS

LA VISTA DESDE EL POTOMAC

El poderío industrial de Estados Unidos se incrementó mucho durante la Segunda Guerra Mundial. Además, era la única nación que poseía las armas de destrucción más poderosas inventadas por la humanidad. El Pacífico se había convertido en un lago estadounidense. Sus buques de guerra habían acabado con la Marina imperial japonesa, y los marines estadounidenses habían tomado islas del Pacífico que opusieron una resistencia suicida. También era estadounidense el único bombardero B-29 Superfortress capaz de alcanzar cualquier objetivo a más de cinco mil kilómetros. Tras la adquisición de sus nuevas bases oceánicas tenía un alcance casi mundial y la actitud de los estadounidenses hacia las colonias cambió rápidamente a medida que cobraban conciencia de la importancia estratégica de mantener las que habían adquirido.

La política de Estados Unidos en el caso de China siempre estuvo bajo la sombra de los acontecimientos de Europa, donde los soviéticos se volvían más amenazadores cada día que pasaba. La ocupación nazi y las batallas más sangrientas de la guerra habían asolado los territorios soviéticos, pero evidentemente era un jugador más importante que el gigante imperial lleno de cicatrices de guerra representado en Potsdam, no por un Churchill exhausto, sino por el nuevo primer ministro laborista, Clement Attlee. Al contrario que los británicos, los soviéticos se definían a sí mismos en contraposición a los intereses estadounidenses y desarrollaron un patrón de agresividad al que Estados Unidos se veía obligado a

responder. Estos puntos de fricción se condensaron en un conflicto ideológico mundial entre el campo libre y el totalitario, en el que la soberanía nacional importaba menos que la forma en que se alinearan los países concretos. Las pasiones suscitadas por el conflicto general distorsionaron la percepción de conflictos menores de origen más local.

Mientras estadounidenses, rusos y británicos celebraban la paz y otros la liberación de sus países del nazismo, el resto del mundo de 1945 no era precisamente un remanso de paz. Pero, tras 1945, el destino de muchos pueblos del mundo ya no dependía de los poderes coloniales sino de Washington y Moscú, a los que solo unía la hostilidad hacia los imperios coloniales. Los herederos soviéticos de los dominios de ultramar rusos impusieron un Imperio rojo en Europa del Este e intentaron liar las cosas en Asia. Estados Unidos reaccionó interviniendo en los asuntos de Asia de forma mucho menos benévola, entre otras cosas para proteger a sus aliados europeos de amenazas comunistas, una percepción incentivada por las propias potencias coloniales por la cuenta que les traía.

Mucho antes de que los estadounidenses concibieran la teoría del dominó, los franceses ya hablaban de la «teoría de los bolos», que venía a ser lo mismo. De modo que el general Jean de Lattre de Tassigny dijo a un colega estadounidense: «Tonkín es la llave del sudeste asiático y, si perdemos el sudeste asiático, la India se encenderá como una cerilla y no habrá nada que impida al comunismo llegar a Suez y África. Si absorbían al mundo musulmán, los musulmanes del norte de África se alinearían con ellos y Europa misma quedaría en primera línea»[171]. El África subsahariana aún habría de convertirse en parte de este conflicto mundial. En medio del caos de 1945 fue surgiendo una tendencia clave: el auge de la Unión Soviética y su voluntad de derribar las desvencijadas puertas de la influencia mundial, en declive, de británicos y franceses. Ya no se podía volver a la diplomacia del dólar de la década de 1930, por mucho que a los estadounidenses les hubiera gustado. Los sucesos de China dieron alas a la idea de que había que frenar el avance mundial del comunismo, pero solo cuando fallaron todos los intentos de rescatar a Chiang Kai-shek.

Los estadounidenses evitaron que Chiang acabara definitivamente con los comunistas de Mao en la espesura de

Yan'an y luego sugirieron que intentaran incorporarle a un gobierno de coalición. Probablemente Chiang no hubiera podido obtener una victoria militar, pero los obstáculos a su libertad de acción impuestos por los estadounidenses la hicieron totalmente imposible. Leyendo la historiografía británica cuesta creer que China, aún no contaminada por el comunismo o el imperialismo, fuera el aliado favorito de Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial. «El pueblo de China», dijo en 1943, «se parece más en sus ideas y objetivos a nosotros los estadounidenses que casi cualquier otro pueblo del mundo: los mismos grandes ideales. En menos de medio siglo China se ha convertido en una de las grandes democracias del mundo». La voluntad de ver un mundo lleno de estadounidenses potenciales, luchando por desprenderse de la lacra del imperialismo, el tribalismo y otros fenómenos culturales no americanos, tiene hondas raíces. Muchos estadounidenses influyentes consideraban a la China en desarrollo una versión más populosa de su propio país[172].

Al margen de esta fantasía, la China real fascinaba y frustraba a los estadounidenses en la misma medida. Era enorme, con desiertos, montañas y valles costeros cruzados por canales de irrigación. Su moneda fluctuaba con increíble rapidez y cada encuentro con el funcionariado acababa en sobornos. Los gánsteres del, por ejemplo, Shanghai's Green Gang mantenían buenas relaciones con los poderes públicos e incluso con la policía secreta del KMT, que los estadounidenses comparaban con la Gestapo. Aunque Estados Unidos quería una China unificada y democrática, sus herramientas para lograrlo, los nacionalistas de Chiang, negaban las libertades occidentales en cuanto experimentaban con constituciones y asambleas.

Un alarmante porcentaje de la ayuda estadounidense acababa en manos de los señores de la guerra locales que controlaban a las tropas nacionalistas. A los estadounidenses les hubiera encantado encontrar una justificación moral para apoyar a los nacionalistas, y se frustraron mucho al no poder hacerlo en un régimen cuya corrupción había adquirido dimensiones épicas. Washington creyó que el comunismo de Mao era un socialismo agrario honesto y pensó que lograría convencerle para que hiciera una leal oposición en un marco democrático. Los estadounidenses ejercieron cierta

presión financiera sobre los nacionalistas para lograrlo pero, tras veinte años de lucha con ellos, los nacionalistas conocían a sus adversarios comunistas mucho mejor que los estadounidenses. Como bien señalara Chiang en una ocasión: «Los japoneses son una enfermedad de la piel: los comunistas, en cambio, una enfermedad cardiaca»[173].

El embajador estadounidense en China tras 1944 no hizo honor a la política de su país. Se trataba de un antiguo secretario de Guerra republicano llamado Patrick Hurley, un borracho idiota al que le gustaba soltar gritos de guerra Choctaw. Hacía caso omiso del refinado protocolo observado por los chinos y hablaba de Chiang como de «Mr. Shek», mientras que se refería a Mao Zedong con el apelativo de «Moose Dung» («estiércol de alce») durante los viajes realizados para poner de acuerdo a ambos líderes y hacer de China un trampolín para el acto final con los japoneses. Los amigotes de Mao llamaban a Hurley «el Payaso» y sus colegas estadounidenses del cuerpo diplomático le habían puesto el apodo de «Albatros»[174].

Aunque en 1943 las potencias occidentales dieran mucho peso a las credenciales nacionalistas de Chiang, renunciando a la mayor parte de las concesiones territoriales urbanas (en territorio ocupado por los japoneses) obtenidas por los nipones del imperio Qing, China siguió coqueteando con los extranjeros. En 1944 los soviéticos (que poseían el mayor enclave de todos) animaron a los separatistas musulmanes Uighur de Xinjiang a fundar la República del Turquestán Oriental. Los británicos intentaron mantener una zona neutral entre China y la India, promoviendo la autonomía del Tíbet, encarnada en el Dalai Lama, pero ni ellos ni los estadounidenses estaban dispuestos a subsidiarla concediendo préstamos a cambio de rabos de yak[175].

El 8 de agosto de 1945, cumpliendo las cláusulas de los Acuerdos de Yalta que obligaban a crear zonas de influencia, un millón de soldados soviéticos llevaron a cabo un devastador ataque en Manchuria, en una operación cuyo nombre clave era Tormenta de Agosto. Tomaron Port Arthur y usurparon los derechos relacionados con el ferrocarril que habían acordado Churchill y Roosevelt. Unos 600.000 civiles japoneses y prisioneros de guerra fueron deportados a los gulags de Siberia, donde se decía que había

un cadáver bajo cada traviesa de las vías que se tendían. Los soviéticos desmantelaron y movieron maquinaria por valor de dos mil millones de dólares, sometiendo a las mujeres locales a infamias similares a las que habían sometido a las alemanas. Se enviaron equipos de la OSS a la China ocupada por los soviéticos para averiguar el destino de los prisioneros de guerra estadounidenses. Uno de los agentes había estudiado ruso en Estados Unidos y empezó a sentir gran admiración hacia todo lo soviético tras unirse a una sociedad de amigos estadounidenses y soviéticos. Cuando llegó a Manchuria avanzó en dirección a las primeras tropas a las que se le encargó espiar al grito de: «¡Tovarischi!» [camaradas]. Los rusos le apuntaron con sus armas mientras su jefe le decía: «Dame tu reloj»[176].

El juego de Stalin era muy maquiavélico. Quería debilitar a China para poder entrometerse en su política a voluntad, de manera que, por un lado, diseñó una retirada en diez meses para permitir a las tropas de Mao establecerse en Manchuria pero, por otro, firmaba un tratado con Chiang que confirmaba las concesiones económicas dadas a la Unión Soviética y reconocía a Chiang como único gobernante de China. Para Mao fue una bofetada, puede que un *quid pro quo* por su negativa a brindarles su ayuda para luchar contra los japoneses en 1941, cuando más lo necesitaban. Durante este periodo se sembraron las semillas de la posterior ruptura sino-soviética; el resentimiento se infectó en corazones ya oscuros.

Tras la abrupta rendición de Japón, Chiang recurrió a los soldados japoneses dejados atrás para afianzar su autoridad por todas las costas de China y despachó a sus mejores tropas hacia los núcleos urbanos de Manchuria tras los comunistas. Esta carrera fue la primera lucha de una guerra civil que costaría otros tres millones de vidas chinas. Aunque Estados Unidos decía ser neutral, ayudó a Chiang a tomar posiciones en uno de los mayores despliegues de tropas aerotransportadas de la historia, en el que se desplazó a medio millón de soldados chinos hacia el norte en aviones estadounidenses[177]. Los soviéticos proporcionaron a Mao increíbles cantidades de armas japonesas, aparte de instructores nipones que les ayudaron a crear las fuerzas aéreas chinas. Se dice que prestaron a Mao doscientos mil soldados de Corea del Norte, que compartían su estrategia de fondo, para defenderse de la presión ejercida por el

ejército de Chiang en Manchuria. Esta situación puso a Mao en deuda con Kim Il Sung, por otra parte un fiel cliente soviético.

Puesto que ni Chiang ni Mao querían asumir la responsabilidad de sumir a China en una guerra civil justo después de catorce años de un conflicto genocida con Japón, ambos hicieron hincapié en la importancia de las negociaciones. Mao subió a un avión por primera vez (y definió el vuelo como «muy eficaz») para volar al cuartel general de los nacionalistas en Chongqing, aunque insistió en volar con el embajador de Estados Unidos para evitar que le asesinaran. A pesar de la cordialidad aparente, no se llegó a ningún acuerdo durante estas negociaciones, pues Mao se negó a integrar a sus combatientes en un ejército nacional. Tampoco estaba dispuesto a ceder el control de centros administrativos clave de las provincias del norte, donde sus cuadros se estaban haciendo con los campesinos mediante reformas agrarias y el asesinato de todo aquel que se oponía a ellos.

La situación era demasiado compleja para el embajador Hurley, quien volvió a casa y dimitió en medio de mucho autobombo, convencido de que China había sido traicionada por los simpatizantes comunistas del Departamento de Estado o quienes colaboraban en Yan'an con Mao. Su postura no cuadraba bien con sus recientes flirteos con Moose Dung pero agradó a los derechistas de la época, pues los comunistas chinos acababan de asesinar a un misionero baptista estadounidense y a un oficial de la OSS de nombre John Birch, tras intentar poner a prueba imprudentemente la resolución de unos cuadros juveniles en un control de carreteras (le pegaron un tiro)[178].

China y Chiang despertaban tantas emociones en Estados Unidos que parecían sinónimos. China había sido durante mucho tiempo una de las zonas favoritas de misioneros católicos y protestantes, que animaban a los estadounidenses a realizar obras de caridad entre niñitas con los pies vendados. Henry Luce, editor de las revistas *Time* y *Life*, era uno de estos sinófilos. Hijo de misioneros, creía con todas sus fuerzas que el destino de China era ser cristiana y capitalista: una versión asiática de Estados Unidos. Estos sentimientos resultaban políticamente útiles tanto para los aislacionistas (para los que la mayor virtud de China como cliente era lo lejos que estaba desde el punto de vista geográfico) como

para los que daban prioridad a China (por creer que el destino de Estados Unidos estaba en el Pacífico y no en el Atlántico). Un neologismo —aislacionista— mezclaba ambas posturas al expresar la paradoja de que, si bien los estadounidenses se emocionaban en torno a una visión de China que tenía poco que ver con la realidad, pocos estaban preparados para asumir el compromiso requerido. La política exterior estadounidense se deterioró por el hecho de que los nacionalistas de Chiang controlaban el lobby más exitoso de la historia moderna de Estados Unidos, y también porque los republicanos se dieron cuenta de que las peticiones de China eran un elemento de gran fuerza unificadora para atacar al gobierno demócrata, cuyo conservadurismo fiscal le convertía en un objetivo difícil para los inveterados defensores de los recortes de impuestos.

Durante el mandato de Roosevelt la política estadounidense en relación a China se basaba en la necesidad de ganar la guerra a Japón. Pero, una vez cumplida esta sencilla meta, se pusieron de manifiesto diferentes percepciones de lo que estaba ocurriendo en China. Los funcionarios estadounidenses del Servicio Exterior de Chongqing y Yan'an tenían mejor opinión de la honestidad y eficacia de los comunistas que de los nacionalistas. El vicepresidente prosoviético, Henry Wallace, estaba convencido de que los partidarios de Mao eran, en palabras de Stalin, «comunistas de margarina», en vez de auténtica mantequilla. La División de Asuntos Chinos del Departamento de Estado (que formaba parte de la Oficina de Asuntos de Lejano Oriente) no se hacía ilusiones sobre los comunistas, pero esperaba que surgiera una tercera fuerza liberal y prooccidental que les suplantara tanto a ellos como a los nacionalistas: un delirio. La misión militar de Chongqing estaba bajo el mando de Joe «Vinagre» Stilwell, que despreciaba a Chiang tan abiertamente que hubo de ser sustituido por Albert Wedemeyer, más diplomático, cuya función principal era lograr que los chinos se deshicieran de la mayor cantidad posible de japoneses mientras los estadounidenses asaltaban las islas que conformaban su patria. No es nada difícil ver por qué la política hacia China resultaba siempre un juego de culpas incipiente[179].

Los sentimientos de Truman no le llamaban a engaño respecto a China. Sabía que la ayuda que Estados Unidos estaba proporcionando a Chiang (unos dos mil quinientos millones antes

de 1949) era como apostar por un caballo con tres patas. Lograr un acuerdo entre nacionalistas y comunistas iba a requerir de la ayuda de un auténtico héroe estadounidense. Creía que los comunistas ocuparían su lugar en la China democrática y se fiaba mucho más de los militares que de los diplomáticos. En diciembre de 1945, Truman telefoneó al general George Marshall al poco de llegar este a su casa de Leesburg, Virginia, en un merecido descanso tras haber dirigido el esfuerzo bélico estadounidense. «General, quiero que vaya a China por mí», dijo el presidente. «Sí, señor presidente», replicó Marshall antes de colgar para que la señora Marshall no oyera cómo aceptaba esta nueva misión[180]. El arquitecto de la victoria de Estados Unidos se embarcó en una misión que acabaría siendo uno de los pocos fracasos de su carrera. Se reencontró con su pasado, pues había pasado tres años en Tianjín durante la década de 1920 como comandante de un regimiento de infantería. El 20 de diciembre de 1945 volvió a China, donde permaneció hasta enero de 1947.

El general de la cara de póquer estaba decidido a negociar honestamente con un país cuyas élites habían hecho del trapicheo y la corrupción una forma de vida. Para convencerles disponía de la amenaza de cortar los suministros y retirar a 100.000 marines de China. Aunque lo ideal era poder unificar a China en una democracia donde tuvieran cabida tanto los comunistas como los nacionalistas, lo único que realmente debía evitar Marshall era que los comunistas gobernaran en solitario. Marshall contrató a un periodista, John Robinson Beal, para mejorar la imagen de los nacionalistas en Estados Unidos y asesorar a Chongqing en asuntos de relaciones públicas. Lo único que Beal sabía de China lo había leído en un manual de historia estadounidense, pero tuvo el buen sentido de reconocer que Chiang sabría más que Marshall o él de los inconvenientes que supondría negociar con los comunistas. En el relato de Beal sobre los trece meses que Marshall pasó en China se incluye una declaración sobre los objetivos estadounidenses básicos:

Queremos promover la unidad de China en interés de la estabilidad mundial y en el nuestro propio. También creemos que para remediar la corrupción y acabar con las intrigas políticas conviene tender a la creación de una China unificada, cuyo ejército pueda divorciarse de la política y dedicarse a defender al país. Una

China en la que comunistas y KMT compitan democráticamente en el marco de una estructura gubernamental renovada. Teniendo en cuenta los tiempos que corren en Occidente y la difundida idea de que los comunistas son reformistas agrarios honestos que poco tienen que ver con los antidemócratas soviéticos, parece un concepto lógico del que partir en nuestros esfuerzos de mediación[181].

Marshall insistía en que Estados Unidos no mandaría soldados a combatir en China, pues no veía ninguna ruta de salida clara y el país era demasiado grande. Aconsejó a Chiang que recortara sus gastos militares y no persiguiera a los comunistas más allá de sus líneas de suministro. Frustrado por la respuesta educada de Chiang a sus consejos, amenazó con retirar las ayudas estadounidenses para obligar a Chiang a pedir a los comunistas unas treguas que solo servirían para permitirle afianzarse en territorios del tamaño de Alemania. Por muy honorables que fueran las intenciones de Marshall, las treguas dieron aire a Mao en el momento en que ambas partes se embarcaron en el asalto final de un conflicto que determinaría el destino de China.

Cuando, cansado ya de lo fútil de su misión, su sucesor como jefe del Estado Mayor, el general Eisenhower, le recomendó que se convirtiera en el secretario de Estado de Truman, Marshall replicó: «¡Por Dios, Eisenhower, aceptaría cualquier puesto con tal de dejar este!»[182]. Tras su nombramiento el 8 de enero de 1947, Marshall hubo de sopesar muchos consejos contradictorios en relación a China que no resultaban de gran ayuda. El nuevo Consejo de Seguridad Nacional dotaba a los jefes de servicio de una influencia considerable en política exterior[183], lo que inclinó la balanza a favor de los militares y el Departamento de Estado, que consideraban que el destino de China importaba poco comparado con el de Europa. La recién fundada CIA también advertía de que intervenir en la guerra civil de China costaría dos mil millones de dólares a Estados Unidos. A cambio, si los soviéticos estaban decididos a ayudar a la China comunista, tendrían que invertir muchos de sus ya escasos recursos, lo que les dejaría con menos opciones para intervenir en cualquier otra parte del mundo y probablemente avivaría el resentimiento de los chinos. La administración no analizó en ningún momento con seriedad lo que

podría implicar una China comunista, al margen de ser parte de un bloque monolítico. Era como si, cada vez que se usara el término comunista se les paralizara la imaginación y no tuvieran en cuenta el impacto que podría tener la historia imperial de China en las instancias internacionales, por no hablar de la posibilidad de que muchos de sus orgullosos nacionalistas rechazaran la tutela soviética, el ejemplo más reciente de interferencia de los demonios extranjeros. Marshall confesó: «He torturado tanto a mi cerebro que ya no puedo hallar la respuesta», y optó por darles las ayudas y punto. En una sesión del Comité para Asuntos Exteriores del Congreso, celebrada en febrero de 1948, afirmó que apoyar a los nacionalistas «implicaría obligaciones y responsabilidades que sé positivamente que el pueblo estadounidense no aceptará nunca conscientemente». Añadió: «La magnitud de la tarea y los costes probables no guardarían proporción con los resultados obtenidos». Chiang recibió un paquete de ayudas económicas y militares de 400 millones de dólares, pero no obtuvo promesas de una mayor implicación estadounidense ni se habló de supervisión del gasto alguna. En opinión de Marshall, lo importante era «hacer esto sin que nos absorban». Según unas encuestas realizadas por Galup a finales de 1948, esta decisión estaba en consonancia con la opinión pública estadounidense, a pesar de los ingentes esfuerzos desplegados por el lobby chino[184]. Pero no creía que la no implicación militar en China equivaliera a «perder» el país, como si se tratara de una buena baza en manos estadounidenses en vez de una antigua y gran civilización por derecho propio. La pérdida sería un golpe considerable y acabaría confirmando la sospecha de que Estados Unidos se enfrentaba a una conspiración comunista mundial.

LAS VISTAS DESDE LA PLAZA ROJA

El 24 de junio de 1945, el generalísimo Stalin observaba cómo sus tropas desfilaban por la Plaza Roja y arrojaban los estandartes nazis capturados sobre una gran pira roja, negra y blanca llena de letras góticas, águilas y esvásticas. Así fue cómo halló su némesis la fantasía colectiva racial de los industriales, profesores, soldados y trabajadores alemanes: su país acabó en ruinas solo setenta años después de su unificación bajo el gobierno de Bismarck. Alemania nunca ha recuperado su poder, ni siquiera tras la reunificación.

Puede que sea un gigante en Europa, pero es un pigmeo en asuntos internacionales que hoy en día tiene menos que decir que Brasil o la India. Stalin rechazó todo intento de congratulación por la derrota de Hitler y lo más cerca que estuvo nunca de alabar a su gente fue una referencia tangencial a la dura labor realizada por los «pequeños operarios»[185]. Al mes siguiente viajó en un tren especial, ataviado con un espléndido uniforme blanco, para asistir a la Conferencia de Potsdam junto a Churchill y el nuevo presidente de Estados Unidos, Harry Truman. Llegó tarde aposta[186].

Para honrar la promesa que hiciera al agonizante presidente Roosevelt, Stalin había enviado al Ejército Rojo a un ataque masivo en Manchuria en cuanto se rindieron los alemanes. Esperaban que Japón capitulara antes de lo esperado tras la aniquilación de Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto. Pero Truman no tenía la certeza de que las bombas funcionaran cuando, el 24 de julio, contó a Stalin que Estados Unidos estaba probando un arma de «un poder destructivo inusual». Truman recuerda que Stalin no parecía sorprendido. «Estupendo», dijo, «espero que hagáis buen uso de ella contra los japoneses»[187]. Su impasibilidad se debía a que la inteligencia soviética ya se había enterado de la existencia del Proyecto Manhattan[188].

Si a Stalin le hubiera importado el bienestar de su pueblo, la Unión Soviética debería haber dedicado todos sus esfuerzos a la reconstrucción interna. Eisenhower, en su vuelo a Moscú, vio un erial, pero no a los veinte millones de muertos. Sin embargo, Stalin se dio cuenta de que la clave para la supervivencia del régimen soviético era la política exterior. No solo había llevado las fronteras del Imperio ruso mucho más allá de los límites alcanzados por sus predecesores zaristas, sino que estaba totalmente comprometido con el marxismo-leninismo universal. Los problemas de seguridad tradicionales de Rusia y sus objetivos imperialistas se fusionaron rápidamente con la idea misionera de los bolcheviques, que querían llevar a todos los pueblos del mundo la versión comunista de modernidad y justicia social revolucionarias. Las relaciones entre el régimen bolchevique y Occidente se caracterizaron, desde el principio, por una paranoia muy justificada. ¿Acaso podían fiarse los soviéticos de las potencias que habían intervenido para acabar con la Revolución bolchevique en sus inicios? La diplomacia de la

década de 1920 y los asesinatos en masa de la de 1930 perpetuaron la desconfianza, que culminó en agosto de 1939 en el Pacto Molotov-Ribbentrop, que permitió a Stalin hacerse con los Estados bálticos y media Polonia[189].

Stalin no perdió ni un ápice de su brutal realismo tras la invasión alemana. Los aspectos revolucionarios mundiales de la política exterior soviética se habían dejado de lado y la organización revolucionaria internacional, el Comintern, se había liquidado mucho tiempo antes de su disolución formal en mayo de 1943. A pesar del despliegue de emociones, en público y privado, cada vez que se mencionaba al «Tío Joe» y a sus valientes tropas, las relaciones de los soviéticos con extranjeros de todo tipo seguían estando envenenadas y los servicios de inteligencia rusos redoblaron sus esfuerzos para colocar agentes en los gobiernos occidentales. Al final de la guerra Stalin creía que las potencias occidentales victoriosas podrían romper filas, como suelen hacer las inestables potencias capitalistas, permitiéndole asentar la posición de la Unión Soviética, con millones de soldados sobre el terreno y por medio de la diplomacia, la astucia y la fuerza[190].

En 1943 el Comité de Planificación Post-Hostilidades británico, dirigido por el líder laborista Attlee, ya debatía sobre la amenaza soviética y, en agosto de 1944, la OSS estadounidense tenía tres docenas de expertos asesores sobre las «intenciones y capacidad soviéticas» que trabajaban con el Servicio de Inteligencia Militar italiano (SIM) para espiar a los oficiales rusos incluso mientras se libraba la guerra en suelo italiano[191]. El agotamiento de Gran Bretaña acabaría, como el del resto de Europa, en la subordinación de su seguridad a la de Estados Unidos, que se convertiría en el defensor del mundo libre democrático y capitalista. Pero antes de que esto fuera un hecho, las reservas aislacionistas internas de Estados Unidos a la hora de asumir tales responsabilidades, así como la esperanza de que la ONU acabaría resolviendo todos los problemas en el plano internacional, crearon una ventana para Stalin, que se sintió en disposición de hacer realidad las ambiciones de los antiguos zares. Llamó a todas las puertas, como si fuera un ladrón, esperando hallar alguna abierta: en Grecia, Irán, Turquía e incluso Libia occidental, pues quería poner pie en un Mediterráneo dominado por los británicos y cobrar su justa recompensa por una

guerra italiana en la que no había participado. También esperaba recibir una parte de Japón por haber ayudado a derrotar a las tropas japonesas en Manchuria. Pero el procónsul para Lejano Oriente de Truman, MacArthur, solo les devolvió la parte sur de la isla Sajalín, perdida en la guerra de 1905. MacArthur logró enfurecer a Stalin tratando al general Kuzma Derevyanko, jefe de la misión soviética en Tokio, «como a un mueble»[192].

Stalin tenía el aura de un dios pero, como en el caso de Churchill, su salud se había resentido por el colosal esfuerzo de dirigir una guerra existencial. Un diplomático estadounidense afirmó que parecía un tigre con heridas de guerra. En 1945 Stalin tenía sesenta y cinco años y había visto morir a Roosevelt, mientras que en julio reemplazó a Churchill un Attlee aparentemente más dócil. «No me parece que el Sr. Attlee tenga el aspecto de alguien hambriento de poder», comentó Stalin cuando Churchill se fue de Potsdam para enterarse, sorprendido, de los resultados electorales; Stalin hubiera preferido que ganara las elecciones[193]. El gobierno de Moscú dejó de lado las formalidades y se convirtió en un régimen extraño con sesiones de cine y bacanales a altas horas de la noche en la dacha que Stalin tenía en Kuntsevo. Sus compinches del Politburó estaban obligados a asistir a estas tristes fiestas[194].

Unos cien millones de personas cayeron bajo el poder de Stalin tras 1945, e incorporó directamente a dieciocho millones a su Imperio rojo interno. Para satisfacer las necesidades morales de Occidente recurrió al fiable método de las coaliciones o «frentes» e instaló a sus duramente ganados y selectos clientes marxista-leninistas en Europa del Este. A continuación, estos rechazaban sistemáticamente a sus aliados de conveniencia demócratas. Los mitos de la Gran Guerra Patriótica dieron indirectamente lustre al comunismo en Europa Occidental. En Lejano Oriente, Stalin se convirtió en árbitro *de facto* de la guerra civil china. Apoyó a Chiang Kai-shek porque no estaba convencido de que Mao fuera capaz de controlar más allá de una región. Extrajo algunas lecciones clave de la historia, recurriendo a las tensiones externas con Occidente para endurecer el control interno. De forma similar, en 1945, muchos rusos esperaban que se les recompensaran los sacrificios realizados en tiempos de guerra; el novelista Boris Pasternak estaba convencido de que «tantos sacrificios no pueden

acabar en nada».

Todas estas esperanzas acabaron frustradas. Stalin reforzó el control, empezando por todos aquellos a los que creía contaminados, aunque fuera levemente, por la libertad y prosperidad de Occidente. La policía secreta interrogó a casi tres millones de soldados del Ejército Rojo repatriados y la mitad acabaron en los gulags. Se acabó con todo signo de liberalización cultural en el proceso denominado *Zhdanovshchina*, en honor a Andrei Zhdanov, uno de los secuaces de Stalin. Mandaron a la poetisa Anna Ajmatova a fregar suelos y dijeron a los compositores Prokofiev y Shostakovich que escribieran música que los proletarios pudieran silbar mientras trabajaban más que nunca[195].

Es evidente que los soviéticos tenían muchas razones para dar la bienvenida a la Guerra Fría. La paranoia antioccidental contribuyó a perpetuar la situación extrema de la movilización de tiempos de guerra, necesaria para reconstruir la economía soviética sin relajar el control ejercido por el Partido Comunista. Stalin también aprovechó la oportunidad para hacer realidad la tradicional cruzada zarista en busca de esferas de influencia en un mundo de posguerra que ya no estaba dominado por otras potencias imperiales europeas. Lo que latía tras todo esto era una profunda suspicacia ideológica hacia Occidente y la idea de que la guerra sería inevitable debido a la imposibilidad sistémica de reconciliar capitalismo y comunismo. Stalin fue muy claro al respecto incluso con la guerra acercándose a su fin: «Nos recuperaremos en quince o veinte años y tendremos otra oportunidad»[196].

Se sacrificó la recuperación interna a los imperativos militares. El presupuesto de defensa se había reducido a la mitad en 1948 y el Ejército Rojo perdió tres cuartas partes de sus efectivos, pero tras la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) los soviéticos se esforzaron por recuperar niveles anteriores a 1948; hacia 1953 lo habían logrado. Pero, entre una y otra fecha, Mao sorprendió tanto a Washington como a Moscú ganando con facilidad la guerra civil china. El Tratado Sino-Soviético de 1950 dio a Stalin un aliado que no tenía precio y abrió la perspectiva de un Asia totalmente comunista, liberando los recursos que estarían destinados a la guerra civil china, en detrimento del equilibrio de fuerzas en Europa[197].

Los líderes de Estados Unidos se enfrentaban al problema perenne de dilucidar si la retórica beligerante de Stalin estaba pensada para el consumo interno o era una amenaza exterior realista. En febrero de 1946 utilizó un tono especialmente desafiante, con la afirmación de que pensaba triplicar el gasto armamentístico. El juez del Tribunal Supremo William Douglas consideró que era la «declaración de la Tercera Guerra Mundial»[198]. El hecho de que Rusia actuara cada vez más unilateralmente, mediante cambios geopolíticos importantes sobre el mapa de Europa sin consultar con sus antiguos aliados, no dejaba lugar a dudas, pero el equipo estadounidense siempre estaba dispuesto a negar la realidad a favor del sentimentalismo en cuestiones relativas a los soviéticos. Además, la tradicional forma estadounidense de juzgar manifestaciones de culturas muy diferentes a aquellas con las que estaban familiarizados también distorsionaba la situación. Así, Truman insistía en que el beligerante discurso de Stalin era similar a otros, igualmente demagógicos, pronunciados por políticos demócratas justo antes de unas elecciones[199].

Al igual que su augusto predecesor, o que Chamberlain con Hitler y Churchill con Stalin, Truman se dejaba llevar por la tentadora ilusión de sus logros personales. Stalin podía resultar cándido, encantador y refrescante pero, como pudieron comprobar muchos extranjeros, también increíblemente brutal. Tras todo lo que se había invertido en una propaganda capaz de convertirle en un «Tío Joe» benevolente, hasta los presidentes de Estados Unidos buscaban a este personaje, aunque las pruebas demostraran que era una ficción. «Si tan solo pudiéramos lograr que Stalin confiara sus cuitas a alguno de nosotros de su confianza, podríamos hacer algo», explicaba Truman lleno de esperanza. Personalmente, en Potsdam agradaron más al presidente los lacónicos gruñidos de Stalin que la adulación de Churchill, pues, en palabras de Truman: «Duele cuando te entra jabón en el ojo»[200].

UN PERDEDOR GLORIOSO

Al finalizar la guerra, la mayor potencia imperial del mundo estaba en bancarrota, debía 1.321 millones de libras esterlinas a la India y hasta 400 millones de libras a Egipto. Gran Bretaña ya preveía el cese gradual de las ayudas estadounidenses, pero el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Japón acabó de golpe y

porrazo con las expectativas de que duraran el tiempo suficiente como para permitir que la economía británica recuperara sus niveles de producción de los tiempos de paz. Gran Bretaña dejó de recibir préstamos en un momento en el que se le concedían incluso a la China nacionalista y a pesar de que se enfrentaba a múltiples problemas. Mantener al 18,6 por ciento de los hombres en edad de trabajar en las fuerzas armadas tenía un coste prohibitivo, por no hablar de que faltaban hombres para la reconstrucción de posguerra y la implementación de la Nueva Jerusalén que habían prometido los laboristas: un socialismo del bienestar que cubriera las necesidades de los ciudadanos de la cuna a la tumba. Muchos de los soldados y pilotos estaban desmoralizados e inquietos por lo lentas que iban la desmovilización y repatriación. Tampoco podían contar con los recursos militares de la India, que habían mantenido en orden el este del imperio. A principios de 1946 hubo un motín generalizado en la Marina Real de la India a causa de un comandante británico que insistió en llamar a sus marineros «mocosos negros» o *«coolies* bastardos». Hubo problemas asimismo en las Fuerzas Aéreas y en la policía de la India.

Podría haber sido un gran momento, con Italia y Alemania reducidas a ruinas. Francia debía su liberación enteramente a lo que los franceses llaman el *desembarco* angloamericano, y fue admitida a las reuniones de alto nivel a duras penas y gracias a la insistencia de Churchill. Sin embargo, al final de la guerra Gran Bretaña había vencido pero estaba postrada. En 1945 los británicos (sus dominios y colonias) celebraban la victoria en una guerra en la que su función había sido sobrevivir penosamente mientras sus dos mayores aliados acababan con la Alemania nazi. Aunque solo uno de cada diez hombres que combatieron en la lucha final contra Alemania era británico, en Potsdam Churchill actuó como si la realidad internacional no estuviera sujeta a todo tipo de cambios. El mariscal de campo Alan Brooke, jefe británico de la Junta de Jefes de Estado Mayor Imperial, recordó lo que contestara Churchill a Truman tras enterarse de que la bomba atómica estadounidense se había probado con éxito:

¡Ahora tenemos algo en nuestras manos que puede restablecer el equilibrio con los rusos! El secreto de esta bomba y la capacidad para usarla cambiarán totalmente el equilibrio diplomático que va a

la deriva desde la derrota de Alemania. Contamos con una nueva variable que afianza nuestra posición (dijo sacando la barbilla y frunciendo el entrecejo) y ahora estamos en situación de decir, si insistes en hacer esto o aquello, podemos volar Moscú por los aires, luego Stalingrado, Kiev, Kuibyshev, Jarkov, Stalingrado *[sic]*, Sebastopol, etcétera. ¿Dónde están los rusos ahora?[201]

Pocos días después, en medio de una de las elecciones más dramáticas de los tiempos modernos, los laboristas ganaron por goleada, obteniendo 393 escaños frente a los 213 de los tories, que se tradujo en una mayoría de 146 escaños en la Cámara de los Comunes. Churchill no era el hombre capaz de llevar a cabo las reformas fundamentales, diseñadas en el Informe de Beveridge de 1943 que él mismo había encargado, tan necesarias para muchos británicos. Lo suyo era la estrategia mundial, no dar dentaduras postizas gratis. Los votantes veían en Attlee, al contrario que en Churchill, un maestro de escuela que inspiraba confianza. Los soldados británicos de servicio fueron a votar en bloque por él, pues identificaban a los tories con la jerarquía de las fuerzas armadas[202].

En Potsdam, Stalin y Truman se encontraron frente al lacónico «pequeño Clem», flanqueado por Ernest Bevin, un secretario de Exteriores duro de pelar. Stalin se percató rápidamente de que no era un *gentleman*; a Truman le pareció un simple patán pero, en el fondo, los cambios fueron mucho menos profundos en diversos aspectos de lo que parecía. La mayoría de los políticos laboristas padecían los mismos delirios de potencia mundial que los conservadores, a lo que había que sumar el interés de los votantes que trabajaban en la industria por defender sus puestos de trabajo. Muchos laboristas escoceses eran muy suspicaces con el tema de la seguridad nacional. Lo que era aún peor, pretendían combinar el enorme coste de las estrategias mundiales con la creación de una Nueva Jerusalén en su país y pagarlo con los enormes préstamos concedidos por Estados Unidos que, en principio iban a utilizarse para revisar a fondo la decrépita economía que constituía el legado de la primera revolución industrial. Los alemanes gastaron más en bienestar social, pero solo tras el despegue que supuso su «milagro económico», a finales de la década de 1950[203].

El declive de una nación rara vez es súbito y suele tener más matices de lo que imaginan las Casandras profesionales, empeñadas

en tensar los tendones y atarse los machos en el presente. En 1945, los británicos gobernaban a 457 millones de personas y grandes zonas de los atlas escolares seguían teñidas de rojo imperial desde la década de 1880. Gran Bretaña tenía enormes bases militares y navales en lugares como Mombasa y Simonstown, Suez y Singapur. Contaba con un ejército muy significativo, una marina bien equipada y excelentes fuerzas aéreas; las levas suponían un coste considerable y obstaculizaban sus pretensiones de ser una potencia mundial[204]. Ya en septiembre de 1944 el economista del Tesoro, John Maynard Keynes, había advertido: «No podemos permitirnos ser los policías de medio mundo cuando ya hemos empeñado la otra mitad»[205]. Pero lo que incrementó el gasto en defensa del 3 por ciento de los años de entreguerras al 7,7 por ciento a finales de la década de 1940, y hasta un 12 por ciento en tiempos de la guerra de Corea, no fueron las necesidades defensivas del imperio sino las incondicionales inversiones británicas en la Guerra Fría de Truman. Esto implicaba que Gran Bretaña estaba gastando muy por encima de sus posibilidades cada año, invirtiendo 3.750 millones de dólares de los préstamos concedidos por Estados Unidos en el apoyo a compromisos internacionales dudosos, aunque también en el nuevo Estado de bienestar, lo que incrementó el gasto interno en un modesto 50 por ciento[206]. El amplio abanico de compromisos adquiridos por todo el mundo carecía de lógica estratégica, pues ¿qué sentido tenía considerar «vital» la presencia británica en Oriente Medio una vez que la India obtuvo su independencia? Lo que estaba en juego no era la defensa de Gran Bretaña propiamente dicha y de sus vecinos europeos del noroeste, sino su «influencia» en el mundo y su «estatus»[207].

La pompa arquitectónica de una metrópolis picada de viruelas y ennegrecida por el humo era el escenario construido para este mundo de sueños y delirios románticos. La gran avenida de Whitehall lindaba con el Ministerio de las Colonias y el de los Dominios (posteriormente rebautizado Ministerio de Relaciones con la Commonwealth en 1947). La administración de la India contaba con su propia burocracia y el Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores) tenía su propio palacete seudoitaliano. Estaban situados cerca de los clubs de caballeros de Pall Mall, donde el *establishment* hablaba en voz baja de sus asuntos ante platos de comida tan

carentes de gusto como la de los colegios. Del Gobierno se encargaba un «funcionariado Rolls-Royce» compuesto por los hombres que habían ido a las mismas escuelas públicas y luego a Oxford o Cambridge, junto a algunos intrusos, que se podían contar con los dedos de la mano y procedían de la London School of Economics. Gran Bretaña no era el único país gobernado desde un club íntimo y confortable; pensemos en la importancia de los *énarques* de la Ecole National d'Administration de Francia, pero al menos los franceses estaban educados en la lógica cartesiana y no alababan la ingenuidad de los clasicistas. En otras zonas se mantuvo una pujante capacidad productiva durante los años de posguerra. Gran Bretaña producía marcas tan conocidas como Massey Ferguson (tractores) o Land Rover, que tenían buenas ventas en África o en Australia. Desde el punto de vista de los dominios, Londres era una gran meca cultural[208].

Tanto los aguerridos sindicalistas laboristas como los tories hacían gala de una complaciente ignorancia, sobre todo al representar a electores que trabajaban en el sector de defensa y veían peligrar sus puestos de trabajo. La clase trabajadora, nominalmente representada por el laborismo, era la más reticente al cambio y sus sindicatos defendían las prácticas más corruptas y retrógradas. Trece de los influyentes miembros del Gobierno de Attlee carecían de cualquier tipo de experiencia en la industria. Quienes se especializaron en obstaculizar el cambio fueron los sindicalistas, a los que se enfrentaban los miembros progresistas del *establishment* liberal de izquierdas procedentes de la academia y del mundo del periodismo. Su *modus operandi* favorito eran los comités, vívidamente descritos por el académico británico Correlli Barnett como «un infierno de aburrimiento claustrofóbico imaginado por Jean-Paul Sartre» [autor de la idea de que «El infierno son los otros»], en el que se trataba de perfeccionar un ensayo bien escrito, como si eso pudiera alterar la realidad cultural y estructural[209].

Aunque Gran Bretaña imaginaba que era una gran potencia, era un papel que no podía mantener. La Zona Esterlina creada durante la guerra era un pasivo que aparecía en la contabilidad nacional como activo para que hubiera una moneda internacional capaz de rivalizar con el dólar estadounidense. Grandes cantidades de «exportaciones sin compensación» fluían hacia la India u Oriente

Medio a cambio de las deudas en las que habían incurrido los británicos en la guerra contra alemanes y japoneses. Gran Bretaña también asumió la responsabilidad de las zonas menos agrícolas de Alemania, a las que estaban llegando millones de refugiados procedentes del este. Eso significaba invertir otros 80 millones de libras esterlinas al año y proveer a esta zona del 70 por ciento de los alimentos que consumía. La consecuencia fue que en julio de 1946 hubo de racionarse el pan por primera vez en la propia Gran Bretaña, que exportaba su trigo para alimentar al enemigo derrotado. Pronto estuvo claro que habría que racionar también las patatas y otros alimentos esenciales. A lo que había que añadir el coste de mantener un ejército que era cuatro veces mayor que el de 1939 y que costaba mantener entre el doble o el triple, a pesar de que el país había perdido el 25 por ciento de su riqueza[210]. La ruptura tuvo lugar a principios de 1947, en uno de los inviernos más fríos que se recuerdan en el país. He aquí lo que publicaba *The Times* el 20 de febrero de 1947:

Contamos con informes de muchas partes del país en los que se habla de nuevas nevadas que amenazan con volver a bloquear las carreteras limpias gracias al esfuerzo de miles de soldados y prisioneros de guerra alemanes. También sabemos de pueblos aislados en Lincolnshire por la nieve y de otros en West Stirlingshire que se han quedado sin agua al haberse congelado los arroyos de las colinas de Campsie. Los témpanos de hielo que flotan por el mar del Norte son un peligro para los pescadores británicos y otro tipo de barcos. A medida que van hacia occidente, flotando a la deriva, arrastran consigo las boyas que señalan los lugares donde han tenido lugar naufragios y los canales de navegación entre zonas minadas. Al parecer se ha visto un témpano a unos 65 kilómetros al este de Great Yarmouth y se siguen acercando a la costa. Una emisora transmite desde Humber para alertar a los navegantes. Ayer, poco antes del mediodía el sol atravesó la capa de nubes que cubría Londres [por primera vez en diecisiete días], pero un oficial del observatorio de Kew dijo que la señal no era lo suficientemente fuerte como para que la capten sus instrumentos de navegación[211].

La corriente eléctrica iba y venía, la presión del gas utilizado en hornos y fogones descendió hasta ser imperceptible y los trenes se quedaban atascados por las nevadas acompañadas de vientos

siberianos[212]. El deshielo de la primavera de 1948 causó catastróficas inundaciones. Ese año el racionamiento llegó a su punto más bajo. Se distribuían 350 gramos de carne diarios para cada adulto, 42,5 de queso, 170 gramos de mantequilla, 28 de sebo para cocinar, tres cuartos de litro de leche y un huevo. La gente esperaba pacientemente, pálida y resignada, mientras hacía cola durante horas para recibir estos alimentos básicos[213].

J. G. Ballard, de dieciséis años, acabó en este entorno gris y triste tras haber pasado dos años como prisionero de los japoneses en Shanghái: «La nación entera parecía profundamente deprimida. La gente se sentaba en cines llenos de humo, envuelta en abrigos húmedos para ver los noticieros que mostraban la gran pompa de la familia real y a multitudes enardecidas en un nuevo campamento de verano, el triunfo obtenido al batir un nuevo récord en velocidad por aire o tierra, como si Gran Bretaña siguiera liderando la tecnología mundial. Difícilmente cabe imaginar condiciones peores si hubiéramos perdido la guerra»[214].

Aunque los científicos británicos habían hecho importantes descubrimientos durante la guerra, se invertía poco en modernizar los trenes, la red de carreteras, los puentes, túneles, puertos, telecomunicaciones o, de hecho, cualquier industria que pudiera ser importante en el futuro, como la de herramientas mecánicas o la de los plásticos. Todos los recursos se dedicaban a evitar la deflación y mantener el pleno empleo, lo que redujo el gasto en bienestar a costa de ignorar la evolución de los precios habitual en una economía saludable y la recolocación productiva de la fuerza de trabajo.

En las industrias, mantenidas por voluntad política, directivos aficionados habían de vérselas con sindicalistas militantes que se negaban a aceptar innovación alguna. Cuando se admitió, no sin reticencia, el uso de máquinas que ahorraban esfuerzo, la mano de obra sobrante permanecía inactiva y se entretenía en las «cocinas de ladrones» que había en los puertos de la nación. Eso sin mencionar las ilusiones de que se podía estar por encima de las expectativas y conservar un papel protagonista a nivel mundial más allá de elegir entre estar con Estados Unidos o en Europa.

Al Foreign Office le causaba cierta inquietud contar con una persona beligerante acostumbrada a crear problemas. Pero todo

cambió cuando Bevin se convirtió en portavoz sindical. Antes había pedido al subsecretario adjunto, Gladwyn Jebb (Eton y Magdalen College, Oxford), que pasara por su despacho donde, tras un calculado silencio, el nuevo secretario de Estado dijo con su acento rural: «¿Debemos contar con un tipo como tú para ver a un tipo como yo sentado en un sillón como este?». Jorge III miraba al suelo benevolentemente mientras Jebb se mostraba en desacuerdo obligando a Bevin a continuar: «No había ocurrido antes en la historia». Jebb sonrió y mencionó al canciller de Enrique VIII, el cardenal Thomas Wolsey, hijo de un carnicero, «que, de hecho, se parecía a usted físicamente». Desde entonces, Bevin decidió que le gustaban las clases altas británicas con las que creía tener algo en común: el odio a la mojigatería y estrechez de miras de las clases medias. Probablemente ambos estuvieran pensando en unas clases medias que dirigían empresas y fabricaban cosas[215].

Bevin era un tipo corpulento y feísimo. Tan solo había estudiado unos tres años antes de empezar a ganarse la vida repartiendo agua en un pequeño camión. Gracias a su increíble capacidad llegó a dirigir Transport and General Workers, el mayor sindicato del Reino Unido, equivalente a los Teamsters estadounidenses. No tenía nada que objetar a la Revolución bolchevique, pero no quería que los comunistas se hicieran con su sindicato, el TGWU. Fue elegido miembro del Parlamento a los sesenta años, lo que le permitió ser ministro de Trabajo de Churchill de 1940 en adelante. En 1943 estaba muy enfermo, los médicos no parecían «encontrar más órgano sano en su cuerpo que sus pies». Padecía angina de pecho, problemas cardiacos, renales y hepáticos, así como arterioesclerosis. Estaba obeso y bebía y fumaba en exceso, dormía poco y no hacía ejercicio.

Tras 1945 Bevin mantuvo el espíritu bipartidista de la coalición de posguerra, consultando regularmente a su predecesor conservador y sombra en la oposición, Anthony Eden. El chiste de moda era: «¿No ha engordado Anthony?». Muchos de los problemas de Bevin no provenían de los conservadores sino de la izquierda laborista, sobre todo del contingente de intelectuales de la izquierda «chic» de Hampstead. Bevin defendía un enfoque más pragmático basado en la sagaz idea de que lo único que podía compensar el papel decreciente de Gran Bretaña en el mundo eran las alianzas

internacionales, lo que requería un imperio reformado. Bevin era un patriota que creía más en la búsqueda inteligente del interés nacional (que formulaba erróneamente en términos de potencia mundial) que en el internacionalismo socialista. No malgastaba su tiempo con quienes no veían diferencia moral alguna entre Estados Unidos y la Unión Soviética y mucho menos con quienes se engañaban sobre el «paraíso de los trabajadores» convirtiéndose en marionetas de los soviéticos. No le gustaban los alemanes, al punto de confesar al general Brian Robertson: «De verdad que lo intento, Brian, pero les odio». Era un punto de vista muy difundido, sobre todo entre los socialdemócratas, que preferían dividir Alemania a unificarla. Una Europa unida era una caja de Pandora que ocultaba lo que Bevin denominaba «caballos de Troya»[216].

El Partido Laborista mantenía vínculos desde hacía tiempo con los sionistas, tanto en la diáspora como en el Yishuv palestino. En 1944 el Comité Ejecutivo Nacional del partido pidió que no se restringiera la inmigración judía y que se trasladara a los árabes de Palestina a otros lugares, pero el partido no hizo nada de eso mientras ostentó el poder. No sabemos con certeza si el odio de Bevin a los alemanes se extendía a los judíos. Puesto que en sesenta y cinco años no se le había oído hablar en malos términos de los semitas, no parece probable que mostrara animadversión en King Charles Street donde, todo hay que decirlo, existía un profundo sentimentalismo de clase en torno a los jeques árabes y cierto gusto por los chicos árabes. Palestina resultaba molesta, dado el tiempo y esfuerzo que consumía, pero también porque la ambigüedad creativa encarnada en la Declaración Balfour se desintegraba en el reloj de Bevin. No sorprende, por lo tanto, que Bevin no admitiera que le llamaran antisemita o nazi los sionistas cuyos brazos armados terroristas intentaban asesinarle. Tampoco le gustaba la forma en que los votantes judíos de Nueva York parecían estar rescatando a los demócratas de Truman. A Bevin no le cabía la menor duda de que la estabilidad en Oriente Medio era doblemente importante para Gran Bretaña en términos de defensa imperial y suministros estratégicos de petróleo[217].

Luego estaban aquellas partes del mundo que apuntalaban la autoestima británica y su sentido del parentesco familiar, pues cientos de miles de británicos emigraron hacia los dominios blancos

tras la guerra. El hecho de que hasta 1949 también hubiera gobiernos laboristas en Australia o Nueva Zelanda y que la población de estas zonas, junto a la de Canadá, se considerara británica y jurara lealtad a la Corona, por tener los mismos orígenes e instituciones en común, suavizó el proceso. El problema era que los dominios no querían apoyar incondicionalmente la política exterior general británica y estaban todo lo lejos que permitía el planeta. Canadá se negó a centralizar su política exterior y de defensa y nunca se incorporó a la Zona Esterlina, mientras que los australianos (muchos de origen irlandés) defendían su idea de nación en términos antibritánicos. Ambas firmaron tratados de defensa con Estados Unidos antes del fin de la guerra. Intentar hacerse con la India independiente de Nehru era como intentar atrapar agua con la mano. El único aliado fiable en África era África del Sur, a pesar de que el auge del nacionalismo afrikáner había acabado con el presidente anglófilo Smuts[218].

También se registraba cierto «racismo» laborista. Por muchos vínculos fraternales que establecieran con los líderes de los nacionalistas africanos negros, en privado, los miembros del Partido Laborista se expresaban como cualquier tory y se explayaban sobre la falta de capacidad de «Mr. Woggy». Herbert Morrison, que en marzo de 1951 sucedió a Bevin como secretario de Exteriores cuando este enfermó de cáncer, insistía en que devolver el gobierno a los negros africanos era como «dejar a un niño de diez años las llaves de casa, abrirle una cuenta bancaria o darle una escopeta». El canciller del Tesoro, Hugh Dalton, escribió en su diario que rechazó la oferta del secretario para las Colonias porque «me asaltó una horrible visión de comunidades negras con exceso de población, asoladas por la pobreza y la enfermedad por las que no se puede hacer nada a corto plazo. Además, aunque intentamos ayudarles no dejan de quejarse y no muestran agradecimiento; [...] en cuanto a los colonos blancos, a su manera son tan reaccionarios y problemáticos como los negros»[219].

El pacifista de la Primera Guerra Mundial Arthur Creech Jones, referente del Fabian Society Colonial Research Bureau, se convirtió en secretario para las Colonias en 1946 y centró el humanitarismo y celo misionero del Partido Laborista en la erradicación de los «East End tropicales» (el East End de Londres era sinónimo de barriada

pobre)[220]. Él y sus asesores eran los responsables del colonialismo ético y contradictorio, basado en el desarrollo económico y político, al que se empezaba a llamar pomposamente «construcción de naciones». A partir de 1948 se invirtieron 100 millones de libras esterlinas en África, Asia y el Caribe a través de la Corporación para el Desarrollo de las Colonias. Esto produjo fallos tan lamentables como la producción de huevos en Gambia o la destrucción de grandes extensiones de Tanganika para producir un aceite de cacahuete que pudiera suplir la ausencia de grasas. Se invirtieron 38 millones de libras esterlinas más en talar los árboles erróneos (algunos incluso sagrados) con maquinaria que se averiaba continuamente.

Cualquier empresa alimentaria de ultramar tenía más éxito comprando al por mayor productos como cacao, algodón o tabaco que ganando los preciados dólares o satisfaciendo a los consumidores británicos. De hecho, la única colonia que valía algo en términos de ganar dólares americanos era Malasia, pero este hecho se ignoró porque se deseaba promocionar África como red por si acaso se perdía la India. Bevin conjeturaba: «Si logramos dar un empujón al desarrollo de África, podríamos conseguir que Estados Unidos dependiera de nosotros y comiera de nuestra mano en cuatro o cinco años [...] Estados Unidos carece de minerales esenciales y en África los tenemos todos». El eminente historiador Ronald Hyam acuñó el término «cosmoplástico» para describir este nivel de pensamiento mágico[221].

En un principio, los laboristas no veían inconveniente en fundar su vasto proyecto de bienestar en política interior a la par que defendían y mantenían un brillante imperio de ultramar. Pero ambas cosas, junto al coste que suponía mantener su colonia provisional en Alemania, agotaron los recursos una vez que las condiciones internas empezaron a empeorar. Las élites británicas creían que lo que hacía grande a Gran Bretaña era el imperio y siguieron creyéndolo incluso tras la pérdida de la India. Convertirse en una «pequeña Suecia» era una pesadilla con la que muchos de nosotros solo podemos soñar hoy, pues lo que perseguía Bevin con su política exterior era evitar que Gran Bretaña se convirtiera en el estado número 49 de la Unión o en la décimoséptima república soviética. También le movía el resentimiento que experimentaba

hacia Estados Unidos, que le exigía la devolución de las ayudas a la guerra que, en el fondo, no necesitaba cobrar. Estados Unidos quería integrar a Gran Bretaña en una Europa restaurada, sobre todo en el ámbito de la defensa, pero no lo logró debido a que los británicos ajustaron astutamente los temas tradicionalmente relacionados con la defensa del imperio a los nuevos parámetros de la Guerra Fría. Se empeñaban en ignorar el hecho de que, Malasia aparte, sin la India el imperio no era más que una pesadísima carga.

El cambio se produjo en 1947: tras haber inyectado 132 millones de libras esterlinas para apoyar al Gobierno griego en los dos años anteriores, los británicos informaron a Estados Unidos de que ya no podían seguir aportando fondos[222]. Como hemos tenido ocasión de ver, fueron estos mismos imperativos británicos los que les llevaron a abandonar Palestina con cierta prisa. Pero ese mismo año los británicos decidieron mantener su ejército y desarrollar su propia bomba nuclear sin alharacas. Puede que se enfrentaran a la ruina económica, pero el Gobierno laborista quería que Gran Bretaña siguiera siendo una gran potencia independiente. Cuando por aquellos años se creó la OTAN, Bevin logró comprometer a Estados Unidos directamente en la defensa de Europa contra los *soviets*, negándose a permitir que las naciones de Europa Occidental se arruinaran de nuevo antes de sumarse a la guerra. Pagaron por ello unos años más tarde en Corea, ya que los británicos se sintieron obligados a acudir a las llamadas de auxilio militar de Estados Unidos en un área que no tenía importancia geopolítica alguna para Gran Bretaña.

Bevin siguió llevando a Gran Bretaña hacia una «relación especial» a costa de lo que podía haber sido una alianza anglofrancesa para dominar Europa. El eje se acabó creando en torno a Francia y Alemania, pues una Alemania renacida y poderosa dejó a los franceses hacer el papel de socio político dominante. La idea de que Gran Bretaña podría disfrutar de un estatus especial haciendo de puente entre Europa y Estados Unidos falló a ambos lados del Atlántico, pues el resto de Europa empezó a considerar a Gran Bretaña un caballo de Troya (como hubiera dicho un Bevin continental), aunque los estadounidenses no tuvieran interés alguno en este tipo de subterfugios.

A los británicos les gustaba ensalzar las virtudes de su imperio

denigrando los de los demás y calificándolos de crueles y despóticos. Lo cierto es que quemaron o sepultaron en las profundidades del Foreign Office los archivos que registraban las atrocidades cometidas en las colonias, del mismo modo que los italianos en su Ministerio de Defensa con la documentación relacionada con la Etiopía y la Libia coloniales[223]. Al margen de la responsabilidad que corresponda a Gran Bretaña por las sangrientas particiones en la India y Palestina, sus acciones en otras zonas contribuyeron a restaurar los regímenes que decía condenar. Como hemos tenido ocasión de ver, el general Gracey desempeñó un destacado papel en la restauración del gobierno francés en Indochina. Pero, tras la retirada de sus tropas en enero de 1946, no quiso aceptar las condecoraciones que la nación francesa, agradecida, quería concederle.

Unos sesenta miembros laboristas del Parlamento sabían lo suficiente del apoyo británico a los franceses en Indochina y a los holandeses en Indonesia como para firmar una carta denunciándolo. Y, lo que era peor para Bevin, los nacionalistas asiáticos de Birmania, Ceilán, la India y Malasia se negaban a ceder puertos y aeródromos para suministrar a los franceses tropas o munición. Algunos incluso intentaron alistarse en el Viet Minh. Gracey se había retirado, en parte debido a las objeciones de Nehru al uso de tropas hindúes para devolver el poder a los franceses en Saigón y otros lugares, y los británicos limitaron a uno a la semana los vuelos de transporte franceses a través de Delhi por las mismas razones.

Mientras Bevin mantenía públicamente la ficción de que Francia se limitaba a restaurar el orden para crear las condiciones «en las que poder hacer realidad su programa liberal», el Gobierno de Attlee embarcaba armas con destino a Francia que se cargaban allí en barcos franceses para hacer la travesía a Indochina; los británicos alardeaban de que «había tantas metralletas en Tonkín como paraguas en Picadilly». En parte lo hicieron para reforzar la posición de Francia en la Europa de posguerra pero, sobre todo, estaban poniendo en práctica una versión de la teoría del dominó que solían aplicar a los estadounidenses. Se creía que si se hundía el imperio francés de ultramar suscitaría un efecto contagio. Gente como Malcolm MacDonald, en Malasia, expresó la opinión contraria e igualmente errónea de que los miembros del Viet Minh eran

nacionalistas que solo se habían volcado en los comunistas buscando una alternativa; una falsa lectura de las acciones de personas como Ho Chi Minh, cuya biografía cuenta una historia totalmente diferente.

En febrero de 1944 el mandarín del Foreign Office Alexander Cadogan expresó la estrategia dominante: «Cualquier intento de acabar con el gobierno francés en Indochina no puede por menos de afectar a la postura mantenida por otras naciones que tienen posesiones en Lejano Oriente, como los holandeses o nosotros mismos»[224]. Unos años más tarde, un oficial británico advertía que «las fronteras de Malasia están en el Mekong» porque los comunistas podrían usar Vietnam como plataforma de lanzamiento para la conquista del resto del sudeste asiático, al igual que hicieran los japoneses. Puesto que los británicos eran conscientes de sus limitaciones económicas, insistieron en que Estados Unidos siguiera siendo miembro del Mando del Sudeste Asiático (SEAC, en sus siglas en inglés) de Mountbatten, a pesar de que quisieran dejarlo a finales de 1945 y luego hicieran todo lo posible por involucrar en Indochina a un Estados Unidos reticente. La reticencia se debía a que Estados Unidos creía que había que mantener la línea en Japón, Formosa, Filipinas e Indonesia. Con el tiempo los británicos vieron cumplidos sus deseos, en el mismo momento en el que los estadounidenses reconocieron formalmente al Gobierno títere de Bao Dai, algo que los británicos olvidaron rápidamente pero los estadounidenses recordaron con frialdad cuando más adelante Gran Bretaña se negó a participar en lo que llegaría a denominarse la larga guerra de Estados Unidos en el sudeste asiático.

DOS VECES PERDEDOR

Teniendo en cuenta su indigno colapso en 1940, Francia tuvo una impresionante recuperación de posguerra, tanto en lo relativo a su estatus de gran potencia —una meta en la que estaban de acuerdo la mayoría de los franceses— como en lo relacionado con la recuperación de su economía y su rápido crecimiento gracias a una cuidadosa planificación y a la modernización y racionalización de los grandes bancos y las industrias clave. Parte de esa recuperación implicaba restaurar el imperio de ultramar porque «la France n’est rien sans ses colonies».

Las relaciones durante y después de la guerra entre Francia y

Estados Unidos fueron extremadamente tensas. En los tiempos en los que Roosevelt se mostraba más hostil, el relativamente oscuro Charles de Gaulle contaba con el apoyo de Churchill y se convirtió en el único representante plausible de Francia en las reuniones de los aliados. Desprovisto del típico encanto francés, De Gaulle recurría a la arrogancia y a una increíble ingratitud mientras fingía ser un militar débil. Jugó su baza extraordinariamente bien y obtuvo una zona de Alemania y un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, por no hablar de las generosas ayudas económicas de Estados Unidos y la financiación encubierta aportada por la CIA para lo que podría considerarse su partido personal. Su gobierno acabó rápidamente con el activismo llevado a cabo por la Resistencia de tiempos de la guerra, lo que dio lugar a una idealización por parte de la izquierda de la liberación de 1944 como una traición a su espíritu revolucionario[225].

La Francia de posguerra estaba envuelta en problemas económicos y desórdenes laborales. En 1946 la producción de carbón fue una tercera parte de lo que había sido en 1938; año que, por lo demás, no fue especialmente bueno para la industria. El punto más bajo en términos de distribución de alimentos fue 1947: el Gobierno redujo la ración de pan de 250 a 150 gramos diarios. El Partido Comunista era muy poderoso y gozaba del apoyo de la cuarta parte de la población adulta, incluidos los gregarios intelectuales. Lograron sumir a la nación varias veces en una marea de huelgas industriales; en 1947 se perdieron dos millones de días de trabajo y algunas de las huelgas más violentas fueron duramente reprimidas, incluso con armas de fuego[226].

Si los comunistas eran una fuerza desestabilizadora procedente de la izquierda del espectro político francés, los gaullistas representaban un papel similar entre la derecha y advertían que no aceptarían órdenes de potencias extranjeras. Lo cierto es que la mayoría despreciaba a los estadounidenses, siempre informales y mascando chicle. De Gaulle perdió su poder político como Churchill, poco después de la guerra, en enero de 1946, tras renunciar al cargo de primer ministro que ostentaba en el Gobierno provisional tripartito. Lo hizo de forma dramática y afectada tras la petición de los socialistas de más recortes en defensa. Pero lo que latía tras su renuncia era un desacuerdo mucho más básico sobre los

poderes relativos de una Asamblea democrática controlada por partidos políticos que se limitaban «a hacerse cada uno su propia sopa en los pequeños fogones de su esquinita», como lo describiera displicentemente. La visión autoritaria de De Gaulle pasaba por un ejecutivo presidencialista y fuerte que planeara sobre un Parlamento bicameral. «Un militar no puede adaptarse nunca completamente al negocio de la política», diría el diplomático Jacques Dumaine[227].

Tras su retiro a Colombey-les-Deux-Églises, en Lorena, hubo veintiún Gobiernos entre 1946 y 1955; uno incluso logró sobrevivir quince meses, pero otro tan solo existió durante unas horas. Solían ser coaliciones cuyo núcleo estaba formado por socialistas y católicos radicales y progresistas[228]. Tanto los comunistas, expulsados del gobierno en mayo de 1947, como el movimiento fundado por De Gaulle en abril de 1947 (Rassemblement du Peuple Français, o RPF) empeoraron las cosas al intentar acabar con la constitución de la IV República. Los comunistas estalinistas se escudaban en sus logros (inflados) en la resistencia durante la guerra (el partido de los 70.000 muertos), mientras De Gaulle intentaba ganar partidarios con la afirmación de que «no era como los demás»[229].

Francia seguía reteniendo su imperio de ultramar, cuyas dimensiones únicamente eran menores que las del Imperio británico. Solo Indochina era bastante mayor que la Francia metropolitana, aunque su guerra contra el poderoso Estados Unidos nos haya acostumbrado a pensar que era pequeña. En enero de 1944 De Gaulle asistió a una conferencia en Brazzaville, en el Congo francés, donde hizo promesas de reformas administrativas pero se negó a hablar de independencia. Como dijera el ministro para las Colonias interino, René Pleven: «Francia se niega a la autonomía. Rechaza toda posibilidad de desarrollo al margen del Imperio francés y un eventual y distante autogobierno»[230]. Así como los británicos dejaron de hablar de imperio y empezaron a hablar de la Commonwealth, los franceses abandonaron el término *empire* y optaron por un concepto federalista: la Unión Francesa. Incluía a las colonias anteriores y posteriores a la Revolución, sobre todo a Argelia, pero no a los protectorados de Marruecos y Túnez. El presidente de Francia era también presidente de la Unión, y los

políticos franceses estaban muy bien representados tanto en el Consejo Supremo como en la Asamblea de esta entidad. Como se decía en los libros de texto: «La Francia europea es una potencia de tamaño medio, pero unida a la Francia de ultramar forma una gran potencia denominada Unión Francesa»[231]. Aunque Francia acabaría librando dos terribles guerras en Indochina y Argelia, hay que señalar que descolonizó toda el África occidental francesa y el África ecuatorial con la misma pericia que los británicos en sus propios territorios de África occidental, aunque condicionaban abiertamente una asociación íntima y continuada a futuras ayudas.

Como hemos podido comprobar, en Indochina los franceses fueron a remolque del precario poder de las tropas británicas de la India y los prisioneros japoneses rearmados. La retirada de las tropas chinas por un Chiang Kai-shek muy presionado por las circunstancias permitió al general Leclerc hacerse con el norte mediante una forma suave de contrainsurgencia que tenía por objetivo conquistar la voluntad de la población. La dimisión de De Gaulle hizo creer a Ho Chi Minh que podría llegar a un acuerdo político y negoció un alto el fuego en marzo de 1946. Por entonces Leclerc reconoció: «Puesto que no contamos con los medios para acabar con el nacionalismo vietnamita por la fuerza, Francia debería hacer todo lo posible para alinear sus intereses con los de Vietnam».

Desafortunadamente, la realista apreciación de Leclerc sobre las posibilidades francesas fue truncada por el fanático Alto Comisionado D'Argenlieu, que comparó las negociaciones de Leclerc con Ho y su ministro de Defensa Giap con la reunión que sostuvieron Chamberlain y Daladier con Hitler en 1938, en Múnich; una analogía que fue la causa de la abrupta vuelta de Leclerc a Francia. Es difícil saber si realmente existió alguna vez la posibilidad de que un Vietnam independiente (comunista) se mantuviera en el seno de la Unión Francesa, pero si existió se perdió la oportunidad, y los sucesores de Leclerc, los generales Jean-Etienne Valluy, Roger Blaizot y Marcel Carpentier, no poseían (desde el punto de vista militar) su altura.

Lo curioso es que el Gobierno tripartito que reemplazó a De Gaulle marcó una línea aún más implacable, y eso que quien estaba al frente del Ministerio para los Territorios de Ultramar era el

socialista Marius Moutet, del que cabía esperar que se mostrara más favorable a Ho. En principio, los comunistas franceses también estaban en contra de la independencia de Vietnam, pues temían perder el voto patriótico y soñaban con un Vietnam comunista que formara parte de la Unión Francesa. A principios de 1947, siguiendo órdenes de Moscú, los comunistas dejaron el Gobierno francés debido a unas asignaciones no autorizadas a defensa, debilitando así al ala socialista en relación los católicos progresistas (Mouvement Républicain Populaire, o MRP) en el seno de la coalición. En la oposición, los comunistas se convirtieron en detractores furibundos de la «guerra sucia». Cuando las huelgas y disturbios recorrieron Francia a finales de 1947, la coalición en el Gobierno se volcó hacia el centro derecha. En noviembre, el antiguo ministro de la Guerra del MRP, Paul Coste-Floret, sustituyó a Moutet como ministro para las Colonias. La historia le colocó en una posición perdedora tras afirmar que la retirada de Indochina llevaría a otro 1940. Mientras las tropas francesas combatían en vano al Viet Minh en un terreno perfecto para la guerra de guerrillas, Coste-Floret intentó convertir a Bao Dai en una figura de relevancia nacional. En 1949 se alcanzó un acuerdo que convirtió a Bao en el gobernante oficial de un Vietnam «independiente» en el seno de la Unión Francesa, aunque Francia retendría el control de la defensa y los asuntos exteriores del país.

La guerra de Indochina era cada vez más impopular en casa. En el verano de 1947, el 37 por ciento de los franceses quería seguir en el conflicto mientras un porcentaje similar quería negociar con el Viet Minh. Dos años después el porcentaje de los que se mostraban favorables a la guerra había caído hasta un 19 por ciento y casi un 50 por ciento pedía una retirada total. Una vez que no hubo voluntad de ganar decayó la moral de las tropas en el campo de batalla, a pesar de que, en su mayor parte, eran soldados profesionales e incluso paracaidistas, miembros de la Legión Extranjera y *tirailleurs* norteafricanos y senegaleses, pues a Indochina solo fueron voluntarios. Los 60.000 hombres con los que contaba Leclerc llegaron a ser 100.000 en 1946 bajo el mando de Valluy y 150.000 bajo el de Carpentier; demasiado pocos como para hacer lo que pretendían los franceses.

Los sucesos de China de 1949 también tuvieron un efecto

negativo sobre la posición francesa. Las tropas del derrotado KMT que huyeron por la frontera sur vendían sus armas al Viet Minh y, tras la toma por Mao del sur de China, este se convirtió en una útil ruta de escape para las guerrillas que operaban al norte de Tonkín. En julio de 1950, cuando ya el Viet Minh contaba con 20.000 combatientes regulares propios, organizados en divisiones y batallones, los chinos enviaron asesores militares y crearon campos de entrenamiento al sur de sus fronteras. Los pueblos que Francia parecía controlar durante el día eran abandonados durante la noche, en la que los efectivos del Viet Minh se colaban en ellos para volver a imponer su disciplina de hierro. Los franceses fueron perdiendo los nervios poco a poco en bases aisladas que eran atacadas continuamente, y se daban a las drogas, las prostitutas y el alcohol, tanto en el frente como de permiso, momento en que también se dedicaban al juego.

En cambio el Viet Minh sobrevivía a base de arroz y consideraba una delicia la carne de rata mientras ocupaba su tiempo libre en sesiones de adoctrinamiento. La disciplina interna era implacable e iba acompañada de la tortura y el asesinato de colaboradores reales, potenciales o putativos. Esta brutalidad sistemática tenía lugar en un contexto en el que todo civil, sin consideración a su edad o sexo, era un combatiente enemigo potencial. Las acciones emprendidas durante esta «guerra sucia», en la que la prensa francesa solo publicó las brutalidades cometidas por los franceses, minaron aún más el apoyo de los liberales. Algunas celebridades de izquierdas como Picasso o Jean-Paul Sartre hicieron todo lo posible para acabar con el esfuerzo de guerra[232].

Los nacionalistas argelinos seguían de cerca el curso de los acontecimientos en Indochina. Poco antes de Sétif las reformas emprendidas por los franceses eran modestas: pura cosmética. Se creó un Parlamento argelino para que se ocupara de las cuestiones locales. Esta asamblea, dominada por los *colons* de la derechista Union Algérienne, ejerció su derecho de veto sobre las reformas aprobadas en París, cuya ratificación requería de una mayoría local de dos tercios. En realidad, los musulmanes más liberales y asimilacionistas, alternativa representada por Ferhat Abbas, estaban perdiendo pie ante el nacionalismo más extremo del Frente de Liberación Nacional (FLN). A finales de la década de 1940, el FLN

había pasado a la clandestinidad y contaba con sus propias estructuras de base para recaudar fondos y administrar (cierto tipo de) justicia, así como con el núcleo de un ejército denominado Organización Especial (OS, en sus siglas en francés). En la región de Cabilia eran 500 hombres bajo el mando de un comandante formidable llamado Belkacem Krim.

Otros miembros del OS acabarían liderando el FLN. Algunos, como los veteranos de guerra condecorados Ahmed Ben Bella, Mohammed Khider y Hocine Ait Ahmed, o Mustafá Ben Boulaid, Larbi Ben M'hidi, Rabah Bitat, Mourad Didouche y el mismo Krim en Argelia, se fueron a El Cairo tras huir de prisiones francesas. Eran hombres de gran fortaleza física e implacables, de unos treinta y dos años por entonces[233]. Argelia estaba al borde una larga guerra que estallaría cuando la evolución de los acontecimientos en Indochina diera otra vuelta de tuerca, al irse los franceses y llegar los estadounidenses.

Esta evolución requería de una reducción significativa de la hostilidad hacia el colonialismo europeo que conformaba el núcleo del mito fundacional de Estados Unidos. La idea de que las colonias eran esenciales para que los debilitados Estados europeos pudieran resistir al expansionismo soviético (un argumento que se utilizó asimismo en el caso de la futura inmunidad del Japón democrático al comunismo) se difundió rápidamente. De manera que las críticas al imperialismo serían poco más que un tenue gruñido en tiempos de Truman, antes de cobrar nueva fuerza vengadora en la era de Eisenhower y de John Foster Dulles.

5. «ACCIÓN POLICIAL»: COREA

LA ÚLTIMA JUGADA DEL MAESTRO

Durante la Guerra Fría, Estados Unidos y la Unión Soviética solo combatieron directa y abiertamente en una ocasión (al margen de algunos encontronazos en el aire, en la frontera alemana): los MIG-15 soviéticos se enfrentaron a los F-86 Sabre estadounidenses sobre Corea del Norte y la zona fronteriza de Manchuria. Pero la guerra de Corea pudo haber conducido a un enfrentamiento mayor entre las grandes potencias, pues Estados Unidos podía haber recurrido a las bombas atómicas para llevar la guerra hasta China, activando, de paso, el pacto de defensa mutua que esta tenía con la Unión Soviética.

El detonante de la guerra de Corea tuvo lugar entre el 4 de marzo y el 7 de abril de 1949. El dictador de Corea del Norte, Kim Il Sung, visitó Moscú con su gorra en la mano, tras el fracaso del primer plan económico bianual de Corea del Norte. El norte solo contaba con la mitad de la población de Corea del Sur y seguía perdiendo muchos habitantes[234]. Durante las conversaciones, Stalin preguntó con aire casual: «¿Qué tal te va, camarada Kim?». El coreano contestó: «Los del sur no hacen más que darme problemas. Violan las fronteras, hay pequeñas escaramuzas continuamente». Evidentemente él hacía lo mismo: ambas partes realizaban incursiones a ambos lados de la frontera con más de 1.500 soldados. Stalin se mostró indignado por la situación de Kim: «¡Qué me dices! ¿Andas corto de brazos? Yo te los daré. Debes darles a los sureños en la boca. ¡Golpéales, golpéales!»[235].

Pero mientras Stalin incitaba a Kim a dar un gran golpe, Estados

Unidos advertía a Syngman Rhee que no le ayudaría a menos que le atacara el norte. Stalin dio a Kim soldados bien armados y aviones de combate; Estados Unidos negó a Rhee este tipo de armamento y su ejército solo tenía municiones para una semana. La disparidad en el armamento era una ocasión que no convenía dejar escapar. En la primera mitad de la década de 1950, Kim no dejó de incordiar a Stalin para que autorizara un ataque de Corea del Norte. Afirmaba que su ejército de 100.000 hombres, bien entrenados, el In Min Gun, acabaría con los 60.000 hombres que Rhee había reunido en la República de Corea. En una entrevista concedida a un periodista estalinista francés, cuando ya había desencadenado la invasión, Kim pronosticó que celebraría la liberación de Corea en Seúl a finales de agosto de 1950.

El líder norcoreano sabía tocarle la fibra sensible a Stalin alabándole como líder supremo del movimiento comunista mundial. En enero de 1950, Kim recibió a Terentii Shtykov, el embajador soviético, y le invitó a una comida bien regada durante la cual afirmó que «Mao Zedong es su amigo y siempre ayudará a Corea», palabras que fueron transmitidas a Stalin[236]. La victoria de los comunistas chinos en diciembre de 1949 y el deseo, repetidamente manifestado por parte de Mao, de fomentar la revolución por todo el sudeste de Asia, sugirió a Stalin que podría sancionar los planes de guerra de Kim, trasladando a Mao la carga de lidiar con las consecuencias negativas. Sin embargo, parecía muy improbable que Estados Unidos fuera a intervenir en Corea, una idea confirmada indirectamente el 12 de enero de 1950: el secretario de Estado, Dean Acheson, excluyó públicamente a Corea y Taiwán del perímetro de defensa asiático de Estados Unidos en unas observaciones bastante imprudentes y poco inteligentes realizadas en el Press Club.

Lo mismo pensaban los jefes de la Junta de Estado Mayor Eisenhower, Nimitz y Spaatz, que en 1949 habían logrado salirse con la suya y retirar a la mayor parte de las tropas estadounidenses de Corea del Sur. La recién creada CIA afirmó que una invasión por parte de Corea del Norte era impensable. Por último, el general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas aliadas del Pacífico y *shogun* de Japón *de facto*, no tenía el menor interés en Corea, a la que consideraba una satrapía del odiado Departamento

de Estado. El sentimiento era mutuo, pues Acheson se mostró indignado cuando MacArthur redujo a la mitad el número de las tropas de ocupación de Japón sin siquiera consultar con el Departamento de Estado[237].

Aunque daba la impresión de que a Estados Unidos no le preocupaba gran cosa Corea, la pérdida de China a manos de los comunistas y las primeras pruebas atómicas soviéticas, en agosto de 1949, propiciaron una revisión total de la política estadounidense que se plasmó en un documento conocido como NSC 68. Fue redactado a principios de 1950 por un comité presidido por el exbanquero Paul Nitze. Pretendía calibrar la política de defensa exterior en un momento en el que la administración intentaba reconciliar las crecientes amenazas soviéticas con los recortes en el gasto militar, confiando en las armas atómicas. NSC 68 fue el mayor intento, sobre todo por parte de Acheson, de aprovechar la gran disparidad existente entre ambos contendientes en el ámbito de las fuerzas convencionales (aproximadamente unas treinta divisiones soviéticas por siete estadounidenses).

Como bien podría haber dicho George Kennan —si le hubieran invitado a esta fiesta—, era como mezclar capacidades con intenciones, pues el documento proporcionaba una alarmante estadística del poder militar soviético, pero distaba mucho de reflejar las intenciones de Stalin. La potencia de las fuerzas aéreas soviéticas se extrapoló calculando el espacio disponible en las fábricas de aviones y los hangares donde se resguardaban. Se contaron divisiones sin consideración alguna hacia su potencia operativa real, lo que llevó a una sobreestimación de unos dos millones en el número de tropas soviéticas. No se mencionaba que los soviéticos habían conectado a Rusia con Alemania mediante la construcción de un ferrocarril ni tampoco que no tenían bombarderos transcontinentales, la mayor carencia de todo su arsenal. En el documento se recomendaba que Estados Unidos conservara no ya su capacidad de disuasión nuclear frente a los soviéticos, sino asimismo los medios que les permitieran participar en guerras convencionales de forma flexible[238].

El secretario de Defensa Louis Johnson, conocido por sus recortes, se resistió con uñas y dientes a aceptar el NSC 68, pero su enfrentamiento con el Departamento de Estado se vio debilitado por

una investigación del Congreso promovida por filtraciones de la Marina, que no atravesaba por su mejor momento debido a los recortes de Johnson. El documento llegó a la mesa de Truman ese mes de abril y permaneció allí hasta que estalló la guerra de Corea. Truman y Johnson intentaron limitar el gasto en defensa a unos 13.000 millones de dólares, confiando en su potencia nuclear, pero la adopción del NSC 68 supondría incrementar el gasto hasta los 30.000 o 50.000 millones de dólares. Aunque la guerra de Corea solo supuso un incremento del gasto de unos tres a cinco mil millones, llevó a la adopción del NSC 68 y a una elevación general del gasto en defensa, que alcanzó los 48.200 millones de dólares en 1951. Esto no se tradujo solo en la creación de cientos de bombas nucleares más, sino asimismo en un ejército de 1.353.000 hombres, 397 buques de guerra y unas fuerzas aéreas que contaban con 95 alas. Si Stalin buscaba una guerra en cualquier parte del mundo, la tendría y Estados Unidos pretendía ganarla[239].

El NSC 68 no tenía los matices de una tesis doctoral (una burla a Kennan) sino que pretendía sacudir la «mentalidad de la masa» oficial con datos básicos y una visión del mundo maniquea en la que se hablaba de un mundo libre amenazado por fanáticos religiosos. Se invertiría mucho en la conducción de una guerra económica, psicológica y política encubierta, diseñada para contrarrestar los avances comunistas y subvertir a los satélites comunistas y a la Unión Soviética misma[240]. Puesto que Estados Unidos estaba enzarzado en un conflicto «moral total e irreconciliable» con los soviéticos, habría que recurrir a la «diplomacia total» para movilizar los recursos internos estadounidenses junto a los de todo el mundo libre. Como bien señalara uno de los planificadores del NSC 68: «Si logramos vender en grandes cantidades todo artículo inútil concebible, deberíamos ser capaces de vender nuestra estupenda historia en cantidades aún mayores»[241].

Corea y el NSC 68 resultaban una medicina amarga para Truman. Era una guerra que no podía evitar por razones de prestigio y reputación, pero no podía recurrir en ella a la ventaja atómica unilateral de Estados Unidos sin arriesgarse a generar una escalada que condujera a una nueva guerra mundial. En la votación del Congreso celebrada en el mes de enero de 1950, que concedió

unos 11 millones de ayuda militar a Seúl, había un componente de «sacarse la espina». Aunque luego se aprobó de mutuo acuerdo un paquete de ayudas, Moscú, Pekín y Pyongyang consideraron que tenían luz verde para buscar una solución al problema coreano[242].

La guerra en Corea tenía ciertas ventajas para Stalin, siempre que fuera circunscrita. Una Corea comunista unificada extendería la zona de seguridad en el flanco del sudeste asiático de la Unión Soviética y podía ser un trampolín útil para atacar Japón en la guerra mundial que consideraba inevitable. Estados Unidos tendría que trasladar parte de sus fuerzas europeas hacia el Lejano Oriente, lo que debilitaría a la recién creada OTAN, la respuesta de Occidente a la crisis que había desatado Stalin sobre Berlín y Praga en 1948. Si los estadounidenses intervenían en Corea, se incrementaría la dependencia de Mao frente a Stalin y disminuirían las posibilidades de que se convirtiera en el Tito asiático. Una guerra entre China y Estados Unidos costaría mucha sangre y dinero que los estadounidenses «blandos» no querrían pagar. En cuanto a los norcoreanos, Stalin decía: «Aparte de hombres, no tenemos nada que perder», un punto de vista que extendió a los chinos posteriormente[243]. En sus reuniones con Mao, Stalin le recomendaba que pusiera a los 14.000 hombres restantes del ejército coreano a disposición de Kim en la división 156 del EPL. Mao ya había permitido a la división 164 y a la 166 volver a Corea del Norte, lo que puso a disposición de Kim entre 30.000 y 40.000 hombres curtidos, veteranos de la guerra civil china, dispuestos a la acción en Corea. Desde el punto de vista del Kremlin, la cosa no tenía más que ventajas.

En una visita secreta a Moscú, realizada entre el 30 de marzo y el 25 de abril de 1950, Kim llevó al líder del Partido Comunista de Corea del Sur, Pak Hon-yong, quien afirmó que unos 200.000 surcoreanos de izquierdas, que no comulgaban con el régimen, estaban esperando a entrar en acción, una grave sobreestimación pues no se mencionaba que miles de ellos estaban en prisión. El camarada Pak, que moriría de un disparo tres años más tarde, tenía la esperanza de que, tras la liberación de Seúl, el equilibrio de poder en el seno del Partido Comunista coreano unificado se inclinaría hacia los sureños y no hacia el grupo coreano soviético de Kim[244]. Durante la visita aseguró a Stalin que no habría tiempo

para una intervención militar estadounidense, pues sería una guerra relámpago que acabaría en dos o tres semanas. Stalin le respondió sin rodeos que tenía mucha experiencia tras los sucesos en Europa e insistió en que Kim debía pedir ayuda concreta a Mao, que «entendía tan bien los asuntos asiáticos». Al despedirse dijo a Kim: «No moveré un dedo para ayudarte si te pegan una patada en el culo. Debes pedir ayuda a Mao».

El 13 de mayo de 1950, Kim voló a Pekín para realizar tres días más de reuniones secretas. Tras informar a Mao de que Stalin había dado el visto bueno a la invasión del sur, Mao telegrafió a Stalin para confirmar su versión. No descartaba la posibilidad de sufrir consecuencias potencialmente adversas, pero consideraba que la guerra de Corea era una buena forma de consolidar el régimen comunista en China, con la ayuda del nacionalismo antiestadounidense, para luego subvertir el orden mundial en la región de Asia-Pacífico[245]. Se sintió halagado y ofendido a la vez cuando Kim insistió en que sus tropas no necesitaban de la ayuda militar china, ni siquiera para desplegarlas en la frontera entre China y Corea. Esto iba en contra de las últimas palabras que le dedicara Stalin e hizo que el dictador soviético se tomara mayor interés en la empresa. Los envíos de armas que llegaban en barcos soviéticos al principal puerto de Corea se incrementaron notablemente, y se envió a tres generales con gran experiencia de combate a Pyongyang, donde analizaron y rechazaron el plan de invasión norcoreano. Impusieron una «contraofensiva alternativa» basado en la útil ficción de que su aliado respondía a una agresión surcoreana.

La invasión norcoreana se inició a las cuatro de la madrugada del domingo 25 de junio de 1950, la misma hora que fijara Hitler nueve años antes para invadir la Unión Soviética. Ciento cincuenta tanques soviéticos T-34 permitieron al In Min Gun penetrar 96 kilómetros en territorio enemigo en unos pocos días. Camino a Seúl, la policía secreta norcoreana se ocupó de todos los «derechistas» que cayeron en sus manos. Las tropas de Corea del Sur de Rhee ya habían sacado de la ciudad a unos 30.000 izquierdistas que estaban en las prisiones y los habían fusilado en las cunetas. Muchos otros sospechosos, enrolados a la fuerza en una organización denominada Liga Bodo, corrieron la misma suerte. La noticia de la invasión llegó

al cuartel general de MacArthur antes del amanecer del domingo. Debido a las diferencias horarias, Washington no se enteró del ataque hasta la tres de la tarde de lo que, para ellos, aún seguía siendo sábado 24 de junio. Truman estaba en su ciudad natal, Independence (Misuri), y Acheson practicaba la jardinería en su granja de Maryland, mientras que el secretario de Defensa Johnson y el presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, Omar Bradley, estaban agotados tras el largo viaje de vuelta a casa desde Asia.

La noticia llegó a la Mesa de Lejano Oriente del Departamento de Estado a las ocho de la tarde y se transmitió a Dean Rusk, que estaba cenando con el periodista Joseph Alsop y, más tarde, a Dean Acheson, quien telefoneó a Truman. Ante las oscuras perspectivas descritas por Acheson, Truman dejó clara su postura: «Dean, ¡tenemos que pararles los pies a esos hijos de puta como sea!». Mientras, John Hickerson, que estaba relacionado con la ONU, telefoneaba al secretario general Trygve Lie, que estaba en su casa de Long Island. «Querido John, esto es una guerra contra las Naciones Unidas», respondió Lie. A primera hora del domingo, Lie convocó a los miembros del Consejo de Seguridad para esa tarde. Mientras, Truman regresaba de Independence en el avión presidencial que llevaba su nombre y pidió al operador de radio que convocara a todas las personas relevantes a una reunión en Blair House, su residencia temporal dado que en la Casa Blanca se estaban haciendo reformas muy necesarias. Llegó a Washington a primera hora de la tarde y, en el trayecto en coche a Blair House, estalló: «¡Por Dios que se van a enterar!». Tras la cena los catorce hombres hablaron de cómo responder mientras la habitación se llenaba de una «intensa indignación moral»[246].

Las Fuerzas Aéreas estadounidenses empezaron a barrer a los soviéticos de sus bases aéreas de Lejano Oriente. La Séptima Flota fue desde el norte de Filipinas a patrullar los estrechos entre la China continental y Taiwán. Hubo que evacuar a todos los estadounidenses de Corea y llevar allí a toda prisa desde Japón la munición que antes habían denegado a Rhee. Durante los días siguientes Truman autorizó operaciones navales y aéreas estadounidenses por encima del paralelo 38 para detener el avance de los norcoreanos. El gran imponderable era quién estaba detrás de

Kim Il Sung pues, como bien señalara un oficial estadounidense: «¿Os imagináis al pato Donald yendo a destruirlo todo sin que Walt Disney lo supiera?». Truman calculaba correctamente: «Los rusos van a dejar que los chinos combatan por ellos», aunque en ese momento no hubiera ningún chino a la vista.

Los soviéticos andaban boicoteando el Consejo de Seguridad de la ONU para protestar por el hecho de que el régimen de Chiang siguiera representando a China. El 27 de junio la ONU autorizó una respuesta armada internacional a la agresión norcoreana; unas treinta naciones se unirían a la coalición liderada por Estados Unidos. Esa decisión se tomó el mismo día en el que los norcoreanos entraron en Seúl, llevando el terror allí por donde pasaban y obligando a retirarse a las fuerzas surcoreanas. En una jugada que acabaría tensando sus relaciones con MacArthur, Truman primero aceptó y luego declinó la oferta de Chiang de 33.000 hombres del KMT, una decisión pensada para no mezclar los destinos de Corea y Taiwán.

El viernes 30 de junio, Truman encargó a dos divisiones del ejército de tierra bajo el mando de MacArthur en Japón lo que describió como una «acción policial» en Corea. MacArthur quería cinco divisiones, incluidas algunas operativas en Occidente, pero a la Junta de Jefes de Estado Mayor le preocupaba que los soviéticos iniciaran una contramaniobra en Alemania. Las palabras contribuyeron a evitar una guerra a mayor escala, pues una declaración de guerra formal habría activado los tratados firmados por China con Corea del Sur y los artículos relativos a defensa del Tratado Sino-Soviético[247]. Quien más gritos de júbilo dio en el Congreso fue el representante Charles Eaton, que dijo: «Tenemos a una serpiente cogida por la cola y cuanto antes le aplastemos la cabeza, mejor». La mayoría de los congresistas dio por buenos los ochenta y siete precedentes que alegó la administración en relación a presidentes que habían despachado tropas sin la previa autorización del Congreso. En realidad, todos estos precedentes eran pequeños intentos de sacar a ciudadanos estadounidenses de zonas de guerra; retrospectivamente la acción de Truman fue un ominoso primer paso hacia la presidencia imperial[248].

El nuevo título de MacArthur era el de comandante en jefe de Lejano Oriente. De modo que las tropas estadounidenses fueron

confiadas a un anciano ególatra de setenta años, que llevaba peor que otros esa enfermedad tan propia de todos los generales por estar rodeados de quienes les dicen a todo que sí. Guardaba cierto parecido con una actriz que se lamentase de que las películas de cine eran demasiado insignificantes para su talento. Un colega siempre se refería a él como «Sarah» en las cartas a su mujer, aludiendo a la actriz Sarah Bernhardt. El general tenía una piel de alabastro manchada por la edad y un perfil afilado. Su pelo, teñido, ya clareaba. Casi siempre llevaba gafas de sol, una maltrecha gorra con visera, blusón suelto de piloto y una pipa colgando de la comisura de su boca, un toque perfectamente pensado para contrastar con su elevado rango de cinco estrellas.

MacArthur gobernaba Japón en una época en la que Hirohito había abdicado prudentemente para convertirse en un monarca de perfil constitucional bajo. El general repartía su tiempo entre la enorme embajada estilo colonial donde vivía y el edificio de los Seguros Dai Ichi situado frente al palacio imperial. Era un maestro de las relaciones públicas y sabía tratar con el emperador Hirohito pero también con el humilde carpintero que se inclinó y salió de un ascensor cuando entró el general. Los propagandistas de MacArthur manipularon la historia adecuadamente y el carpintero se convirtió en una celebridad local. El general se expresaba de forma afectada, hablaba al modo de un oráculo y en tercera persona, afirmando que la Historia hacía esto o aquello o que «MacArthur le hizo una visita». El numeroso personal de su cuartel general estaba totalmente entregado a su culto, eran como clones con su misma rigidez en las opiniones pero sin sus chispazos de ingenio.

MacArhtur había acabado despreciando a sus maestros en política y había decidido mostrarse antisemita y un poco loco. Roosevelt se convirtió en «Rosenfeld», y llamaba a Truman «ese judío de la Casa Blanca». Cuando algún ayudante se mostraba confuso ante un comentario suyo, MacArthur solía decir: «Se ve en el nombre, mírale a la cara»[249]. Pero el destino le convirtió en absolutamente imprescindible para la administración, a pesar de sus vínculos con los adversarios de Truman en política interior. Curiosamente uno de ellos, el futuro secretario de Estado, John Dulles, estaba en Tokio al comienzo de la invasión y recomendó a Truman en privado que buscara otro comandante, puesto que al

guerrero envejecido se le iba la cabeza. A MacArthur solo le interesaba él mismo; se creía superior a cualquier otro general y despreciaba a su jefe titular (de cuatro estrellas) Omar Bradley por considerarle un «granjero»; estaba convencido de ser un especialista en la «mentalidad oriental». Pero las únicas mentalidades orientales con las que estaba familiarizado eran las de los filipinos de clase alta y la de su camarada de tiempos de guerra Chiang Kai-shek. Los japoneses eran los policías que se inclinaban y le saludaban alabando sus progresos cada día, pero también los que le sonreían desde los noticieros cinematográficos que veía por la noche en vez de visitar lugares reales[250].

El problema del alto mando de Tokio era que había demasiados jefes y pocos nativos estadounidenses. A los íntimos del general se les llamaba Bataan Gang y eran los oficiales que aparecían desempeñando papeles de apoyo en el mito de redención que MacArthur se había inventado en torno a Filipinas. Estaban resentidos por la preeminencia dada a la guerra en Europa y, por ende, detestaban a cualquiera relacionado con Marshall o Eisenhower. De manera que el nombramiento de Marshall como secretario de Defensa de Truman cayó como una bomba un mes después del inicio de la guerra de Corea, mientras que Bradley se convertía en el quinto y último general de cinco estrellas en septiembre.

La estrategia inicial de MacArthur consistía en cambiar espacio por tiempo, pero solo pudo comprar poco tiempo, porque las dos divisiones estadounidenses enviadas desde Japón con el nombre de Octavo Ejército a las órdenes del general Walton «Johnie» Walker lo hicieron fatal. No estaban acostumbradas a marchar y no tenían ninguna conciencia de la situación del campo de batalla. Los norcoreanos tendían trampas a las columnas motorizadas que se arrastraban por las colinas zigzagueantes que conforman la espina dorsal de Corea o les cansaban atacando siempre de noche. El hecho de que muchos soldados de a pie no supieran qué estaban haciendo allí tampoco ayudaba. «Yo lucharé por mi país, pero que me aspen si sé por qué estoy combatiendo para salvar este agujero infernal», dijo un tal cabo Stephen Zeg de Chicago[251]. Las tropas de ocupación habían estado en un mundo de fantasía repleto de sirvientes baratos y putas aún más baratas, y su ocupación principal

consistía en hacer fortuna gracias al increíble mercado negro de bienes de consumo estadounidenses que había. Uno de los mejores comandantes de Estados Unidos, el coronel «Iron Mike» Michaelis, describió a sus tropas como sigue:

Cuando empezaron no sabían disparar, no conocían sus armas ni habían recibido suficiente entrenamiento con los antiguos rifles. Dedicaban un montón de tiempo a escuchar conferencias sobre las diferencias entre el comunismo y el americanismo y poco a arrastrarse por el suelo haciendo maniobras con munición real silbando sobre sus cabezas. Les habían cuidado y mimado, les habían recomendado que condujeran con cuidado, que compraran bonos de guerra, que dieran algo a Cruz Roja, que evitaran las enfermedades venéreas y escribieran a sus madres, cuando alguien debía haberles explicado cómo se limpia una ametralladora cuando se encasquilla[252].

La culpa fue tanto de los recortes de Truman en gasto militar, que había generado una gran reducción del entrenamiento de combate, como de la falta de previsión de MacArthur. El resultado fue que en agosto los norcoreanos, que según estimaciones chinas habían perdido un 40 por ciento de sus hombres, tenían rodeadas a las tropas surcoreanas en retirada y a los estadounidenses en un gran perímetro rectangular en torno al puerto sureño de Pusan. Ahí fue donde MacArthur hizo su aparición, desembarcando muchas más tropas mientras su fuerza aérea machacaba al enemigo. Pronto, los 90.000 hombres asediados superaban a los que les asediaban en 20.000 soldados.

La arrogancia de los norcoreanos dio ocasión a MacArthur de ejecutar uno de los planes más brillantes de su carrera. Pensaba atacar por mar la larga cadena de aprovisionamiento de los norcoreanos, atrapándoles en una pinza cuando el ejército de Walker, muy reforzado, se moviera hacia el norte. Tras descartar un desembarco ambicioso (debido a la mala calidad de sus tropas), MacArthur aceptó una oferta del general Lemuel Shepherd de los Marines, que le regaló un ejército preparado para el combate que peligraba debido a los recortes presupuestarios de Truman. El nuevo plan, Operación Chromite, preveía el desembarco en el puerto de Inchon. De tener éxito, obtendría acceso a la base aérea adelantada de Kimpo y estaría a escasos treinta y dos kilómetros del cuello de

botella de Seúl, fundamental desde el punto de vista logístico. Pero Inchon distaba mucho de ser un lugar ideal para realizar un desembarco ambicioso. Tiene las mareas más importantes del mundo, lo que supone que solo hay un día al mes en el que pueden aterrizar aviones sin quedarse atrapados en los miles de kilómetros de viscoso fango de la costa. Las tropas tendrían que desembarcar en los muelles y diques de hormigón y cabía la posibilidad de que el puerto estuviera minado. En una reunión crucial, MacArthur convenció a los comandantes de la Marina más escépticos: «¿Acaso quieren dejar a sus tropas en ese puñetero perímetro como si fueran ganado en un matadero? ¿Quién asumirá la responsabilidad de semejante tragedia? Yo, desde luego, no»[253].

El miércoles 13 de septiembre, 261 barcos iniciaron un desembarco masivo de fuerzas de ocupación y tomaron Inchon rápidamente. MacArthur arruinó este brillante golpe de efecto encomendando a su compinche de Tokio, el general Edward «Ned» Almond, una operación concebida y dirigida por Shepherd, basándose en el discutible argumento de que Almond habría de dirigir al Cuerpo X, encargado de la posterior invasión. Mientras, el Octavo Ejército de Walton Walker salió de Pusan y acabó con los asediadores. El In Min Gun estaba destruido y, aunque unos 50.000 soldados lograron huir más allá del paralelo 38, hubieron de abandonar su equipamiento. MacArthur voló hasta el Seúl liberado en su propio avión Constellation, llamado *Bataan*, para presidir el restablecimiento de Syngman Rhee en el poder. Ambos hombres estaban sobrecogidos por la emoción y lloraban de alegría. La ceremonia tuvo lugar en el edificio del Parlamento, muy dañado por la guerra, y caían trozos de cristal mientras MacArthur dirigía la oración. La gente de su entorno se puso cascos de acero pero él prefirió seguir con la cabeza descubierta.

MacArthur tenía a sus tropas estacionadas en el paralelo 38 y esperaba instrucciones. La resolución del Consejo de Seguridad de la ONU había exigido la «plena independencia y unidad de Corea» y Acheson afirmaba que el paralelo era una «línea de vigilancia». Truman decidió que MacArthur debía «llevar a cabo las operaciones militares necesarias, bien para obligar a los norcoreanos a retroceder más allá del paralelo 38 o para *destruir sus fuerzas*». MacArthur estaba autorizado a cruzar el paralelo y ocupar Corea

del Norte, siempre y cuando no hubiera indicios de intervención china o soviética. Cuando MacArthur, prudentemente, pidió una aclaración, Marshall telegrafió: «Queremos que se sienta libre tanto en el ámbito táctico como en el estratégico cuando proceda al norte del paralelo 38», aunque especificaba que solo debía recurrir a fuerzas surcoreanas para este tipo de operaciones. En otras palabras, no se pedirían responsabilidades a MacArthur por extender la guerra.

Pero sí tenía la responsabilidad de equipar a sus tropas adecuadamente para el invierno coreano, donde las temperaturas suelen descender hasta los 20 o 30 grados bajo cero, y también debía haber previsto que se encontrarían en terreno montañoso más al norte, donde el país se extiende por un paisaje vasto e inhóspito. MacArthur respetó escrupulosamente el mandato de atacar solo con tropas surcoreanas, pero el Octavo Ejército de Estados Unidos y el Cuerpo X no andaban muy lejos. Se acercaban a un área llena de grandes centrales hidroeléctricas que no solo daban energía a Corea sino también a China y a la Unión Soviética. El 9 de octubre dos aviones estadounidenses, que se habían desviado mucho de su ruta, atacaron una base aérea soviética cerca de Vladivostok, a unos 96 kilómetros en el interior de la Unión Soviética.

Truman cogió un avión para conferenciar con MacArthur en Wake Island. Pensando en las elecciones legislativas, el presidente quería figurar como un comandante triunfal, pero también pretendía asegurarse de que MacArthur se responsabilizaba plenamente del siguiente paso que pensaba dar[254]. Los dos hombres apenas mencionaron la posibilidad de una intervención china. Una vez que salió el tema, MacArthur la desechó: según él, solo un pequeño número de soldados del Ejército Popular de Liberación había cruzado el río Yalu; decía tener plena confianza en la capacidad de las fuerzas aéreas para acabar con ellos. Truman montó todo un *show*, departiendo amigablemente con el general, pero en su fuero interno estaba furioso porque MacArthur no le dio la mano ni cuando llegó ni cuando se fue.

A finales de octubre las tropas de MacArthur tomaron la capital del norte: Pyongyang. Haciendo gala de una arrogancia extraordinaria, el general desvió a los refuerzos recién llegados a Hawai y Japón mientras avanzaba hacia la frontera con China en el

río Yalu. Prometió a los periodistas: «Definitivamente esta guerra acabará pronto». Conviene no olvidar que Truman dio pleno apoyo a su plan de llevar a los norcoreanos más allá del río Yalu[255]. También existía una coda ominosa. Legalmente, los coreanos del sur no estaban autorizados a gobernar el norte, algo que supuestamente la ONU había encargado a Estados Unidos. La realidad fue que miles de policías surcoreanos llegaron a Pyongyang, donde emprendieron una caza de brujas criminal contra los funcionarios comunistas y los miembros del partido: aproximadamente el 14 por ciento de la población total. En ocasiones, unidades estadounidenses participaron en las atrocidades[256].

FANTASMAS SIN SOMBRA: APARECE EL DRAGÓN

En agosto de 1950 se habían movilizado 260.000 soldados del Ejército Popular de Liberación hacia la frontera de Corea del Norte. Los líderes chinos habían perdido toda confianza en la competencia militar de Kim Il Sung a partir de que este extendió demasiado sus líneas de suministro hasta Pusan, pero Stalin aguijoneaba a Mao, insistiendo en que, a menos que interviniera en Corea del Norte, se iría al garete un Estado comunista. Tras haber rechazado las ofertas de China, Kim enviaba al país vecino mensajes desesperados que solicitaban su intervención. Una vez que Pyongyang cayó en manos de los estadounidenses y las tropas surcoreanas, el líder supremo de China, a salvo en el interior de uno de sus muchos refugios nucleares, decidió emprender la guerra. El partido inició una movilización masiva bajo el lema: «El gran movimiento para resistir a los ataques de Estados Unidos y ayudar a Corea»[257].

Los líderes chinos decidieron su línea de actuación en la primera semana de octubre de 1950. Sabían que no sería como enfrentarse al KMT en la guerra civil: entonces los pactos secretos importaban más que el combate. Al margen de Mao, a los líderes del partido les preocupaba que la guerra contra Estados Unidos pusiera en peligro la consolidación de su victoria en China misma. Su militar más distinguido, Lin Biao, temía que los estadounidenses intervinieran en Manchuria o en la costa sur de Taiwán. También les dijo que la potencia de tiro de una división estadounidense era unas diez o veinte veces mayor que la de una formación equivalente del Ejército Popular de Liberación, y advertía que los chinos apenas podrían defenderse de los ataques navales o aéreos[258]. Lin recurrió

prudentemente a la excusa de un tratamiento médico inminente en la Unión Soviética para rechazar el mando supremo de las fuerzas de intervención chinas.

Mao recurrió al experimentado Peng Duhai, de cincuenta y dos años. Procedía de una familia campesina muy pobre y las circunstancias le habían obligado a trabajar de niño en una mina de carbón antes de convertirse en soldado del ejército de Chiang. Se unió al Partido Comunista en 1928 y acabó siendo uno de los mejores comandantes de Mao. No hubo que convencerle de la pertinencia del plan, pues estaba firmemente convencido de que había que derrotar a los estadounidenses en Corea para defender la revolución en China.

Hasta cierto punto, la elección del comandante de campo era irrelevante, pues Mao dirigía personalmente la guerra con todo detalle. Al igual que Hitler, pasaba las noches en su búnker inclinado sobre mapas de Corea; pero al contrario que Hitler fumaba incesantemente y bebía tanto té que al parecer se le pusieron verdes los dientes. Estaba en juego su supremacía, pues se había labrado una reputación de lince de la estrategia. Quería demostrar a Stalin de lo que era capaz la nueva China, siendo así que el precio en sangre lo pagaban las tropas del KMT recientemente incorporadas al Ejército Popular de Liberación. Stalin mismo hizo sus cálculos sobre cómo minar la fortaleza estadounidense con ayuda de lo que los rusos denominan *limonski*, es decir, carne de cañón de piel amarilla. No eran aliados al estilo Roosevelt-Churchill. Solo el enorme prestigio de Stalin mantenía el resentimiento de Mao por debajo del punto de ebullición. El 8 de octubre, Mao informó a Kim Il Sung de su decisión. Este se mostró muy aliviado y Mao envió a Peng al frente de un ejército al que nunca había dirigido antes, en un escenario del que sabemos muy poco[259].

Tras un estado de alerta a mediados de agosto, el Ejército para la Defensa de la Frontera Nororiental fue rebautizado con el nombre de Zhiyuanjun (Voluntarios del Pueblo Chino o VPC). Toda una operación de maquillaje que permitió a los líderes chinos afirmar que la intervención era el resultado de un apoyo popular espontáneo en vez de una política de Estado. Los líderes chinos creían que los soldados estadounidenses eran basura y que las

acciones masivas y furtivas se impondrían a la superior tecnología de los estadounidenses, pero enviaron a Zhou Enlai y Lin Biao a Crimea el 10 de octubre para aceptar la oferta de ayuda de Stalin. Este, que estaba acostumbrado a conocer de antemano las intenciones de los estadounidenses gracias a su red de espías, quedó desagradablemente sorprendido al descubrir que estaban dispuestos a combatir por Corea y decidió incumplir su promesa de proveer a los chinos de cobertura aérea. Tras una reunión tensa de diez horas de duración, solo se comprometió a dar cobertura aérea en la zona al norte del río Yalu.

La traición de Stalin retrasó los planes de una intervención, en principio pensada para el 15 de octubre. Peng, alertado por el comprensible descontento de sus oficiales subordinados en relación al suelo congelado y la falta de cobertura aérea, amenazó con dimitir y tuvo que ir a Pekín para celebrar una entrevista con el presidente. Mao impuso su voluntad y unos 300.000 voluntarios chinos empezaron a cruzar el río Yalu adentrándose en Corea la noche del 19 de octubre de 1950. La operación se ejecutó con tanta precisión que se la ha descrito como «un fantasma sin sombra»[260].

Si los estadounidenses hubieran estado buscando la sombra puede que la hubieran visto, pero estaban inmersos en la euforia de lo que se había convertido en un desfile militar por Corea del Norte. Por entonces solo quedaban ocho ciudades sin ocupar y la resistencia era tan insignificante que los B-29 dejaron de arrojar bombas y empezaron a dejar caer panfletos, mientras un Dakota, equipado con altavoces y denominado «Voice» [Voz], volaba sobre lo que quedaba de territorio enemigo haciendo llamamientos a la rendición. Charles Willoughby, egregio jefe de Inteligencia de MacArthur, llegó incluso a negar la presencia del gran contingente de «chino-coreanos» que Mao había desplegado meses atrás. Cuando los agentes de la CIA asignados el Séptimo Ejército informaron de mensajes de radio secretos emitidos por los antiguos soldados del KMT que se habían unido al Ejército Popular de Liberación, Willoughby amenazó con eliminar a la CIA del mando de MacArthur.

Las tropas estadounidenses operativas en torno a Unsan capturaron a unos hombres más altos que los norcoreanos, que llevaban uniformes diferentes y muy guateados. Uno de ellos

admitió que pertenecía al Ejército Popular de Liberación y que no era un voluntario. El general Walker, al conocer esta información, dijo: «Bueno, puede que sea chino, pero también hay muchos mexicanos en Los Ángeles y no decimos que Los Ángeles sea una ciudad mexicana». Fueron llegando más informes sobre enemigos muertos con armas estadounidenses y equipos cuidadosamente empaquetados, que carecían de identificación o documentos personales. Los encargados del reconocimiento también vieron aparecer súbitamente un gran número de huellas que parecía desvanecerse en la nieve (de hecho eran chinos que se tumbaban con sus trajes blancos de camuflaje y se quedaban muy quietos) y densas filas de árboles que aparecían donde no los había antes y que, vistos más de cerca, parecían moverse[261].

El supuesto experto en «mentalidad oriental» no supo interpretar los hechos. MacArthur pasó por alto todas estas evidencias y ordenó al Cuerpo X y al Octavo Ejército que avanzaran hacia el norte del Yalu. Después afirmaría que se trataba de una fuerza de reconocimiento, diseñada para prevenir un ataque chino, pero era mentira. El 1 de noviembre las fuerzas surcoreanas y las estadounidenses del área de Unsan fueron sorprendidas por parte de las tropas chinas, que lanzaban feroces ataques y luego desaparecían. MacArthur decidió ignorar lo que esto significaba. El ataque preliminar era una advertencia de los chinos, que querían demostrar de lo que eran capaces y dejar claro que las fuerzas de la ONU habían avanzado demasiado. En realidad, estaban rediseñando las fronteras muy al sur del río Yalu. Las tropas surcoreanas ignoraron la advertencia, llegaron hasta el río y orinaron en él ceremoniosamente.

El 25 de noviembre, unos 300.000 hombres del Ejército Popular de Voluntarios atacaron a lo largo de un frente de 482 kilómetros a los soldados de MacArthur, a los que este había prometido que «estarían en casa por Navidad». Compensaron su falta de sistemas de comunicación con cornetas, címbalos, tambores, silbatos e incluso flautas. Atacaban de noche para neutralizar el impacto de la supremacía aérea estadounidense y marchaban por las montañas que conforman la espina dorsal de Corea evitando las carreteras. Apenas tenían 300 camiones para transportar los suministros (lo que siempre hacían de noche debido a los bombardeos enemigos) y

dependían de mulas y porteadores para llevar munición, vituallas y equipo hacia el sur y a sus heridos hacia el norte. Pero un ejército acostumbrado por su doctrina a confiar en la actitud cooperativa de los campesinos no podía gustar ni a los norcoreanos ni a los estadounidenses. El sentimiento era mutuo, pues en realidad a los chinos no les gustaban los norcoreanos. El país resultaba inhóspito, las mujeres eran poco atractivas y el plato nacional, compuesto por un tipo de repollo fermentado y muy especiado, producía una flatulencia épica.

Las tropas se movían con rapidez porque llevaban muy poco equipamiento y, mientras que una división estadounidense requería 610 toneladas de suministros al día, las del Ejército Popular de Voluntarios solo necesitaban 50[262]. Los soldados del EPV utilizaban todo un surtido de armas estadounidenses y japonesas y carecían de artillería pesada. Sus chaquetas reversibles, marrones y blancas, rellenas de algodón, no se secaban si se mojaban porque no se atrevían a encender fuego. Para protegerse de las bajas temperaturas se untaban la cara con manteca de cerdo y rellenaban de paja sus zapatos de lona con suela de goma. Los únicos sacos de dormir con los que contaban eran los que habían arrebatado al enemigo. Dos tercios de las bajas chinas se debieron a la congelación, pues quien se quedaba dormido exhausto moría sin remedio a menos que se acercara a los demás en busca de calor. Solo comían alimentos fríos, normalmente *shaoping*, un pan ácimo hecho a base de una mezcla de sorgo, mijo, habichuelas y harina que llevaban consigo. Los soldados chinos rara vez recibían un permiso, salvo que hubiera para ello motivos humanitarios, y apenas hacían actividades recreativas. La atención médica a los heridos era primitiva, solo se repatriaba a los amputados y rara vez se enterraba a los muertos.

Aparte de tener que vérselas con comunicaciones primitivas y una logística insuficiente, Mao y Kim acosaban a Peng sin descanso. ¿Cómo se suponía que debía interpretar exigencias como: «Gana la guerra rápidamente si puedes; si no puedes hacerlo, gánala despacio»?[263]. Hizo lo que pudo por acabar rápido. Tras liquidar a un cuerpo del ejército surcoreano en el río Ch’ongch’on, derrotó a la Segunda División de Infantería del ejército estadounidense que cubría el ala derecha del avance de las tropas de la ONU. El Octavo

Ejército estadounidense hubo de retirarse y la Brigada Turca cubrió esta retirada con tenacidad suicida. La Séptima División de Infantería del equipo de Combate Regimental y la Primera División de Marines de Estados Unidos casi acaban rodeadas en el embalse de Chosín, donde sufrieron 15.000 bajas antes de lograr escapar gracias a intensos bombardeos de las fuerzas aéreas estadounidenses (USAF) y a la gran cantidad de armas aportadas por el Cuerpo X de Estados Unidos.

A mediados de diciembre, el EPV había expulsado al Octavo Ejército de Estados Unidos del noroeste de Corea del Norte, hasta más allá del paralelo 38. En el noreste, el Cuerpo X de Estados Unidos infligió graves pérdidas al Noveno Grupo Armado del EPV, disponiéndose en formación de erizo en torno al puerto de Hungnam, pero hubo de retirarse para reforzar al Octavo Ejército. Hubo que evacuar a 100.000 soldados, casi el mismo número de civiles, 17.500 vehículos y 350.000 toneladas de suministros. Antes de partir dejaron la ciudad de Hungnam arrasada para inutilizar el puerto. El 16 de diciembre Truman declaró el estado de emergencia nacional.

Aunque el ejército de Peng venció en toda la línea de combate, había resultado tremendamente castigado por la potencia de fuego de los estadounidenses. El mando chino tuvo la oportunidad de aceptar un alto el fuego negociado por los hindúes, pero decidieron ordenar a Peng que avanzara hacia el sur más allá del paralelo 38. Peng se vio obligado a hacerlo, aunque era muy consciente de la vulnerabilidad logística de su ejército, así como de su creciente resistencia a medida que se hacía sentir el efecto de la «primavera prensada»[264]. El último día de 1950 lanzó una ofensiva y tomó Seúl el 4 de enero de 1951, aunque con un gran coste.

Justo antes de la primavera de 1950 murió el general Walker en un extraño accidente de coche. MacArthur ya había decidido reemplazarle por el general Matthew Ridgway, un paracaidista duro y taciturno que había saltado con sus hombres sobre Normandía en 1944 y había sido director de atletismo en West Point mientras MacArthur era superintendente. Ridgway voló a Tokio solo en Nochebuena para no estropear los planes de Navidad de los oficiales de la Junta de Jefes. MacArthur le dijo: «El Octavo Ejército es suyo, Matt. Haga lo que considere mejor»[265].

Ridgway se encontró con un ambiente enfebrecido. Durante una conferencia de prensa celebrada el 30 de noviembre, Truman había afirmado que tendría en «consideración activa» la utilización de todo el armamento a su disposición, incluidas las bombas atómicas, y que el comandante de campo sería el responsable «del uso de todas esas armas». Debería haber elegido sus palabras más cuidadosamente o, al menos, ser consciente de que el frenético MacArthur las haría suyas con impaciencia; estaba deseando redimirse de su error de avanzar hasta el Yalu. Los responsables de relaciones públicas empezaron a hablar de la llegada de «hordas» a las que hasta entonces habían despreciado calificándolas de «meros lavanderos». Un corresponsal cínico preguntó en una sesión informativa: «¿Podría decirnos cuántos batallones chinos componen una horda, o viceversa?»[266].

En Nochebuena de 1950, MacArthur envió una lista de objetivos que requería de veintiséis armas nucleares, dieciséis de las cuales habrían de lanzarse sobre objetivos industriales y militares chinos[267]. La perspectiva de una escalada nuclear llevó a un gran contingente británico a Washington, liderado por Attlee y Bevin. Insistieron en que deberían tener algo que decir, en caso de utilizarse armamento nuclear, y recalcaban que consideraban desastrosa una extensión de la guerra, sobre todo para su puesto avanzado de Hong Kong. También querían un subsidio estadounidense para completar un programa de rearme de 3.800 millones de libras esterlinas, pero eso es otra historia.

De hecho, los dirigentes estadounidenses se dieron cuenta de que era probable que una serie de bombardeos nucleares selectivos no influyera mucho sobre la capacidad general de China para intervenir en la guerra de Corea. El peligro estribaba en que los soviéticos acudieran en ayuda de sus aliados en Europa en vez de en Asia. El uso unilateral de armas atómicas pondría a la ONU en contra de Estados Unidos y alejaría a sus aliados europeos (y japoneses). De manera que decidieron promover un empate local, pero nadie se atrevía a informar a MacArthur de este gran giro en su política, un fallo moral que apenas mitigó su futura forma de actuar[268].

Ridgway, tras llegar a Corea, pasó un tiempo trabando conocimiento con sus tropas y reconociendo los campos de batalla,

que inspeccionó desde el aire en un pequeño aeroplano. Decidió rápidamente que cabía esperar poco del ejército de Corea del Sur, pero lo peor era que sus propios hombres estaban desmoralizados y no se implicaban, básicamente porque no sabían por qué estaban combatiendo. El eufemismo «acción policial» de Truman les parecía un chiste malo: era una guerra muy real. Ridgway quiso levantar su moral y les dirigió un emotivo discurso el 21 de enero de 1951:

Lo que está en juego es si el poder de la civilización occidental, que ha florecido en nuestras amadas tierras por la Gracia de Dios, será capaz de desafiar y derrotar al comunismo; si las normas por las que se rigen aquellos que esclavizan a sus ciudadanos, matan a sus prisioneros y acaban con la dignidad humana prevalecerán sobre las normas de aquellos para los que el individuo, investido de sus derechos individuales, es sagrado; si hemos de sobrevivir guiados por la mano de Dios o hemos de perecer en la existencia mortecina de un mundo sin Dios[269].

El lema de Ridgway era: «¡Encontradles! ¡Detenedles! ¡Combatid con ellos! ¡Acabad con ellos!». Pero aunque hablara con dureza, sabía que lo que debía hacer era debilitar la fe de los miembros del EPV en su invencibilidad mediante la tecnología militar estadounidense para compensar el alto número de combatientes chinos. En definitiva, le preocupaba menos la victoria en el campo de batalla que incrementar la tasa de deserción del enemigo, que ya había ralentizado la ofensiva china, hasta que Pekín aceptara las tablas.

Mao recurrió a la guerra de Corea para acabar con la histeria nacionalista en China y consolidar el gobierno comunista. Pocos regímenes en la historia (al margen de Corea del Norte) han logrado producir niveles tan histéricos de entusiasmo y odio, incluso de odio entusiasta. El orgullo por China se convertiría en orgullo por el régimen de Mao, una táctica que el Partido Comunista ha explotado desde entonces. La paradoja de una guerra «socialista imperialista» se ocultaba tras eslóganes antiimperialistas; algo que no mencionan a menudo los comentaristas de izquierdas, que invariablemente acusan a los regímenes que no pretenden ser socialistas de hacer la guerra para solucionar problemas políticos internos[270]. Mao era el líder e interfería continuamente en las decisiones tácticas. Un ejército entrenado para la guerra de guerrillas, en el que la

institucionalización era secundaria y lo que importaba eran las personalidades carismáticas, no era lo mejor para hacer la guerra a un ejército moderno bien equipado. Las tropas del EPV lucharon encarnizadamente durante unos tres días pero después se dispersarían por falta de suministros y apoyo. Se prohibió a oficiales de menor rango y suboficiales recurrir a su propia iniciativa y no tenían autoridad para solicitar apoyo allí donde podrían recibirlo. Sus adversarios, en cambio, disponían de artillería casi ilimitada y, si la meteorología lo permitía, llevaban a cabo terroríficos ataques aéreos[271].

Mientras Ridgway reflexionaba sobre cómo forzar unas tablas, MacArthur, que a la sazón ya tenía setenta y un años, estaba decidido a coronar su carrera con una victoria indiscutible. El 30 de diciembre de 1950 pidió ayuda a los republicanos de Washington para que le permitieran asediar la China continental, pues la mayor parte de los suministros del EPV se transportaban por tierra. Quería bombardear las fábricas de armamento estratégicas de China, aunque los resultados arrojados por este tipo de bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial fueron más que dudosos. Pensaba enviar a las tropas nacionalistas chinas a Corea para reforzar los ataques dirigidos desde Taiwán a la China continental y preparar nuevos ataques, pues al parecer ignoraba que las tropas de Chiang Kai-shek no tenían capacidad para llevar a cabo operaciones anfibias. Pronto llegó a la conclusión de que la guerra en Corea se estaba librando a medio gas y calificó con desdén el enfoque bélico de Ridgway de «guerra acordeón», en la que los combatientes subían y bajaban sin cesar.

Truman puso a su gente a investigar el precedente del general George McClellan, al que Abraham Lincoln despidiera durante la guerra civil estadounidense por echarle en cara su fracaso militar en la dirección política de la guerra. Sus hallazgos confirmaron lo que Truman, el historiador aficionado, ya sabía. El problema era que en la imaginación popular, MacArthur era más un Ulysses Grant victorioso que el malhadado McClellan. Pero, al fin y al cabo, no podía tolerar que un oficial de servicio conspirara abiertamente con sus adversarios políticos en el Gobierno. El feroz discurso de MacArthur, que quería extender la guerra a China, era una amenaza para el apoyo internacional que había obtenido Estados Unidos en

Corea e invitaba a los soviéticos a tomar represalias. Pero el punto culminante fue su intento de usurpar el poder de su comandante en jefe constitucional. Truman despidió a MacArthur de forma sumaria en abril de 1951, una decisión tan impopular que algunos taxistas airados echaron de sus coches a partidarios del presidente y algunos matrimonios acabaron en la cárcel por discutir sobre el tema.

Tres meses antes de que tuviera lugar este melodrama, Ridgway hubo de enfrentarse a un nuevo ataque de los chinos que tomaron Seúl, pero luego se encontraron ante posiciones de la ONU bien defendidas en la intersección entre las rutas ferroviarias este-oeste y norte-sur que dividían a Corea en cuatro. El EPV tuvo muchas bajas en las batallas de Chipyongni y Wonju y, para que no le faltara nada, Peng tenía que impedir que un segundo desembarco en Inchon le dejara aislado[272]. Seúl era indefendible y el enfrentamiento se desplazó a lo largo de lo que Ridgway denominara «línea principal de resistencia» en torno al paralelo 38. Seguía habiendo duros combates, y la terrible derrota del primer batallón del regimiento británico de Gloucestershire, rodeado en el río Imjin, tuvo lugar a finales de abril. Peng volvió a Pekín, donde se jugó la vida al interrumpir el sueño de Mao para decirle que era una locura seguir con las ofensivas masivas. Mao ya creía haber obtenido suficiente rédito político de la intervención del EPV y aprobó una nueva estrategia, la de «seguir luchando mientras se negociaba», que permitió a las exhaustas tropas chinas organizar sólidas posiciones defensivas. Se tomaron medidas para que volvieran a China en turnos. Una vez que Stalin dio su visto bueno, Kim no tuvo más remedio que aceptarlo[273].

La guerra de Corea había servido al dictador soviético para lograr muchos útiles propósitos y decidió combatir hasta que no quedaran chinos. Confirmó la mala impresión que tenía de la capacidad de combate de los estadounidenses y la debilidad sentimentaloide de la opinión pública de aquel país. Como dijera a Zhou Enlai en el otoño de 1952:

Los estadounidenses no son capaces de hacer la guerra a gran escala, sobre todo después de la guerra de Corea. Toda su potencia radica en sus fuerzas aéreas y en la bomba atómica. Gran Bretaña no combatirá por Estados Unidos y sola no puede defender a la pequeña Corea. Debemos ser firmes cuando negociemos con los

estadounidenses. Los camaradas chinos deben saber que, a menos que Estados Unidos pierda esta guerra, nunca recuperarán Taiwán. Los estadounidenses son comerciantes. Todo soldado norteamericano es un especulador que compra y vende. Los alemanes conquistaron Francia en veinte días. Han pasado dos años y los estadounidenses no han conseguido subyugar a la pequeña Corea. ¿Qué tipo de fuerza es la suya? Los estadounidenses combaten con armas como medias, cigarrillos y otras mercancías. Quieren someter al mundo, pero no saben combatir. Tras la guerra de Corea han perdido la capacidad de hacer la guerra a gran escala. Cifran todas sus esperanzas en la bomba atómica y sus aviones. Pero no se puede ganar una guerra solo con eso. Para ganar una guerra hace falta infantería; ellos no cuentan con buenas fuerzas de infantería, pues sus infantes son débiles. Están combatiendo con la pequeña Corea y la gente ya llora en Estados Unidos. ¿Qué pasará si se meten en una guerra a gran escala? Puede que en ese caso lloren todos[274].

La guerra consolidó la dependencia china de los soviéticos y abrió una brecha aún mayor entre China y Estados Unidos, donde las imágenes de una China amable habían dado paso a la idea de amenazantes hordas «mongolas». Stalin se tomó mucho interés en el enfrentamiento, sobre todo en el que se libraba en el aire, donde podía probar sus propios recursos y hacerse con la tecnología estadounidense que caía del cielo. Los soviéticos tenían unas setenta partidas de hombres merodeando por los campos de batalla para echar mano a los aviones F-86, los trajes anti-G y radares antimisiles. Desde que se había interrumpido el flujo de tecnología que habían garantizado sus otrora aliados británicos, estas operaciones desempeñaron un destacadísimo papel en el desarrollo del armamento soviético, solo por detrás, en importancia, del espionaje.

Stalin dio su visto bueno a las conversaciones de paz que se iniciaron en julio de 1951 en Kaesong, donde temas como qué silla estaba más alta que las demás o cuál miraba al norte o al sur (en China los vencedores siempre miran hacia el sur) ocuparon más de una semana, antes de que se trasladaran las reuniones a su sede permanente de Panmunjom. Mientras, las fuerzas enfrentadas construían formidables líneas de defensa subterráneas a lo largo de

los 241 kilómetros que medía la península de ancho, y la coalición bajo el mando de Estados Unidos cavaba desde el lado contrario. Ambos bandos siguieron presionándose mutuamente con acciones ofensivas; las terribles batallas por Pork Chop Hill, que tuvieron lugar durante la primavera y el verano de 1953, terminaron tres semanas antes de la firma del armisticio. Combatir mientras se negociaba supuso un coste humano más que hubo que sumar al ya enorme de lo que hacía mucho tiempo era un fútil enfrentamiento por zonas geográficas que no tenían valor estratégico alguno[275].

En el caso de la ONU, se dio vía libre al Mando Aéreo Estratégico para demostrar que las fuerzas aéreas podían ganar una guerra, una presunción (nunca probada) defendida por los comandantes de las fuerzas aéreas estadounidense y británica durante la Segunda Guerra Mundial, y una solución de emergencia ante la crisis de los misiles de Cuba una década más tarde. Las fuerzas aéreas estadounidenses arrojaron aproximadamente medio millón de toneladas de bombas a lo largo y ancho del escenario del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial; en Corea del Norte cayeron 635.000 toneladas, además de 32.557 toneladas de napalm[276]. Las ciudades de Corea del Norte quedaron reducidas a ruinas y algunas presas, como la de Toksan, se resquebrajaron, lo que causó inundaciones que acabaron con carreteras y vías férreas, sin disminuir significativamente la potencia de combate de los ejércitos estacionados a lo largo del paralelo 38. Los B-29 fueron sufriendo cada vez más bajas en cuanto el enemigo empezó a utilizar MIG-15, que volaban por encima del río Yalu, a veces a cargo de pilotos soviéticos que se enzarzaban en el aire con los F-86 Sabre estadounidenses que escoltaban a los bombarderos. Durante la Operación Hudson Harbor los B-29 hicieron vuelos de prueba para el uso de armas nucleares: un farol, teniendo en cuenta que los chinos eran expertos en dispersión, es decir, que nunca hubo realmente una concentración de tropas lo suficientemente importante como para que mereciera la pena utilizar este tipo de armamento[277].

Por otro lado, Mao había perdido toda esperanza de ganar la guerra pero seguía suministrando tropas y avituallamiento a Corea, de manera que el EPV contaba en 1953 con un millón trescientos cincuenta mil hombres, 120.000 toneladas de munición y un cuarto

de millón de toneladas de grano. Más que suficiente para lanzar una nueva ofensiva que ya estaba prevista pero se anuló a la muerte de Stalin, acaecida a principios de 1953. La guerra no había evitado que Mao cerrara su puño sobre el extenso imperio chino en una época en la que, supuestamente, estaba bajo el control de Stalin. En 1950-1951, las fuerzas chinas invadieron el Tíbet, proclamando su respeto hacia la autonomía de este país, y los chinos Han, casi todos pertenecientes a batallones desmovilizados de las antiguas tropas del KMT, fueron enviados a colonizar Xinjiang, una región estratégicamente imprescindible, habitada por musulmanes Uighur, que tenía fronteras con cuatro repúblicas soviéticas y con Mongolia, Afganistán, Pakistán y la India, donde había grandes reservas de petróleo y gas natural[278].

En Estados Unidos hubo un gran apoyo inicial a la guerra de Corea, pero esta había ido perdiendo popularidad, un destino compartido por los demócratas que llevaban ejerciendo el poder desde 1933. A principios de 1951, un 66 por ciento de los estadounidenses querían «sacar a nuestras tropas de Corea lo antes posible» y el 49 por ciento consideraba que la guerra era un error. La popularidad de Truman se derrumbó hasta alcanzar un pobre 26 por ciento y MacArthur hizo todo lo posible para hacerla descender aún más. Fue recibido como un héroe a su vuelta a Estados Unidos y pronunció un patético discurso en el Congreso, en el que afirmaba que los viejos soldados nunca mueren. Truman miraba con desagrado a «los malditos congresistas que gritaban como un grupito de mujeres». De hecho, la investigación judicial subsiguiente realizada por el Congreso pinchó la burbuja creada por MacArthur, sacando a la luz sus errores profesionales y su indignante intento de decidir la estrategia mundial a partir exclusivamente del escenario del que era responsable[279].

Las negociaciones de alto el fuego se hicieron eternas debido al controvertido tema de la repatriación de los prisioneros. Todos, salvo un puñado de combatientes de la ONU conversos al marxismo-leninismo, querían abandonar el paraíso chino lo antes posible, y la mayor parte de 116.000 prisioneros de guerra de los estadounidenses no deseaban volver ni a la China comunista ni a Corea del Norte. Los chinos no aceptaron la oferta de Estados Unidos que, haciendo un uso abyecto de la *Realpolitik*, se ofreció a

repatriar entre setenta y ochenta mil prisioneros incluso en contra de su voluntad. Contrarrestaron el discurso moralista de los estadounidenses con la afirmación de que Estados Unidos estaba usando armas biológicas, y recurrieron al testimonio de un puñado de pilotos que habían sido prisioneros de guerra, a los que se obligó a declarar para demostrarlo. A Truman le resultaba muy frustrante esta guerra sin fin y escribió en su diario delirios de venganza sobre un posible bloqueo de la costa china, la destrucción de sus ciudades industriales y la guerra total contra los soviéticos.

Eisenhower, el candidato republicano a la presidencia al que todo el mundo llamaba «Ike», se subió al carro de la fatiga interna en relación a una guerra que se libraba tan lejos. Ike gozaba de tanto prestigio como MacArthur, pero parecía más moderado y se sentía más a gusto vestido de civil; prometió ir a Corea para acabar con el conflicto. Se hizo con los votos de la derecha anticomunista al elegir a Richard Nixon como compañero y vincularse al macartismo: «Encontrad a los rojos, nosotros encontraremos a los comunistas; encontraremos a aquellos que no son leales», afirmó en un discurso electoral en Montana. Tras ganar las elecciones en 1952, pero antes de tomar posesión de su cargo, mantuvo su promesa y viajó a Corea, donde sobrevoló las líneas del frente y observó el intercambio de disparos de artillería. Decidió que los combates intermitentes para ocupar colinas destruidas por el fuego no les permitiría ganar la batalla contra el comunismo[280]. A su vuelta concedió audiencia a MacArthur, haciendo caso omiso de su conversación sobre la guerra nuclear. Tras el encuentro, MacArthur bramó: «Eisenhower no tiene pelotas ni las tendrá nunca».

De hecho, Ike quería celebrar una reunión en la cumbre con Stalin para neutralizar a Alemania, Austria, Japón y la Corea democráticas, y afirmó que Estados Unidos lanzaría un asalto nuclear contra Corea del Norte y China si no se llegaba a un acuerdo. Se informó discretamente a los chinos de que si no entablaban negociaciones, Eisenhower les haría la guerra con todas las armas a su alcance, como había hecho con la Alemania de Hitler con efectos devastadores[281]. El nuevo presidente también incrementó la tensión al sacar a la Séptima Flota de los estrechos de Taiwán, dejando aparentemente expedita la vía para una invasión nacionalista del continente. Mao se creyó las amenazas.

Cuando el comandante de la ONU Mark Clark, que había sustituido a Ridgway en mayo de 1952, ofreció un intercambio de prisioneros de guerra enfermos o heridos, los chinos respondieron en el mismo tono. El problema de la repatriación de los prisioneros se solucionó colocándolos bajo la custodia de la ONU, lo que distendió el conflicto. Se retomaron serias negociaciones en Panmunjom, aunque los chinos aún lanzaron unas ofensivas para fortalecer su posición de cara a las negociaciones. El inconsciente deseo de Syngman Rhee de seguir combatiendo para liberar al norte era como una paja en el ojo de los estadounidenses. En junio de 1953 decidió liberar unilateralmente a algunos prisioneros de guerra cuyo destino aún no se había determinado, y el gabinete de Eisenhower estuvo muy tentado de acabar con él dando un golpe de estado militar o pagando a un asesino para que le pegara un tiro. Aunque se había declarado un alto el fuego y la firma del armisticio era inminente, los chinos lanzaron una ofensiva limitada para castigar a Rhee.

El armisticio se firmó en Panmunjom el 27 de julio de 1953, aunque las crisis de Corea no han cesado a día de hoy, con el riesgo real de guerra nuclear que conllevan[282]. La guerra costó a China 152.000 bajas y 230.000 heridos. Estados Unidos perdió 33.629 hombres y acabaron heridos otros 105.000; sus aliados de la ONU contabilizaron 1.263 muertos y 4.817 heridos. Las bajas coreanas fueron mucho mayores, porque tanto el norte como el sur llevaron a cabo purgas al ocupar el territorio de sus adversarios. Hubo 415.000 bajas surcoreanas y 429.000 heridos, junto a medio millón de civiles muertos. Corea del Norte registró medio millón de bajas militares y murieron entre uno y dos millones de civiles. El paralelo 38 y, sobre todo, Panmunjom mismo, sigue siendo uno de los puntos del globo más incendiarios, pues el reino ermitaño y miserable del nieto de Kim Il Sung, Kim Jong Eun, sigue apuntando con sus armas y misiles atómicos a una Corea del Sur pujante y democrática[283].

La guerra de Corea demostró la importancia estratégica del sudeste asiático, hasta el punto de que Estados Unidos se vio obligado a apoyar a las potencias europeas en sus guerras coloniales. Los intereses económicos desempeñaron su papel, sin duda, pero no los de Estados Unidos, que exportaba arroz y tenía

acceso a materias primas en otras partes del mundo. Fue más bien una decisión estratégica relacionada con lo que Estados Unidos consideraba vital para la salud económica de Gran Bretaña, Francia y Japón: el sudeste asiático. Esto fue lo que movió a los británicos a librar un largo enfrentamiento contra la insurgencia en Malasia, pues querían que solo obtuviera la independencia en los términos que ellos dictaran[284].

6. «EMERGENCIA»: MALASIA

MALASIA fue el único lugar donde los británicos hubieron de enfrentarse durante el colapso de su imperio, veinte años después de la guerra, contra unos insurgentes que defendían una doctrina de la guerra revolucionaria maoísta en vez de hacerlo contra nacionalistas que buscaban su independencia. Tras perder este territorio en circunstancias humillantes, los británicos lo recuperaron al amparo de los bombardeos atómicos y el liderazgo que Mountbatten ejercía sobre el Mando del Sudeste Asiático desde su base en Ceilán. Los estadounidenses querían que las potencias coloniales europeas prometieran, al igual que ellos, su independencia a Filipinas. En Malasia los británicos hicieron lo que pudieron para complacer a los estadounidenses dejando patente su deseo de lograr una integración multirracial. En el mismo momento en el que Washington se dio cuenta de que la pérdida de sus territorios coloniales minaría la capacidad de las potencias coloniales de resistir al comunismo en Europa, la política británica se ajustó al nuevo imperativo anticomunista[285].

La insurgencia se inició en mayo de 1948, con la reunión de cincuenta hombres en un campamento aislado en medio de la jungla en el estado malayo de Pahang, uno de los nueve sultanatos de la recién creada Federación Malaya. Se adoptaron estrictas medidas de seguridad, con los centinelas dispuestos en círculos concéntricos y escoltas de relevo que garantizaran que los líderes del Partido Comunista Malayo pudieran operar sin interrupciones. Una vez empezaron a temer que el alto comisionado británico, sir Edward Gent, declarara ilegal el partido, los hombres hubieron de decidir una estrategia para el futuro.

La figura decisiva en esta toma de decisiones en el seno de un

partido de iguales fue el chino malayo de veinticuatro años Chin Peng (se pronuncia «Pong», motivo de diversión para los británicos). Era hijo del propietario de un taller de reparación de bicicletas y, de niño, había ayudado a recaudar fondos para la resistencia de la China continental ante la invasión japonesa. En 1940 cambió de ideas políticas, dejando el KMT y uniéndose a los comunistas. Chin Peng formó parte, como muchos otros comunistas, de la Fuerza 136, una operación desplegada en territorio británico y dirigida por agentes del Servicio de Operaciones Especiales.

Llegaron a ser unos 5.000 guerrilleros que se autodenominaban Ejército Popular Malayo Antijaponés (MPAJA, en sus siglas en inglés) para que sus vínculos con los británicos no resultaran tan evidentes. Casi todos eran étnicamente chinos a los que los japoneses habían atacado con una brutalidad genocida y estaban en la diáspora. Tenían menos de veinticinco años y eran resineros, porteadores en las minas, leñadores, tenderos y criados. Estos valientes hombres y mujeres fueron los únicos que ofrecieron resistencia en Malasia[286].

La violencia comunitaria empezó en el mismo momento en el que Japón se rindió. Estas guerrillas, mayoritariamente chinas, salieron de la jungla para vengarse de los «colaboradores» predominantemente malayos que, a su vez, desataron un pogromo malayo contra los chinos[287]. En diciembre de 1945 los británicos lograron desarmar oficialmente a las guerrillas comunistas. Hubo un desfile en Kuala Lumpur en el que se entregó a cada combatiente una medalla de unos 350 dólares (unas 45 libras esterlinas) y una copia del discurso del general sir Frank Messervy, en el que alababa su valor. Se honró asimismo a quince líderes comunistas bajo los acordes de la banda de la Marina Real en un desfile aún mayor en Singapur presidido por Mountbatten. Chin Peng destacó lo suficiente como para recibir la Orden del Imperio Británico (que posteriormente le fue retirada). Se creó una asociación de excombatientes del MPAJA, que mantuvo bien alta la llama de la resistencia y permitió a los comunistas recibir modestas pensiones del ejército en calidad de excombatientes[288].

La Emergencia, una denominación de la que hablaremos más adelante, surgió en una de las zonas más hermosas del mundo, probablemente la más verde, pues los monzones son lo único que

alivia sus altos niveles de humedad relativa y, cuando llegan, la lluvia batida por el viento puede caer casi en horizontal. Tiene el tamaño de Inglaterra sin Gales, y es una península que está enteramente rodeada por el mar exceptuando una frontera de 274 kilómetros con Tailandia. Cuatro quintas partes de Malasia están cubiertas de bosques tropicales, en cuyas profundidades viven las tribus aborígenes *orang asli*. Fueron los colonos europeos y los inmigrantes chinos los que crearon riqueza en Malasia. Los británicos importaron plantas de caucho que arraigaron magníficamente en Malasia tras talar parte de su selva y los chinos emprendieron el negocio de las minas de estaño cubriendo el paisaje de manchas de barro. A principios del siglo XX había unas tres mil plantaciones de caucho; las pequeñas pertenecían a comerciantes individuales y las mayores eran de grandes empresas como Dunlop o Goodyear. Funcionaban unas setecientas cincuenta minas de estaño dirigidas por chinos, europeos y muchos estadounidenses[289].

Al declararse la Emergencia, Malasia contaba con una población de unos 5.300.000 habitantes. La mayoría (el 46 por ciento) eran musulmanes malayos que trabajaban junto a 600.000 trabajadores tamiles reclutados en el sur de la India. Pero el 38 por ciento de sus habitantes eran chinos que habían ido emigrando desde el siglo XV. Los chinos formaban clanes y su cultura era insular, en parte como reacción ante las costumbres de los clanes musulmanes en temas de alimentación y matrimonios mixtos con infieles. Los británicos habían gobernado a los chinos malayos desde un protectorado chino especial creado «no tanto para proteger a los chinos como para proteger al país de ellos».

Tras la guerra, los británicos intentaron alcanzar un objetivo progresista con medios regresivos, pensando, sobre todo, en la actitud de los estadounidenses. Derogaron la soberanía de los cinco sultanatos independientes (otros cuatro se habían unido en una minifederación) e intentaron integrar a los chinos en una Unión Malaya multirracial, lo que resultó muy impopular. Los británicos afirmaron que una federación era la mejor alternativa y restablecieron parcialmente las competencias que ostentaban los sultanes en cuestiones religiosas, lo que en sociedades musulmanas equivale a devolverles mucho poder jurídico. Los británicos eran

una especie de clase aparte en toda Malasia y existía una gran línea roja entre los «funcionarios» civiles y los hombres de negocios que no tenían asignadas tareas «oficiales». Era una especie de *apartheid* que se observaba incluso en el derecho de admisión en bares y clubes y se basaba en un código que tenía en cuenta el nivel del cargo, el nombre de la compañía para la que se trabajaba o la profesión que se ejercía. Al igual que en el resto del imperio, normas no escritas permitían a las élites nativas participar en el juego del ritual y el estatus y obtener títulos y medallas[290].

La victoria del comunismo en China, cuyo régimen fue reconocido por Londres en enero de 1950, fue un estímulo psicológico para los insurgentes. Además, el Viet Minh infligía graves derrotas a los franceses en Indochina. La consolidación del régimen comunista en China acabó con las deportaciones a este país de los sospechosos de ser comunistas por parte de los británicos, e incitó a los millonarios chinos (había más en Malasia que británicos) a hacer sus apuestas en caso de que se intimidara a los miembros de sus extensas familias. Los británicos recibieron ayuda de Australia y Nueva Zelanda, mientras el cónsul estadounidense de Kuala Lumpur y la base que la CIA mantenía en Singapur observaban los acontecimientos con ojo avizor.

El inicio de la guerra de Corea fue de ayuda para los británicos por dos razones. En primer lugar, aumentó la demanda de caucho y estaño malayos, lo que implicaba que la contrainsurgencia prácticamente se autofinanciaba. En 1949, el gobierno colonial de Malasia obtuvo 28,1 millones de dólares por el caucho y 31,1 millones por el estaño. Un año después, los beneficios por el caucho ascendieron a 89,3 millones y los del estaño a 50,9 millones; para 1951 las cifras son de 214,1 millones y 76,2 millones[291]. El gasto de la lucha contra la insurgencia se incrementó de unos 82 millones de dólares en 1948 a 296 millones en 1953 y se costeó gracias a los impuestos que gravaban ambas mercancías. En segundo lugar, lo que antes había sido para los estadounidenses una sórdida y circunscrita guerra colonial, que solo beneficiaba a los intereses comerciales británicos, empezó a ser una cruzada contra el comunismo, al estilo de otras en las que los británicos habían participado muy dispuestos, combatiendo contra el comunismo en Corea desde la coalición creada por la ONU[292].

Los chinos malayos trabajaban duro y tenían un gran espíritu empresarial, incluidos los 600.000 ilegales. Los malayos les odiaban porque sus *towkays* u hombres de negocios controlaban Kuala Lumpur y otras ciudades. Pero la comunidad china era compleja y estaba dividida entre quienes apoyaban al Kuomintang y los partidarios de los comunistas. Además eran miembros de organizaciones rivales y había quienes deseaban volver a China mientras que otros solo veían futuro en Malasia[293]. Los chinos en situación ilegal, que habían llegado huyendo de la violencia racial de los japoneses, se ganaban la vida cultivando pequeñas parcelas de tierra ganadas a las laderas de las colinas densamente pobladas de arboledas y carecían de títulos de propiedad. Los funcionarios afirmaban que estaban dañando valiosas partidas de madera y los caucheros recelaban de la relativa independencia que estas parcelas daban a la gente que pretendían contratar a bajo precio para trabajar en sus plantaciones de caucho. Tanto los trabajadores como los dueños de las plantaciones se organizaron para la inevitable confrontación. Los sindicatos de trabajadores comunistas llamaron a la huelga y la Incorporated Society of Planters exigió despidos, expulsiones, flagelaciones y otras lindezas por el estilo. En 1947 se perdieron unos 700 días de trabajo en trescientas grandes huelgas que se propagaron más allá de la península. En 1948, Estados Unidos importó 371.000 toneladas de caucho y 155.000 de estaño por valor de unos 170 millones de dólares, en unos años en los que la Zona Esterlina contaba con 1.800 millones de dólares. La época de bonanza dio impulso a los sindicatos de trabajadores; había abundante material inflamable, suficiente para que el Partido Comunista Malayo encendiera una cerilla al margen de cualquier directiva o interferencia por parte de Moscú[294].

Chin Peng se había convertido en el secretario general del Partido Comunista en 1947, a partir de que el respetado líder del partido, un inmigrante anamita llamado Lai Teck, fuese objeto de sospechas. Lai Teck defendía tenazmente la moderación y sus camaradas lo relacionaron retrospectivamente con cómo había sobrevivido a su arresto por parte de los japoneses sin daño alguno en 1941, o con su ausencia en la conferencia que los miembros del partido habían convocado en septiembre de 1942 y que fue objeto de una emboscada japonesa. Lai Teck se dio cuenta de que la soga

se apretaba en torno a su cuello y huyó a Singapur, llevándose de paso el grueso de los fondos del partido. Se dijo que era un agente británico heredado por la División Especial de Singapur cuando se descubrió su tapadera mientras espiaba para los franceses en Indochina. Sus antiguos camaradas le asesinaron en Bangkok. Aparte de con Peng, la Fuerza 136 contaba con otros veteranos como Ah «Shorty» Kuk y Lau Yew, un combatiente experimentado en la jungla que iba al frente del contingente malayo que participó en el desfile de Londres. El único veterano musulmán malayo de la Fuerza 136 era Che Dat bin Abdullah, conocido como Abdullah CD, que dirigía las operaciones comunistas en Pehang, el mayor estado de Malasia. Los británicos debían pensiones de guerra a la mayoría de estos hombres.

En una reunión celebrada en la jungla decidieron cambiar el nombre de la organización, que pasó a denominarse Ejército Popular Malayo contra el Ejército Británico. Se convirtió en una pequeña fuerza de ataque compuesta por guerrillas a jornada completa que operaban desde bases ocultas y estaban organizadas en ocho regimientos, junto a un grupo de partidarios activos que proporcionaban los fondos, el avituallamiento y los servicios de inteligencia. Estos regimientos de guerrilleros tenían una fuerza variable de entre 300 y 800 combatientes, el 10 por ciento de los cuales eran mujeres. También formaban parte de ellos, curiosamente, unos cien soldados japoneses que se negaban a aceptar el resultado de la Segunda Guerra Mundial. Los comunistas llevaban uniformes rudimentarios con tres estrellas en las gorras denominadas *tiga bintang*: un símbolo de los tres mayores grupos étnicos de Malasia. En realidad, el 90 por ciento de los comunistas eran étnicamente chinos.

La red de apoyo civil se denominaba Min Yuen o Movimiento de Masas e incluía a personas bien situadas para recoger información, como empleados o camareros que trabajaban en oficinas o clubes donde acudían habitualmente los indiscretos británicos. La Ejecutiva Central Comunista controlaba toda la estructura a través de una red de comisarios políticos y células políticas. Chin Peng se mostró de acuerdo con una estrategia global que empezaría con ataques a los gerentes británicos y los supervisores locales de minas y plantaciones aisladas, así como a puestos de policía y oficinas del

Gobierno en pequeñas ciudades y pueblos. La idea era revelar la inutilidad de un Gobierno que no era capaz de ofrecer protección. También obligaría a los británicos a dejar el campo y concentrarse en las grandes ciudades. En la segunda fase, el Min Yuen quería situar guerrillas en las áreas rurales libres de británicos y prepararse para la tercera fase: un ataque masivo a las comunicaciones y las mayores ciudades para expulsar a los británicos de Malasia.

Hasta el momento en el que los sucesos del sur de Irak les sacaron de su error, los británicos se complacían en su experiencia en el poder blando, consistente en ganarse el favor de la gente para hacer frente a la guerra de contrainsurgencia; tendían a burlarse del duro enfoque de «cowboy» de los estadounidenses[295]. Esta actitud tiene algo del sentimiento de los británicos de clase alta, que se creían griegos en relación a unos estadounidenses a los que comparaban con los romanos; en realidad, se consolidó con los buenos resultados en el caso de la contrainsurgencia malaya y se mantuvo hasta principios de la década de 2000. Las lecciones aprendidas en Malasia han pasado a formar parte de la teoría de la guerra contrainsurgente, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, defendida, entre otros, por los generales David Petraeus y Rupert Smith, aunque puede que solo quisieran volver al pasado para justificar las prescripciones del presente. Los ejércitos modernos están obsesionados con el ciclo de aprendizaje militar y quieren aprender del pasado las «mejores prácticas» y los posibles errores. El problema, como veremos más adelante, consiste en saber qué parte del pasado ofrece lecciones provechosas[296]. Para implementar un enfoque basado en ganarse la voluntad de la gente hay que haber combatido antes y trasladado forzosamente a contingentes de población. Además, se corre un velo de silencio sobre lo que los británicos han aprendido de sí mismos, incluso durante la década de 1940, pues la guerra de los Boers fue hace mucho tiempo. Uno de los elementos clave de la táctica contrainsurgente de los británicos es la táctica japonesa de fortificar pueblos o aldeas. Sin embargo, estos nunca han reconocido su deuda con los nipones, exceptuando el caso de un oficial de distrito denominado Howe, que dijo: «Los japos han rodeado de alambre de espino Titi y Pertang, acantonado tropas allí y obligado a todos los chinos de la zona a trasladarse al interior de las áreas defendidas.

¿No podríamos hacer lo mismo?»[297].

El 14 de junio de 1948, el jefe de los Servicios de Seguridad Malayos (MSS, en sus siglas en inglés) informaba a Londres: «No existe una amenaza inmediata para la seguridad interna de Malasia, aunque la situación varía continuamente y es potencialmente peligrosa»[298]. Pocas veces ha demostrado ser erróneo un informe en tan poco tiempo. La ciudad minera de Sungei Siput, que producía estaño y pertenecía al estado de Perak, estaba al oeste de la cadena montañosa central del oeste de Malasia. A unos tres kilómetros al este de Sungei Siput había una plantación de caucho aislada denominada Elphil Estate y dirigida por un gerente británico de nombre Arthur Walker. Para Walker, el 16 de junio de 1948 era un día especial, pues él y su mujer, que habían vivido veinte años en Malasia, volvían a Inglaterra. La señora Walker había ido a Sungei Siput para hacer las compras de última hora, mientras Walker acababa con el papeleo en la oficina. En torno a las 8.30 de la mañana entraron a su despacho tres hombres chinos que habían llegado en bicicleta diciendo «Tabek, Tuan!» («¡Saludos, señor!»), le pegaron un tiro y se fueron, haciendo caso omiso de una gran suma de dinero que había en la caja fuerte abierta. Un empleado hindú aterrorizado miró a uno de los hombres, que le devolvió la mirada y escupió displicente en el suelo antes de subirse a la bicicleta y marcharse. A un kilómetro y medio hacia el este, doce chinos armados entraron en la hacienda de Sungei Siput y ataron a dos administradores británicos, uno de ellos un aprendiz de veintiún años llamado Christian. Asesinaron a los dos en lo que fue la primera matanza de los 99 plantadores que acabaron asesinados durante la Emergencia[299]. Uno de los chinos aseguró a un empleado malayo: «No tengas miedo. Solo nos ocupamos de los europeos y de los perros que huyen», un expresión maoísta que hace referencia a colaboradores de cualquier tipo[300]. Las emboscadas en las carreteras y vías ferroviarias completan el cuadro del *modus operandi* de los «bandidos», un término utilizado por los británicos para deslegitimar a sus adversarios.

Estos sucesos dieron la oportunidad al encargado de Asuntos Chinos de huir de su rutina diaria en Ipoh. Thompson partió hacia Elphil Estate, donde habían asesinado a Walker, y llegó justo cuando entraba una compañía de gurkhas. Luego fue a Sungei Siput

Estate, donde comió la comida de Christian, pero no fue capaz de dormir en la cama del hombre asesinado. Mientras volvía a casa fueron sucediendo más atrocidades. En Voules Estate, Johore, terroristas comunistas identificaron a uno de los jefes chinos, Ah Fung, y le exigieron cincuenta céntimos por cada resinero de la hacienda a la semana. Ah Fung se negó, así que le ataron a un árbol delante de su mujer y su hija y le cortaron ambos brazos. Le colgaron un cartel en el cuello que rezaba: «Muerte a los perros que corren». Las atrocidades no las cometía solo un bando. En diciembre de 1948 la Guardia Escocesa masacró al menos a veinticuatro prisioneros chinos en Batang Kali, alegando que les habían disparado para evitar su huida; todo un milagro de puntería[301].

Muchos de los hacendados echaron la culpa del levantamiento al alto comisionado, sir Edward Gent, un mandarín liberal de Whitehall que nunca había ocultado su desprecio hacia ellos. Desde luego, había hecho caso omiso a sus advertencias, y el exceso de optimismo que se aprecia en sus escritos sin duda refleja su pensamiento ilusorio. Los hacendados estaban tan nerviosos que organizaron una porra en Perak sobre cuándo, dónde y a quién atacarían los terroristas comunistas, con un margen de cuarenta y ocho horas[302]. Tras la lectura de un editorial del influyente *Straits Times* que emplazaba a los británicos a «gobernar o largarse», Gent declaró la «Emergencia». Eligió esta palabra según los consejos de aquellos hacendados a los que sus seguros londinenses no reembolsarían sus pérdidas en caso de guerra civil, pero sí en caso de altercados civiles y tumultos. Las compañías de seguros se negaron a asegurar bienes sitos en Palestina entre 1945 y 1948, y en 1949 amenazaban con hacer lo mismo en Malasia. Los británicos eran renuentes a introducir la ley marcial pero, en marzo de 1939, se hicieron con los poderes de emergencia previstos para la defensa colonial, que dotaba a los gobernadores de amplios poderes para preservar la seguridad pública y el orden.

Se cancelaron los permisos a la policía y se repartieron armas entre los hacendados. La población europea, que rondaba las 12.000 personas, se dotó rápidamente de armas, las cuales depositaba a la entrada del bar del «Spotted Dog» (apelativo dado al Selangor Club)[303]. Sobre el papel aquello parecía un concurso desigual entre unas ocho mil guerrillas comunistas y más de 10.000

agentes de policía que trabajaban a tiempo completo y contaban con el apoyo de 11.000 hombres pertenecientes a tropas regulares como los gurkhas, los Seaforth Highlanders o la King's Own Yorkshire Light Infantry. En realidad, más de la mitad eran tropas de apoyo y solo contaban con unos 4.000 efectivos para combatir en la jungla. La policía, compuesta por unos 70.000 hombres (la mayoría, agentes malayos), cargó con la peor parte.

Los británicos eran un grupo díscolo movido por enemistades nuevas y antiguas. Los hacendados creían que lo que hacía Gent se debía a las políticas llevadas a cabo por el odioso «régimen socialista» de Londres. Lo cierto es que el comisionado general para el Sudeste Asiático del Gobierno laborista, Malcolm MacDonald, exigió a Londres que trajera de vuelta a Gent. Este murió el 4 de julio: el avión que le llevaba a casa se estrelló al aterrizar en el aeropuerto de Northolt a las afueras de Londres[304]. A su sucesor le llevó tres meses llegar. Se trataba de sir Henry Gurney y era un oficial de las colonias muy experimentado, pues había servido en África y Palestina. Puede que sus extensos conocimientos prácticos sobre terrorismo compensaran su ignorancia en relación a Malasia. Uno de sus mayores problemas era que las fuerzas de seguridad estaban muy enemistadas entre sí y había graves conflictos entre aquellos oficiales que habían huido de la ocupación japonesa y los que se habían quedado, sido arrestados, y padecido terribles consecuencias por su internamiento en prisiones niponas. Las relaciones entre el responsable de la policía, el del Departamento de Investigación Criminal (DCI, en sus siglas en inglés) y el de la reducida División Especial que hacía las veces de servicio de inteligencia eran tensas; el MI5 londinense también tenía un representante local.

Aunque los comunistas atacaran puestos aislados de policía, sus objetivos favoritos eran los hacendados del caucho. El tamaño de las haciendas oscilaba entre los 50 kilómetros cuadrados de las haciendas pertenecientes a compañías de Londres hasta las plantaciones más modestas de 400 hectáreas, propiedad de los chinos absentistas. Se dejó en paz a los operarios estadounidenses de minas, sobre todo porque estaban fantásticamente armados. Los plantadores de caucho y sus familias habitaban en viviendas de sus propias haciendas, situadas a veces en lugares tan remotos que

apreciaban mucho los ejemplares de *The Times* de Londres de tres semanas atrás. Eran gentes rudas, muchos de ellos supervivientes de los campos de internamiento japoneses que habían vuelto a sus solitarias vidas en lugares donde el vecino más cercano estaba a diez o quince kilómetros. No tenemos la certeza de que fueran tan despreciables como les retrata Sommerset Maugham en sus novelas, pero el bridge, el póquer y el whisky con soda (*stengahs*) jugaban un papel importante en sus vidas, al igual que los *amahs, boys, syces* y *tukan ayers* que cubrían las necesidades de sus familias[305]. Sus mujeres, «mems», tenían apodos como Billy o Tommy y solían ser tan expertas en el uso de fusiles y granadas como sus maridos. Los hacendados aprendieron a cambiar sus rutinas en sus inspecciones del trabajo de los nativos, que extraían la savia blanca de los troncos de los árboles, y tenían en cuenta cómo y cuándo se sentaban a almorzar, no fuera a ser que entrara una granada volando por la ventana. Los disparos procedentes de la espesa jungla que había tras sus casas interrumpían su sueño regularmente.

Robert Thompson era un exoficial de la RAF que había estado a las órdenes de Orde Wingate en los Chindits y tenía muchos planes para proteger a los hacendados. Los solteros estaban especialmente amenazados, de manera que organizó las «partidas de pernocta con hacendados», es decir, que tres o cuatro hombres llegaban hasta las haciendas al atardecer para tener más potencia de fuego durante la noche[306]. El general de división Charles Boucher, comandante en jefe de Malasia, pidió a Thompson que creara una compañía irregular, denominada Ferret Force, en la que él y otros dos hombres llevaran patrullas a la selva para enfrentarse a los terroristas comunistas en su propio terreno. Trajo a hombres de la tribu Dyak de Borneo, con los tatuajes negros que los de más edad lucían en sus pulgares como muestra de su habilidad como cazadores de cabezas, y a los Iban de Sarawak para que ayudaran en calidad de rastreadores. La Ferret Force consiguió alguna victoria limitada; desde luego fue más eficiente que las grandes maniobras, fácilmente eludibles, que organizaba el ejército.

La suerte jugó su papel en la prematura muerte de Lau Yew, la mano derecha de Chin Peng. El superintendente de policía, un antiguo fogonero de la Marina llamado Bill «Two-Gun» [dos revólveres] Stafford porque llevaba un revólver debajo de cada

brazo, se enteró a través de su informante, un barbero de Kuala Lumpur, de que los comunistas celebraban una reunión en un pueblo al sur de la capital. Stafford y un equipo de detectives chinos permanecían a la espera y fueron sorprendidos por tres hombres que salieron de una choza disparando sin parar. Mataron a dos de ellos y el tercero resultó mortalmente herido. Tras identificar el cuerpo de Lau Yew, Stafford y sus hombres esposaron a cinco mujeres, entre ellas la esposa de Lau Yew. Stafford se vio a su vez atacado por un gran número de insurgentes y se ganó el apodo de «Iron Broom» [escoba de hierro] al abalanzarse sobre los asaltantes al grito de: «¡Vienen los gurkhas!». Al oírlo, los comunistas prefirieron huir a enfrentarse a los pequeños y letales nepalíes, que en realidad no estaban allí. Stafford también se hizo con muchas armas de los comunistas gracias al soplo de un informante con ganas de obtener la recompensa prometida por cada fusil o bala. Los hombres se encontraron en la última fila de un sórdido cine en el que proyectaban una película de Tarzán. Durante la noche siguiente Stafford fue con cuatro hombres a un lugar solitario cerca del pueblo de Karang, donde, tras cavar sin descanso, desenterraron un arsenal que incluía docenas de metralletas, 237 rifles y 10.000 balas. El informante debería haber sacado unos 100.000 dólares por el arsenal, pero se avino a recibir solo 60.000. Stafford se negó rotundamente a compartir el botín.

GURNEY Y BRIGGS

En las batidas rara vez se localizaba al enemigo en la selva y, cuando ocurría, los terroristas comunistas solían evitar que les rodearan. Una de las personas más críticas con el papel desempeñado por el ejército británico fue el brigadier «Mad Mike» Calvert, de las recientemente reformadas SAS [fuerzas especiales británicas] que el Gobierno laborista había disuelto en octubre de 1945. Tras una inspección de cinco meses en Malasia, escribió en 1950: «El ejército hace mucho ruido pero consigue muy poco». Sus esfuerzos por introducir en el conflicto pequeñas unidades de las SAS británicas y de Rodesia quedaron en agua de borrajas tras sufrir un colapso nervioso en junio de 1951 por el que le repatriaron. El uso de las fuerzas aéreas para bombardear las aldeas sospechosas solo incrementó el apoyo local a los comunistas. En todo caso, puesto que a la RAF no le estaba permitido bombardear las

plantaciones de caucho debido a las indemnizaciones, las guerrillas se ocultaban en ellas. Thompson, que a la sazón se encontraba en Kuala Lumpur coordinando la obtención de información, afirmó: «Las dimensiones de un ejército fomentan la inestabilidad política porque el poder político debe mantener el control del ejército».

La llegada de Gurney propició la adopción de una estrategia de contrainsurgencia en la que los militares quedaban subordinados al trabajo policial y la política. Gurney y Boucher hicieron lobby en Whitehall a favor de sus respectivas estrategias para acabar con la contrainsurgencia; ganó Gurney, aunque Boucher siguió actuando como si ostentara el mando hasta que el jefe del Estado Mayor Imperial, el mariscal de campo «Bill» Slim, le ordenó retirarse. Gurney se fiaba de Thompson pero hizo algunos cambios clave, fundamentales para los resultados obtenidos durante la Emergencia, mucho antes de que el activo Gerald Templer apareciese con sus recetas mágicas[307]. El inspector de policía Harold Langworthy fue reemplazado, debido a su ineficacia, por el coronel Nicol Gray, antiguo jefe de la policía palestina. Una de las costumbres con las que se encontró Gray al llegar a Malasia fue la del cese de todos los sistemas de comunicación policiales desde las 18.30 hasta la mañana siguiente. Tampoco funcionaban desde la hora del almuerzo del sábado hasta el lunes por la mañana.

Gray era un escocés alto que había sido instructor jefe en la base de entrenamiento de la Marina Real hasta que dirigió las operaciones posteriores al Día D[308]. Reclutó a cientos de sus antiguos subordinados, sobre todo a sargentos acostumbrados a patear culos árabes y judíos con sus botas y con las culatas de los rifles. El periodista Harry Miller fue testigo ocular de cómo «un sargento británico incitaba a un policía con botas a convertir a un sospechoso en una pelota de fútbol. Pegaron al joven chino por toda la habitación hasta que la amenaza de informar de ese trato al cuartel general acabó con el juego»[309]. Fueron ascendidos a tenientes, lo que suscitó el odio de la ya resentida policía de Malasia contra los «palestinos». No obstante, desempeñaron un importante papel al entrenar a más de 40.000 agentes especiales para que desempeñaran labores de vigilancia en plantaciones aisladas. Gray no gozaba de gran popularidad entre sus subordinados, entre otras cosas porque les obligaba a arriesgarse

más y a conducir de noche camiones desarmados por caminos solitarios donde los comunistas podían tenderles una emboscada. El día de la primera prueba murieron dieciséis policías y resultaron heridos nueve. Se enviaron patrullas a lo que sus críticos denominaron «paliza en la selva» y se suscitó un conflicto con Boucher que no se solucionó hasta que el general le obligó a retirarse.

El segundo nombramiento clave fue el del teniente-general sir Harold Briggs, que a los cincuenta y cinco años ya llevaba retirado un par de ellos tras una distinguida carrera militar, en tiempos de guerra, en el ejército de la India, que culminó con su nombramiento como comandante en jefe de Birmania. Convencieron a Briggs de que fuera a Malasia para dirigir las operaciones durante dieciocho meses. En realidad, querían que coordinara las operaciones de contrainsurgencia realizadas por el ejército y la policía, aunque Briggs careciera de potestades ejecutivas en estos cuerpos. En su Directiva 1 creó un Consejo de Guerra Federal, con sus réplicas a nivel estatal, local y de distrito, para coordinar todas las ramas de actividad de Gobierno, policía y ejército[310]. A los veinte meses de iniciada la insurgencia, el Gobierno también creó un Comité Malayo en Londres. Se encomendó a Briggs y Thompson (que ya formaba parte de su equipo) que convirtieran las ideas de Gurney sobre cómo ganar la guerra en un plan de operaciones, que estos entregaron en junio de 1950. Su título completo es Federation Plan for the Elimination of the Communist Organisation and Armed Forces in Malaya [Plan Federal para la Eliminación de la Organización Comunista y las Fuerzas Armadas de Malasia]. Basándose en lo que ya habían probado los británicos en Birmania en la década de 1930, lo esencial era concentrarse y mantener a los chinos del campo bajo control para obligar a sus camaradas armados a buscar suministros en los campos de la muerte británicos. Se dividió al ejército en unidades pequeñas asignadas a áreas locales y se reservó una fuerza de ataque mayor para enfrentarse a las principales unidades comunistas.

Los inmigrantes chinos más recientes, sospechosos de simpatizar con los comunistas, fueron repatriados a China al amparo de la Regulación 17C de noviembre de 1948. Se deportó a unos 12.000. 17D permitía la expulsión colectiva y la detención de todos los

habitantes de áreas determinadas, mientras que 17E y 17F admitían el desalojo forzoso y el reasentamiento de pueblos enteros tras quemar los antiguos. La policía adquirió mucho más poder gracias a una serie de regulaciones de emergencia aprobadas en julio de 1950, que se convirtieron en la principal herramienta contra la presión ejercida por la insurgencia comunista. Se condenaba a muerte a cualquiera detenido por terrorismo o por ayudar y estar en connivencia con los terroristas. Los sospechosos podían permanecer detenidos hasta dos años sin juicio y no se pedían órdenes judiciales para hacer registros. Los Servicios de Seguridad malayos resultaron ser un chasco. El hecho de que se informara al jefe del MI5, sir Percy Sillitoe (que iniciara su carrera en Glasgow como policía), de que el jefe de los Servicios de Seguridad malayos le llamaba «el chico de la esquina de Glasgow» aceleró su fin. Tras acabar con el MSS se creó una División Especial, escindida en 1952 del Departamento de Investigación Criminal, responsable de combatir la insurgencia. Estos oficiales de la División Especial, con su «olfato» intuitivo para el mal, son los héroes reales de todas las guerras libradas por los británicos contra insurgentes y terroristas, incluidas la de Irlanda del Norte o la presente contra los islamistas, aunque nadie cante sus gestas.

Una de sus tareas principales era dar con la orden de combate del enemigo y dilucidar sus relaciones con el Partido Comunista, el Ejército Popular Malayo contra el Ejército Británico y la red de apoyo civil Min Yuen. Era muy difícil obtener una buena visión general de la situación porque los comunistas habían formado células aisladas. Los datos disponibles se complementaron con los asesinatos conocidos y se localizaron en un mapa con chinchetas de colores para intentar extraer algún sentido del increíble caleidoscopio de sucesos. Se interceptaron los mensajes escritos en caracteres chinos sobre rollos de papel de arroz que transportaban los correos o se depositaban en la jungla en lugares escogidos. Los mensajes se traducían, interpretaban y recopilaban en el cuartel general de la División Especial, situado en las afueras de Kuala Lumpur. Otro lugar clave era el complejo de edificios denominado Holding Center (o Casa Blanca), donde se interrogaba a terroristas capturados, o que se habían rendido, y que contaba con habitaciones equipadas con aparatos de escucha y espejos

polarizados. Puesto que muy pocos oficiales británicos de la División Especial hablaban chino mandarín, la *lingua franca*, y aún menos cantonés o el dialecto de Hokkien, eran los policías chinos o los terroristas que se habían cambiado de bando los que llevaban a cabo los interrogatorios. No se recurría tanto a la brutalidad física como a la psicológica, pues se apabullaba a los detenidos con todo tipo de información sobre su vida. Se instauró un sistema de recompensas monetarias para inducir a la gente a confesar dónde estaban los terroristas comunistas. Se llegó a ofrecer hasta 250.000 dólares (29.000 libras esterlinas) por Chin Peng, y la mitad si se le entregaba muerto. Asimismo se dispuso que a los informantes de los terroristas comunistas solo se les pagara la mitad de las recompensas a través de un sistema de incentivos cuidadosamente diseñado, para que no diera la impresión de que se estaba recompensando al enemigo. Se introdujo un carné de identidad común en toda la nación, según un modelo japonés, que incluía fotografías y huellas dactilares; resultó tan eficaz que los comunistas asesinaron a once fotógrafos profesionales chinos[311].

Las guerrillas dependían de que los aldeanos les dieran alimentos e información, bien voluntariamente, bien motivados por actos de brutalidad ejemplar, como cortar los brazos a niños. Los chinos ilegales eran los más expuestos a este tipo de extorsión, aunque la comunidad empresarial china pagaba protección en metálico. El principal objetivo del plan Briggs era proteger a la población de forma que los insurgentes quedaran aislados, llevándoles a esconderse en sus campamentos de la jungla, donde tenían que obligar a los aborígenes a alimentarles. Briggs situó a unos 600.000 ilegales chinos en una red de reasentamientos rurales ofrecidos por los sultanes malayos. El ejército creó cuarteles generales en las ciudades y pueblos de las zonas de guerrillas, con pequeños puestos avanzados en los límites de la jungla. Se fortificaron estas áreas de asentamiento con alambre de espino y reflectores y se las proveyó de electricidad y agua potable. Tenían una única entrada para poder monitorizar los movimientos de la población. Cada familia recibía una parcela de unos 700 metros cuadrados dentro del perímetro para construir una casa, y unos campos de casi una hectárea ganados a la selva que había al otro lado de las vallas. Les entregaron dinero y comida para que

pudieran sobrevivir hasta el momento de la cosecha. Se suponía que en cada pueblo había un puesto de policía, un hospital y una escuela, supervisados por un oficial «europeo», normalmente jóvenes idealistas de Australia y Nueva Zelanda.

Los soldados británicos cumplieron la delicada tarea de trasladar a la población de aldeas enteras desde sus hogares a estas nuevas localizaciones. La operación se llevó a cabo con rapidez y, a mediados de 1951, se había reasentado a un total de 423.000 chinos en 410 asentamientos. Había algunos asentamientos modelo, explotados con fines propagandísticos, pero la mayoría estaban en un estado lamentable y eran pequeños. Según una doctora china casada con un policía de la División Especial: «El sucio camino era como una cicatriz en medio de la selva. Allí, en la fétida esquina de un manglar, entre el alambre de espino mantenido por los policías del puesto, se encontraba la "nueva aldea" en medio del pantano. Allí vivían cuatrocientos seres humanos, con los pies hundidos en barro salado [...] no había agua limpia»[312]. La vida en estos pueblos era tan monótona que al menos una terrorista capturada afirmó: «Veía mi vida extenderse ante mí, interminable, una existencia gris y deprimente hasta que fuera demasiado mayor para trabajar y tuviera que depender de otros. Odiaba este tipo de pensamientos»[313]. Mientras los británicos estuvieron a cargo se permitió a los consejos electos de las aldeas recaudar modestos impuestos locales. Sin embargo, uno de los aspectos peor tratados de este programa fue el resentimiento paralelo de muchos pueblos aborígenes de las montañas, que habían sido guías y rastreadores del MPAJA durante la guerra mundial. Trasladarles a los valles y negarles su tradicional dieta forestal resultó ser un desastre, y unos ocho mil murieron a causa de las enfermedades o por falta de ganas de vivir. Los comunistas, al retirarse a la espesa jungla, encontraron a los aborígenes que quedaban, que estaban muy dispuestos a hacer de exploradores[314].

La política de reasentamientos obedecía a la intención de desacreditar la idea de Mao de que los peces de la guerrilla debían nadar en el mar popular, pues les obligaba a buscar avituallamiento en zonas donde las fuerzas de seguridad gozaban de cierta ventaja. Como se aplicaba una política de venta de bienes de consumo muy restrictiva, había detallados registros de cada compra y venta de

arroz así como de otros productos, por ejemplo el papel y lo necesario para imprimir propaganda. También se limitaba la circulación de alimentos crudos o enlatados distribuyéndose solo latas perforadas y arroz ya hervido. En el caso de los nuevos pueblos-dormitorio para los trabajadores de las plantaciones, estos tenían que volver a la aldea para comer todos juntos en vez de llevarse algo para comer entre los árboles de caucho. La operación de «negar la comida» obligó a las guerrillas a sembrar cultivos de alimentos, pero eran muy vulnerables a los herbicidas de la RAF, al menos hasta que los comunistas aprendieron cómo engañarles recurriendo a modelos de cultivo diferentes. Tropas y policía se encargaban de averiguar cómo se contrabandeaba con comida y desarmaban, por ejemplo, bicicletas que pudieran ocultar arroz en las barras o el manillar, o registraban a quienes llevaban mucha ropa encima por si acaso ocultaban bajo ella bolsas de comida.

Los británicos también intentaron dividir a los comunistas explotando las fisuras ideológicas y estratégicas internas, así como fomentando la deserción. El comisario de policía malayo Shao Liu criticó a la dirección por embarcarse en una lucha revolucionaria sin contar con el apoyo de las principales etnias malayas, por lo que se le acusó de «desviacionismo» y le pusieron bajo vigilancia. Como continuó criticando a la dirección, Chin Peng ordenó su ejecución, junto a la de su esposa y sus tres colaboradores más cercanos. Lam Swee, un sindicalista que se había unido a los insurgentes y ejercía de comisario político en Johore, mostró su indignación por la diferencia entre los riesgos a los que se enfrentaban quienes vivían en los campamentos en medio de la selva y la vida regalada que llevaban los miembros del Politburó comunista, que comían tres veces al día y mantenían amantes en su base cerca de Mentakab. Tras un terrible viaje de seis semanas hasta lo que supuestamente era una nueva base, el comisario político local negó dinero y comida a Lam Swee y sus cuarenta hombres, cuando a este le constaba que tenía dos mil dólares malayos en efectivo. Una vez que el Politburó se enteró de que Lam Swee y sus jefes de pelotón mantuvieron una reunión en la que vertieron graves críticas sobre el Comité Central, mataron a uno de los jefes de pelotón, arrancaron todas sus insignias a Lam Swee, le quitaron las armas y le arrestaron. Huyó temiendo que le mataran y se entregó en una

comisaría de policía. Su captura fue un gran triunfo para los británicos.

Estas historias de disidentes individuales, hipocresía y traición gustaban tanto a los británicos responsables de las operaciones de la guerra psicológica que obligaron a Lee a escribir un tratado llamado *My Accusation* [Mi acusación] para distribuir copias por la jungla desde el aire. Uno de los personajes clave del relato fue C. C. Too, un chino malayo de treinta años de edad. Comprendió que, puesto que se trataba de fomentar la deserción de los terroristas comunistas, no era buena idea retratarles como a enemigos odiosos. Lo que hizo fue sacar provecho de las inquinas personales que había entre las filas de los terroristas comunistas, sobre todo las relacionadas con algún tipo de frustración sexual. Durante el periodo de Emergencia, los británicos soltaron 500 millones de folletos sobre la jungla, escritos en el lenguaje de la insurgencia o con dibujos para los analfabetos. Se lanzaron unos diez mil, repartidos por todo el mapa. Algunos contenían imágenes de insurgentes asesinados por los británicos y se planteaba la pregunta de si alguien quería compartir este macabro destino. Pero también los había con fotos de las amantes de los líderes del Partido Comunista, algo muy eficaz teniendo en cuenta que se castigaba con la pena de muerte a los soldados de los campamentos que mantuvieran relaciones sexuales con sus compañeras. Lam Swee escribió una carta, supuestamente para un terrorista analfabeto que se había entregado, que decía lo siguiente: «Camaradas, me he rendido después de que mi oficial al mando me robara la novia. El oficial no solo estaba bien alimentado sino que podía tener las chicas que quisiera. ¿Tienes novia? Los oficiales de rango superior pueden hacer el amor en sus chozas y si tú quieres amistades femeninas tienes que esperar hasta que los superiores se cansen de alguna»[315]. El tema desmoralizó a muchos terroristas comunistas. Muchos camaradas casados deseaban reunirse con sus mujeres e hijos y los hombres jóvenes huían para poder tener una vida sexual normal. En la mayor parte del material de propaganda había fotos de terroristas que se habían entregado y gozaban de buena salud o copias de cartas personales en las que antiguos camaradas, padres o esposas les instaban a rendirse. En algunos folletos se mencionaban los nombres de combatientes aislados, cegados durante la batalla,

con un comisario a sus espaldas dispuesto a acabar a cuchilladas con el desgraciado. En uno de los folletos aparecía la foto, destinada a la combatiente embarazada Lim Yook Lee, de un bebé feliz. Debajo se leía: «¡Qué feliz y confortable está este bebé en una maternidad pública!»[316]. A finales de 1949 se empezaron a elaborar salvoconductos para los desertores, firmados por el alto comisionado, en los que no se mencionaba la palabra «rendición» sino que se recurría a términos más anodinos como «salida» para suavizar la vergüenza.

Los terroristas que se rendían acababan alojados en la Academy of Peace and Tranquility del circuito de carreras de Taiping, junto a los operativos Min Yuen capturados. La dirigía George Rotheray, un funcionario malayo. Los Hok Uen o «estudiantes» aprendían un oficio, practicaban deporte o cultivaban parcelas de tierra. El prototipo de este experimento fue Wilton Park, donde se alojaban cómodamente los oficiales alemanes capturados (entre micrófonos ocultos que captaban cada palabra que decían), y Macronissos, en Grecia, donde se preparaba a los comunistas capturados para pasar a formar parte del ejército griego. La filosofía imperante era que el ocio era diabólico, un principio evidente en los esfuerzos contemporáneos por rehabilitar a islamistas extremistas en Indonesia y Arabia Saudí. La libertad aparente de los internos estaba pensada para evitar que los activistas más duros acabaran controlando los campos y prisiones. La Taiping Academy parecía una prisión moderna de régimen abierto, con una seguridad mínima y oportunidades para los internos de aprender un oficio útil y trabajar fuera del campo como peluqueros o mecánicos con una licencia diaria. Los edificios tenían zonas de ocio con un cine (gustaban mucho las películas del oeste estadounidenses), una radio que captaba las emisiones de Pekín y existía la posibilidad de jugar al bádminton y al baloncesto[317].

Estas medidas se combinaron con operaciones militares en las que se intentaba echar a los comunistas al otro lado de la frontera con Tailandia. Aunque a la larga estas políticas acabaron teniendo éxito, en 1951 las perspectivas británicas no eran muy buenas. En aquellos días se había asesinado a unos tres mil hombres, mujeres y niños, incluidos la mujer de un hacendado y su bebé de dos años. Los terroristas comunistas también mataron a sir Henry Gurney,

curiosamente después de que hubiera firmado su dimisión, frustrado por el ritmo de la contrainsurgencia. Un fin de semana de octubre Gurney y su mujer Florence salieron hacia un centro turístico situado en Fraser Hill, pero lo hicieron en el Rolls Royce oficial con la bandera británica. Tras subir una pendiente cayeron en una emboscada tendida por treinta y ocho guerrilleros que esperaban a un convoy del ejército. Abrieron fuego sobre el jeep que encabezaba la marcha y sobre el Rolls Royce con armas de poco calibre. Gurney decidió salir del coche para desviar el fuego de su esposa. Resultó mortalmente herido casi al instante. Treinta cinco balas impactaron sobre el Rolls Royce, pero lady Gurney y el secretario de sir Henry sobrevivieron tirándose al suelo.

Gurney había contribuido mucho al futuro éxito de las operaciones de contrainsurgencia, no solo en los nuevos pueblos, sino también con la creación de una Asociación Sino-Malaya, que intentaba poner a los ricos hombres de negocios de parte del Gobierno, y un Fondo de Previsión para los empleados de todas las razas. Obligó a los comunistas a emplear a combatientes para cultivar alimentos en lo más profundo de la selva, mientras sus fuerzas de combate atentaban contra objetivos más selectos. Lo anterior se deduce de las resoluciones de octubre de 1951, en las que los comunistas reconocían los efectos de las acciones británicas. Los ataques insurgentes disminuyeron de 506 mensuales en 1951 a 295 en julio de 1952 y 198 en septiembre[318]. El mayor error de Gurney fue no poner a Briggs al frente de las operaciones policiales y militares, algo que Briggs había recomendado al nuevo primer ministro, Winston Churchill, antes de retirarse a Gran Bretaña por motivos de salud.

LOS AÑOS DEL TIGRE

La idea de fusionar las operaciones civiles y militares gustaba tanto a Churchill como a su nuevo secretario para las colonias, Oliver Lyttelton, quien en una rápida visita a Malasia decidió deshacerse del jefe de la policía, Nicol Gray, y del director de la División Especial, William Jenkins, que, por entonces, no se dirigían la palabra y habían expresado su deseo de jubilarse. Churchill y Lyttelton buscaron un general en Londres capaz de ejercer el poder, tanto civil como militar, propio del alto comisionado. Hablaron con el mariscal de campo Montgomery, quien mandó una breve nota a

Lyttelton:

Estimado Lyttelton.

Malasia

Debemos elaborar un plan.

En segundo lugar necesitamos a un hombre.

Cuando tengamos un hombre y un plan, tendremos éxito; antes no.

Atentamente suyo,

Montgomery (F.M.)

Lyttelton comentó: «Puedo decir, sin mentir, que esto ya se me había ocurrido»[319]. Lo intentaron con Brian Robertson, que se encontraba en Suez, y no quiso aceptar un puesto en ultramar en un estadio tan avanzado de su carrera. Luego probaron con el mariscal de campo Slim, que dijo ser demasiado viejo, antes de preguntar a sir Gerald Templer. Templer era de ascendencia irlandesa y había trabajado en recursos humanos e Inteligencia. Se rompió la columna en Italia, en un accidente de camión que, al salirse de la carretera para no colisionar con un jeep, pisó una mina. Era un tipo duro que tenía la costumbre de golpear a sus interlocutores con su bastón en el pecho o el estómago. Los intérpretes chinos traducían con cuidado su pintoresco lenguaje, de manera que «bastardos» se convertía en: «Su Excelencia informa de que le consta que ninguno de sus padres y madres estaban casados en el momento de su nacimiento». Le apodaron «el Tigre de Malasia», un título del que había gozado previamente el general japonés Yamashita, quien infligió a los británicos la mayor derrota de su historia con la conquista de Malasia y Singapur en 1942.

Churchill convocó a Templer a una reunión en la cumbre en Canadá, donde le concedieron audiencia el primer ministro y el secretario de Defensa, mariscal de campo Alexander, a la una de la madrugada. Churchill había estado bebiendo y estaba bastante sentimental. Puso la mano sobre la rodilla del general y le dijo: «Debe ostentar el poder, el poder absoluto, civil y militar. Me ocuparé de que lo tenga usted y cuando lo obtenga, aférrese a él y hágalo con firmeza. Luego no haga nunca uso de él; sea astuto, muy astuto. ¡Eso es lo que tiene que hacer!». Una vez retirado Templer, hizo una referencia a la breve nota de Montgomery: «Bueno, Alex, helo aquí. Hemos encontrado a un hombre»[320].

Así era. Dieron a Templer la autoridad política propia de un alto comisionado y el control real de la policía y de todos los servicios de las fuerzas armadas en tanto que director de operaciones. Ningún soldado británico había ostentado tanto poder desde Oliver Cromwell. Templer había dedicado casi toda su carrera militar a la Inteligencia, llegó a ser director de la inteligencia militar, pero su experiencia más reciente era en el ámbito de la planificación de naciones, al frente del gobierno militar de la zona británica de Alemania. En esos años se hizo famoso por echar al alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, al considerarle demasiado mayor para el cargo. En realidad, impulsó la meteórica carrera de Adenauer, que acabaría siendo canciller de Alemania. Pero, más allá de esto, Templer era un hombre inteligente, sabio y un administrador que sabía mostrar humanidad.

Defendía la estrategia de crear una Malasia unificada, en la línea de Whitehall de prometer a los pueblos su independencia tras ser derrotada la insurgencia. Tal vez fuera él quien ordenara el cambio de denominación de unos enemigos que pasaron de ser «bandidos» a ser «terroristas comunistas», lo que contribuyó a incluir la guerra de Malasia en el contexto más amplio de la Guerra Fría. Hablar de comunistas tocaría la fibra sensible de los estadounidenses, que no entendían por qué el Estado dirigía todo su poder contra meros «bandidos»[321]. Aunque Templer no se diera cuenta, su nombramiento coincidió con un cambio de estrategia por parte de sus adversarios. En octubre de 1951, el Comité Central Comunista «decidió» que el terror indiscriminado era contraproducente y que debía confinarse la violencia a objetivos simbólicos como funcionarios británicos o fuerzas de seguridad[322].

A buen resguardo en su casa estilo Tudor de Kuala Lumpur, Templer refinó el legado de Harold Briggs en vez de hacer algo totalmente nuevo. Dio a su nuevo cargo carisma y brío. Emulando los famosos memorandos tipo «La acción de hoy» de Churchill, envió «minutos rojos» y esperaba respuestas y soluciones al final del día. Templer se dio cuenta rápidamente de que la Emergencia no iba a resolverse exclusivamente por medios militares. «Los disparos son solo el 25 por ciento del problema, el otro 75 por ciento consiste en lograr que la gente de este país nos apoye», escribió en 1952[323]. Era mejor capturar terroristas que matarlos, porque podían

obtener de ellos información valiosa.

También hubo novedades en la cumbre: el general de división Hugh Stockwell, que tenía mucha experiencia en Birmania y Palestina, llegó a Malasia en calidad de oficial al mando y buscó a un oficial de policía experimentado, sir Arthur Young, para infundir cordura a la policía. Jack Morton se convirtió en jefe de inteligencia y Guy Madoc en el director de una División Especial específica. C. C. Too se quedó y recibió pleno apoyo. Hugh Carlton Greene, propagandista de guerra y futuro director general de la BBC, fue el encargado de reunir toda la información sobre la marcha de la guerra desde el complejo de la División Especial, lo que resultaba muy útil para echar mano de los terroristas que cambiaban de bando[324]. El cónsul general de Estados Unidos era miembro *ex officio* del Comité de Coordinación de la Defensa británica y recibió informes regulares de la División Especial. Templer le dijo: «Despediré a quien sea incapaz de trabajar con los estadounidenses». Las misiones de inspección y ayuda estadounidenses satisficieron a los británicos gracias al aporte de radios, lanchas fuera borda, rifles, blindaje, alambre de espino e intérpretes chinos[325].

Templer creía que era importante ver de primera mano la situación sobre el terreno. De manera que en los veintiocho meses que pasó en Malasia emprendió 122 viajes por el país, que cubrieron 48.000 kilómetros por aire y casi 34.000 por carretera. Paraba mucho en estos viajes: hacía delicadas preguntas a los oficiales, pero también escuchaba a los lugareños, aldeanos y plantadores. Dejó claro desde el principio que sabía actuar sin piedad. Nada más llegar, murieron en una emboscada en Tanjong Malim una docena de ingenieros y policías, entre ellos el ayudante del distrito Michael Codner, un hombre famoso por haber escapado de los alemanes en una conocida fuga denominada «Caballo de madera». Templer fue hasta el lugar de los hechos e increpó a los habitantes llamándoles cobardes por permitir que los comunistas operaran en su vecindad. «Esto tiene que acabar», afirmó, «no me gusta castigar a gente inocente, pero muchos de vosotros no lo sois. Tenéis información que no nos dais porque sois demasiado cobardes»[326]. Retiró a Tanjong Malim su estatus de capital administrativa, lo que afectó a los bolsillos de los ciudadanos y

rebajó su ración de arroz a la mitad. También impuso un toque de queda de veintidós horas, y 3.500 guardias vigilaban una doble valla de alambre de espino que contaba con quince torres de vigilancia y potentes focos por todo el perímetro. Se pidió a los residentes que rellenaran un formulario confidencial en el que podían informar sobre sospechosos de ser comunistas o simpatizantes de estos. Llevaron el primer montón de formularios a King's House, donde Templer los leyó personalmente, y pasó los más interesantes a la División Especial. Posteriormente fueron destruidos para preservar el anonimato de los informantes.

Él y su equipo se dedicaron a reducir las tensiones étnicas que subyacían a la Emergencia. Uno de los problemas era que la policía estaba compuesta mayoritariamente por malayos, en parte porque las familias chinas creían que el rango de agente de policía era impropio de ellos. Como dice un proverbio chino: «Los hombres buenos no son buenos soldados, al igual que no se usa buen hierro para fabricar clavos». Se animó a los hombres de negocios chinos a financiar el reclutamiento de policías. La fuerza policial, paramilitar en esencia, recibió el nuevo nombre de «servicio» y se les dieron placas en las que aparecían dos manos unidas. Se llamó «pueblos nuevos» a las zonas de reasentamiento, con la denotación subyacente de frescura y novedad, y mejoraron las actividades de ocio. Se propició la creación de asociaciones de voluntarios; Templer mostró especial interés por los Boy Scouts. Su imponente mujer Peggie se dedicó en cuerpo y alma al voluntariado y aprendió rudimentos de malayo para hablar en la radio. También popularizó los Institutos de la Mujer para ayudar a la clase media indígena multiétnica con su propia experiencia directa en organización democrática[327]. Gracias a la ayuda de las Girl Guides y la Cruz Roja, hizo una importante labor en los Institutos de la Mujer, donde se daba consciencia a las jóvenes de que tenían mayores obligaciones sociales que sus madres. Lady Templer abrió las puertas de King's House a todos los miembros de grupos selectos de ciudadanos malayos, desde aldeanos a jefes tribales, que se deleitaban comiéndose las chocolatinas con papel y todo.

Templer erradicó de King's House todo ejemplo de esnobismo racista mezquino y fue el primer alto comisionado en dar la mano a sus sirvientes domésticos, con los que también bailaba la conga en

ocasiones especiales. En un discurso pronunciado ante los miembros del Rotary Club de Kuala Lumpur, dejó patente que no iba a perder el tiempo con la tranquila vida de los colonos europeos. «Tenéis ante vuestros ojos la obra de los comunistas; rara vez van a las carreras; casi nunca asisten a cenas o cócteles y no juegan al golf». En una de las celebraciones del día de san Jorge, se negó la entrada al sultán de Selangor a una fiesta del Lake Club, del que era dueño más que miembro. Templer reunió al comité del club y les leyó la Ley Antidisturbios. Señaló que el ejército británico de Malasia era un cuerpo multirracial del que formaban parte africanos de Nyasaland, gurkhas, hindúes y personas de Fiji, por no hablar de los australianos, neozelandeses y blancos pertenecientes a las fuerzas especiales de Rodesia, y amenazó con cerrar el club. En un discurso pronunciado en la Cámara de Comercio, Templer hizo hincapié en las responsabilidades de los colonos europeos:

La comunidad británica, formada por ciudadanos de un país democrático líder, tiene una responsabilidad especial y debe dar ejemplo y liderar [...] Los europeos tienen que aprender a considerarse no solo gente de paso sin raíces en Malasia, sino asimismo parte de un tradición de colaboración entre Gran Bretaña y Malasia que ha funcionado en el pasado y se mantendrá en el futuro. Deben tomar parte activa en la vida local de la comunidad malaya. Deben emprender una cruzada contra las barreras raciales y la discriminación allí donde aparezcan. Deben dar ejemplo en lo relativo a las relaciones entre empleadores y empleados y practicar la ética en los negocios. También deben dedicar algún tiempo al voluntariado[328].

Templer consiguió una invitación a la coronación de la reina Isabel II en 1953 para el secretario general del Sindicato de Trabajadores de las Plantaciones, y no le temblaba el pulso a la hora de deshacerse de administradores de plantaciones que practicaban el obstruccionismo. Si pensaba que los salarios y condiciones de trabajo que los plantadores ofrecían eran inadecuados, escribía directamente a sus jefes de la City de Londres. Tenía mucho cuidado de que no pareciera en ningún momento que favorecía más a los malayos chinos que a los ciudadanos étnicamente malayos, que le recordaban a los aparentemente pasivos (pero en secreto iracundos) árabes a los que había conocido

durante su estancia de un año en Palestina a mediados de la década de 1930. Hubo malayos que pidieron incluso su reasentamiento en los nuevos campos para huir de la miseria existente en sus *kampong*. Se adoptó la medida de conceder subsidios gubernamentales para suplir la rápida caída de los precios del caucho tras el *boom* generado por la guerra de Corea. El ejército era una especie de vanguardia de integración de razas, pues Templer creó, junto a un regimiento exclusivamente malayo, un Regimiento de la Federación multirracial, que recibía entrenamiento en la Federation Military College, una versión malaya de la Real Academia de Sandhurst para oficiales.

Templer también era muy consciente del papel que podían desempeñar las fuerzas armadas a la hora de lograr que los comunistas se sentaran a la mesa de negociaciones. El hecho de que hoy en día se haya puesto de moda decir que en Irak o Afganistán su función ha consistido en proteger a la población por medio de formas suaves de antiterrorismo no significa que su importancia fuera menor. Se regían por la idea de que como mejor se combatía a las guerrillas era con otras guerrillas. Los servicios de seguridad contaban con personal enemigo que se había rendido y les guiaba hasta las madrigueras de sus antiguos camaradas. En 1953 se creó en un antiguo manicomio de Kota Tinggi una escuela de guerra especializada en operaciones en la jungla. Entrenaba a estos nuevos lunáticos un veterano de la Fuerza 136 que les hacía comer *delicatessen* como iguana frita y sopa de pitón. Todo recluta llevaba el Manual de Operaciones Antiterroristas, conocido como ATOM, en su uniforme de combate empapado de sudor.

Las tropas debían combinar las habilidades de ladrón, gánster y cazador furtivo. Aprendieron a susurrar en vez de hablar, pues el sonido se propaga rápidamente por la jungla, y a utilizar el ruido que producía la lluvia al caer para tender emboscadas. Las compañías de soldados competían entre sí para ver quién era autor de más muertes y se referían a cada cien muertos con el nombre de «siglo», como en el cricket. En un entorno donde la visibilidad apenas alcanzaba unos pocos metros y todo el mundo parecía hecho polvo tras las largas patrullas, no se dejaba de recalcar el peligro que podía suponer encender una fogata. En las carreteras rurales las emboscadas eran un peligro constante, pero los ferrocarriles fueron

seguros a partir de ser blindados. Hubo incidentes divertidos. El comandante de una compañía Green Howards vio desaparecer tres cabezas junto a la carretera a unos 180 metros de su posición. Ordenó a sus hombres parar el convoy y atacar por el flanco lo que resultó ser una guarida de monos en una hondonada[329].

Se utilizaron aviones y helicópteros Sikorsky para avituallar a las patrullas que recorrían largas distancias para alcanzar regiones remotas y también para mantener alta la moral de las tropas gracias a la rápida evacuación de las bajas. Un vuelo de diez minutos en helicóptero permitía cubrir la misma distancia que diez horas de caminata por la selva. Fuerzas especiales de élite denominadas Malayan Scouts y entrenadas por las SAS se lanzaron en paracaídas o descendieron desde helicópteros para tender emboscadas a los equipos de comunistas terroristas. En pocos segundos llegaban al suelo hasta seis hombres. El uso de antiguos cazadores de cabezas Sarawak produjo un pequeño escándalo a partir de la publicación en el *Daily Worker* comunista de una foto de los mandos de la Marina Real mostrando orgullosamente las cabezas cercenadas de dos terroristas. En realidad, las habían guardado por motivos de identificación, ya que era imposible trasladar los cuerpos completos hasta la base a través de la cerrada jungla.

Templer decidió acabar con la estrategia de Briggs de proceder sistemáticamente de sur a norte. Él y el general Stockwell emplearon patrullas móviles para combatir a los comunistas terroristas en cualquier parte. Equipos mayores controlaban áreas que, a partir de septiembre de 1953, pasaron a denominarse «blancas», tras haber acabado en ellas con la presencia de los terroristas gracias a operaciones de Inteligencia. En las áreas «blancas», copias de las «zonas de paz modelo» japonesas de la Malasia de tiempos de la guerra, se eliminaron los toques de queda y otras limitaciones. Se multiplicaron como manchas de tinta y en ellas se vivía una vida normal; los niños jugaban en la calle en vez de estar encerrados en casa y las parejas jóvenes podían dar paseos.

A finales de 1953 se había matado o capturado a unos 7.000 combatientes del Partido Comunista Malayo. Algunos se habían rendido y, aunque se reclutaran unos 1.600 al año, su número se estabilizó en torno a las 5.500 personas. Pero cada vez se mostraban menos activos. Los incidentes con armas de fuego descendieron de

unos 6.000 en 1950 a alrededor de 1.000 cuatro años después. En los últimos cinco años de la Emergencia, las patrullas cazaban grupos de terroristas cada vez menores[330]. Los británicos se adelantaron a los estadounidenses en el uso de agente naranja y, al igual que en Vietnam, se usó el defoliante químico tricloroacetato de sodio, fabricado por la Imperial Chemical Industry, para limpiar de vegetación las carreteras y evitar que se tendieran emboscadas, así como para acabar con los claros donde los comunistas cultivaban sus alimentos. El Gobierno aseguró que estos productos químicos mataban las semillas sin ser tóxicos o bien eran agentes hormonales vegetales[331].

Los británicos recurrieron asimismo al avión Voice, apodado Loudmouth, utilizado por los estadounidenses en Corea. Estos aportaron aviones Dakota, que contaban con un generador diésel capaz de dar energía a cuatro enormes altavoces fijados al tren de aterrizaje. Como la vegetación dificultaba mucho la labor del fuego antiaéreo, estos aviones podían volar muy bajo en grandes extensiones de terreno emitiendo mensajes pregrabados a las guerrillas. Algunas de estas grabaciones tienen el tono autoritario de la voz de Dios. Tras tres días de practicar la pronunciación del chino mandarín, la voz de Templer anunció desde los cielos: «Aquí el general Templer a todos los miembros del Partido Comunista Malayo. No debéis temer, podéis rendiros. Esto es una petición personal, no sufriréis malos tratos». También grabaron mensajes de terroristas que se habían cambiado de bando y que, sorprendentemente, se dirigían a individuos concretos. En torno a 1955 todas las guerrillas que se rindieron dijeron haber oído estos mensajes[332]. En los folletos en chino se leía lo siguiente: «No alimentéis a los perros locos de los comunistas u os morderán», rezaba el texto junto al dibujo de un granjero chino tirando un bol de arroz mientras un perro feroz con capa y estrellas comunistas le mordía el trasero. Entre la publicidad dirigida a los comunistas había folletos que mostraban el cadáver de un tamil llamado Ramesamy y un texto que decía: «Le mataron como a un perro no deseado». En los noticieros se hablaba de antiguos insurgentes que disfrutaban de una espléndida comida a base de pato en Nueva York tras haber dejado la jungla[333].

Los oficiales chinos de la División Especial de Madoc ganaron la

guerra del espionaje. Tenían la sensibilidad cultural suficiente y la capacidad lingüística para ello. La máxima prioridad era localizar las bases enemigas. A veces colocaban aparatos de escucha en las radios que luego vendían a comerciantes que surtían al Min Yuen. También era importante colarse en la red de correos comunistas. Se utilizaba a mujeres para estas tareas, ya que los hombres de las fuerzas de seguridad se lo pensarían dos veces antes de cachearlas exhaustivamente en sociedades donde se valora el pudor. Si la mujer llevaba un niño, a menudo prestado por alguna madre del Min Yuen, todavía mejor.

Una joven detective china, Irene Lee, se centró especialmente en esta red de mujeres correo. Tenía un objetivo mortal: los comunistas habían matado a su marido, que también era detective. La División Especial empezó a obtener resultados tras tres semanas perdiendo el tiempo entre los estantes de los almacenes Robinson de Singapur vigilando a Ah Soo, esposa del líder de la patrulla de protección comunista. Ah Soo se encontró allí con otra mujer que llevaba una bolsa de plástico idéntica a la suya. Las mujeres intercambiaron las bolsas e Irene siguió a Ah Soo cuando salió de la tienda, le puso la pistola en la espalda y la obligó a subir a un coche aparcado en medio de la acera. En el cuartel general de la División Especial hallaron un mensaje oculto en el fondo falso de un bote de polvos de talco Johnson's. Amenazaron a Ah Soo para que diera el nombre de sus contactos. Le dijeron que harían una fotografía suya sonriendo entre dos policías y lanzarían 50.000 copias de la foto sobre la jungla.

La segunda correo vivía en Yong Peng. Irene Lee la convenció de que ella también era un terrorista, y la invitó a salir para celebrar un asesinato reciente. Secuestraron a la mujer en un taxi y, de repente, se encontró en una habitación del cuartel general de la División Especial junto a un extraño equipo: espejos y dos mujeres con batas blancas. Estaba aterrorizada pensando que iban a torturarla y confesó rápidamente, tras lo cual le hicieron solo una manicura y un moldeado. Su confesión llevó a Irene Lee a una plantación de caucho cercana a Ipoh, donde empezó a trabajar como una simple resinera. Estuvo observando algunas semanas a un compañero llamado Chen Lee, conocido miembro del Min Yuen. Tras llevarle hasta un taxi oscuro aparcado en un lugar solitario le

habló mostrándole el arroz que había conseguido introducir en una bomba de bicicleta y las medicinas que había enterrado a la entrada de la jungla. También le dijo que sabía que había pasado munición a los terroristas. Entonces se quebró la resistencia del guerrillero, pues sabía que la posesión de armas o munición se castigaba inevitablemente con la pena de muerte.

La información proporcionada por Chen Lee llevó a Irene Lee al final de la cadena: una librería en Batu Road, Kuala Lumpur. La División Especial tenía que entrar en ella, pero solo tenía una puerta, que daba a una concurrida calle, y los agentes del Min Yuen vigilaban la tienda permanentemente. La División Especial creó una compañía de exportación e importación de piña enlatada en Johore. Adquirieron un camión grande que todas las semanas hacía el trayecto entre Johore y Penang y todos los domingos paraba en Kuala Lumpur antes de llevar su carga hasta los muelles de Penang. Un domingo por la mañana el camión sufrió un pinchazo justo delante de la librería, y el conductor convenció a los agentes del Min Yuen de que descargaran las latas de piña para levantar el vehículo más fácilmente. El conductor mismo, un detective de la División Especial, mandó a buscar botellas de cerveza Tiger porque hacía mucho calor. Apilaron las cajas delante de la librería. Irene Lee esperó dentro de una hasta que pudo salir por una apertura trampa. Hizo una copia de la cerradura y fotografió el contenido de la tienda, y regresó al interior de la caja antes de que volvieran a cargarla en el vehículo. Había dado con dos pistas clave: el correo principal estaba en Ipoh y era una mujer joven.

En julio de 1952 Irene Lee y otros seis agentes de la División Especial estaban sentados en un bar de Ipoh esperando al equipo local de la División Especial que se encargaría de los arrestos. Querían acabar con la estructura de células que creaban los comunistas para llevar a cabo sus ataques terroristas. El objetivo era Lee Meng, antigua maestra de veinticuatro años de edad, la mejor correo de los comunistas, que ya había organizado múltiples ataques con granadas en la zona de Ipoh, entre ellos ataques a las oficinas del periódico del KMT, o atentados en los que habían resultado muertos cinco civiles que miraban un espectáculo de circo y el público de un cine. Había intentado asesinar a miembros destacados de la Asociación Sino-Malaya, entre ellos a su

presidente, Ten Cheng Lock. Cuando Irene Lee entró a su apartamento, Lee Meng (que usaba un nombre falso) dijo trabajar en una mina de estaño y contó durante dos horas una historia personal que se había aprendido bien. Cada vez la interrogaban más deprisa y dejaron de ser amables Lee no fue capaz de recordar algunos detalles de su antigua vida en Singapur. No se acordaba del nombre de la tienda que había enfrente de su casa, ni el de la cafetería que había cerca de la calle donde decía haber vivido. Tras un exhaustivo registro de su habitación hallaron documentación comunista en un cajón falso de una antigua mesa china. Arrestaron a Lee Meng con su nombre real y la mandaron a una prisión de Taiping.

Para ocultar cómo la habían encontrado, acusaron a Lee Meng de posesión de una granada de mano, un delito que había cometido, no en 1952, sino entre 1948 y 1951, a raíz de una fotografía en la que aparecía sujetando una granada. Nueve exterroristas testificaron que era una líder guerrillera responsable de ataques con granadas. La prensa la apodó enseguida «La chica de la granada». Para evitar la intimidación de los jurados, el sistema judicial vigente durante la Emergencia envió dos asesores externos para decidir junto al juez británico. Los dos asesores no eran europeos y la hallaron inocente, pero el juez se limitó a ordenar que se reabriera el juicio con un europeo como asesor. Lee Meng fue hallada culpable y condenada a morir ahorcada. El caso atrajo mucha publicidad por todo el mundo y la apelación llegó ante el Consejo Privado de Londres. Intervino el Gobierno húngaro, ofreciéndose a canjear a un hombre de negocios británico al que retenían por espionaje por la vida de Lee Meng; la opinión pública, tanto de Gran Bretaña como de Malasia, persuadió a un Whitehall reticente de la necesidad de autorizar el intercambio, aunque técnicamente fuera el sultán de Perak quien la indultara. Pasó once años en la cárcel antes de ser deportada a la China comunista[334].

La interceptación de mensajes dio mucha información a las fuerzas de seguridad. Solían estar escritos con zumo de limón o aspirina soluble, para poder leerlos calentando el papel. Los mensajes estaban cifrados, del tipo: «El tiempo por aquí ha sido horrible los dos últimos meses», en referencia al acoso al que les estaban sometiendo las fuerzas de seguridad. Tras descubrir

mensajes ocultos en pasta de dientes y en una fruta (un durián apestoso), la División Especial dio con la identidad de un miembro del Min Yuen que estaba en contacto con Liew Kon Kim, el famoso «terror con barba de Kajang». Las tropas del regimiento Suffolk rodearon una choza en la jungla donde dormitaban Kim, su amante y cuatro camaradas tras una copiosa comida. Asesinaron al «terror con barba» y a su amante.

Hubo terroristas que cayeron en la tentación de las grandes recompensas ofrecidas por entregar a líderes comunistas. Shorty Kuk, de veintinueve años, cometió el error de alardear ante sus compañeros de que se ofrecía una recompensa de 200.000 dólares por su cabeza. Unos días después, dos hombres y una mujer, que parecía agitar una cabeza cortada, obligaron a parar al conductor de un tren expreso. La cabeza cortada pertenecía a Shorty Kuk. El trío se entregó junto a dos mochilas repletas de documentos comunistas: tanto descripciones de las políticas de Chin Peng y sus planes militares como cartas que ponían de manifiesto las tensiones existentes entre las guerrillas y el Min Yuen. La retirada de Chin Peng al otro lado de la frontera con Tailandia junto a ochenta compañeros, en la primavera de 1953, demostró el nivel que había alcanzado la desmoralización. Fue una triste noticia tras cinco años de lucha. Muchos de los grupos guerrilleros que quedaban tenían la moral muy baja a causa de la dieta inadecuada, las úlceras propiciadas por el hábitat de la selva y los brotes de malaria y disentería. Esto afectaba sobre todo a los intelectuales del Partido Comunista, cuya existencia anterior no les había preparado para las sanguijuelas y otros miles de insectos de la jungla.

En 1954 tres terroristas recurrieron a intermediarios aborígenes para señalar que Osman China, el mayor propagandista del partido, estaba dispuesto a rendirse con su grupo. Osman se entregó, con algo de alivio, a David Storrier, el oficial de la División Especial que se adentró en la jungla para encontrarse con él. Cuando ambos hombres confiaron el uno en el otro, Osman China se ofreció a llamar a su camarada Hor Leung; se limitó a escribirle una carta y Hor Leung se entregó enseguida. Entonces, los dos importantes terroristas accedieron a entregar a más camaradas. Dos semanas después se habían rendido dieciocho hombres y los dos responsables de ello recibieron buenas recompensas en metálico.

También se recompensó a los aborígenes que hicieron de intermediarios con neveras y radios, sin que nadie cayera en la cuenta de que no funcionaban sin electricidad. En 1957 la contrainsurgencia perdió su carácter anticolonial tras la creación de un Gobierno malayo independiente bajo el liderazgo de Tunku («príncipe») Abdul Rahman y, a finales de la década de 1950, los terroristas comunistas limitaron sus actividades a Kedah y Perak, cerca de la frontera tailandesa. Una de las últimas grandes operaciones en relación a los líderes comunistas afectó a Siu Mah, líder del grupo que mató a sir Henry Gurney. Acabó atrapado con su grupo en unas cuevas de roca caliza con muy poca comida. Dos de los guardaespaldas de Siu Mah, enviados a contactar con el Min Yuen para conseguir suministros, prefirieron entregarse a la División Especial, cumpliendo un plan que habían tramado junto a otro de los guardaespaldas que permanecía con Siu Mah. Un funcionario chino de la División Especial se hizo pasar por miembro del Min Yuen y acompañó a los dos disidentes de vuelta a las cuevas. Al llegar hicieron sonar dos veces el timbre de las bicicletas, la señal que esperaba el tercer guardaespaldas para asesinar a Siu Mah.

La vida en la jungla estrechaba horizontes y las únicas preocupaciones de quienes la vivían era encontrar comida y un lugar caliente para dormir. Solo llegaban del mundo exterior, cuando llegaban, las entrecortadas voces de la radio. Los primeros campamentos de los terroristas comunistas eran grandes, y los días y las noches se organizaban en el reparto de actividades diversas. Imperaba una disciplina de hierro y los comandantes otorgaban méritos al valor y propinaban castigos a quienes se dormían mientras estaban de guardia en una emboscada. A medida que las grandes formaciones iban dando paso a pequeñas bandas, la férrea disciplina se hizo mezquina. Y, lo que era aún peor, la ilusión de ser un operario de una gran máquina (una imagen omnipresente en los mensajes del South Johore Regional Committee y la Press and Propaganda Unit) dio paso a otra realidad, la de ser animales en fuga perseguidos no solo por los británicos sino también por los Dyak, cazadores de cabezas; por fieros hombres negros de tribus de Nyasaland, con cicatrices rituales en el rostro hechas con flechas; y fornidos nativos de Fiji, increíblemente rápidos y aficionados a

cantar mientras mataban[335].

Templer volvió a Gran Bretaña en 1954. Allí, al leer en un artículo de la revista *Time* que «la jungla está estabilizada», comentó: «Pegaré un tiro al bastardo que diga eso». El poder que había ostentado se repartió entre el alto comisionado civil, Donald MacGillivray, antiguo segundo de Templer, y el general sir Geoffrey Bourne, firmemente subordinado al poder civil. El temor de que Malasia se hubiera convertido en un Estado policial, expresado en la Cámara de los Comunes por un par de académicos de Oxford y Cambridge, demostró ser infundado, aunque ambos persistieron en sus acusaciones muchos años después de que se demostrara que eran falsas. En realidad, el Estado se estaba convirtiendo en una democracia a medida que se preveía la posibilidad de hacer realidad las promesas de independencia. Lo primero que convenía hacer era invitar a las élites malayas a cooperar con las chinas, lo que eventualmente dio lugar a un Partido de la Alianza multiétnico dirigido por un hombre de trato fácil: Tunku Abdul Rahman. A partir de 1953 se procuró que los miembros del Partido de la Alianza se unieran al Consejo Ejecutivo para «malayizar» las responsabilidades por la forma de proceder durante la Emergencia y prepararse para el autogobierno. También se animó a los chinos a unirse al funcionariado civil, hasta entonces dominado por los malayos, para acabar con su idea de que eran una clase aparte dedicada a ganar dinero. Además de unir a las élites, los británicos intentaron ganar la confianza y voluntad de los agricultores chinos, que mostraban sentimientos ambivalentes hacia los insurgentes comunistas.

Aunque los británicos afirmaron que Malasia accedería a la independencia en veinte años, el plazo se fue reduciendo sucesivamente. En parte debido a que los étnicamente malayos querían acceder al poder rápidamente, antes de que los chinos se movilizaran políticamente. En 1955 se celebraron elecciones para una cámara federal y la Alianza se hizo con cincuenta y uno de los cincuenta y dos escaños del Consejo Federal. Tunku Abdul Rahman se convirtió en primer ministro y ese mismo año celebró conversaciones secretas con Cheng Peng en la Escuela Inglesa de Baling, en lo que fue un intento infructuoso de llegar a un acuerdo de paz. El orgullo de Peng no le dejaba reconocer que Tunku

representaba a un auténtico movimiento nacionalista que estaba a punto de lograr la independencia. El resultado fue que, una vez obtenida la independencia, Malasia no se había forjado ninguna identidad multiétnica y aún hubieron de transcurrir tres años de Emergencia hasta su punto y final oficial en julio de 1960.

Cuando Gran Bretaña y los gobiernos malayos negociaron la creación de una nueva Federación Malaya entre 1958 y 1962, ciertos nacionalistas de Brunéi y Sarawak (territorios ricos en petróleo) decidieron trasladar sus intereses a Indonesia y Filipinas, que estaban en desacuerdo con la propuesta de extensión de la Federación. La Marina Real, los gurkhas y los Green Jackets acabaron con los rebeldes en Brunéi, que se convirtió en un pequeño Estado independiente de una riqueza extraordinaria, mientras que Sarawak se integró en la Federación Malaya. Una vez derrotados los insurgentes comunistas que quedaban a manos de los malayos, los policías británicos permanecieron en la zona cumpliendo exclusivamente funciones asesoras. En 1961 Chin Peng se fue al exilio en Pekín, donde ocupó un recinto especial, aunque más tarde se le reubicara en las fronteras del sur de Tailandia, donde aún vivía en 2012. Ni él ni el Partido Comunista de Malasia arrojaron la toalla hasta 1989. Unos 12.000 hacendados y gerentes de plantaciones fueron desapareciendo, poco a poco, en sucesivas oleadas de «malayización»[336].

Malasia no fue ni la primera (Palestina) ni la última (Adén) campaña de contrainsurgencia librada por los británicos, pero sí la más exitosa. En enero de 1957 un oficial de Chipre sugería a sus superiores de la Colonial Office que podría ser de utilidad comparar entre sí las campañas de contrainsurgencia. El asesor de seguridad y el de inteligencia se pusieron de acuerdo en unos términos cuyo ominoso eco perdura a través de los años y siguen siendo tan ciertos hoy como entonces:

Creo que en el pasado no hemos sabido hacer buen uso de nuestra experiencia. Cuando se declaró el estado de emergencia en Kenia, el Gobierno se enfrentó a los problemas planteados por las detenciones, la propaganda, la rehabilitación, etcétera, como si se tratara de fenómenos nuevos y extraños *[sic]*. Chipre hizo más o menos lo mismo y no creo que sea un error de los gobiernos. Lo que ocurre es que la experiencia recopilada en Malasia no se resumió ni

pudo consultarse en parte alguna. Además, en el caso de Chipre, tampoco se contaba con una recopilación sistemática de la experiencia obtenida en Kenia.

Unos años más tarde, un policía que había servido en Malasia formuló un problema más profundo: «El secretismo y la desconfianza generalizada de los británicos hacia los principios generales han causado mucho daño innecesario en el pasado. Hemos olvidado las lecciones dolorosamente aprendidas en una campaña (y en ese caso debemos aprendérnoslas de nuevo) o las hemos hecho cumplir con toda severidad en una situación diferente, en la que ya no eran de aplicación»[337]. Lo que debemos aprender hoy es a aplicarnos a la hora de aprender la lección que nos brindan ciertas fases de campañas anteriores, en vez de imaginar que lo que nos gusta hacer en el presente funcionó de maravilla en el pasado. ¿Se ganó la Emergencia gracias a la obtención de los «corazones y mentes» de la población y a los titánicos esfuerzos de un general? ¿O acaso la victoria se debió al reparto de la población y a la conquista militar de territorios y la guerra de «corazones y mentes» fue un mero paréntesis antes de la cooptación democrática de las élites chinas? En Vietnam no se daban muchas de las condiciones de Malasia, ni en tiempos de la dominación francesa ni en los de la estadounidense y su aliado local, de manera que tal vez no se pudieran aplicar allí las lecciones aprendidas. Tampoco parece ser de mucha utilidad la «experiencia militar adquirida» en el Afganistán contemporáneo[338]. Pero antes de pasar a Indochina, debemos asomarnos a otra guerra de contrainsurgencia, la de Filipinas, que Estados Unidos ganó incuestionablemente con un par de hábiles golpes de mano.

7. HUK O CROOK: FILIPINAS(2)

TRAS la fusión de socialistas y comunistas filipinos en 1938, el vicepresidente del nuevo partido dejó algo muy claro:

No tenemos intención de importar la marca rusa del comunismo en la situación en la que nos encontramos. Las condiciones de Rusia son totalmente distintas [...] De hecho, creo que hay que criticar severamente a los soviéticos. En realidad, en Filipinas nos gustaría dar la bienvenida al capitalismo del siglo XX. Si nuestros trabajadores pudieran adquirir el nivel de vida, el estatus y los derechos de los que gozan [...] los trabajadores estadounidenses en el mundo capitalista moderno, estaríamos satisfechos[339].

Parece natural que se olvidara este mensaje tras el aterrizaje en Manila de un coronel de las fuerzas aéreas coloniales, llamado Edward Lansdale, para acabar en Filipinas con lo que se había convertido en parte de la amenaza comunista mundial. Gracias a su labor en Filipinas estuvo a punto de convertirse en el mayor experto estadounidense en la guerra de contrainsurgencia. Su historia es tan extraordinaria que constituye un ejemplo paradigmático de lo que se relata en este libro. Pero ¿qué hacía en Filipinas?

Tras la ocupación de las islas por los japoneses, a principios de 1942, las élites gobernantes de Filipinas hubieron de tomar la inevitable decisión de huir, resistir o colaborar. La mayoría optó por colaborar y solo una pequeña parte, 300 como mucho, decidieron resistir y huyeron de los valles del centro de Luzón a los pantanos de Candaba, el monte Arayat o la Sierra Madre y las montañas Zimbales. Crearon un movimiento guerrillero denominado el Hukbong Bayan Laban sa Hapon (Ejército Popular Antijaponés). En

el tagalo original, la lengua mayoritaria en un país que contaba con más de cien lenguas locales, se abrevió (como sabemos) hasta convertirse en Hukbalahap o Huk.

Los Huk procedían de diversas organizaciones de base de antes de la guerra, creadas para defender los derechos tradicionales de los campesinos y aparceros del valle central de Luzón. Pedían lo que «sería justo si los propietarios fueran hombres buenos y honorables». Como la mayoría de los movimientos campesinos de cualquier parte y época histórica, sentían nostalgia de aquellos viejos buenos tiempos en los que los jefes tenían rostro humano y familiar o, al menos, no amenazaban con reemplazarles por máquinas[340]. Sus exigencias eran modestas: los propietarios de las tierras no debían quedarse con el 50 por ciento de la cosecha de arroz ni cobrar intereses usurarios por los préstamos en metálico o de arroz que necesitaban los aparceros para sobrevivir en tiempos de escasez. Los terratenientes también recurrían al registro de tierras para arrebatárselas a unos aparceros que, a menudo, carecían de títulos de propiedad o tenían uno que no estaba en regla. Lograron hacerlo gracias a sus contactos entre los corruptos de Manila, lo que implicaba que podían recurrir a los tribunales o a la brutal policía filipina para acabar con cualquier revuelta campesina.

Muchos Huk apenas tenían veintitantos años y habían sido testigos presenciales de la brutalidad japonesa cuando violaron, torturaron o mataron a sus familiares. Uno de cada diez eran mujeres, que solían ser correos, instructoras o enfermeras más que guerrilleras. Cada vez que atacaban un puesto o patrulla japoneses, aumentaba el número de armas del que disponían. Cuando aprendieron a usarlas, los Huk pudieron disputar a los nipones el control de las zonas rurales. Fue un conflicto desesperantemente cruel. Los japoneses recurrían a informantes secretos para identificar a los simpatizantes de los Huk entre los campesinos; los Huk secuestraban, juzgaban y mataban a los funcionarios locales y a los agentes de policía que colaboraban con los ocupantes[341].

Gran parte de la organización de los Huk se solapaba con la del Partido Comunista filipino, pero lo que motivaba a los primeros era sobre todo una «visión cristiana roja» de la justicia social y un odio visceral hacia los ocupantes, mientras que los líderes comunistas

eran teóricos al margen de todo, que despreciaban a su propia gente de clase baja como cualquier *haciendero* a sus campesinos. El marxismo era algo demasiado sofisticado para unos campesinos prácticamente analfabetos, muchos de ellos devotos cristianos y proestadounidenses[342]. Un Jesús putativamente socialista les decía mucho más que Lenin o Stalin, por no hablar de Mao Zedong.

A finales del verano de 1943 fueron a Tokio políticos filipinos experimentados. Querían felicitarles por el borrador de constitución que habían redactado para una República de Filipinas independiente; un documento que habían encargado los comandantes japoneses de Manila. Esta sorprendente concesión reflejaba la creciente conciencia de los japoneses de la medida en la que el poder material y militar de Estados Unidos estaba inclinando la balanza estratégica en su contra. Dijeron que cumplirían las promesas de independencia que los estadounidenses habían hecho a los filipinos con una condición: el primer ministro japonés, Hideki Tojo, exigió a la nueva república que declarara la guerra a Estados Unidos. Tras mucho sufrimiento, los políticos decidieron que era preferible enfrentarse a la ira de los estadounidenses en el futuro que a la venganza inmediata de los japoneses. Mientras las élites se humillaban, 10.000 Huk libraban una guerra sin cuartel contra los ocupantes japoneses mientras otra guerrilla rival, financiada por los americanos, las Fuerzas Estadounidenses de Lejano Oriente (USAFFE, en sus siglas en inglés), les observaba en vez de ayudarles. Era comprensible, pues su función consistía en recopilar información para MacArthur, pero los Huk rivales se negaron a someterse al mando estadounidense porque no les gustaba su forma de combatir.

Aunque se alzaron voces autorizadas a favor de bordear Filipinas de camino a Japón, MacArthur creía haber contraído una deuda de honor con un pueblo al que se había visto obligado a abandonar. Haciendo caso omiso de los francotiradores japoneses y rodeado por su gente, MacArthur se enfrentó a las olas en octubre de 1944 y 160.000 soldados estadounidenses combatieron en Leyte. Los japoneses, bajo el mando de Tomoyuki Yamashita, sufrieron muchas bajas en las repetidas batallas que tuvieron lugar en un intento por repeler a los invasores. También los filipinos perdieron muchos hombres, pues unos 600.000 civiles perecieron en la batalla por

Manila. La ciudad acabó en ruinas, con un 60 por ciento de las casas destruidas por los bombardeos, la construcción de refugios y el fuego. Según Dwight Eisenhower, la única ciudad que salió peor parada durante la guerra fue Varsovia. En el campo se quemaron aldeas, se inundaron a mala fe arrozales o se llenaron de minas y otros explosivos con las carcasas de carabao podridas[343].

La existencia de un Gobierno que colaboraba con los japoneses planteó un delicado problema a los estadounidenses. Puesto que el número de filipinos con la educación suficiente como para gobernar el país era reducido, MacArthur decidió que necesitaba a los colaboradores para la reconstrucción de posguerra y se fijó en uno de ellos, el miembro del Partido Nacionalista Manuel Roxas, para convertirle en futuro presidente del Estado independiente prometido por los estadounidenses. Bajo el mando de este antiguo brigadier, los procedimientos judiciales contra los colaboradores fueron una farsa, con solo 156 condenas de 5.000 casos antes de que se promulgara una amnistía general tres años después de la guerra. Era una cifra patética incluso para los bajos estándares de la época.

Con los Huk los estadounidenses no mostraron tanta indulgencia, pues decidieron desmovilizarlos y desarmarlos, retratándoles injustamente como a comunistas radicales con ayuda de las guerrillas rivales del USAFFE que, como sabemos, no habían combatido contra los japoneses. Los Huk esperaban poder obtener pensiones como veteranos de guerra y proporcionaron ingenuamente los nombres de sus miembros a las autoridades. Las listas así confeccionadas permitieron arrestos y colocaron en la lista negra de los terratenientes a los que aparecían en ellas. En Malolos, Bucalan, un coronel del USAFFE de nombre Adonias Maclang ordenó pegar un tiro en la cabeza ante una fosa común a 109 combatientes Huk, en presencia de los oficiales del Cuerpo de Contrainteligencia estadounidense. Estados Unidos recompensó a Maclang con el título de alcalde de Malolos[344].

Mientras desarmaban y asesinaban a los Huk, convirtieron a las guerrillas USAFFE en una policía paramilitar, cuyos miembros cobraban con cargo al presupuesto del cuerpo de policía filipino, y les proporcionaron 5.000 ametralladoras. Acabaron siendo una fuerza intimidatoria, cuya función principal consistía en volver a

imponer la autoridad de los terratenientes sobre unos campesinos que habían retomado sus campañas a favor de la justicia social allí donde la guerra las había interrumpido. Pedían sobre todo un reparto de 60/40 de la cosecha de arroz a favor de los campesinos, aunque también exigían que no se les obligara a devolver a los terratenientes, que habían huido a Manila en cuanto aparecieron los japoneses, la renta de los tres años de ocupación. Se recurrió a argucias legales para impedir que los campesinos inquietos celebraran reuniones públicas; cuando las convocaban, la policía militar los dispersaba con coches provistos de ametralladoras. Se podía haber evitado el levantamiento si el sistema político hubiera sido capaz de dar salida a las presiones que atenazaban a muchos campesinos; pero no fue así.

El *shogun* japonés *de facto*, MacArthur, afirmó tras la proclamación de la República de Filipinas, el 4 de julio de 1946: «Hoy Estados Unidos ha enterrado el imperialismo». Pero el régimen no era buen reclamo para quienes querían la autodeterminación en la región de Asia-Pacífico. Manuel Roxas y su Partido Liberal ganaron las elecciones nacionales en abril de 1946 y el nuevo presidente ratificó inmediatamente la Bell Trade Act, que prohibía la manufactura o venta de cualquier producto que pudiera competir con los estadounidenses y exigía que la constitución filipina garantizara a los ciudadanos y empresas de Estados Unidos un acceso ilimitado a sus mercados y recursos naturales. También fijó el valor del peso filipino en relación al dólar americano. Resulta un misterio cómo se convenció a los ciudadanos de que esto no era colonialismo libre de gastos administrativos. El nuevo Tribunal Supremo se apresuró a ratificar el tratado para evitar que se sometiera a escrutinio y se presentaron cargos falsos para descalificar a seis congresistas electos del nuevo partido Alianza Democrática, uno de cuyos candidatos era el carismático comandante militar de los Huk, Luis Taruc. Además la concesión a los estadounidenses del derecho a usar bases navales y áreas comprometía la soberanía del país y Roxas les proporcionó amplias instalaciones en Clark Field y Subic Bay[345].

Ni que decir tiene que los Huk volvieron a la lucha armada tras fracasar todos los intentos por desmovilizarlos. Gran parte del centro de Luzón, que había votado mayoritariamente en contra de

Roxas, parecía un país ocupado. La policía militar controlaba las carreteras principales con carros blindados; otros equipos imponían su dominio en los *barrios* (zonas de chabolas) y las calles secundarias mientras seguían organizando cacerías de miembros Huk. Esto obligó a muchos antiguos partidarios de los Huk a pasar a la clandestinidad y a usar armas que habían recibido de (o comprado a) estadounidenses de servicio. Se les unió mucha gente joven, indignada por la farsa de democracia que había montado Roxas, y también aquellos que querían vengarse de los abusos policiales a los que habían sido sometidos. Los líderes de la Alianza Democrática, los Huk y el Partido Comunista se ofrecieron a negociar una tregua entre la policía militar y el creciente número de campesinos que recurrían a la autodefensa armada. La iniciativa fracasó cuando uno de ellos, Juan Feleo, desapareció en agosto de 1946 estando bajo custodia de la policía militar. Más tarde encontraron su cuerpo decapitado flotando en el río Pampanga. Tras meses de terribles acciones policiales en los *barrios*, donde se torturaba, secuestraba y mataba a gente inocente, los campesinos, hartos de abusos, retomaron el movimiento de resistencia de tiempos de la guerra; en principio, para defenderse de la brutalidad policial.

El Gobierno de Roxas respondió con puño de hierro, utilizando artillería y bombardeando aquellos *barrios* donde sospechaban que se ocultaban los Huk. Se creó un equipo especial denominado «Nenita» bajo el mando de un comandante llamado Napoleón Valeriano. Los Nenitas llevaban como insignia una calavera con dos huesos en mangas y banderas, y se mostraban a la altura de su reputación de «escuadrón de la muerte» decapitando a sus prisioneros. Torturaban a los simpatizantes de los Huk detenidos con descargas eléctricas y una nueva versión del «tratamiento con agua», al que había recurrido el ejército de Estados Unidos para suprimir la rebelión en el cambio de siglo. Se echaba agua en la garganta de los sospechosos y luego los Nenitas les pateaban con los estómagos repletos. A continuación muchos «morían de un tiro intentando escapar». Nada de esto aparece en los informes del jefe de la División de Inteligencia Militar de Estados Unidos en Filipinas, que hablaba de los Huk como si formaran parte de la conspiración comunista. En marzo de 1946 informaba:

[Los líderes de los Huk] alardean de que empezarán su revolución cuando lleguen a ser 500.000. Mientras, en las provincias de Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, Bulacán y Panganisán están creando o han creado ya un reino de terror. Tienen tanto control y les temen tanto, que en muchas localidades los campesinos no se atreven a enfrentarse a ellos. Tras la Liberación eran unos 50.000; según nuestras fuentes, en la actualidad hay unos 150.000 miembros que contribuyen a su sostenimiento [...] [los Huk] cuentan hoy con tiradores y grandes y fuertes [...] rufianes que mantienen a raya a los más mansos[346].

De hecho, el Partido Comunista, cuyos miembros procedían más de los obreros sindicados que de las zonas rurales, afirmó no «creer en el uso de la fuerza, la violencia o la conspiración como métodos válidos para cumplir su programa», que pensaba llevar a cabo por medios constitucionales con la ayuda del movimiento obrero. Los intelectuales de clase alta y los sindicalistas que controlaban el partido veían las cosas de forma más fría que los sencillos campesinos que estaban al final de la cadena de la opresión gubernamental y no cambiaron de línea hasta mayo de 1948.

EL HOMBRE DE LA ARMÓNICA

Manuel Roxas murió de un ataque al corazón el 15 de abril de 1948, mientras pronunciaba un discurso en la Base Aérea de Clark. Los estadounidenses daban trabajo a muchos filipinos, pero se había expulsado a dos mil aparceros de sus tierras para dejar sitio a la base. Era tan enorme que, por lo general, las guerrillas Huk solían cruzar las pistas sin problemas. El sucesor de Roxas era otro liberal, Elpidio Quirino, que había «ganado» las fraudulentas elecciones de 1949. Había chistes que contaban sobre que habían votado hasta los árboles y los pájaros. Al igual que en el caso de Roxas, su principal preocupación era garantizar la ayuda de los estadounidenses, pero Quirino montó una farsa para hacer ver que negociaba con los Huk. Las conversaciones terminaron en el momento en que un policía le dijo a Luis Taruc que había una conspiración para asesinarle y Quirino volvió a la represión pura y dura.

La política de Estados Unidos para Filipinas se vio afectada por la caída de China en manos de los comunistas, que hizo temer que ocurriera algo parecido en el enorme archipiélago. Sin embargo, los generosos fondos concedidos por el Congreso, una vez que este

aceptó la política de contención, no se dieron indiscriminadamente al Gobierno filipino, como se había hecho en Europa y en el caso del KMT de Chiang Kai-shek. En Filipinas, Estados Unidos aprendió a hacer donaciones para proyectos concretos y sujetos a la efectiva realización de reformas específicas[347].

En septiembre de 1950, llegó a Filipinas Edward Lansdale. Había nacido en 1908 y era el hijo de un ejecutivo de la industria del automóvil. Tras dejar UCLA, se dedicó a la industria publicitaria en San Francisco, trabajando para clientes como el banco Wells Fargo y Levi Strauss, fabricante de los vaqueros del mismo nombre. Tenía buen oído para las frases ingeniosas y buen ojo para las imágenes impactantes. En diciembre de 1941 Lansdale quiso unirse al ejército tras la instrucción como reservista que había obtenido en UCLA, pero no se le consideró apto para el servicio. Sus contactos de alto nivel le consiguieron acceso al cuartel general de la OSS en Washington.

Se le puso a trabajar en los cursos de entrenamiento. En uno de ellos se pretendía comprobar hasta dónde llegaría un recluta para acuchillar a un extraño, identificado como un agente alemán, en el metro de Manhattan. También recopiló informes detallados sobre países extranjeros, basándose en las observaciones de viajeros y académicos. Se implicó con Filipinas a raíz de su entrevista con un ictiólogo con vastos conocimientos sobre los tipos de peces venenosos que podrían hallar en torno al archipiélago los soldados invasores estadounidenses. Mucho antes de que le destinaran a Manila insistió en que su hermano, que había servido allí, le enseñara canciones locales que pudiera interpretar con la armónica que siempre llevaba a mano. Aunque no sabemos con certeza dónde estuvo destinado Lansdale los últimos años de la guerra, sabemos que pasó diez meses en Filipinas, desde finales de 1945 hasta el verano de 1946, donde se ocupó de las complejas secuelas del conflicto en el Pacífico e informó sobre los Huk[348].

Durante un permiso, Lansdale convenció a su mujer de que llevara a sus dos hijos a Manila, una ciudad que aún era una ruina tras la guerra. Helen Lansdale odiaba la vida allí y el matrimonio se distanció. Lansdale acabó entablando una relación con Pat Kelly, una vivaz periodista filipina con la que recorrió las partes más remotas del país. El poco hablador Lansdale también cultivaba otras

amistades como los oligarcas de Malacañang Palace o las partidas guerrilleras de los Huk, cuyo rastro seguía para obtener algo de conversación a cambio de cigarrillos. Aunque por entonces todavía rodeaba a los estadounidenses cierta aura de liberadores, estos actos de confraternización exigían nervios de acero y sonrisa fácil. Frustrado por la burocracia del ejército, Lansdale pidió el traslado a una base aérea estadounidense recién creada y mantuvo su puesto de oficial de prensa del ejército.

Tras volver a Estados Unidos, los Lansdale se separaron. Él consiguió un puesto de docente en Denver, pero se aburría. Le sacó de allí la Oficina de Coordinación de Políticas (OPC, en sus siglas en inglés) de Washington, una organización encubierta creada en 1948 a instancias de George Kennan para llevar a cabo operaciones paramilitares y psicológicas (o sea, guerra sucia). Al principio era oficialmente independiente pero en 1952 se integró en la CIA. El director de la OPC era Frank Wisner, un abogado de Nueva York que había trabajado para la OSS en Rumanía. El nuevo grupo florecía a medida que se intensificaba la Guerra Fría y su personal pasó de los 302 empleados iniciales a unos 3.000 en 1952; su presupuesto pasó de 4,7 millones de dólares en 1949 a 82 millones en 1952, momento en que realizaba operaciones encubiertas en más de cincuenta países[349].

Tras un periodo inicial de trabajo relacionado con los soviéticos, Lansdale convenció a sus superiores de que la Agencia de Extremo Oriente le necesitaba más. Después de todo, sabía mucho sobre peces venenosos. Rápidamente se puso a dar seminarios en Washington para oficiales del ejército filipino que habían terminado sus cursos de entrenamiento en otras partes de Estados Unidos. Quería mejorar la capacidad de un ejército cuya violencia indiscriminada estaba engrosando las filas de las guerrillas Huk. Finalmente dio con un congresista filipino visitante que había combatido a los japoneses desde la USAFFE y acabado la guerra con el grado de capitán. Se llamaba Ramón Magsaysay, antiguo mecánico de autobuses, un hombre grande, lleno de inquieta energía. Había crecido en una choza de bambú y paja y había pasado su juventud ordeñando búfalos y trabajando en las modestas tierras de su familia. Los dos hombres se dieron cuenta inmediatamente de que podían ser de mucha utilidad el uno para el

otro, puesto que su objetivo común era acabar con la insurgencia Huk. Los superiores de Lansdale organizaron una comida para estudiar a Magsaysay de cerca, antes de enviar una delegación al presidente Quirino y decirle que nombrara a Magsaysay secretario de Defensa en lugar de a su propio candidato, un destacado colaboracionista de tiempos de la guerra llamado Teófilo Sison. Quirino también nombró a Lansdale su asesor de Inteligencia[350].

Lansdale y su segundo, el teniente Charles «Bo» Bohannan, aterrizaron en Manila y alquilaron una casa de dos pisos en las afueras de la ciudad, en un área reservada para estadounidenses, rodeada de alambre de espino y guardada por soldados filipinos. Todos trataron a Lansdale con una deferencia extraordinaria, desde el embajador de Estados Unidos y el general al mando del Grupo de Asesoría Militar de Estados Unidos hasta el presidente Quirino, quien, en una ocasión, interrumpió una reunión del gabinete para no hacer esperar a Lansdale.

Por aquel entonces unos 50.000 soldados del Gobierno y la policía se enfrentaban a unas 15.000 guerrillas Huk, que contaban con aproximadamente un millón de simpatizantes. El centro de la actividad de los Huk era la zona montañosa del centro de Luzón, a la que se denominó «Huklandia». Los Huk tenían allí sus campamentos en la selva, y se comunicaban, gracias a los habitantes de los valles, por medio de un sofisticado sistema de correos parecido al de los terroristas comunistas de Malasia, que solían recurrir a mujeres jóvenes. Se celebraban conferencias y sesiones de canto comunal para imbuir a los reclutas del «espíritu fundamental» que guiaba al movimiento, y se realizaban duros entrenamientos en el manejo de armas y tácticas. Las mujeres no se limitaban a servir de apoyo, sino que también se las reclutaba como combatientes. Algunas se casaron con camaradas mayores en ceremonias en las que los recién casados pasaban por debajo de un arco de rifles, pero no por ello dejaban de ser combatientes. En un país muy católico y conservador, la gente estaba fascinada por los relatos de las «amazonas de los Huk», algunas de las cuales insistían en maquillarse antes de entrar en batalla. A la causa de los Huk no le hizo ningún mal que algunas de estas comandantes femeninas, como Remedios Gómez (es decir, la Juana de Arco de Filipinas) y Celia Mariano fueran extraordinariamente bellas[351].

Las guerrillas reclutaban gente gracias a la brutalidad, la corrupción y la ineptitud de las fuerzas de policía, que incrementaban día a día la percepción que tenía la población de vivir en medio de la injusticia social. En el campo operaban como una banda criminal, robando a voluntad, y en las ciudades hasta los guardias de tráfico consideraban que su trabajo les daba licencia para exigir sobornos. En 1948 el comandante de las fuerzas estadounidenses de Filipinas informaba al jefe de personal, Omar Bradley, sobre el nivel de robos que se daba entre los hombres bajo su mando; hacía sombra hasta a la Nápoles de posguerra. Se robaba gasolina al por mayor, se asaltaban los camiones y se tiraban mercancías desde los trenes para que las recogieran bandas de ladrones. Entre quienes se dedicaban al mercado negro había gente tan destacada como los hijos del alcalde de Manila, el jefe de la policía o el secretario de Trabajo. En una ocasión en que los investigadores estadounidenses empezaron a indagar en el caso de unos jeeps del ejército robados, unos policías a las órdenes del alcalde de San Luis asesinaron a la joven hija del agente al cargo, así como a un oficial de Estados Unidos, delante de unos almacenes[352].

Lansdale y Magsaysay hicieron de la mejora de la reputación de las fuerzas de seguridad su máxima prioridad. Magsaysay quiso dar ejemplo viviendo con los 500 dólares al mes de su sueldo de funcionario del Ministerio más una pequeña cantidad que recibía como presidente de Philippines Airlines. Magsaysay también puso orden inmediatamente en el corrupto sistema de promoción que imperaba en el ejército y empezó a premiar el valor en combate en vez de la antigüedad o los contactos. En 1951 los estadounidenses suspendieron todas sus ayudas hasta que Quirino despidió al jefe de personal del ejército, el general Mariano Castañeda, y al jefe de la policía, el general Alberto Ramos. Se redujo la brutalidad a la que estaba sometida la población civil por medio de un sistema que permitía a los campesinos enviar telegramas a Magsaysay en persona a muy bajo coste; este estudiaba las quejas con todo rigor. También incrementó la paga de los soldados, de modo que no se vieran obligados a robar para comer[353].

La relación entre Lansdale y Magsaysay se hizo más íntima: Magsaysay mandó a su mujer y a sus tres hijos fuera de la ciudad,

por miedo a los asesinos Huk, y se mudó al chalé que tenía Lansdale dentro del Country Club, como llamaban los filipinos al cuartel estadounidense. Los dos hombres compartían sendas camas individuales en la misma habitación. Magsaysay recurrió a la mesa del desayuno como oficina provisional, de manera que todos los asuntos relacionados con el departamento se ventilaron en esa casa. Lansdale mantuvo reuniones informales paralelas con soldados filipinos, con la intención deliberada de que el secretario de Defensa no las oyera. Había quien creía que la tremenda ambición de Magsaysay era una criatura de Lansdale; llamaban «Frank» a Lansdale y «Stein» a Bo Bohannan, y lo cierto es que entre las habilidades del coronel se contaba hacer que sus ideas parecieran de otro, así como su capacidad para hacerse invisible en cualquier habitación donde fuera la influencia dominante[354].

Tenían una relación tan estrecha que Lansdale decía que eran hermanos y tocaba la armónica para adormecer a «Monching» hasta que se sumía en un sueño a menudo plagado de fantasmas. A veces Magsaysay se despertaba, agarraba su fusil y se llenaba los bolsillos de cartuchos, tras tener pesadillas con un ataque Huk que tuvo lugar en noviembre de 1950, en su ciudad natal de Barrio Aglao, donde los Huk habían asesinado a veintidós personas, cortando a muchos en pedazos con cuchillos bolo en respuesta a la captura, por parte del Gobierno, de prácticamente toda la dirección comunista de Manila. La relación entre los filipinos y los estadounidenses no siempre era buena y, en una ocasión en la que viajaban por Estados Unidos, Lansdale noqueó a Magsaysay por alardear de ir a pronunciar un discurso escrito por un filipino, en vez del redactado por Lansdale.

Lansdale prefería comprobar la situación por sí mismo en vez de depender de informes de segunda o tercera mano, o de la opinión de expertos que nunca habían estado en un *barrio* filipino. Convenció a Magsaysay para que emprendiera viajes similares, a veces haciendo autoestop con Lansdale de uniforme y Magsaysay vestido como un turista estadounidense. Magsaysay tomaba nota de todo: de la cartulina utilizada por los soldados para arreglar las suelas de las botas desgastadas y de los oficiales que se dedicaban al libertinaje; luego exigían cuentas a los responsables. Las unidades contaban asimismo con cámaras para fotografiar a los Huk

capturados o asesinados; las fotos se hacían circular para elevar la moral de las tropas[355].

El objetivo último del dúo dinámico era aprovechar el éxito de Magsaysay en la guerra contra la insurgencia para catapultarle a la presidencia de Filipinas. Lansdale aplicó sus conocimientos de publicidad para convertir a Magsaysay en una figura heroica. Una presidencia de Magsaysay en clave reformista, que hiciera hincapié en la justicia, aseguraría los intereses estratégicos y comerciales a largo plazo de Estados Unidos. No cabía negar que era una intromisión inaceptable en los asuntos internos de un país independiente, pero Lansdale afirmaba que el hecho de que ostentara el poder un representante de las nuevas y ambiciosas clases medias era mejor para el filipino medio que la supervivencia de una oligarquía corrupta compuesta por poderosos terratenientes. ¿Acaso fue un delito ordenar que se incendiara una sede electoral al descubrir que todas las papeletas eran falsas? ¿U organizar bandas que se enfrentaran al fraude electoral del hermano del presidente Quirino, Tony? ¿No era justo distribuir folletos falsos en los que los líderes Huk supuestamente ordenaban a sus simpatizantes que boicotearan las elecciones presidenciales? Etcétera. Lansdale tenía totalmente asumida la filosofía de que el fin justifica los medios[356].

LA NOCHE DE LOS VAMPIROS

En su calidad de veterano de la guerra de guerrillas, Magsaysay pidió a sus comandantes que olvidaran todo lo que habían aprendido: «Caballeros, sé que todos ustedes se han graduado en escuelas militares, aquí o en Estados Unidos. Pero voy a pedirles que olviden todo lo que aprendieron en Fort Leavenworth, Fort Benning y la Academia [de West Point]. Los Huk libran una guerra poco ortodoxa y vamos a combatirles de forma no-ortodoxa. Haremos a los Huk todo aquello que me perjudicó como guerrilla». Evidentemente el enemigo eran ellos y no el Partido Comunista filipino. Se puso a la policía bajo el mando del ejército y se sustituyeron las operaciones a gran escala por una presión constante ejercida por unidades más pequeñas[357].

Lansdale hizo su propia contribución a la falta de ortodoxia. Una de sus primeras sugerencias fue la de introducir munición adulterada y granadas defectuosas en la reserva del ejército, a sabiendas de que los soldados vendían mucho material a los Huk.

Lansdale sostenía que esta venta ilegal había cesado cuando los Huk empezaron a estallar al ritmo de sus granadas y les explotaban los rifles en la cara[358]. El hecho de que las guerrillas campen por sus respetos de noche mientras que las tropas contrainsurgentes dominan durante el día es un tópico de la guerra revolucionaria. Era por la noche cuando las guerrillas se aventuraban en zonas más pobladas para hacer levas o recolectar comida y dinero, hacer justicia o proselitismo. Lansdale sacó a relucir todas las malas artes de la guerra psicológica para incidir sobre las guerrillas y los civiles que simpatizaban con ellas. Su herramienta filipina favorita eran los Equipos de Combate del Séptimo Batallón, bajo el mando del coronel Napoleón Valeriano, en sus tiempos líder del famoso Escuadrón Calavera. Los miembros de uno de estos equipos, el denominado Fuerza X, se disfrazaron de guerrilleros Huk que, supuestamente, llevaban heridos de una batalla ficticia para que la policía pudiera acercarse a los grupos Huk reales. Mataron unos cuantos cientos de Huk en pocas semanas y lograron que dos unidades de Huk se eliminaran mutuamente pensando que los otros eran la Fuerza X. Lansdale colocó los altavoces que habían sobrado a la Marina de la Segunda Guerra Mundial en aviones Piper acondicionados para ello. Gracias a este artilugio enviaba mensajes a los Huk y los aldeanos que simpatizaban con ellos. Como ya hemos señalado, su contenido podía llegar a ser enervantemente concreto.

¡Vosotros, que os escondéis allí! Me refiero a los del Escuadrón 17, me refiero al comandante Sol, me refiero a ti, Juan Santos y a ti Bulacan Boy y a ti Pepe y a ti Ramón y Emiliano y Borro y Darío y Carmelo y Baby. Lo sabemos todo sobre vosotros. Vamos a mataros. Quedos ahí. Debo partir mientras nuestras tropas os atacan. A nuestro amigo en vuestras filas le digo: «¡Gracias!». Corre y escóndete para no morir. Siento no poder llamarte por tu nombre, pero ya sabes a quién me refiero. Gracias y adiós[359].

Obligaron al Escuadrón 17 a reagruparse presa del pánico y desataron una caza de brujas para arrestar a los «amigos» ficticios que formaban parte de sus filas y habían revelado esta información. Lansdale también tuvo la idea de construir un icono al estilo «ojo de dios», basándose en el ojo masónico que todo lo ve de los billetes de un dólar estadounidense. Cuando obtuvo una versión lo

suficientemente amenazadora, instruyeron a las tropas filipinas para que se adentraran en las aldeas por la noche y pintaran los ojos que todo lo ven en las paredes. Los aldeanos se despertaban y no dejaban de mirarlos, asustados por la profunda creencia en los malos espíritus que caracterizaba a los campesinos; hasta los guerrilleros Huk llevaban amuletos para espantarlos.

Tras el éxito de la campaña del «ojo de dios», Lansdale explotó la notoriedad de un viejo adivino llamado Ilocos Norte, que había predicho con exactitud la muerte del presidente Roxas. Lansdale usó su nombre en vano y extendió el rumor de que, según Norte, aquellos hombres que llevaban el mal en sus corazones perecerían en las garras de un vampiro local denominado *asuang*. Una noche los soldados se hicieron con el último hombre de una columna Huk que entraba a una aldea. Le estrangularon y le hicieron dos marcas en el cuello antes de colgarle de los pies para desangrarle. A la mañana siguiente los Huk encontraron el cuerpo y se fueron de la zona. Lansdale hacía lo posible para acabar con las matanzas indiscriminadas. En una ocasión acompañó a una unidad que capturó, mató y decapitó a una guerrillera Huk. Lansdale cogió la cabeza y empezó a hacerle unas preguntas que, obviamente, no recibían respuesta. Cada vez se mostraba más airado y pegaba a la cabeza hasta que los filipinos decían: «Coronel, coronel, está muerta, no puede hablarle». Lansdale les respondía: «¡No, estúpido hijo de puta! ¡Claro que no puede! Pero habría podido si no hubieras sido tan jodidamente estúpido como para separar la cabeza del cuerpo!», y tiró la cabeza al suelo[360].

La estrategia de alimentar los miedos de los Huk y hacerles dudar de sí mismos era solo una más. También se incentivaba su deserción e intentaban poner a los campesinos en su contra. Se ofrecían recompensas en metálico para hacerse con informantes y Magsaysay prometió una amnistía general intentando que los Huk se entregaran. Lansdale y Magsaysay eran muy conscientes de que los campesinos habían recurrido a la violencia debido a la falta de tierra y justicia. Era más sencillo facilitar justicia. Magsaysay encomendó a los abogados del ejército, que trabajaban con los jueces como defensores, que representaran gratuitamente a los campesinos en los tribunales provinciales, alterando así el equilibrio de un sistema que antes estaba claramente en su contra. La

comunidad empresarial china estaba profundamente agradecida a Lansdale por haber acabado con la extorsión policial y estaba dispuesta a garantizar a los campesinos sueldos decentes, recortando así aún más el poder de los grandes terratenientes. El tema de la tierra se solucionó recurriendo a una variante del antiguo sistema romano de colonias militares, que constituyeron la plantilla de una Corporación para el Desarrollo Económico, creada a finales de la década de 1950. Se enviaron unidades del ejército a áreas tan remotas como el sur de Mindanao y se incentivó el cultivo de parcelas que acabarían siendo propiedad de los soldados una vez que hubieran cumplido su tiempo de servicio. Se reservaron tierras para Huk capturados o que su hubieran entregado y sus simpatizantes que, de repente, practicaban la agricultura junto a hombres de una lealtad incuestionable al Gobierno.

Había muchos prisioneros Huk que no deseaban convertirse en campesinos, de manera que empezaron a enseñarles oficios, como carpintería o mecánica, en los campos de detención. Se difundió el rumor de que uno de los internos había intentado asesinar a Magsaysay, y convirtieron la historia en un símbolo del perdón de pecados pasados, otorgado al más alto nivel, a quienes se arrepentían de corazón[361]. Lansdale intentó acabar con el halo de moralidad que rodeaba a los Huk publicando cómo habían abandonado a sus bebés cuando hubieron de retirarse rápidamente de un campo amenazado. Este tipo de información desacreditó mucho a las amazonas Huk, cuya negligencia y abandono se subrayaba en fotografías que mostraban a los niños siendo atendidos por enfermeras del ejército o soldados armados con biberones, mientras la encantadora hija de Magsaysay, Teresita, les miraba con arrobo[362].

El principal objetivo de Lansdale, convertir a Magsaysay en presidente electo, implicaba negar la propaganda usada por los Huk para reclutar combatientes. En 1949 habían recurrido al eslogan «Vuestro voto no cuenta. Uníos a nosotros y usad un arma para haceros con un nuevo gobierno. Es la única manera». De hecho, uno de los socios políticos de Magsaysay acabó siendo torturado y asesinado durante esas significativas elecciones, y usaron una foto suya con el cuerpo sin vida entre sus brazos con propósitos electorales. Para evitar problemas, Lansdale decidió adoptar

medidas contra el fraude y la intimidación en las elecciones de diciembre de 1951, en las que estaban en juego una tercera parte de los escaños del Senado y muchos puestos locales, sin dejar por ello de cerciorarse de que los resultados serían los deseados[363]. Pidió ayuda a expertos estadounidenses y creó un Nuevo Movimiento Nacional para la Celebración de Elecciones Libres, que pretendía enseñar a los votantes cómo poner su huella en la papeleta de manera que no fuera desechada y a tomar fotos de matones a sueldo del Gobierno que pudieran deambular por los colegios electorales. La organización católica seglar Catholic Action apeló discretamente al poder de la Iglesia Católica Romana y la no menos influyente Iglesia ni Kristo hizo lo propio en el caso de los protestantes evangélicos.

En una ocasión, en la que el presidente Quirino estaba fuera del país realizando uno de sus múltiples viajes a Estados Unidos en busca de tratamientos médicos, Lansdale convenció a Magsaysay para que sus soldados sustituyeran a los policías que custodiaban los colegios electorales. En 1951 votaron un millón de personas más que en 1949 y los resultados fueron gratificantes. No cabe duda de que la mera presencia de los soldados favoreció el voto a los candidatos favoritos de Magsaysay sin necesidad de la habitual coacción. Hasta los folletos «Huk» que Lansdale y su equipo habían imprimido en la Base Aérea de Clark reflejaban, de hecho, un llamamiento real de los comunistas a boicotear las elecciones. A pesar de que las elecciones estuvieran totalmente manipuladas por los estadounidenses, reflejaban bastante bien la opinión pública.

Por muy bien que se le diera amañar las elecciones, Lansdale no habría podido hacer nada sin la astucia policial de Magsaysay, que decidió presentarse como candidato nacionalista en 1952, aunque hasta entonces hubiera sido un liberal. Consiguió el apoyo de algunos miembros de la élite tradicional y Lansdale guardaba la copia de un acuerdo secreto según el cual los barones nacionalistas podrían nominar a la mayor parte del gabinete del embajador de Estados Unidos, Raymond Spruance. Mientras, intentaba elevar el perfil de Magsaysay en Estados Unidos, publicando un panegírico en *The New York Times* y persuadiendo a revistas como *Newsweek, Fortune* y *Time* de que cubrieran la historia de este tipo rudo con un corazón de oro que se presentaba a las elecciones en Filipinas. Fue

más fácil incluso engatusar a los medios de comunicación locales, pues los estadounidenses poseían tres de los mayores periódicos de Manila y The Voice of America controlaba doce de las cuarenta y una emisoras de radio del país. Las grandes corporaciones estadounidenses que hacían negocios en Filipinas, como Coca-Cola, también contribuían a las campañas; como la mayor parte de sus aportaciones las hacían en metálico resultaba imposible rastrearlas.

Lansdale consiguió dar a las elecciones de 1952 el sabor típico de las elecciones estadounidenses recurriendo a técnicas estándar. No pasó mucho tiempo antes de que un pin con la inscripción «Magsaysay es mi hombre» adornara muchas solapas y Lansadale compuso el *Mambo de Magsaysay* y la muy popular *Marcha de Magsaysay*:

Queremos que la campana de la libertad
vuelva a sonar para nosotros.
¡Queremos que se haga la voluntad de la gente
que quiere ser libre como antes!
Queremos que nuestra tierra natal
vuelva a estar limpia y en paz.
Queremos que hombres honestos y temerosos de Dios
guíen a nuestra nación.
Hombres que servirán
sin sentir la eterna necesidad de engañar.
¡Que harán su trabajo
sin robar nunca al erario público!
Solo satisfará nuestras necesidades
el hombre destinado a ello.
Tú y yo gritaremos
¡queremos a Magsaysay![364]

Aunque se estuviera vendiendo al candidato como si fuera un antídoto contra la corrupción endémica, Lansdale disponía de un fondo secreto de la CIA por valor de 500.000 dólares así como de cámaras de cine, proyectores y equipos de sonido de la Agencia. Recurrió a un montón de trucos sucios para contrarrestar los utilizados por los partidarios de Quirino, como por ejemplo drogar a los candidatos antes de que pronunciaran sus discursos más importantes[365]. Su hiperactivismo conllevaba cierto riesgo y hubo ocasiones en las que apenas logró evitar que le pegaran una paliza

matones enviados por Tony, hermano del presidente y su jefe de seguridad. Quirino mismo intentó que el embajador Spruance fuera llamado a Estados Unidos y Lansdale despedido. Afirmaba que era la «inteligencia maestra» de un partido estadounidense del ejército organizado para «dar a un hombre las riendas del caballo», en referencia a los filipinos.

Los peligros y acusaciones tenían el fundamento suficiente como para hacer que Spruance, claramente un embajador con influencias, reasignara a Lansdale a un puesto de asistente del historiador infrautilizado que formaba parte del personal de la Base Aérea de Clark, aunque este prosiguió con sus actividades en la sombra hasta seis semanas antes de las elecciones. Se tomó unas vacaciones en Indochina, sede de su próxima misión importante, antes de volver a Manila para ver a Magsaysay ganar las elecciones con casi tres millones de votos frente a los 1.313.991 de votos de Quirino. El 70 por ciento de los votos de Huklandia fueron para Magsaysay. El embajador de la India sugirió astutamente que «cierto estadounidense» debería cambiar su nombre por el de «coronel Landslide»(3). El grupo de combate USS Wasp apareció ante las costas de Filipinas por si acaso Quirino decidía no irse sin armar ruido.

La rebelión Huk se acabó en 1955 tras la captura, rendición y encarcelamiento de muchos de sus líderes. Un error muy frecuente en las campañas de contrainsurgencia es centrarse en lo que deparó la victoria a los ganadores sin conceder el peso debido a los errores cometidos por los perdedores, que acabaron minando su propia causa. Los Huk que se rebelaron contra los japoneses estaban reaccionando visceralmente ante la ocupación por parte de un enemigo extranjero brutal. En medio de una guerra civil las cosas no estaban tan claras, pues la sociedad dividida se basaba en estructuras familiares en las que un policía bien podría ser el primo de un rebelde. El hecho de que, en abril de 1949, una unidad Huk matara en una emboscada a Aurora Quezón, viuda del presidente exiliado de los tiempos de guerra, junto a su hija y varios funcionarios del Gobierno, fue un error garrafal que hizo mucho daño.

La insurgencia se dio a sí misma un golpe mortal a finales de 1950, justo después de que Magsaysay reuniera a toda la dirección

del Partido Comunista en Manila, incluido su líder, José Lava. Hay que señalar que este golpe fue posible gracias a la información reunida por los servicios de Inteligencia de Quirino; tampoco conviene exagerar la contribución de Magsaysay. Jesús, hermano de José, se convirtió en secretario general y rápidamente tuvo desacuerdos con Luis Taruc, jefe militar de las operaciones de los Huk, en relación a la estrategia revolucionaria. Taruc no se llevaba bien con los líderes políticos. Era consciente de que los Huk estaban perdiendo el apoyo de los *barrios* debido a las contribuciones, cada vez más onerosas, que exigían. Intentó entablar negociaciones de paz con la ayuda del joven periodista y futuro líder político carismático Benigno Aquino. Taruc se entregó al Gobierno cuando le condenaron a muerte por desviacionismo. Pasó doce años en prisión hasta que fue amnistiado en 1968 por Ferdinando Marcos. Publicó sus memorias, que sirvieron de inspiración a Nelson Mandela, líder del brazo armado del Congreso Nacional Africano[366]. El testimonio de Taruc en relación a la disciplina interna de los Huk fue muy revelador:

Una joven enfermera llamada Lita pidió permiso para ir a casa, descansar, recuperarse y cambiarse de ropa. Se sospechaba que planeaba entregarse y los líderes ordenaron «liquidarla»[...]una mujer encargada de la organización fue eliminada por un compañero Huk que alegó que intentaba convencer a su marido para que se rindiera. Pero al parecer este se había cansado y vivía ya con otra mujer. Su hermano, un comandante Huk se volvió en contra del movimiento cuando se enteró del asesinato[...]Un pequeño error causó la muerte de una chica de dieciocho años que era la número dos de un cuadro. Su «delito» fue revelar al ejército, que la había arrestado, la dirección donde dormía cuando visitaba un *barrio* cercano. No mataron al dueño de la tienda y no hubo repercusiones oficiales de ningún tipo. Pero la mataron sin juzgarla[...]Con ella ejecutaron a un comandante de pelotón de las fuerzas de seguridad del cuartel general llamado Etti. Había caído enfermo y abandonado su puesto tras pedir a su ayudante que se hiciera cargo. Le aplicaron la ley marcial, le acusaron de abandono del deber y lo ejecutó un pelotón de fusilamiento[...]se ejecutó a media docena de jóvenes por faltas similares[367].

Como las islas Filipinas son un archipiélago en medio del océano

no había santuarios en el extranjero donde pudieran descansar los combatientes exhaustos. En sus operaciones internas, los Huk nunca lograron extender su campo de operaciones a las islas del sur de Luzón, sobre todo después de que un equipo de expedicionarios violara a una mujer local. Aunque existían informes sin confirmar de la presencia de agentes chinos, no hubo implicación externa de los comunistas, exceptuando los artículos laudatorios que se publicaban de vez en cuando en las revistas soviéticas. Estados Unidos y Filipinas tenían mucha historia en común y los Huk no eran inmunes a la admiración que inspiraban a los filipinos las instituciones estadounidenses. Estados Unidos actuaba en Filipinas con un propósito unitario, mientras que en China todo eran divisiones internas. Además, Estados Unidos invirtió ingentes sumas de dinero en Filipinas: 383 millones de dólares de ayuda económica entre 1951 y 1956 y otros 117 millones en ayuda militar. A esto había que sumar unos 700 millones en fondos de reconstrucción aportados entre 1946 y 1950, aunque mucho desapareció antes de que los estadounidenses aprendieran a asignar mejor las ayudas. Estados Unidos proveyó al ejército filipino de armas modernas y usó sus fuerzas aéreas para ayudarles.

Con la ayuda de sus asesores estadounidenses, Magsaysay reformó el ejército filipino y siguió matando Huk haciendo gala de una violencia más indiscriminada que en el caso de los civiles, culpables o inocentes. Entre 1950 y 1955, el ejército dijo haber acabado con 6.000 Huk, herido a 2.000 y capturado a 4.700; 9.500 se habrían rendido voluntariamente[368]. Los militares filipinos perseguían a los Huk sin descanso y los aislaban de sus fuentes de avituallamiento, los *barrios*, para que tuvieran que buscar comida en las montañas o pantanos. William Pomeroy, antiguo soldado del ejército estadounidense y corresponsal de guerra que se unió a los Huk, afirmaba que él y su mujer, Celia Mariano, pasaron mucha hambre durante meses. Muchos Huk, con menos voluntad que los Pomeroy, acabaron exhaustos por este tipo de existencia en la que la traición y la violencia campaban por sus respetos. El hecho de los Huk no pudieran retirarse a un país vecino fue muy negativo para su capacidad de recuperar fuerzas.

Pero el ascenso de Magsaysay confundió sobre todo a muchos campesinos simpatizantes de los Huk, pues parecía prometer (y

practicar) las sencillas virtudes que les habían llevado a apoyar a las guerrillas en primer lugar. Hablaba de sus problemas de modo diferente a como lo hacían los intelectuales marxistas de élite del Partido Comunista, que se basaban en los movimientos campesinos anteriores. Al igual que el «ojo que todo lo ve» de Lansdale, la presencia de Magsaysay se percibía en todas partes, pues no descansaba para estimular la conciencia dormida hasta de un sencillo cartero que estuviera considerando robar unos sellos.

Desgraciadamente, una vez que Magsaysay se hizo con el poder, se vio atado de pies y manos por los acuerdos que había cerrado Lansdale con la antigua élite de terratenientes. No es que Lansdale y los estadounidenses les engañaran, fueron ellos y los estadounidenses los que engañaron a Magsaysay, que fue incapaz de cumplir sus promesas electorales. Esta traición le dolería hasta el día de su muerte, en el que el avión presidencial se estrelló en el Monte Mannunggal, en Cebú, en marzo de 1957. Los estadounidenses no estaban dispuestos a tolerar que se hicieran reformas estructurales en un país que era la base de su política de contención en Asia, y mucho menos en un momento en el que se veían arrastrados por el agujero negro estratégico creado por la derrota de los franceses en Indochina.

8. ¡MANDADNOS CARACOLES EN PARACAÍDAS!: INDOCHINA

FRANCIA Y LA GUERRA DE VIETNAM

A finales de la década de 1940, el Viet Minh pasó de ser una guerrilla especializada en atacar y huir a convertirse en un ejército regular capaz de llevar a cabo operaciones convencionales sofisticadas. Por arduo que fuera, llegaron a tener más armas que sus contrincantes franceses y les vencieron en una lucha que culminó en mayo de 1945 con la victoria de Dien Bien Phu, tras la cual los franceses manifestaron su voluntad de salir de Indochina. El Viet Minh obtuvo mucha ayuda. A partir de 1950 los chinos le proporcionaron ventajas cruciales, que nunca fueron contrarrestadas por las crecientes aportaciones económicas de Estados Unidos al esfuerzo bélico francés. Ho Chi Minh se sumó a las conversaciones de Moscú en torno a la alianza sino-soviética, en las que Stalin delegó toda responsabilidad por la revolución asiática en China, que estaba muy dispuesta a asumirla. Mao fue más indulgente con Ho que Stalin, que tenía ciertas reservas sobre la fiabilidad ideológica de Ho tras sus flirteos durante la guerra con la OSS. En enero de 1950, la China comunista reconoció oficialmente a la República Democrática de Vietnam del Norte de Ho, justo antes que la Unión Soviética y el bloque comunista. Mao se mostró de acuerdo con enviar armas al Viet Minh y abrió las instalaciones militares chinas para uso de voluntarios y reclutas.

En agosto de 1950 enviaron a Vietnam unos setenta y nueve comandantes del Ejército Popular de Liberación, entre ellos a Chen Geng, del Vigésimo Ejército, que desempeñó un papel crucial a la hora de diseñar estrategias y planes de batalla individuales para

ayudar a sus camaradas vietnamitas con menos experiencia[369]. En octubre de 1951, los chinos ya habían construido una vía férrea que atravesaba la frontera. Por ella pasó el primer cargamento de 4.000 toneladas de munición, incluidos obuses, baterías antiaéreas y unos diez millones de balas para rifles. En 1954 estaban entregando estas cantidades *al mes*. Lo que no les daban ni chinos ni soviéticos lo compraban en el mercado libre, utilizando para ello el millón que el Viet Minh recaudaba anualmente por la venta del opio producido por la tribu Meong[370].

Sin embargo, fueron los vietnamitas y no los chinos los que combatieron. Las fuerzas de Giap tenían una estructura piramidal. La base constaba de milicias no permanentes de campesinos, el llamado Dan Cong, los ojos y oídos de Giap; y de un cuerpo de pioneros que prestaban servicio durante un máximo de catorce días lejos de sus aldeas natales. También había guerrillas a tiempo completo que operaban en una región circunscrita. Las mejores se unieron a las tropas regulares de Giap, que contaba con unos diez mil hombres organizados en divisiones, regimientos, batallones y compañías. Cada división contaba con sus propios oficiales y secciones de especialistas, incluidos batallones de artillería y unidades de inteligencia. El personal trabajaba con precisión para poder mantener a estas unidades en movimiento durante meses. Los pioneros les suministraban la munición y los víveres que precisaban para sobrevivir. La influencia china se apreciaba en la omnipresencia de los comisarios políticos (un soldado de cada tres lo era), que organizaban sesiones de autocrítica tan rigurosas que a menudo acababan en suicidio.

Ciento sesenta soldados del Cuerpo de Expedicionarios franceses se enfrentaron a ellos; solo el 42 por ciento había nacido en Francia. Eran tropas regulares, pues los reclutas del Servicio Nacional debían presentarse voluntarios para combatir en Indochina y solo un número, cada vez menor, de radicales metropolitanos, socialistas y comunistas, se volvieron en contra de esa remota «guerra sucia». Los sindicalistas comunistas saboteaban el avituallamiento destinado a Indochina y simpatizantes bien situados en el funcionariado civil informaban al Viet Minh de los principales giros de la política gubernamental. La guerra se volvió tan impopular que, cuando los franceses donaban sangre, el Servicio de Salud tenía

que especificar que *no* era para el ejército de Indochina.

La mayor parte de las tropas francesas procedían del ejército del norte de África, es decir, eran marroquíes bereberes y árabes, efectivos del Regimiento Colonial (africanos subsaharianos e indochinos) y de la Legión Extranjera multinacional presidida por Francia. La Legión y los cuerpos de paracaidistas, a los que también pertenecían marroquíes y vietnamitas, eran el núcleo duro. Los legionarios eran auténticos matones, lentos y seguros de sí mismos como denotaba su forma de desfilar, mientras que los flexibles y pequeños «Paras», capaces de saltar cargados con equipo muy pesado por la estrechísima compuerta de los aviones, eran especialistas en llegar enseguida a cualquier sitio y combatir ferozmente.

Aparte de crear formaciones móviles y agresivas de legionarios y paracaidistas, el Servicio Exterior de Contraespionaje francés (SDECE, en sus siglas en francés) hizo experimentos con un modelo de penetración profunda, similar al usado por los War Chindits de Orde Wingate durante la Segunda Guerra Mundial. Había una base de entrenamiento para fuerzas especiales en Ty-Wan, donde estadounidenses anónimos, británicos y chinos nacionalistas colaboraban en la instrucción. Los grupos franceses de camboyanos, Meong u hombres de la tribu T'ai (conocidos como T'ai blancos o negros dependiendo del color de las blusas de sus mujeres), bajo el mando de suboficiales, estaban especializados en sembrar la muerte y el caos tras las líneas del Viet Minh. A finales de 1953 un grupo de paracaidistas franceses se unió a una unidad estacionada en Coc-Leu para matar a 150 Viet Minh[371]. Los Meong solo ponían una condición para contribuir al esfuerzo de guerra francés: que los franceses les compraran el opio que de modo habitual vendían al Viet Minh. Aunque los franceses habían prohibido el opio en 1945, el SDECE organizó vuelos secretos que transportaban el opio de Laos a Saigón, donde el general Binh Xuyen lo administraba en el interior de su plaza fuerte de Cholon, devolviendo parte de los beneficios a los Meong.

Los estadounidenses presionaban para vietnamizar la guerra, proceso al que denominaban *jaunissement*, es decir, «amarilleamiento», creando el Ejército Nacional Vietnamita. El reclutamiento era lento: apenas contaba con 38.000 hombres a

finales de 1951, aunque luego creciera rápidamente. La guerra se libró sobre todo en el norte, pero todos los días se registraban ataques con granadas en los bares y cafés de Saigón que no pagaban protección a los comunistas. Después de las diez de la noche el fuego de morteros procedente del campo arrasaba los suburbios y las bombas de humo cruzaban el cielo en la oscuridad. El Viet Minh se hacía con muchos de los lugares bajo control de las tropas francesas y de Bao Dai durante el día. En cuanto caía la noche, el tráfico cesaba en las carreteras hasta el amanecer[372].

En Tonkín los franceses recurrieron a la estrategia de defender las carreteras principales y los poblados de arrozales del delta del río Rojo mientras cortaban el flujo de suministros que el Viet Minh recibía de China. Las fortalezas situadas en la frontera norte de China, donde Laos se adentra en Vietnam, eran un objetivo muy tentador para el Viet Minh. Nubes bajas, niebla y una densa jungla neutralizaban la ventaja que daba a los franceses su fuerza aérea y el terreno mismo obstaculizaba la prestación de ayuda. En octubre de 1950 veintitrés batallones regulares del Viet Minh, equipados con artillería estadounidense de la que el KMT había dejado abandonada en el continente, acabaron con las líneas defensivas francesas de la frontera china, dejando la posición francesa en Vietnam reducida a un pequeño perímetro en torno al delta del río Rojo. El Viet Minh se hizo con una franja de territorio que iba de la frontera china a unos 160 kilómetros de Saigón. Su aplastante victoria hizo creer a Giap, en 1951, que podría hacerse con todo el delta, incluidas Hanói y Haiphong, gracias a un osado golpe de mano. Los funcionarios franceses empezaron a evacuar a sus familias y a quemar documentos.

La primera guerra de Indochina coincidió con la «acción policial» en Corea. Hubo un incidente divertido: un coronel francés llamado Wainwright (su abuelo inglés había sido capturado por Napoleón y permaneció en Francia) intentó pedir un ataque aéreo cuando su grupo móvil se vio atacado. Debido a las peculiares condiciones atmosféricas, su operador de radio solo oía a un sargento estadounidense que enumeraba el equipo que había solicitado a un almacén de suministro de Corea. Al final, un coronel estadounidense agregado como asesor del ejército de Wainwright gritó: «¡Deje libre este canal de radio! ¡Estamos en medio de una

guerra!»[373].

Las fuerzas imperialistas francesas contaban con un asesor estadounidense debido a la intervención china en Corea. Truman, Marshall y Acheson metieron a los comunistas chinos, los norcoreanos, los Huk y el Viet Minh en el mismo saco de la conspiración mundial de inspiración soviética, ignorando la posibilidad de explotar las disensiones existentes entre chinos y soviéticos o entre estos y las fuerzas insurgentes. Como vimos en el caso de los Huk, no tenían una relación extremadamente buena con los comunistas. Estados Unidos donó a Francia 133 millones de dólares, condicionados a los resultados obtenidos por los galos en Indochina[374]. El Departamento de Estado transmitió fríamente una recomendación clave a través de uno de sus funcionarios: «Podremos acabar con gran parte del estigma que sufre el colonialismo si, de ser necesario, dejamos que hombres amarillos maten a otros amarillos en vez de que solo lo hagan los blancos»[375].

Siempre buscaron y nunca encontraron a un Magsaysay o un Sukarno vietnamita. Querían dar la suficiente manga ancha al gobernante títere de los franceses, Bao Dai, como para que pudiera reunir en torno a su persona a todos los nacionalistas vietnamitas no comunistas. Pero Bao Dai no fue buena elección, pues obtenía su apoyo de los terratenientes del sur y la secta religiosa Cao Dai, con su catedral a lo Disneylandia y sus milicias armadas. Era un *playboy* y un sibarita que prefería pasar el tiempo en su yate o en su villa de la Riviera francesa antes que en su palacio de Norodom, ocupado por los generales franceses. Es muy improbable que hubiera ejercido el poder prudentemente, aunque lo que se esperaba de él no hubiera estado circunscrito a lo descrito en un documento, largo como un libro, en el que Francia incluía las políticas que se reservaba.

La ofensiva de Giap de 1951 coincidió con el nombramiento del general de sesenta y dos años Jean de Lattre de Tassigny, quien desde diciembre de 1950 asumió los papeles de alto comisionado y comandante en jefe de operaciones; una conjunción que ya había anticipado el procónsul general británico, Gerald Templer. Era un católico convencido, que había luchado en la Primera Guerra Mundial y en el Rif, en el norte de África. Había escapado de Vichy con ayuda de una lima que logró entregarle su mujer y se unió a la

Francia Libre para liberar a Francia de los nazis; el futuro embajador de Estados Unidos, Henry Cabot Lodge, fue su oficial estadounidense de enlace. En su carrera estelar, Lattre había resultado herido ocho veces, había recibido sesenta y cuatro condecoraciones, la primera por matar a dos lanceros prusianos con su sable. Cuando llegó a Hanói, acompañado de su imponente esposa, prometió ganar la guerra en quince meses. «Desde ahora recibiréis órdenes», dijo a sus hombres, que le apodaban «Rey Jean» o «DDT», aludiendo al eficaz pesticida. A su llegada rescató los planes de su predecesor para evacuar el norte, obligando a las mujeres y niños a permanecer en Hanói. A los quejicas se les daba «la orden del barco de vapor», es decir, un billete de vuelta a casa. Su hijo Bernard, de veintitrés años, servía como teniente del ejército en Indochina y murió en Ninh Binh antes de finales de ese mismo año; fue uno de los veintiún hijos de comandantes veteranos franceses que murieron en esa salvaje guerra[376].

La lucha en Indochina tenía sus mareas y dependía de los monzones que azotaban a buena parte de un país con forma de S alargada. A partir de enero de 1951, Giap centró sus principales ataques en la ciudad de Vinh Yen, a unos cincuenta kilómetros de Hanói. De Lattre buscó refuerzos en la Cochinchina y les apoyó con cada avión de los que disponía, muchos de ellos modelos alemanes o británicos, restos de la Segunda Guerra Mundial. La tripulación de los aviones arrojaba bombas y napalm desde las compuertas y los portones de carga. Un oficial del Viet Minh describió los efectos que se percibían desde el suelo:

Ordené a mis hombres ponerse a cubierto de las bombas y balas de ametralladora. Pero los aviones se nos echaron encima sin dispararnos. De repente, se abrió el infierno ante mis ojos. El infierno adoptó la forma de grandes contenedores con forma de huevo que caían del primero de los aviones, seguidos por otros lanzados desde el segundo y tercer avión. Enormes sábanas de llamas se extendieron unos cuantos cientos de metros, causando el pánico entre las filas de mis soldados. Era napalm: fuego caído del cielo. Un avión se acerca por detrás y deja caer otra bomba de napalm. Esta cae justo detrás de nosotros y siento su ardiente aliento envolviendo mi cuerpo. Los hombres huyen y ya no soy capaz de retenerlos. No hay forma de escapar al torrente de fuego

que se extiende en todas direcciones quemándolo todo a su paso. Las llamas nos rodean por doquier. [...] Espero al comandante del pelotón. [...] Sus ojos muy abiertos reflejan el terror. «¿Qué es esto? ¿La bomba atómica?». «No, es napalm»[377].

Entre enero y junio, Giap envió repetidos ataques dirigidos por equipos suicidas, que retiraban los alambres de espino y hacían detonar mochilas explosivas en los búnkeres franceses; cada uno de ellos costó muchas vidas a ambos bandos[378]. Un atacante, herido en un brazo y atrapado en el alambre de espino, ordenó a un colega que le cortara el brazo, tras lo cual se arrastró con su mochila explosiva para volar un búnker. Cuando terminó la batalla, el Viet Minh hubo de admitir su derrota tras sufrir al menos 5.000 bajas. Los chinos vieron muy correctamente que De Lattre atacaría Hoa Binh, que estaba en el centro de las principales rutas de suministro del Viet Minh, entre Vietnam del norte y Vietnam del sur; Giap reforzó la defensa de la zona. Todo intento por parte de los franceses de reconquistar la ciudad fue rechazado[379].

Tras Vinh Yen y otras victorias en Mao Khe y Yen Cu Ha, el «MacArthur francés» recibió toda la atención de los medios de comunicación estadounidenses, e incluso viajó hasta allí en septiembre de 1951. En Washington se suavizaron las dudas sobre el colonialismo francés a base de hablar de un «colonialismo rojo» de inspiración soviética, que suponía una amenaza tanto para Indochina como para Corea o Malasia. De Lattre hablaba con tono tétrico de legiones rojas que ocupaban el norte de África para sumir al sur de Europa en una variante de la, cada vez más popular, teoría del dominó[380].

Como contaba con el apoyo estadounidense, el general mandó construir toda una cadena de fortalezas, denominada la Línea de Lattre, para defender el delta del río Rojo. La línea constaba de dos anillos concéntricos, pero todo el proyecto entero destilaba la misma *hybris* nerviosa que la Línea Maginot, construida a lo largo de la frontera francesa en el periodo de entreguerras. En una ocasión, un subordinado se atrevió a preguntar a cuánto ascendían el coste y los recursos humanos necesarios para poner en funcionamiento estas posiciones. De Lattre replicó: «¡Que le follen al coste! En cuanto a los hombres, mandamos allí a los realmente *con*»[381] [por decirlo delicadamente: tipos que no sirven para nada].

Las avanzadillas contaban con el apoyo de artillería de largo alcance y unidades móviles, con tanques ligeros y carros blindados, que actuaban como brigada de bomberos. El batallón francés, que se había distinguido por su valor en Corea, fue una de ellas y demostraría su utilidad exigiendo a Estados Unidos que contribuyera a la guerra de Indochina para pagar su deuda de honor.

De Lattre murió en su casa, de cáncer, en 1952; ocho meses después de la muerte de su adorado hijo, que combatía bajo su mando. Su sucesor, el general Raoul «Chino» Salan, probablemente fuera el veterano francés con mayor experiencia de combate en el sudeste asiático y creó una política consistente en construir «erizos», bases fuertemente protegidas, todas con su pista de aterrizaje y rodeadas de fuertes de un perímetro menor, desde donde los franceses podían atacar el territorio del Viet Minh. Al otro lado de la colina, Giap siguió el consejo de los chinos de limitar los recursos de los franceses presionando en la Cochinchina, mientras abrían un nuevo frente en la frontera entre Vietnam y Laos. Entre octubre y diciembre de 1952, el Viet Minh echó a los franceses del noroeste de Vietnam, y uno de los muchos gobiernos que se sucedieron durante la IV República reemplazó a Salan, en enero de 1953, por el general Henri Navarre, un especialista en Inteligencia con mucha menos experiencia de combate que sus predecesores.

Al terminar la guerra de Corea, el verano siguiente, tanto los chinos como los estadounidenses pudieron centrarse en la guerra que se libraba en Indochina, dando mayor apoyo a sus representantes. Es imposible saber si los éxitos del Viet Minh en el campo de batalla fueron obra de Giap o de sus asesores chinos. Sabemos que había fricciones entre ambos, pues los vietnamitas recordaban bien la larga temporada en que los chinos ocuparon su país. Los generales chinos tenían que consultar todas sus recomendaciones con el Comité Central, ya que Mao se tomaba mucho interés en esta guerra.

Se suele considerar a Giap un superdotado para la guerra, pero lo que más fuerza le daba era que sus hombres toleraban un nivel de bajas parecido al que se dio en la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial[382]. Desde el punto de vista estrictamente militar, el Viet Minh gozaba de muchas ventajas, pero los

combatientes a tiempo parcial eran su mejor recurso; sin ellos no hubiera podido combatir el ejército regular. Cada división contaba con 50.000 porteadores. Sabemos lo crueles que eran sus condiciones de trabajo gracias a unos cálculos de Giap, que creía que un porteador podría transportar veinticinco kilos de arroz durante unos veinticuatro kilómetros de día, veinte de noche y la mitad del peso en el ascenso a montañas, pero solo dieciocho kilos de otros productos, ya que la textura del arroz permitía amoldar los sacos al cuerpo humano, algo imposible en el caso de carcasas de artillería u otros materiales duros. Como las carreteras estaban demasiado expuestas a ataques aéreos, los pioneros del Viet Minh trazaron trabajosamente sus propias rutas alternativas a través de la jungla, dejando intacto el follaje alto y aplanando el suelo con todo lo que encontraban a mano.

El Viet Minh aguantaba estoicamente condiciones impensables para los soldados occidentales. Comían arroz frío, a veces acompañado de una salsa picante de pescado que llevaban en toallas enrolladas en torno al pecho. Sus instalaciones médicas eran rudimentarias; se esperaba que los hombres «sudaran» los ataques endémicos de malaria. Las pocas pastillas de quinina que había se dividían terapéuticamente en diez partes que carecían de valor alguno. No se perdía el tiempo con los hombres gravemente heridos, y en una ocasión en que un argelino capturado vio obstaculizado su camino por un Viet Minh moribundo, su guarda le ordenó pasar por encima de él.

La vida de los miembros del Viet Minh estaba totalmente regulada. Al igual que en muchas organizaciones religiosas, todos eran «hermanos» salvo Giap. Las cartas, el alcohol, el sexo y el tabaco estaban prohibidos; a cambio se ofrecían sesiones interminables de cantos y adoctrinamiento político. En un país donde no había analfabetismo antes de la llegada de los colonizadores, la alfabetización (necesaria para desempeñar cualquier puesto de funcionario) había descendido hasta un 20 por ciento bajo la administración francesa. El Viet Minh enseñaba que el analfabetismo era antipatriótico. Había que saber leer para poder entender su propaganda[383]. Para contrarrestar la vigilancia aérea francesa, cada soldado del Viet Minh llevaba una rejilla adornada con el follaje de las diversas áreas de vegetación que atravesaban.

Las milicias del Viet Minh también sabían cómo hacer más letal un entorno que ya lo era de por sí al contar con tigres, panteras, serpientes venenosas, hormigas, ratas y escorpiones. Cavaban agujeros trampa con estacas de bambú puntiagudas untadas de excrementos, para hacer más mortales las heridas, en el fondo. Cada paso dado entre aguas a la altura de la cintura podía acabar en una bota perforada por un abrojo y hacían falta al menos dos hombres para llevar al herido.

Al Viet Minh le encantaba cavar túneles, tanto para defenderse como para atacar. A veces, serenos estanques cercanos a las aldeas tenían algo similar al sifón de una bañera moderna escondido bajo la vegetación, donde también se cavaban túneles y almacenes con sistemas ocultos de ventilación. El ruido que hacía el Viet Minh al cavar era casi tan ominoso como sus gritos de «¡Adelante!». Los ingenieros chinos con experiencia en Corea enseñaron al Viet Minh cómo cavar trincheras que llegaban casi hasta las fortificaciones que habían construido los franceses en lo alto de la colina. Tenían mineros haciendo túneles e insertando enormes cantidades de explosivos. Desafortunadamente el Viet Minh también aceptó el consejo chino de realizar ataques masivos de combatientes para aplastar a los defensores; algo que demostró ser tan innecesariamente costoso en Vietnam como en Corea. En parte, era una aberración que se autoperpetuaba, en la medida en que los oficiales experimentados morían enseguida y eran reemplazados por otros que se limitaban a hacer cumplir estrictamente las órdenes escritas.

Giap estaba perfectamente preparado para prescindir de cualquier unidad que estuviera en problemas, porque se negaba a responder a las razias y ofensivas francesas para mantener la iniciativa. El Viet Minh no solía torturar a los prisioneros como hacían los japoneses durante la guerra, e incluso procuraban ganarles para su causa, pero los soldados franceses capturados solían morir de hambre debido a la escasa dieta del Viet Minh. Se recurría a la crueldad con fría determinación. El funcionario del Servicio Exterior de Estados Unidos Howard Simpson se encontró con un hacendado francés muy resentido que libraba una venganza personal contra el Viet Minh de su zona. Puso los cadáveres de los correos del Viet Minh ordenadamente en un almacén al que llamaba

«el de la carne fría». Su salvajismo se debía a un ataque contra su plantación mientras estaba ausente, en el que el Viet Minh asesinó a sus guardias camboyanos y humilló a su suegra vietnamita delante de los trabajadores. Cuando volvió creyó encontrarla enterrada hasta el cuello bajo una montaña de arena. Corrió a desenterrarla y salió rodando lo que solo era una cabeza[384].

Ambos bandos padecían disentería, malaria, úlceras y sanguijuelas, pero la moral de los soldados expedicionarios franceses estaba muy baja. Los campos de arroz eran especialmente horrendos. Para evitar las estacas y otras trampas «cazabobos» que pudiera haber bajo el agua del color del barro, las tropas francesas marchaban fatigosamente por los diques, a menudo minados con artilugios improvisados a partir de carcasas y bombas francesas; ir por campo abierto también les exponía a los francotiradores. Las deserciones les obligaron a tomar represalias contra las aldeas vecinas, cuyos miserables habitantes no sabían si los franceses les matarían por no darles la información que buscaban, pero estaban seguros de que el Viet Minh les asesinaría sin lugar a dudas.

Los soldados franceses preferían con diferencia la vida en Saigón (la famosa «Perla de Oriente») a la que llevaban en Hanói, la capital del norte, mucho más fría y gris. Los epicentros de la vida de la capital se extendían a lo largo de la Rue Catinat, y la terraza del bar del hotel Continental era especialmente famosa. Todos los establecimientos estaban protegidos por redes para evitar que se lanzaran granadas dentro de ellos. Los oficiales franceses tomaban allí sus últimas copas tras las fatigas del servicio y antes de salir de misión; los agentes del Viet Minh tomaban cuidadosa nota de sus movimientos y de los despegues de la base aérea de Tan Son Nhut. Otro de sus abrevaderos de alcohol favoritos, que contaba además con un soberbio restaurante, era el Arc-en-Ciel, situado en el barrio chino de Cholon, cuyo cabaré era visitado por estrellas como Charles Trenet y Josephine Baker. A Howard Simpson le ofendía profundamente que ese ejército fuera tan hedonista que no renunciara a los placeres de la vida ni siquiera en el campo de batalla, y escribió estos displicentes versos:

Camembert para la mesa del coronel,
vino en abundancia siempre que podamos.
Puede que perdamos Indochina

pero nuestro coronel come bien a pesar del coste…
[…] ¡Mandadnos caracoles en paracaídas!
Acompañad el envío con un buen vino de Burdeos.
Y en nuestras tumbas, cerca de Dien Bien Phu,
inscribid las siguientes palabras; son muy pocas:
«Murieron por Francia pero, lo más importante: […]
su coronel comió bien durante toda la guerra»[385].

Aunque había burdeles militares itinerantes, regentados por mujeres valientes y vestidas con ropas muy vistosas, procedentes de la tribu argelina Ouled Nail, que ejercían esta actividad para hacerse con una dote y casarse, muchos soldados franceses se hicieron con una *congai* permanente, su mujer ante el derecho común, una práctica bastante extendida asimismo entre los camaradas vietnamitas, que simplemente llevaban a sus esposas reales a los *camps de mariés*. La situación daba lugar a una vulnerabilidad manifiesta y una tercera parte de las posiciones francesas cayeron debido a la traición de las prostitutas troyanas del Viet Minh[386].

La mecanización de las tropas francesas acabaría siendo una táctica desgraciadamente muy conocida: acabó siendo otro talón de Aquiles para los galos. En terreno boscoso o repleto de colinas, se solía hacer parar a los convoyes por el procedimiento de destrozar el vehículo que abría la marcha (normalmente un tanque Sherman) con bazucas, para luego asaltar a los vehículos más vulnerables desde cualquiera de los lados de la carretera. Los franceses nunca contaron con tanques blindados que pudieran limpiar de obstáculos las carreteras en caso de una emboscada. Los continuos ataques en ellas les hicieron cada vez más dependientes del suministro aéreo y de la obtención de materiales que, una vez arrojados en paracaídas, podían caer en manos del Viet Minh. Los pilotos de aviones y barcos franceses hacían lo que podían, pero había más aviones que pilotos y nunca contaban con bombarderos suficientes para hacer bombardeos aéreos eficaces. A partir de 1953 la compañía de Transporte Aéreo Civil de la CIA, predecesora de la famosa Air America, suministró aviones de transporte y proporcionó pilotos estadounidenses con nombres tan sonoros como James «Terremoto» McGoon. Tenían pocos helicópteros, nunca más de diez hasta abril de 1954, para evacuar a las bajas; contar con más habría subido

mucho la moral de las tropas.

LOS ESTADOUNIDENSES SE UNEN AL JUEGO

Aunque el Pentágono tenía muchas reservas sobre la forma en que los franceses estaban haciendo la guerra, la teoría del dominó les llevó a concederles más ayuda con cierta reticencia. Teóricamente las ayudas estaban sujetas a un análisis coste-beneficio a cargo del pujante Grupo para la Asesoría y Asistencia Militar (MAAG, en sus siglas en inglés), liderado por los generales Thomas Trapnell y su sucesor John «Iron Mike» O'Daniel. Los estadounidenses pusieron pocas condiciones para el reparto de 150 millones de dólares en 1952, cuando se dieron cuenta de que los franceses podían desaparecer y «dejarnos con el bebé». Además, la perspectiva de que Francia redujera su contribución a la defensa de Europa Occidental era un chantaje permanente que obligaba a Estados Unidos a suscribir las acciones francesas en Indochina. En octubre de 1952 las ayudas estadounidenses aumentaron del 40 al 75 por ciento del coste de la guerra para Francia. Los estadounidenses se hicieron más visibles por las calles en sus sedanes negros, y el poder se desplazó hacia las villas alquiladas por ellos, donde celebraban fiestas junto a las piscinas. Los franceses reaccionaron con su habitual ingratitud y soberbia, tratando a «les Amerloques», (norteamericanos locos) con fría indiferencia u odio apenas disimulado; estaban muy resentidos por el papel que había desempeñado Estados Unidos durante la liberación de Francia en 1944. Además consideraban que su experiencia como potencia colonial les daba una visión única de cómo ganar la guerra en Indochina[387].

La administración Eisenhower heredó el conflicto de Indochina de su predecesor y, como todo novio reciente, procuró inyectar vitalidad en lo que calificaba de inversión mafiosa fallida de Truman. Hubo muchas comentarios viriles sobre la posibilidad de negarse a recoger el testigo que había permitido a los franceses «estar sentados en sus fuertes a lo Beau Geste» sobre cajas de champán. Se dijo que había llegado la hora de «apretar las tuercas a los franceses para que levanten el coño de la silla». Traducción: buscaban una expansión del Ejército Nacional Vietnamita y a un comandante capaz de liderar una ofensiva.

El general Navarre intentó ocultar su falta de experiencia

práctica con la típica arrogancia francesa. En la recepción de bienvenida organizada en el Continental, un oficial estadounidense le dio un libro escrito por el comandante de los War Chindits, «Mad Mike» Calvert, que Navarre entregó displicentemente a un ayudante. Sorprendentemente, los estadounidenses se mostraron muy optimistas al llegar, aunque un reportero observó: «Él conserva algo de la fragancia del siglo XVIII [...] Uno casi espera ver volantes y una peluca empolvada». Poseía una gran fortuna, y a su histórico nombre había que sumar el de su elegante esposa rubia, descendiente del mariscal Murat. «Evidentemente, la victoria está cerca», dijo Navarre a su personal con creciente arrogancia, «pero la victoria es mujer. Solo se da a quienes la toman. No se puede ganar sin atacar»[388]. Decidió plantar batalla entre mayo y octubre, en la época de los monzones, y acabó obligando al Viet Minh a combatir en una batalla campal en algún momento de 1954, debilitando su posición en las negociaciones, que se habían iniciado con ciertas charlas preliminares mantenidas en secreto. Estados Unidos aportó otros 400 millones de dólares para el Plan Navarre, que se tradujo en victorias rápidamente, incluido el exterminio de una división entera del Viet Minh enviada a infiltrarse en el delta del río Rojo.

Pero Navarre no estaba satisfecho con estas operaciones meramente reactivas y decidió ahondar en la iniciativa de Salan y crear más fortificaciones, bien provistas de artillería, con pistas de aterrizaje resguardadas por rocas contra las que se acabarían estrellando las oleadas de Viet Minh concentradas en un punto. Las rocas serían el yunque sobre el que caería el martillo de las fuerzas de apoyo lideradas por el comandante del área del río Rojo, el general Cogny. También diseñó la Operación Atlante, pensada para que fuerzas, básicamente vietnamitas, con un líder francés al frente, liberaran la larga franja costera de Annam de los 30.000 soldados del Viet Minh que la mantenían bajo su control. Navarre creía poder superar la incongruencia estratégica que suponía perseguir diversos objetivos a base de potencia aérea. Adelgazar las líneas francesas en busca de una batalla «decisiva» que dependía de la eficacia del suministro aéreo era una locura, pero parece que nadie le susurró la palabra «Stalingrado» al oído.

La amenaza que suponía el Viet Minh para el norte de Laos y su lucrativo contrabando de opio fue determinante para la elección de

la batalla decisiva por parte de Navarre. En Dien Bien Phu había una serie de pueblos de entre diez y quince mil habitantes, ocultos en un remoto valle en la esquina noroeste de Vietnam, donde había una pequeña pista de aterrizaje. Estaba a ocho kilómetros de la frontera de Laos y a unos 300 del delta del río Rojo. El proyecto original era de Salan, que pretendía aplastar al Viet Minh entre Dien Bien Phu y otro bastión en Nassan, que ya había resistido a un ataque en diciembre de 1952. Pero en agosto de 1953 Navarre evacuó Nassan con el argumento de que costaba demasiado aprovisionarla aunque, al contrario que Dien Bien Phu, no estaba rodeada de colinas[389].

Curiosamente fue la vulnerabilidad de Dien Bien Phu la que atrajo a Navarre. Sus subordinados expresaron graves reservas en relación al lugar, a lo que Navarre replicó que se trataba de tentar al Viet Minh para que atacara, ofreciéndole el cebo envenenado con el que esperaba atraerles a una gran trampa. Lo primero que había que hacer era limpiar el valle de la pequeña división del Viet Minh que se había instalado allí un año antes con toda facilidad, puesto que los franceses habían logrado descifrar sus mensajes y estaban informados de los planes del enemigo. Por increíble que resulte, hubo una filtración a la prensa de este golpe planificado por los servicios secretos y, cuando Giap envió cinco divisiones más a Dien Bien Phu, tuvo que usar un código nuevo[390].

En principio, Navarre pensó en usar Dien Bien Phu como refugio seguro desde el que hacer potentes ataques sobre el Viet Minh, reforzando su presencia en la zona para incentivar los ataques de las guerrillas T'ai. Estas incursiones cesaron a mediados de febrero de 1954, tras una masacre. Los hombres que quedaban de la guerrilla T'ai anduvieron unos 65 kilómetros hasta Dien Bien Phu, donde demostraron no servir en absoluto para el tipo de guerra estática que se estaba librando. En vez de rehacer sus planes, Navarre decidió convertir el valle fortificado en un Verdún asiático, esperando que el Viet Minh se estrellara contra sus defensas y acabara hecho pedazos. El coste humano que supuso convenció a los líderes políticos del Viet Minh para participar en las conversaciones de paz que estaban a punto de celebrarse en Ginebra, en abril de 1954.

Por su parte, Giap no se daba cuenta de que los chinos ya se

habían decantado por una «ofensiva para la paz» de inspiración soviética con la intención de resolver sus problemas en Corea e Indochina. Los chinos, al igual que en el caso de Corea antes de las conversaciones sobre el armisticio, querían una gran ofensiva para maximizar la posición de los aliados en las conversaciones y no esperaban la clara victoria que Giap iba a obtener en Dien Bien Phu[391].

ANIQUILARLES POCO A POCO

Las fuerzas aerotransportadas desempeñaron un papel mayor en la primera guerra de Indochina del que han jugado desde entonces en cualquier otro conflicto. El día antes de que los paracaidistas se lanzaran sobre el valle de Dien Bien Phu, el 21 de noviembre de 1953, Navarre se enteró de que el Gobierno francés no iba a atender su petición de refuerzos para esta y otras operaciones relacionadas con ella, a pesar de que la Operación Atlante también se llevara a cabo en la costa de Annam. Navarre y Cogny siguieron adelante con el plan de Dien Bien Phu (Operación Castor), la primera de muchas decisiones que solo cobran sentido si pensamos que Navarre confiaba en poder endilgar cualquier derrota a los políticos despistados[392]. Los paracas se hicieron rápidamente con el control del valle, que tiene unos 17 kilómetros de largo por unos 5 de ancho, y discurre en torno al serpenteante río Nam Youm. A lo largo de los días siguientes, Navarre llevó más paracaidistas a la zona y transportó en avión a una división de 10.000 hombres. Durante la batalla fueron llegando más soldados hasta elevar su número a 15.000 hombres en Dien Bien Phu.

Lo primero que se encomendó a las tropas, que preferían salir corriendo a cavar, fue la construcción de un enorme campamento central en la orilla occidental del río, la reparación de las pistas de aterrizaje saboteadas que habían de cubrirse con placas metálicas soldadas entre sí y la transformación de una serie de colinas periféricas en refugios que la artillería del campamento central podía cubrir. Las colinas medían unos 40 metros de alto por término medio y había que despejarlas de árboles y arbustos para crear campos de tiro abiertos para los búnkeres. Se volvieron a ensamblar tanques desmontados para su transporte aéreo, junto a armas que se pensaban utilizar para repeler los ataques masivos de infantería con los que se contaba. Los fuertes tenían una

potabilizadora de agua, mucho combustible y grandes reservas de munición. Unos cuantos miles de excombatientes del Viet Minh realizaron la mayor parte del trabajo, pues preferían eso a vivir en un campo de prisioneros.

Se rumorea que muchas de esas bases recibieron los nombres de las amantes del coronel Christian Marie Ferdinand de la Croix des Castries, un antiguo oficial de caballería de cincuenta y un años y comandante de los Spahi marroquíes, al que se encargó la defensa de Dien Bien Phu. Se despejaron de maleza Anne-Marie, Béatrice, Claudine, Eliane, Gabrielle, Huguette (donde estaba la mayor pista de aterrizaje) e Isabel (que también disponía de una) y se las fortificó debidamente. Cada una de estas instalaciones tenían numerados sus centros neurálgicos: Eliane 1, 2, 3, etcétera. Debió de impresionar bastante a los muchos dignatarios visitantes que pasaron por allí, pero en cuanto empezaron los monzones se convirtieron en un infierno de barro, con torrentes de agua cayendo desde las colinas circundantes, donde las tropas de Giap disfrutaban de una existencia bastante seca en comparación.

A Giap le llevó algún tiempo desentrañar el significado de lo que estaba haciendo Navarre en Dien Bien Phu. Una vez que lo logró, decidió aceptar el reto de la mayor batalla campal planeada por los franceses desde tiempos de De Lattre. A principios de diciembre, la dirección del Partido Comunista y sus asesores rusos y chinos se mostraron de acuerdo con su plan de acosar a los galos mientras dedicaba esos meses a preparar el campo de batalla. La artillería desempeñaría un papel fundamental en la batalla y Mao aseguró a Giap que China le enviaría todos los proyectiles que necesitara. Cuando estuvo preparado, la Comisión Militar Central china le recomendó que no llevara a cabo un asalto de órdago, sino que se limitara a ir debilitando progresivamente las posiciones del enemigo para «aniquilarles poco a poco»[393].

La fase preparatoria duró unos tres meses. Giap hubo de movilizar a 25.000 hombres con sus equipos y transportarlos a unos 480 kilómetros de las colinas del Viet Bac y el sur del delta. Sus líneas de suministro se extendían a lo largo de unos 800 kilómetros de la frontera china. Unos 10.000 porteadores asumieron el riesgo de ir por rutas peligrosas y escarpadas de la jungla, arrastrando piezas de artillería desmontadas cuesta arriba y cuesta abajo con

ayuda de sogas. Construyeron carreteras ocultas, que vadeaban ríos mediante troncos hundidos bajo el agua, para que 600 camiones rusos pudieran transportar enormes cantidades de alimentos y munición. Se tomaron precauciones extremas para defenderse de la vigilancia aérea. En cuanto se oían los motores de los aviones, los vigías subidos a los árboles empleaban triángulos y silbatos para detener a los convoyes en las bases camufladas construidas por el camino. Aunque los vieran, los pilotos franceses carecían del combustible suficiente como para permanecer en la zona, tan lejos de sus bases terrestres y navales, el tiempo necesario. Pronto este fue el menor de sus problemas, pues Giap colocó baterías antiaéreas para cubrir las limitadas rutas de aproximación aérea al valle. Los aviones que lograban superar el reto se resguardaban en sus pistas de aterrizaje. Los chinos señalaron asimismo la importancia de defenderse de las fuerzas aerotransportadas, lanzadas para atacar a los sitiadores desde fuera del perímetro.

Durante el periodo preparatorio, Giap debió de haberse sentido como un gato mirando una pecera llena de peces dorados distraídos. Sin el acoso de las patrullas francesas, el Viet Minh fue capaz incluso de valerse de la oscuridad para excavar profundas trincheras donde colocar sus armas en torno a las colinas que rodeaban Dien Bien Phu. Así, los tiradores de Giap disponían de líneas de fuego directas, pues no estaban entrenados para hacer fuego desde las pendientes situadas al lado opuesto. Las armas se montaron una a una y apuntaban a espacios abiertos; los tiradores esperaban en sus refugios como los cañoneros de los buques de guerra de Napoleón. Giap mismo se trasladó a una cueva que estaba a unos 90 metros de profundidad. Se forraba cuidadosamente de madera cada compartimento de la fortificación, a veces por comandos del Viet Minh que trabajaban por la noche en el campamento principal y prestaban especial atención a los búnkeres de los comandantes, provistos de antenas de radio.

Al anochecer del 13 de marzo de 1954 Giap inició su ataque con un colosal bombardeo de artillería, incluido un cañón de 155 milímetros que los franceses nunca pensaron que tuviera, pues era más potente que su propia batería de 155 milímetros. Los zapadores del Viet Minh habían cavado trincheras de asalto hasta el alambre de espino y luego habían enviado varias oleadas de soldados para

acabar con las bases más lejanas: Béatrice, defendida por la Legión esa noche, y Gabrielle al día siguiente, a pesar de que los franceses dispararon unos 30.000 proyectiles. Durante la noche del 14 al 15 de marzo el teniente mayor coronel Charles Piroth, comandante de artillería francés que confiaba en que sus armas podrían mantener a raya al Viet Minh, murió al explotarle una granada que sujetaba en el pecho.

Defendían Anne-Marie tropas T'ai, a las que se había dado folletos en los que se les prometía que podrían marcharse sin impedimento alguno. Durante la mañana del día 17 la mayoría se fueron y los que quedaron se retiraron al campamento central. La pérdida de sus refugios del norte acabó con dos rutas de aproximación a la pista de aterrizaje y, poco después, se aisló a Isabelle, demasiado al sur del principal perímetro de defensa. Aterrizar o volar lo suficientemente bajo como para soltar paracaidistas se convirtió en algo extremadamente peligroso. Navarre y Cogny nunca previeron un desenlace semejante y carecían de paracaídas suficientes, un error que rectificaron los estadounidenses con el envío de 60.000 paracaídas desde Filipinas. Pero las baterías antiaéreas obligaron a los aviones a volar a mayor altura, por lo que era tan probable que su carga acabara en manos del Viet Minh como que cayera en el perímetro interior de las fortificaciones. Tras un tiempo, el suelo del valle estaba lleno de miles de piezas de seda blanca y contenedores rotos. Los estadounidenses contaban con un dispositivo que retardaba la apertura de los paracaídas para garantizar la precisión de la caída, pero los franceses nunca los adquirieron[394].

Hubo un periodo de paz de dos semanas que Giap aprovechó para hacerse con 25.000 reservistas y llenar sus depósitos de munición y alimentos. En ningún momento cesaron las escaramuzas esporádicas y los intercambios de disparos de artillería. El Viet Minh se dedicó a rodear los fuertes mayores con una red, en forma de tela de araña, de trincheras de asalto. El 24 de marzo salió de Dien Bien Phu el jefe del Estado Mayor Des Castries, tras sufrir un colapso nervioso, y cedió el mando a un rudo comandante del grupo aerotransportado, el teniente coronel Pierre Langlais. Entre los rangos inferiores los nervios también hacían estragos y 3.000 desertores, que acabaron escondiéndose en las riberas del río Nam

Youm, se arrastraron de noche, como ratas, para buscar restos de comida en el campo de batalla. El 28 de marzo el último avión que aterrizó en Dien Bien Phu, un Dakota que transportaba heridos, fue alcanzado y destruido en la pista de aterrizaje.

El 30 de marzo Giap atacó Dominique y Eliane, y durante todo el mes de abril se siguieron librando duros combates. El Viet Minh sufrió bajas desorbitadas, sobre todo cuando los defensores de posiciones tomadas pedían fuego de artillería sobre sus propias bases; se refugiaban en los búnkeres mientras los obuses de las baterías antiaéreas francesas caía sobre el enemigo a campo abierto. Los pocos tanques de los que disponían demostraron valer su peso en oro. El grupo fuerte de la defensa (los legionarios y los paras vietnamitas) intentaba reunir una y otra vez a las unidades destruidas para defenderse de nuevos ataques y retomar posiciones perdidas; combatían sin descanso gracias a estimulantes como la benzedrina. Soldados increíblemente valientes se ofrecían voluntarios para saltar en paracaídas sobre un perímetro cada vez más reducido, que empezaba a ser lo suficientemente pequeño como para que los defensores apenas pudieran recolectar algo más que una parte de los suministros que les enviaban los pilotos franceses y estadounidenses con terribles costes. El 29 de abril se redujeron a la mitad las raciones de los defensores.

Que ganara el Viet Minh no tiene misterio alguno: contando a los grupos auxiliares, el Viet Minh superaba en número a los franceses por seis o siete a uno. La única esperanza que les quedaba a los franceses era que les enviaran tropas de refuerzo desde el norte, desde Laos, o bien que Estados Unidos llevara a cabo una invasión masiva. Los estadounidenses recibieron información falsa de los franceses, que mencionaban una creciente implicación militar de China, por lo que consideraron la posibilidad de enviar B-29 Superfortress desde Filipinas, que serían escoltados por los cazas de los portaaviones localizados en el golfo de Tonkín en el último tramo. De hecho, realizaron bombardeos encubiertos. También se mencionó la opción de usar tácticamente bombas nucleares, postura defendida sobre todo por el vicepresidente Richard Nixon. Pero aunque las condiciones meteorológicas hubieran sido más favorables, no era realista pensar en bombardeos masivos desde el aire en una batalla en la que el Viet Minh no tenía más remedio que

«sujetar al enemigo con la hebilla de su cinturón»; una táctica que acabarían refinando en la década de 1960, en su enfrentamiento contra las tropas aerotransportadas de Estados Unidos.

Eisenhower tenía un opinión poco romántica de lo ocurrido en Dien Bien Phu: «¿Quién puede ser tan bobo como para acuartelar a toda una guarnición en un valle y luego desafiar al enemigo, que tiene piezas de artillería situadas en las colinas adyacentes, a salir y combatir?». El director de la CIA, Allen Dulles, intentó hablar del tema con Eisenhower, pero este rechazó la propuesta: «¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que preocuparme de ese lugar dejado de la mano de Dios?»[395]. Los jefes de la Junta de Estado Mayor, por otro lado, le propusieron usar la bomba nuclear, a lo que el presidente respondió, indignado: «Debéis de estar locos. No podemos emplear esas cosas terribles contra asiáticos por segunda vez en diez años. ¡Dios mío!».

Muchos estadounidenses hacían explícita su oposición a cualquier tipo de intervención en Indochina. El jefe del Estado Mayor del Ejército, Matthew Ridgway, era un socio de honor del «Never Again Club» [Club de Nunca Jamás] y se resistía firmemente a involucrar a la infantería estadounidense en otra guerra asiática tan poco tiempo después de Corea. El vicealmirante Lawton Collins hizo una observación lapidaria sobre una intervención estadounidense limitada: «No se puede ir “un poco” sobre el Niágara en un barril», una opinión compartida por el senador que lideraba la minoría de la cámara, Lyndon Baines Johnson, que dio un puñetazo en la mesa para demostrar su repulsa. Cuando un senador afirmó que le preocupaba el hecho de que una derrota en Dien Bien Phu fuera una vergüenza para Occidente, otro senador le respondió: «A mí no me preocupa la vergüenza, me preocupa perder el culo»[396].

En todo caso, existían obstáculos insuperables para la intervención estadounidense, incluso antes de que la CIA informara, poco después de la derrota de Dien Bien Phu, de que solo habían participado un cuatro por ciento del total de las fuerzas francesas y de que la derrota no implicaba el colapso total de sus posiciones en Indochina. Pedían la aprobación del Congreso (imposible), que también se comprometieran el resto de sus aliados (el primer ministro Winston Churchill se negó a enviar tropas) y el firme

compromiso por parte de los franceses de garantizar la independencia a los vietnamitas (algo que nunca se daría). De manera que los franceses hubieron de hacer la limpieza solos. La Operación Cóndor, una fuerza de apoyo reunida apresuradamente en Laos, nunca se puso en marcha, debido a los problemas logísticos que implicaba cruzar el agreste territorio, bajo control del Viet Minh, que se extendía desde las planicies de Laos hasta Dien Bien Phu. Lo cierto es que los franceses de Laos apenas eran capaces de defender lo suyo[397].

Cuando las tropas de Giap lanzaron su ofensiva final, en mayo de 1954, sus tiradores ya habían ganado la batalla de la artillería y sus zapadores habían cubierto lo que quedaba de las posiciones francesas con una tupida red de trincheras de asalto. Mientras, en Elaine 2, antiguos mineros de carbón cavaron un túnel para colocar toneladas de TNT bajo los defensores franceses, que les oían perfectamente cavar su destino. En el campamento principal, las instalaciones pensadas para atender al creciente número de heridos estaban desbordadas, y los supervivientes no olvidarían nunca el heroísmo de las pequeñas prostitutas Ouled Nail, convertidas en enfermeras, que reconfortaban a los moribundos. Al final hubo extraordinarias muestras de heroísmo por ambas partes, sobre todo entre los paramilitares coloniales, que insistían en ser lanzados de noche para unirse a sus compañeros y combatir hasta el final.

Justo antes del anochecer del 7 de mayo la lucha fue parando gradualmente, ya que los hombres que llevaban cincuenta y seis días combatiendo sin apenas descanso cayeron exhaustos. Los recelosos soldados del Viet Minh registraron todos los búnkeres para asegurarse de que los espantapájaros que había dentro no querían seguir combatiendo. Se rindieron nueve mil hombres, la mitad de los cuales moriría a lo largo de los meses siguientes, incluidos casi todos los soldados vietnamitas capturados por los comunistas.

LA AGENCIA INVENTA UN PAÍS

Al día siguiente de la caída de Dien Bien Phu se entablaron conversaciones oficiales de paz en Ginebra. Acudieron delegaciones de la República Democrática de Vietnam, Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética, China y Estados Unidos, así como representantes de Bao Dai, la monarquía camboyana y la de Laos. Aunque

aparentemente el Viet Minh tuviera todas las cartas en la mano tras Dien Bien Phu, no había contado con el deseo de soviéticos y chinos de evitar que los estadounidenses llenaran el vacío dejado por los franceses en retirada. Zhou Enlai y Molotov coordinaron estrechamente su estrategia negociadora y la impusieron a Pham Van Dong, jefe de la delegación del Viet Minh.

Pham quería la independencia para toda Indochina tras la celebración de unas elecciones que el Viet Minh creía poder ganar. Molotov y Zhou Enlai favorecían la división de Vietnam en una República Democrática en el norte y el gobierno de Bao Dai en el sur, y rechazaron las exigencias de Pham de incluir en las conversaciones a los Pathet Lao de Laos y los Jemeres Rojos camboyanos, calculando que la existencia de monarquías neutrales bastaría para evitar la intervención estadounidense.

Casi estuvieron en lo cierto. El secretario de Estado del presidente Eisenhower, John Foster Dulles, hermano de Allen Dulles, creía que, con los franceses fuera de juego, Estados Unidos apoyaría a Camboya, Laos y Vietnam del Sur para convertirlos en bastiones contra la difusión del comunismo en Asia, sin involucrarse demasiado en algo que tenía un regusto a colonialismo. Junto a Birmania, Indonesia, Tailandia y Malasia, Indochina también era vital para la recuperación económica japonesa; colectivamente compensaban la pérdida del gran mercado chino. Las reformas financiadas por los estadounidenses garantizarían que los nacionalistas vietnamitas se fueran a Vietnam del Sur, cuya prosperidad podría descreditar al «falso» nacionalismo propugnado por Ho Chi Minh. Fue un giro temporal de la política exterior estadounidense en Indochina, pues implicaba comprometerse a garantizar la supervivencia del régimen del sur[398].

En cuanto lograron sacar a Camboya y Laos de la discusión con mucho arte, todos los esfuerzos se centraron en la necesidad de encontrar una línea divisoria aceptable para Vietnam. Los negociadores se pusieron de acuerdo en una división provisional a la altura del paralelo 17 y en la celebración de elecciones nacionales en 1956 para decidir quién gobernaría el país entero. Se permitió la libre circulación por la frontera durante los trescientos días siguientes a la firma de los Acuerdos de Ginebra (el 21 de julio de 1954). Unas 800.000 personas emigraron desde el norte hacia el

sur, la mayoría católicos romanos, y entre 50.000 y 90.000 simpatizantes del Viet Minh se desplazaron hacia el norte.

El 9 de octubre los franceses traspasaron el poder al Viet Minh en Hanói, bajo la laxa supervisión de observadores de Canadá, la India y Polonia. Hubo mucho júbilo y en todas las ventanas y balcones ondeaban banderas rojas y doradas. Las tropas de Giap entraron en la ciudad con sandalias hechas de tiras de caucho. La mayoría eran campesinos que se maravillaban ante los edificios de varios pisos que veían por primera vez. Ho Chi Minh se quedó modestamente con la casa del jardinero que se alzaba en los terrenos del palacio del antiguo gobernador general. Mientras, lejos de los observadores internacionales, los servicios de seguridad del Viet Minh confeccionaron largas listas con los nombres de personas identificadas como colaboradores de las que nunca se volvió a saber nada[399].

En 1954 se diseñó en Ginebra una especie de paz. Estados Unidos participó en calidad de «nación interesada» y Dulles se negó a dar la mano a Zhou Enlai. A las grandes potencias les venía bien acabar con el enfrentamiento, pero Estados Unidos se negó a ratificar el reconocimiento de Vietnam del Norte como Estado aparte. En septiembre creó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO, en sus siglas en inglés), de la que formaban parte Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y Pakistán. Birmania, la India e Indonesia se negaron a participar, lo que debilitó a la alianza ostensiblemente. El mandato de la SEATO se extendía hasta Indochina, sin tener en cuenta los términos de los acuerdos de Ginebra, que prohibían a ambos Estados vietnamitas formar parte de alianzas externas[400]. Tras la pérdida de Indochina, la política francesa entró en una fase de desbarajuste tal que la Asamblea Francesa votó en contra de la creación de una Comunidad Europea de Defensa Supranacional que Francia misma había propuesto como alternativa a admitir a una Alemania rearmada en la OTAN. Al hacerlo, consiguieron justo el resultado que París había intentado evitar.

Mientras, en Saigón, Bao Dai nombró reticentemente primer ministro a Ngo Dinh Diem, un nacionalista procedente de una familia de mandarines Hué. Ho había ofrecido un puesto a Diem en un gabinete de frente popular, pero Diem lo había rechazado debido

a que el Viet Minh había asesinado a su hermano mayor y a su sobrino. La reticencia de Bao Dai era comprensible: Diem era un soldado de la Guerra Fría y un católico militante en un país predominantemente budista y pacifista. Debía su ascenso al hecho de que, durante un largo viaje por Estados Unidos, le habían adoptado el antiguo embajador Joseph Kennedy y el cardenal Francis Spellman. Pasó tres años viviendo en el seminario de Maryknoll en Ossining, estado de Nueva York. Los senadores John F. Kennedy y Mike Mansfield querían contrarrestar los rumores difundidos por los republicanos sobre la supuesta «tibieza con el comunismo» achacada a algunos colegas demócratas. Se convirtieron en los referentes de una asociación que apoyaba a Diem denominada American Friends of Vietnam [Amigos Estadounidenses de Vietnam], y Kennedy declaró que Vietnam era «el pilar del Mundo Libre en el sudeste asiático, la piedra angular del arco, el dedo en el dique»[401].

El Saigón al que volvió Diem era una versión asiática de los «felices años veinte» de Chicago. Los gánsteres regentaban abiertamente casinos, fumaderos de opio y burdeles, pues tenían a la policía en el bolsillo. El primer ministro Diem decidió convertirse en el jefe de los jefes, favoreciendo a sus colegas del norte y convirtiendo el nepotismo en la base de su Gobierno. Le gustaba pedir consejo a su hermano, el bibliotecario megalómano Nhu. Buscaba glamur en su cuñada madame Nhu, con sus largas uñas rojas y sus ceñidos *ao dais*. Pese a que ella mandó prohibir el aborto y el baile, su marido era un adicto al opio muy implicado en el tráfico de drogas. Otros parientes recibieron puestos de embajadores en Londres, la ONU y Washington. Thuc, el mayor de los hermanos supervivientes, se convirtió en arzobispo de Hué, superando a sus corruptos parientes con su propia marca genial de extorsión clerical.

La administración Eisenhower no se ponía de acuerdo sobre si debía apoyar a Diem, pues parecía contar con poco apoyo entre los traicioneros chacales políticos para lo que aún carecía de las señas de identidad propias de un país concreto. «Estamos preparados para aceptar la aparentemente ridícula perspectiva de que este místico yogui sea capaz de asumir el cargo que está a punto de obtener, pero solo porque los estándares fijados por sus predecesores son

tremendamente bajos», escribió un funcionario estadounidense. En principio, el emisario enviado por Eisenhower a Saigón, el general «Lightning Joe» Collins, no creía que Diem fuera capaz de sobrevivir. Cambió de opinión, al igual que Eisenhower, cuando Diem golpeó duramente a las sectas y los generales rebeldes desaparecían. Las sectas Cao Dai y Hoa Hao, así como los siniestros gánsteres del Binh Xuyen, utilizaban efectivos paramilitares del tipo de los que Graham Greene describe perfectamente en su novela de 1955, *El americano impasible*. En este mundo de sombras, las lealtades oscilaban como el mercurio.

En el momento en que las posibilidades de supervivencia de Diem aumentaron en un 50 por ciento, Estados Unidos decidió apoyarle con un subsidio anual de 250 millones de dólares: entre 1955 y 1961, eso era el 58 por ciento del total de los ingresos de Vietnam del Sur. Durante esos años la influencia francesa fue desapareciendo a medida que las exportaciones estadounidenses a Vietnam fueron superando a las francesas y unos 20.000 burócratas volvían a Francia. Aunque la mayoría de los vietnamitas educados hablaban francés con fluidez, los más prudentes empezaron a estudiar inglés en alguna de las agencias culturales estadounidenses que empezaron a proliferar[402]. La embajada de Estados Unidos en Saigón se convirtió en la mayor del mundo. El Grupo para la Asesoría y Asistencia Militar fue aumentando su personal, que pasó silenciosamente de 700 a unos 1.500 empleados, los cuales, por entonces, convivían con las tropas francesas del general Paul Ely, responsables de mantener el orden hasta que los franceses completaran su retirada. Se unieron al Ejército Nacional Vietnamita, muy bien entrenado, aunque en tácticas que habían sido fundamentales en Corea (donde habían combatido muchos de los estadounidenses) pero no eran necesariamente las adecuadas para aquello a lo que habrían de enfrentarse las tropas en su propio país[403]. Los estadounidenses fueron desplazando los entrenamientos militares franceses por medio de un lento proceso de ósmosis, apreciable desde el exterior en la adopción de insignias de estilo estadounidense y la sustitución de las boinas por cascos de acero. La creciente influencia estadounidense se apreciaba asimismo en que los nombres de las calles pasaban de ser Rue Catinat a ser Tu Do (calle de la Libertad), y en la existencia de tiendas que ya no se

llamaban Catinat sino Chicago[404].

Los consejos de los británicos, basados en su experiencia en Malasia, también estaban fuera de lugar, porque el Viet Minh tenía mucho más apoyo popular del que habían tenido los terroristas comunistas. Se intentó, sin éxito, diseñar una campaña dirigida a ganarse el aprecio de los vietnamitas del sur. Allí tener autoridad significaba tener permiso para pegar a la gente y robar. En vez de ir por ahí «con una guitarra bajo el brazo izquierdo, andábamos con una ametralladora bajo el derecho»; por muy poética que fuera la idea de ganarse corazones y mentes, la regla era la brutalidad y la tortura[405].

Diem se oponía a las elecciones democráticas, pues temía, con razón, que Ho Chi Minh pudiera ganarlas. La CIA publicó un comunicado en el que afirmaba que Ho recibiría el 80 por ciento de los votos en unas elecciones libres. Diem inició una campaña denominada «¡Denuncia a los comunistas!», durante la cual desaparecieron en campos de concentración miles de simpatizantes sureños del Viet Minh, junto a cualquiera que se opusiera a sus designios. Cerraron los periódicos críticos. Su hermano Nhu le proporcionó un credo político capaz de fomentar el deseo reaccionario de Diem de convertirse en emperador de los últimos días, como demuestran los pequeños altares que se formaban en torno a su fotografía. En octubre de 1955, Diem estaba lo suficientemente seguro de sí mismo como para celebrar un referendo ilegal en el sur, para que la gente eligiera entre Bao Dai y él mismo. Le eligieron a él, que se convirtió en presidente al amparo de la Constitución de 1956. Los clientes políticos de Diem ocuparon los 123 escaños de la nueva Asamblea Nacional. Dieciocho de sus miembros recibieron instrucciones de actuar de oposición, aunque siempre votaran con el Gobierno. Nhu estaba entre ellos, pues había obtenido un escaño como independiente en una Asamblea a la que nunca honró con su presencia.

Ese mes de abril salieron las últimas tropas francesas del sur de Vietnam. La primera guerra de Indochina había costado a las fuerzas multirraciales francesas 90.000 bajas o soldados desaparecidos en combate. Por su parte, el Viet Minh pudo haber perdido 200.000 hombres. Los veteranos franceses de esta guerra apenas tuvieron tiempo para respirar antes de verse transferidos a

Argelia, donde sus adversarios del Frente de Liberación Nacional incluyeron soldados del Ejército Argelino de África, capturados y entrenados en la guerra de guerrillas por el Viet Minh.

PERRO NUEVO, MISMOS TRUCOS: LANSDALE EN VIETNAM

En junio de 1954 se presentó en la embajada estadounidense de Saigón el nuevo asistente del agregado militar. El agregado odió a primera vista a este tipo confiado, al igual que el jefe local de la CIA, un borracho llorica que fue sustituido rápidamente. El nuevo era el coronel Edward Lansdale, que tenía comunicación directa con el director de la CIA, Allen Dulles, y con su hermano, John Foster, el secretario de Estado.

Lansdale se alojó en una casa espaciosa con piscina e iba a todas partes con su guardaespaldas filipino, Proculo Mojica, que nunca se quitaba las gafas de sol y llevaba ostensiblemente una gran pistola bajo la chaqueta. Lansdale escogió a veinte hombres para que se unieran a la nueva Misión Militar de Saigón, que operaba en paralelo a la delegación de la CIA en la ciudad; una situación bastante incómoda. Las nuevas dependencias se llenaron enseguida de cajas de armas, munición y granadas. Algunos de estos hombres parecían tranquilos académicos y destacados lingüistas con un historial de paracaidistas de combate. Otros tenían un carácter más canalla, como el mayor Lucien Conein (pronunciado *Conín*). A Conein le llamaban «Lou Dos Dedos» o «Black Luigi», apodos derivados de diferentes episodios de su intensa carrera. Había sido agente de la OSS durante la guerra y decía haber perdido dos dedos sirviendo en la Legión Extranjera francesa, aunque la verdad es que los perdió mientras reparaba la correa del ventilador de un coche en el que había mantenido relaciones sexuales con la mujer de su mejor amigo. Pero *era* un miembro honorable de la Hermandad Corsa, una organización criminal que dejaba pequeña a la Mafia siciliana. También llegó Bo Bohannan, pues la principal tarea de Lansdale en Saigón consistía en repetir con Diem su éxito con Magsaysay. Una fotografía de Magsaysay contemplaba a Diem desde la pared de su oficina, y había otro retrato suyo firmado sobre su mesa. Pero Magsaysay era un líder carismático y dinámico, admirado por la mayoría de los filipinos; Diem era un zelote religioso que presidía un régimen totalmente corrupto.

Aun así, Lansdale lo intentó. El primer día simplemente entró en

el palacio de Diem y presentó su memorando «Notas sobre cómo ser primer ministro de Vietnam». En él explicaba a Diem términos tan arcanos como «cadena de mando» o «conseguir un préstamo». Los dos hombres intimaron, aunque Lansdale rechazó la oferta de mudarse al palacio de Diem. Le convenció de la necesidad de moverse por todas partes aunque el barro salpicara sus blancos trajes de lana de sarga. Los campesinos necesitados fueron objeto de una generosidad presidencial organizada por Lansdale. Si bien Diem era un solterón austero que había elegido el celibato, Lansdale hubo de contrarrestar los rumores sobre su homosexualidad, y le recomendó que dedicara su atención tímida pero públicamente a la única mujer que pasaba por haber sido su «novia», aunque el azorado Diem nunca llegó a llamar a su puerta.

La mano de la CIA estaba detrás de los traslados de población de la Operación Paso a la Libertad. La Marina estadounidense y el Transporte Aéreo Civil de la CIA colaboraron, y la caridad filipina proveyó de médicos y enfermeras que formaban parte de un programa sanitario público para refugiados, fundado por la CIA, denominado Operación Hermandad. En el norte comunista circulaban rumores misteriosos. Según uno de ellos la «Virgen María se dirige al sur»; según otro, habrían llegado al norte dos divisiones de tropas chinas que se dedicaban al pillaje y la violación, y que introducían palillos chinos por los oídos de la gente a modo de tortura. Siempre que le mencionaban a Lansdale esto último se le dibujaba una sonrisa en el rostro. Se ordenó a eminentes astrólogos que escribieran almanaques baratos que predijeran los desastres que acaecerían a los líderes del Viet Minh mientras en el sur se iniciaba una era de prosperidad. También hubo folletos falsos del Viet Minh. En uno de ellos se decía a sus simpatizantes sureños que se llevaran ropa de abrigo al norte, ya que pronto trabajarían como voluntarios en los ferrocarriles chinos, negando que hubieran de confinar a quienes viajaban hacia el norte en las bodegas de los barcos por miedo a un ataque aéreo o submarino. No es difícil imaginar el efecto que produjo esta negación en aquellos que estaban pensando en comprar un pasaje en algún oxidado carguero ruso.

Mientras, en Hanói, Conein reclutaba hombres que se trasladaron a la base de Saipán, donde se familiarizaron con las artes de la guerra más oscuras antes de infiltrarse en Vietnam del

Norte. Una de las estratagemas favoritas de Conein consistía en utilizar ataúdes repletos de granadas, rifles y explosivos para introducir las armas en funerales ficticios. Aunque los equipos de guerrillas sobre el terreno disponían de una amplia lista de objetivos que sabotear, en realidad se limitaron a dejar fuera de servicio todos los autobuses de Hanói poniendo ácido al aceite de motor. También inutilizaron los trenes: colocaban explosivos con apariencia de carbón entre los montones de ese material apilados en los almacenes ferroviarios.

Lansdale dependía mucho de sus contactos filipinos, después de que Magsaysay sancionara la Compañía de la Libertad, pensada para compartir lo aprendido durante la guerra contra los Huk. Como Diem temía (con razón) ser asesinado, Napoleón Valeriano, que había encabezado el escuadrón de la muerte más destacado en el combate contra los Huk, había volado a Saigón para entrenar a los guardias de seguridad del presidente. Lansdale dirigió personalmente las negociaciones con los líderes de las sectas. Cada uno de ellos contaba con su milicia personal e intentó integrarlas en el Ejército Nacional. Lo más sencillo era sobornar a sus líderes a cuenta del fondo de 10 millones de dólares que tenía a su disposición; para salvar la cara siempre se pretendía que era una paga debida a los soldados.

Diem logró desembarazarse de todo aquel que se oponía a su poder y a su régimen. Todo un suburbio de Saigón acabó en ruinas tras una batalla con armas de fuego contra los gánsteres de Binh Xuyen, cuyo vicelíder Le Bay Vien huyó a París. El pope Cao Dai se fue a Camboya; el líder de los Hoa Hao, denominado «Ba-Cut» (se cortó un dedo cuando juró luchar contra los franceses), fue guillotinado públicamente[406].

Contrarrestaron el peligro de que el jefe de Estado Mayor de su propio ejército, el general Nguyen Van Hinh, diera un golpe de Estado contra Diem llevándose a oficiales clave a pasar una semana de desenfreno en Manila y permitiendo al general que pidiera el traslado al ejército francés, que estaba a punto de abandonar el país. De esta forma se neutralizaron las amenazas que suponían para Diem las sectas armadas y el ejército, lo que incrementó su atractivo para los estadounidenses.

Por entonces, Lansdale también se ocupaba de la Misión de

Relaciones de Instrucción Franco-Estadounidense (TRIM, en sus siglas en inglés), diseñada para modernizar el Ejército Nacional Vietnamita tal y como había hecho en Filipinas. Instó al ejército a participar en programas civiles para mejorar su prestigio entre la población y envió a cuadros selectos a la base aérea de Clark, en Filipinas, para que aprendieran los rudimentos de la contrainsurgencia. Lansdale sabía que la amenaza principal eran las guerrillas del Viet Minh instaladas en el sur, a las que Diem bautizó Viet Cong, una contracción de «comunistas traidores a Vietnam» en vietnamita; el nombre fue todo un éxito. Levantaron mapas de la situación probable de sus campos y zonas operativas, mejoraron las comunicaciones y Lansdale empezó a reclutar comandos vietnamitas para patrullar la jungla. Utilizó manuales militares chinos para enseñar los métodos de persuasión blanda para ganar voluntades a los escépticos soldados sudvietnamitas, que preferían usar las culatas de los rifles y las botas para convencer a los agricultores que se negaban a cooperar. Se organizaron juegos con todo un reparto de «soldados buenos» y «soldados malos», aldeanos, guerrillas y un pollo que debía ilustrar el mal ejemplo político que daban los soldados que robaban la comida a los campesinos[407].

Lansdale también era el responsable de persuadir a Diem de que no se limitara a proclamarse presidente, sino que convocara un referéndum ofreciendo a Bao Dai como alternativa. Se pidió a su hermano Nhu que no llenara las urnas con papeletas falsas. En un país básicamente analfabeto, Lansdale tuvo la brillante idea de colorear de rojo las papeletas a favor de Diem, un color que simboliza la buena fortuna, mientras que las de Bao Dai se tiñeron de verde, el color representativo de un cornudo. Diem obtuvo el 98 por ciento de los votos, 5.700.000 frente a los 63.000 votos de Bao Dai. En Saigón, Diem obtuvo un tercio de votos más que el total de electores registrados. Lansdale despreciaba tanta incompetencia.

Con su hermano como presidente electo, Nhu creó una asamblea de partidarios de Diem, el Can Lao o Partido del Trabajo Revolucionario Personalista, al que todo funcionario público debía pertenecer obligatoriamente. Era un cruce entre un partido político, un grupo religioso y la Gestapo, puesto que quienes se negaban a pertenecer a él acababan siendo torturados o asesinados. Nhu hurgó en su pasado católico para dar énfasis a su credo del «personalismo»

que se centraba en la dignidad y el valor del individuo frente a la idolatría comunista a las masas. En esencia era la ideología de Vichy, con formaciones similares para integrar a los jóvenes, mujeres, etcétera. Cuando Nhu intentaba explicarla (y a veces se pasaban hablando sin pausa durante ocho horas) los ansiosos oyentes estadounidenses eran incapaces de apreciar sus puntos de vista sociales reaccionarios, exitosamente ocultos en la palabrería teológica que los envolvía.

Lo cierto es que, tras esta cortina de humo, Nhu manejaba diez agencias de inteligencia diferentes: una estructura opaca que le impedía saber nada, puesto que cada una de ellas se dedicaba a boicotear a las demás y a inventarse cosas[408]. Lansdale estaba indignado por el Can Lao, pues sabía que acabaría con toda oposición a Diem. Voló a Washington para convencer a los hermanos Dulles de que él tenía razón y de que la embajada de Estados Unidos, que había dado su visto bueno al Can Lao, se equivocaba. «No puedo simpatizar con estadounidenses que ayudan a promover la existencia de un estado fascista y luego se enfadan cuando no se comporta como una democracia». Le ordenaron volver a Saigón y Lansdale se encontró con que sus relaciones con Diem se habían enfriado, sobre todo porque el sensible presidente se avergonzaba cada vez que se le ponía al audaz filipino Magsaysay como ejemplo[409].

Diem aterrorizaba a sus adversarios y, al excluir a los líderes budistas y a los profesionales, el Can Lao los empujó a la oposición. Aún peor, a partir de 1956 Diem acabó con la venerable tradición vietnamita de elegir a los líderes de las aldeas y los sustituyó por su propia gente. En cambio, apenas hizo nada por purgar a la administración central de personal heredado de los franceses. No había perspectiva alguna de reforma agraria debido a los estrechos vínculos existentes entre Diem y la antigua clase de terratenientes. En vez de proporcionarles dinero para comprar tierra, Diem intentó estabular a los aldeanos en *agrovilles*, obligándoles a realizar trabajos forzados para la comunidad. Lo peor de todo es que esta mala imitación de la exitosa táctica utilizada por los británicos en Malasia acabó con el intenso apego que sentían los aldeanos hacia las tumbas de sus antepasados. En 1959 Diem reintrodujo la guillotina, utilizada por tribunales itinerantes para limpiar el sur de

sospechosos comunistas y criminales. En vez de intentar suavizar el trato dispensado a los campesinos, Lansdale recomendó, antes de irse de Vietnam, que las tropas de Diem cortaran las cabezas a los campesinos reticentes y jugaran al fútbol con ellas[410].

Los asesores chinos de Vietnam del Norte ayudaban a los comunistas más militantes a llevar a cabo lo que eufemísticamente se denominó reforma agraria. Se instó a los campesinos a denunciar a los «explotadores feudales» y humillarlos o pegarles un tiro tras juicios sumarísimos. A finales de 1956 se había ejecutado a unos cuantos miles de personas por ser «enemigos de clase»: se estima que murieron entre 3.000 y 15.000, dependiendo de si se cuenta solo a las víctimas de la reforma agraria o se incluye asimismo a gente asesinada por otras desviaciones políticas. Una vez que estas políticas afectaron a antiguos miembros del ejército del Viet Minh o a los católicos de la provincia natal de Ho Chi Minh, hubo grandes protestas populares; en el segundo de los casos se requirió la intervención de toda una división del ejército.

También estaba el problema de cómo responder a los camaradas del sur que padecían la represión desatada por Diem y sus fuerzas de seguridad. El entusiasmo que había mostrado Moscú por la coexistencia pacífica y el deseo expresado por el norte de dedicar sus energías a la reconstrucción de posguerra implicaba, en principio, que convenía atar corto a los comunistas del sur. Los soviéticos intentaron incluso que ambos países pasaran a formar parte de la ONU, un gambito que agradaba a Hanói. Su eslogan favorito era «Construye el norte, mira hacia el sur», aunque hay que destacar que muchos militantes (Giap entre ellos) querían emprender una nueva guerra para reunificar el país. Cuando el líder del partido del sur, Le Duan, se convirtió en secretario general de hecho, fue modificando gradualmente la línea de actuación a lo largo de los años y, en diciembre de 1956, el Comité Central de Hanói sancionó una campaña de terrorismo limitada contra funcionarios del Gobierno del sur. La nueva táctica desencadenó inmediatamente represalias por parte de Diem e impidió que el Estado del sur llegara a consolidarse.

La campaña de los comunistas del sur se convirtió en algo más durante el quinto pleno del Comité Central, celebrado en enero de 1959. El número de asesinatos en el sur pasó de unos 700 al año en

1958 a unos 2.500 dos años después, y unos 4.000 en 1961. Volvieron a infiltrarse en Vietnam del Sur equipos de sureños que habían emigrado al norte en 1954 y habían recibido entrenamiento militar intensivo cerca de Hanói. En el sur asumieron el mando de una gran campaña de violencia revolucionaria. Otros permanecieron en Laos y convirtieron las sendas que atravesaban la jungla en una nueva ruta de suministro, denominada más tarde «Ruta Ho Chi Minh». Quienes tenían experiencia política dedicaron sus energías al recién creado Frente de Liberación Nacional, pensado para ampliar la oposición a los comunistas. Al Viet Cong no le costó gran cosa organizar alzamientos masivos de campesinos, sobre todo en el delta del Mekong, donde Diem había restituido a los hacendados que habían huido tras el colapso del régimen francés y nombrado a sus clientes y parientes funcionarios provinciales y locales.

La administración Eisenhower logró mantener a Diem durante seis años aplicando las mismas estrategias que habían usado en otros lugares. Hay que agradecer enormemente que Ike se negara a enviar tropas estadounidenses al sur de Vietnam. Pero los intentos de hacer reformas desde un programa de construcción de naciones fueron un completo fracaso, y el odio que en tiempos sentía la población hacia los franceses se trasladó rápidamente a los estadounidenses, a los que despreciaban por ser grandes y torpes. Había diferencias fundamentales con el caso de Filipinas. A los vietnamitas no les trataban como a socios sino como a dependientes inútiles, y tampoco se esforzaron mucho por encontrar a un Magsaysay vietnamita, si es que había alguno en este contexto. El resultado fue que Diem se hizo indispensable, en palabras de un oficial estadounidense: «Una marioneta que tira de sus propias cuerdas y de las nuestras». Para solucionar la violencia comunista Diem decidió militarizar a la burocracia provincial compuesta por sus amigotes católicos y sus protegidos. La violencia que desplegaron alienó a muchos campesinos del sur, echándoles en brazos del Viet Cong, que también era violento, pero de forma más circunscrita. Fueron ellos, y no el régimen de Diem, quienes conquistaron la voluntad de la población rural, mostrando un genuino interés por sus problemas y adoptando medidas sencillas pero eficaces para resolverlos.

El régimen de Diem decía regirse por una pretenciosa metafísica francesa (de la tradición de la eficacia administrativa) mientras practicaba la corrupción y la tortura, asesinando a voluntad[411]. Entre 1955 y 1961 la administración Eisenhower invirtió más de mil millones de dólares en ayudas para esta ratonera que recibía, además, el 78 por ciento de las ayudas militares. Aparentemente Saigón era una ciudad moderna (al economista John Kenneth Galbraith le recordó a Toulouse), que tenía el encanto añadido de sus mujeres, excepcionalmente bellas, que andaban por ahí en bicicleta con sus trajes sueltos. Gran parte de las ayudas no militares proporcionadas por Estados Unidos se gastaban en bienes de consumo, en vez de en inversiones que pudieran haber beneficiado al campesinado vietnamita: el 90 por ciento de la población.

A partir de 1956, el MAAG estadounidense tomó el relevo de los franceses a la hora de entrenar al ejército de Vietnam del Sur. Su comandante supremo, el teniente general Samuel «Hanging Sam» Williams, era un soldado corriente que había servido en Corea. El MAAG pretendía preparar al ejército de Vietnam del Sur para un conflicto convencional, en el que la amenaza sería una invasión norvietnamita. Diem logró interferir obstaculizando el logro de este objetivo. A la hora de promocionarse, valía más la lealtad que la competencia y se adoptaron disposiciones que se adaptaban a los instintos políticos de Diem. En cuanto a la guardia civil local, surgieron desacuerdos entre los asesores estadounidenses sobre si debía ser una guardia de aldea o una fuerza de asalto móvil. Diem se limitó a agotar todos sus recursos y usarla de aparcamiento para los oficiales que no le agradaban. Cuando la insurgencia comunista alcanzó su punto álgido, los estadounidenses también acabaron divididos entre los funcionarios civiles, liderados por el embajador Elbridge Dubrow, que querían que Diem hiciera reformas para ampliar su apoyo popular, y el MAAG, que buscaba una solución puramente militar. Lo gracioso es que el incremento de la presencia estadounidense no supuso un refuerzo del control que ejercían sobre su títere, pues Diem sabía aprovechar bien los desacuerdos existentes entre los estadounidenses y tenía sus propias ideas sobre el lugar que Vietnam debía ocupar en el mundo. Quería demostrar que no era otro Chiang Kai-shek o Syngman Rhee. Hacia 1958,

cuarenta países habían reconocido oficialmente a Vietnam del Sur, que formaba parte de unas veinte organizaciones afiliadas a la ONU. Diem esperaba que su país, al no ser ni comunista ni una colonia, se convirtiera en el referente del mundo no alineado. Pese a que los estadounidenses estaban invirtiendo millones en modernizar su país, el modelo favorito de Diem era el de un De Gaulle asiático. Hubo mucha desilusión en ambos bandos[412].

Tras su partida de Vietnam, Lansdale hubo de enfrentarse al problema de cómo describir a la ciudadanía el turbio papel desempeñado por hombres como él. No era el prototipo en la vida real de *El americano impasible* que Graham Greene describiera en 1955; Greene había terminado el primer borrador de su novela antes de que los dos hombres se encontraran brevemente en medio de una muchedumbre de franceses. El joven Howard Simpson, con el que Greene compartió un avión y un jeep antes de disfrutar de un almuerzo bien regado de alcohol, es un ejemplo más probable. Sin embargo, en el pequeño mundo que compartían los occidentales de Saigón, se leía el libro de Greene como una novela en la que se describían personas y hechos reales, presentados como si fueran personajes ficticios. Lansdale creía identificarse con el antihéroe de Greene, Alden Pyle, aunque a su llegada a Saigón ya contaba con cuarenta y seis años y tenía poco que ver con el joven, ingenuo e idealista Pyle que deambulaba por Saigón sin entender apenas nada. Pyle rivaliza por el amor de una chica vietnamita denominada Phuong con un corresponsal británico adicto al opio, llamado Thomas Fowler, que intenta escapar al matrimonio sin amor que comparte con su mujer inglesa católica romana. Fowler se da cuenta de que Pyle tiene mucho que ver con el terrorismo de Cao Dai e indirectamente consigue que el Viet Minh le asesine. En el libro se insinúa, de forma algo pretenciosa, que Pyle es un mero entrometido procedente de la cultura de la Coca-Cola y el chicle, inmerso en un mundo colonial moribundo en el que no todo era malo, pues Greene se identificaba con unos franceses supuestamente sofisticados.

Aunque Lansdale no pudo hacer mucho en relación al libro, consiguió influir en 1958 sobre los productores de la película basada en él. El productor, Joseph Mankiewicz, le convirtió en asesor técnico y le mandó el borrador del guion para que expresara

su opinión al respecto. Al contratar al héroe de guerra estadounidense condecorado, Audie Murphy para el papel de Pyle, y con Michael Redgrave haciendo de Fowler como si fuera una tía solterona, Mankiewicz invirtió las simpatías del propio Greene hacia los protagonistas. Las partes más memorables de la película son los monólogos de Pyle con Audie Murphy defendiendo la misión estadounidense en Vietnam, mientras Redgrave palidece elegantemente de horror. Lansdale también se aseguró de que los cineastas recibieran toda la cooperación posible de la delegación de la CIA en Saigón, lo que tal vez explique por qué la película incluye metraje sobre la vida real en las calles de esta bulliciosa ciudad. La actriz que obtuvo el papel de Phuong era una joven estrella estadounidense caracterizada para parecer oriental. Los ingresos obtenidos en el estreno se donaron a los Amigos Estadounidenses de Vietnam. Greene se indignó por el travestismo al que habían sometido a su análisis político, que, probablemente, apenas rascaba la superficie de lo que realmente hicieron Lansdale y su gente[413].

9. UNA RELACIÓN EN OCASIONES ESPECIAL

«CONFIAMOS EN DIOS» Y «MÁS "BANG" PARA EL PAVO»

Dwight «Ike» Eisenhower fue el último presidente de Estados Unidos nacido en la Norteamérica rural del siglo XIX. Era el hijo de un pequeño agricultor y tendero que pertenecía a la hermandad menonita River Brethren. Eisenhower pasó por delante de cientos de oficiales con más experiencia gracias al patronazgo del jefe de Estado Mayor, George Marshall, que le convirtió en uno de los líderes militares más importantes del siglo XX[414]. Debemos a Stalin uno de los comentarios más acertados sobre Ike, dirigido a Averell Harriman: «El general Eisenhower es un gran hombre, no solo por sus éxitos militares, sino también debido a su naturaleza humanitaria, amable y franca. No es *grubi* [es decir, brusco o grosero] como la mayoría de los militares»[415].

Pero no dejaba de ser un chico pobre que se las había apañado bien y, a medida que se acercaba el momento de su jubilación, empezó a pensar en cómo asegurarse una vida confortable en vez de ocupar sus pensamientos con qué guante arrojar en el ring de la política. Una camarilla de ricos hombres de negocios republicanos, con los que trabó amistad jugando al golf en Augusta, Georgia, resolvió el problema de su nivel de vida. También ganó mucho dinero con sus memorias de la guerra. Durante breve tiempo fue rector de la Universidad de Columbia, Nueva York, pero resultó ser una pérdida de energía. Entre 1951 y 1952, siendo comandante de las fuerzas de la OTAN en Europa, Ike desempeñó el papel de novia pudorosa con los republicanos, mientras buscaba expertos que le informaran brevemente sobre las hipotecas, los subsidios agrarios,

la vivienda pública y la economía en general[416]. Ocultaba sus opiniones políticas tan cuidadosamente que en noviembre de 1951, mientras sus amigos republicanos organizaban un movimiento ciudadano a favor de Ike, Truman le ofreció apoyar su candidatura por el Partido Demócrata. Estos mismos amigos pagaban los salarios del personal con el que se quedó tras dejar el ejército, entre ellos el periodista demócrata Emmet John Hughes, responsable de su equipo de campaña en 1952 y 1956 y autor de una de las memorias más interesantes de la época, *The Ordeal of Power* (1963).

Ike sabía que, al igual que en el amor, en política «quien busca nunca es tan popular como el que es buscado. La gente quiere lo que no puede tener». Robert Taft, un vástago de la gran dinastía política de Ohio al que conocimos unos capítulos antes, cuando era líder de los aislacionistas republicanos, fue el último candidato presidencial realmente antiintervencionista de la historia de Estados Unidos, al menos hasta George W. Bush, que al principio defendía este punto de vista. Temía que los compromisos de ultramar metieran a Estados Unidos en el mismo bote que a los británicos en el siglo XIX, arañando recursos perpetuamente para sofocar incendiarios movimientos de insurgentes en lugares que tenían poco o ningún valor para la metrópolis, mientras el Gobierno federal crecía como la planta de habichuelas mágicas de Jack. Taft era muy inteligente y popular en el medio oeste, pero no gustaba a la élite republicana de la costa este, que tenía una visión mucho más internacionalista, ni a los jóvenes estadounidenses que habían conocido el ancho mundo de uniforme.

En enero de 1952 Ike permitió que su nombre se incluyera en las primarias de New Hampshire. Vivía en París, donde pasó la noche de las elecciones jugando al bridge. Ganó a Robert Taft con facilidad y el 12 de abril dimitió de su cargo como comandante de la OTAN para optar a la nominación republicana. La obtuvo tras una dura batalla; incluyó en su equipo al senador por California, Richard Nixon, para tranquilizar a la derecha de McCarthy e incrementar su atractivo en California. Hubo de cometer indignidades para las que su carrera militar no le había preparado, incluidas insinuaciones de que era judío (por el nombre). A su llegada a Kansas City, el enorme gobernador Dan Thornton, que lucía un sombrero de vaquero, le dio unos golpecitos en la espalda

al grito de: «¡Hao, colega!». Eisenhower se quedó de piedra por un momento y fulminando al gobernador con la mirada, extendió la mano y contestó: «¡Hao, Dan!»[417].

El principal rival demócrata de Eisenhower también actuaba como una novia tímida. Adlai Stevenson era el gobernador de Illinois; había obtenido esa egregia posición en su primera incursión en política. No tenía prisa alguna por alcanzar la presidencia, lo que llevó a Truman a exclamar: «Adlai, si un cabeza hueca como yo puede llegar a ser presidente y no hacerlo demasiado mal, piensa en lo que podría hacer con el puesto un tipo con buena educación»[418]. A Stevenson le costaba pronunciar sus discursos y su sonrisa forzada aparecía y desaparecía en los lugares equivocados. La política le parecía una vulgaridad.

La mayor debilidad de Stevenson era que no ponía el corazón en la disputa. Había observado cómo Eisenhower jugaba el gambito de su visita a Corea al grito de «¡Acabemos con la guerra!», y lo consideró un acto demasiado populista[419]. Reconocía incluso que los demócratas llevaban en el poder demasiado tiempo y que Ike era un tipo decente. Como bien señalara George Ball, los demócratas habían agotado a la gente por apelar a sus sentimientos de forma abstracta mientras corrían a meterse en el atolladero de Corea.

Eisenhower organizó su campaña como si se tratara de una operación militar: ilustró las órdenes con viñetas que detallaban la secuencia de las acciones que había que emprender. También tuvo la fortaleza suficiente como para viajar más de ochenta mil kilómetros y hablar en 232 ciudades y pueblos. Al enorme prestigio del que gozó como comandante en Europa durante la guerra, había que añadir que Dios había bendecido a Ike con una sonrisa de ganador que le convertía en uno de esos hombres ideales de los anuncios. Se desenvolvía bien en televisión, un medio que su oponente despreciaba por puro esnobismo. Los responsables de publicidad que asesoraban a su equipo no perdieron el tiempo con la exaltada retórica política que Stevenson manejaba de forma natural y se centraron en el «anuncio de quince segundos» que la gente seguiría recordando una vez hubieran olvidado todo lo demás. Las pesadísimas sesiones de preguntas y respuestas cuidadosamente transcritas se convirtieron en anuncios cortos como

aquel en el que un ama de casa exclamaba: «Ya sabe los precios que tienen las cosas hoy. ¡La subida de los precios me está volviendo loca!». A lo que el general replicaba: «Sí, mi "mamie" [mi esposa] no deja de hablarme del elevado coste de la vida actual. Es una de las razones que me llevan a pensar que necesitamos un cambio. Ha llegado la hora de volver a los dólares honestamente ganados y a un trabajo pagado decente». Tras un largo día recordando todos estos anuncios Ike protestó: «¡Nunca pensé que este viejo soldado acabaría así!»[420].

El deseo popular de cambio era tan grande que es probable que Ike hubiera ganado fácilmente de todos modos, pero lo que aseguró su victoria fue su dramática promesa de última hora de ir a Corea en cuanto fuera elegido, es decir, la promesa de que, en cuanto llegara a la Casa Blanca, acabar con la guerra sería su máxima prioridad. Obtuvo 33,9 millones de votos frente a los 27,3 de Stevenson, y 442 frente a 89 en el colegio electoral. Los republicanos obtuvieron la mayoría de los escaños en ambas cámaras.

Los presidentes de Estados Unidos cuentan con unas diez semanas para configurar su equipo de Gobierno. A Ike le interesaba evitar el amiguismo, pues prefería el apoyo de grandes hombres de negocios capaces de aportar bienestar financiero mientras ocupaban sus cargos que el de «fracasados en los negocios, profesores universitarios [tachado y reemplazado por "piratas de la política"] y abogados del New Deal». Nombró, entre otros, a «Engine Charlie» Wilson, presidente de General Motors, secretario de Defensa; a George Humphrey, presidente de la compañía Mark Hanna, secretario de Hacienda; y al banquero de Boston Robert Cutler, asesor de seguridad nacional. Quienes veían actuar a estos hombres de negocios se mostraban menos impresionados que Ike. Engine Charlie, sobre todo, era «el típico ejecutivo empresarial: básicamente apolítico y desde luego nada tendente a la filosofía; agresivo al actuar y directo al hablar; un pragmático dogmático al que gustaban las cosas sencillas y vivía en un mundo de brillantes y elegantes certidumbres». Mezclaba a la perfección una actitud fría y cruel hacia el trabajador ordinario con la más absoluta candidez al hablar de llegar a un acuerdo en torno a «un paquete de medidas» con los soviéticos de Corea. Tras demasiados monólogos a lo

Wilson, un compañero de gabinete escribió: «Desde ahora solo voy a comprar [Chrysler] Plymouths»[421].

Nombró secretario de Estado al abogado millonario John Foster Dulles. No era una persona agradable: tenía un rostro grande, orejas enormes, gafas gruesas y la boca de un tiburón. Era incansable, como demuestran los muchos kilómetros que recorrió en viajes diplomáticos, un hombre tímido que carecía de habilidades sociales. Probablemente sea el secretario de Estado más conocido de la historia reciente de Estados Unidos, y sin duda fue el más trabajador. Pasaba entre doce y quince horas preparando un discurso de treinta minutos; reflexionaba en torno a todos y cada uno de los problemas. Su palabra favorita era «moral», aunque los funcionarios del Departamento de Estado intentaran eliminarla, con poco éxito, de los borradores de sus discursos[422].

El abuelo materno de Dulles, el general John Watson Foster, había sido secretario de Estado en 1892-1893, y su «tío Bert», Robert Lansing, sirvió a Woodrow Wilson con la misma entrega entre 1915 y 1920. Un abuelo paterno fue misionero cristiano, y el padre de Dulles era ministro presbiteriano de tendencias liberales. Entre sus profesores de Princeton estaban Wilson, rector de la universidad por entonces y, durante un curso, asistió en la Sorbona a las clases del premio Nobel de Filosofía Henri Bergson, del que aprendió ideas sofisticadas sobre el papel desempeñado por el tiempo en la diplomacia. Dulles se graduó como primero de su promoción en la facultad de Derecho de la George Washington University y se incorporó a una prestigiosa firma de Wall Street, Sullivan & Cromwell. Estos eran agresivos hombres de negocios que buscaban buenas oportunidades para sus clientes y vivían del lobby más que de los juicios. El tío Bert le utilizó como negociador internacional. Su hermano menor, Allen, también trabajó en Sullivan & Cromwell, aunque lo dejó bastante tiempo para ejercer de diplomático en la OSS de tiempos de la guerra.

John Foster era un republicano aislacionista, cercano al apologista nazi Charles Lindbergh, pero su hermano Allen militaba en la sección internacionalista del mismo partido. Ambos hermanos asistían regularmente al influyente Consejo de Relaciones Exteriores, donde los millonarios y sus intelectuales a sueldo arreglaban el mundo con oporto y puros. John Foster habló y

escribió mucho sobre asuntos internacionales; su principal objetivo era recurrir a la fe religiosa para garantizar la paz por medio de instituciones internacionales. Tras 1941 Allen eclipsó a su hermano, por primera y única vez en sus vidas, con la dirección de una de las redes de espionaje más eficaces de la OSS desde Suiza. A pesar de sus modales de Santa Claus (se reía «¡ho, ho, ho!») era un hombre duro, complejo y astuto[423].

Ninguno de los dos hermanos tenía buena relación con la administración Truman, que se había apresurado a cerrar la OSS. Aun así, en ocasiones John Foster trabajó para Truman aunque nunca desde un puesto ejecutivo permanente. No era un problema de incompetencia, sino de profundos desacuerdos en relación a la política exterior de Truman y Acheson. Creía, sobre todo, que la doctrina de la contención defendida por Kennan y otros realistas «no era moral». Creía que suponía congelar el statu quo y dejar a cientos de millones de pobres gentes languidecer bajo el dominio totalitario comunista[424].

Ike conoció a Dulles en abril de 1952 e inmediatamente le fichó para el Departamento de Estado, aunque le pidió que rebajara el tono de sus comentarios sobre lo que le gustaría hacer con la política de contención[425]. Ambos hombres eran internacionalistas conservadores de la Guerra Fría; Ike comentó: «Solo conozco a un hombre que haya visto más mundo, haya hablado con más gente y sepa más que él: yo mismo»[426].

Ni siquiera los indignados alardes del senador McCarthy lograban mantener vivo el temor a los rojos, y cuando los demócratas dejaron el Gobierno y entraron Ike y Dulles, gran parte de los acalorados debates pasaron de la política interior a la exterior. Puede que John Foster Dulles haya sido el político estadounidense más calumniado y menos comprendido por los izquierdistas de ambas orillas del Atlántico, aunque muchos se disputen este honor. La razón es obvia: defendía puntos de vista cristianos y condenaba el comunismo sin paliativos. Un poco al estilo de los marxistas, Dulles creía que «existe una ley moral que rige nuestro mundo en la misma medida que las leyes de la física». No era un punto de vista exclusivo del cristianismo, sino común a muchas religiones, como comprobó al tratar con gentes de fe diferente. Creía que Dios había fijado la forma de gobierno de

Estados Unidos, y que los estadounidenses tenían una misión única que cumplir: extender los valores que encarnaban al resto del mundo. Una Norteamérica espiritualmente robusta actuaría como fuerza moral insuflando vida a organizaciones internacionales como la ONU, ayudando en ultramar y promocionando las libertades individuales y los derechos humanos.

Dulles tenía fuertes objeciones éticas contra la segregación racial que había heredado de Woodrow Wilson, entre otras cosas porque minaba los argumentos esgrimidos por Estados Unidos en su batalla con los antiimperialistas soviéticos[427]. Habló de las difíciles decisiones éticas que había de tomar con sus contactos, al más alto nivel, de las Iglesias estadounidenses, a las que también pidió que movilizaran a sus feligreses a favor de la política exterior de su administración. Reclutó al evangelista Billy Graham, confidente y asesor del presidente, y le envió como embajador itinerante de Estados Unidos a la oscura Gran Bretaña. Las relaciones de Dulles con los líderes eclesiásticos estaban llenas de fricciones, sobre todo en el tema de las armas nucleares, pues los religiosos exigían el desarme y Dulles insistía en la necesidad de mantener la disuasión nuclear. El periodista de *Time-Life* y redactor de los discursos del presidente, Emmet Hughes, afirmó que el mayor fracaso de Dulles como estadista había sido pensar y hablar como un abogado, empeñado en juzgar a la Unión Soviética por un caso que el tribunal de la historia llevaba juzgando demasiado tiempo. Estaba totalmente inmerso en el caso, «se excitaba por pequeñas victorias y se desesperaba ante reveses sin importancia y siempre estaba dispuesto a tener en cuenta remedios drásticos y masivos»[428].

Aunque Dulles era el más cerebral de los dos, Ike se llevaba la palma en un aspecto esencial, pues al haber sido general se tomaba los pasos atrás con más calma, sin permitir nunca que los detalles oscurecieran el cuadro general. La fe religiosa desempeñó un papel fundamental a la hora de consolidar su amistad. Un día antes de su inauguración, el pastor Edward Elson, que había sido capellán castrense en la Alemania ocupada, bautizó a Eisenhower en la Iglesia Nacional Presbiteriana. Ike insistió en iniciar el discurso inaugural con una oración escrita por él mismo. Abrió la primera sesión de su gabinete con una oración e institucionalizó la práctica a petición de su secretario de Agricultura, un mormón. El presidente

celebraba regularmente Desayunos de Oración Nacional en los que los líderes religiosos se relacionaban con los poderosos y, a partir de 1954, instauró un Día Nacional de la Oración. «Confiamos en Dios» se convirtió en el lema nacional que se imprimió en los billetes de banco, y en el juramento a la bandera se incluyó la frase: «Una nación bajo Dios».

La recreación simbólica de una religión cívica más antigua era importante para una nación cuyo enemigo mundial avanzaba bajo la bandera del ateísmo materialista. Puede que la Norteamérica de la década de 1950 se gestase en torno a las hamburguesas de MacDonald, los Holiday Inn, los suburbios de Levitton, Lucille Ball, Elvis, Marlon, Marilyn y James Dean, pero también hubo un sorprendente renacer religioso. «Creo fanáticamente en la forma de democracia estadounidense, un sistema [...] que adscribe al individuo la dignidad que le corresponde por haber sido creado a imagen del Ser Supremo», escribió Ike a un amigo en 1947. Puede que la sociedad estadounidense fuera profundamente consumista, pero Ike despreciaba la obsesión soviética con la tecnología, pues estaba seguro de que Estados Unidos poseía y seguiría poseyendo más conocimientos, y no tendría que hacer los sacrificios que los líderes soviéticos imponían a su pueblo. Cuando los soviéticos lanzaron una gran campaña propagandística tras la puesta en órbita del primer satélite espacial en octubre de 1957 (que apenas hizo algo más que emitir ciertos *bips* captados por radioaficionados), Ike reaccionó con la colecta de 20 millones de dólares para construir una nueva iglesia presbiteriana en Washington, mientras seguía invirtiendo secretamente en misiles balísticos intercontinentales y en el desarrollo a largo plazo de satélites espía capaces de sustituir al avión espía U-2[429].

Ike era muy consciente de que la espiritualidad era un arma más en la Guerra Fría y decidió no ponerse en manos de instituciones como el Consejo Nacional de Iglesias, sino que se reunía con evangélicos, católicos, judíos y musulmanes, excluyendo a los protestantes más fundamentalistas. Lo cierto es que mantenía relaciones algo frías con los judíos estadounidenses, pues sospechaba que su lealtad estaba dividida en el caso de Israel, y Dulles se resentía, cada vez más, del lobby incesante de los sionistas, orquestado en último término por el Gobierno israelí. Fue

la primera y única administración estadounidense que se negó a eximir del pago de impuestos al Comité Americano-Israelí de Asuntos Públicos (AIPAC, en sus siglas en inglés), lo que afectaba a sus perspectivas de futuro. El meollo del problema era que Estados Unidos no tenía más remedio que mantener relaciones de amistad con los Estados árabes para contener a los soviéticos. De ahí que no pudiera identificarse con Israel en exceso. Por su parte, Israel también precisaba buenas relaciones con los soviéticos para acelerar la salida de los judíos de Rusia y Polonia[430]. Ayudado por el pastor Elson, presidente de la organización Amigos Estadounidenses de Oriente Medio, Ike se mostró respetuoso con el islam, consciente de su utilidad para repeler al comunismo, y fundó la primera mezquita nacional de Estados Unidos[431].

El problema de Ike era cómo «no destruir lo que intentamos defender»; cómo casar la situación fiscal con las responsabilidades internacionales[432]. El primer reto para la administración consistió en reducir un presupuesto de defensa que casi se había cuadruplicado bajo el Gobierno de Truman sin poner en juego en el futuro la seguridad nacional. Truman había dejado un regalito en el ámbito de la seguridad nacional. El día antes de dejar el cargo aprobó un sistema de defensa aérea continental y un ingente programa de defensa civil que requerían 20.000 millones de dólares más que había que sumar al gasto en defensa de 53.000 millones de 1953, un 61 por ciento de todo el gasto del Gobierno, que ascendía a un 12 por ciento del PIB[433]. En opinión de Ike, tanto gasto acabaría afectando a la economía de Estados Unidos y minando la seguridad de la nación, mientras que el Estado-cuartel resultante acabaría aboliendo las apreciadas libertades de sus propios ciudadanos. Se creía que la Bomba dotaría de cuadratura a este círculo vicioso.

La política exterior de Ike apostaba por la disuasión nuclear masiva porque parecía la forma más barata de acabar con interminables guerras periféricas imposibles de ganar, una estrategia resumida en la frase «más “bang” para el pavo». Dulles creía en el principio de certidumbre/incertidumbre, según el cual había que convencer a un adversario de que cualquier agresión desencadenaría una respuesta sin dejarle saber exactamente cuál sería. También era importante educar a la opinión pública

estadounidense (así como a sus aliados) en la necesidad de desarrollar la voluntad y determinación necesarias como para usar armas de destrucción masiva.

El armamento nuclear y su fabricación progresaban rápidamente. En 1954 Estados Unidos y la URSS tenían, respectivamente, 2.063 y 150 bombas nucleares de diversa potencia, ya que su alcance variaba al apretar un botón. Obviamente se trataba de información altamente secreta que las potencias nucleares no compartían. Fue Estados Unidos el que cambió las reglas del juego al realizar las primeras pruebas nucleares, el 1 de noviembre de 1952, en el islote de Elugelab, en el Pacífico. El arma, con una potencia de 10,4 megatones, liberó la fuerza destructiva de diez bombas como la de Hiroshima y el resplandor que se desprendió de una bola de fuego de unos cinco kilómetros de diámetro se vio a unos 650 kilómetros de distancia. Ochenta millones de toneladas de coral, arena y agua se convirtieron en una gigantesca nube de vapor y Elugelab dejó de existir. Las tácticas nucleares también fueron evolucionando. En octubre de 1953, la Operación Golpe Rápido demostró que los nuevos B-52 Stratofortress podían despegar de la América continental, repostar en el aire, atacar objetivos soviéticos, volver a repostar y aterrizar en Gran Bretaña o Marruecos. Para reducir el mucho tiempo necesario para el montaje de las bombas, Eisenhower autorizó que el ensamblaje final se realizara en vuelo[434]. El homólogo soviético del B-52, el Myasishchev-4 (nombre en clave para la OTAN: Bison) no tenía el mismo alcance que los aviones estadounidenses ni era capaz de repostar en el aire. Los soviéticos tampoco tenían portaaviones, ni barcos o submarinos capaces de lanzar misiles nucleares. Su Tupolev Tu-16 (Badger) de alcance medio podía alcanzar París o Londres. Las pruebas nucleares dieron un giro temible en 1954: se detonó un artefacto termonuclear, cuyo nombre en clave era Bravo, en el atolón Eniwetok. Se creía que uno de sus componentes, el litio-7, permanecería inerte, pero no fue así y la explosión fue de quince megatones en vez de los ocho o diez que se esperaba. La bola de fuego midió seis kilómetros y medio y los tres anillos de condensación que se formaron en torno a la nube de hongo ascendieron a unos 300 metros por segundo. La nube radioactiva se extendió por miles de kilómetros[435]. La investigación

científica aplicada a la búsqueda de nuevas estrategias adoptó formas extrañas. En agosto de 1953 Ike decidió buscar una alternativa a la guerra nuclear y creó el Comité Presidencial Asesor para el Control del Clima, que revisó los experimentos realizados a finales de la década de 1940 para hacer nevar soltando hielo seco desde un avión que volaba entre las nubes. Afortunadamente estos experimentos climatológicos fallaron[436].

Eisenhower heredó muchos compromisos a nivel mundial. El Departamento de Estado había pasado de tener 5.000 empleados en nómina a contar con 20.000; las embajadas de Estados Unidos se convirtieron en una presencia masiva, a menudo discordante, en las capitales extranjeras. Solo la embajada de Seúl contaba con 2.000 empleados[437]. Las fuerzas aéreas estadounidenses contaban con tres millones y medio de hombres y mujeres; una tercera parte de ellos en las 800 bases de ultramar creadas para cumplir con la obligación de defender a cuarenta y dos países. Tras el cese de las hostilidades en Corea, Ike pudo reducir el número de empleados a 2,8 millones y el presupuesto de defensa en cerca de 5.000 millones en 1954-1955; de hecho, lo mantuvo por debajo de los 50.000 millones de dólares durante toda su presidencia. Solo las Fuerzas Aéreas aumentaron su presupuesto en mil millones de dólares por la importancia dada a la disuasión nuclear[438]. El Comando Aéreo Estratégico recibía 8.500 millones de dólares del capital fijo de inversión, el doble que el gigante Standard Oil de Ohio.

Truman había prestado poca atención al Consejo de Seguridad Nacional, pero este adquirió nueva importancia durante el Gobierno de Eisenhower, que presidió 339 de sus reuniones y solo dejó de asistir 29 veces en los ocho años que estuvo en el cargo[439]. Su experiencia en la Segunda Guerra Mundial y la OTAN le convirtieron en un magnífico gerente. Afirmaba que «un jefe de pelotón no lleva a su pelotón levantándose y diciendo: "Soy más listo, más grande, más fuerte y soy el líder". Consigue que sus hombres le sigan porque creen en él»[440]. El nuevo asistente especial permanente para asuntos de seguridad nacional, Robert Cutler, coordinaba las relaciones entre la Casa Blanca y el Consejo de Seguridad Nacional y, por primera vez, el secretario de Hacienda pasó a formar parte del CNS para subrayar los vínculos existentes entre la economía y la estrategia de seguridad nacional. Eisenhower

también incrementó el poder del presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor para intentar poner fin a una rivalidad entre servicios muy nociva. Se pidió a los jefes de servicio que recortaran gastos. Cutler creó una Junta de Planificación subordinada y otra Junta para la Coordinación de Operaciones en el momento de la implementación. De este modo, los miembros de las juntas se acostumbraban a trabajar por la seguridad nacional a largo plazo en sus áreas de especialidad[441]. El CNS mismo se convirtió en escenario de sofisticados grupos de discusión, aunque Ike y John Foster Dulles no siempre estuvieran de acuerdo sobre futuras estrategias. Dulles se mostraba escéptico ante la valía de «los viejos acabados» que gobernaban Europa e insistía en que Estados Unidos debería hacer grandes esfuerzos para liberar a Europa del Este. Ike tenía la autoridad de un antiguo comandante de la OTAN y creía en la voluntad y capacidad de los europeos para defenderse a sí mismos. Además, tenía la certeza de que la Guerra Fría era mucho más una batalla por convencer a la gente y ganar adeptos que por el control territorial. La última palabra, recogida en NSC 162/2, fue el resultado de profundas discusiones de largo alcance influidas por circunstancias que se daban en un mundo que estaba más allá de Washington[442].

Ike creía en la máxima: «La planificación lo es todo, los planes no son nada». Toda idea se sometía a una competición creativa. El Proyecto Solarium debía su nombre al solario de la Casa Blanca donde cantaba el canario de Mamie, pero se dirigió desde el Colegio Nacional de Guerra con la excusa de rediseñar los currículos. En realidad se trataba de un juego y de financiar estrategias de seguridad nacional alternativas. Ike buscaba una que rebajara la dura retórica preelectoral de John Foster Dulles y se acercara al enfoque más moderado de su jefe en tiempos de guerra: George Marshall. Participaron en el ejercicio tres equipos de siete hombres que pasaron cinco semanas perfeccionando su juego. George Kennan dirigía al equipo A, y a los otros dos los lideraban un general y un almirante. La posición del equipo B era abierta, tenían que trazar una línea en la arena y decir a Moscú que no la cruzara. El equipo C apostaba por una liberación más agresiva de las áreas bajo control comunista. El equipo de Kennan redactó un informe de 150 páginas que abogaba por una contención atenta pero no

agresiva, capaz de lograr una liberación pacífica una vez que el comunismo se colapsara debido a sus contradicciones internas, evitando así la transformación de Estados Unidos en un campamento militar. En una sesión plenaria del CNS que adoptó las sugerencias del equipo A, Kennan tuvo la satisfacción de ver cómo le encasquetaban a Dulles sus políticas aunque el secretario de Estado se hubiera «librado» de la presencia de Kennan[443].

Paralelamente a la celebración de estas discusiones, se pidió a los nuevos hombres de la Junta de Jefes de Estado Mayor, sobre todo al almirante Radford y al general Ridgway, que diseñaran un nuevo conjunto de estrategias militares que dieran forma a las políticas del CNS. Para sorpresa de Dulles, le tomaron la palabra y defendieron un incremento de la capacidad nuclear del país y la retirada de las tropas que defendían todos los puntos cardinales; una combinación que permitiría, además, ahorrar dinero. Le preocupaba que una política de defensa de este tipo llevara a los asustados europeos a la neutralidad, debido a las pocas probabilidades existentes de que Estados Unidos se arriesgara a su propia aniquilación total por salvarles. De manera que, tras largas sesiones con el presidente, Dulles se convirtió en el principal defensor de la seguridad colectiva y de las represalias nucleares inmediatas, con cierto margen para propugnar la subversión en el Imperio soviético o sus Estados títere, suponiendo que todo terminara antes de provocar una guerra total. Entonces entró en escena su hermano Allen.

Se prestó mayor atención (en el documento del NSC 162/2 del 2 de octubre de 1953) a la guerra psicológica, las operaciones encubiertas y la subversión: todo relativamente barato. A Eisenhower también le gustaban las campañas de propaganda pegadizas como la de «Átomos por la Paz», en la que se recalcaba que la energía nuclear también podía utilizarse con fines pacíficos, o la de «Open Skies», un intento abortado de introducir una vigilancia aérea mutua y voluntaria de los lugares donde se almacenaban los misiles nucleares estadounidenses y soviéticos. Ambas campañas fueron pensadas para mantener el ascendente moral de Estados Unidos sobre la opinión pública internacional[444]. Resulta igualmente importante que la enorme Agencia de Información estadounidense se dedicara a promover

insistentemente la enseñanza del inglés en el Tercer Mundo, con el argumento de que era la mejor forma de interesar a la gente por el modo de vida occidental. El programa más popular emitido por la emisora de radio Voice of America al otro lado del telón de acero era «Music USA-Jazz Hour»: toda una generación de jóvenes de los países comunistas intentaban hablar inglés con el acento desgastado por el tabaco de los locutores[445].

Las operaciones más turbias eran cosa de la CIA y la recién fundada Agencia de Seguridad Nacional, responsable de las comunicaciones en el ámbito del espionaje. Truman había metido la pata cuando, al crear la CIA, puso al frente a militares ortodoxos. El almirante Roscoe Hillenkoetter y el general Walter Bedell Smith carecían de la creatividad de sus subordinados, entre los que había grandes leyendas como David Bruce, Kermit Roosevelt, Cord Meyer, William Bundy, Richard Bissell y William Colby. Lejos de ser una panda de fanáticos de extrema derecha, solían ser demócratas afiliados al partido que compartían las ideas y los sofisticados gustos de la élite liberal de la costa este y, por consiguiente, atraían la maligna atención del senador McCarthy. Admiraban a Jackson Pollock, cuyas exposiciones financiaba la CIA en secreto para dar publicidad a las libertades occidentales y contraponerlas al realismo socialista soviético[446].

Durante los disturbios habidos en Bogotá en 1948, mientras se celebraba la novena Conferencia Panamericana, en los que resultó amenazado el secretario Marshall en persona, el secretario de Defensa Forrestal encargó un amplio informe sobre la CIA. Allen Dulles lo redactó para crear un puesto en el que encajara a la perfección. Aunque planteaba muchas sugerencias sensatas, el NSC 10/2 de 18 de junio de 1948 aunaba la recolección de información con una actividad totalmente diferente: la de operaciones encubiertas, es decir, la intervención activa en los asuntos internos de países extranjeros en las que a menudo acababan implicados paramilitares. Gracias a este informe nació la Oficina de Coordinación de Políticas para llevar a cabo este tipo de operaciones bajo el mando del antiguo agente de la OSS Frank Wisner. Tras la elección de Eisenhower, Allen Dulles, de sesenta y dos años, se convirtió en el primer director civil de la Agencia. La satisfacción de haber hecho realidad la ambición de toda su vida se

vio oscurecida por el fracaso de su matrimonio con Clover y la muerte de su hijo en Corea. Por raro que parezca, las fiestas de piscina de fin de semana celebradas en la zona residencial de McLean, en las que Allen y Foster llevaban camisas hawaianas y pantalón corto (uno todo feliz —«ho, ho»—, el otro como la Parca), se convirtieron en el atípico escenario donde se trazaban las políticas norteamericanas.

GRAN BRETAÑA: EL LARGO ADIÓS

La presidencia de Eisenhower coincidió con el cambio de guardia en Gran Bretaña. En las elecciones generales de febrero de 1950, los laboristas perdieron la mayoría, ya que sus 146 escaños de diferencia se redujeron a 8. El resultado insufló nueva vida a Churchill, que ya contaba setenta y cinco años, y se dedicó a acosar incesantemente al portavoz del Gobierno en el Parlamento durante los veinte siguientes meses, forzando la convocatoria de nuevas elecciones generales en octubre de 1951. Churchill percibía el creciente resentimiento de la gente hacia un Partido Laborista que pretendía regular cada aspecto de su vida cotidiana. «Nosotros queremos una escalera», decía, «para trepar lo mejor que podamos. Ellos defienden las colas. Que cada uno espere en su sitio hasta que le llegue el turno». Tras las elecciones volvió al poder con una mayoría de 17 escaños, aunque los laboristas aún obtuvieron buena parte del voto popular (48,8 por ciento frente al 48 obtenido por conservadores y liberales en su conjunto). De haber habido grandes diferencias en las políticas propugnadas por ambas partes, los resultados hubieran mostrado la existencia de una sociedad peligrosamente polarizada. Pero solo se cambió a la persona encargada de implementar los acuerdos de posguerra, puesto que el desgaste que supone ejercer el poder había acabado con el limitado talento del Partido Laborista[447].

La gran pregunta política era cuánto tiempo permanecería Churchill en el 10 de Downing Street[448]. En los diarios de muchas personas de la época leemos que sus defectos de carácter habían empeorado con la edad: protagonizaba monólogos dispersos en el gabinete o en las cenas oficiales y tenía un interés obsesivo por jugar a las cartas en vez de leer importantes documentos de Estado. Sus arrebatos sentimentaloides resultaban embarazosos lejos de las intensas emociones de los tiempos de guerra. «Empieza hablando de

forma confusa y equivocada sobre casi cualquier tema, apenas escucha los argumentos de los demás y recurre continuamente a analogías de tiempos de la guerra y la posguerra», escribió el secretario privado de Eden, Evelyn Shuckburgh. Parecía «viejo, cansado e incongruente»[449]. En junio de 1953 Churchill se desmayó al sufrir un derrame cerebral masivo mientras conversaba con el primer ministro italiano Alcide de Gasperi en Downing Street. Era el momento de retirarse con dignidad, pero Churchill se recuperó y decidió quedarse, descubriendo una y otra vez nuevas excusas para retrasar su marcha. Fue el último y desesperado acto final de una vida totalmente centrada sobre sí misma, pues había dicho en repetidas ocasiones que moriría rápidamente en cuanto dejara la política: su única razón para seguir viviendo[450].

Permaneció en el cargo porque ningún conservador tenía el necesario instinto asesino. Su remilgado ministro de Hacienda, Rab Butler, tenía que ocuparse de sus hijos pequeños tras la prematura muerte de su mujer. El dinámico ministro de Vivienda, Harold Macmillan, era en su vida privada un cornudo consentidor del amigo bisexual de Churchill Bob Boothby; sufría dolores crónicos debido a una herida que le infligieron durante la Primera Guerra Mundial y le habían extraído la vesícula biliar en 1953. Ese mismo año dos operaciones fallidas con ocasión de la misma dolencia casi acaban con Eden, que hubo de viajar a Estados Unidos para que arreglaran los daños causados en el intento. Su mala salud crónica, la pérdida de su hijo en Birmania a finales de la guerra y un doloroso divorcio en 1950 exacerbaron la naturaleza volátil de Eden, aunque su matrimonio con la sobrina de Churchill, Clarissa, en 1952, tuvo un efecto estabilizador. Entre abril y octubre de 1953, Churchill fue su propio ministro de Exteriores, lo que implícitamente sembraba la duda sobre las capacidades y el vigor de su presunto sucesor, que se creían tanto menores cuanto más tiempo estuviera Churchill al frente[451]. Había mucho de verdad en el malintencionado comentario que hiciera Macmillan en 1975: «El problema con Anthony Eden era que lo habían entrenado para ganar el Derby en 1938; desafortunadamente no saldría de la línea de salida hasta 1955»[452].

Aunque algunos días Churchill mimara a Eden como si fuera hijo suyo, en los días malos podía ser despiadado. Primero alababa la

presencia y elegancia de Acheson, que realmente era la caricatura de un oficial de la guardia de la reina, luego se volvía hacia Eden y decía: «Dean tiene el aspecto que deberías tener tú». En cuanto a Eden, es difícil saber si era un hombre fuerte con tendencia a mostrar debilidad, como sugiere su ambiguo informe sobre contemporización de la década de 1930, o un hombre débil que intentaba parecer fuerte con insistencia neurótica; Churchill creía lo segundo.

Churchill estaba más dispuesto a subordinar a Gran Bretaña a la nueva realidad del poder de Estados Unidos y hacía gala de un sentimentalismo en relación a la tierra de su madre que Eden no mostraba en absoluto. Como la mayoría de las personas de su generación, Eden guardaba cierto resquemor a los estadounidenses debido a la forma «de entrar tarde en ambas guerras mundiales y sacar un enorme provecho de ello». También les culpaba de la Gran Depresión y les acusaba de haber cortado bruscamente la ayuda financiera y toda colaboración nuclear en 1946. El sentimiento era mutuo. Acheson despreciaba la costumbre de Eden de llamar «querido» a otros varones, y en una ocasión se le cayó la máscara diplomática. En noviembre de 1952 Acheson, acompañado de un ayudante, entró en una fiesta que se celebraba en la habitación de hotel de Eden en Nueva York, y pidió un «Martini de verdad, es decir, básicamente ginebra», a pesar de estar ya muy borracho. La delegación británica había intentado que los estadounidenses aceptaran un plan para la India que resolviera el conflicto de la repatriación de prisioneros en Corea, y Acheson se descolgó con una sarta de comentarios displicentes sobre los líderes de la Commonwealth e incluso sobre sus incómodos anfitriones británicos[453].

Durante la guerra fueron muy tolerantes con Churchill en Washington, donde sus alardes anticomunistas y sus grandiosas generalidades sobre la cultura y propósitos comunes eran recibidos con calidez. Mientras cruzaba el Atlántico a borde del *Queen Mary* para despedirse de Truman y saludar al presidente electo, Eisenhower, Churchill comentó la necesidad de crear un frente angloamericano común, «de Corea a Kikuyu y de Kikuyu a Calais»[454]. Desafortunadamente intentó seguir desempeñando un papel dirigente en los asuntos mundiales que ni su poder ni la

potencia de su país tenían fuerza suficiente para justificar, como demuestran los obsesivos intentos de convocar una última «cumbre a tres» con los estadounidenses y los soviéticos. Su gabinete se paralizaba en secreto cuando preveía que su grandiosidad, alimentada por el alcohol, le llevaba a adquirir compromisos insostenibles y a hacer peligrosas concesiones.

Churchill había trabajado estrechamente con Eisenhower durante la guerra y compartía el punto de vista británico general de que era «una mediocridad dinámica y genial»[455]. El relato que hiciera Ike de su primer encuentro con Churchill como presidente, en enero de 1953, revela que entendía mejor las cosas:

El señor Churchill es tan encantador e interesante como siempre, pero acusa sin duda los efectos del paso de los años. Se ha obsesionado con cierto tipo de relaciones exteriores que intenta imponer. [...] Cree que Gran Bretaña y la Commonwealth no deben recibir de Estados Unidos el mismo trato que otras naciones en nuestras complicadas relaciones exteriores. Todo lo contrario, tiene la seria esperanza de que esos países gozarán de una relación privilegiada puesto que fueron nuestros socios durante la Segunda Guerra Mundial. [...] Winston intenta revivir los días de la Segunda Guerra Mundial. Entonces tenía la agradable sensación de que él y nuestro presidente estaban en una especie de plataforma olímpica en relación al resto del mundo, que dirigían desde ese lugar privilegiado. Aunque esta imagen se ajustara realmente a lo que ocurrió en aquellos días, no es de aplicación en el presente. Pero solo era una verdad a medias, incluso entonces, como bien sabemos muchos de nosotros que trabajábamos en diversas partes del mundo solucionando desagradables problemas locales. Dada la complejidad de las relaciones internacionales actuales, toda esperanza de crear una relación de este tipo es totalmente vana. [...] Las dos mayores potencias de Occidente no deben aparecer ante los ojos del mundo como una fuerza combinada para forzar la adhesión al statu quo[456].

Tras una reunión en las Bermudas a finales de 1953, los británicos se percataron de que su presidente ya no sonreía mucho y mordía la montura de sus gafas durante las reuniones. Pero también vieron la triste figura que hacía Churchill al saludar oficialmente al presidente, siempre muy erguido. Durante una sesión Ike, irritado por las afirmaciones de Churchill de que Rusia había cambiado y

había que intentar ganársela, exclamó: «Mientras quieras decir lo que creo que quieres decir, estoy de acuerdo: es la misma anciana de las calles, aunque lleve un sombrero nuevo». Ignorando las afligidas expresiones de los británicos cuando Eden preguntó cuándo podrían volver a reunirse, Ike soltó: «No lo sé. Ahora tengo reunión con un whisky con soda»[457]. A los británicos también les dejó helados su aparente despreocupación en relación a las armas nucleares y sus comentarios casuales sobre la relación coste-eficacia que tendría usarlas contra las bases militares chinas para acabar rápidamente con la guerra de Corea.

El rápido declive de Gran Bretaña tensó las relaciones de todos sus ministros de Exteriores con el secretario de Estado estadounidense. Eden creía apasionadamente que la Commonwealth británica debía desempeñar un papel autónomo en los asuntos mundiales, lo que legitimaba que se tratara a los británicos como a socios de los estadounidenses. El tradicional anticolonialismo de Washington y sus intentos de forzar la política británica en Oriente Medio hacia la convivencia con el nacionalismo árabe eran una continua fuente de irritación. A Eden, Europa le era indiferente, y no le gustaba la presión que ejercía Estados Unidos sobre Gran Bretaña para que participara en los planes de refuerzo de la cooperación europea en economía y defensa. El caso es que, por una cosa u otra, el tema de la supremacía de Estados Unidos era una paja en el ojo de Eden, por mucho que los de su clase tendieran a ver solo la paja en el ojo ajeno[458].

Durante el primer año de la nueva administración, las relaciones con Dulles mejoraron notablemente, a pesar de que Eden intentara disuadir a Ike, en mayo de 1952, de que le nombrara para el cargo. Puede que Dulles tuviera modales enérgicos, pero era un director muy profesional y con mucha experiencia[459]. Churchill detestó a primera vista «la gran losa que tiene por cara» e incluso le llamaba Dullith o hacía juegos de palabras con su nombre: «Dull, duller, Dulles». Al enterarse de que su hermano, Allen, era el nuevo director de la CIA, Churchill comentó: «Me dicen que hay otro Dullith. ¿Es eso posible?»[460].

El primer indicio de que las cosas entre Eden y Dulles no iban tan bien como debían tuvo lugar con la afirmación del primero de que le «habían engañado» y «mentido». En realidad, Eden

interpretaba de forma torticera los intentos de crear la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO, en sus siglas en inglés) *antes* de convocar la conferencia de paz de Ginebra sobre Indochina[461]. El ambiente era frío en la Ginebra de 1954: «A. E. está hasta las narices de Dulles, se niega a hacer concesiones y casi le sienta mal verle. [...] A. E. espera que Dulles se vaya lo antes posible. [...] No cabe duda de que Dulles y A. E. se han enervado mutuamente y ambos se comportan como *prima donnas*. Se dice que a Dulles le irrita la falta de precisión de la mente de A. E. [....] A. E. tuvo anoche una cena terrible con Dulles»[462].

En relación a su fallido intento de incluir a la India en la SEATO, a lo que se oponía Estados Unidos, Eden comentó que «los estadounidenses pueden pensar que ya han pasado aquellos tiempos en los que no tenían más remedio que tener en cuenta los sentimientos y dificultades de sus aliados. [...] Nosotros al menos siempre pensamos en nuestros socios de la Commonwealth, aunque a Estados Unidos no le gusten»[463]. En la conferencia de Ginebra, que Eden consideró un triunfo personal, compartió con Molotov la preocupante idea de que Gran Bretaña y la URSS fueran respectivamente la derecha y la izquierda de la zona central, mientras que China y Estados Unidos conformaban los extremos. Cuanto más al margen de Estados Unidos intentaba actuar Eden, con vistas a distanciarse de Churchill, más se resentían los estadounidenses de su interferencia en sus planes para el mundo[464].

Churchill dedicó su último Gobierno a digerir masivamente la sobrecarga de cambio que había heredado y apenas hizo esfuerzo alguno por identificar (y mucho menos por resolver) los grandes defectos estructurales sobre los que descansaba el edificio de la Nueva Jerusalén. Los historiadores tienen poco que decir sobre su administración, buena muestra de su dirección, por lo general suave, de los asuntos de la nación. Puede que seamos demasiado duros en relación al escaso interés mostrado por Churchill en relación a los asuntos internos, pues creía tener razón al centrarse en el peligro de la guerra nuclear, que nublaba su visión optimista de «grandes planicies repletas de sol» para el futuro en mucho mayor medida de lo que nunca lo había hecho la amenaza nazi. La inferioridad de Gran Bretaña y su vulnerabilidad eran manifiestas. Un mes después de que Gran Bretaña llevara a cabo su primera

prueba con una bomba atómica de la potencia de la de Nagasaki, en octubre de 1952, Estados Unidos hizo detonar la primera bomba de hidrógeno, manteniendo en la ignorancia al respecto a la mayor parte de su gabinete. En cierto modo fue una versión británica de «más "bang" para el pavo», pero también era una forma de garantizar que Gran Bretaña permaneciera en la mesa de negociaciones.

En las elecciones celebradas a principios de la década de 1950 había ayudado a Churchill que los laboristas hubieran sacado a colación la fama de «belicista» que tuvo durante la década de 1930. Era muy consciente de que los soviéticos, que habían probado su primera bomba de hidrógeno en noviembre de 1955, podían no ser capaces de alcanzar Estados Unidos pero sí Gran Bretaña; también de que diez bombas H arrojadas en Gran Bretaña significarían el fin de su civilización[465]. Era esta honda preocupación la que, hasta cierto punto, latía tras la vana obsesión de Churchill de celebrar una «cumbre a tres», a pesar de la indiferencia de Ike y Dulles y la alarmante falta de apoyo que recibía de sus propios ministros[466].

El 6 de abril de 1955[467], los ministros de Churchill, animados por Macmillan, lograron finalmente reunir el coraje necesario como para pedir al anciano que se fuera. Eden fue a Buckingham Palace. Había huelga en los puertos, los transportes y la prensa, y Eden decidió obtener un nuevo mandato a través de las urnas, que le dieron una mayoría de sesenta escaños. Recompensó a Macmillan con el nombramiento de ministro de Hacienda y nombró a Butler presidente de la Cámara de los Comunes. El abogado galés Selwyn Lloyd se convirtió en ministro de Exteriores, un nombramiento ficticio, ya que Eden consideraba que ese era su terreno[468].

Aparte del desastre final de Suez, lo más destacado del Gobierno de Eden fue su falta de coherencia bajo la apariencia de glamur etoniano. Eden no entendía de economía ni le interesaba, aunque fuera el núcleo de los problemas británicos, y, tras haber sido ministro de Exteriores durante tanto tiempo, no le resultaba sencillo adaptarse a un cargo en el que debía dirigir todos los negociados. Incluso en el área en la que era especialista se abstuvo, por ejemplo, de participar en las instituciones del Mercado Común Europeo. Hizo poco por la política interna, fundó una docena de escuelas técnicas medio siglo después de que los alemanes crearan las suyas y, en

general, cabe concluir que era un hombre más del pasado que los reaccionarios victorianos a los que reemplazó[469].

LA FORTUNA ES MUJER

Las relaciones angloamericanas tuvieron su momento dulce en 1953: ambos países colaboraron para derrocar al primer ministro Mossadeq de Irán. Mossadeq se había convertido en el líder *de facto* del Frente Nacional, en el que se mezclaban laicos nacionalistas como él mismo con partidarios del ayatolá Abolqassem Kashani, portavoz del clero chiita. Tras el asesinato del primer ministro Haj Ali Razmara, en marzo de 1951, el Majlis (Parlamento iraní) impuso al reticente Shah el nombramiento de Mossadeq y votó la nacionalización de la industria del petróleo en la misma sesión[470].

Como hemos visto, la Anglo-Iranian Oil Company (AIOC) lo veía venir. Se habían comportado de forma indignante, incluso según los estándares (generalmente bajos) de la industria del petróleo: pagaban al Gobierno iraní una miseria por un monopolio que arrojaba espléndidos beneficios y trataban a los empleados iraníes como si fueran esclavos. Sobornaron a parlamentarios para salirse con la suya y rompieron todas las promesas de pagar mejor o incrementar las posibilidades locales de ocio. El siniestro presidente de la compañía, William Fraser, de Glasgow, se negó a negociar un acuerdo más equitativo, confiando en que la AIOC siempre podría convencer a los políticos iraníes para que defendieran sus intereses[471]. Le animó el ministro de Exteriores, de afiliación laborista, Herbert Morrison. Resulta difícil saber qué hizo más por empeorar la posición internacional de Gran Bretaña: si su diplomacia o su herencia genética, encarnada en su nieto Peter Mandelson, la nueva varita mágica del laborismo del siglo XXI.

Una semana antes de que Mossadeq se convirtiera en primer ministro, había llegado a Teherán un nuevo embajador de Estados Unidos. Se trataba de nuestro viejo amigo, el anglófilo Loy Henderson, que se había labrado una reputación como el hombre que había limpiado Irak, Grecia, Turquía, Palestina y la India, su último destino, cuando se fueron los británicos. Irán fue el último caos en el que le metieron los británicos. El Departamento de Estado era consciente de que la intransigente postura de Morrison no hacía más que incrementar la popularidad del volátil Mossadeq y, a esas alturas, la administración estadounidense se mostraba

reticente a aceptar los intentos británicos de describir a Mossadeq como a un loco o fanático. Objetivamente, el melodramático iraní era un aristócrata de mentalidad laica que no quería en el poder ni a militares políticos ni a clérigos. Su problema era que solo sabía destacar lo negativo, nunca tenía una visión positiva que pudiera sustituir lo que odiaba[472].

Pensando que el Majlis iraní acabaría aceptando, la AIOC había ofrecido a los iraníes un acuerdo suplementario que supuestamente mejoraba los términos pactados originalmente con Reza Shah en 1933 y debía aplicarse hasta 1993. La indignación popular evitó que los parlamentarios aceptaran el acuerdo sin más y Fraser se negó a mejorar su oferta. Con la nacionalización en el aire, el Majlis creó un comité, presidido por Mossadeq, para analizar el acuerdo, mientras los británicos presionaban al Shah para que cesara a su primer ministro y le reemplazara por el general Haj Ali Razmara, un antiguo jefe del ejército. En marzo de 1951, Razmara se dirigió al Majlis para pedir que no se votara la nacionalización a la vista de las obligaciones internacionales contraídas por Irán y su falta de capacidad real para gestionar su industria petrolífera. Cuatro días después fue asesinado por un miembro del grupo islamista militante Fadayan-e Islam mientras rezaba en una mezquita.

La indignación de los iraníes creció con la firma del acuerdo entre la corporación petrolera estadounidense Aramco con sus socios de Arabia Saudí en el que se preveía un reparto de beneficios al 50 por ciento; un tipo de acuerdo que ya habían firmado con Venezuela en la década de 1940. De hecho, en noviembre de 1950 llegaron a Irán cuatro diplomáticos venezolanos para proponer la creación de algo muy parecido a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), el cártel internacional del petróleo que se fundaría una década después[473]. Aunque la AIOC acabó ofreciendo de mala gana el mismo trato a los iraníes, lo hizo demasiado tarde para frenar la nacionalización. Al inepto equipo formado por Morrison y Fraser no se le ocurrió mejor idea que rebajar el sueldo a los trabajadores del petróleo y situar cinco buques de guerra de la Marina Real en aguas de Abadán. En vez de subirse al carro, el Majlis rechazó al candidato del Shah (y de la AIOC) y eligió primer ministro a Mossadeq, quien nacionalizó las cuentas de la AIOC en mayo de 1951. Los intentos de Morrison de

obtener el apoyo estadounidense fracasaron, ya que el Departamento de Estado declaró: «El Partido del Frente Nacional de Mossadeq es lo más parecido a un elemento moderado y estabilizador en el Parlamento nacional».

Si echamos un vistazo a lo que llevó al ataque, en 1979, de la embajada de Estados Unidos en Teherán y a los registros efectuados en las oficinas y hogares de los ejecutivos de la compañía, veremos que, después de que Fraser ordenara la marcha de todos los gerentes y técnicos británicos, se hallaron pruebas de que la AIOC tenía su propio servicio de espionaje en Irán y de que su personal estaba en contacto permanente con los oficiales del MI6 destinados en la enorme embajada de Gran Bretaña, que ocupaba más de seis hectáreas del centro de Teherán. En la oficina central de la AIOC de Teherán quedaron sin incinerar documentos suficientes como para que Mossadeq pudiera mostrar al mundo que los tentáculos de la compañía llegaban hasta el último rincón del Gobierno iraní; a algunos se les había sobornado y a otros se les había obligado a dimitir. Había pruebas documentales de que la compañía había pagado a periódicos nacionalistas para que publicaran el bulo de que los líderes del Frente Nacional eran meros títeres[474].

Mossadeq se negó a compensar a la AIOC, exigiendo en cambio 50 millones de libras esterlinas en concepto de impuestos impagados. Tampoco aceptó la mediación del Tribunal Internacional de La Haya, basándose en el hecho de que la AIOC era una compañía privada; esta situación llevó al apoplético de Morrison a considerar seriamente la posibilidad de deponerle tras una intervención militar. Acheson, al enterarse, fue consciente de que Morrison no sabía nada de asuntos internacionales. Tanto Gran Bretaña como Irán buscaron el apoyo de Estados Unidos y la prudente reacción de Truman fue mandar a Teherán a su emisario más venerable, el magnate y diplomático Averell Harriman. A pesar de que Harriman había negociado estrechamente con Londres durante la guerra, no dudaba de que la raíz del problema radicaba en la mala gestión de la AIOC y en el fracaso de Whitehall a la hora de entender a Irán. Le recibieron con una manifestación masiva, suprimida violentamente con la pérdida de algunas vidas, al grito de: «¡Muerte a Harriman!».

Acompañado por expertos de la industria del petróleo y el futuro

director de la CIA, Vernon Walters, haciendo de intérprete, Harriman intentó quitar hierro a la situación centrándose en las dificultades técnicas que planteaba la reciente nacionalización. ¿Qué podrían hacer los iraníes para compensar su falta de experiencia? ¿Dónde estaban sus petroleros? Pero Mossadeq, que besó la mano de la mujer de Harriman hasta el codo al saludarla —por decirlo suavemente— se mostró lacónico en su forma de negociar. Si Harriman hablaba de los precios del petróleo, Mossadeq musitaba que «todo empezó con ese griego, Alejandro», que había incendiado la antigua Persépolis unos 2.000 años antes. Harriman tampoco estaba preparado para lo profundo que resultó ser el resentimiento de Mossadeq hacia los británicos. «No sabe lo taimados que son», decía indignado. «No sabe lo malvados que son, ni cómo mancillan todo lo que tocan»[475].

Así era. Antes de marcharse, el personal de la AIOC intentó sabotear equipo vital en Abadán, y tanto la compañía como el Gobierno británico intentaban disuadir a los extranjeros que querían trabajar con la nueva Iranian Oil Company. Se recurrió a amenazas legales a terceros países que querían importar petróleo iraní. Mientras, Robin Zaehner, un brillante lingüista que había dirigido el contraespionaje británico y las operaciones de contrasabotaje en el norte de Irán durante la Segunda Guerra Mundial, fue llamado a Teherán por el MI6 y dejó su puesto de profesor de persa en la Universidad de Oxford. Fracasó al intentar organizar una trama para derrocar a Mossadeq y devolver los campos de petróleo a la AIOC. Volvió a Oxford, donde ocupó la cátedra Spalding de religiones orientales y ética en 1952.

Al no poder deshacerse de Mossadeq, Harriman se volcó en el Shah, al cual aterrorizaba la plebe, y en el ayatolá Kashani, el clérigo que lideraba el Frente Nacional. En una ocasión Kashani sacó el tema del ingeniero estadounidense que había sido asesinado en Irán antes de la Primera Guerra Mundial, a lo que Harriman replicó tranquilamente: «Eminencia, debe entender que me he encontrado en muchas situaciones peligrosas a lo largo de mi vida y no me asusto fácilmente». «Bueno, tenía que intentarlo», dijo el clérigo encogiéndose de hombros. Antes de partir, Harriman indicó al Shah que Mossadeq era un obstáculo que despejar antes de poder llegar a un acuerdo con los británicos. Para la administración

Truman eso había sido solo una idea que estaba en el aire.

En el verano de 1951, Morrison persuadió al primer ministro Attlee de que impusiera sanciones a Irán y diera luz verde a dos operaciones militares, con los nombres en clave de Bucanero y Plan Y. Eran poco realistas ya que, en aquel momento, Gran Bretaña estaba comprometida en la guerra de Corea y el «mossadequismo» en Egipto no permitía usar con prudencia tropas normalmente estacionadas allí. Los militares británicos aún no se habían adaptado a la pérdida del ejército de la India, que había mantenido su poder en Oriente Medio. Las esperanzas británicas de que Estados Unidos apoyara la intervención acabaron de forma drástica gracias a las palabras de Acheson, Truman y gran parte de la prensa estadounidense. El *Wall Street Journal* hablaba de «métodos del siglo XIX» y el *Philadelphia Inquirer* advertía sobre una Tercera Guerra Mundial. En esta ocasión tampoco tuvieron eco los intentos de sugerir la remota posibilidad de que el partido Tudeh, de inspiración comunista, se hiciera con el país y Attlee canceló sus planes militares. Luego se lamentaría de que Morrison había sido su peor elección.

Mossadeq se lo reprocharía durante una visita a Estados Unidos, en la que hizo quedar en mal lugar al embajador británico ante la ONU, Gladwyn Jebb. El Partido Laborista defendía la nacionalización total si ello permitía mantener la paz mundial, dijo, añadiendo astutamente que Irán no tenía acorazados en el Támesis, lo que gustó a los delegados de los muchos países que habían experimentado la arrogancia británica en sus propias carnes[476]. Mossadeq también sabía qué teclas tenía que pulsar para ganarse a los estadounidenses. Posó junto a la Campana de la Libertad en Filadelfia para recordarles que ellos también se rebelaron para obtener su independencia de Gran Bretaña. Durante un encuentro con Truman y Acheson en octubre de 1951 besó al secretario de Estado, pero se detuvo ante la helada mirada del presidente. «Señor presidente, hablo en representación de un país muy pobre, todo desierto, arena, unos pocos camellos, unas cuantas ovejas [...]», dijo. «Sí, pero con todo el petróleo de Texas», le interrumpió Truman.

Los británicos apenas oyeron el ruido sordo que hizo el Gobierno estadounidense al intentar llegar a un acuerdo mediante su

propuesta de creación de una compañía neutral que extrajera y comercializara el petróleo iraní; algo que parecía favorecer los intereses petrolíferos de Estados Unidos y a lo que siempre se había opuesto la AIOC. A nadie sorprendió que Churchill rechazara este gambito de los estadounidenses, pero lo cierto es que Mossadeq también lo rechazó, ensoberbecido quizá por el hecho de que la revista *Time* le hubiera nombrado hombre del año, e incapaz de ver que le estaban echando un chaleco salvavidas[477]. Acheson había restado importancia al argumento británico de que Mossadeq se volcaría en el partido Tudeh en busca de apoyo, llevando a Gran Bretaña a la bancarrota; la administración Eisenhower defendería otro punto de vista[478].

A lo largo de 1952, la posición interna de Mossadeq se fue debilitando. Fracasó al intentar hacerse con las fuerzas armadas fieles al Shah, pero renunció a ello ante el ruido de sables. Ante la sospecha —fundada— de que los agentes británicos estaban amañando las elecciones al Majlis en las provincias rurales, las anuló. Su conducta siempre había sido algo errática pero a ello se sumaba ahora una arbitrariedad creciente. Empezó a recurrir más frecuentemente a emotivas llamadas directas a la gente a través de la radio. La situación económica se había deteriorado enormemente, y la pequeña (pero influyente) clase media estaba entre la espada y la pared. Sin embargo, el 80 por ciento de la población estaba formada por campesinos que no resultaron tan afectados.

Los problemas comenzaron cuando la Marina Real interceptó un petrolero que pretendía llevar petróleo a Italia. La captura, legitimada por un tribunal de la colonia británica de Adén, implicaba que no se exportaría petróleo de Irán. Japón protestó enérgicamente contra esta acción británica, ganándose la amistad de Teherán hasta el día de hoy. Mossadeq presentó su dimisión y fue sustituido por su primo mayor, Ahmad Qavam, que trabajaba para el MI6. Fue un nombramiento que no duró ni una semana pues aunó en su contra a los partidarios de Mossadeq, el clero musulmán y los comunistas. El Shah, que no sabía muy bien de qué lado caerían las lealtades del ejército, volvió a llamar a Mossadeq, lo que sorprendió a los jefes de la CIA y el MI6, que estaban juntos de vacaciones pescando truchas.

La vuelta de Mossadeq coincidió con la victoria de Irán en su

disputa con los británicos ante el Tribunal Internacional de La Haya, a cuyo arbitraje se habían sometido no sin reticencias. Pero no acababa de estar conforme y repitió su error anterior de rechazar una solución de compromiso diseñada por Estados Unidos. De hecho, chantajeó al embajador Henderson con la amenaza de pedir ayuda económica a los soviéticos. Henderson se entrevistó pacientemente con el hipocondriaco de Mossadeq a los pies de su cama en varias ocasiones, y empezaba a preguntarse si no estaría perdiendo la cordura[479]. Los contactos, antes escasos, ente los estadounidenses y los adversarios de Mossadeq en los tribunales y el ejército aumentaron[480].

Antes de que Irán rompiera relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, en octubre de 1952, la oficina del MI6 había desarrollado lo que sería la base de cualquier complot futuro contra Mossadeq. Necesitaban algo que compensara el apoyo que recibían de la calle, tanto Mossadeq como el tímido Shah. También precisaban una alternativa plausible a Mossadeq y no podía ser ningún miembro de la antigua élite vinculada a los británicos. Su candidato era el general Fazlullah Zahedi, comandante de las fuerzas iraníes de Ispahán y simpatizante de los nazis, que había sido secuestrado en 1942 por el parlamentario y guerrillero Fitzroy Maclean y pasado el resto de la guerra en un campo de prisioneros de Palestina. A cambio de algo de acción, el general estaba perfectamente preparado para aceptar que «lo pasado, pasado» y devolver sus prebendas a la AIOC.

No sabemos en qué pudo haber acabado esta segunda conspiración británica, pero perdió importancia una vez que la embajada hubo de cerrar y la oficina del MI6 dejó de estar en estrecho contacto con sus muchos agentes. Si hacemos una retrospectiva de los sucesos de 1979-1981, veremos que pasaron a depender de una CIA mucho más dispuesta a colaborar en vista de la inminente victoria republicana en las elecciones de 1952. A partir de ese momento, hicieron conjuntamente planes para el golpe de Estado. Donald Wilber, de la CIA, y Norman Darbyshire, del MI6, sentaron las bases en Chipre en mayo de 1953.

Cuando el jefe de la delegación de la CIA, Roger Gioran, mostró escaso entusiasmo a la hora de implicar a sus agentes en un golpe contra Mossadeq, Allen Dulles nombró a Kermit Roosevelt, un

veterano oficial de la División de Oriente Medio de la CIA y nieto del presidente Teddy Roosevelt, para que fuera a Irán y coordinara lo que ya se llamaba Operación Ajax; los británicos la denominaban Operación Bota. Kermit Roosevelt, graduado en la escuela privada de élite Groton y en Harvard, era educado, cortés, alto y esbelto y poseía un rostro anodino. Una bendición para cualquier agente de inteligencia. No dejó de escuchar su gramófono a lo largo de todo lo que pasó después y musitaba «La fortuna es mujer», una canción del exitoso musical *Guys and Dolls*. Debía serlo.

A principios de junio, Kermit Roosevelt voló a Beirut para repasar el plan y luego a Londres, donde tomó parte en las discusiones celebradas en el cuartel general del MI6. Mientras, Monty Woodhouse, del MI6, estaba en Washington en representación de Winston Churchill, que había dado luz verde a la operación como ministro de Exteriores en funciones, dada la ausencia del convaleciente Eden. Woodhouse puso fin a los reparos de sus amigos de la CIA al mostrarse de acuerdo en que Fraser y los codirectores de la AIOC eran «estúpidos, aburridos, pesados y cabezotas», y señalando la amenaza de un posible golpe en Irán orquestado por el Tudeh con apoyo soviético. Era un brillante especialista en latín y griego de Oxford cuya carrera se vio truncada por la guerra, durante la cual prestó un servicio distinguido en el Servicio de Operaciones Especiales británico[481]. Poco a poco llegaron a saber mucho acerca del golpe cerca de noventa personas en Washington, Londres, Nicosia y Teherán[482]. Los jugadores cruciales fueron George Young, del MI6; Ray Clines, jefe de la delegación de la CIA en Londres; Darbyshire, en Nicosia; y el equipo de Roosevelt en Teherán. También participaron otros, como el experto gestor bélico estadounidense Miles Copeland[483].

Los mejores agentes aportados por el MI6 eran los ricos e influyentes hermanos Rashidian, «agentes jefe» que recibían 10.000 libras esterlinas al mes para reclutar a gente influyente así como a los líderes de bandas callejeras urbanas, sobre todo a Shaban «Chalado» Jafari, para participar en el golpe contra Mossadeq. Repartieron dinero entre los ariscos líderes tribales del sur de Irán, que también desempeñarían su papel en la desestabilización preliminar; algunos parlamentarios recibieron dinero en metálico escondido en cajas de galletas. El MI6 también disponía de una lista

de posibles primeros ministros como alternativa al general Zahedi, que había huido al ordenar Mossadeq su arresto[484].

En cuanto los estadounidenses se subieron al carro, la disponibilidad de dinero se incrementó exponencialmente. El 25 de junio se tomó la decisión de seguir adelante en una reunión del Departamento de Estado presidida por John Foster Dulles. Roosevelt explicó la idea de la CIA, tras lo cual Dulles pidió una votación. Los hermanos Dulles y Bedell Smith, subsecretario de Estado, fueron los más entusiastas, mientras que el embajador Henderson señaló: «Señor secretario, esto no me gusta nada [...] [pero] no tenemos elección»[485]. Ike dio el visto bueno a la operación tras una ruptura espontánea del orden público en Teherán donde una multitud, dirigida por Shaban «Chalado», había entrado en la residencia de Mossadeq. Los hermanos Dulles se ganaron al presidente con el argumento de que los únicos que saldrían beneficiados con la anarquía en las ciudades serían los soviéticos, que podrían hacerse así con todo Oriente Medio. Había que apuntalar el dominó.

Se hicieron los preparativos rápidamente. El departamento artístico de la CIA se puso a distribuir cómics anti-Mossadeq que se publicarían en los periódicos iraníes de mayor tirada, junto a propaganda «gris». Llegaron a pagar 45.000 dólares estadounidenses a un editor y difundieron el rumor de que Mossadeq era judío[486]. El dinero que se distribuía a través de los Rashidian se convirtió en un torrente, pues se llegaron a invertir 150.000 dólares solo para sobornar a una multitud contraria a Mossadeq. Para acabar con la amenaza comunista, los Rashidian organizaron el secuestro y asesinato del jefe de la policía de Teherán y atacaron a clérigos. Dieron 135.000 dólares al general Zahedi para que hiciera amigos entre sus antiguos oficiales y se invirtieron unos 11.000 dólares a la semana para sobornar a parlamentarios; Asadollah Rashidian entregaba personalmente los pagos a las figuras más respetadas. Una vez que las masas compradas paralizaran Teherán, los parlamentarios que habían aceptado los sobornos votarían el cese de Mossadeq. Si se resistía, entraría en juego el ejército.

A mediados de julio de 1953, Mossadeq obtuvo la dimisión de sus partidarios en el Parlamento y pudo forzar unas elecciones

anticipadas, que se convertirían en un referéndum para acabar con el Majlis. De esta forma usurpaba las funciones atribuidas constitucionalmente al Shah y enviaba a sus partidarios de vuelta a sus distritos electorales[487]. Ese mes un tal James Lockridge cruzó Siria e Irak en coche; le hizo gracia que un soñoliento guardia de frontera que copiaba información recogida en su pasaporte apuntara «cicatriz en el lado derecho de la frente» como si fuera su apellido. Era Kermit Roosevelt, que iba a orquestar el crescendo que iba a desembocar en el derrocamiento de Mossadeq. El Shah era el eslabón más débil de la cadena, y en todas las campañas de prensa «espontáneas» y manifestaciones se le defendía. Por decirlo suavemente: era un cobarde. Las agallas las tenía su hermana gemela, la princesa Ashraf, cuya resolución se había fortalecido bastante durante la visita de Darbyshire a su hotel de París con un abrigo de visón y un paquete repleto de dinero en metálico «que le hizo brillar los ojos».

Otro de los jugadores clave era el general Norman H. Schwarzkopf, que había organizado la gendarmería iraní en la década de 1940 y llegaba a Teherán con varios millones de dólares en una valija diplomática. Fue Schwarzkopf quien arregló el primer encuentro entre el Shah y Kermit Roosevelt. Este entró al palacio real escondido bajo el asiento trasero de un coche. Al final, el Shah accedió a firmar dos *firmans* (decretos) que cesaban a Mossadeq y nombraban a Zahedi, pero solo cuando le garantizaron que podría abandonar el país antes del golpe de Estado. Huyó a Roma vía Bagdad, marchándose con tanta prisa que la reina Soraya se olvidó de su terrier. Casualmente, la familia real iraní se alojó en el hotel Excelsior, donde pasaban sus vacaciones los Dulles[488].

Roosevelt se instaló en el sótano de la embajada de Henderson durante la segunda semana de agosto, en la que la operación pasó a otro nivel, tras ataques con bombas a unos clérigos acusados falsamente por el partido Tudeh[489]. El 15 de agosto, el hombre de paja elegido por Roosevelt, el coronel Nematollah Nasiri, un ultramonárquico de la guardia imperial y futuro jefe del Savak —la policía secreta iraní—, dirigió a un destacamento hacia la residencia de Mossadeq. Para su sorpresa le detuvieron tropas leales bajo el mando del general Taqi Riahi que bloqueaban el camino. Les habían traicionado. Roosevelt, tras saber que su plan se había

descubierto, ignoró las órdenes procedentes del cuartel general de la CIA y recorrió las calles de Teherán, donde la policía de seguridad buscaba sospechosos de conspiración, para reunirse con el general Zahedi y preguntarle si estaría dispuesto a intentarlo de nuevo. Lo estaba.

Mientras el Shah y la emperatriz Soraya esperaban en Roma, Roosevelt cesó a Mossadeq con los *firman* y nombró a Zahedi, copiando y distribuyendo los documentos por todo Teherán y enviando copias a los oficiales de provincias. En los titulares de los periódicos se leía que Mossadeq había intentado deponer al Shah y había sido desenmascarado por personas leales del ejército. Roosevelt envió al agregado militar de Estados Unidos a Ispahán y dinero a los cuarteles de la capital para motivar a los oficiales y sus tropas. Hizo elegir a dos líderes de masas de Teherán entre aceptar 100.000 dólares en efectivo para organizar la anarquía o ser fusilados. El ayatolá Kashani recibió un caramelito de 10.000 dólares.

Al día siguiente, supuestas multitudes a favor de Mossadeq salieron a la calle y tiraron una estatua de Reza Shah; solo dejaron las botas de bronce en el pedestal. Se sacó a auténticos nacionalistas y comunistas a la calle para unirse a las protestas y Mossadeq ordenó a la policía no intervenir. Esto no era lo que querían los conspiradores, y el embajador Henderson pidió personalmente que se protestara contra las amenazas y el vandalismo del que habían sido objeto ciudadanos estadounidenses a manos de las masas hostiles. Mossadeq ordenó a la policía que suprimiera las revueltas y movilizara a las tropas de los cuarteles de Teherán, sin saber que era el siguiente paso crucial de la Operación Ajax.

El 19 de agosto recorrió el centro de Teherán una contramanifestación que la policía, confusa, no reprimió. Cientos de atletas y culturistas lideraban a las masas, dando volteretas y flexionando sus bíceps, al grito de: «¡Larga vida al Shah!». Hasta las prostitutas más exóticas de la ciudad tomaron parte en la marcha. El ejército sacó los tanques y abrió fuego sobre edificios gubernamentales; los pocos periódicos progubernamentales que había ardieron. Al final de la tarde los tanques y tropas habían rodeado la casa de Mossadeq, fuertemente protegida. Se libró una refriega a tiros de dos horas, pero el político pudo escapar trepando

por encima de los muros que rodeaban los jardines adyacentes. En el enfrentamiento murieron unas 150 personas; algunas pagadas por Roosevelt para propagar anarquía aún llevaban la prueba de su generosidad en el bolsillo.

Roosevelt almorzaba con Henderson y su esposa mientras el locutor de Radio Teherán anunció: «El gobierno de Mossadeq ha caído». Roosevelt no reconoció la voz del agente que había reclutado para esta emisión, pero el entusiasta intruso hizo el truco aun así. Era la señal para que se alzara el ejército en Ispahán, Meshed y Tabriz, cuyas estaciones de radio informaban cuando se hacían con el control[490]. En la embajada de Estados Unidos, Roosevelt, Henderson y Ardeshir Zahedi, hijo del nuevo primer ministro, reclutado por la CIA como nexo directo con la embajada británica, brindaron con champán. Después Roosevelt asistió a la larga celebración en el Club de Oficiales, donde tenía su corte el general Zahedi. Los estadounidenses querían asegurarse de que tenía claro dónde radicaban sus lealtades, de modo que le dieron cinco millones de dólares para los primeros gastos y un millón para él.

La tarde siguiente Mossadeq se rindió y, tras un breve intervalo, el Shah y su consorte volvieron de Roma, parando en la venerable tumba chiita de Alí en Irak para hacer fotografías pías. El primer ministro Zahedi se arrodilló sobre el pavimento para besar la mano imperial. Loy Henderson y Shaban «Chalado» le dieron la bienvenida. Era la primera vez que Roosevelt veía al Shah en público y le transmitió el mensaje de que «el resultado es pago suficiente» y de que Irán no debía nada a Estados Unidos, aunque aceptó una pitillera de oro como regalo personal. Cuando salió del palacio, aprobó el nombramiento de Nasiri como general y durmió unas cuantas horas antes de volar a la mañana siguiente. Obtuvo la Medalla Nacional de la Inteligencia, pero declinó la oferta de repetir sus aventuras en Irán cuando la CIA optó por dar un golpe de Estado en Guatemala. Henderson volvió a Washington como subsecretario de Estado para supervisar la purga de los New Dealers.

Mossadeq fue juzgado y condenado a tres años de confinamiento en solitario y a un posterior arresto domiciliario de por vida en Ahmadabad. Henderson se aseguró de que no le mataran, pero sí

ejecutó a unos sesenta oficiales del ejército que permanecieron leales a él. El Frente Nacional y el partido Tudeh fueron ilegalizados. Un consorcio internacional denominado National Iranian Oil Company se hizo cargo de la industria. BP (el nuevo nombre adoptado por la AIOC) y un grupo de cinco empresas estadounidenses poseían el 40 por ciento, y el resto se lo repartieron entre la Royal Dutch Shell y otros. Los beneficios obtenidos por el petróleo se repartirían al 50 por ciento con el Gobierno iraní; un trato muy en la línea del cerrado por Aramco en Riad. Sullivan & Cromwell, la antigua firma de Foster Dulles, negoció los acuerdos. Tras dejar la CIA, Kermit Roosevelt trabajó como asesor político de uno de los grandes gigantes del petróleo que formaban parte del nuevo consorcio iraní.

En la década de 1960, el Shah gastó muchos de estos ingresos en comprar tanques británicos y aviones estadounidenses, pues su poder descansaba sobre las fuerzas armadas y el Savak, la policía secreta entrenada por la CIA que había formado parte de la Operación Ajax[491]. Los estadounidenses creían que esta modernización autoritaria del Shah marginaría al clero musulmán reaccionario a medida que Irán se iba convirtiendo en una sociedad moderna. Lo hizo y dio un paso atrás. Sería absurdo decir que la revolución iraní de 1979 fue culpa de la CIA, pero permitió a los clérigos chiitas presentarse como patriotas iraníes, sobre todo al ayatolá Jomeini, que se había mantenido al margen de las disputas entre Mossadeq y el Shah. El siempre receptivo Loy Henderson lo resumió en uno de sus primeros informes en Teherán: «Podemos usar el fanatismo religioso para combatir el comunismo, pero no como fuerza constructiva para el progreso del país»[492].

Antes de volver a Washington, Roosevelt hizo una llamada de cortesía a Winston Churchill. Le condujeron hasta el dormitorio de Churchill, donde se recobraba de un derrame cerebral. Roosevelt señaló: «Parecía en mala forma física. Oía muy mal, le costaba articular en ocasiones y aparentemente no podía girarse hacia la izquierda». Como solía hacer siempre en sus contactos con los estadounidenses, el anciano recurrió a su paleta de pintor. Alabó a Roosevelt por haber llevado a cabo «la mejor operación desde la guerra» y dijo que le habría gustado servir bajo el mando del joven estadounidense. El simbolismo de la historia era evidente. Como

primer lord del Almirantazgo entre 1911 y 1915, Churchill había ordenado a la Marina Real que pasara del carbón al petróleo y, para asegurarse de que el Gobierno británico tendría suministros suficientes, había comprado un sustancioso paquete de acciones de la Anglo-Persian Oil Company. A los ojos de los iraníes, Estados Unidos estaría ya siempre vinculado a la duplicidad británica y sus mentiras. Siempre considerarían a Gran Bretaña la fuerza más maligna capaz de influir en los asuntos iraníes, incluso mucho después de que hubiera perdido toda capacidad de desempeñar ese papel.

10. HUNGRÍA Y SUEZ

EL KREMLIN: VIEJA GUARDIA, NUEVO LOOK

El día de Año Nuevo de 1953, Stalin estaba de tan buen humor que agarró del pelo a su hija Svetlana para llevarla hasta la pista de baile e improvisar unos pasos. El 5 de marzo había muerto. La sucesión se decidió rápidamente. Pertenecían al grupo dirigente Yegor Malenkov, Laurentii Beria, Viacheslav Molotov, Kliment Vorishilov y Nikita Jrushchev, el quinto en línea de sucesión. Ninguno de los demás contaba con el autodidacta de Jrushchev, un trabajador concienzudo que sabía leer pero solo era capaz de escribir su nombre.

Nikita Sergeievich había nacido en 1894, en el seno de una familia campesina demasiado pobre como para poder permitirse comprar zapatos o proporcionar a sus hijos algo más que un par de años de colegio. De adolescente limpiaba calderas industriales en una de las infernales ciudades mineras de Rusia antes de convertirse en un trabajador especializado del metal. Sabía organizar, y eso le hizo medrar rápidamente en el Partido Comunista, al que se unió a finales de 1918. Desempeñó exitosamente algunos cargos de gestión y dirección en la industria y llamó la atención de Stalin al sacar adelante el extraordinario proyecto de construcción del metro de Moscú. Jrushchev participó voluntariamente en las purgas de la década de 1930, en las que fueron sacrificados incluso buenos amigos, y con cuarenta y tantos años fue nombrado primer secretario de Ucrania, donde firmó órdenes de arresto y de ejecución. El poder le deparó bienestar material. Aparte de una enorme villa desde la que se divisaba todo Kiev, los Jrushchev poseían un piso enorme, bien provisto de personal, a pocas manzanas del Kremlin.

Durante la Gran Guerra Patriótica, Jrushchev sirvió como comisario político jefe y fue ascendido a teniente general. Perdió en la guerra a su hijo piloto, Lyonia, que buscó la muerte en combate para expiar su culpa en un accidente acaecido durante una borrachera en la que mató a un camarada mientras intentaba disparar a una botella que este se había puesto en la cabeza. Tras la reconquista de Kiev, Jrushchev recuperó su anterior papel de virrey de Ucrania, arremetiendo sin piedad contra los nacionalistas, que habían intentado subirse al carro de la ocupación nazi y aún seguían combatiendo a principios de la década de 1960. Ucrania era un enorme osario repleto de ciudades reducidas a polvo y aldeas carbonizadas. Los miles de cadáveres en descomposición se enterraban rápidamente cuando se encontraban. No deja de ser sorprendente que los medios occidentales resaltaran el aspecto regordete de Jrushchev y su sonrisa de dientes picados sin hacer referencia a su historial[493].

El metro cincuenta y cinco y los 91 kilos de peso de Jrushchev no eran una amenaza para Stalin, muy picajoso con su estatura. Al actuar como un oso de peluche entusiasta se ganó el papel de bufón de la corte, que aguantaba que el jefe golpeara su coronilla sin pelo para demostrar que tenía la cabeza hueca. El osito de peluche enseñó los dientes a la muerte de Stalin, pues fue el primero en sumarse a la conspiración contra Beria, el psicópata georgiano, jefe de la policía secreta, que fue arrestado, juzgado y ejecutado pocos meses después. En septiembre de 1953, el primer ministro Malenkov y los demás le recompensaron con el puesto de primer secretario del Partido Comunista, esperando aparentemente que esto le mantuviera ocupado y les dejara gobernar a ellos.

El poder real residía en el Presidium, que decía representar al Comité Central del Partido, y no en el primer ministro ni en el Consejo de ministros. Jrushchev se sirvió de los amplios poderes que le confería la tutela del Partido para deshacerse de Malenkov, al que se obligó a dimitir en 1955 pero no fue ejecutado[494]. Luego Jrushchev fue tras el que fuera ministro de Asuntos Exteriores durante mucho tiempo, Molotov, que seguía apegado a la política exterior estalinista. Jrushchev quería una relación con el mundo capitalista competitiva pero menos conflictiva para evitar una guerra nuclear. También buscaba una relación más tolerante con las

fuerzas «progresistas» del Tercer Mundo[495]. Molotov tampoco había logrado una Alemania unida y neutral, y se decía que había cedido demasiado al firmar un tratado con Austria en mayo de 1955. Al contrario que Stalin, Jrushchev era un viajero entusiasta. Presidió la delegación que fue a China y tomó la iniciativa para arreglar las cosas con Yugoslavia; dos asuntos que se habían visto seriamente afectados por la arrogancia de Molotov. Se encontró con Eisenhower en Camp David en 1959 y con Kennedy en Viena en 1961[496].

Jrushchev afeaba a Molotov que hubiera creado un mundo de enemigos, un tema que retomó durante el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético, reunido el 14 de febrero de 1956. Pero lo realmente relevante tuvo lugar durante una sesión no programada en la que Jrushchev dedicó cuatro horas a hablar de los «delirios de grandeza» del dictador Stalin, que cabía resumir en su famosa frase: «Si muevo mi dedo meñique se acabó Tito». Con ayuda del coñac, Jrushchev cometió herejías como acusar a Stalin de cobardía e incompetencia a principios de 1941-1942. Puesto que la mayoría de los presentes habían sido cómplices de los crímenes de Stalin, incluido el orador, al discurso siguió un execrable silencio apenas contrastado por un ansioso y audible «hum», y eso que no mencionó el terror desatado por la hambruna en Ucrania o a la gente común caída en las purgas[497].

Jrushchev dispuso la liberación de unos dos millones y medio de personas confinadas en los gulags y ordenó una investigación sobre los crímenes perpetrados por Stalin contra miembros del Partido sin cuestionar su legitimidad. En junio ya se había deshecho de Molotov y otros amigos estalinistas igual de destacados, como Lazar Kaganovich, y nombró a jóvenes ambiciosos como Leonid Brezhnev e Ivan Serov, su jefe del KGB (Comité para la Seguridad del Estado) en Ucrania, para reemplazarlos. Dio un destacadísimo papel internacional al joven Dmitri Shepilov, antiguo editor de *Pravda*. Resultó listo y fue una grata sorpresa para Occidente, acostumbrado a tratar con viejos y severos matones con trajes holgados[498].

El ministerio de Shepilov estaba en un edificio de veintitrés pisos que compartía con el Ministerio de Comercio Exterior. Era un edificio estalinista imponente por fuera, con insulsos pasillos de color pardo y oficinas de altos techos en las que había demasiada

gente trabajando junta. El personal adjunto al ministro de Exteriores subía en un ascensor aparte por encima de los seis primeros pisos ocupados por los «comerciantes». Otro llevaba a unos pocos elegidos hasta lo más alto, donde los tabiques estaban forrados de madera y había mullidas alfombras. Desde ahí acechaban los ministros y sus adjuntos. Había puntos de control desde los que se vigilaba todo lo que ocurría dentro[499]. Entre sus «vecinos cercanos» estaba el cuartel general del KGB, la Lubyanka, y entre los «vecinos lejanos» estaban los miembros de la Inteligencia Militar, el GRU, ambos muy bien representados en cualquier misión soviética, al igual que sus homólogos de la CIA o el MI6. Durante las purgas habían sido fusilados o enviados a campos de concentración el 90 por ciento del antiguo Comisariado de Asuntos Exteriores. Sus reemplazos carecían de la formación suficiente y eran totalmente ortodoxos. Shepilov era un economista. Ordenó a todo el personal del Ministerio de Asuntos Exteriores que tomara cursos de economía política para deshacerse así de más de un estalinista cabeza cuadrada. Llegaban nuevos reclutas del Instituto de Moscú de Relaciones Internacionales (MGIMO, en sus siglas en ruso), que se alojaban en un edificio ennegrecido cerca del puente Krymsky. Esta prestigiosa escuela reclutó a muchos chicos de la juventud áurea, es decir, los hijos de los oficiales del ejército y los miembros directivos del Partido. No había judíos y solo se admitió a una mujer: la hija de Molotov. El materialismo dialéctico destacaba en el currículo, aunque también se enviaba cada otoño a los cuadros de élite a algún koljós, o sea, a recolectar patatas.

El Servicio Exterior de la Unión Soviética tenía sus propias jerarquías, que se parecían bastante a las de Estados Unidos. Las prioridades eran Alemania, la disuasión nuclear, Estados Unidos y Europa. De lo menos importante se ocupaban los «provinciales», que resolvían los asuntos de África y Asia, destinos «con climas poco agradables», salarios bajos y escasez de bienes de consumo, así como pocas oportunidades de promoción[500]. La conducta de todos los empleados estaba sometida al escrutinio constante del Partido Comunista, que castigaba desde las borracheras y flirteos hasta el contrabando de productos extranjeros. El KGB vetaba la solicitud de puestos en el extranjero, pues estaban reservados solo para las personas más de fiar: las que volverían. Se pagaba mal. Los

asignados a la ONU (algo solicitado por muchos debido a las oportunidades que deparaba para espiar a Estados Unidos) recibían del Secretariado un sueldo en dólares, del que la avara Moscú deducía todo menos su salario oficial en rublos. La mitad de los empleados soviéticos en la ONU eran agentes del KGB o del GRU, a los que cabía identificar porque llevaban mejores trajes y zapatos.

La Unión Soviética se asomaba al ancho mundo, centrándose en principio tan solo en la India independiente, Indonesia y Egipto. En 1953 Moscú firmó un tratado comercial con El Cairo en el que ofrecía queroseno a cambio de algodón[501]. Pero no se trataba de improvisar relaciones comerciales, sino de encontrar un foro en el que los soviéticos pudieran competir con los estadounidenses sin desatar una guerra nuclear. De ahí que se mostraran tan activos en el Tercer Mundo, donde los colonialistas aliados de los estadounidenses habían de hacer frente a un creciente número de movimientos nacionalistas[502].

El eco del discurso de Jrushchev se magnificó a raíz de que los servicios secretos israelíes proporcionaran una copia del texto a Allen Dulles, y la CIA se aseguró de difundirlo profusamente por el bloque soviético. Tras la huelga de los trabajadores de Poznan, en junio de 1956, el Partido polaco decidió llamar a Wladyslaw Gomulka, encarcelado durante las purgas en 1948 por «desviacionismo a la Tito»: se mostró contrario a la colectivización de la agricultura. Cuando también intentaron deponer al mariscal Konstantin Rokossovsky, el polaco rusificado al que Stalin convirtiera en ministro de Defensa, Jrushchev voló a Polonia junto a una delegación importante que incluía a doce generales condecorados. Las partes se encontraron en el aeropuerto de Varsovia, donde rusos y polacos se saludaron mientras los carros blindados del Ejército Rojo avanzaban hacia la frontera. Los tanques se detuvieron y luego se pusieron en marcha de nuevo hasta que los pararon definitivamente[503]. Lo hicieron porque Gomulka logró la increíble proeza de persuadir a los escépticos rusos de que las reformas que proponían ni minarían el comunismo ni acabarían con la unidad del bloque comunista y de que no tenía la menor intención de dejar a su país a merced de los «fascistas revanchistas» de Alemania Occidental.

En Hungría hubo un desafío al poder soviético mucho más

público. Entre 1953 y 1955 el intelectual marxista Imre Nagy había hablado de un «nuevo rumbo»: según él, el marxismo había de evolucionar si no quería fracasar. Fue apartado de sus funciones en el Partido debido a la intervención soviética y cesado como presidente del Consejo de Ministros el 18 de abril de 1955. El éxito de Gomulka en Polonia había dado esperanzas a los húngaros de poder forzar la vuelta de Nagy, pero unos partidarios suyos se manifestaron derribando una gigantesca estatua de Stalin y dejando sobre el pedestal solo las botas, en las que colocaron banderas húngaras. A la CIA, que solo contaba con un oficial en Budapest, estos acontecimientos le pillaron totalmente por sorpresa, pero su emisora de radio, Free Europe, fomentó la revuelta de forma irresponsable, lo que probablemente hiciera que a los patriotas húngaros se les fuera la mano[504].

En un principio, Anastas Mikoyan y Mijail Suslov, llegados a Budapest para supervisar la evolución de los acontecimientos junto al embajador soviético, Yuri Andropov, aceptaron el nombramiento de Nagy como primer ministro y János Kádár como primer secretario del Partido Comunista. Y ello a pesar de que los tanques y tropas soviéticos entraron en Budapest para restaurar el orden, donde se encontraron con una feroz resistencia, sobre todo entre los jóvenes, que levantaron barricadas y atacaron los tanques con cócteles Molotov. Murieron cientos de patriotas húngaros y soldados soviéticos, y se persiguió y linchó a los miembros de la odiada policía secreta (AVH), hasta que Jrushchev ordenó a sus tropas salir de Budapest y el Presidium emitió una declaración que incluía una disculpa por «los egregios errores cometidos y la violación del principio de igualdad que debe presidir las relaciones entre países comunistas».

Nagy no era Gomulka. Carecía de la capacidad intelectual necesaria para darse cuenta de que los árboles formaban un bosque. Pidió a Mikoyan y Suslov que reforzaran las tropas soviéticas, pero también mencionó la posibilidad de que Hungría se convirtiera en un Estado constitucional neutral como Austria[505]. Con un trágico sentido de la oportunidad anunció su intención de sacar a Hungría del Pacto de Varsovia el mismo día (1 de noviembre) en que el Presidium publicó una declaración que podría haber conducido a una relajación de la presión por fases, y no solo en el caso de

Hungría sino en el de todos sus satélites. No está claro el papel de China en estos asuntos. Mao había recomendado moderación en Polonia, pero al principio incitó a una dura represión en Hungría. Luego cambió de opinión, puede que debido al llamamiento del Presidium a un mayor respeto mutuo entre naciones socialistas hermanas. No deja de ser significativo en cualquier caso que si, hasta entonces, los soviéticos habían sido los árbitros últimos de la ortodoxia comunista, el surgimiento de otros Estados marxista-leninistas planteara la posibilidad de que pudieran pensar por sí mismos, teniendo en cuenta sus experiencias nacionales y la personalidad de sus líderes. Y eso a pesar de que tenían mucho en común: los gobernaba un único partido, había policía secreta y campos de prisioneros que convertían el imperio de la ley en una irrisión. El mariscal yugoslavo, Josip Broz Tito, fue el primero en apartarse del camino de la verdad en la década de 1940, no solo porque dejara de mencionar a Stalin en sus discursos, sino porque sus maquinaciones en los países vecinos de los Balcanes no tenían en cuenta los intereses estratégicos de Stalin en relación a Estados Unidos y sus aliados. El alejamiento de Yugoslavia habría sido tolerable si China no hubiera decidido salirse asimismo de la fila.

Mao no trasladó el respeto que sentía hacia Stalin a sus sucesores soviéticos, y su respeto disminuyó aún más cuando Jrushchev denunció al «Maestro». También había tensiones no relacionadas con la ideología, fruto de una balanza de pagos adversa y la negativa de los soviéticos a compartir sus armas nucleares con China. Jrushchev añadió el insulto a la injuria cuando decidió crear una flota de submarinos equipados con misiles nucleares. Hacerlo requeriría la cooperación de China siempre que quisieran operar a voluntad en el Pacífico, puesto que el puerto soviético de Vladivostok se helaba en invierno y era fácil de bloquear[506]. Jrushchev dio por sentado demasiado rápidamente que Mao le garantizaría el uso de los puertos chinos y permitiría que los soviéticos montaran en la costa china un sistema de radio que les permitiera comunicarse con los submarinos. Pero Mao se lo tomó como una afrenta a la soberanía china y le indignaba que sus patronos soviéticos la trataran como a una nación «atrasada, inferior [...] estúpida y descuidada»[507]; no hubo ruptura sino-soviética aunque la situación lo presagiara.

En Europa, las revueltas en Rumanía y entre los estudiantes de la Universidad Estatal de Moscú habían obligado a Jrushchev a actuar a instancias del ejército. En una operación cuyo nombre en clave fue Whirlwind [Torbellino], el Ejército Rojo volvió a Budapest y aplastó la Revolución húngara, matando a 20.000 personas y perdiendo a 1.500 soldados. Arrestaron y encarcelaron a 20.000 húngaros más (a Nagy lo juzgaron en secreto y lo colgaron), y unos 200.000 acabaron en el exilio; un éxodo de talentos del que el mundo libre se beneficiaría enormemente. Lo que podía haber sido un desastre diplomático tras Hungría, pues la Unión Soviética volvía a parecer un triste Estado estalinista, se diluyó con el ataque de británicos, franceses e israelíes a Egipto; Jrushchev estaba convencido de que actuaban con el beneplácito de Estados Unidos. A pesar de lo mucho que invertía la Unión Soviética en espionaje, no podía estar más equivocado.

¿MÚNICH EN EL NILO?

Hasta la crisis de Suez de 1956 los británicos creían que aún eran una de las grandes potencias mundiales. Después, los más realistas se dieron cuenta de que ya no era así. Anthony Eden estuvo en el ojo del huracán que se gestó. Su ruina mental y física era un símbolo de que los británicos no podían seguir soportando esa carga. La crisis tenía que ver con el petróleo y también con complicados asuntos jurídicos relacionados con la propiedad y la estrategia general en Oriente Medio.

Administraba el canal de Suez una compañía anglo-francesa cuyas concesiones comerciales expiraban en 1968. Unos 122 millones de toneladas de carga pasaban por el canal al año. El 40 por ciento era el petróleo que cubría dos terceras partes de las necesidades de combustible de Europa Occidental; en cambio, solo un cinco por ciento de las importaciones de petróleo de Estados Unidos pasaba por el canal de Suez. A principios de la década de 1950, el Gobierno egipcio únicamente recibía tres millones de dólares en beneficios, mientras que las ganancias de la compañía ascendían a 100 millones, una fuente de amargo resentimiento para la élite gobernante egipcia[508].

Gran Bretaña controlaba un área del tamaño de Gales a uno y otro lado del canal, donde tenía acuartelados a unos 80.000 soldados, legado de su intervención militar contra el ejército egipcio

y el levantamiento que orquestara Ahmad Urabi en la década de 1880[509]. En teoría podían emplear estas fuerzas para decidir quién gobernaba en El Cairo, aunque a principios de la década de 1950 Egipto solo era una pieza más para contener a los soviéticos. En 1953-1954 se renegoció el tratado de 1936 y, en octubre de 1954, los británicos accedieron a sacar a sus tropas del país en los veinte meses siguientes. Los expertos en defensa habían decidido que se podía contener a los soviéticos en otros lugares. De manera que cuando, en noviembre de 1956, los británicos y sus aliados decidieron hacer volver a sus fuerzas aéreas y navales, no lo hicieron por ningún motivo estratégico válido[510]. Expulsar a los británicos de la zona del canal se convirtió en una obsesión para los nacionalistas egipcios, sobre todo para los oficiales del ejército que se consideraban los herederos del siglo XX de Urabi. Desde finales de 1951 se registraron ataques intermitentes a las fuerzas británicas y se organizaron revueltas entre los 60.000 trabajadores mejor organizados. El que sería el último Gobierno wafdista decidió hacer oídos sordos a estos disturbios, en los que solían estar implicados ayudantes de la policía armados[511]. La respuesta británica fue inevitablemente más brusca con la vuelta al poder de los conservadores en octubre de 1951. El partido patrocinó a un vociferante grupo de Suez. Churchill simpatizaba mucho con sus estridentes puntos de vista aunque su líder, el capitán Charles Waterhouse, había sido un pacifista duro de roer en la década de 1930. En ese momento, el secretario de Exteriores Eden no pensaba como ellos. Una noche de diciembre pasada por agua, Churchill se levantó a altas horas de su sillón para amenazar de broma a Eden. «Diles [a los egipcios] que si se siguen metiendo en nuestros asuntos lanzaremos a los judíos contra ellos y acabarán en las alcantarillas… de las que nunca deberían haber salido»[512].

Pero las opiniones de Churchill variaban según estuviera pensando de forma atávica o estratégica. En el primero de los casos creía fervientemente que a la «huida» de Egipto y Sudán seguiría el súbito colapso de las colonias de África; la versión británica de la teoría del dominó. Sin embargo, cuando pensaba estratégicamente, el Canal no le parecía tan vital. Es algo que se aprecia muy bien en las declaraciones que hiciera a tres periodistas estadounidenses en enero de 1952: «Ahora que ya no tenemos la India, el Canal nos

importa menos. ¿Australia? Podríamos circunnavegar el Cabo. No mantenemos el Canal para nosotros sino para toda la civilización. Estoy pensando en amenazar a los estadounidenses con salir del Canal si ellos no entran»[513].

En enero de 1952 tropas blindadas británicas asaltaron el puesto de policía de Ismailía, mataron a cuarenta y seis de sus ocupantes e hirieron a otros setenta y dos. En el puesto se habían refugiado combatientes nacionalistas que disparaban a los británicos al azar. El resultado fue que la policía, los estudiantes y la multitud de El Cairo atentaron contra los símbolos del poder británico y la colaboración egipcia. El hotel Shepheard y el Turf Club fueron testigos de la violencia desatada y se asaltaron las oficinas de firmas como BOAC, Barclays Bank y la agencia de viajes Thomas Cook. Los partidarios de los Hermanos Musulmanes destruyeron los diez mayores cines de la ciudad. Había muchas organizaciones en movimiento, incluido el Partido Comunista egipcio. Murieron un total de veinte personas, entre ellas once súbditos británicos. A uno de ellos lo mataron a hachazos tras romperse una pierna al intentar salir de un edificio en llamas. Cuando el embajador británico empezaba a considerar la posibilidad de llamar a las tropas de la zona para imponer el orden en El Cairo, ni el rey Faruk ni los jefes del ejército hicieron nada para acabar con el «sábado negro». Churchill despotricaba contra esos «salvajes degenerados», pero en Washington, Acheson se reía del «chisporreteo de mosquetones» británicos en Ismailía[514].

La monarquía parlamentaria de Faruk siguió renqueando hasta que el rey decidió purgar a los «oficiales libres» que habían derrotado a sus hombres de confianza en el comité ejecutivo del Club de Oficiales de Heliópolis. Es un asunto social oscuro, pero en realidad se trataba del control de las fuerzas armadas y desató un golpe de Estado que llevaba tiempo gestándose. El coronel Gamal Nasser desempeñó un papel destacado, yendo de base en base en su pequeño Austin negro para ganarse el apoyo de cada unidad. Mantenía un contacto regular con los responsables de acción política de la CIA, los oficiales Kermit Roosevelt y Miles Copeland, que se habían conformado con él a falta de un Billy Graham musulmán entre los derviches o sufíes místicos de El Cairo que fuese capaz de reemplazar a un rey al que se referían en privado

como FF o «Fat Fucker» [«gordo follador»]. FF fue derrocado y el general Mohammed Naguib, de cincuenta y cuatro años, ocupó su lugar. Difundieron la imagen de una revolución sin derramamiento de sangre. Faruk fue al exilio y llevó una vida de total desenfreno. Fue una celebridad internacional hasta su muerte, acaecida en un restaurante de Roma[515].

Churchill reconocía que el objetivo de la revolución era justo, pues se trataba de cerrar la enorme brecha que se había abierto entre la élite egipcia y los campesinos que se esforzaban por sobrevivir con 50 dólares estadounidenses al año y tenían una esperanza de vida de treinta y seis años. Dio la bienvenida a Naguib y garabateó en un informe: «¡Abajo con los pachás y arriba los campesinos!». De hecho, el poder real lo ostentaba una Junta de trece hombres que se reunía por las noches en la caseta de barcas de Faruk. La presidían el primer ministro interino y el ministro del Interior, Nasser. Nasser recibió entrenamiento político de la CIA, que le enseñó a sonreír con más frecuencia y a crear servicios de seguridad, inmigración y aduanas más eficaces. La CIA descubrió que, a veces, en Egipto resultaba «socialmente más eficaz» recolocar a 500 empleados para traducir el Corán que despedirles cortando el contacto con sus numerosos clientes y parientes. Copeland tomaba sopa y sándwiches con Nasser tres veces por semana, bien en el Ministerio del Interior, bien en el cuartel general del Mando del Consejo Revolucionario en Zamalek[516].

En agosto de 1952, el nuevo régimen reprimió una huelga en una fábrica textil mediante la ejecución de sus líderes. En enero de 1953, se prohibieron todos los partidos políticos excepto su propio movimiento de masas. Un año después acabaron con los Hermanos Musulmanes con el argumento de que era un partido político encubierto. La relación entre Naguib y Nasser era tensa. Nasser jugaba a ser Lenin ante «este Kerenski con fez», hasta que obligó a retirarse a su rival a finales de marzo de 1954. Como étnicamente Naguib era sudanés, Nasser se convirtió en el primer egipcio que gobernaba Egipto desde los faraones de la Antigüedad[517]. En octubre, un miembro de los Hermanos Musulmanes intentó asesinarle cuando se dirigía a una multitud en Alejandría. Disparó ocho veces pero milagrosamente no acertó. Nasser llevó a los dirigentes de los Hermanos Musulmanes ante los tribunales, los

ejecutó y luego eliminó asimismo los tribunales que aplicaban la *sharia*. La CIA llevó hasta allí a policías de Nueva York para incrementar la seguridad e incluso crearon para él propaganda antiamericana para dotarle de una imagen de independencia incorruptible[518].

Como sabemos, los británicos habían accedido a retirar sus tropas del canal de Suez y lo hicieron en junio de 1956. Eden era un fervoroso defensor de las instituciones internacionales desde la década de 1920, renegaba de «los métodos del siglo pasado» y sabía que había que llegar a un compromiso con los nacionalistas egipcios[519]. Churchill oscilaba entre la resistencia y el compromiso, dependiendo de si contemplaba a los egipcios o no a través del prisma del pasado, dimensión en la que cada vez pasaba más tiempo. Durante las negociaciones habló de pacificación: afirmó que «hasta entonces había ignorado que Múnich se encontrara a orillas del Nilo»[520]. Pero la realidad se impuso. Gran Bretaña no podía permitirse el lujo de mantener 80.000 soldados en Suez a un coste anual de 56 millones de libras esterlinas. Sus asesores militares más respetados le dijeron que esas bases enormes eran un objetivo evidente para las bombas atómicas y que habría que dispersar los cuarteles por Chipre, Gaza, Jordania, Kenia y Libia.

Churchill esperaba que los estadounidenses le ayudaran a encontrar la cuadratura del círculo. Presumía de la relación que había mantenido con Eisenhower durante la guerra e intentó convencer a los estadounidenses de que llevaran tropas al Canal para crear una organización de defensa regional que diera a la subordinación egipcia un nuevo aspecto. En sus cartas a Eisenhower, Dulles y el subsecretario Bedell «Beetle» Smith conjuraba a un montón de útiles demonios: las masas de El Cairo, el «dictador» Naguib, el «oso» ruso mediador, la tendencia al antiamericanismo entre los laboristas británicos, los nazis alemanes al servicio de los egipcios (de los que solo sabía lo que le contaba la CIA) e incluso las 50.000 tumbas británicas en el desierto occidental. Estas emotivas e incoherentes tonterías no impresionaron gran cosa a Ike, que, como Dulles, estaba decidido a no caer en la parte perdedora de la discusión entre el «viejo» imperialismo y el «nuevo» nacionalismo poscolonial, sobre todo en una región cuyo petróleo era vital y donde el único amigo real de

los estadounidenses era Arabia Saudí. Los estadounidenses eran incapaces de entender por qué era tan importante el Canal para los accionistas británicos y franceses, para quienes era como una herencia familiar[521]. Los estadounidenses querían unir a la mayor cantidad posible de Estados árabes en una alianza regional capaz de rechazar a los soviéticos, no una guerra colonial a retazos que alejara a esos Estados de Occidente. Eso sin tener en cuenta la baza de Israel, que temía que una alianza árabe de este tipo recibiera armas de Estados Unidos[522].

Lo cierto es que al final, con Eden enfermo y Churchill afectado por un derrame, concluyó las negociaciones lord «Bobbety» Salisbury, que se hizo cargo del Foreign Office entre finales de julio y principios de octubre de 1954. A él debemos la expresión «un 50 por ciento demasiado listo» para describir a las muchas personas que no eran tan estúpidas como él. Dispuso de cierta ayuda por parte de la oficina de la CIA en El Cairo, que ayudó a definir lo que era mera pose y lo que realmente importaba en las negociaciones egipcias. Se llegó al acuerdo de que las fuerzas británicas habrían de evacuar las bases de Suez, aunque permanecerían 4.000 técnicos para mantener las bases operativas por si las tropas habían de volver para defender a Egipto u otros Estados de la región de ataques soviéticos. El tratado seguiría en vigor durante siete años, hasta 1961.

La crisis de Suez es un ejemplo significativo de que no se deben hacer analogías históricas. Cuando aún estaban frescos en la memoria los horrores de una guerra mundial, la mayoría pensaba que se podrían haber evitado enfrentándose a Hitler tras la remilitarización de Renania en 1936. Hombres con un conocimiento escaso (o ninguno) de la historia moderna de Egipto estudiaban cada movimiento de reafirmación de Nasser a través de un esquema hitleriano que inducía a error. Era una tendencia de ambos grandes partidos a partir de que el líder laborista Hugh Gaitskell empezase a hacer comparaciones entre Nasser y Hitler como hubiera hecho un tory cualquiera[523]. Lo que escribía Nasser sobre su idea del papel que Egipto podía desempeñar en el mundo se leía a la luz del *Mein Kampf*, aunque lo cierto es que su idea de que Egipto era, a la vez, Oriente Medio y una potencia africana y musulmana se parecía bastante a la visión, muy difundida entre los británicos, de que el

destino de sus islas estaba inextricablemente unido al de la Commonwealth, Europa y Estados Unidos[524]. El embajador británico en El Cairo, Humphrey Trevelyan, le conocía bien y le describió como un hombre con encanto y gustos modestos, que nunca perdía la paciencia ni elevaba la voz, pero era un conspirador incansable que sospechaba de todo el mundo[525].

Que hubiera ideas diferentes sobre la arquitectura de Oriente Medio contribuía a elevar la tensión. Nasser quería liderar el mundo árabe, como demostraban noche y día sus mensajes emitidos por Radio El Cairo, pero supo que no sería así cuando en febrero de 1955 se firmó el Pacto de Bagdad entre Gran Bretaña, Irán, Irak, Turquía y Pakistán. La única potencia árabe de entre ellas era Irak, y sus gobernantes eran de los más probritánicos. El rey Faisal había estudiado en Harrow, al igual que su primer ministro, Nuri As-Said. Parecía que los británicos estaban desviando astutamente el poder de Oriente Medio hacia el norte, de hecho hacia el norte de Tier, lejos de un país que se consideraba a sí mismo el más importante del mundo afroárabe, con una civilización más antigua que la de griegos o romanos. Nasser recurrió a todos los medios, justos o no, para asegurarse de que otros países, sobre todo Jordania y Siria, no siguieran los pasos de Irak y quisieran entrar a formar parte de esa alianza.

En este contexto Eden, que andaba de viaje por Oriente Medio y Asia en su último mes como secretario, se encontró con Nasser en la embajada británica de El Cairo. Eden iba hecho un pincel; Nasser llevaba una túnica militar. Nasser estrecha la mano de Eden de forma algo forzada en las fotos. Este había estudiado lenguas orientales en Oxford y habló a Nasser en árabe, preguntándole si era la primera vez que estaba en la embajada. Nasser contestó que era su primera oportunidad de ver desde dónde se gobernaba Egipto. «Gobernar no, puede que asesorar», contestó suavemente el ministro de Exteriores. Durante la cena Eden intentaba explicar los beneficios que tendría esta nueva alianza del norte, a lo que Nasser replicó que era una estructura poco sólida en la que participaban gobernantes poco populares y que no podía reemplazar la necesidad de defensa tan profundamente arraigada en los sentimientos nacionales de la gente de su país. Nasser salió de la reunión con la impresión de que Eden se comportaba «como un príncipe entre

mendigos»[526].

Nasser tuvo mucho cuidado de no verse involucrado en una guerra abierta con sus vecinos israelíes. Los exiliados palestinos de El Cairo, como el estudiante y activista Yasser Arafat, pretendían todo lo contrario. Arafat, estudiante de Ingeniería, se convirtió rápidamente en el «señor Palestina»[527]. El líder israelí David Ben Gurion y su jefe militar, Moshe Dayan, enviaron al rudo comandante de las fuerzas aerotransportadas, Ariel «Arik» Sharon, contra Jordania y Gaza, en respuesta a las razias que cometían los palestinos. Con su habitual delicadeza, Sharon desató un ataque contra el cuartel general egipcio de Gaza en el que murieron treinta y seis egipcios y nueve israelíes. Nasser estaba furioso, pero Egipto solo disponía de seis aviones capaces de volar y de material para bombardear durante una hora. En cambio, lo que sí podía hacer el ejército egipcio era abrir las cárceles de Gaza para entrenar a grupos de *fedayin* palestinos capaces de plantear una guerra limitada y por persona interpuesta a Israel.

Nasser quería comprar armas a Estados Unidos y, en principio, llegó a un acuerdo por 20 millones de dólares en armas y otros 40 en ayudas económicas. Pero Washington se echó atrás, dándose cuenta de que las armas podrían utilizarse contra los israelíes e incluso contra los mismos británicos. Nasser no se mordió la lengua en las conversaciones que mantuvo con John Foster Dulles a principios de 1953, cuando estadounidenses y británicos aún intentaban embarcarle en el Pacto Antisoviético de Defensa para Oriente Medio: «¿Cómo puedo decir a mi gente que no presto atención a un asesino armado con una pistola que está a unos 100 kilómetros de aquí, en el canal de Suez, porque me preocupa alguien con un cuchillo que está a unos 1.600 kilómetros?»[528].

Nasser odiaba al Partido Comunista egipcio y a su homólogo en Sudán, que buscaba la independencia, pero una vez que las negociaciones con los estadounidenses se estancaron trató con los soviéticos, que vieron la oportunidad de neutralizar el Pacto de Bagdad y ofrecer a Nasser un trato basado en el trueque y el préstamo barato. Las armas se enviarían desde Praga, la puerta trasera por la que vendían armas a los israelíes. Era una jugada astuta, que dejó a Kermit Roosevelt y Miles Copeland el suficiente margen de ambigüedad cuando volaron a El Cairo, en septiembre

de 1955, con la misión de minimizar el impacto del tratado egipcio-soviético. Convencieron a Nasser para que hiciera hincapié en el hecho de que las armas venían de la República Checa, donde hasta los mismos israelíes habían comparado armas, y esbozaron un discurso en el que se hablaba sobre todo de «reducir las tensiones entre los árabes e Israel», aunque no pudieron hacerle pronunciar la palabra «paz». Nasser y los hombres de la CIA observaban divertidos cómo, cuando se encendieron las luces en la embajada británica, el coche de sir Humphrey Trevelyan cruzaba un puente sobre el Nilo para entrevistarse con Nasser, quien le contó las mentiras que la CIA le había sugerido contar. Bromearon al pensar en cómo habría reaccionado sir Humphrey si hubieran salido de detrás de un tapiz diciendo: «Perdón, Gamal, nos hemos quedado sin soda. ¿Dónde guardas la soda?»[529].

Puede que Estados Unidos lograra sobrevivir a un Egipto armado por los soviéticos, pero los bombarderos de alcance medio Ilyushin que llegaron a El Cairo eran una amenaza para la existencia de Israel, que empezó a ir de compras para incrementar su propia capacidad militar. Los estadounidenses no querían acabar indirectamente en una carrera armamentística, y la única guerra regional en la que los británicos estaban dispuestos a implicarse era una guerra defensiva de Jordania contra Israel para acabar con las incursiones de guerrillas enviadas desde suelo jordano. Los franceses cubrieron el hueco, vendiendo alegremente a los israelíes aviones Mirage y su nuevo tanque ligero AMX-13. Ambos países desarrollaron en paralelo el Super Sherman, dotado con un potente cañón francés armado sobre el chasis, mejor blindado que el viejo tanque estadounidense M4 Sherman, el carro de combate estándar de las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) durante la década de 1950. Los israelíes empezaron a planear ambiciosos ataques contra Gaza y a lo largo del sur del Sinaí hasta Sharm-el-Sheik, desde donde los egipcios controlaban el acceso por el mar Rojo hasta el recién creado puerto israelí de Eilat[530].

En cuanto se cerró el trato con los soviéticos, Londres urgió a Washington a aceptar el gambito soviético ofreciéndose a aportar el dinero necesario para financiar la construcción de la presa de Asuán, un proyecto que encandilaba a los militares egipcios. La presa generaría energía eléctrica e irrigaría unos 12.000 kilómetros

cuadrados del valle del Nilo. A cambio, la interrupción de la crecida anual del Nilo ha tenido un gran impacto medioambiental a largo plazo: ha supuesto la muerte de los bancos de peces del delta, antaño muy abundantes, y ha generado una desastrosa salinización del suelo. En principio se acordó que los fondos saldrían del presupuesto de ayudas estadounidense, lo que requería la aprobación del Congreso, y que luego se haría cargo el Banco Mundial de la financiación. Esta institución se había creado en Bretton Woods, en 1944, y, tras el Plan Marshall centrado en Europa, se ocupó de dar préstamos al mundo en desarrollo. Ninguna de las dos partes estaba satisfecha con el acuerdo. A Nasser no le gustaba repetir la experiencia de dar a los extranjeros el control de la economía egipcia, mientras que a los congresistas sureños estadounidenses les parecía mal ayudar a una nación cuyo cultivo básico era el algodón. Los defensores de la línea dura de la Guerra Fría tampoco estaban muy de acuerdo, ya que Nasser había reconocido oficialmente a la República Popular de China.

A pesar de los esfuerzos de la CIA, Dulles nunca se mostró entusiasmado ni con Nasser ni con el proyecto de Asuán, e incluso llegó a imaginar un escenario alternativo en el que podría poner en entredicho a los soviéticos para siempre si eran lo suficientemente imprudentes como para implicarse en el asunto. ¿Cómo explicar que estaban dando más de mil millones de dólares estadounidenses a Egipto mientras la población de los países satélite pasaba hambre y frío? En julio de 1956 Dulles retiró la oferta de los préstamos y el Banco Mundial se esfumó. Como Nasser no pretendía en absoluto pasar a depender de los soviéticos, la única alternativa parecía ser nacionalizar el canal de Suez y usar los beneficios para financiar los préstamos necesarios. Anthony Eden ya había pensado en esta posibilidad: por eso presionó a Washington para obtener financiación para Asuán, pero aun así la rápida reacción de Nasser, una vez que fue evidente lo inviable del tratado con Estados Unidos, fue toda una sorpresa.

El 26 de julio de 1956, se dirigió a 250.000 personas en Alejandría (y a una audiencia, aún más amplia, del mundo árabe a través de la radio). Nasser recurrió a una variedad de árabe dialectal para pasar revista a los pecados de los británicos desde tiempos del régimen semivirreinal de Cromer, en la década de

1870, y los comparó con los actos más recientes de Estados Unidos y del Banco Mundial. «Miré al señor [Eugene] Black [presidente del Banco Mundial], que estaba sentado en una silla», dijo, «y en mi imaginación adoptó la forma de Ferdinand de Lesseps [diseñador del canal de Suez]». En el resto del deslabazado discurso, Nasser mencionó a Lesseps catorce veces, pues el nombre era una palabra en clave para la captura del Canal. Las noticias llegaron a Londres cuando Eden hacía de anfitrión del rey iraquí y su primer ministro Nuri As-Said. Este último aconsejó a Eden: «Golpee a Nasser, hágalo ahora y golpee fuerte». Al bajar las escaleras del número 10 de Downing Street, Nuri echó un vistazo al retrato de Benjamin Disraeli. «Este viejo judío es el que le ha metido en todos estos problemas», dijo refiriéndose a que Disraeli había comprado en 1875 las acciones suficientes como para mantener el Canal bajo control[531].

Eden pasó de proteger a Nasser a desconfiar de él de forma patológica al convencerse a sí mismo de que este estaba detrás del despido, en marzo de 1956, del teniente general sir John Glubb («Glubb Pasha»), que había entrenado y encabezado la Legión Árabe de Jordania desde 1939. En realidad, a Glubb se le había pasado hace tiempo su hora y se había vuelto ingenuo; Nasser no tuvo nada que ver con el asunto. Pero el líder egipcio dio esa impresión al ministro de Exteriores, Selwyn Lloyd, que estaba cenando con él cuando llegaron noticias del despido de Glubb. A Lloyd le indignó la sonrisita de superioridad de Nasser después de una tarde en la que le trató como Eden había tratado a Nasser en la reunión que habían mantenido el año anterior. Eden no estaba lúcido a causa de la morfina y la bencedrina que tomaba para soportar sus dolores crónicos y su agotamiento, y dijo a un joven funcionario del Foreign Office con el que hablaba a través de una línea telefónica no segura: «Le quiero muerto [a Nasser]». El MI6 pidió consejo a la CIA y Dulles dio instrucciones a su hermano Allen de seguir el juego, mientras Copeland discutía en El Cairo con la posible víctima:

Copeland: ¿Qué tal veneno? ¿Espero a que no mires y echo una pastilla en tu café?

Nasser: Bueno, Hassan siempre está ahí. Él te vería aunque yo no te viera.

Copeland: ¿Y si pagara a un sirviente para que echara el veneno en el café antes de servirlo?

Nasser: Tu policía de Nueva York ya parece haber pensado en eso. El café solo mataría a quien lo probara. ¿No veríamos que se trama una conjura cuando cayera muerto?[532]

Esta reacción excesiva ante los actos de Nasser refleja una enorme ansiedad por la pérdida de reputación y de la posición internacional del país, así como sensación de culpa por la política de pacificación de la década de 1930. Eden creó una analogía totalmente falsa entre el golpe de mano de Nasser y la remilitarización de Renania por parte de Hitler en 1936, a pesar de que Nasser estaba perfectamente facultado para nacionalizar el Canal ofreciendo la debida compensación. La toma de control por parte de los egipcios no suponía violación alguna de la Convención de Constantinopla, que regulaba el libre uso de las vías acuáticas. Además, la idea de que los empleados extranjeros de la Compañía del Canal eran los únicos que tenían la experiencia necesaria se hizo añicos a partir de que pilotos egipcios dieran paso, sin incidentes, a 254 navíos en una semana y las primas de las aseguradoras por atravesar el Canal no subieran.

El lord canciller Kilmuir, el abogado de mayor rango de la administración Eden, defendió la posición de su país con supuestos legalismos que desgraciadamente ya resultaban familiares al haber sido utilizados por gobiernos británicos recientes. Apoyó la agresiva política de Eden con párrafos sesudos que afirmaban la violación del derecho internacional a manos de Egipto, dijera lo que dijese el fiscal general Reginald Manningham-Buller. Los demás abogados del Foreign Office protestaron, pero les ignoraron sin problemas, ya que se suponía que cierta predisposición institucional a la obediencia estaba justificada jurídicamente[533]. El resultado fue un conflicto entre los tímidos intentos por parte del Foreign Office de resolver el tema por medio de la diplomacia y una amenaza del uso de la fuerza que era muy real. Resulta instructivo comparar los fútiles intentos de los británicos por obtener el reconocimiento internacional y cierta base moral con la beligerancia desnuda de los franceses, cuya izquierda y derecha formaban un único gran grupo en torno a Suez. En realidad, Francia estaba indignada con Egipto, que estaba armando a los rebeldes de Argelia[534].

El 27 de julio de1956, el gabinete británico invitó a los jefes de Estado Mayor a hacer planes de guerra, y se creó un grupo de crisis denominado Comité de Egipto. Solo merece el nombre de «gabinete de guerra» si asumimos que los británicos apostaron por la guerra desde el principio. Era algo mucho más anémico de lo que sugiere su nombre y, además, al contar con más de cincuenta miembros, era un grupo demasiado amplio como para poner en marcha cualquier conspiración eficaz. La cautela de los jefes del servicio británico obligó a Eden a buscar soluciones diplomáticas que desacreditasen a Nasser para desencadenar un derrocamiento. También intentaban obtener el apoyo de Estados Unidos y algo de legitimidad moral; los franceses les despreciaban por ambas cosas.

El 2 de septiembre de 1956, Eisenhower escribió a Eden para explicarle: «Debo decirte con franqueza que la opinión pública estadounidense rechaza de plano la idea del uso de la fuerza, sobre todo cuando no parece que se haya hecho todo lo posible por proteger nuestros intereses por medios pacíficos». La operación del Canal era una cosa, las pretensiones panarabistas de Nasser, otra. Estados Unidos quería evitar la guerra inventándose negociaciones técnicas sobre la nacionalización del Canal. Con la información obtenida gracias a las escuchas recogidas en la embajada de Estados Unidos de Moscú, los soviéticos pudieron asegurar a Nasser que los estadounidenses no adoptarían una postura beligerante en relación a Suez[535].

A Dulles le preocupaba el tono belicoso de los ministros británicos, sobre todo el del ministro de Hacienda, Harold Macmillan, y decidió volar a Londres. Era un buen abogado y no le costó rebatir los ingeniosos argumentos de lord Kilmuir para centrarse en las probables reverberaciones que una intervención anglo-francesa desataría en el mundo árabe. Gracias a los colegas de Copeland y Roosevelt, que informaban a su hermano Allen, Dulles sabía que no había un sucesor de Nasser, cuya popularidad aumentaba con cada movimiento de la cola del león. Obtuvo el apoyo de Eden para convocar a una conferencia a todos los grandes usuarios marítimos del Canal e intentar que este pasara de manos de la Suez Canal Company al control internacional, siempre y cuando Egipto obtuviera un porcentaje razonable de los beneficios. Al parecer, Eden llegó a la conclusión errónea de que Dulles

aceptaba el uso de la fuerza como último recurso, cuando Dulles lo esgrimía como una amenaza más en el marco de duras negociaciones. Había elecciones presidenciales en noviembre y no iba a permitir, de ninguna manera, que se recurriera a la vieja diplomacia apoyada por buques de guerra. Puede que Dulles dijera que Nasser debía «vomitar» su botín, pero también señaló que los británicos «deberían hacer un esfuerzo genuino y sincero para resolver el problema y evitar el uso de la fuerza»[536].

Pero mientras se celebraba la primera de las dos conferencias convocadas en Londres entre el 16 y el 23 de agosto, no se detuvieron los planes militares relativos a la Operación Mosquetero. Sorprende poco que los jefes militares británicos y franceses no se pusieran de acuerdo sobre la extensión y el núcleo de la operación. Mientras, el primer ministro australiano, Robert Menzies, fue a El Cairo preocupado por la Conferencia de Londres y dispuesto a averiguar si Nasser aceptaría la creación de una asociación internacional de usuarios. Nasser reaccionó muy negativamente ante la propuesta de la «mula australiana». En vista de que el «último recurso» parecía cada vez más plausible, los planificadores militares anglo-galos revisaron la Operación Mosquetero para adaptarla a un ataque limitado a Port Said. Querían enfocar la cuestión en el Canal, con la idea de poner fin a la imagen de Nasser como héroe del nacionalismo árabe sin tener que derrocarle. Era una premisa absurda, y la insistencia francesa en que la climatología obligaba a retrasar la operación a octubre empeoró aún más las cosas.

Dulles lo volvió a intentar con la convocatoria de una segunda conferencia en septiembre para hablar sobre la posibilidad de hacer del Canal una asociación de usuarios, aunque Eden ya se había resignado a pasar el asunto al Consejo de Seguridad de la ONU. Se había colocado en la peor posición posible. Si buscaba un acuerdo, sus propios partidarios enardecidos le llamarían pacifista. Si usaba la fuerza contra Nasser, dimitirían los ministros tories y los diputados menos beligerantes, que se aliarían con los laboristas para derrotarle. Mientras, el 20 de septiembre, Macmillan fue a Estados Unidos en un viaje de diez días. Debería haberse limitado a garantizar que Estados Unidos no usaría el látigo financiero; en cambio, se dedicó a hacer la ronda de sus colegas de tiempos de

guerra que aún ocupaban posiciones de poder, lo que dio a Eden la impresión, totalmente errónea, de que Eisenhower apoyaría tácitamente las operaciones anglo-galas contra Egipto.

Fue algo muy poco honesto. Se había advertido contra ello incluso en una conferencia de prensa celebrada el 2 de octubre, en la que Dulles distanció públicamente a Estados Unidos de todo lo que oliera a colonialismo; una antipatía que Roger Makins, embajador británico en Washington, dijo haber visto salir a la superficie como la lava de un volcán. Aunque tal vez podamos exonerar a Macmillan de haber querido colocar a Eden conscientemente en una situación desesperada para ocupar su lugar como primer ministro, sabemos lo suficiente sobre el subconsciente como para analizar con cierta prevención su visita a Washington y el consejo que dio al hombre al que esperaba reemplazar si todo iba mal[537].

Lo cierto es que había que reemplazar a Eden. Estaba gravemente enfermo y padecía subidas de hasta 40 grados de fiebre. Sus intentos de mantener al día a los estadounidenses implicaban que se pasara al teléfono la mayor parte de la noche en vez de durmiendo. Una vez que empezó a despuntar la esperanza en el horizonte, en forma de un acuerdo a seis partes diseñado por los ministros de Exteriores Selwyn Lloyd y Mahmoud Fawzi en la ONU, Eisenhower, consciente o inconscientemente, lo estropeó todo con un discurso que dejó muy claro que no apoyaba la dura postura negociadora de Gran Bretaña. También se negó a condescender con Eden mediante una declaración pública sobre la posibilidad de compartir la tecnología de misiles nucleares. Cualquier declaración en este sentido sería interpretada por los árabes como muestra de que Estados Unidos apoyaba a los británicos en su confrontación con Nasser.

La fórmula de Lloyd-Fawzi estaba en todo caso condenada al fracaso, puesto que los franceses se oponían y Eden no podía consentir que la mayor parte de los beneficios arrojados por el Canal fueran a parar a manos de los egipcios; sería como recompensar a Nasser por su agresión. El Gobierno francés conspiraba con el grupo de tories «anglo-gaullistas» del grupo de Suez, que le afeaban que hubiera regalado la zona del canal en 1954. Eden eligió una vía que daría al traste con su carrera

ignominiosamente y alteraría para siempre la posición que ocupaba Gran Bretaña en el mundo. Pues en el fondo de la crisis estaba un hombre débil obligado a actuar con firmeza por quienes aún no se habían dado cuenta de que en la posguerra la posición de Gran Bretaña había cambiado fundamentalmente. Lo que era obvio para quien veía la situación desde fuera rompió la delirante burbuja en la que habían estado sumidos los hombres que creían que aún gobernaban el mundo[538].

LA REALIDAD REVELADA

El 14 de octubre, Eden se reunió con Albert Gazier, ministro de Asuntos Exteriores francés en funciones y el general Maurice Challe, jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor francesa. Challe describió un plan atrevido: Israel atacaría el Sinaí, amagando con avanzar hacia el canal de Suez. Esta última operación estaba destinada a ganar la aprobación anglo-francesa, porque daba a Londres y París la posibilidad de emitir un ultimátum y exigir que tropas anglo-galas se concentraran en la zona del Canal para restaurar la «paz». Eden llevaba tres meses buscando una solución pacífica al problema y la idea de no estar a la altura de su augusto predecesor le llevó a sucumbir al uso de la fuerza propugnado por los franceses, el grupo de Suez y gran parte de la prensa tory. Sir Ivone Kirkpatrick, subsecretario permanente del Foreign Office, cuyas ideas de línea dura sobre lo que había que hacer con Nasser tenían mucho que ver con los cargos que desempeñara en Roma y Berlín en la década de 1930, se opuso a lo que había consensuado su departamento, y llovieron sobre el gabinete advertencias procedentes de las embajadas del mundo entero[539].

El Gobierno británico cortó los cautelosos procesos deliberativos a los que se había entregado. Eden y Selwyn Lloyd viajaron a París para hablar con más detalle de la conspiración franco-israelí que pretendía que Israel atacara Egipto. De estas decisiones solo se informó a un pequeño grupo de media docena de ministros clave y funcionarios de Whitehall. Solo ellos tenían acceso a los datos, y limitaron su paso por el pleno del gabinete al no gustarles lo que veían. En una reunión del Gobierno del 18 de octubre, se aprobó la trama franco-israelí sin oposición, aunque el presidente de la Cámara de los Comunes, Rab Butler, quien desempeñaba de forma oficiosa el papel de primer ministro, recomendó hacer lo mismo

pero tras una alianza abierta con Israel, mientras que el secretario de Defensa, el vizconde Monckton, intentó eludir responsabilidades pidiendo un movimiento lateral en relación al pagador general. Puede que Eden y sus socios hubieran conseguido engañar a sus colegas del gabinete si hubieran limitado su papel a actuar tras la provocación israelí[540].

Pero el 21 de octubre llegó un mensaje de París; los israelíes no harían ningún movimiento en Suez sin una implicación más explícita de los ingleses. Tanto ellos como los franceses sospechaban que la pérfida Albión podía dejarles colgados y exigieron que la RAF fuera la primera en actuar, dejando sus bases de Chipre para acabar con los Ilyushin egipcios. Selwyn Lloyd acudió a una reunión secreta en una villa en Sèvres con israelíes y franceses, los dos pueblos de los que más desconfiaba. Bromeó afirmando que debía haberse puesto un bigote de mentira, pero no ocultó el desagrado que le suscitaba el primer ministro de Israel, David Ben Gurion, al discutir sobre el momento oportuno para los ataques aéreos preventivos. Ben Gurion insistía en que se realizaran primero, pero Lloyd tenía instrucciones de mantener la ficción de que la intervención anglo-gala no era el resultado de una conspiración. Sin embargo, Ben Gurion insistió en que se firmara un protocolo en el que se resumieran los puntos clave del plan acordado en Sèvres. Lloyd lo hizo de forma provisional, con la reserva de que el documento había de ser aprobado por sus superiores en Londres. Al hacerlo, les engañó.

En una carta enviada al primer ministro socialista francés, Guy Mollet, Eden se comprometió «a iniciar la acción acordada en la situación descrita [en el protocolo]». Eden no participó en otro acuerdo secreto entre israelíes y franceses, que llevó a los galos a los aeródromos israelíes. Mandó copias a franceses e israelíes del protocolo firmado por Lloyd, que fue rechazado por el ministro de Exteriores, Christian Pineau, y por Ben Gurion con un merecido desprecio[541]. Los israelíes atacarían el 29 de octubre creyendo, erróneamente, que la perspectiva de perder el voto judío en las elecciones del 6 de noviembre evitaría que Eisenhower condenara su ataque. De hecho, el voto judío era tan mayoritariamente para los demócratas que los republicanos no contaban con él.

En una reunión celebrada el 25 de octubre, el gabinete de Eden

aprobó arreglos sobre cuya naturaleza no estaba bien informado. Solo unos pocos ministros eran conscientes de que se podría acusar a los británicos de conspirar y de que la intervención carecía de la sanción de la ONU y del apoyo de Estados Unidos[542]. Mientras, la CIA reaccionó ante el hecho de haberse visto excluida por sus socios más cercanos sacando muchos fondos israelíes de los bancos de Wall Street y tomando nota de un montón de mensajes de radio encriptados intercambiados entre París y Tel Aviv, cuyo contenido fueron capaces de descifrar. También incrementaron el número de vuelos de aviones U-2 sobre el Mediterráneo y el golfo Pérsico, un programa que iniciaron en septiembre para estar al tanto de todos los movimientos por mar y aire[543].

Los israelíes invadieron el Sinaí según lo programado: saltaron unos paracaidistas en las cercanías de Suez que, supuestamente, habrían de unirse a más tropas que cruzarían el desierto del Néguev. Informaron a Nasser de que había sospechas de la existencia de una conspiración, pero este no pudo creer que Gran Bretaña y Francia cayeran tan bajo o que Israel se aliara con antiguas potencias coloniales, a una de las cuales habían expulsado de Palestina. Ike estaba furioso y decía: «Nada justifica que nos la hayan jugado». Entendió inmediatamente por qué el embajador había regresado a casa el 11 de octubre, cuando su sucesor supuestamente llegaba en barco el 8 de noviembre. Ike siempre había sospechado lo peor de los franceses, pero le costaba creer que los británicos hubieran enturbiado las aguas justo en el momento álgido de la crisis húngara. Eden siguió adelante a pesar de todo y emitió el acordado ultimátum de doce horas a Egipto e Israel, pero todo se descubrió cuando Gran Bretaña y Francia se vieron obligadas a vetar la moción presentada por Estados Unidos ante el Consejo de Seguridad de la ONU que pedía un inmediato alto el fuego. Los soviéticos estuvieron encantados de apoyar la moción y denunciaron estridentemente el colonialismo, aunque estuvieran preparados para acabar con las aspiraciones húngaras a la autodeterminación.

Los israelíes encontraron resistencia egipcia en el Sinaí, bombardeos aéreos incluidos. Durante la tarde del 31 de octubre, la RAF atacó cinco aeródromos de los alrededores de El Cairo y alcanzó, por error, el aeropuerto internacional de El Cairo.

Estuvieron a punto de abortar una misión que hubiera afectado a los 1.300 estadounidenses que estaban evacuando de la ciudad. «¡Bombas, por Dios!», exclamó Ike, «¿qué se cree Anthony que está haciendo?»[544]. Como Dulles estaba en el hospital por un cáncer de colon, el presidente se hizo cargo de todo y se mostró muy impresionado con las imágenes aéreas, tomadas por un U-2, del aeropuerto de El Cairo antes y después de los daños; coincidieron además con las malas noticias procedentes de Hungría. Ike ordenó imponer sanciones a Israel y dijo a los británicos que no pidieran favores una vez se les acabaran tanto el petróleo como los dólares que necesitaban para comprarlo. La Sexta Flota de Estados Unidos también aportó su granito de irritación, mientras la lenta Armada británica se abría paso por el Mediterráneo desde Malta con las fuerzas de desembarco anfibias que supuestamente habían de reforzar a las fuerzas aerotransportadas anglo-francesas que saltaron sobre Port Said la mañana del 5 de noviembre.

El gabinete británico se reunió el 4 noviembre en medio de violentas confrontaciones en las calles de Londres entre adversarios y partidarios de la intervención. Butler y Salisbury incrementaron la escalada de oposición, y el hipócrita de Macmillan dijo, al enterarse de la cortante advertencia de Ike: «¡Sanciones de petróleo! ¡Esto es el fin!». Cinco o seis ministros votaron para retrasar el asalto de las aerotransportadas, pero Eden no hizo caso.

Mientras, Ike tenía que habérselas con la amenaza de los soviéticos de enviar tropas a Oriente Medio y disparar «cohetes» contra Londres y París. Jrushchev había creído a los desertores Guy Burgess y Donald Maclean, así como al diputado laborista Tom Driberg (que estaba de visita), que le dijeron que Eden no tenía carácter suficiente como para atacar Egipto y se vio metido, de repente, en un peligroso farol. Ike envió un mensaje al primer ministro Nikolai Bulganin que garantizaba su apoyo a sus aliados si fueran atacados. El jefe de la oficina de la CIA en Londres, Chester Cooper, aseguró al pleno del Comité Conjunto de Inteligencia que los soviéticos no disponían de misiles capaces de alcanzar Londres[545].

Tras la llegada de las fuerzas anfibias británicas a Egipto el 6 de noviembre, Estados Unidos inició un calculado ataque sobre la libra esterlina y bloqueó los intentos de los británicos de obtener sus

depósitos del Fondo Monetario Internacional. Esa mañana Ike habló por teléfono con Eden. Sea lo que fuese lo que le dijera, una hora después Eden ordenó el alto el fuego. Después informó a los franceses, en cónclave con los alemanes en una cumbre en París: «No creo que podamos seguir adelante. La presión sobre la libra esterlina está siendo insoportable. Los ingleses pueden aceptar muchas cosas, pero no creo que vayan a tolerar sin más el hundimiento de la libra esterlina, que tendría consecuencias considerables para la Commonwealth [...] No puedo aguantar más»[546].

La crisis de Suez mostró el papel que iban a desempeñar las sanciones económicas en el futuro, aunque Macmillan también puso su granito de arena al describir deliberadamente la situación financiera mucho más negra de lo que era. El 13 de noviembre declaró ante el gabinete que las reservas de oro y en metálico habían descendido unos 100 millones de libras, mientras que la cifra real era de 31,7 millones[547]. Se racionó el petróleo en Gran Bretaña y Francia cuando Nasser hundió cincuenta barcos para bloquear el Canal. Al final Ike, que decía en público que solo se trataba de una «discusión familiar», dejó bien claro el desagrado personal y privado que le inspiraba Eden invitándole a la celebración de su reelección como presidente y retirando después la invitación. La numerosa comunidad dedicada a la diplomacia y el espionaje en Washington también se vio excluida de los eventos oficiales.

Se retiraban tropas mientras llegaban otras, lo que llevó al comandante en jefe británico (sir Arthur Stockwell, del que hablamos en el caso de Malasia) a exclamar: «Hemos logrado lo imposible, ir en ambas direcciones a la vez». Para completar el desastre, los «morenos» sacaron a la luz toda la red de espionaje británica en Egipto, y el MI6 se mostró consternado al enterarse de que hacía años que les habían descubierto pero habían dejado abiertos los canales para desinformar a Londres. A lo largo del mes siguiente, la Marina estadounidense transportó hasta la zona fuerzas de la ONU para reemplazar a británicos y franceses. Nasser vetó la participación canadiense, ya que para él Canadá era súbdito de la reina británica y tenía un ejército al estilo británico, e insistía en que los miembros extraeuropeos tuvieran más peso[548].

El 21 de noviembre, Eden y su mujer se fueron a Jamaica para pasar un periodo de descanso por prescripción médica. Iban a Goldeneye, la casa de Ian Fleming, autor de las novelas de James Bond. Hasta Ann Fleming sabía que era un error político y comentó: «Torquay y una lámpara de rayos UVA habrían sido más tranquilos y patrióticos». En Goldeneye no había teléfono y Eden había dimitido. Los estadounidenses se concentraron en la sucesión. Macmillan tenía dos ventajas sobre su rival más joven, Rab Butler. Conocía a muchos de los estadounidenses que movían los hilos de la guerra y tenía una retorcida astucia oculta de la que el ambiguo Butler claramente carecía. El 20 de noviembre, Ike tuvo la siguiente conversación con Winthrop Aldrich, el genial hombre de negocios republicano que era, a la sazón, su embajador en Londres:

Eisenhower: Tienes una relación personal al menos con una persona, puede que con dos o tres. ¿Puedes reunir sin problema a los dos de los que hablabas en tus mensajes?

Aldrich: Sí, he estado jugando al bridge con uno de ellos. Tal vez pueda detenerle.

Eisenhower: Preferiría que hablaras con los dos a la vez, ¿entiendes? Uno lleva el mismo nombre que mi predecesor en el rectorado de la Universidad de Columbia [Rab Butler], el otro estuvo en la guerra conmigo [Macmillan].

Aldrich: Sé con quién estuviste en la guerra. Ya veo lo que quieres decir.

Eisenhower: Podrías reunirles de manera informal y decirles que tenemos interés y simpatizamos. En cuanto suceda lo que anticipamos podemos suministrar «un montón de hojas de higuera».

Aldrich: No hay ningún problema en transmitir eso.

Eisenhower: ¿Bastará para que los chicos se muevan?

Aldrich. Creo que sí.

Eisenhower: Herb [subsecretario de Estado Herbert Hoover] te mandará un telegrama a última hora de la noche. Verás, no queremos estar en una posición que nos obligue a interferir en lo que pasa entre estos dos. Pero queremos que se lo digas personalmente. Ambos son buenos amigos.

Aldrich: Sin duda. ¿Has visto todos mis mensajes? ¿Los relacionados con las conversaciones mantenidas con ellos?

Eisenhower: Sí, al menos con dos.

Aldrich: Estupendo, haré esto mañana.

Eisenhower: Sí, que sea lo primero que hagas por la mañana.

Aldrich: No te preocupes. En cuanto lo haga me pondré en contacto contigo enseguida. Puedo hacerlo sin que suponga el más mínimo bochorno.

Eisenhower: Comunícate conmigo por los canales habituales, a través de Herb[549].

El 22 de noviembre, Macmillan realizó una intervención muy osada en el influyente 1922 Committee tory. Incapaz de estar a la altura, Butler se retiró de la batalla. Eden volvió a Londres el 14 de diciembre con un bronceado que acentuaba la sensación de que era un hombre enfermo. Sus colegas de gabinete le informaron fríamente de que tenía hasta Pascua para recuperarse. El 20 de diciembre se hundió aún más en la ignominia al asegurar en la Cámara de los Comunes que «no se habían hecho planes para atacar Egipto» y que «no sabían de antemano que Israel fuera a atacar Egipto». El 9 de enero de 1957 Eden dimitió, y en los veinte años que le quedaban de vida lo único que hizo fue criar ganado de Hereford y pasar las vacaciones en lugares exóticos.

Es inevitable que los británicos tengan una visión solipsista de la crisis de Suez, pues en cierta forma simboliza el fin del imperio. Las ramificaciones de las decisiones tomadas por Eden en 1956 fueron muy serias. El primer Gobierno comunista reformado que decidió anunciar públicamente que dejaba el Pacto de Varsovia habría sido aplastado en cualquier caso, pero Suez redujo enormemente el coste que los soviéticos hubieron de pagar por la violencia que desataron en Hungría mientras los estadounidenses lidiaban con esa distracción no deseada en Egipto. La influencia francesa y británica en el mundo árabe cesó para siempre y nunca se ha recuperado la confianza, salvo en el caso de Jordania y algún pequeño Estado autocrático del Golfo. Tampoco Francia e Inglaterra han vuelto a confiar la una en la otra, aunque nunca se hubieran demostrado mucha confianza. Francia se dedicó a Israel, equipándole en 1957 con uno de sus reactores nucleares Dimona, que usaría para producir un arsenal de bombas atómicas que dice no poseer. Para los árabes, Israel ya siempre estaría vinculado al imperialismo occidental, un Estado cruzado moderno, y la supervivencia de Nasser se interpretó como una victoria que acabó siendo un

impedimento más para que pudiera reinar el realismo político en Oriente Medio[550].

11. CON NOSOTROS O CONTRA NOSOTROS:

EL SUBCONTINENTE

OJOS QUE NO VEN, CORAZÓN QUE NO SIENTE

Tras su independencia, y a pesar de albergar una quinta parte de la población mundial, la India era una nación de 361 millones de habitantes, a los que había que sumar setenta millones de pakistaníes. Sin embargo, el subcontinente tenía poco interés para Estados Unidos, al que preocupaban, sobre todo, Europa Occidental, Japón, Oriente Medio y el sudeste asiático, por ese orden. Stalin consideraba a la India y Pakistán títeres reaccionarios de sus antiguos colonizadores, y su único interés en la zona parece haber sido supervisar la pureza ideológica del Partido Comunista de la India con la ayuda del Partido Comunista británico, que había asumido una función de tutela aunque el Rajá siguiera vivo[551]. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética desconfiaban de la neutralidad de los líderes hindúes[552].

Los británicos habían esperado un mayor nivel de compromiso por parte de los estadounidenses tras los sermones pronunciados por Franklin Roosevelt durante la guerra, pero sus intentos de implicar a Estados Unidos no tuvieron éxito alguno. Más concretamente, los estadounidenses desdeñaron la oportunidad de desempeñar un papel constructivo a la hora de resolver la disputa sobre Cachemira, que enfrentó a hindúes y pakistaníes desde el principio y sigue envenenado sus relaciones hoy. Cachemira era un principado, y su gobernante, hinduista, aunque la mayoría de sus súbditos fueran musulmanes. Y aún más, la familia de Jawaharlal Nehru, el primer ministro de la India, estaba compuesta por

brahmanes hinduistas de Cachemira. Tras la partición, el príncipe optó por unirse a la India, y Pakistán intentó hacerle cambiar de opinión enviando a hombres armados de las tribus para incitar a la rebelión a los habitantes de Cachemira. Nueva Delhi envió tropas para asegurar la provincia y Gran Bretaña, descalificada por su propia historia, procuró en vano que Estados Unidos actuara de mediador[553].

En julio de 1948 llegó Loy Henderson para ocupar el último cargo que desempeñaría antes de ir a Teherán, como vimos en el capítulo 9. No le querían en el Departamento de Oriente Próximo y Asuntos Africanos debido a su negativa a subordinar la política de Estados Unidos en Oriente Medio a los deseos del lobby sionista. Paró en Londres de camino a Nueva Delhi y, durante una comida informal con el ministro de Exteriores Bevin y otros altos funcionarios del Foreign Office, Bevin afirmó en relación a la India: «Hay un país en el que debemos estar unidos aunque nos tengas que dejar tirados». Bevin era consciente de que hacer ver que colaboraba con la antigua potencia colonial sería el beso de la muerte a ojos de los hindúes y bromeó diciendo: «Si alguna vez le viene bien tener un enfrentamiento público con [sir Archibald] Archie Nye [alto comisionado británico en la India], estaré encantado de ayudarle». Hubo indicios de que la nueva aventura de Henderson podía plantear dificultades cuando llamó a Krishna Menon, alto comisionado hindú ante la corte de St. James, que se levantó de su mesa pero no le ofreció la mano. Informó a Henderson de que era «el primer embajador de Estados Unidos que aparecía por su puerta», algo que repetía sin cesar y volvería a repetir en su reencuentro seis meses después[554].

En principio, Estados Unidos tenía buenos motivos para apoyar a la India. Las instituciones democráticas y jurídicas de la nueva nación eran realmente impresionantes, por muchas quejas que hubiera en torno al «Raj(4) paga-licencias» gestionado por empleados pedantes e ineficaces. El Partido del Congreso en el poder englobaba casi todos los colores en opiniones políticas. En ciertos aspectos se parecía a los liberales para todo de la Italia del siglo XIX: era una organización que permitía a la élite educada controlar a las masas analfabetas. Pues, aunque su récord fuera mejor que el de otras potencias coloniales, el legado que Gran

Bretaña dejó a la India fue una tasa de alfabetización de solo un 14 por ciento (un 1 por ciento más alta que la de Pakistán)[555].

En Pakistán no había nada parecido al Partido del Congreso y, al contrario que en la India, que se conformó con la estructura de gobierno heredada del Raj, las facciones políticas tribales de Pakistán nunca lograron ponerse de acuerdo sobre cómo convenía gobernar el país. Les llevó casi una década crear una Constitución, tal vez porque buscaron el consejo de teóricos políticos estadounidenses de la Dearborn Foundation, cuyas bienintencionadas sugerencias daban prioridad a lo óptimo en vez de a lo viable. Aunque técnicamente Pakistán era una democracia, rara vez se celebraban elecciones y la legitimidad política era relativa. El eficaz ejército, cuyos rituales y uniformes no hubieran estado fuera de lugar en Surrey o Wiltshire, despreciaba a los políticos civiles corruptos. El problema fundamental era que Pakistán había visto la luz como Estado islámico y la gran mayoría de sus habitantes eran religiosos y conservadores, aunque la élite feudal educada en Europa era laica y lo sigue siendo hoy.

Si echamos un vistazo a un mapa, veremos el principal problema de un Estado partido por la mitad por 1.770 kilómetros de territorio hindú situado entre Pakistán oriental y Pakistán occidental. Era como si Massachusetts y Texas formaran un único estado y todos los estados de en medio le fueran hostiles. Convirtieron a Karachi en capital del Estado porque Lahore estaba demasiado cerca de su gigantesco vecino. En la década de 1960 la trasladarían a Islamabad, más fría que Karachi pero desgraciadamente más susceptible a los golpes militares organizados desde el cuartel general del ejército, situado en la cercana Rawalpindi; un problema crónico que se ahorraron los políticos hindúes. Sin embargo, un vistazo al mapa revela también la importancia geopolítica del nuevo Estado, pues ya en 1948-1949, tanto la CIA como la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos señalaban su proximidad a la Unión Soviética y China[556].

La India decía poco a la imaginación de los estadounidenses, a pesar de la curiosidad morbosa que mostraban hacia Gandhi las revistas ilustradas. Durante la guerra sirvieron en la India unos 350.000 soldados estadounidenses entre ingenieros y responsables de logística. Entre ellos, estaba el futuro secretario de Estado de

Kennedy, Dean Rusk, pero murieron muchos más soldados rasos en Europa y las islas del Pacífico. La idea que los estadounidenses tenían de la India, más allá de unos cuantos fascinados por su «espiritualidad», procedían de Rudyard Kipling o del éxito de ventas, publicado en 1927 por Katherine Mayo, *Madre India*, que popularizaba las ideas británicas al respecto para el público estadounidense. Los gestores políticos estadounidenses querían forzar la independencia del subcontinente sin tener en cuenta la posibilidad de una partición. Esperaban que la Liga Musulmana no insistiera en la independencia, pero tampoco hicieron nada significativo para desincentivar sus exigencias.

Los estadounidenses subestimaron el impacto físico y cultural que experimentarían en el subcontinente. En tiempos del Raj, el largo viaje marítimo había introducido a los británicos gradualmente en el calor y el penetrante olor; el giro hacia lo exótico empezaba en Suez. Pero, al ir en avión, las condiciones asaltaban a los recién llegados al desembarcar. Los dignatarios estadounidenses de visita palidecían mientras avanzaban por los pantanos fétidos que había entre el aeropuerto y sus alojamientos, donde hacía un calor infernal. La cantidad de gente les superaba, al igual que el olor a excrementos de la calle y las vacas andando sueltas. Había multitud de mendigos cubiertos de harapos pidiendo con sus cuencos. Santones desnudos y de aspecto salvaje iban por ahí con las caras pintadas, y los templos hindúes, repletos de ídolos en poses lascivas, también eran un choque para cualquiera predispuesto a la indignación moral. El corresponsal del *New York Times*, Cyrus Sulzberger, escribió sobre un importante lugar de culto en la Vieja Delhi, al que calificó de «tremendamente espantoso»[557]. Los intelectuales de visita hablaban de un «circuito de disentería». John y Robert Kennedy visitaron la India en 1951, en donde padecieron el «Delhi belly»(5); escondían el pollo con curry bajo las hojas de lechuga para evitar los peligros de comerlo.

El abismo cultural se ensanchaba cada vez más, pues los pocos hindúes que visitaban Estados Unidos debían demostrar que ganaban 12 dólares al día para obtener un visado; un reto incluso para un joven diplomático. Aunque el sistema de castas hindú, compuesto por brahmanes de piel clara e intocables de piel oscura, era evidentemente racista, los visitantes hindúes decían sentirse

indignados por la actitud que adoptaban los estadounidenses blancos con los afroamericanos. A los visitantes hindúes les repugnaba el olor de los comedores de carne, a pesar de la obsesión de los estadounidenses con la higiene, y opinaban altivamente que las ciudades repletas de coches denotaban una anómica deshumanización que se apreciaba, sobre todo, en la indignación mostrada por los brahmanes cada vez que un intocable proyectaba su sombra sobre él[558].

Hindúes y estadounidenses hablaban un lenguaje común, al menos a nivel de élites. Palabras como «bobo», «bruto», «brahmanes de Boston» y «mogoles de Hollywood» dan fe de esta fertilización transcultural. Sin embargo, mostraban poco interés los unos por los otros. No había petróleo en juego, y en Estados Unidos no había hindúes ni lobbies musulmanes. No existían los profundos vínculos emocionales que se crearon con la China de Chiang Kai-shek, aunque la India había atraído a un gran número de misioneros estadounidenses, entre ellos el misionero presbiteriano John Welsh Dulles, autor de *Life in India* y abuelo de Foster Dulles. Creían que los británicos podrían ocuparse de los intereses de Occidente, a pesar de la idea generalizada de que los defectos de la partición se debieron a una mala gestión de Mountbatten, lo que le hacía responsable de los problemas en Cachemira. En la época de Truman, Estados Unidos permaneció neutral entre la India y Pakistán, imponiendo un embargo de armas y, tras mucha presión británica, instando a Nehru a remitir la disputa de Cachemira al arbitraje internacional[559].

Las relaciones con la India se personalizaron de forma bastante desafortunada, básicamente porque el primer ministro, Nehru, creía que su procedencia cosmopolita le facultaba para actuar de ministro de Asuntos Exteriores. No se dignaba a consultar al gabinete sobre política exterior o los problemas mundiales, y había escrito (de memoria) una destacada historia epistolar mientras fue prisionero de los británicos a principios de la década de 1930. Se titula *Destellos de la historia mundial*, y en ella afirma que el imperio de Gengis Khan había sido más importante que el de Julio César. Los colegas de Nehru estaban encantados de dejarle las relaciones internacionales, pues a ellos les interesaban mucho más las carteras relacionadas con política interior, que les permitían conseguir

clientes y riqueza. Nehru era muy esnob y adoptaba poses aprendidas de los británicos. Mezclaba todo ello con la moral de Gandhi para ocultar su ambición de que se reconociera a la India como gran potencia. Conversar con él daba la impresión de estar asistiendo a una conferencia, y su rectitud socialista fabiana ponía nerviosos a los estadounidenses. Defendía una ideología de no alineación basada, decía, en la aceptación de las virtudes de los sistemas sociales rivales de la Guerra Fría. No fue buena idea adoptar la postura izquierdista occidental de equivalencia entre ambos sistemas, puesto que la India no tendría más alternativa que ponerse en manos de Estados Unidos para crear un modelo económico socialista y burocratizado inspirado en las enseñanzas de la London School of Economics; el resultado no fue menos atrofiante en la India que en Gran Bretaña o, de hecho, que en cualquier otro lugar donde se ha adoptado este modelo.

La India de Nehru también pretendía estar a la vanguardia de las denuncias de racismo e imperialismo. Trabajaría para dar al sudeste asiático una voz coherente ante el vacío dejado por los acabados imperios europeos. En la India aún vivían más musulmanes que en Pakistán, y los hindúes intentarían eliminar cualquier impresión negativa resultante de su poco democrática apropiación de tierras en Cachemira a través del apoyo sin reservas de los intereses musulmanes en Oriente Medio. Sin embargo, durante la primera entrevista celebrada entre Nehru y el embajador Henderson, este mencionó la necesidad de resolver el conflicto de Cachemira si querían recibir ayuda estadounidense, tras lo cual Nehru rechazó el «dictado moral» de ese país, añadiendo que no cabía acuerdo alguno entre la India laica y la teocracia islámica pakistaní, embarcada en una «cruzada», una palabra desafortunada pero muy reveladora, que no solo han utilizado los occidentales.

Antes de que Nehru realizara su primera visita a Estados Unidos en el otoño de 1949, Henderson advirtió a Washington que el líder hindú era una persona «vana, sensible, emocional y complicada». Para ser agnóstico hablaba constantemente de espiritualidad. Muchas de sus características menos atractivas procedían de una niñera inglesa que odiaba a los estadounidenses, y a la educación recibida en Harrow, donde «se juntó con un grupo de jóvenes cultos de la arrogante clase media que se tenían en alta estima. [...]

Adoptó sus modales y forma de pensar». Beber alcohol o ser estúpido no mitigaban el esnobismo de Nehru, pues no hacía lo primero ni era lo segundo. Había estado expuesto al matrimonio «progresista» de los Mountbatten, muy de moda por entonces, e incluso había tenido una relación íntima, aunque puede que no sexual, con la promiscua Edwina. La relación le había hecho considerar a los estadounidenses «vulgares, avasalladores y carentes de cualquier sentimiento elegante, viviendo en una cultura "dominada por el dólar"». Como los estadounidenses realmente deseaban que la visita fuera un éxito, mandaron un avión llamado *Vaca sagrada* para que llevara a Nehru de Londres a Washington. No era un buen augurio.

Todos los encuentros celebrados con los gobernantes estadounidenses, desde el asistente del secretario de Estado, George McGhee, al secretario de Estado, Dean Acheson, dejaron un gusto amargo en la boca de los hindúes. La CIA informó de que el círculo interno de Nehru consideraba a los estadounidenses «materialistas y primitivos» y de que el primer ministro hindú afirmaba que solo había encontrado allí «mediocridades», de Truman para abajo. En una cena con unos banqueros a los que quería pedir un préstamo para la India, el fastidioso Nehru se quedó tan pasmado por la «vulgaridad» de oír que «había unos veinte mil millones sobre la mesa» que se negó a aceptarlos. Agotado por el ritmo de su ajetreada gira, olvidó que la India necesitaba urgentemente unos cuantos millones de toneladas de trigo[560].

VUELVE EL DRAGÓN

Sin embargo, el hecho de que Estados Unidos acabara favoreciendo a Pakistán se debe a algo más que a la mala química entre las personas. Los primeros años de la Guerra Fría fueron años de «con nosotros o contra nosotros» por ambas partes. La India quería ser dueña de su propio destino, y lo demostró en la respuesta dada en 1949 tras el ascenso de los comunistas de Mao en China. Estados Unidos no reconoció al nuevo régimen e intentó que hicieran lo mismo todas las potencias democráticas. La India dejó muy claro que rompería filas: afirmó que los comunistas nacionalistas chinos no aceptarían indefinidamente la tutela soviética. Aunque a largo plazo se demostró que estaban en lo cierto, a corto plazo se advirtió enérgicamente a Nehru que el

nacionalismo chino suponía una amenaza aún mayor para la India que el comunismo. Por el momento, la India necesitaba la paz con China para crear una nueva nación, y China quería evitar problemas en sus fronteras occidentales durante los combates en el este con los estadounidenses por Corea y Taiwán.

Nehru tenía una visión edulcorada del régimen de Mao gracias a su embajador en Pekín, un producto de Christ Church (Oxford) llamado Kavalam Panikkar, cuya hija estaba casada con Govindan Nair, líder del Partido Comunista de la India, que tenía una idea totalmente equivocada del régimen rojo chino. De modo que Nehru pensó erróneamente que el afable y cosmopolita primer ministro Zhou Enlai representaba al resto de la cúpula china. De hecho, Zhou comentó en privado, a raíz del concepto que Nehru tenía de él: «No he tratado nunca con un hombre más arrogante que ese Nehru». La India se sorprendió tanto como el resto del mundo ante la invasión por Corea del Norte de su vecino del sur. Pero, aunque la delegación hindú votó a favor de condenar la agresión norcoreana, decidió no apoyar la acción militar necesaria para derrotarla e intentó hacer de mediadora, aunque nadie lo hubiera solicitado, lo cual sacó de quicio a los estadounidenses. Aparte, la India irritó a estos aún más con su voto en contra para la condena de la ONU a la intervención china, basándose en que los estadounidenses habían desoído las advertencias de la India. El intento de Nehru de ganar una baza en Corea tuvo sus consecuencias. En cuanto se supo que la India se enfrentaba a una hambruna de dimensiones catastróficas, la administración Truman remitió una propuesta al Congreso que solicitaba 190 millones de dólares en ayuda alimentaria. Pero el antiamericanismo del que Nehru hacía gala en público hizo que el Congreso no apoyara la moción y convirtiera la ayuda en un préstamo[561].

En la década de 1950, Nehru usaba el eslogan «Hindee Chinee bhai-bhai» (hermandad india-china) para definir lo que esperaba que sería un dominio conjunto sobre Asia. La idea sobrevivió a la repentina invasión china del Tíbet en 1950, una tierra con la que los hindúes mantenían vínculos emocionales, cuyos mitos compartían y que había obtenido cierto grado de independencia en 1911. Los chinos ni siquiera protestaron por el hecho de que la India acogiera al Dalai Lama a partir de 1959, pero sí se opusieron

al circo montado para darle la bienvenida con trescientos reporteros, pues en realidad esperaban que la India fuera capaz de limitar su actividad política. Las tropas chinas estaban posicionadas en las fronteras hindúes del norte, un territorio de vastas extensiones vacías en la cima del mundo, precariamente cartografiadas con líneas discontinuas por los británicos antes de irse. Mientras los chinos construían subrepticiamente una larga carretera para unir Xinjiang con el Tíbet occidental, en otras zonas las tropas hindúes garantizaban la posesión de lo que la India había heredado de los británicos. Aunque el Partido del Congreso controlaba el Lok Sabha (el Parlamento hindú), diversos desertores y renegados del Congreso constituyeron una escandalosa oposición, incluidos los treinta y tres diputados comunistas. A muchos hindúes les desagradó la brutal conducta china en el Tíbet y arrojaron huevos podridos y tomates a los carteles de Mao. Acusaron a Nehru de pacifismo, un concepto que valía para definir cualquier cosa. Hasta el primer ministro en funciones, Vallabhbhai Patel castigó a Nehru por su ingenuidad en relación a los «reformadores agrarios» de Mao, con el argumento de que el comunismo era una tapadera para prácticas históricas, nacionalistas y raciales que cabría calificar de imperialistas. Nehru lo comprobó en su encuentro con Mao en 1954, en el que fue «escoltado a su presencia, como si fuera el tributario de un estado vasallo del Imperio chino». Recurrió al tópico del «Panch Sheel» o coexistencia pacífica basada en el respeto, e incluso al misticismo basado en el «vínculo del espíritu hindú con el Himalaya». Los chinos respondieron secamente que «no cabía citar mitos y leyendas para fundamentar la posición adoptada por la India». Se habían hecho sigilosamente con una vasta zona en torno a Aksai Chin y, en 1959, buscaban un área mayor por debajo de la disputada línea McMahon, que fijaba la frontera entre la India imperial y el Tíbet desde 1914 y, con el tiempo, acabó siendo una disputada frontera entre la India y China[562].

Mientras, la India se enfurecía cada vez más por la mejora en las relaciones entre Pakistán y Estados Unidos. En principio Pakistán, donde solo tenía lugar el 17,5 por ciento de la actividad financiera del Raj, no parecía muy interesante. Su ministro de Asuntos Exteriores tenía seis ayudantes: tres de ellos actuaban a las órdenes

de los británicos y ninguno utilizó nunca una máquina de escribir. Una semana después de la proclamación de la independencia, el 40 por ciento del Gobierno central de Pakistán quedó atrapado en Nueva Delhi debido a la violencia salvaje que interrumpió el tráfico ferroviario. Tuvieron que llegar a la nueva capital mediante aviones fletados para ello[563].

Los estadounidenses sabían aún menos sobre Pakistán que sobre la India. Un millonario estadounidense creyó que el primer ministro pakistaní y su séquito, de visita por entonces, eran palestinos. Otro, perplejo por el amplio espacio que separaba a Pakistán oriental y occidental en los documentos, creyó que podría estar en África. En Pakistán oriental, más poblado, los bengalíes y otros estaban resentidos por el control ejercido sobre el Punjab por el nuevo Estado. Todo lo relacionado con esta nueva nación parecía provisional y no pensado para durar. Aunque hubo un tiempo en el que el Punjab del Pakistán occidental fue el granero del Raj, la India controlaba el flujo del Indo y podía cortar el agua de los canales de irrigación pakistaníes, dejando Pakistán en manos de la ayuda alimentaria estadounidense.

Al margen de la herida de Cachemira, Pakistán tenía problemas con la gente de rostros afilados que gobernaba Afganistán, un pueblo al que los pakistaníes no pastún consideraba compuesto por salvajes asesinos. Pero Rusia y la India incitaban al irredentismo afgano que exigía un «Pastunistán» independiente en la frontera noroccidental de Pakistán, donde acomodar a las salvajes tribus pastún (denominados «patanes» por los británicos) que deambulaban por esa frontera. Hoy sigue siendo el objetivo de los talibanes afganos y pakistaníes, en la medida en que no son capaces de hacerse con el control de ambos Estados.

El primer embajador estadounidense en Karachi murió de cáncer a los cuatro meses de llegar; costó dos años reemplazarlo. Pakistán importaba muy poco. Truman también bloqueó las peticiones de ayuda económica y militar planteadas por Pakistán; Karachi pidió 2.000 millones de dólares estadounidenses y recibió 10 millones. Aunque el primer ministro Liaquat Ali hiciera una exitosa visita a Estados Unidos en 1950, el hecho de que volaran por los aires en Nueva Jersey cerca de 500 toneladas de armas y munición destinadas a Pakistán pudo haber sido un accidente o no. Liaquat

Ali fue asesinado al poco de volver a casa en circunstancias que nunca se han aclarado, pues el asesino fue asesinado a su vez en el acto.

La actitud oficial de Estados Unidos empezó a cambiar cuando Pakistán se unió a la Turquía musulmana para apoyar de todo corazón la acción estadounidense en Corea; Pakistán no envió tropas debido a la amenaza de la India y Cachemira. Puesto que ya invertía el 70 por ciento de sus presupuestos en defensa, no parecía aconsejable seguir asumiendo compromisos militares. En comparación, la India parecía extravagante, izquierdosa y poco de fiar. Resulta sorprendente la calidez con la que los funcionarios y periodistas estadounidenses empezaron a informar sobre Pakistán. Los líderes pakistaníes, empezando por Mohammed Ali Jinnah, líder chiita de la Liga Musulmana, hacían hincapié en la radical incompatibilidad entre comunismo e islam. Los sucesores de Jinnah eran muchachos alegres poco dados a la fría moral de su vecino del sur. Los tratos que tuvo George McGhee con Liaquat Ali fueron «como un soplo de aire fresco» tras el «insulso» Nehru, cuya conversación evocaba en muchos estadounidenses una densa niebla. El jefe de los ejércitos pakistaníes, general Ayub Khan, hijo de un antiguo suboficial del ejército hindú entrenado en Sandhurst, gustaba especialmente. Era un tipo que no se entretenía en tonterías y al que le gustaban los caballos caros y las buenas armas. Su caballo *Sardar*, que había presentado a Jacqueline Kennedy, iría detrás del coche fúnebre que portaba el ataúd de su marido tras el magnicidio. Al contrario que Nehru, que nunca permanecía en una habitación donde se sirviera alcohol, los militares pakistaníes, con sus mostachos, eran soldados sociables[564].

El entusiasmo de Estados Unidos con Pakistán debía mucho a la adopción por parte de los primeros de la visión británica de las «razas guerreras» del norte. No por casualidad Loy Henderson consideraba a Nehru «una personalidad femenina»[565]. En opinión de McGhee, los pakistaníes eran buenos combatientes cuya fe islámica les imprimía un sentido adecuado del bien y el mal, al contrario que los hindúes, cuyo politeísmo y complejo sistema de castas solo les permitían captar la verdad a medias[566].

El giro hacia Pakistán empezó al principio de la era Eisenhower. La forma en que ambas naciones reaccionaron ante el asunto de

Corea se reflejó en el tipo de ayuda que recibieron. El Congreso republicano rebajó inmediatamente a la mitad las ayudas concedidas a la India, pero a Ike no le costó mucho persuadirlo para enviar ayuda alimentaria a Pakistán. Los antiguos generales Eisenhower y Ayub Khan se llevaban muy bien, en último término porque Ayub sentía un profundo respeto por el comandante supremo de Europa. Dulles y Nehru también tenían su propia historia, que empezó con la negativa de Nehru a que la India suscribiera los acuerdos de paz de Dulles con Japón por considerar que solo los asiáticos deberían implicarse. En cambio, Dulles estaba muy impresionado por el espectáculo que montó Ayub Khan en su visita a Karachi tras una triste estancia en Nueva Delhi. Meses después, Dulles entusiasmó al Comité de Relaciones Exteriores del Senado con sus vivaces relatos de «los lanceros, [...] tipos que debían medir al menos un metro noventa y se sentaban ahí sobre sus enormes caballos». Hombres así podrían «luchar contra cualquier invasión comunista con los puños, si es necesario».

La administración Eisenhower reforzó los contactos con clientes fiables para reducir las responsabilidades de Estados Unidos en temas de defensa. De esta forma creaban, además, alianzas defensivas regionales contra la Unión Soviética, lo que tuvo enormes consecuencias para Pakistán. Dulles se hizo eco de las ideas británicas sobre el «gran juego» y reflexionaba sobre la forma en que podrían usarse Afganistán y Pakistán para boicotear los planes rusos de avanzar hacia el sur en dirección a las cálidas aguas del mar de Arabia. En tiempos de Truman ya se apreciaba el giro, pues Pakistán se modeló como una potencia de Oriente Medio más que como una del sudeste asiático, en unos años en los que los soviéticos amenazaban seriamente a Oriente Medio, de donde procedía el 70 por ciento del petróleo europeo. Evidentemente a los Gobiernos de Egipto, Irán y Turquía no les gustaban las ambiciones de Pakistán en su región. La reorientación estratégica de Pakistán dependía de que los observadores externos fueran capaces de resolver el tema de Cachemira, liberando así a las tropas pakistaníes para su intervención en la zona occidental. Lo cierto es que el problema de Cachemira no llegó a resolverse nunca[567].

Los gobiernos pakistaníes intentaban por todos los medios hacer frente a las necesidades geoestratégicas de Estados Unidos,

persuadiendo a estos, tras firmar un pacto de defensa en mayo de 1954, de que equiparan cinco divisiones y media, seis escuadrones aéreos y doce buques de guerra. Lo que el Pentágono pensaba conceder, no sin cierta reticencia, era una aportación de 30 millones de dólares, pero se convirtió en una subvención permanente de 500 millones en los primeros tres años. Pocas veces se ha gastado tanto dinero tan irreflexivamente. Casi todos los miembros de la administración estadounidense se preguntaban si Pakistán estaría alguna vez en situación de usar tropas para frenar los avances soviéticos en Irán y el golfo Pérsico, donde se les consideraba, con razón, una garra estadounidense. Tampoco preguntó nadie si esta inversión en las fuerzas armadas pakistaníes, que consumían el 70 por ciento de lo recaudado por el Gobierno pakistaní, llevaría a descuidar reformas económicas y sociales urgentes, enemistando a la gente aún más con las élites feudales en el poder[568].

Puede que todo lo que sacaran los estadounidenses de su ayuda a Pakistán fuera tener bases aéreas cerca de la Unión Soviética, sobre todo en Budabar, junto a Peshawar, desde donde operaban los U-2, y que alojaba un gran sistema de escuchas ilegales dirigido por la Agencia de Seguridad Nacional. Pakistán se mostró ansioso por unirse a una red de alianzas financiada por Estados Unidos que imponía pocas obligaciones. Estableció un pacto de defensa bilateral con Turquía y pasó a formar parte de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO, en sus siglas en inglés), una alianza singular, dado que el único país del sudeste asiático que formaba parte de ella, excepción hecha de Filipinas, era Tailandia. Lo que venía bien a la élite feudal pakistaní no gustaba al ciudadano pakistaní medio, que no estaba de acuerdo con que su nación, cuyos puntos de vista no contaban, se convirtiera en un cliente de Estados Unidos.

El influyente columnista Walter Lippmann entrevistó a fondo a Foster Dulles sobre Pakistán en un famoso encuentro celebrado poco después de que Pakistán se uniera a la SEATO:

—Foster, [...] ¿qué crees que vas a lograr con ese engendro [SEATO]? Sus miembros son mayoritariamente europeos y Pakistán nada de eso, ni está cerca del sudeste asiático.

—Mira, Walter, [...] necesito combatientes de verdad en el sur de Asia. Los únicos asiáticos que saben combatir son los pakistaníes;

de ahí que les necesitemos en la alianza. Nunca saldríamos adelante sin los gurkhas.

—Pero, Foster, [...] los gurkhas no son pakistaníes, son hindúes [en realidad son nepalíes].

—Bueno, puede que no sean pakistaníes pero son musulmanes.

—No, me temo que no son musulmanes, son hinduistas.

Dulles no tomó nota de lo anterior y procedió a dar una conferencia a Lippmann que duró media hora sobre cómo la SEATO iba a crear un dique contra el comunismo en Asia[569].

Tras el hundimiento de la Organización Británica para la Defensa de Oriente Medio (MEDO, en sus siglas en inglés), Pakistán se unió a su sucesora, financiada por Estados Unidos: el Pacto de Bagdad, que eventualmente se metamorfoseó en la Organización del Tratado Central (CENTO, en sus siglas en inglés). La idea básica era crear una barrera en el norte capaz de disuadir a Rusia de adoptar medidas agresivas en los estados productores de petróleo del Golfo[570]. La implicación de Irak supuso inmediatamente la salida de Egipto, lo que permitió a los soviéticos saltar una rampa imaginaria y armar directamente a Nasser. Hacia el final de su primera legislatura Ike reconoció en privado que dotar de armas a Pakistán había sido un «terrible error» desde el punto de vista estrictamente militar, sin tener en cuenta cómo había incitado a los crecidos militares pakistaníes a usurpar la política civil.

El presidente Iskander Mirza (otro graduado en Sandhurst) se fue volviendo progresivamente más autoritario hasta que acabó promulgando la ley marcial en octubre de 1958 y siendo derrocado por el general favorito de Estados Unidos, Ayub Khan. Quedaba así plenamente demostrada la capacidad de Sandhurst para inculcar «valores» británicos en los graduados extranjeros. Khan explicó con aires de superioridad que se limitaba a imitar al Colegio Electoral de Estados Unidos al urdir una democracia corrupta con 80.000 consejeros locales, el 96,5 por ciento de los cuales se mostraron de acuerdo con que ejerciera de presidente tras lo que, en teoría, habían sido unas elecciones.

Luego estaba la India, que, aunque tenía una superioridad de cuatro a uno en recursos humanos, acabó perdiéndola por la llegada de tanques Patton y aviones F-86 a Pakistán. Los estadounidenses nunca lograron entender que un país tan grande como la India

viviera con temor constante a los militares de Pakistán. Nehru reaccionó con la prohibición a los aviones de carga estadounidenses de usar el espacio aéreo hindú para abastecer a los franceses en Indochina. Puso objeciones incluso a que cruzaran el espacio aéreo hindú los aviones comerciales estadounidenses, y ordenó la clausura de algunos centros de la Agencia de Información de Estados Unidos con el argumento de que eran nidos de propagandistas, como si no realizaran esa función abiertamente.

Estrechar lazos con Pakistán tuvo consecuencias negativas para las relaciones estadounidenses con la India. Los soviéticos prometieron a los hindúes asistencia económica y créditos baratos para suplir los débiles intentos de ayuda estadounidenses y, en 1954, se ofrecieron a construir una enorme industria siderúrgica en Bhilai. En junio de 1955, los soviéticos se aprovecharon astutamente de la vanidad de Nehru: organizaron una grandilocuente bienvenida en su visita a la Unión Soviética. En noviembre y diciembre el primer ministro Nikolai Bulganin y el secretario general Jrushchev devolvieron la visita a la India. En Calcuta salieron a saludarles dos millones de personas; ningún líder pakistaní visitaría la Unión Soviética hasta 1965.

Ike era muy consciente de que ayudar a Pakistán le enemistaba con la India y decidió recurrir a las ayudas económicas para alejarla de los generosos soviéticos. El problema era que los hostiles comentarios de Nehru sobre Estados Unidos dificultaban mucho que el Congreso aprobara los paquetes de ayuda: el presidente pidió 70 millones para 1956, pero el Congreso redujo la cantidad a 20 millones como represalia por que Nehru, en palabras de un congresista republicano de New Hampshire, Styles Bridges, «enfrentara a los extremos con el centro». Ike no se dejó disuadir y, tras una visita de Nehru en la que astutamente toleró el gusto de su huésped por la especulación abstracta, decidió suscribir el segundo plan económico quinquenal diseñado entre la India y los soviéticos. Pero esto preocupó a Pakistán, que creía que permitiría a la India adquirir armas modernas y erosionaría la ventaja cualitativa de la que gozaba Pakistán, como efectivamente ocurrió. De hecho, en cuanto murió Dulles, Eisenhower empezó a cortejar a la India, a la que visitó en diciembre de 1959, en parte porque se dio cuenta de que la India coqueteaba con China y de que la supuesta *neutralidad*

soviética en torno a sus disputas estaba alejando a los chinos de Moscú. No sorprende que Eisenhower cuadruplicara la concesión de ayudas a la India[571].

Uno de los grandes logros de Nehru fue no quedar atrapado en la lógica de la Guerra Fría; para ello consolidó las relaciones de la India con un amplio abanico de socios. Resultaba muy útil introducir a esta gran república en una Commonwealth liderada por el monarca británico. Este escenario perogrullesco casaba bien con el estilo de Nehru, sobre todo a medida que el creciente culto de los británicos a Gandhi hacía que Londres se mostrara especialmente obsequioso con el heredero de Mahatma. El desprecio que sentía Nehru hacia la simplificación ideológica propia de la Guerra Fría le llevó a participar con entusiasmo en la Conferencia de Bandung, celebrada en Indonesia en abril de 1955. Asistieron veintiuna naciones, entre ellas la India y Pakistán, así como Nasser en representación de Egipto, más la China y el Vietnam comunistas. Zhou Enlai llegó a Bandung gracias a que perdió su avión oficial, el cual estalló al despegar de Hong Kong y mató al resto de su delegación. Nehru se indignó inmediatamente por que le trataran como al hermano menor de la antigua potencia asiática, pero se interesó mucho por la organización de una conferencia que no creía que los anfitriones indonesios supieran llevar a cabo[572].

En Bandung se pretendía representar a los 1.500 millones de personas de las nuevas naciones independientes, que acabarían teniendo un poderoso ascendente moral sobre las potencias de la Guerra Fría. Los que habían padecido racismo hablaron mucho de él. Volvían sobre el tema una y otra vez, como un motivado equipo de fútbol que sigue jugando después de que el árbitro haya pitado el final del partido y el equipo contrario ya se ha retirado. El tema de las castas no estaba en la agenda. La no interferencia en asuntos internos de otro país también era un tema candente, sobre todo para aquellos que seguían sometidos a la influencia de las antiguas potencias coloniales.

Aunque Nehru tenía razón sobre los efectos paralizantes del «pensamiento de bloques», que convertía a todos en comunistas o anticomunistas, se equivocaba al pensar que la Guerra Fría necesariamente tenía que desembocar en una catástrofe nuclear mundial y que, por lo tanto, había que adaptarse a las ambiciones

soviéticas a cualquier precio. Los participantes se apresuraron a condenar el colonialismo (occidental), pero Ceilán, Pakistán, Turquía e Irán se aseguraron de que también se denunciara el imperialismo comunista. El primer ministro de Ceilán, sir John Kotelawala, denunció estridentemente el imperialismo comunista en Europa del Este y Asia central, probablemente porque los soviéticos habían vetado la entrada de Ceilán en la ONU[573]. En una década, las simplificaciones conciliadoras de Bandung recibirían un jarro de agua fría realista.

En 1959, Nehru adoptó una estrategia osada: creó más puestos militares hindúes para definir lo que, en su opinión, era la frontera con China. Convencido de la firmeza de la moral hindú, no se dio cuenta de que la no violencia de Gandhi había dejado a las fuerzas armadas en una situación delicada, pues el presupuesto de defensa se había utilizado para financiar la industrialización de la India. Las fuerzas armadas habían declinado, incomprensiblemente, la oferta de británicos y estadounidenses de proporcionarles manuales militares que recogían lo aprendido en Corea sobre las tácticas de combate de la infantería china. El jefe de la Junta de Estado Mayor era un hombre valiente pero sin experiencia de combate. Los débiles servicios de inteligencia de Nehru le aconsejaron mal al afirmar que los chinos no querrían combatir a tanta altitud o en un terreno tan inhóspito como las faldas del Himalaya. El 20 de octubre de 1962, los chinos invadieron y ocuparon los 103.600 kilómetros cuadrados situados al este y oeste de Nepal tras derrotar a un ejército hindú mal preparado. Para sorpresa de Nehru, mientras Occidente apoyaba a la India, la Unión Soviética se saltó las normas y apoyó a China (no hubiera podido reaccionar de otra manera en vista de la crisis de los misiles de Cuba), y los no alineados siguieron sin alinearse, sobre todo Nkrumah (de Ghana), en quien Nehru había invertido mucho tiempo y depositado grandes esperanzas. Nehru, desesperado, pidió a Estados Unidos una gran cantidad de suministros militares, que empezaron a llegar en aviones de carga desde Alemania una semana después. En noviembre, los chinos desplegaron una ofensiva masiva que convirtió sus primeros movimientos en una maniobra de distracción, y Nehru pidió a Estados Unidos quince escuadrones de bombarderos y combatientes para repeler a los invasores antes de

que llegaran a Nueva Delhi[574].

Al año siguiente, Pakistán cedió oficialmente a China la disputada zona de frontera de Cachemira, adyacente a su territorio. Lo habían decidido algún tiempo atrás, pero la medida se había dejado en suspenso porque la India también reclamaba el territorio. Las buenas relaciones entre Pakistán y China, que se mantienen hasta hoy, nacieron de este largo y olvidado conflicto entre China y la India. Sin embargo, en contra de las esperanzas del general Ayub Khan, en 1965 China no apoyó a Pakistán en la segunda guerra de Cachemira.

El efecto que tuvo lo anterior sobre la India que Nehru dirigía desde su independencia fue profundo. Al enviar al ejército hindú al enclave portugués de Goa, en 1961, Nehru perdió su imagen de apóstol de la no violencia. Internamente había perdido sus credenciales democráticas al destituir, en julio de 1959, al primer Gobierno comunista elegido democráticamente en la región de Kerala. China había expuesto la debilidad de la India y rechazó enérgicamente la imagen que quería dar de líder del mundo en desarrollo. Nunca volvió a ser el mismo hombre, y en los meses que le quedaban de vida (murió en mayo de 1964) su espíritu se quebró por la pérdida de su prestigio dentro y fuera del país[575]. El presupuesto de defensa hindú se dobló e invitaron a las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses a llevar a cabo maniobras de defensa desde bases aéreas hindúes. A pesar de las embriagadoras conversaciones de Bandung, existía mucho resentimiento contra «estos neutrales amorales que se han negado a dar a la India la simpatía y el apoyo sin reservas que ha pedido». Puede que el fantasma de John Foster Dulles sonriera[576].

12. PERDER GANANDO: ARGELIA

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN: LA LUCHA DE ARGELIA POR LA INDEPENDENCIA

En Argelia hubo una guerra entre las tropas del Gobierno francés y los nacionalistas árabes y bereberes. En parte, fue una guerra civil desatada por el Frente de Liberación Nacional (FLN), supuestamente socialista, que se dedicaba al «terrorismo selectivo» para obtener apoyo popular contra su rival: el Movimiento Nacional Argelino, liderado por el veterano nacionalista Messali Hadj, quien probablemente gozara de apoyo francés encubierto. Solo en 1957 murieron unos 4.000 inmigrantes musulmanes argelinos en enfrentamientos entre ambos grupos en las ciudades francesas de la metrópoli. El conflicto acabó una vez que la organización francesa de derechas, Organización del Ejército Secreto (OAS, en sus siglas en francés), y sus terroristas declararon la guerra a las autoridades francesas, y bombardearon y dispararon a sus adversarios, tanto en Argelia como en la Francia metropolitana. La OAS mató a tantas personas como las que murieron en los treinta años de conflicto en Irlanda del Norte (1968-1998). Fue la peor de todas las guerras sucias libradas por las potencias coloniales europeas: llegó a eclipsar incluso a la brutal campaña británica de Kenia[577].

La Segunda Guerra Mundial había elevado la conciencia nacional de muchos argelinos que combatieron por Francia, y el colapso galo en 1940 había mermado su prestigio entre unos árabes a los que los colonos franceses trataban como basura. La escasez crónica de alimentos elevaba aún más la tensión. El primer movimiento argelino nacionalista clandestino se creó en 1947 con

el nombre de Organización Especial, pero acabaron con él en 1951. Entre sus filas estaba Ben Bella, quien después de la guerra rechazó un puesto regular en el ejército y se convirtió en asesor del Gobierno de Marnia, donde su familia tenía una granja. En 1947 fue objeto de turbios tejemanejes relacionados con la propiedad de su granja, pues carecía de títulos de propiedad, como todos los árabes. Tras matar a uno de los que querían desposeerlo, huyó. En 1949 planeó un atraco a la Oficina de Correos de Orán para obtener fondos que le permitieran financiar un «ejército» clandestino que ni siquiera merecía el nombre de banda. Una concienzuda labor policial condujo a su arresto y encarcelamiento. En 1953 Ben Bella escapó de la cárcel con ayuda de una lima escondida en una barra de pan y huyó a El Cairo, donde tenía que hablar con sus colegas nacionalistas árabes en francés, puesto que no hablaba bien árabe[578].

Los sucesos mundiales eran esperanzadores. El ejército francés había sufrido una derrota colosal en Dien Bien Phu, en 1954. Los interrogadores del Viet Minh preguntaban asombrados a los musulmanes argelinos capturados por qué no estaban librando su propia guerra de liberación nacional. Era una buena pregunta[579]. Ben Bella tuvo mucho que ver con la creación, el 10 de octubre de 1954, del FLN y su brazo armado, denominado Ejército de Liberación Nacional (ALN, en sus siglas en francés). Dirigían el FLN un grupo de nueve personas y dividieron al país en seis *wilayas* o distritos administrativos militares. Tenían representantes en El Cairo, pues los rebeldes se daban cuenta de que la diplomacia internacional sería crucial para obtener la victoria. En el interior de Argelia, su aparato clandestino administraba una justicia irregular y extorsionaba para sacar dinero mientras hacía caso omiso de las manifestaciones locales del poder francés.

Aparte de detonantes externos como el de Dien Bien Phu, no es difícil apreciar por qué se fraguó una revuelta armada a mediados de la década de 1950. Una comisión francesa de visita reconoció que el 90 por ciento de la riqueza de Argelia estaba en manos del 10 por ciento de la minoría europea de su población, de 10 millones de habitantes, compuesta por grandes terratenientes que producían cereales, corcho y vino. Una tercera parte de los 9 millones de argelinos estaban subempleados o directamente desempleados de

forma crónica. Los que tenían la suerte de trabajar cobraban salarios bajísimos. Un 80 por ciento de los niños musulmanes no asistían a las escuelas, tendencia que aumentó tras ser incendiadas por las guerrillas. Un 85 por ciento de los musulmanes eran analfabetos en una sociedad cuyos amos aplicaban las normas de la civilización occidental. Las tasas de natalidad de los europeos de Argelia se regían por los mismos parámetros que en Europa; la cifra correspondiente a los musulmanes era diez veces mayor. Mientras los europeos disfrutaban de un nivel de vida similar al de Grecia, Portugal o España, la vida de la mayoría de la población musulmana se parecía a la de los pobres de Egipto o la India. Puede que los aficionados occidentales a lo militar estuviesen impresionados con historias sobre los paracas argelinos, pero lo cierto era que la mayoría de los argelinos vivía en el campo, en la pobreza, y el racismo no era algo casual[580].

La insurrección nacionalista comenzó el día de Todos los Santos de 1954 con setenta ataques coordinados a bases militares y puestos de policía de la región de Aurès. Sacaron a rastras de un autobús a un maestro francés y su esposa y les asesinaron junto a su *caid* (uno de los jefes de aldea y juez a través de los cuales gobernaban los franceses). Radio El Cairo emitía los objetivos básicos del FLN: «Restauración del Estado argelino soberano, democrático y social en el marco de los principios del islam», así como «la preservación de las libertades fundamentales sin discriminación por motivo de raza o religión». Puede que la primera entrada a escena de las guerrillas no impresionara mucho, pero tenían una estrategia bien definida que seguían sin desviarse[581].

La primera fase de la guerra, desde noviembre de 1954 hasta finales de 1955, fue un combate por la supervivencia de una pequeña guerrilla carente de armas modernas, excepción hecha de las vendidas o desechadas tras la Segunda Guerra Mundial. La mayor parte de la violencia del FLN iba dirigida contra otros musulmanes, pues se trataba de crear un «contra-Estado». Aunque era un movimiento predominantemente laico, hacía suyo un austero puritanismo islámico. Los más políticamente rigurosos cortaban el cuello a cualquier musulmán que trabajara para la potencia colonial, bebiera alcohol o fumara; muerte elegida a propósito para evocar el sacrifico ritual o *halal* de una oveja.

El primer ministro francés Pierre Mendès-France, que acababa de liquidar el imperio francés de Indochina, afirmaba que Argelia era un caso diferente. «Los departamentos argelinos forman parte de la República francesa», dijo; «no puede haber una secesión entre ellos y la Francia metropolitana». El ministro socialista del Interior, François Mitterrand, afirmó sin mostrar emoción alguna que «la única negociación posible es la guerra». Las tropas francesas empezaron a llevar a cabo operaciones «de rastreo» (*ratissages*) por las colinas desde las que enviaban sus ataques las guerrillas. La vegetación de estas montañas, denominada *bled*, no se parecía a la jungla que tanto había hecho por el Viet Minh, y al principio los franceses cosecharon algunos éxitos como la captura o asesinato de tres de los nueve líderes históricos del FLN. Pero fueron reemplazados por hombres más jóvenes e implacables, y las *ratissages*, realizadas con una insensibilidad brutal, aumentaban rápidamente el número de potenciales reclutas nacionalistas. También lograron que los musulmanes dejaran la Asamblea de Argelia, entre ellos el liberal moderado Ferhat Abbas, que voló a El Cairo en abril de 1956 para unirse al FLN.

París opinaba que había que restablecer la ley y el orden antes de emprender reformas políticas. No era asunto de nadie cómo lo hicieran, puesto que se trataba de un asunto interno de Francia. Los 1.200.000 argelinos de origen europeo calculaban que las reformas se diferirían indefinidamente si hacían lo suficientemente explícita su desaprobación, pues las coaliciones parlamentarias eran tan tenues que el rabo colonial se meneaba al compás del perro metropolitano. Los *pieds noirs* estaban atentos a cualquier signo que indicara que iban a dejarlos tirados, como creían que habían hecho los franceses en los protectorados vecinos de Marruecos y Túnez, a los que se había concedido la plena independencia en 1956. Ambos países se convirtieron en bases externas del FLN que concedían pasaportes a sus correos y diplomáticos. Toda insurgencia precisa de refugios seguros; en este caso también eran puntos de distribución de armas que, en principio, provenían del Egipto de Nasser en pequeñas cantidades y, posteriormente, llegaban en cargamentos mayores desde Yugoslavia y el bloque soviético[582].

Los *pieds noirs* sospechaban de Jacques Soustelle, un respetado etnólogo y colaborador cercano del general De Gaulle, nombrado

gobernador general de Argelia. Pero Soustelle creía que Argelia era tan francesa como Bretaña o la Provenza, y pidió a la Asamblea francesa que votara una serie de decretos de emergencia que le permitieran recurrir a tribunales militares y ejercer un extenso control sobre los medios de comunicación. Una película de guerra británica, *El puente sobre el río Kwai*, estuvo prohibida durante dos años por mostrar cómo los japoneses habían humillado a los europeos, y *Emboscada nocturna* se prohibió para siempre por mostrar cómo los partisanos griegos secuestraban a un general alemán[583].

Era difícil apreciar a los *pieds noirs*. Los ricos siempre tenían la posibilidad de volver a la Francia metropolitana, pero el grueso de los colonos, algunos de los cuales habían llegado tras la ocupación prusiana de Alsacia en 1870, estaban decididos a no huir de nuevo. También había gente que no tenía adónde ir, como los políglotas *petits blancs* de la clase obrera de Bab el-Oued (la puerta del río), un duro distrito costero denominado «Riviera proletaria». Los colonos de allí bien podían ser corsos, italianos, malteses o españoles en vez de étnicamente franceses. Antes de la guerra votaban a los comunistas, lo que facilitó su transición posterior a un fascismo igual de temperamental. Vivían junto a sus vecinos musulmanes aunando un capitalismo mezquino y una delincuencia igualmente mezquina. A principios de la década de 1950, esta gente encontró un salvador en la persona de Pierre Poujade y su movimiento, la voz de artesanos y tenderos militantemente contrarios al Estado y antisemitas que residían en los departamentos meridionales de la Francia metropolitana. La hermosa mujer de Poujade era argelina, lo que facilitó la entrada del *poujadism* en la colonia francesa más antigua.

Aunque muchos *petits blancs* eran antisemitas por convicción, sentían una profunda admiración hacia Israel por haber sabido demostrar cómo hay que tratar a los arrogantes árabes, un síndrome que se repitió entre los afrikáners de África del Sur[584]. Existían complejas alianzas entre los musulmanes, que no admitían a quienes servían en los regimientos coloniales. A muchos *caids* musulmanes les fue bien fuera del régimen colonial, pero no cabía decir lo mismo de los musulmanes pobres y desempleados, sobre todo los que se apiñaban en la kasba histórica de Argel, donde

vivían unas 80.000 personas en unas 16 hectáreas. También había cierto sectarismo en el FLN, que arrojaba a los excluidos en brazos de los franceses[585].

Uno de los graves problemas de Argelia era la mala gestión de los franceses. Había miles de burócratas en Argel y Orán, pero apenas se veía a un funcionario en las zonas rurales. Soustelle descubrió enseguida que su burocracia estaba repleta de colaboradores *colons*, de manera que los operadores siempre encontraban la manera de no pasar sus llamadas a París por razones técnicas. Para corregir estos problemas algunos asesores de Soustelle, como su colega etnóloga Germaine Tillon (una heroína de la Resistencia que había sobrevivido al campo de concentración de Ravensbrück), le animaron a hacer reformas. Se crearon nuevas *sections administratives specialisées* que acogieron a equipos de expertos técnicos (que hablaban árabe) en pueblos remotos, donde asesoraban sobre formas de cultivo y construían carreteras, hospitales y escuelas. Se pretendía evitar así las reformas políticas. Pero los equipos tenían que vivir en el interior de fuertes (*bordjs*) por su propia seguridad, y las guerrillas destruyeron las mejoras en infraestructuras allí donde pudieron y mataron a los musulmanes que participaron en el proyecto.

El ejército también minaba la labor de los técnicos modernizadores. Había mapas que registraban la difusión de incidentes terroristas creados por el FLN, de manera que los mandos del ejército recurrieron indiscriminadamente a los ataques aéreos —napalm incluido— y tomaron represalias contra pueblos enteros. Se formó una espiral de violencia, pues cuando las tropas francesas veían atrocidades o una hostilidad silenciosa, solían responder matando a cualquiera que consideraran sospechoso de pertenecer al FLN o ser simpatizante. Al igual que las fuerzas de la coalición en Irak y Afganistán medio siglo después, el ejército francés era muy vulnerable a quienes actuaban en solitario desde las filas de sus propias tropas indígenas, capaces de matar súbitamente a sus camaradas franceses.

La estrategia de la guerrilla consistía en provocar a los franceses para que estos desencadenaran una venganza brutal que polarizara las simpatías de la población musulmana que no tenía claras sus lealtades. Para lograrlo, en agosto de 1955 los combatientes

nacionalistas de la zona de Constantina cometieron atrocidades terroríficas con europeos de toda edad y género, sobre todo en el asentamiento de las minas de pirita de El-Halia, cerca de Philippeville. Allí asesinaron a treinta y siete europeos con cuchillos y podaderas, entre ellos diez niños menores de quince años. Los paracaidistas franceses que se apresuraron a llegar al lugar reunieron a todos los que creyeron responsables y les fusilaron con una ametralladora. Algunos entusiastas vigilantes *pieds noirs* andaban por ahí como posesos linchando a todo árabe que encontraban. La cifra oficial de muertes ascendía a 1.200 musulmanes asesinados, aunque el FLN afirmó que fueron diez veces más.

Soustelle reconocía que la lucha se había convertido en una *guerre à l´outrance*, «pues se había cavado un auténtico abismo por el que discurría un río de sangre». Después de visitar a los heridos en el hospital, se convirtió en un adversario implacable del FLN. Tras el cambio de Gobierno que hubo en París en 1956, Soustelle fue llamado de vuelta antes de que sus reformas hubieran podido tener un efecto discernible. Volvería como defensor comprometido de los *pieds noirs*. Por entonces, las fuerzas de seguridad francesas habían perdido a 550 hombres y la guerrilla a 3.000. El número de bajas civiles fue de 1.035 europeos y 6.352 musulmanes, pues el grueso de la violencia guerrillera aún se dirigía contra los musulmanes, a los que se consideraba colaboradores de la potencia colonial[586].

Ocuparon la cúpula del FLN líderes endurecidos por las batallas que insuflaron mayor disciplina a la formación, dotándola de un propósito más violento, aunque la organización interna siguiera siendo caótica. En el verano de 1956, imprimían un periódico rudimentario, *El Moudjahid*, y contaban con una emisora de radio, La Voix de l´Algérie. Intentaron crear una administración paralela, marginando a los *caids* de los pueblos, que solían ser títeres de los franceses. Tras una cumbre de veinte días celebrada en una cabaña en el valle Soumman de Cabilia, la dirección del FLN creó una cadena de mando militar que dirigía a pequeñas secciones y compañías mayores, de más de cien hombres; el rango más alto era el de coronel. Se encomendó la coordinación de los *wilayas* a un Comité de Nueve sometido, al igual que en el caso del control

político ejercido por la Resistencia francesa, al Consejo Nacional de la Revolución Argelina, compuesto por treinta y cuatro hombres. La dirección opinaba que «un cadáver con chaqueta vale más que veinte de uniforme», lo que se traducía en la matanza, muy publicitada, de civiles europeos en las ciudades para atraer la atención de los medios de comunicación internacionales, poco interesados por los enfrentamientos en las aldeas de montaña.

En febrero de 1956, llegó a Argel el primer ministro socialista y pacifista, Guy Mollet, para sorpresa del sucesor de Soustelle, el general Georges Catroux, de setenta y nueve años de edad, que ya había ocupado ese puesto en 1943. El general Jacques Massu, de la Décima División Colonial de Paracaidistas, que siempre llevaba una ropa de camuflaje denominada *tenue léopard*, incrementó la seguridad de Mollet. Los *pieds noirs* decidieron que Catroux era un liberal y convocaron una huelga general en la que participaron veinte mil veteranos encabezados por los inválidos, los ciegos y los hombres condecorados, en lo que fue la primera manifestación de que los colonos europeos tenían mente y voluntad propias. Marcharon en silencio para «dar la bienvenida» a Mollet cuando fue a depositar una corona funeraria en el monumento dedicado a la guerra en Argel: una estatua de Juana de Arco. Al llegar le tiraron repollos, huevos y tomates al grito de *«Mollet au poteau*!» (el poste al que se ata a los condenados a ser fusilados). Le siguieron hasta la residencia oficial del gobernador sin que la policía hiciera nada.

Los puntos de vista de los colonos se regían por las ideas de los comerciantes poujadistas y los elementos gaullistas de extrema derecha. Los actores principales eran el *restaurateur* Jo Ortiz, el abogado corso Jean-Baptiste Biaggi y un líder estudiantil llamado Pierre Lagaillard, que siempre iba con el uniforme de paracaidista. Se mostraban casi tan hostiles con la IV República como con el FLN, pues muchos habían sido simpatizantes de Action Française, una organización de derechas de antes de la guerra que había apoyado al mariscal Pétain. Impresionado por el hecho de que la gente que le había votado en Francia casi le linchara en Argel, Mollet quiso dirigirse a los colonos en un discurso en el que prometía atender todas sus demandas y rescindir el nombramiento de Catroux incluso antes de que el general tuviera tiempo de llegar a Argel. El mensaje dirigido a los colonos más enardecidos era evidente: «Vamos a

organizar la violencia a la europea y a demostrar que también arroja beneficios».

Mollet nombró al ministro de Economía, de cincuenta y siete años de edad, Robert Lacoste, para reemplazar a Catroux. Era un hombre muy directo, al estilo de Ernest Bevin. François Mitterrand, por entonces ministro de Justicia, invistió a Lacoste con poderes dictatoriales que daban derecho al ejército a arrestar, detener e interrogar sospechosos. El número de soldados estacionados en Argelia fue aumentando exponencialmente, de 100.000 en 1955 a 200.000 en 1956 y 500.000 en 1957. Esto implicaba largos periodos de servicio militar y el recurso a reclutas y reservistas, una decisión que planteaba muchos problemas, tanto al Estado francés como al ejército. Poco después del nombramiento de Lacoste, una batallón de reservistas cayó en una emboscada en Palestro; solo se salvaron veintiún hombres. Mandaron a los paracas de Massu a localizar a los responsables y Lacoste metió tropas en la kasba de Argel. También mandó guillotinar a Abdelkader Ferradj, un campesino acusado de provocar un incendio porque se encontró su bicicleta cerca de una granja que había ardido, y a Ahmed Zabane, un oficial veterano del FLN que intentó pegarse un tiro en la cabeza cuando le atraparon, pero solo consiguió volarse el ojo izquierdo[587].

El comandante de Argel del FLN, un antiguo panadero de nombre Saadi Yacef, reaccionó mandando pistoleros a matar europeos dejando notas como «Zabane y Ferradj, os vengamos» sobre los pechos de sus víctimas. Entre ellas estaban cuatro guardias de la prisión de Barberousse, donde solía torturarse rutinariamente a los nacionalistas detenidos.

Lacoste intentó combinar terror y dureza con reformas ilustradas. Se dio acceso a los musulmanes a la mitad de los puestos de funcionariado y se intentó dar a los musulmanes tierras que eran propiedad del Estado. Se entablaron negociaciones secretas con el líder del FLN en el exilio, Mohamed Khider, antes de hablar con Ahmed Ben Bella. Los servicios secretos franceses arruinaron las conversaciones: en octubre de 1956, fue secuestrado el avión en el que viajaban Khider, Ben Bella y Ait Ahmed de Rabat a Túnez; el piloto francés aterrizó en Argel. Aunque Mollet y Lacoste se quedaran de piedra, era políticamente imposible soltar a los líderes secuestrados. Esto acabó con la posibilidad de abrir una brecha

entre los coroneles que dirigían las operaciones del ALN en Argelia y sus representantes políticos, pues Ben Bella, encarcelado, se sintió traicionado y apoyó con su gran prestigio a los líderes militares internos.

Las cosas empeorarían aún más. Habían mandado a los paracas de Massu a participar en la aventura anglo-francesa de Suez, sobre todo porque los franceses se habían convencido a sí mismos de que Nasser estaba armando al FLN, cuando en realidad su ayuda era tan modesta como extravagante su retórica. La fallida misión de Suez hizo que Nasser entregara al FLN grandes cantidades de fusiles Lee Enfield abandonados por los británicos. Además, la debacle de Suez indispuso aún más a los soldados profesionales contra su Gobierno, por si Dien Bien Phu no hubiera sido suficiente. Parecía una versión francesa de la leyenda del «puñal en la espalda» que tanto contribuyera a minar la Alemania de Weimar de las décadas de 1920 y 1930. Además, con frecuentes cambios en el Gobierno de París y largos y anodinos intervalos entre medias, los militares insatisfechos se convirtieron en los principales protagonistas en Argelia, donde llevaron a cabo su propia película de redención[588].

LA RECONQUISTA DE LA NOCHE

El comandante en jefe francés en Argelia se llamaba general Raoul Salan, un general de cinco estrellas y con cincuenta y ocho años que era el soldado más condecorado del ejército francés, y del que ya hemos hablado en el capítulo sobre Indochina. De estatura media, tenía la espalda muy recta y el perfil de un procónsul romano. Le llamaban *le Chinois* (el Chino) porque su piel era amarillenta, algo que algunos atribuían a la costumbre de fumar opio que adquirió durante sus casi dos décadas en Asia; también le caracterizaba una serenidad inescrutable, supuestamente oriental.

Su subordinado más directo era el general Massu, de cincuenta años de edad, un hombre alto y en muy buena forma que siempre andaba por ahí con dos perros lobo. Su esposa, Suzanne, llamaba a su esposo «Hombre de Cromañón». Su lema era «cuando no estás combatiendo, estás entrenando». Massu utilizó su Décima División Colonial de Paracaidistas, que contaba con 6.000 hombres, para derrotar al FLN en Argel. Su mujer estuvo haciendo obras de caridad entre los musulmanes; adoptaron a dos huérfanos árabes y les acogieron como parte de la familia Massu. También estaba

detrás de una medida adoptada por su esposo, que prohibía a los soldados usar el familiar *tú* cuando se dirigían a los árabes.

Casi todo el combate en Argelia tuvo lugar en el *bled*, las montañas cubiertas de matorrales y piedras de Aurès y Cabilia. El ejército francés llevó su experiencia al conflicto utilizando tácticas determinadas tanto por la tradición institucional y la psicología individual como por doctrinas penosamente aprendidas caso a caso. De hecho, un reciente estudio sobre contrainsurgencia lo compara con la pretensión de tomar sopa con un cuchillo[589].

El experto francés en contrainsurgencia David Galula se había enfrentado al Ejército Popular de Liberación chino y fue observador en Filipinas y Malasia. Llevaba destinado en Argelia desde 1956 como comandante de batallón en la región de Cabilia, predominantemente bereber. La estrategia francesa para acabar con el FLN se basaba en la táctica de atacar y huir a campo abierto. Además se procuraba acabar con el tráfico de armas y hombres por la frontera abierta de Túnez, mientras se imponía a Argelia un sistema de retícula. Algunos comandantes, entre ellos Galula, procuraron sacar partido de su profundo conocimiento de la sociedad local para ganarse la simpatía de los musulmanes no comprometidos. El ejército tenía que ponerse de acuerdo con lo más granado de la sociedad local, sobre todo con los consejos de ancianos, muy importantes en Cabilia, que mediaban entre las órdenes francesas y las quejas de los musulmanes. Fumadores y bebedores eran otros aliados potenciales, teniendo en cuenta que el FLN cortaba la garganta a cualquiera que encontrara haciendo una cosa u otra.

Galula creyó identificar a antiguos miembros de las fuerzas armadas que posiblemente trabajaran en el aparato clandestino del FLN e ideó pruebas de buena voluntad, como hacer responsables a los cabezas de familia del mantenimiento de los carteles contrarios al FLN, que los guerrilleros pintarrajeaban o arrancaban. El censo obligatorio permitió a los franceses localizar a la población por su nombre y lugar de residencia, facilitando la identificación de desconocidos sospechosos. Cada vez se añadía más y más información sobre cada habitante de las aldeas. Se recogían en tarjetas indexadas constituyendo lo que los antropólogos denominan «descripciones densas», que permitieron a Galula

identificar a los recolectores reambulantes de impuestos y extorsionistas. Galula partía de su propia experiencia durante su detención por el EPL en China y creía poder ganar para su causa a los insurgentes capturados, aunque, de ser necesario, no le temblaba el pulso a la hora de encerrarles en un oscuro horno de pan para que se fueran concentrando. La mejora de las condiciones físicas de las miserables vidas de los aldeanos también era importante, sobre todo la construcción de hospitales rudimentarios y escuelas a las que pudieran asistir las niñas hasta los trece años, la edad normal de casarse[590].

Como en muchas guerras de contrainsurgencia, este enfoque casi antropológico (que no arroja una tasa de éxito mayor que otros) solo podía funcionar en una cultura institucional que recompensaba la fuerza bruta con condecoraciones y ascensos, y en la que la ética del guerrero era fundamental. El general André Beaufre, veterano de Indochina que operaba en el área de Constantina, dividió su territorio en *zones de pacification* densamente pobladas, donde adoctrinaba a la población e introducía mejoras en su calidad de vida, y *zones d´interdites*, de las que se sacaba a la población para convertirlas en áreas sin combates. El general de las fuerzas aéreas, Maurice Challe, repetiría el experimento a mayor escala unos años más tarde.

Durante gran parte del siglo XX, tras el descrédito sufrido por el militarismo en el *fin de siècle* asunto Dreyfus, en el que se acusó falsamente de traición a un oficial judío, se denominaba al ejército «el gran mudo» por rehuir ostensiblemente la sórdida política. La guerra de Argelia sacó a relucir rasgos pretorianos que ya eran evidentes en Indochina, pero más cerca de casa en este caso. Las tropas de élite francesas estaban compuestas por combatientes puros y duros. Los cuerpos más temidos en Argelia eran los paracaidistas, o boinas rojas, y la Legión Extranjera, o boinas verdes, que venían de servir en Indochina.

Uno de los comandantes más destacados fue el coronel Marcel Bigeard, hijo de un ferroviario de Toul, que había dejado la escuela a los catorce años. Tras una buena guerra, a principios de la década de 1950 era el comandante de un batallón colonial de paracaidistas que fue lanzado sobre Dien Bien Phu en 1954. Dirigió la defensa de las colinas Eliane 1 y 2, y sobrevivió a seis meses de cautividad a

manos del Viet Minh. Al llegar a Argelia, primero hizo limpieza y luego se llevó a sus tropas en una expedición de entrenamiento de dos meses al *bled*. Volvieron en muy buena forma y luciendo gorras de largas viseras que les valieron el sobrenombre de «lagartos». Bigeard era un hombre alto con una gran nariz, la cabeza rapada y unas manos muy fuertes. En julio de 1956 recibió un tiro en el pecho durante una operación cerca de la ciudad de Bône. En cuanto se recobró, en septiembre, le dispararon por la espalda mientras corría por el puerto de la ciudad. Intentó parar un coche mientras sangraba por el hígado y el brazo derecho. El conductor *colon* se fue diciendo: «Me vas a manchar el asiento»[591].

A principios de 1957 reinaba un ambiente febril en la capital argelina. A mediados de enero, colonos extremistas intentaron matar a Salan con un bazuca en su oficina. Mataron a su ayudante y alcanzaron a la hija de diez años de Salan, Dominique, que resultó herida por una esquirla de vidrio mientras hacía los deberes en el piso de arriba. El ataque se debió a que los colonos estaban convencidos de que habían enviado a Salan a Argelia para organizar la retirada.

Argelia se había convertido en un lugar muy violento. En respuesta a la campaña de terror de Yacef, los escuadrones antiterroristas de los colonos volaron un taller de fabricación de bombas del FLN en la Rue de Thèbes, lo que causó la muerte a setenta personas inocentes que vivían en la casa de al lado. Cuando huyeron otros líderes del FLN, Yacef, de veintinueve años, se quedó solo a cargo de todo y decidió urdir una venganza en condiciones. Se movía constantemente: su oficina era un maletín de imitación de piel lleno de carnés de identidad falsos, documentos del FLN y 500.000 francos. Su base estaba en la kasba, un conjunto de casas construidas en torno a patios que desembocaban en callejones oscuros llenos de empinadas escaleras y esquinas que aparecían de repente. Muchos de los callejones terminaban en *culs-de-sac* donde se podía atrapar y matar a los intrusos. Las ventanas de los patios tenían celosías para que las mujeres pudieran mirar al exterior sin ser vistas. La policía de Argel lo llamaba «el acuario».

Entre los 1.400 combatientes de Yacef había jóvenes y atractivas musulmanas que podrían haber pasado por europeas y a veces usaban peróxido para aclararse el cabello. El 30 de septiembre de

1956 dos parejas de estas jóvenes mujeres se tiraron un farol y se abrieron camino flirteando entre los poco curiosos guardias zuavos que vigilaban las entradas a la kasba, para depositar unas bolsas de lona que contenían explosivos en una cafetería que había enfrente del cuartel general de Salan y en un café muy popular entre los estudiantes europeos. Las bombas mataron a tres personas e hirieron a otras cincuenta. Colocaron una tercera bomba en la terminal de Air France, pero no llegó a detonar.

El principal matón de Yacef era un antiguo proxeneta denominado Ali Ammar, alias Ali la Pointe, que había descubierto en la cárcel que era una víctima política. Llevaba el lema de la Legión, *Marche ou crève*, tatuado en el pecho y *Tais toi* (cállate) en la mano izquierda. En diciembre, Ali la Pointe mató al mayor Amédée Froger, el oficial electo más veterano y más militante de Argelia. Poco antes de que el cortejo fúnebre de Froger llegara al cementerio explotó una bomba del FLN entre las tumbas, y una multitud de colonos salieron con intención de linchar a los árabes. El gobernador general, Lacoste, convocó a Salan, que preguntó por los hechos a la Décima División de Paracaidistas de Massu y a su mano derecha, el coronel Yves Godard, que mantenía estrechas relaciones profesionales con los servicios de espionaje franceses y no tenía inconveniente alguno en torturar para extraer información. Había comenzado la primera batalla de Argel[592].

Godard dividió Argel en cuadriláteros y pintó números en las casas para ordenar el caos de la kasba. Nombró líderes de «bloque» que tenían el deber de informar sobre los habitantes y usó informantes encapuchados para realizar visitas por sorpresa e identificar a activistas del FLN. La Tercera de Paracaidistas de Bigeard peinaba esa madriguera humana para sacar de ahí a sus objetivos, y los nacionalistas respondieron con una huelga general en la que Massu acabó recurriendo a cadenas y camiones para arrancar los cierres de acero de tiendas y quioscos e intimidando a los empleados de transportes y oficinas para que volvieran al trabajo. En otras palabras, los franceses declarararon la guerra a toda la población. Yacef envió una nueva tanda de mujeres con bombas que cometieron más carnicerías en cafés y restaurantes, en las que murieron cinco personas y resultaron heridas sesenta. Estallaron bombas en una pista de carreras repleta: hubo diez

espectadores muertos y cuarenta y cinco heridos. Un paciente trabajo policial permitió a Bigeard localizar el principal taller de bombas de la guerrilla, donde sus paracas encontraron ochenta y siete bombas plenamente operativas y un completo alijo de todo tipo de material para fabricar más. Mientras, los torturadores de Godard trazaban detallados «organigramas» de la estructura organizativa del interior de la kasba introduciendo cada dato en un gran gráfico.

Aunque los líderes de la Iglesia católica, entre ellos el arzobispo «Mohammed» Duval de Argel, se oponían a la tortura, el capellán castrense de la Décima División, el padre Delarue, la justificaba basándose en que prevenía la «masacre de inocentes». Utilizaban métodos que iban más allá de lo que los franceses denominan *passage à tabac*, una especie de calentamiento en los preliminares. Lo que Bigeard llamaba «interrogatorio muscular» incluía «submarinos» secos y húmedos (asfixia con bolsas de plástico o con agua —que se volvieron a poner de moda cuando empezaron a utilizarlas los militares argentinos en la década de 1970—) y «máquinas parlantes» (generadores eléctricos a manivela para teléfonos que se colocaban en partes sensibles del cuerpo). A las mujeres se las violaba en prisión, a veces con objetos inanimados. Las sesiones de tortura tenían sus propias rutinas, porque los torturadores salían a fumar o comer. Se ponía música a mucho volumen para que no se oyeran los gritos, excepto en aquellas situaciones en las que se quería que los gritos aterrorizaran a los que esperaban para ser interrogados.

Usaban otras estratagemas, como escribir los nombres de los miembros del FLN aún no capturados en las puertas de celdas vacías para lograr que los arrestados revelaran detalles sobre ellos. Cuando las víctimas morían a causa de las torturas se las enterraba en lugares apartados o se las arrojaba al mar desde helicópteros, un destino compartido por muchos prisioneros vivos a los que en los barracones denominaban irónicamente *crevettes Bigeard* (gambas a la Bigeard). El mayor Paul Aussaresses llevó a cabo una operación combinada de tortura y asesinato en la Ville des Tourelles, donde se concentraba a otras víctimas de tortura para su eliminación. A muchos los llevaban a diversos lugares donde supuestamente morían en combate o intentando escapar. Aussaresses colgó

personalmente al líder del FLN, Larbi Ben M'Hidi, que había organizado la huelga general de 1957, y dijo que se había suicidado en una celda de la cárcel. Aussaresses informaba de sus actividades nocturnas a Massu, que tomaba nota[593].

Aunque un puñado de funcionarios franceses como Paul Teitgen, el funcionario superior responsable de la policía, dimitiera en señal de protesta (a él le habían torturado en Dachau durante la guerra), a menudo las víctimas se convertían en excelentes interrogadores, trastornados por sus terribles experiencias. Algunos torturadores habían sido torturados por los alemanes, o le habían cogido el gusto en la Resistencia durante la guerra, cuando torturaban y ejecutaban a los nazis capturados o a colaboracionistas. A los miembros del FLN tampoco se les caían los anillos a la hora de torturar a los sospechosos de colaborar con los franceses. Se formó una espiral pesadillesca que conducía directamente al nihilismo moral en una región de un país cuya misión civilizatoria obviamente incluía la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. En realidad, cuando Mitterrand autorizó una investigación sobre las alegaciones de maltrato entre los prisioneros, se evitó el término «tortura», que fue sustituido por «procedimientos», los cuales fueron divididos por expertos médicos en «inofensivos» y «abusivos». El tema pesa sobre muchos otros gobiernos que han combatido contra rivales irregulares carentes de la protección que brinda la Convención de Ginebra, ratificada por Francia en 1951[594].

En diciembre de 1960, la Asamblea General de la ONU reconoció el derecho de los pueblos colonizados a la independencia nacional pero, al hacerlo, no tuvo en cuenta la coacción, tortura y violencia desatadas por los movimientos de liberación nacional. No había cortapisas internacionales para las guerrillas que, al moverse continuamente, tampoco hacían muchos prisioneros. Yacef intensificó la violencia terrorista en Argel. En junio de 1957, una potente bomba colocada bajo el escenario de un casino a la orilla del mar mató a nueve personas, entre ellas al músico Lucky Starway, e hirió a otras ochenta y cinco, la mayoría chicas que acabaron sin pies o sin piernas. Quienes acudieron al rescate sentían náuseas al hallar zapatos tirados por ahí con pedazos de pie dentro. Hombres siniestros de gafas oscuras dirigían a las multitudes de *pieds noirs* en sus campañas de venganza por los distritos árabes,

mientras el ejército y la policía miraban sin hacer nada.

La información suministrada por detenidos e informantes condujo a Godard a la guarida de Yacef, situada en dos casas adyacentes. Tras amenazar con volar por los aires ambas casas, Godard logró que Yacef se rindiera. Aunque nunca llegaron a torturarle, les dijo dónde estaba su lugarteniente más leal. Ali la Pointe y un admirador suyo de doce años se negaron a rendirse y murieron junto a diecisiete vecinos inocentes: los explosivos plásticos colocados por los paracas detonaron un gran alijo de explosivos del FLN que habían dejado atrás para ocultarse. Tras estos acontecimientos se consideró que los paracas habían ganado la batalla de Argel, y se pudieron relajar en los rendidos brazos de sus queridas bajo el sol. El FLN lo calificaba de su Dien Bien Phu.

Durante la batalla, el ALN perpetró ataques de distracción en el campo. En Agounennda la estrategia les salió mal, ya que el regimiento de Bigeard mató a noventa y seis guerrilleros y solo perdió a ocho de sus hombres. La prioridad máxima era acabar con el tráfico de armas y combatientes procedentes de Marruecos y Túnez, para lo cual se instalaron vallas electrificadas. La Línea Morice, solo unos metros por delante de la Línea Challe, controlaba la infiltración desde la frontera tunecina. Se extendía a lo largo de unos 354 kilómetros, de Bône a Bir el-Ater. La sección más fortificada tenía una profundidad de 19 kilómetros y contaba con focos, minas y dos vallas de alambre capaces de descargar 5.000 voltios; la defendían 40.000 reclutas. La Línea Pedron dividía al país en dos y abarcaba 145 kilómetros desde Sidi Aissa. En 1958 solo dos de los mil doscientos guerrilleros que cruzaban desde Túnez llegaron a su destino. Se trasladó a la fuerza a tres millones de aldeanos y se les llevó a 1.840 aldeas de *auto-défense* en 1960, en un intento por secar el mar donde nadaban las guerrillas. Internaron en campos de concentración a unas ocho mil personas sospechosas de ser nacionalistas, lo que suscitó las críticas internacionales, aunque Cruz Roja afirmara que el trato que recibían era humanitario[595].

Mientras los enfrentamientos entre facciones y los líderes internos, externos o de las *wilayas* dividían al bando nacionalista, los franceses institucionalizaron las ideas más avanzadas sobre la guerra de contrainsurgencia. Los oficiales de reclutamiento

franceses asistieron a cursos de doce días en el Centre d'Instruction et de Contre-Guerilla creado en Arzew, cerca de Orán, en marzo de 1956. En los libros sobre teoría y práctica militar y en las revistas militares se debatía sobre combatientes famosos, como David Galula o Roger Trinquier, que habían dirigido comandos tras las líneas enemigas del Viet Minh. Se intentó explicar el sentido de la guerra a los reclutas, mucho menos entusiastas que los regulares, con la ayuda de un semanario denominado *Le Bled*. Se trataba de que internalizaran la táctica de ganarse las simpatías de la población, propugnada por los mejores expertos franceses en contrainsurgencia, una táctica que sirvió de poco por la costumbre de situar a los reclutas en cuerpos de regulares. El medio millón de hombres destinados en Argelia en 1957 estaban divididos en tres cuerpos: el de Argel, el de Constantina y el de Orán, y las tropas de élite actuaban de reserva móvil. Junto a los 40.000 argelinos, marroquíes, *tirailleurs* tunecinos y Spahis había 60.000 musulmanes irregulares argelinos o *harkis*, entre ellos antiguos insurgentes desencantados[596].

Desde el punto de vista del Gobierno, la evolución más desesperanzadora era la de las unidades de élite. Se creían muy por encima de los reclutas inexpertos y carentes de motivación alguna que llegaban de la Francia metropolitana como corderos al matadero. Las tropas coloniales y la Legión despreciaban a la élite de los colonos, pero estaban a gusto con los *colons* de clase trabajadora, duros y dispuestos a luchar, sobre todo a raíz de que muchos de sus hijos se presentaran como voluntarios para realizar el servicio militar en las unidades de élite. En 1958 estos hombres se fueron distanciando de una sociedad francesa metropolitana que identificaban con políticos obsequiosos e intelectuales traidores cuando su disgusto les llevaba a amotinarse.

GANAR LA GUERRA

Si bien el FLN había perdido la batalla urbana y no tuvo acceso a Argel en los tres años siguientes, la épica y viciosa naturaleza de la lucha había atraído la atención del mundo entero. Cuando los paracas volcaron su atención en los simpatizantes franceses del FLN, los costes morales de la tortura empezaron a pasar factura a la Francia metropolitana y a la posición de Francia en el mundo. Como suele pasar, la prensa liberal ignoró la barbarie nacionalista.

El FLN contaba con la asistencia de abogados especializados en derechos humanos que decían librar una batalla legal y ser diferentes a otros para los que la autopromoción era más importante que un cliente individual. Jacques Vergès, hijo de un médico y diplomático francés y de una mujer vietnamita, era uno de ellos. Había crecido en la isla de Reunión y simpatizaba con los comunistas, y tenía tan poca esperanza en la defensa de miembros del FLN que le pusieron el sobrenombre de «Maître Guillotine». Sin embargo, lo que sí hacía bien era atraer publicidad con sus estrategias «disruptivas» en los tribunales. Acabó casándose con una de sus clientes, la experta en explosivos del FLN Djamila Bouhired, y defendería al asesino de la Gestapo Klaus Barbie, al terrorista internacional Illich Ramírez Sánchez (Carlos el Chacal), al ministro de Exteriores de Sadam Husein, Tarik Aziz, y al antiguo jemer rojo y jefe de estado Khieu Samphan[597].

Al margen de los motivos que impulsaran a personas como Vérges, la conducta de los franceses durante la guerra minaba su afirmación de que se luchaba por los valores liberales de Occidente, aunque el FLN rechazara explícitamente esos valores. En 1955 los estados no alineados reunidos en Bandung, Indonesia, reconocieron que el FLN era la auténtica voz de Argelia. Aunque los franceses intentaron llevar la guerra de Argelia como si fuera un asunto meramente interno, los nacionalistas más hábiles y los diplomáticos cosmopolitas se hicieron con la opinión pública estadounidense, sobre todo después de que los intelectuales de izquierdas de los campus universitarios decidieran que era respetable criticar a Francia y lo pusieran de moda. Fue el FLN, no los franceses, quien encandiló a los grandes hombres de negocios estadounidenses con la perspectiva del petróleo del Sahara.

La imparcial y bien informada voz del novelista Albert Camus, que defendía la dignidad de la población de colonos, se convirtió en un grito en el vacío, pues las ambigüedades de la situación eran demasiado sutiles para los medios de comunicación liberales. Los *colons* argelinos se convirtieron en la meta de la demonología universal de izquierdas, que divide a los pueblos según su propia definición de la historia. Los *colons* estaban en el lado equivocado del «progreso», una categoría posteriormente extendida a los unionistas del Ulster, los afrikáners y los israelíes. En realidad,

como bien sabía Camus, y como sabe cualquiera capaz de pensar por sí mismo, solo era uno de los dos pueblos que competían por el mismo territorio que, en la mayoría de los casos, nunca había sido una nación hasta que llegaron.

A la administración Eisenhower le preocupaban diversos aspectos de Argelia. Lo que más quitaba el sueño a Foster Dulles era que el apoyo a los actos de Francia en Argelia minara los intentos de los estadounidenses por explotar su propio pasado anticolonial para acabar con los sentimientos comunistas en Asia y el África subsahariana. La constante retirada de tropas francesas de Europa debilitaba a la OTAN que, a su vez, nombraba a menos militares franceses para los puestos más altos, distanciando al ejército y al pueblo francés de una alianza en la que Francia contaba cada vez menos. Dulles tampoco creía la afirmación francesa de que los nacionalistas formaban parte de la amenaza comunista mundial en la que, por otra parte, creía fervientemente. Ike, basándose en su experiencia en la región, prefería cultivar a los líderes árabes como el sultán Mohammed V de Marruecos o Habib Bourguiba de Túnez. También sospechaba, con razón, del potencial antiestadounidense de los planes que labraban los socialistas franceses para crear un bloque euroafricano que abarcara desde Francia, vía Argelia, al África subsahariana francófona[598].

Los nacionalistas habían absorbido a miembros aislados del Partido Comunista de Argelia sin identificarse con sus doctrinas. Sus líderes recibían todas las ayudas que les daba Moscú pero, como sabían que a los soviéticos no les interesaba sacar a Francia de la OTAN, consideraban a Tito de Yugoslavia un socio externo mejor[599]. Era ridículo que, mientras Francia decía estar luchando por la civilización occidental, se negara a escuchar los puntos de vista de cualquier otra potencia occidental sobre su presencia en Argelia; sobre todo, los de Marruecos y Túnez, que mediaban por la paz. Dulles era consciente de que la política francesa podía crear las condiciones para que el comunismo ganara peso en el norte de África, lo cual minaría el sólido bloque de Estados árabes antisoviéticos. Además, el apoyo incondicional que Francia prestaba a Israel ponía en entredicho las políticas estadounidenses de Oriente Medio; no deja de ser irónico que los europeos utilizaran contra Estados Unidos este argumento unos cincuenta o sesenta años

después.

La inestabilidad crónica de la IV República no aumentaba precisamente la confianza de los estadounidenses en los franceses, como tampoco el hecho de que estos amenazaran, de forma apenas velada, con asumir una postura neutral entre Estados Unidos y los soviéticos si los primeros no les ayudaban incondicionalmente. Los soviéticos alentaban esta quimera: Molotov decía a los franceses que Argelia era un problema interno suyo sobre el que Moscú no daba su opinión[600]. Las amenazas de una futura neutralidad unidas a las pretensiones francesas de ser una potencia mundial acabaron con la paciencia de Estados Unidos. El atraco aéreo de Ben Bella destruyó sus esfuerzos por crear una alianza anticomunista en el norte de África que incluiría a Marruecos, Túnez y, eventualmente, una Argelia independiente. La crisis de Suez, de octubre de 1956, fue un choque para la opinión pública francesa, mucho más unida a favor de la invasión de lo que lo estaba la británica, puesto que El Cairo favorecía a los insurgentes argelinos. El siguiente golpe fue la apertura de una oficina del FLN en Washington DC y en la ONU, en Nueva York. Los franceses acertaban en su afirmación de que Estados Unidos se mostraba escéptico con Francia. Había sido así desde que Roosevelt hiciera todo lo posible por excluirla de cualquier papel de posguerra significativo. El antiamericanismo se extendió por Francia, en cuyas gasolineras no se atendía a los turistas estadounidenses y cuyos taxistas se negaban a transportarles.

El 1 de julio de 1957 el joven senador J. F. Kennedy pronunció un discurso muy publicitado en el que pedía la paz y la independencia para Argelia, exigiendo a Ike que abandonara su débil apoyo a Francia. La administración se negó a frustrar la resolución del Senado, como pedían los franceses, pues Kennendy solo había dicho lo que Dulles quería que dijera. Una semana después los franceses respondieron de modo similar: el Gobierno de Félix Gaillard se negó a vetar una resolución de la Asamblea Nacional que pedía que Francia reconociera a la China de Mao. Conviene señalar que, mientras tanto, Estados Unidos seguía suministrando armas a los franceses, helicópteros incluidos, y concediéndoles préstamos para salir de una de sus muchas crisis de balanza de pagos.

El siguiente suceso en el deterioro de las relaciones franco-estadounidenses fue un incidente acaecido en la frontera entre Argelia y Túnez el 8 de febrero de 1958. En otoño de 1957, los tunecinos habían abandonado una franja de territorio de unos 40 kilómetros de largo en manos del ALN, que abrió un campo de entrenamiento junto a la aldea de Sakiet Sidi Youssef, muy cerca de la frontera argelina. Pronto acamparon unos 2.500 combatientes nacionalistas en una mina abandonada que había junto a la aldea. Esto suscitó el eterno problema de si el Estado anfitrión conspiraba con el enemigo o era demasiado débil e ineficaz como para controlarlo. El 11 de enero de 1958, unos combatientes argelinos tendieron una emboscada a una patrulla francesa, en la que mataron a catorce personas, hirieron a dos y capturaron dos prisioneros. El 8 de febrero, las fuerzas aéreas francesas arrasaron Sakiet con bombarderos B-26 estadounidenses, supuestamente para uso de la OTAN. Entre los más de cien muertos había muchos guerrilleros, pero entre las bajas hubo mujeres y niños, y también destruyeron dos camiones de la Cruz Roja.

Cuando los tunecinos asediaron a las tropas francesas, a las que se había permitido permanecer en el país tras su independencia, Estados Unidos se ofreció como mediador. El francófobo Robert Murphy representaba a Estados Unidos junto a Harold Beeley, del Foreign Office británico. Evidentemente Murphy esperaba poner al FLN en la mesa para convertir estas negociaciones en acuerdos de paz entre el FLN y los franceses. En abril de 1958, el Gobierno francés presentó a la Asamblea Nacional una versión muy modificada de la propuesta estadounidense; la versión fue rechazada y el Gobierno hubo de dimitir. El 16 de mayo de 1958 se formó el penúltimo de los veintiún Gobiernos habidos desde 1947. El último obtuvo el poder apenas dos semanas después, con la vuelta al poder de De Gaulle para dar cuerda a la malhadada IV República.

Los *colons* acabaron en medio de un fuego cruzado. El psiquiatra de Martinica y escritor Frantz Fanon se convirtió en una de las voces de moda del Tercer Mundo. Servía en un hospital de campaña del FLN y, tras observar a sus pacientes psiquiátricos, afirmaba que el colonialismo era responsable de trastornos mentales incapacitantes, de los que las víctimas solo podían librarse

desatando a su vez una violencia salvaje. En 1957, el mayor intelectual público de Francia, el sociólogo de la Sorbona y columnista del *Figaro* Raymond Aron, puso públicamente en entredicho el valor de las colonias de ultramar. En su opinión, eran una fuente de falso orgullo, y sería mejor invertir el dinero que costaban en modernizar Francia. Consideraba que, puesto que el nacionalismo argelino era una pasión, nunca se llegaría a un compromiso razonable. Por lo demás, si Francia seguía aferrándose a Argelia y haciendo concesiones políticas a los musulmanes, la tasa de crecimiento exponencial de la población musulmana acabaría teniendo cierto impacto en la política de Francia misma. Dos años más tarde, mandaron a Aron a Washington para argumentar, con escaso éxito, a favor de un compromiso mayor de Estados Unidos con el esfuerzo de guerra francés que evitara que los pretorianos fascistas utilizaran Argelia para hacerse con Francia misma[601].

¿RESURRECCIÓN?

El observador estadounidense Cyrus Sulzberger consideraba que los últimos Gobiernos de la IV República parecían estar haciendo gimnasia en vez de gobernando. Los sucesos de Argelia acabaron con ellos. Se estaba fraguando una conspiración antigubernamental que era una amenaza real para el régimen. Formaban parte de ella un grupo de soldados profesionales insatisfechos por la evolución de los acontecimientos en Indochina y Suez, veteranos de guerra gaullistas (y pétainistas), partidarios de Poujade y otros de ideología derechista fascista y antisemita. Un joven estudiante de Derecho y activista sindicalista convertido en legionario, de nombre Jean-Marie Le Pen, fue diputado poujadista y habló explícitamente a favor de una *Algérie française*. Se oponía a la IV República junto a algunos de los barones políticos más prominentes de De Gaulle, hombres como Michel Debré, Jacques Chaban-Delmas y Jacques Soustelle, el antiguo gobernador general al que, en algunos momentos, vigilaban hasta diez agentes secretos para evitar que volviera a Argelia.

El objeto de su devoción no estaba en plena forma: De Gaulle había perdido vista, se había partido un brazo al caerse y estaba muy delgado, pero aún era un magnífico jugador de póquer político. Tenía poco tiempo para los políticos militares, ya que no confiaba en las capacidades políticas de los generales (con la

excepción de las suyas). Su idea de Argelia dependía de que sus políticas fracasaran o tuvieran éxito, y recurría a hábiles insinuaciones que un político ingenuo bien podía tomar por compromisos firmes[602]. En realidad, De Gaulle utilizó a los *colons* y su apoyo militar durante una época de coincidencia de intereses que le devolvió el poder. Solo se dieron cuenta de que les habían engañado con el tiempo.

El 4 de julio de 1958, tras su acceso al poder, De Gaulle dijo a los *colons*, desde el balcón de la residencia del gobernador general de Argel: «Os he entendido». Esto se interpretó como «Estoy de acuerdo con vosotros». Pocos días después pronunció reticentemente en Mostaganem, por primera y última vez, el potente eslogan: *«Vive l´Algerie française»*. En privado, reconocía que Marruecos y Túnez tenían una tradición estatal venerable, pero que Argelia nunca había sido más que «un montón de polvo» (*poussière*). Sus primeros movimientos sugieren que quería mantener Argelia en Francia[603]. Pero a medida que pasaba el tiempo, se fue haciendo fríamente realista y se dio cuenta de que estaba acabando con los recursos de Francia en una época en la que lo que demostraba el poderío nacional eran las bombas atómicas y no los soldados coloniales vistosamente uniformados. Argelia prestó su último servicio a la *gloire* militar francesa el 13 de febrero de 1960, día en que Francia realizó su primera prueba nuclear exitosa en el Sahara. Siguieron realizando pruebas hasta la independencia, y, clandestinamente, hasta 1966.

Para que Francia recuperara lo que De Gaulle creía con fervor religioso que era su misión histórica en el mundo había que deshacerse de lastres trasnochados como Argelia, sobre todo si la integración suponía inundar a la Francia metropolitana de inmigrantes árabes. La máxima prioridad de De Gaulle era devolver a Francia a la primera fila de las naciones y liberarla de la «sumisión» a la que la tenían sometida los anglosajones, mayoría en la OTAN. En junio de 1960 afirmó: «Es normal sentir nostalgia de lo que era el imperio, al igual que uno puede echar de menos la suave luz de las lámparas de aceite, el esplendor de la marina de los buques de vela, el encanto del caballo y la era de la calesa. ¿Y qué? No hay política más allá de la realidad»[604]. La facilidad con la que pudo realizar la transición se explica en parte por sus orígenes y

aspecto. Nunca había servido en el norte de África, el África subsahariana o Indochina, aunque había combatido en el Líbano y Siria durante la década de 1930 y conocía bien las posesiones francesas de Occidente durante la guerra y sus territorios en el África ecuatorial subsahariana. Era un hombre de Lorena y la única lengua extranjera que hablaba era el alemán[605]. Lo que desde luego no hablaba era la lengua cantarina de los demagogos *colons* de Argelia meridional, a los que acabó odiando. «No son franceses», decía, «no piensan como nosotros»[606]. Tampoco le gustaba mucho la idea de ver a su ciudad natal, Colombey-les-Deux-Églises, convertida en Colombey-les-Deux-Mosquées[607].

Hasta que no llegó al poder, gracias a soldados que no le querían ni confiaban en él, no importó mucho lo que pensara. El 9 de mayo de 1958, el FLN anunció que había ejecutado a tres prisioneros de guerra franceses a los que había retenido durante dieciocho meses. Los colonos, indignados, convocaron una manifestación masiva que coincidió con la inauguración formal del nuevo y efímero Gobierno en París de Pierre Pflimlin. Ese mismo día, los cuatro comandantes de Argelia, entre los que se encontraban Salan y el almirante en jefe de la Marina, entregaron un texto al gobernador general, Robert Lacoste, para que lo transmitiera al jefe del Estado Mayor, Paul Ely, con la advertencia de que «todo el ejército francés, como un solo hombre, consideraría un escándalo ceder esta parte del legado nacional». El 13 de mayo, una gran multitud de *colons* consiguió abrirse camino hasta el centro de Argel, saqueando de paso el Centro Cultural Estadounidense. Inundaron la ciudad de coches que tocaban el claxon al soniquete de AL-GÉ-RIE FRAN-ÇAIS. Usaron un camión para forzar las verjas de hierro de la sede del Gobierno, irrumpieron en los despachos y arrojaron el contenido de los archivadores por las ventanas. Los paracaidistas no hicieron nada por detenerlos. El impopular Salan y el muy popular Massu aparecieron en público y anunciaron la creación de un comité de seguridad pública. Formaban parte de él setenta y cuatro miembros, entre ellos tres musulmanes que representaban a nueve millones de correligionarios. Salan cablegrafió a París: «Las autoridades militares responsables consideran muy necesario apelar a un árbitro nacional con vistas a crear un Gobierno de seguridad nacional [...] Lo único capaz de restablecer la paz es la llamada a la calma

emitida por esta autoridad». Sin embargo, los 30.000 musulmanes se unieron a las manifestaciones haciendo gala de una unidad tal que contradice el relato que hiciera de estos sucesos el FLN.

De Gaulle se aprovechó de lo que casi era un golpe militar, aunque no del todo, sin alinearse nunca explícitamente ni con los soldados amotinados ni con los frenéticos *colons*[608]. Dos campos estaban sopesando su fuerza: uno en Argel y el otro en las calles de París, donde un breve renacer del espíritu del «No pasarán» entre la izquierda devolvió al Gobierno el valor que le faltaba. En vez de dimitir, Pflimlin ganó un voto de confianza en la Asamblea Nacional, y los rebeldes de Argel se encontraron ante la perspectiva de cargos de motín y sedición; luego Pflimlin se confundió dotando de plenos poderes locales a Salan.

En cuanto a De Gaulle, en una visita a París le preguntaron sobre los sucesos de Argelia. «¿Qué sucesos?», contestó fríamente. Aunque a Salan no le preocupaba De Gaulle, el 15 de mayo se atrevió a añadir: *«Et vive De Gaulle*!» a la letanía patriótica que pronunció desde el balcón de Argel. La consecuencia fue que el hombre de Colombey-les-Deux-Églises se mostró dispuesto a asumir el poder. De Gaulle se aprovechó de la reticencia mostrada por Pflimlin a meterse en una guerra llena de riesgos muy reales. Existían rumores bien fundados sobre paracaidistas que volarían de Argelia a la Francia metropolitana, donde se unirían a otras tropas amotinadas en Toulouse que también deseaban derrocar al Gobierno. Massu diseñó la operación, inicialmente denominada «Granada» hasta que una frase pronunciada por De Gaulle en un discurso, el 19 de mayo, cambió su nombre a Operación Resurrección.

Mientras el Gobierno llenaba los bulevares de París con camiones cargados de policías antidisturbios vestidos de negro y abría campos de concentración para derechistas en el Languedoc, De Gaulle anunció solemnemente: «Soy un hombre que no pertenece a nadie y pertenece a todo el mundo». Posó como un Cincinato galo, que abandonaba de mala gana su rústico idilio para salvar a Francia. Como sus sesenta y siete años le hacían sentirse muy mayor para hacer de dictador, dijo estar dispuesto a asumir el poder si se lo cedía formalmente un Gobierno cuya capacidad de acción se atrofiaba más cada día que pasaba. Su tono alivió los

temores de Estados Unidos, que no estaba seguro de que no fuera a dar un golpe de Estado, aunque Washington tomó la precaución de advertir explícitamente a los militares de Argelia que ayudaría a Marruecos y Túnez en caso de un supuesto ataque para perseguir a las guerrillas del FLN.

Puede que hubiera un plan de este tenor, pero lo que ocurrió es que la revuelta se extendió a los cuarteles de Córcega, llevando la amenaza mucho más cerca de Francia. El Gobierno perdió el temple y Pflimlin dimitió, aunque con condiciones. Ni la Asamblea ni las grandes manifestaciones públicas de defensores de la República hacían pensar que De Gaulle estuviera a punto de hacer un *home run*. De hecho, en una reunión con una diputación compuesta por los parlamentarios más destacados, estos rechazaron sus exigencias de que se le transfiriera la autoridad sin más y le animaron a volver a Lorena. «Si el Parlamento está de acuerdo con ustedes, no me queda más remedio que dejar el asunto en manos de los paracaidistas y volver a mi retiro, con la tristeza por única compañía»[609]. El presidente, René Coty, no estaba preparado para correr el riesgo y anunció su disposición a llamar a De Gaulle para salvar a Francia de la guerra civil. De Gaulle había estado cultivando la amistad de diputados socialistas como el antiguo primer ministro, Guy Mollet, y, el 1 de junio de 1958, una mayoría de 320 frente a 224 diputados de la Asamblea confirmaron su nombramiento como primer ministro. Los partidarios de De Gaulle aún no contaban con el visto bueno de la administración Eisenhower, aunque la delegación de la CIA en Argel informaba de movimientos de tropas rebeldes contra el Gobierno de Pflimlin. El 3 de junio la Asamblea concedió al nuevo Gobierno la autoridad para redactar un borrador de Constitución. Otra ley le garantizaba el poder de gobernar por decreto durante seis meses, excepto en asuntos relacionados con los derechos fundamentales de los ciudadanos. La nueva Constitución presidencialista fue aprobada por gran mayoría en un referéndum celebrado el 28 de septiembre, y el 4 de octubre nacía la V República.

En este lapso, De Gaulle apenas dijo nada sobre Argelia. En su viaje del 4 de junio a Argel, el primero de cinco, planeaba (como sabemos) dejar a los *colons*, los musulmanes y el ejército con la idea de que los «entendía» para contribuir a la pacificación. Confirmó a

Salan como delegado general y comandante en jefe de Argelia. Luego le ascendió a inspector general antes de jubilarlo tempranamente. Salan fue reemplazado por el general de las fuerzas aéreas Maurice Challe y nombró a Massu prefecto de Argel.

Challe se embarcó en uno de los intentos más despiadados de extirpar al FLN. En vez de limitarse a reaccionar ante los incidentes que causaba, concentraba todas sus tropas en un sector cada vez, localizando unidades del ALN y recurriendo a la fuerza aérea y las reservas móviles para pulverizarlas. Reclutó a muchos indígenas *harkis* para que pusieran su experiencia al servicio del combate. Su lógica era irrefutable. Como bien explicara un *harki*:

Te despiertas una mañana y descubres que a tu vecino le han cortado el cuello durante la noche. Tú le conoces, a tu vecino, desde hace tiempo. No entiendes por qué le han matado, solo sabes que no debes preguntar. De manera que, al principio, te dices a ti mismo para reafirmarte: «Es sorprendente, pero los muyahidín sin duda saben lo que están haciendo, puede que los hombres asesinados hicieran un doble juego». Luego, más tarde, con todas estas muertes de ancianos y jóvenes de quince o dieciséis años, te dices a ti mismo que hay algo que no está bien, que mañana podría tocarte a ti y por nada especial[610].

El número de miembros del ALN creció vertiginosamente, aunque no sea un indicador fiable de su evolución. Mientras, se despojaba a enormes áreas de sus habitantes, que acababan acorralados en asentamientos estratégicos para que el ejército pudiera matar a voluntad a cualquiera que se quedara. La zanahoria era el Plan Constantina, al que se dotó de miles de millones de francos para invertir en industria e infraestructuras. La idea era crear 400.000 nuevos empleos en cuatro años mediante la construcción de una gigantesca refinería de petróleo y una siderúrgica, así como viviendas para un millón de personas. Se dispuso que dirigieran el plan un comité de expertos europeos y musulmanes, pero dependía de la inversión privada y no era fácil conseguirla. De manera que hubo un gran desequilibrio entre operaciones militares extremadamente costosas (en algunas participaban hasta 25.000 soldados en el campo de batalla) y una fallida campaña por captar simpatías y voluntades.

El corresponsal del *New York Times* Cyrus Sulzberger visitó

Argelia en marzo de 1959; allí hizo fotos espontáneas de la gente corriente perteneciente a un bando, a otro o a ninguno. Encontró a un anciano *colon*, cuya granja tenía ochenta hectáreas y parecía un campamento militar. Desde una colina, el *colon* le señaló: «Mire, quemado, y allí, quemado y las viñas arrancadas. Y allí, quemado, el propietario *égorgé* (le habían cortado el cuello). Mataron a mi vecino en ese campo mientras trabajaba hace justo dos años. La semana pasada mataron a un funcionario en esa colina. Aquella granja la quemaron un domingo mientras el patrón jugaba a los bolos. Esa es la granja de mi sobrino, quemada. Y hemos vivido aquí desde 1858».

Sulzberger le preguntó por qué se quedaba: «Hay quien nos llama opresores, señores feudales, explotadores [...] todo eso es falso. Mis musulmanes me quieren, pero son arcaicos y necesitan ver en mí a un líder tribal. Son como tractores o mulas, hay que montarlos para que trabajen, si no, no hacen nada. No plantan árboles, los talan, dejan que sus cabras devoren los retoños y luego se van [...] Somos nosotros los pioneros los que entienden y han construido este país; nuestros huesos reposan en sus cementerios»[611].

El periodista estadounidense visitó a continuación un *gourbi*, la cabaña de una familia musulmana campesina. Lo que más preocupaba al cabeza de familia era conseguir suficiente comida. Los muyahidín del ALN le acosaban y amenazaban con cortarles el cuello si no les daban comida gratis. Si accedía, le amenazarían los *harkis*, irregulares a sueldo de los franceses, pero si les atendía a ellos podía tener la certeza de que los muyahidín les cortarían el cuello cualquier noche. «Nadie nos deja en paz», dijo el campesino. Por último, Sulzberger pasó una noche con algunos chicos de la guerrilla de aspecto rudo. Eran capaces de marchar 60 kilómetros en una noche, pues tenían que esquivar a los aviones de reconocimiento de día. Cada uno de estos hombres tenía una razón personal para luchar contra los franceses: desde haber tomado parte en una manifestación hasta haber visto cómo una patrulla francesa asesinaba a toda su familia. Un sargento explicaba: «Hemos pagado un altísimo precio por nuestra libertad. Tenemos sed de dignidad humana y libertad. Nada, absolutamente nada puede derrotarnos». El ejército francés y el FLN estaban de acuerdo en una cosa: se

había vertido demasiada sangre como para tirar la toalla[612].

Aunque a mediados de 1959 el ALN parecía una sombra de sí mismo tras el palo que le había dado Challe, la situación no era tan desesperada, puesto que el FLN se había convertido en una presencia diplomática en el ámbito internacional. Además, la renuncia de De Gaulle a una política de mayor integración argelina daba la impresión de que se estaba preparando para concederle la independencia. En un discurso radiofónico a la nación, emitido el 16 de septiembre de 1959, De Gaulle ofreció inequívocamente la autodeterminación a los argelinos, con la esperanza de que pactaran una futura asociación con Francia. A continuación, se proclamó una amnistía general para los presos nacionalistas y se conmutaron todas las sentencias de muerte[613].

Esto volvió locos a los *colons* más extremistas, y ciertos elementos del ejército se mostraron dispuestos a seguirles. En enero de 1960, el general Massu hizo algunos comentarios desleales a un periodista alemán, por lo que De Gaulle le mandó a Francia. Los grupos de *colons* organizados intentaban paralizar Argel. Desafortunadamente, ciertos elementos de la División de Paracaidistas conspiraron en la denominada Semana de las Barricadas enfrentándose a la policía antidisturbios a la que habían enviado para solucionar el problema. La plebe *colon* ocupó el núcleo del Gobierno de la capital durante una semana[614]. Mientras, De Gaulle no decía nada en público que dejara entrever sus intenciones; si tenía que elegir entre que Argelia sumiera a Francia en una guerra civil o perder Argelia, optaría por lo segundo. En la primavera de 1960, el golpe militar ya tenía líderes: el general en activo André Zeller, el general de las fuerzas armadas Edmond Jouhaud y Salan. Tras su vuelta a Argelia había sido expulsado debido a una serie de provocadoras declaraciones públicas. Se exilió en la España de Franco, hogar de muchos nazis y fascistas contumaces. Aunque el régimen de Franco procuraba mantener buenas relaciones con Francia debido a la amenaza que suponían los muchos republicanos y vascos exiliados al otro lado de los Pirineos, fue el cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, quien sacó a Salan de su hotel en París y lo llevó de vuelta a Argelia.

El elemento crucial del golpe fue Challe, al que obligaron a jubilarse antes de tiempo debido a su popularidad entre las tropas.

Se convirtió en el representante de los coroneles y capitanes amotinados que lideraban el golpe. Como el resto, entendía poco de política o incluso de la vida civil normal. La inteligencia, en ambos sentidos de la palabra, parecía residir en Yves Godard, director general de la Sûreté de Argelia y jefe de Estado Mayor irreemplazable durante la batalla de Argel. En abril de 1960, De Gaulle presentó una relación de coste-beneficio que aconsejaba abandonar Argelia, lo cual suscitó las críticas a su visión «de tendero» por parte de los conspiradores, pues, para entonces, sus metas políticas iban mucho más allá de Argelia. Querían evitar que Francia se deslizara hacia la decadencia y se viera reducida a una potencia media. Además, pensaban detener lo que consideraban la difusión de la amenaza roja por la costa sur del Mediterráneo[615].

De Gaulle optó por un juego complejo, insistiendo en que no negociaría con los nacionalistas, cuya cúpula se veía desgarrada por los políticos liderados por Ferhat Abbas y los militares duros bajo el mando de Houari Boumédiène, aliado de Ben Bella, que estaba en prisión. El 14 de junio de 1960, De Gaulle habló en televisión: «En nombre de Francia, a los líderes de la insurrección. Les digo que les esperamos aquí para hallar una forma honorable de acabar con la lucha». Aunque el ejército francés había cosechado muchos éxitos notables frente al ALN, De Gaulle sabía que Moscú y Pekín apoyaban sin reservas al FLN y que Boumédiène estaba decidido a librar una larga guerra de expiación, utilizando artillería situada al otro lado de la frontera y ataques de mortero para mantener al mayor número posible de tropas francesas junto a la frontera tunecina, mientras el ALN eludía el combate en el interior de Argelia. En las grandes ciudades había los suficientes ataques terroristas como para hacer sentirse permanentemente inseguros a los *colons* y a cualquier posible colaborador.

En diciembre de 1960, De Gaulle hizo un viaje por Argelia. Halló mucha hostilidad por parte de los *colons* y recibió una cálida bienvenida por parte de muchos musulmanes. Los servicios secretos israelíes advirtieron a los de De Gaulle sobre una de las cuatro tramas activas para matarle esa semana. Los *pieds noirs* libraron batallas campales con la policía de Argel y Orán. Para su sorpresa, el domingo 11 de septiembre una multitud de banderas verdes y mujeres árabes ululantes señalaron el recrudecimiento de la lucha

del FLN en la kasba de Argel. La manifestación se volvió violenta y se cortó el cuello a algunos europeos elegidos al azar, mientras las hordas árabes destruían la Gran Sinagoga.

El esperado golpe tuvo lugar el 10 de abril de 1961: los alemanes de la Legión Extranjera arrestaron al comandante en jefe y al ministro de Obras Públicas, que estaban de visita procedentes de París. Todo estuvo ridículamente mal organizado. Challe despreciaba tanto a los *colons* radicalizados que les excluyó, dejando fuera a Jouhaud, de procedencia *colon*. Godard no había situado muchos comandantes fuera de Argel ya que pensaba que podrían unirse a los conspiradores, pero, al final, solo 25.000 de los 400.000 soldados franceses estacionados en Argelia se mostraron favorables a los golpistas.

De Gaulle no era Pflimlin. Colocaron tanques en torno a la Asamblea y los ministerios, y camiones en las autopistas que llevaban al aeropuerto. Mientras en algunos de sus partidarios cundió el pánico ante la perspectiva de los paracaidistas descendiendo sobre París, De Gaulle se limitó a decir: «Sí, Fidel Castro ya estaría aquí, pero Challe no». Pronunció en televisión uno de los grandes discursos de su vida, en el que imploraba a los franceses y francesas que le ayudaran en esos momentos de emergencia en los que él encarnaba a Francia[616]. Golpeando la mesa para dar mayor énfasis a sus palabras, arremetió contra los generales jubilados que en su «locura» se habían embarcado en este pronunciamiento de estilo latino como un grupo de payasos uniformados. Sin embargo, el mayor impacto de este discurso fue el que tuvo sobre los reclutas que lo oyeron por radio en Argelia. Estos jóvenes llevaban mucho tiempo resintiendo las fanfarronadas de los paracas y los legionarios, que se consideraban soldados de verdad y tenían al resto por timoratos. Challe se rindió al darse cuenta de que el golpe había fracasado y Jouhaud, Salan y Zeller huyeron. Los boinas verdes de la Primera División Colonial de Paracaidistas volaron sus almacenes de munición al son de la canción de Edith Piaf *Je ne regrette rien*. Challe y Zeller, que se rindieron tras una semana de huida, fueron condenados a quince años de cárcel y a la pérdida de su rango y su pensión. Salan, Jouhaud y Godard fueron sentenciados a muerte *in absentia*. Cientos de oficiales más jóvenes fueron purgados de las listas militares. La Primera División Colonial

de Paracaidistas se disolvió y dejó de existir.

SOLDADOS PERDIDOS

Poco antes del golpe, De Gaulle había recurrido a su amigo banquero, Georges Pompidou, para que ofreciera al FLN un alto el fuego unilateral y negociaciones para la independencia de Argelia. Estas empezaron en Evian, en el lago Leman, en marzo de 1961, pero fracasaron debido a la falta de compromiso de Belkacem Krim. No se sabe por qué asesinaron a Camille Blanc, el joven alcalde de Evian, al empezar las negociaciones. Fue una de las primeras víctimas de la OAS, una organización terrorista a la que pertenecían desertores del ejército que habían huido tras el golpe fallido y se habían integrado en grupos antiterroristas *colon*. Sus primeras declaraciones de intenciones fueron apocalípticas y spenglerianas:

Franceses de toda procedencia:

La hora final de Francia en Argelia es la última hora de Francia en el mundo, la última hora de Francia en Occidente.

Hoy podemos perder o salvar todo. Todo depende de nuestra fuerza de voluntad, todo depende del Ejército Nacional.

Sabemos que se acerca la batalla final. Sabemos que, para ganar esta lucha, debemos estar totalmente unidos y disciplinados. Además, todos los movimientos nacionales clandestinos y las organizaciones de resistencia han decidido unánimemente unir sus fuerzas y sus esfuerzos en una única unidad de combate[617].

Una organización transida por conflictos internos no puede aspirar a una unidad y disciplina totales. Irónicamente, la OAS se creó a imagen y semejanza del FLN, aunque también se usaron como modelos la Haganah de los sionistas y el Irgún[618]. Jouhaud y Salan estaban oficialmente al mando y Godard era el responsable de estrategia, pero lo cierto era que quienes dirigían el cotarro eran los asesinos, hombres como el jefe del Comando Delta, Roger Degueldre, un veterano de Dien Bien Phu. La OAS apuñalaba en público o asesinaba disparando desde coches a todo aquel a quien consideraba un colaboracionista. Los *plastiques* (explosivos plásticos) hicieron temblar Argel, Bône y Orán, al igual que París[619]. Los líderes políticos de los *colons* recurrían a radios pirata o interrumpían las emisiones televisivas para emitir sus propios boletines de noticias. También organizaron «semanas» en las que se aporreaban ollas y sartenes, se enarbolaban banderines o se

paralizaba el tráfico para movilizar a la población de colonos[620].

Argel se convertía en una ciudad fantasma al anochecer, cuando las bandas rivales de asesinos se adueñaban de las calles. La edad de los pistoleros fue bajando a medida que adolescentes apuñalaban a sus víctimas bajo los efectos de las drogas. En un solo día, el 3 de enero de 1962, la OAS asesinó a 127 musulmanes y dejó cientos de heridos. Estos asesinatos se habían convertido en algo tan normal que los peatones se limitaban a rodear los cadáveres que cubrían las calles. La violencia llegó hasta París, donde hubo dieciocho explosiones en una sola noche de enero de 1962. El 7 de febrero de ese año, un joven estudiante de Derecho intentó asesinar al escritor gaullista y ministro de Cultura André Malraux, pero la bomba cegó y desfiguró a Delphine Renard, una niña de cuatro años que vivía en el apartamento de abajo. Murieron muchos más en una manifestación que denunciaba estos ataques y que se convirtió en una revuelta con intervención policial. Las incesantes atrocidades cometidas por los terroristas obligaron a que el FLN y los franceses volvieran a la mesa de negociaciones, esta vez en el Chalet du Yéti, un garaje para máquinas quitanieves en el Alto Jura, antes de volver a Evian. De Gaulle estaba totalmente decidido a lavarse las manos en el caso de Argelia, aunque ello supusiera renunciar al petróleo y el gas del Sahara, cuyas reservas (y el coste necesario para acceder a ellas) aún no se conocían con exactitud. Mientras las conversaciones llegaban a su fin, morían en Argelia unas treinta o cuarenta personas al día. Para entonces, tanto el alto mando militar como el gobierno civil se parapetaban tras reductos fortificados en el interior de las ciudades. Al no haber conseguido el apoyo popular, el general Salan declaró formalmente la guerra al Estado francés.

En Evian se llegó a un acuerdo a mediados de marzo de 1962. Lo más destacado de los acuerdos fue la decisión de que, tras un periodo de transición de tres años, los *colons* tendrían que elegir entre hacerse argelinos o extranjeros residentes. Los nacionalistas habían logrado su objetivo al negar a los *colons* la doble nacionalidad en un Estado argelino independiente. De hecho, en su opinión, los *colons* debían elegir entre las maletas o el ataúd. La OAS reaccionó con disparos de mortero a una multitud musulmana que celebraba los acontecimientos en una plaza de Argel. A su vez,

la reacción de las autoridades fue brutalmente eficaz. Veinte mil soldados regulares asediaron el baluarte de la OAS en Bab el-Oued, en Argel, recurriendo a las fuerzas aéreas y la artillería para sacar a los francotiradores de los tejados.

Una vez que el 90 por ciento de los franceses, excluyendo a los *colons*, a los que no se permitió votar, aprobaron los acuerdos de Evian, la OAS puso en marcha una estrategia de tierra quemada, la Operación Apocalipsis, consistente en prender fuego a hospitales, escuelas y la refinería que tenía BP en Orán. Doscientos treinta musulmanes fueron asesinados a tiros en una semana, entre ellos siete ancianos limpiadores, asesinados cuando iban a trabajar, y nueve pacientes que se hallaban en sus camas de hospital. En un año, la OAS mató a 1.400 personas, el 80 por ciento musulmanes[621].

El Gobierno francés calculó que posiblemente hubieran abandonado Argelia en su primer año de independencia unos 100.000 *colons*. Las advertencias del FLN sobre las maletas y los ataúdes aclararon las ideas a muchos. Solo en junio de 1962, 350.000 europeos se dirigieron a los muelles y aeropuertos. Hacia el otoño habían dejado el país 1.380.000 europeos. Les siguieron antiguos *harkis*, que huían de los escuadrones de la muerte del FLN, exiliados en una tierra que rebosaba un resentimiento indiscriminado hacia los árabes. Las tropas francesas de Argelia observaban pasivamente cómo las guerrillas nacionalistas avanzaban hacia las grandes ciudades. El 4 de julio se arrió la bandera francesa, que fue reemplazada por la verde y blanca con una luna en cuarto creciente de la Argelia independiente. Medio millón de personas habían fallecido en una guerra que duró ocho años; la gran mayoría eran musulmanes.

El terrible final del Imperio francés fue la puntilla para el mito de la *mission civilisatrice*, al igual que los sórdidos métodos empleados por la mano derecha de De Gaulle, Jacques Foccart, para conservar el imperio informal de Francia en el África negra arrojan una sombra sobre la memoria del general. En Argelia, Ahmed Ben Bella fue brevemente un ejemplo para el Tercer Mundo no alineado, hasta que fue derrocado, en 1965, por el peligroso Houari Boumédiène, que renunció a toda apariencia de democracia. Envueltos en un mito romántico, el dogmatismo y la violencia de

esos años cuajaron en el ADN de la Argelia independiente. Los expatriados argelinos franceses reforzaron el derecho político de la metrópolis de una forma que no fue posible en Gran Bretaña, que tenía muchos menos colonos europeos en sus colonias, bastante más volátiles. Royal Tunbridge Wells nunca estuvo a punto de convertirse en Aix, Orange o Toulouse, a pesar de sus muchos coroneles retirados. No cabe decir lo mismo del Partido Conservador en el poder, sobre cuyos problemas en África hablaremos a continuación[622].

13. TERROR Y CONTRATERROR: KENIA

LA IMAGEN DE ÁFRICA

A finales de la década de 1940, Kenia se había convertido en el lugar favorito de los cineastas que buscaban cielos en Technicolor, nativos sonrientes y leones rugiendo en fila: un trasfondo exótico para las estrellas de cine de Hollywood con viriles pectorales en el rol de Gran Cazador Blanco. Stewart Granger y Deborah Kerr protagonizaron allí *Las minas del rey Salomón*, y Gregory Peck y Ava Gardner *Las nieves del Kilimanjaro*. Pero la película más famosa fue *Mogambo*. Durante las Navidades de 1952, el palacio de gobierno de Nairobi acogió a Clark Gable, Grace Kelly y Gardner. El marido de Gardner, Frank Sinatra, cantaba *Navidades blancas* ante una acalorada audiencia de la que formaban parte el gobernador sir Evelyn Baring y su esposa, lady Molly. Ese año Kenia también atrajo la atención porque la princesa Isabel, alojada junto al príncipe Felipe en el Treetops Safari Lodge, supo que su padre, el rey Jorge VI, había muerto y que ella era reina. Más tarde, el país sería famoso porque los biólogos y paleontólogos Louis y Mary Leakey descubrieron en él al ancestro más antiguo de los seres humanos. *Born Free*, el libro que escribió Joy Adamson sobre el cachorro de león que consiguió devolver a la selva (un regalo habitual como premio en los colegios), también transcurría allí[623]. La «emergencia» Mau Mau se introdujo en este idilio colonial y, mientras duró, enfrentó a dos caracteres tan representativos de sus respectivas culturas que bien se les puede calificar de «paradigmáticos».

«EL GRANDE»

Los Baring ocuparon el palacio de gobierno de Nairobi durante siete años a partir de septiembre de 1952, aunque el nombramiento de sir Evelyn se realizara seis meses antes. Se había herido una mano y, además, las cartas de su predecesor, sir Philip Mitchell, parecían más preocupadas por cuestiones como el modo de evitar socialmente a los divorciados que por la agitación en la colonia. Aunque solo tenía sesenta y un años, el gobernador saliente era un hombre exhausto que ya no viajaba por sus vastos dominios. Su Dirección de Inteligencia y Seguridad también estaba confinada a Nairobi, lo que explica por qué ignoró las advertencias sobre los problemas que se le venían encima, incluidas en los meticulosos informes de Louis Leakey[624].

Evelyn Baring era el menor de los hijos de lord Cromer, el «hacedor del Egipto moderno», y gozaba en la vida de todas las ventajas. La rama de la familia dedicada a la banca había amasado una enorme fortuna que él decía despreciar. Se educó en Winchester, la fábrica tradicional de altos funcionarios civiles británicos, y se graduó honoríficamente en Historia en el New College de Oxford antes de seguir los pasos de su padre y empezar a hacer carrera en el Imperio. Pasó los primeros años de servicio en el funcionariado civil de la India, donde sus funciones le llevaron a ejercer de magistrado. Allí el juego consistía en cazar cerdos salvajes con una lanza y evitar al montón de esperanzadas chicas a las que sus ambiciosos padres mandaban en busca de maridos. No había peligro de que alguna le liara, pues, como explicaba a su excéntrica madre Katie, «el esnobismo, el más excelente de los defectos, protege totalmente a tu hijo»[625].

Los contactos y el nepotismo garantizaban rápidos ascensos pero, en 1933, un ataque de disentería causada por amebiasis, que dañó su hígado para siempre, le obligó a abandonar la India. Pasó seis años en Londres trabajando en el banco familiar y se casó con Molly Grey, uniéndose a su distinguidísima familia. Cuando Evelyn se convirtió en par del reino, en 1960, adoptó el título de barón Howick en honor a la mansión que Molly había heredado de su ancestro más famoso: el primer ministro reformista Charles Earl Grey.

Por entonces, Evelyn tenía contactos con las personas más distinguidas de Gran Bretaña y se unió al Foreign Office, primero en

1938 y luego en 1942, cuando le nombraron, con solo cuarenta años, gobernador de Rodesia del Sur y se convirtió en sir Evelyn. El *Daily Telegraph* publicó un elogioso perfil sobre el gobernador más joven nunca nombrado y comentaba que Baring era «un hombre de mundo, una persona sociable con la ventaja de tener un físico atractivo». De hecho era sorprendentemente alto y delgado, de ahí que en África le apodaran el Grande. La historia de que, al subir a un buque de guerra con destino a Durban, lady Molly dio su bolsa al almirante tomándolo por un criado dice mucho del estrecho mundo en el que vivían los Baring.

Evelyn pasaría los siguientes diecisiete años en África, primero en Rodesia del Sur y luego como alto comisionado en África del Sur mientras era, a la vez, gobernador de los enclaves de Bechuanalandia, Basutolandia y Suazilandia, antes de acabar como gobernador de Kenia. Molly afirmaba que allí donde iban imitaba el estilo campestre de su gran casa de Northumberland. En Rodesia y Kenia, los Baring vivían al lujoso estilo colonial, tanto en Salisbury como en Nairobi; en Pretoria tuvieron que conformarse con una villa en los suburbios. Allí oían el gramófono del vecino, algo inusual en su limitada experiencia de convivencia con el resto de la humanidad. En general, sus ínfulas señoriales funcionaban bien con los africanos negros y menos bien con los colonos blancos.

En 1944 Baring se había hartado de Rodesia del Sur, donde el tema candente era evitar que los colonos ingleses locales emularan a sus vecinos afrikáners holandeses y formalizasen la discriminación racial. El primo de Molly, el secretario del dominio «Bobbety» Cranborne (marqués de Salisbury desde 1947), nombró a Baring miembro de la Alta Comisión de Sudáfrica. Allí Baring pudo cultivar la amistad del anciano primer ministro, el mariscal de campo Jan Smuts, miembro del gabinete británico en ambas guerras mundiales y un gran jugador en un mundo de posguerra en el que ambos creían que el imperio podría desempeñar un papel crucial.

En junio de 1948, Smuts fue expulsado del Partido Nacional Afrikáner, que le consideraba un traidor a su raza. Lo cierto es que este asunto cortó a Baring el acceso a los puestos más altos de un Gobierno de Sudáfrica embarcado en la creación del *apartheid*. Los modales aristocráticos de Baring no eran, claramente, lo más adecuado en política y, en 1952, los conservadores le trasladaron a

un puesto de menor rango: el de gobernador de Kenia.

LA CREACIÓN DE MZEE JOMO KENYATTA

El hombre al que Baring decidió oponerse en vez de incluirlo en su Gobierno había nacido en torno a 1889 como Kamau wa Ngengi en el pueblo de Gatundu, situado en el núcleo de lo que se denominaba África oriental británica. Pertenecía a la tribu kikuyu, que constituía solo el 20 por ciento de la población negra africana pero ocupaba las mejores tierras y practicaba un tipo de agricultura bastante avanzada; eran sumamente adaptables. Kamau era un huérfano a todos los efectos, y su abuelo chamán, Kungu wa Magana, fue la persona que más influyó en él durante su juventud.

A la edad de doce años, su abuelo le mandó interno a la Misión de la Iglesia de Escocia, situada a unos 20 kilómetros al noroeste de Nairobi. Allí aprendió a leer y escribir, le enseñaron el oficio de carpintero y adoptó el nombre de John Peter cuando recibió el bautismo; más tarde lo cambiaría por el de Johnstone Kamau. Siguió los ritos de iniciación de su tribu, con su circuncisión ritual, pues no quiso decidir entre ambas identidades y se convirtió en un hombre a caballo entre los dos mundos. Se mudó a Nairobi y vestía ropas occidentales, pero llevaba un cinturón adornado con cuentas de colores denominado *kinyata* en kikuyu, el primer paso en la construcción de la identidad que le haría famoso[626].

Kamau trabajaba como carpintero antes de unirse al Departamento de Obras Públicas de Nairobi, donde se convirtió en lector de contadores. Se compró una moto, un pedacito de tierra y una chabola a la que llamó Kinyata Stores. Como sabía leer y su inglés era fluido, ascendió rápidamente en la Asociación Central Kikuyu (KCA, en sus siglas en inglés), una organización política creada en 1924 para hablar al gobierno colonial de los problemas de los kikuyu. Las tierras eran su principal preocupación. Para desgracia de los kikuyu, eran las más ambicionadas por los colonos debido al clima y la calidad del suelo. Tras la Primera Guerra Mundial habían llegado nuevos colonos, muchos de ellos antiguos militares que sabían poco de agricultura y aún menos de la cultura local. Creían que eran tierras vacantes, pues no se daban cuenta de que los pastores africanos eran trashumantes y se movían de un lado a otro a lo largo de cientos de kilómetros para encontrar pastos y agua. Los kikuyu cambiaban sus cultivos de lugar para no agostar

el suelo.

Se los humillaba de muchas formas, también con muestras de falta de respeto hacia la tierra donde estaban enterrados sus antepasados, sus árboles sagrados, etcétera. Aunque la desposesión semilegal era tan irritante allí como en el resto del mundo, la cuestión no se limita a ser un relato moral sobre la malevolencia de los blancos, de esos que leemos hoy en obras con vocación ahistórica. Los jefes y ancianos de las reservas kikuyu disponían de muchas tierras que proteger de los salteadores; sus ganados de bestias escuálidas suscitaban el deseo de sus congéneres más pobres, como le ocurriría a cualquier agricultor blanco. Además, tenían su propia policía tribal, oficialmente reconocida por las autoridades británicas. A los hombres jóvenes rebeldes se les pedía que se marcharan, porque tenía lugar tanto un conflicto intergeneracional entre los kikuyu como una rebelión contra los blancos[627].

Una parte sustancial de la población kikuyu perdió sus raíces y se resignó a vivir en las granjas de los blancos. Todos debían apuntar su lugar de nacimiento, registrar sus huellas dactilares, su historial laboral y sus salarios en un papel que guardaban en un pequeño bote que llevaban colgando del cuello. Los que vivían en las granjas de los blancos se vieron sometidos a trabajos forzados, sobre todo excavando terrazas en la tierra para evitar la erosión del suelo. El poco ganado de los kikuyu era objeto constante de tratamientos veterinarios para equipararlo al europeo. Los kikuyu lo toleraron mientras los colonos blancos les enseñaban a sacar rendimiento a sus tierras, pero en cuanto supieron cultivar té o café y sus ganados estuvieron sanos, decidieron marcharse. Puesto que no les querían en las reservas kikuyu, que padecían sus propias presiones demográficas, muchos jóvenes emigraron a los suburbios de Nairobi, donde se convirtieron en una clase baja inquieta que vivía junto a quienes tenían trabajos regulares, pero acababan radicalizados por los sindicatos y protestando por los bajísimos salarios que recibían.

El joven Kamau fue ascendiendo hasta convertirse en secretario general del KCA y editar su periódico, *Muigwuithania*. En 1928 pronunció una emotiva conferencia sobre los problemas de los kikuyu con las tierras ante la Hilton Young Commission de Nairobi. Al año siguiente, la asociación le mandó a Londres para que

representara personalmente los intereses kikuyu ante el Ministerio de las Colonias. Salvo por una breve visita en 1930-1931 para ver a su esposa Grace y sus pequeños hijos, Kamau permanecería en Gran Bretaña hasta 1946. Se hacía llamar Johnstone Kenyatta y se casó con una mujer inglesa, aunque tenía en África otra pareja informal. Fuera lo que fuese lo que le convirtió en uno de los líderes nacionalistas africanos más reverenciados tuvo lugar en las pensiones de mala muerte de Londres, donde vivió dieciséis años entre el frío y la pobreza con la única ayuda de sus amigos blancos liberales y presbiterianos.

En 1929 hizo una breve visita a la Rusia bolchevique, donde volvió entre 1932 y 1933 para asistir a la Escuela Lenin y la Universidad del Este (siguiendo los pasos de Ho Chi Minh) bajo el nombre de James Joken. Allí recibió entrenamiento paramilitar y adoctrinamiento marxista-leninista. Como muchos otros africanos negros, descubrió enseguida que el racismo ruso era incluso más virulento que el británico. En cuanto al supuesto adoctrinamiento, ante la acusación de un comunista sudafricano de ser un «pequeño burgués», replicó: «No me gusta lo de pequeño, ¿por qué no me dice que soy un gran burgués?»[628]. James Joken dejó Rusia abruptamente a partir del giro que dio Stalin a la política imperialista ortodoxa rusa para hacer la pelota a las potencias occidentales tras el ascenso al poder de Hitler en Alemania[629].

Aunque el MI5 británico era consciente de que a Kenyatta no le gustaba mucho el comunismo, hicieron buen uso del tiempo que pasó en Moscú. En realidad, apenas dejó huella en él, fue una de tantas identidades con las que jugó, animado por los intelectuales afroamericanos y de Trinidad que había conocido en Londres. Al contrario que la mayoría de los «tontos útiles» occidentales, rechazó para siempre su experiencia del estado policial estalinista.

De hecho, Kenyatta distaba mucho de ser un «progresista». Aunque nunca dejó de ser cristiano, rompió con la Iglesia de Escocia por su condena de la práctica de la circuncisión genital femenina practicada por los kikuyu; una práctica a la que, por lo demás, se oponía en privado. Fue un movimiento táctico muy inteligente, en línea con la imagen que quería dar el KCA de defensor de las costumbres ancestrales promovidas por los jefes tribales, cuya autoridad se basaba en la tradición. En un intento de

socavar la labor realizada por los mediadores occidentales y sus agentes, crearon escuelas independientes, pensadas para rivalizar con las escuelas de los misioneros, en las que enseñaban maestros que no recibían directrices de las iglesias[630].

Durante su larga estancia en Londres, Kenyatta llevó una vida modesta y apareció de extra, haciendo de africano con lanza, en la película *Sanders of the River* dirigida por Alexander Korda en 1934; asistió a las clases del antropólogo Bronislaw Malinowski en la London School of Economics y, en 1938, escribió con su ayuda *Facing Mount Kenia [Frente al monte Kenia]*, un himno al paraíso primordial que había sido África oriental antes de que llegara la serpiente blanca. Algunas partes del libro son intensamente líricas, como aquella que explica que el rayo y el trueno se deben a que a Ngai, dios del cielo, le crujen las articulaciones mientras salta de la cima de una montaña a la de otra[631]. Es una brillante obra de semificción, con algún que otro adorno académico.

En la cubierta aparecía el autor, de casi cincuenta años, oculto bajo un manto y blandiendo una lanza falsa y una vara como la del emperador Haile Selassie. Con ayuda de un amigo, Kenyatta recorrió el alfabeto haciendo combinaciones de sonidos hasta que le pareció encontrar en «Jomo» el nombre apropiado para complementar a «Kenyatta»[632].

Mientras Kenyatta hacía el papel de africano con fez y manto, grandes anillos de granates, un bastón con empuñadura de plata y su signo distintivo, la faja con cuentas bordadas, los fecundos kikuyu traspasaban los límites demográficos de su reserva y los colonos se expandían, un proceso acelerado por el *boom* de los precios tras el estallido de la guerra en 1939. A partir de 1945 fueron llegando a Kenia más soldados desmovilizados para beneficiarse de los planes de expansión las colonias agrícolas. En cambio, muchos de los 75.000 soldados africanos de Kenia desmovilizados, que habían combatido por los británicos, acabaron en el Nairobi de la época, caracterizado por la segregación. La ciudad ya era mucho más que una estación de tren polvorienta o llena de barro, y algunos de ellos formaron parte de bandas criminales[633]. Entre 1946 y 1952 se desplazó de las tierras de labor a unas 100.000 personas que no disponían de títulos legales, y se las condujo hacia las tierras menos fértiles del interior[634]. Los

desterrados se unieron entre sí por medio de juramentos vinculantes, una práctica adoptada por muchos radicales de los suburbios de Nairobi.

Todo esto quedaba muy lejos del tranquilo pueblo del oeste de Sussex, Storrington, donde Kenyatta pasó la Segunda Guerra Mundial cultivando tomates y dando clases a los miembros del ejército. En 1942 se había divorciado y volvió a contraer matrimonio con Edna Clarke, de treinta y dos años, cuyos padres habían muerto en un bombardeo. Tras haber pasado dieciséis años en Inglaterra, Kenyatta tenía mucho que decir sobre sus habitantes. «Los ingleses son gente maravillosa con la que convivir en Inglaterra», escribió a su hija Margaret, nacida de su unión con Grace Wahu[635].

En principio, la Carta del Atlántico de 1941 parecía prometer mucho, y hubo muchos comentarios superficiales en la BBC sobre el futuro de las colonias europeas. A la postura oficial de que se trataba de estar o no preparados para el autogobierno, Kenyatta y sus compañeros (gente como Kwame Nkrumah, de la Costa de Oro) replicaban: «¿Y quién va a juzgar si estamos preparados o no y según qué baremos?». En septiembre de 1946, Kenyatta se despidió de Edna y el hijo de ambos y puso rumbo a África oriental. En Mombasa se reunió con Grace Wahu y sus dos hijos, un varón de veinticinco años y Margaret, de dieciocho. Cada vez que hacían una parada en su viaje hacia Nairobi, las mujeres kikuyu emitían un sonido ululante característico, lo que indica que había una movilización y organización previas considerables. Los contactos tribales garantizaban a Kenyatta un futuro brillante cuando le nombraron director de un instituto independiente para profesores, el Independent Teacher's College, que esperaba poder convertir en una futura red de apoyo político. En junio de 1947 Kenyatta se convirtió en el presidente de la Unión Africana de Kenia (KAU, en sus siglas en inglés), el mayor vehículo del nacionalismo en el país desde que se prohibiera el KCA en 1940. Aunque hubiera preferido contar también con el resto de las grandes tribus, como los kamba, luo y masai, estas temían tanto caer bajo el control de Kenyatta que preferían quedarse con los británicos. No cabe duda de que Kenyatta era la encarnación del movimiento, pero había figuras mucho más radicales que se colaron en la dirección del KAU.

Kenyatta mismo estaba sometido a una vigilancia policial permanente y tenía que tener mucho cuidado, pero otros miembros menos destacados no tenían este problema. Desde principios de 1952, a medida que el KAU se dedicaba a hacer limpieza, empezaron a aparecer cadáveres de informantes de la policía.

EL ENTORNO

Los colonos que se dispersaron por las White Highlands entre Nairobi y el lago Victoria se comportaron de forma brutal. Un funcionario colonial informó: «No hay atrocidades en el Congo [belga] —salvo las mutilaciones— que no se perpetren en nuestro Protectorado»[636]. En cuanto se introdujo la policía colonial se acabaron este tipo de prácticas, pero los colonos aprendieron a institucionalizar su poder mediante el control del Consejo Legislativo para blancos creado en 1920. En la década de 1930 eran unos 30.000, y no cabe duda de que dejaron huella en el país. Un abismo de incomprensión separa a los británicos actuales de los de aquellos tiempos. La mayoría de los blancos eran agricultores enjutos que trabajaban mucho y vivían en chabolas que consideraban santuarios. Sabían el suajili suficiente como para decir «jambo» (hola) o «kwa heri» (adiós). Sin embargo, los ricos se permitían cualquier tipo de vicio, y sus despreciables escándalos dotaron a toda la comunidad blanca de Kenia de una pésima reputación internacional[637]. Sobre esto Evelyn Waugh, en su visita al país en 1930 como corresponsal especial de *The Times*, comentó que era como generalizar la conducta inapropiada de un puñado de libertinos de clase alta de Belgravia o Mayfair a los empleados y oficinistas de todo Londres[638].

Intelectuales que pasaron por allí, como Julian Huxley, comprobaron que, aunque los colonos hablaran continuamente de la superioridad de la civilización blanca, su única ocupación era practicar deportes y beber mucho en hoteles y clubs tras la súbita puesta de sol, que daba el pistoletazo de salida. En sus lugares de reunión habituales se observaba una estricta segregación. Un funcionario de aduanas que se puso a jugar al tenis con un médico anglo-indio en el Mombasa Sports Club fue llevado aparte y se le informó de que estaba avergonzando a toda la comunidad europea. Como judío, Alderman Izzie Somen no pudo nunca formar parte del exclusivo Nairobi Club, ni siquiera después de ser elegido alcalde de

la ciudad[639]. A mediados de la década de 1940, los colonos habían organizado una especie de partido denominado Elector's Union, a cuyo frente estaba el sofisticado orador Michael Blundell.

Respecto a los Baring, el escritor y viajero norteamericano John Gunther comentó: «Sir Evelyn es uno de los mayores aristócratas que he tenido ocasión de ver […] [él y su mujer] eran meticulosos, generosos, de buenos modales y muy refinados, gente sana, pero hicieron que el palacio del gobernador de Kenia pareciera una isla perdida en el tiempo, impulsada por fuerzas que nadie era capaz de comprender»[640].

Esto último también se aplicaba a una operación de recopilación de datos llevada a cabo por los servicios de inteligencia británicos de Nairobi. Los kikuyu recurrían a los juramentos para cerrar contratos matrimoniales o relacionados con la tierra, y el castigo por su incumplimiento era «mala salud». Los cristianos obligaban a jurar con la Biblia en la mano. Los miembros más radicales del KAU convirtieron las ceremonias en las que se pronunciaban estos juramentos en una forma de movilización política. En algún momento los miembros de las bandas que ofrecían protección en los suburbios de Nairobi empezaron a tomarse juramentos entre ellos y también (bajo coacción) a aquellos a los que extorsionaban. El término «Mau Mau» podría traducirse por «comedores avariciosos» y acabó designando a la resistencia kikuyu contra el egregio dominio blanco. Para realizar los juramentos se basaban en prácticas animistas y rituales sagrados.

Estos rituales agradaban al núcleo duro de los Mau Mau: gente de campo que no tenía dónde caerse muerta y «chicos salvajes» de ciudad, impacientes por lo lenta que era la vía tradicional para convertirse en un hombre hecho y derecho en la sociedad de su época. Los juramentos forzosos empezaron a extenderse por la comunidad kikuyu con objeto de disuadir a la gente de informar a la policía o crear un espacio libre de informantes en el que organizar sus empresas delictivas. Los juramentos se prestaban de noche, bajo arcos de hojas de plátano tachonados con ojos de cordero y untados de sangre menstrual (humana y de animal), orina y órganos de animales. A veces se obligaba a los participantes a cometer bestialismo. Si eran matrimonios los que prestaban juramento, se les desnudaba y ataba juntos con intestinos de cabra.

No sorprende que a los europeos les diera la impresión de que allí sucedía algo oscuro y demoniaco o, al menos, esencialmente patológico, mientras que los leales africanos tendían a considerar al Mau Mau un grupo de «chicos perdidos» o delincuentes sin piedad. En 1950-1951 los juramentos más nuevos se habían convertido en una llamada a una revolución sangrienta:

Si me envían a por la cabeza de mi enemigo y fracaso, que este juramento me mate.

Si no consigo robar a los europeos lo que pueda, que este juramento me mate.

Si oigo hablar de un enemigo de nuestra organización y no informo de ello a mi líder, que este juramento me mate.

Si alguna vez recibo dinero a modo de soborno de algún europeo, que este juramento me mate.

Si un líder me envía a hacer algo grande para la casa kikuyu y me niego, que este juramento me mate.

Si me niego a contribuir a echar a los europeos de este país, que este juramento me mate.

Si venero a algún líder que no sea Jomo, que este juramento me mate[641].

Que Kenyatta fuera el símbolo de la violencia Mau Mau no implicaba que la hubiera puesto en marcha o la dirigiera. De hecho, el jefe del MI5, sir Percy Sillitoe, se mostró categórico al afirmar: «Ninguna de nuestras fuentes indica que Kenyatta, o sus socios del Reino Unido, estén implicados directamente en las actividades Mau Mau ni que Kenyatta sea su líder o esté en situación de dirigir sus actividades». Su liderazgo estaba mucho más descentralizado, eran muy selectivos, y de ahí que resultara difícil averiguar qué hubiera ocurrido de haber sido la organización obra de un hombre solo[642].

En un principio, la violencia Mau Mau se desató contra los kikuyu leales al Gobierno que se negaban a prestar estos juramentos; muchos eran cristianos y los consideraban rituales satánicos. Se persiguió a quienes exigían los juramentos y, en agosto de 1950, se prohibió el Mau Mau, sin que el Gobierno colonial tuviera una idea muy definida de lo que era en realidad. Siguió habiendo ataques contra los kikuyu leales y hubo docenas de casos de incendios provocados en granjas remotas, donde la hierba seca se prendía fuego de repente. Las investigaciones de la policía de

este tipo de incidentes se encontraban con un muro de silencio, y el resultado fue la Ordenanza de Castigos Colectivos de abril de 1951, que permitía imponer multas de hasta 2.500 libras esterlinas a las aldeas recalcitrantes.

El Gobierno también promovió lo que las personas con mayor sentido del humor denominaron «brujos médicos de su Majestad» para que administraran contrajuramentos, basados en «tradiciones» antropológicas inventadas por Louis Leakey. A cambio de sus honorarios, estos ancianos caballeros utilizaban una pezuña de cabra o una piedra sagrada para inducir a sus clientes a vomitar el juramento Mau Mau, lo que, por lo general, solo suponía escupir y repetir las palabras «Lo exhalo» al ritmo de unos golpes que los policías africanos daban con la culata de los rifles[643]. A mediados de mayo de 1952 aparecieron los primeros cuerpos mutilados, normalmente de informadores; también se asesinaba a quien informaba sobre los cadáveres[644]. Hubo un incidente especialmente desagradable: estrangularon a un kikuyu cristiano que se negó a prestar el juramento; un par de semanas después de su entierro, los Mau Mau insistieron en que los vecinos exhumaran el cuerpo. Les obligaron a cortarlo en pedazos y llevarse a la boca trozos descompuestos.

Cuando Baring aún no había agraciado a la colonia con su presencia, el gobernador en funciones, Henry Potter, hubo de ceder a la presión de los colonos que querían la adopción de medidas drásticas para acabar con esta oleada de asesinatos e incendios provocados. En septiembre de 1952 se empezaron a decretar toques de queda, se impuso la censura a las imprentas y se permitió a la policía dar fe ante los tribunales de la confesión de un sospechoso. Los jueces fueron conscientes rápidamente de que pegaban a la gente para arrancarles estas confesiones, aunque esta certeza en ningún caso condujo a su puesta en libertad[645]. Una semana después de la llegada de Baring a la colonia, tendieron una emboscada al jefe supremo del distrito de Kiambu y le mataron cuando volvía en su coche de una sesión del Tribunal Nativo del que formaba parte. Baring asistió a su funeral, donde conoció a Jomo Kenyatta, que una semana antes había denunciado al Mau Mau ante una multitud de 30.000 personas.

Los británicos reaccionaron intentando «cortar el mal de raíz» y

ejerciendo la coacción masivamente. Al contrario que en Malasia, las autoridades de Kenia no contaban con la opción de deportar al enemigo a su país de origen. Se llamó a sir Percy Sillitoe, del MI5, para que con su equipo de élite dotara de mayor eficacia a la División Especial de inteligencia, pero aunque recurrieron a muchas de las tácticas utilizadas en Malasia, nunca se contó con un plan integrado y general. La culpa fue de la arrogancia de Baring. A medida que aumentaba el número de asesinatos, pidió permiso a Londres para declarar el estado de emergencia. Se puso en marcha la Operación Jock Scott y se recopiló un listado de 150 personas a las que había que arrestar: Jomo Kenyatta era el primero de la lista.

El 20 de octubre de 1952 llegó procedente de Egipto el Primer Batallón de Fusileros de Lancashire para reforzar a los ocho batallones de los Rifles Africanos del Rey presentes en el teatro de operaciones. A medianoche, la policía keniata ya había reunido a dos terceras partes de las personas que aparecían en las listas. Los moderados fueron arrestados, mientras que radicales como Dedan Kimathi y Stanley Mathenge huyeron a la selva. Kenyatta fue arrestado en su residencia del campus de Githunguri y conducido a Lokitaung, una remota y desierta base cercana a la frontera etíope. Vivía con cuatro guardias de otra tribu en dos pequeñas casas adyacentes. Mientras, policías con experiencia repasaban la tonelada y media de papeles recopilados durante su arresto sin encontrar nada que pudiera incriminarle[646]. Tras un farsa jurídica se recolocó a Kenyatta y cinco de sus colegas del KAU en una zona remota denominada Kapenguria. Oficialmente estaban en libertad, pero se los arrestaba una y otra vez para juzgarlos con menos publicidad de la que hubiera habido en Nairobi, donde supuestamente se habían cometido los delitos que se les imputaban. Se los acusaba de controlar y dirigir el Mau Mau, y se les llegó a llamar «los Seis de Kapenguria».

Se eligió a Ransley Thacker, antiguo miembro del Tribunal Supremo de Kenia, para presidir el juicio. Pidió y recibió por ello un pago secreto de 20.000 libras esterlinas que garantizara su seguridad futura en Kenia. Se creó un impresionante equipo de defensores, al que pertenecían un miembro de la cámara alta de la India y Denis Pritt, parlamentario británico marxista y asesor de la reina. Se obstaculizó la tarea de los defensores de todas las formas

posibles, por ejemplo alojándolos en una ciudad situada a 50 kilómetros del tribunal, donde a Pritt le costaba que le sirvieran una comida en el bar para gente de color. La fiscalía tenía un caso endeble y dependía de un testigo que afirmaba haber visto a Kenyatta tomar juramento, en una fecha anterior a la proscripción del Mau Mau. Thacker no era imparcial y se mostró vengativo con los defensores haciendo frecuentes consultas a Nairobi. Seis años después se supo que al principal testigo de la acusación se le había pagado para que cometiera perjurio con un billete de avión a Gran Bretaña, el pago de sus estudios universitarios, la manutención de su familia y un puesto de trabajo asegurado a su vuelta a Kenia.

Tras las primeras vistas, Thacker fue a Nairobi para ponderar si desestimaba el caso o procedía. Cualquier duda que pudiera haber tenido se disipó cuando los Mau Mau mataron a la joven pareja compuesta por Roger y Esme Ruck en su remota granja. Hasta entonces, los ataques del Mau Mau a europeos (y conviene recordar que los treinta y dos europeos asesinados durante el estado de emergencia eran menos de los que morían en accidentes de carretera) tenían como víctimas a ancianos solitarios que resultaban presa fácil. A Roger y Esme los cortaron en pedacitos con cuchillos panga en el porche de su casa; su hijo Michael, de seis años, halló el mismo destino en su cama, entre sus juguetes. Unos mil colonos blancos bajaron hasta el palacio de gobierno de muy mal humor. Una mujer de mediana edad gritó: «¡Ahí, ahí, han dado la casa a los putos negratas, malditos bastardos!», porque el sultán de Zanzíbar, que estaba de visita, fue lo suficientemente incauto como para salir al balcón, mientras, abajo, los colonos enardecidos arremetían contra los policías africanos que custodiaban a los Baring, quemándoles con cigarrillos. En una reunión multitudinaria celebrada en Nakuru, los colonos, fuera de sí, exigieron que se fusilara a 50.000 kikuyu para vengar a los Ruck.

Thacker volvió a Kapenguria con el ánimo bajo. El fiscal jefe dedicó dos semanas a acusar a Kenyatta de ser un títere de los soviéticos e intentar vincularle al Mau Mau. La situación seguía sin favorecer a la injusticia imparcial. En marzo de 1953, algunos cientos de Mau Mau mataron a setenta y cuatro hombres, mujeres y niños en el pueblo leal al Gobierno de Lari; cometieron atrocidades inexpresables. Al día siguiente, los parientes de las víctimas del

Home Guard y la Policía en la Reserva de Kenia arremetieron, en respuesta, contra toda persona de la zona sospechosa de pertenecer al Mau Mau, y mataron a muchos más. Cuarenta y ocho kilómetros más allá, otra banda Mau Mau atacó un puesto de policía de Naivashu: se hizo con un importante arsenal de armas y liberó a 170 sospechosos de pertenecer al Mau Mau que se encontraban en un campo de prisioneros adyacente.

Thacker declaró culpables a Kenyatta y otros condenándolos a siete años de trabajos forzados. Les mandaron de vuelta a Lokitaung, que habían convertido en una prisión. El alambre de espino se complementaba con los guardas kamba, que odiaban a los kikuyu; los hombres de la tribu turkana tenían permiso para dar caza y matar a los que intentaban fugarse. En ausencia de Kenyatta, las autoridades destruyeron su escuela de Githunguri y arrasaron su casa de Gatundu. Como tenía sesenta años, no le pusieron a hacer trabajo pesado: le enviaron a ayudar en la cocina y a ocuparse de las verduras. En abril de 1959, tras cumplir la condena, le enviaron a una colonia construida con este propósito en Lodwar, donde no podía alejarse más de unos 700 metros del dintel de su puerta.

JOHNNIE DEMUESTRA QUE EL JEFE ES BWANA

El destino de Kenyatta no tenía nada que ver con el del Mau Mau, aunque la prisión acelerara su transformación en un líder nacionalista a la espera. La decapitación parcial de la dirección del Mau Mau fue seguida de castigos colectivos, rastreos masivos y la imposición a los kikuyu de un impuesto especial para pagar el coste de la persecución a los Mau Mau. En los lugares donde la organización se mostraba activa se confiscaba ganado, en principio para incitar a la denuncia. Era una situación muy tensa en la que incluso inocentes podían morir. En una ocasión en que se reunió un gran grupo de kikuyu para asistir a la curación milagrosa de un niño mudo, un grupo de policías africanos, mucho mayor en número, sintió pánico a la vista de tantos cuchillos panga; mataron a dieciséis personas. A raíz de este incidente se ordenó a la policía que disparara balas de fogueo en vez de munición real[647].

A finales de 1952 aumentaron las razias de los Mau Mau. En Nochebuena se registraron cinco ataques diferentes a un miembro veterano de la Iglesia de Escocia. Hubo muchas víctimas asesinadas con lanzas o partidas en pedazos. El día de Año Nuevo de 1953

murieron dos granjeros solterones tras irrumpir en la casa quince Mau Mau antes de que sus víctimas tuvieran tiempo de levantarse de la mesa donde estaban cenando y coger sus armas. Era una sociedad donde tener un revólver a mano se había vuelto altamente recomendable. Se daban instrucciones detalladas a la población: «Como cualquier día te puede tocar a ti, tener tu arma a mano bien podría ser la diferencia entre la vida y la muerte»[648]. Robert Broadbent, oficial de enlace del MI5 en Nairobi, dormía con un revólver bajo la almohada, sin saber, afortunadamente para él, que había un alijo de armas Mau Mau escondido en su propia cocina[649]. Un titular del periódico británico de derechas *Daily Mail* rezaba: «Las mujeres llevan armas en sus bolsos». Este diario cubría regularmente, junto al izquierdista *Daily Mirror*, los sucesos de Kenia[650].

Hicieron con las regiones Aberdare Range y Mount Kenya algo parecido a lo que estaban haciendo los franceses en Argelia: declararlos zonas prohibidas donde cualquiera podía recibir un tiro. Se empezaron a considerar armas los aperos de labranza o cualquier lanza que alguien pudiera llevar con propósitos inocentes. En la reserva kikuyu también se podía matar a cualquiera que no hubiera sabido responder a una acusación. Durante los primeros tres meses de 1953 se incitó a miles de kikuyu leales a unirse a las milicias de la Home Guard para defender a su gente y sus propiedades de los Mau Mau. Se registraba a más y más kikuyu para identificar a activistas y simpatizantes del Mau Mau, y su número crecía en los campos de prisioneros. El acoso constante aumentaba el número de militantes de los Mau Mau: «Si de todas formas te van a tratar como si fueras uno de ellos, podrías unirte a ellos»[651]. Es lo que hicieron muchos de los policías que expulsaron a los agricultores de Rift Valley y los suburbios de Nairobi. No eran bienvenidos en las reservas kikuyu y solían unirse a las bandas Mau Mau porque no tenían otra alternativa[652].

Gran Bretaña había firmado la Convención de Ginebra en 1949, aunque no la ratificó hasta 1957 para darse todo el cuartelillo que pudiera al tratar con sus insurgentes. Gran Bretaña también fue uno de los firmantes originales de la Convención del Consejo de Europa para la Protección de los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales, pero se aseguró muy bien de incluir cláusulas

adicionales que convertían a sus colonias en una excepción. Sin embargo, el desarrollo de los medios de comunicación de masas logró que la metrópolis ya no pudiera hacer oídos sordos a lo que estaba ocurriendo por orden de las autoridades coloniales. Ni en Argelia ni en Kenia funcionaron las complicidades habituales[653].

En 1952 las autoridades locales exigieron que el proyecto de construcción de un patíbulo con horcas se ubicara más allá de Nairobi[654]. A mediados de 1953, administrar o tomar parte en las ceremonias de juramento de los Mau Mau se consideraba un delito capital, al igual que pertenecer a alguna de sus bandas, estar en posesión de armas, munición o explosivos o haber sido descubierto en compañía de este tipo de personas. Se detenía a tanta gente que la rueda de la justicia giraba demasiado lentamente en opinión de la comunidad de los colonos y la mayoría de los kikuyu leales, que planteaban a las autoridades el problema de cómo crear una justicia vigilante y preventiva. Como respuesta, el gobierno británico permitió a Baring crear los tribunales locales de emergencia que había solicitado[655].

La jurisprudencia británica no estaba en su mejor momento. Los jueces, solos en sus tribunales, daban credibilidad a confesiones dudosas y a pruebas presentadas por testigos que habían sobrevivido a masacres Mau Mau manteniendo gachas las cabezas. En un famoso caso en el que el acusado tenía una coartada clarísima, pues se hallaba en prisión durante la masacre de Lari, la policía testificó que el día en cuestión le había dado por fugado durante esas horas fatales. El juez le condenó a muerte aunque el tribunal de apelación conmutó la sentencia[656]. El hombre de setenta y un años ejecutado por la masacre de Lari fue el primero en ser ahorcado en lo que fue un esfuerzo ingente y exitoso para evitar que Kenia sucumbiera a la dinámica del linchamiento. En épocas normales la mitad de las condenas a muerte de Kenia se acababan conmutando por penas de prisión. De los 1.468 Mau Mau condenados por delitos capitales, fueron ahorcados 1.068. En cambio, en Malasia solo hubo 226 ahorcamientos, y únicamente doce terroristas sionistas fueron ejecutados en Palestina entre 1938 y 1947. Aunque en ambos casos perdieron la vida más civiles británicos, policías y soldados que en Kenia, allí nunca se planteó la amenaza de que cada cual se tomara la justicia por su mano.

Cuando los Mau Mau asesinaron a la familia Ruck, los colonos blancos intensificaron su presión sobre Baring para implicarle más personalmente en la campaña contra la banda. Los colonos crearon una asociación para protegerse, la United Kenya Protection Association, que contaba con un escuadrón de la muerte formado por setenta y un hombres. Para hacer frente a estos problemas, el Ministerio de Defensa envió al mayor general Robert «Looney» Hinde (que en 1944 había sido destituido de su brigada en Normandía) como director de operaciones. Hinde afirmó: «Debemos seguir el ejemplo de Malasia y asegurarnos de que las medidas represivas NO acaben por crear un abismo insalvable de rencor entre los kikuyu y nosotros». Quería evitar la difusión de los Mau Mau, acabar con los ataques terroristas y «aplastar a los Mau Mau y su ideología». Pero cuando estos asesinaron a un agricultor que había sido soldado y prisionero de guerra, Hinde mudó sus simpatías e hizo causa común con los colonos que querían una guerra «sin guantes» en la que impusieran su venganza su propia policía y las milicias del Home Guard. En cuanto fue evidente que estaba dispuesto a dejar que se tomaran la justicia por su mano, Hinde fue relevado. Sin embargo, la policía siguió matando impunemente: se decía en broma que *sinama* («Alto, deténgase») significaba «Adiós»[657].

Hinde fue reemplazado por el nuevo comandante en jefe, el teniente general sir George «Bobbie» Erskine. Había pasado los primeros años de su carrera militar en Irlanda y la India. Obtuvo la Orden al Servicio Distinguido en El Alamein en 1942, aunque luego Montgomery lamentaría en Normandía su falta de agresividad en el campo de batalla. Lo compensó como comandante de las fuerzas británicas en Egipto entre 1949 y 1952: hizo un considerable uso de la fuerza para suprimir a las guerrillas de la zona del Canal. Erskine sentía poca estima por sus propias tropas, y le desagradaban mucho las «zorras de clase media», como llamaba a los colonos blancos (y no se refería solo a las mujeres). Siempre tenía a mano una autorización que le permitía declarar la ley marcial, cosa que hacía cada vez que los colonos acababan con su paciencia.

Erskine prohibió inmediatamente la costumbre de apuntar el número de Mau Mau asesinados y de pagar cinco libras esterlinas en bonos a cambio. Despidió al comandante de brigada de los Rifles

Africanos del Rey y juzgó ante un tribunal militar al capitán Griffith, de ese mismo cuerpo, por matar a tiros a dos prisioneros kikuyu. Como no podía acusarle de asesinato, Erskine insistió en que el tribunal le juzgara por tortura, ya que había cortado las orejas a los prisioneros antes de matarlos para guardarlas como trofeo. Griffith pasó cinco años en una prisión británica, un caso único, pues a la mayoría de los británicos implicados en actos de barbarie nunca se los acusaba. Erskine también era una excepción al pensar que el culto Mau Mau no era en absoluto atávico, como creían el coronel secretario Lyttelton, el gobernador Baring y la mayoría de los colonos. Lo consideraba el resultado de una mala administración y una actividad policial brutal, por no hablar de la explotación económica practicada por los colonos. A finales de junio de 1953, Erskine llevó a cabo la Operación Buttercup. Era una misión de rastreo a gran escala que se llevó a cabo tanto en las aldeas de la reserva kikuyu de Fort Hall como en las zonas boscosas adyacentes donde operaban los Mau Mau. Para incrementar el territorio bajo su control, Erskine admitió que había que dar mayor apoyo a la policía e incorporó a ella a los oficiales blancos de la Home Guard, que sumó otros 25.000 hombres y mujeres a la Policía de Reserva de Kenia, totalmente blanca, a su vez asistida por los «Kenya Cowboys» importados, reclutados de entre los desechos de la guerra de Europa. Les instalaron en campamentos rodeados de alambre de espino y torretas de vigilancia, pero la Home Guard no tuvo éxito. Intentaron comprar a los Mau Mau con armas y munición y se mostraban excesivamente audaces al primer signo de problemas. Extorsionaron a los kikuyu, a los que supuestamente protegían, por dinero y bienes. En lo que sería otro precedente de los sucesos de Afganistán en el siglo XXI, la violencia endémica sirvió de cobertura a ambas artes para ajustar cuentas personales.

Como siempre estaba sometido a un intenso escrutinio por parte de la prensa, para Erskine lo prioritario era encontrar algún tipo de justificación moral, y la barbarie de los Mau Mau le resultó muy útil. De manera que el conflicto se planteó como una lucha contra el salvajismo, no contra el comunismo, el sospechoso habitual. Así se evitaba la internacionalización del problema y que Estados Unidos o la India de Nehru dieran su acostumbrado espectáculo ante la ONU[658]. Evidentemente, el comportamiento de algunos elementos

de las fuerzas de seguridad restaba credibilidad al planteamiento. En marzo de 1954 llegó a Kenia el comisario de la policía londinense, Arthur Young, que había tenido mucho éxito en Malasia, para hacer frente al tema de la policía, que albergaba a algunos de los hombres más violentos. Uno de los primeros actos del nuevo comisario de policía de Kenia fue devolver al Departamento de Investigación Criminal su autonomía para investigar los abusos y atrocidades cometidos por la propia policía. Young se mantuvo en el puesto hasta diciembre. Dos granjeros kikuyu inocentes fueron torturados y asesinados en un centro de interrogatorio de los leales, con la connivencia de oficiales británicos que falsificaron pruebas y cometieron perjurio. Aunque un juez sacó la verdad a la luz, Baring suprimió la frase escrita del proceso. Young dimitió y volvió a Londres; costó mucho que suavizara el tono de una carta de dimisión en la que culpaba a Baring de lo que había estado haciendo la policía[659].

Los jueces y jurados blancos de Kenia siempre solían excusar las acciones de la policía, asumiendo que el encubrimiento burocrático generalizado no podía evitar que ciertos casos llegaran hasta los tribunales. Brian Hayward, el líder de diecinueve años de un equipo de rastreo enviado a Tanganika en octubre de 1953 para averiguar cómo se podía repatriar a Kenia a 8.000 kikuyu, torturó sistemáticamente a los que sospechaba que eran Mau Mau con la ayuda de diez miembros africanos de su equipo. Golpearon tan duramente a una de las víctimas que esta suplicó que le mataran. El juez mostró mucha simpatía hacia los defensores: «Es fácil sentir horror ante estos delitos, pero nunca debemos olvidar su trasfondo. Todos los acusados buscaban a monstruos inhumanos y salvajes de la peor calaña». Hayward fue condenado y le impusieron la pena simbólica de trabajar de oficinista en un hotel durante doce semanas. Baring arregló las cosas volviéndole a nombrar oficial de distrito, aunque Erskine consiguió echarle más adelante[660].

Mientras, en enero de 1954, el ejército capturó a Waruhiu Itote, conocido por el apodo de «General China», dado que había servido en los Rifles Africanos del Rey, en Birmania, durante la guerra. Desorientado tras la desmovilización, Itote había prestado juramento en 1950, antes de proceder a tomar él los juramentos y convertirse en un veterano asesino Mau Mau. En agosto de 1952 se

fue a la selva, desde donde perpetró una serie de ataques para masacrar a los leales al Gobierno, sus esposas e hijos. Al final, su banda se encontró con una patrulla de la policía e Itote hubo de rendirse tras recibir dos disparos y herirse una pierna. Se sorprendió al ver que le trataban bien y ofrecían perdonarle la vida, de manera que les contó todo lo que sabía, incluido el hecho de que había estado al mando de 4.000 hombres, la mayor unidad de los Mau Mau. Por orden de Churchill se le pidió que fijara los términos para la rendición de sus camaradas de la selva. Una unidad de los Rifles Africanos del Rey, a la que no habían informado de este pacto, tendió una emboscada a un gran grupo de Mau Mau que iba a rendirse, lo que devolvió a los supervivientes a las colinas.

En abril de 1954, Erskine llevó a cabo la Operación Anvil, basada en la Operación Ágata de 1946, en la que se cercó a la dirección sionista en Palestina. A altas horas de la madrugada del 24 de abril, unos 20.000 soldados británicos y africanos impidieron que nadie entrara o saliera de Nairobi. Durante cuatro semanas las fuerzas de seguridad registraron a toda la población masculina, prestando especial atención a los kikuyu de los suburbios densamente poblados de Bahati, Pumwani y Kariokor antes de volcarse en el suburbio predominantemente asiático de Eastlands, cercano al aeropuerto. La inspección por encima de toda una serie de documentos de los kikuyu acabó con el traslado de muchos al campo de tránsito de Langata, uno de los tres campos construidos antes de empezar la operación. Se tomaron datos de cada individuo, lo que a menudo daba lugar a voluminosos archivos. Se citó a ancianos de las tribus y a informantes encapuchados para identificar a los Mau Mau; una práctica que daba lugar a mucha maldad.

Se trasladó a todo sospechoso de pertenecer a los Mau Mau a dos campos, en Mackinnon Road y Manyani, donde se los clasificó en categorías como «negro», «gris» y «blanco»; algo muy similar a la clasificación que hicieron los aliados de los nazis en la Alemania de posguerra. La mayoría de los «negros» y «grises» fueron arrestados aplicando las leyes de emergencia, que permitían tenerlos encerrados sin juicio durante dos años. Veinticuatro mil personas, aproximadamente la mitad de la población kikuyu masculina adulta de Nairobi, acabaron en prisión. A finales de 1954, el número había

ascendido a 70.000. En Malasia nunca hubo oficialmente más de 1.200 detenidos, y en Palestina, nunca más de 500[661].

Sin duda, Anvil redujo la actividad de los Mau Mau en la capital, pero fue una operación desesperada e indiscriminada que acabó incluso con buenos cristianos que se oponían al terrorismo. Los kikuyu más ricos evitaban ser detenidos pagando sobornos, pero a otros se los llevaban y se permitía a los miembros de la Home Guard que saquearan sus casas y tiendas. La Home Guard se convirtió en una presencia intimidatoria permanente en algunos de los suburbios de Nairobi, cuyos habitantes al menos podían beber cerveza y fumarse un cigarrillo, algo que los Mau Mau habían prohibido bajo pena de muerte o mutilación. Esta fue una de las muchas cosas que había distanciado a los Mau Mau de partidarios potenciales. Otra fue su campaña de quema de escuelas a cargo de las iglesias, unos actos que enardecieron a una gran mayoría que reconocía que la educación era la única forma de acceder a la prosperidad.

La operación de Nairobi se complementó con la creación de poblados protegidos en la Provincia Central, otra estrategia copiada de Malasia para privar a los Mau Mau de comida y otras provisiones. Se agrupó a gente que hasta entonces había vivido en asentamientos aislados y quemaron sus aldeas. Luego los unieron en grupos de unas 500 personas, les obligaron a construir chozas redondas y a cavar los fosos con estacas que las rodeaban[662]. A finales de 1955 había 804 de estos poblados y vivían en ellos 1.050.899 personas. Conviene señalar que, teniendo en cuenta el porcentaje de la población implicada, esta operación eclipsaba cualquier cosa que hubieran hecho los franceses en Argelia o los portugueses en Angola y Mozambique[663]. Los desgraciados habitantes de estos poblados padecían todo tipo de coacciones por parte de la Home Guard que, supuestamente, estaba allí para defenderles. Otro detalle repugnante es el hecho de que muchas de las mujeres presas, cuyos maridos estaban en los campos de prisioneros, fueron violadas sistemáticamente[664].

Los Mau Mau hubieron de huir a entornos más duros, como los pantanos o la selva profunda, donde era difícil mantener la moral y la disciplina. Aunque el terreno no fuera el mejor para el único helicóptero del que disponía, la RAF fue autorizada a lanzar bombas

mucho mayores (de 225 o 450 kilos) que las de 4,5 kilogramos utilizadas en áreas donde los Mau Mau se mezclaban con los civiles. En septiembre de 1954, un líder Mau Mau denominado Gitonga Kareme se rindió después de que los bombardeos de la RAF acabaran con veinte miembros de su banda. Entre noviembre de 1953 y junio de 1954 la RAF mató o hirió a 900 insurgentes Mau Mau[665]. Las tropas británicas también persiguieron a los Mau Mau por la selva. Destruyeron una banda que se ocultaba en el pantano de Dandora y capturaron a su líder, el capitán Nyagi Nyaga. Aunque este se mostró extraordinariamente dispuesto a colaborar con los interrogadores del Departamento de Investigación Criminal y la División Especial, fue condenado a muerte y ahorcado junto a otros dieciséis de sus camaradas. Nyaga era un combatiente experimentado, pero muchos de los otros acusados eran Mau Mau fugados de otras prisiones, con pocas posibilidades de reinsertarse en la sociedad, o personas que afirmaban haber sido secuestradas y obligadas a sumarse a las bandas. Este tipo de defensa no les salvó, aunque uno de los militantes del núcleo duro de los Mau Mau confirmó que era verdad.

Los últimos reductos Mau Mau estaban en el bosque, en Aberdare Range y Mount Kenya, donde los árboles daban paso al bambú a medida que se iba ascendiendo y el bambú acababa siendo roca por la que había que trepar con gran esfuerzo. Los Mau Mau creaban allí campos ocultos, rodeados de puestos de vigía. Voluntarios de las aldeas vecinas les llevaban provisiones. Aprendieron a comunicarse imitando los sonidos emitidos por pájaros u otros animales y, mientras sus adversarios británicos se arrastraban haciendo ruido cargados con pesados equipos, los Mau Mau recorrían más de cien kilómetros al día corriendo. Podían alimentarse solo de frutas y plantas de la selva, y superaron el tabú de los kikuyu de no comer carne de mono o de elefante. Tenían una habilidad muy apreciada: sabían extraer miel de las colmenas de abejas africanas. Poco a poco fueron cambiando sus destrozados uniformes por ropas hechas de pieles de animales. Pero, al igual que los comunistas chinos de las selvas malayas, fueron pasto de la paranoia y la depresión[666].

Las grandes operaciones de infantería, como la Operación Martillo de febrero de 1955, arrojaron un porcentaje coste-beneficio

mucho peor para las fuerzas atacantes. En esa operación nueve batallones mataron a 161 Mau Mau, que se cotizaban a 10.000 libras esterlinas por asesinado. Esta situación provocó una innovación, liderada por el entonces mayor Frank Kitson, que diseñó operaciones de bandera falsa o «pseudobandas» en las que participaron kikuyu leales del Regimiento de Kenia y luego rebeldes a los que se había logrado volver en contra de sus antiguos camaradas Mau Mau. Es falso el mito de que los policías y colonos blancos desempeñaran un papel protagonista en esto: no se embadurnaban la cara con carbón o maquillaje para estas misiones[667]. En octubre de 1956, Ian Henderson, un oficial blanco de la División Especial, usó el método de Kitson para rastrear a Dedan Kimathi, un psicópata muy competente y único líder importante del Mau Mau aún en libertad. Fue el último miembro de la banda al que ahorcaron; le ejecutaron en la prisión de Nairobi el 27 de diciembre de 1956[668].

En junio de 1957, sir Evelyn pasó al secretario para las colonias, Alan Lennox-Boyd, un informe secreto escrito por Eric Griffith-Jones, fiscal general de Kenia. En el informe se describen los abusos cometidos con los detenidos Mau Mau. Sir Evelyn escribió en una carta que la única forma de lidiar con los insurgentes Mau Mau había sido infligirles un «violento choque».

Aunque por entonces ya se había acabado militarmente con la rebelión Mau Mau, las secuelas fueron muy embarazosas para el Gobierno británico, sometido al escrutinio nacional e internacional. La razón es que salió a la luz el denominado proceso de rehabilitación u «Oleoducto», en el que los sospechosos de pertenecer al Mau Mau eran trasladados de un campo a otro mientras sus respectivas autoridades reflexionaban sobre si pertenecían a la categoría «gris» o «negra». Las verjas de los campos estaban repletas de lemas, históricamente desafortunados, como «Trabajo y libertad» o «Quien se ayuda a sí mismo será ayudado». Estos campos eran instalaciones rodeadas de alambre de espino y bien provistas de torretas de vigilancia, en las que imágenes de la joven Isabel II se yuxtaponían a las de Jomo Kenyatta, a quien esta saludaría unos años después como a un tío al que no hubiera visto en años. De los altavoces salían órdenes y exigencias noche y día.

Los campos de concentración de Kenia son comparables a los

peores de los nazis, excepción hecha de los campos de exterminio. Eran lugares donde se despojaba a la gente de su humanidad, donde hombres sobre los que las autoridades coloniales no ejercían control alguno practicaban la brutalidad al azar (o asesinaban sin más). Minaban la fe que tenían los británicos en que sus regímenes coloniales eran superiores a los de sus competidores europeos, por no hablar de la premisa de que «los británicos no hacen ese tipo de cosas». El hecho de que muchos kikuyu leales al Gobierno apoyaran el proceso y participaran en él con entusiasmo no disminuye en absoluto la responsabilidad de los británicos[669].

El Gobierno se escandalizó pero lo encubrió todo. A pesar de que se les difamó sistemáticamente, unos cuantos informantes llamaron la atención de políticos laboristas de Westminster como Fenner Brockway, Barbara Castle y John Stonehouse sobre las terribles condiciones de los campos de prisioneros de Kenia. Justo cuando los gobiernos metropolitano y colonial creían haber superado la sucesión de escándalos en Kenia, les golpeó el peor de ellos. Tenía su historia.

En 1957, los miembros más veteranos de la administración Baring decidieron reducir drásticamente el número de 30.000 detenidos clasificados como «negros». Sobrestimando la capacidad de las tierras de los kikuyu para mantener a los prisioneros liberados, podrían poner en libertad a muchos de ellos, suponiendo que fueran capaces de quebrarles psicológicamente antes. La atención se centró en los más irremediablemente «negros», que se suponía ejercían una enorme influencia sobre la mayoría menos comprometida. Habría que recurrir a medidas especiales para romper al grupo de los hombres del núcleo duro del Mau Mau, reclasificados con mayor precisión como Y y Z, o incuso Z1 y Z2, siendo estos últimos los más recalcitrantes.

Para poner en práctica este nuevo plan denominado Operación Progreso, Carruthers «Monkey» Johnston, ministro de Asuntos Africanos en Nairobi, nombró jefe de rehabilitación al oficial de distrito de cuarenta y dos años Terence Gavaghan. La única cualificación obvia de Gavaghan residía en que era muy grande y extremadamente brutal. El fiscal general de Kenia, Eric Griffith-Jones, fue de gran ayuda al ofrecer una jugosa distinción jurídica entre fuerza «persuasiva» y «punitiva». El resultado fue que el

gobernador Baring y el secretario para las colonias Lennox-Boyd aprobaron tácitamente los actos de la policía[670].

En noviembre de 1958, el comisionado de Prisiones de Kenia dio nuevas directrices al comandante G. M. Sullivan, recién asignado al centro de detención Hola, junto al río Tana, donde se encontraban los peores detenidos. Recibió ayuda de John Cowan, el superintendente mayor de prisiones, cuando decidió obligar a trabajar a los detenidos que aún se resistían. Cowan sugirió llenar el lugar de escuadrones de africanos que superaran a los detenidos en una proporción de cinco a uno; Johnston y el ministro de Seguridad Interior y Defensa lo autorizaron. En febrero de 1959, se usó una fuerza masiva para obligar a trabajar a los ochenta y cinco detenidos que permanecían sentados en el suelo. Los guardias mataron a golpes a once de ellos con los mangos de los picos. Cuando se enteraron en Nairobi de las atrocidades cometidas, Baring y sus altos funcionarios intentaron hacer ver que las muertes se debían a que los prisioneros habían bebido agua contaminada y pasaron el asunto rápidamente a la judicatura para una supuesta investigación judicial. Un médico y una enfermera, que estaban presentes, testificaron que habían matado a golpes a estos hombres, por lo que Baring abrió procedimientos disciplinarios, no penales, contra Sullivan y su representante Walter Coutts. Incluso recomendó a Cowan para ser condecorado con la Orden del Imperio Británico. Nada alteró el sucio truco jurídico que legitimó estos actos[671].

Los políticos británicos se enteraron de las últimas indignidades en parte gracias a los buenos oficios del abogado de Kenyatta, Denis Pritt. Lo que empezó siendo un conjunto de informes crédulos publicados en el *East African Standard* se había convertido en junio de 1959 en el «Escándalo de Hola» publicado en la revista *Time* en Estados Unidos. El asunto de Hola provocó una reunión de la Cámara de los Comunes, que duró toda la noche del 27 al 28 de julio. Hasta entonces Lennox-Boyd había logrado desviar las demandas de los laboristas, que exigían una inspección pública de los campos de Kenia. Ante el intento del Gobierno de defender sus mezquinas maquinaciones con el argumento de la «moral» del servicio en las colonias, un parlamentario laborista replicó con la dudosa afirmación: «Ya no nos contamos entre las grandes potencias

pero aún tenemos fuerza moral». Añadió ácidamente: «Evidentemente los funcionarios civiles coloniales son buenos tipos y es injusto meterse con ellos, hagan lo que hagan. De ahí que los amigos del [Dr.] Crippen dijeran: “Todos dicen que era un tipo estupendo pero, después de todo, había matado a su mujer”».

El tory y parlamentario Enoch Powell, que había dejado el Tesoro dieciocho meses antes, también estaba enardecido: algo peligroso para el secretario de las colonias[672]. Su jefe llamaba a Powell «faquir» y Macmillan había pedido que le sentaran al otro lado de la mesa para no tener delante sus penetrantes ojos. Hay que decir que el odio era mutuo, pues Powell pensaba que el primer ministro era un director de actores whig y no un auténtico tory[673].

A principios de 1950, Powell había decidido que la Commonwealth era una vergüenza y que sin la India, a la que tanto amaba, Gran Bretaña no podía mantener un imperio. Se levantó a primeras horas de la mañana para hablar y diseccionó, con su acento monótono de las Midlands, las afirmaciones de Lennox-Boyd, Baring y otros de que no se podía recurrir a métodos metropolitanos para acabar con la insurgencia en África. Los intentos de justificar las muertes de Hola diciendo que las víctimas eran subhumanas le resultaban despreciables, dijo, y continuó: «Diría que es una doctrina que da miedo, que debería caer sobre las cabezas de quienes la defienden. Juzgar a otro ser humano y decir “como era así o así, su muerte no tendrá las consecuencias que tendría normalmente”». Dijo que aceptar y asumir la responsabilidad por los propios actos era parte del gobierno representativo que Gran Bretaña quería introducir en África. Por último, Powell arremetió contra el relativismo moral que suponía aplicar estándares distintos a gentes diferentes. «Debemos ser coherentes con nosotros mismos en todo lugar. Todo gobierno, toda influencia ejercida sobre un ser humano, descansa sobre la opinión. Lo que podamos hacer en África, donde aún gobernamos, depende de la opinión existente sobre la forma en que actúa este país y en que actúan los ingleses. No podemos, no debemos relajar nuestros estándares más elevados, ni en África ni en parte alguna, a la hora de aceptar nuestra responsabilidad»[674]. Si algo indujo a los británicos a hacer las maletas y marcharse fue el desastre moral que se habían infligido a sí mismos; un desastre que los políticos y funcionarios británicos

encubrieron sistemáticamente hasta 2012, destruyendo o alterando los registros escritos de la antigua colonia.

El acuerdo subsiguiente fue muy injusto con la Kenia independiente. En el Plan Swynnerton, de finales de 1953, se proponía la creación de una sólida clase de agricultores kikuyu que cultivaran productos como café. Con tantos detenidos por la sospecha de pertenecer al Mau Mau, se trataba de repartir la tierra y recompensar a los más leales con títulos válidos sobre los terrenos desocupados de los detenidos, lo que significaba trabajo para los jóvenes a gran escala. Los kikuyu leales de medios modestos fueron bendecidos con el favor oficial en forma de licencias comerciales o préstamos para comprar cosas tan sencillas como una bicicleta. La administración confeccionó listas negras y blancas para los empleadores, a los que se incentivaba a contratar a quienes habían permanecido leales. Los kikuyu leales obtuvieron acceso a los niveles inferiores de la administración donde prosperaron. También se vieron favorecidos por el régimen colonial, cuando este decidió manipular las circunscripciones electorales con electorados anti-Mau Mau, durante la transición de Kenia a la independencia. Se trataba de asegurarse de que, una vez se liberara a los detenidos Mau Mau, nunca obtuvieran la masa crítica necesaria como para constituir una mayoría; se aseguraron de ello con la emisión de certificados de lealtad, sin los que no se podía votar. Fue una medida muy exitosa pensada, en principio, para mantener la ley y el orden. Se convirtió en la espina dorsal del Estado burocrático, autoritario y profundamente corrupto que Kenyatta impondría a la Kenia independiente, y que sus sucesores han hecho poco o nada por cambiar. Kenia fue una de esas colonias donde a los estadounidenses no les importó dar rienda suelta a los británicos. La Guerra Fría en curso los obligó a centrarse más en África. Pero, al principio, la política de este enorme continente era como una pizarra en blanco para ellos, puesto que sus asuntos no les concernían.

14. LA GUERRA FRÍA LLEGA A ÁFRICA

UNA PIZARRA EN BLANCO

En febrero de 1950 se reunieron en Lourenço Marques, capital del Mozambique portugués, diplomáticos estadounidenses del África subsahariana. El asistente del secretario de Estado, George McGhee, presidió la conferencia. Querían llenar el vacío creado en torno a la política estadounidense en África, de la que nadie se había ocupado. Washington tenía menos diplomáticos en toda África que en Alemania Occidental.

Los participantes tuvieron que escuchar una serie de resúmenes sobre los problemas planteados por cada colonia europea. El tono era optimista, pues creían haberse subido al carro del futuro y poder despreciar el pasado sin peligro. «Las autoridades de África oriental siguen viviendo en tiempos de la reina Victoria», dijo uno de los representantes. El comunismo no era un problema significativo en lugar alguno, aunque las potencias coloniales exageraron la amenaza que suponía para África porque así podían negarse a hacer concesiones a los movimientos nacionalistas. Estados Unidos no quería hundir a la OTAN desestabilizando a las colonias europeas, de manera que favoreció largos periodos de gracia para que los nuevos Estados, dotados de ciertos fundamentos de estabilidad, no cayeran en una anarquía de la que solo sacarían provecho los soviéticos. «Debemos recordar que no estamos en situación de ejercer responsabilidades directas en África», dijo McGhee. «No deseamos asumir las responsabilidades de otros pueblos y, de hecho, nuestros principios, compromisos y falta de experiencia hablan en contra de la asunción de tales

obligaciones»[675].

Mientras McGhee hablaba de objetivos humanitarios difusos, los políticos de Estados Unidos calibraban sin cesar el potencial regresivo del África negra. «El afroamericano es a los africanos de África central lo que el estadounidense blanco de hoy a los hombres corrientes de tiempos de Carlomagno». Y continuó: «Así, sin la disciplina y el control ejercidos por las naciones occidentales, los viejos antagonismos trascenderían las fronteras actuales y numerosas tribus o razas atacarían a sus enemigos tradicionales de forma salvaje y primitiva. Los pueblos nativos de África siempre han tendido a desconfiar del liderazgo de los suyos, pues aún no han evolucionado lo suficiente como pueblo para entender que hay otras motivaciones al margen del interés personal que impera en un orden primitivo basado en el miedo»[676].

En la década de 1950 fueron surgiendo toda una serie de Estados soberanos que tenían sus propias ideas sobre sus destinos estratégicos. Foster Dulles desconfiaba de la neutralidad del Tercer Mundo y la no alineación, como ya advirtiera en la conferencia celebrada en Bandung en abril de 1955. Creía que se trataba de «una forma de transición hacia el comunismo» aunque la «neutralidad» había sido la postura diplomática estándar de Estados Unidos desde su independencia hasta diciembre de 1941, excepción hecha de su breve participación en la Primera Guerra Mundial. Cuando la Costa de Oro británica se convirtió en el Estado independiente de Ghana, a principios de 1957, el vicepresidente Nixon fue decisivo para que Washington se replanteara su política general en ese continente. Tras hacer un viaje por el norte de África, Nixon presionó para que se creara una Oficina de Asuntos Africanos al margen del Departamento de Estado, se incrementaran las ayudas económicas y se promoviera un mayor respeto a los derechos humanos, aunque solo fuera para contrarrestar la propaganda soviética en torno al tema de África. La administración estadounidense no era consciente de que se abusaba rutinariamente de los estudiantes africanos en la Universidad de la Amistad de Moscú ni de que los racistas rusos los atacaban por las calles[677]. La primera declaración sobre el África subsahariana fue la NSC 5719, dada a conocer cinco meses después de la visita de Nixon. «Una independencia prematura sería tan dañina para nuestros intereses

en África como la permanencia del colonialismo decimonónico. Debemos adaptar nuestras políticas a las capacidades y cultura de cada zona concreta y a nuestras relaciones generales con la potencia metropolitana afectada»[678].

De la retórica interna sobre África se ocupó el senador demócrata John F. Kennedy, que quería dar a conocer su postura en política exterior para contrarrestar la experiencia de Nixon, su adversario más probable en la carrera a la presidencia. Kennedy se convirtió en el faro del Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado sobre Asuntos Africanos, y el nacionalismo africano se convirtió en un fuerte viento que hinchaba sus velas. En septiembre de 1956 habló de:

[...] la revolución nacionalista de los afroasiáticos, la rebelión contra el colonialismo, la voluntad de los pueblos de controlar sus destinos nacionales. [...] Creo que tanto las administraciones republicanas como las demócratas fracasaron después de la Segunda Guerra Mundial en su intento de entender estas revoluciones y su potencial para bien y para mal. Hoy recogemos una amarga cosecha. Es un tema candente de política exterior por derecho propio y no tiene nada que ver con el anticomunismo.

En julio de 1957, atacó directamente la política francesa en Argelia. ¿Cuándo aprenderían los franceses que las colonias son «como la fruta que pende del árbol solo hasta que madura»? ¿Cuándo aprendería la administración Eisenhower que «los incentivos débiles y la comprensión de las posturas de ambas partes, la cuidada neutralidad en todos los temas importantes, la reafirmación de nuestra obvia dependencia de nuestros amigos europeos y nuestra evidente dedicación a los principios de la autodeterminación» no conforman una política coherente?[679]. Tras este discurso, todo ambicioso líder africano buscó el camino al despacho de Kennedy para entrevistarse con el joven senador, entre ellos el angoleño Holden Roberto y el activista keniano Tom Mboya.

El interés de Kennedy por África se debía, en gran medida, a la necesidad de compensar su falta de interés hacia la desegregación en política interior. El asunto era importante por la relevancia de los «Dixiecrats», partidarios sureños de la segregación. Pero hubo un aspecto en el que dio aire a las nuevas relaciones de Estados Unidos con África. No estableció vínculos entre la fermentación

nacionalista que tenía lugar en las colonias europeas y la amenaza soviética de la Guerra Fría. En cuanto triunfaron las fuerzas nacionalistas, adoptó una postura mucho más matizada hacia la no alineación del Tercer Mundo. Distinguía entre clientelismo soviético y neutralidad «verdadera» o «real», sostenida por las naciones del Tercer Mundo más críticas con ambas superpotencias, que mantenían el orden, la estabilidad y practicaban la diversidad económica y el pluralismo político en casa. Estados Unidos podía asumir puntos de vista distintos; la Unión Soviética no, al menos hasta los tiempos de Jrushchev. Los Estados africanos no tendrían que convertirse en aliados militares o «miniaméricas»; Estados Unidos podría lograr la «victoria por medio de la negación», simplemente garantizándoles que no se convertirían en títeres de la Unión Soviética. Lo anterior iba unido a la idea de que los líderes carismáticos son de gran utilidad en las sociedades en las que la democracia es inviable, un punto de vista que Kennedy heredó de la administración Eisenhower[680].

SVERDLOVSK, CUBA Y EL CONGO

Las políticas africanas resultaron ser inseparables del súbito incremento de las tensiones propias de la Guerra Fría. La toma del poder en Cuba por parte del régimen de Castro en 1959 implicaba que cualquier radical del Tercer Mundo podía ser visto a través del mismo prisma, a lo que hubo que añadir el conflicto en torno al avión espía U-2 del año siguiente. En mayo de 1960, un Eisenhower agotado se preparaba para asistir a una conferencia de alto nivel en París; un paso previo a su visita a la Unión Soviética prevista para unos meses después. En septiembre, Jrushchev había mostrado su lado más amable en una visita histórica a Estados Unidos. Fue a deleitarse con un gran suceso tecnológico: el 4 de octubre de 1957 su país había puesto un satélite Sputnik en la órbita terrestre que emitió pitidos recibidos por radioaficionados de todo el mundo. He ahí, dijo, la prueba de la superioridad del socialismo, aunque sus compatriotas nunca hubieran visto un plátano o una naranja y tuvieran que esperar décadas para tener un coche[681]. Era mucho lo que dependía de que Eisenhower convirtiera en un éxito la cumbre de París con Jrushchev antes de devolverle la visita a Moscú ese año. Había buenos augurios para un acuerdo sobre prohibición de pruebas nucleares, e Ike esperaba insuflar nueva vida a su

propuesta denominada «Open Skies», es decir, a una serie de supervisiones aéreas mutuas de bases de lanzamiento de misiles, sin darse cuenta de que los soviéticos no podrían aceptarlo sin hacer evidente lo reducido que era su arsenal nuclear comparado con el de los estadounidenses. Mientras el candidato Kennedy afirmaba cínicamente lo contrario y denunciaba una falta de misiles que sabía que no era real, lo cierto era que Estados Unidos tenía 150 misiles balísticos intercontinentales y los soviéticos solo cuatro, como confirmaron los aviones espía U-2. Aunque Ike sabía a ciencia cierta que estos vuelos eran ilegales y una provocación, autorizó a la CIA un último vuelo de los U-2 sobre la Unión Soviética antes de la cumbre; su nombre en clave: Operación Grand Slam. Se suponía que la misión tendría que haberse completado antes del 1 de mayo, pero lo cierto es que se llevó a cabo ese día, muy señalado en el calendario soviético.

Originalmente, los U-2 salían de Groenlandia para fotografiar las bases de misiles intercontinentales de Plesetsk, a unos 800 kilómetros al norte de Moscú. La densa red de defensa antiaérea soviética aconsejaba variar la ruta, y el último vuelo debía despegar de Peshawar, Pakistán, virar hacia el norte en dirección a Sverdlovsk, luego hacia el noroeste para sobrevolar Plesetsk y poner rumbo a Bodo, en Noruega. A las once de la mañana del 1 de mayo los aldeanos de Povarnia, cerca de Sverdlovsk, oyeron una explosión y vieron lo que creían que era un globo en el aire. Resultó ser el paracaídas en el que descendía el piloto del U-2, Gary Powers. La KGB se apresuró en llegar al lugar. Habían derribado el U-2 con un misil S-75 tierra-aire equipado con un sensor de aproximación. En Langley, la CIA recibió un mensaje ominoso: «Bill Bailey no volvió a casa». La noticia no preocupó demasiado a Eisenhower, pues los U-2 contaban con mecanismos de autodestrucción y el piloto debía quitarse de en medio con un alfiler envenenado que Powers evitó que toquetearan los interrogadores soviéticos; un pequeño pinchazo podía ser fatal.

Aunque los vuelos de U-2 eran un secreto a voces para todo el mundo excepto para la opinión pública estadounidense, Ike insistía en negarlos. La NASA, agencia espacial estadounidense, hizo pública una declaración que lamentaba la pérdida de un avión dedicado a la investigación meteorológica sobre el lago Van, en

Turquía; lo que no explicaba qué estaba haciendo en Sverdlovsk. Jrushchev dejó que Ike mantuviera el cuento hasta que reveló que los soviéticos tenían la mayoría del U-2 y que Gary Powers seguía «vivito y coleando». Eisenhower no quiso anular su visita a la cumbre de París y se metió de lleno en una trampa propagandística urdida por los soviéticos. En la reunión inaugural no tuvo ocasión de renunciar a futuros vuelos de los U-2, porque el líder ruso empezó a gritar. En un momento dado el presidente, De Gaulle, comentó: «La acústica de esta habitación es excelente. Todos le oímos [señor Jrushchev]. No es necesario que alce la voz». La cólera de Jrushchev fue en aumento hasta que gritó: «¡Me han sobrevolado!». De Gaulle comprendió su postura y afirmó que a él también le había sobrevolado, dieciocho veces, un satélite espía soviético. «Pongo a Dios por testigo de que mis manos están limpias», contestó Jrushchev[682]. Tanto él como el presidente de Estados Unidos estaban rojos y acalorados. «No podemos ofrecer nuestra hospitalidad a quien, por así decirlo, no ha sabido comportarse en la mesa de su anfitrión», dijo Jrushchev y la delegación soviética dejó la sala. Ike voló a casa desanimado, consciente de que los esfuerzos realizados ese otoño por la paz habían sido un fracaso[683].

TRIBUS Y SOBORNOS

Los sucesos del Congo llamaron la atención de Washington exactamente en estas circunstancias. El Congo era una extensa sabana con exuberantes bosques en pleno Ecuador, que abarcaba desde la costa oeste de África hasta el interior. Tenía un tamaño equivalente a la tercera parte de Estados Unidos y a buena parte de Europa Occidental. Poseía fronteras con otros nueve estados y, por lo tanto, no podía ser ignorado. El rey de los belgas, Leopoldo (en cuyo honor se bautizó la capital), había explotado cruelmente el Congo hasta que el Estado belga se hizo cargo del territorio en 1908, debido a la indignación internacional. Los belgas habían dividido la colonia en seis grandes provincias. El país tenía carreteras, desaparecidas hace ya tiempo de la actual República Democrática del Congo, y contaba con buenos servicios sanitarios. La educación estaba en manos de misioneros católicos. Los belgas flamencos eran propensos a verbosos —y alcohólicos— comentarios a la *mentalité bantoue*, en referencia a las «tinieblas» conradianas

que latían bajo la superficie incluso de los pocos nativos *évolués*, un término con el que nos hemos encontrado en Argelia[684].

Los trece millones y medio de africanos del Congo estaban divididos en 200 tribus y hablaban más de 400 dialectos. Sus enormes riquezas naturales estaban distribuidas de forma muy desigual, pues había diamantes en la provincia central de Kasai y cobre, cobalto, tantalio y uranio en la sureña Katanga, lindante con Rodesia. Katanga era como un feudo corporativo que se repartían compañías belgas, británicas y sudafricanas.

En ese enorme país unido por un inmenso y sucio río marrón, los europeos monopolizaban todo trabajo especializado, pues solo había diecinueve congoleños nativos con título universitario[685]. Desde finales de la década de 1940, los congoleños con educación superior formaron asociaciones de antiguos alumnos que acabaron siendo partidos políticos junto a antiguos grupos de estudio socialistas y católicos. Al principio, se reprodujeron las tensiones de la Bélgica metropolitana entre los partidarios del laicismo y los de la educación religiosa. Pero, a medida que transcurrió el tiempo, surgieron unos cuarenta partidos que reflejaban las enormes divisiones tribales al margen de su color ideológico[686].

A finales de enero de 1960, representantes de los partidos congoleños asistieron a una mesa redonda celebrada en Bruselas. Los anfitriones querían perpetuar la administración belga y su control económico incluso después de que el Congo obtuviera la independencia oficial el 30 de junio. En mayo hubo elecciones nacionales en las que desatacaron tres grandes figuras: un aristócrata bakongo, Joseph Kasavubu; el líder de todos los nacionalistas congoleños, Patrice Lumumba, de la tribu tetela de la provincia Oriental; y el líder balunda, Moise Tshombe, un hombre de negocios metodista que era el mejor visto en los círculos occidentales.

Bélgica concedía la independencia, pero creía poder seguir gobernando. Los belgas controlarían los negocios, el funcionariado y el cuerpo de oficiales, pues cualquier miembro del ejército con rango superior al de sargento era europeo. Tras las elecciones, Kasavubu fue nombrado presidente y Lumumba primer ministro. El primero fantaseaba con restaurar el antiguo reino bakongo, pero Lumumba era un nacionalista panafricano al estilo del ghanés

Kwame Nkrumah. También había estado en contacto con diplomáticos soviéticos en Guinea y Bruselas. Durante las celebraciones del 30 de junio, el rey Balduino pronunció un discurso conciliador, pero dejó la sala tras oír a Lumumba, que cambió el tono y espetó incisivos comentarios que no estaban programados:

Hemos sido objeto de sarcasmos e insultos, hemos soportado los golpes mañana, tarde y noche porque éramos «negratas». ¿Acaso ya hemos olvidado que había que dirigirse a todo negro con el *tu* familiar, y no precisamente porque fuéramos amigos sino porque el más formal *vous* estaba reservado solo a los blancos? Hemos visto cómo expoliaban nuestras tierras amparándose en una la ley de la tierra que solo reconocía el derecho del más fuerte. Hemos visto que la ley tenía un doble rasero según se aplicara a un negro o a un blanco. Era favorable al segundo, cruel e inhumana para el primero[687].

A Lumumba se le ha revestido de un aura de santidad de la que nunca gozó en vida. Aunque no cabe duda de que era carismático, había pasado un año en prisión por malversar en la oficina de correos donde trabajaba antes de hacerse gerente de ventas de una destilería. Era un pensador caótico pero un demagogo muy dotado, una cualidad poco apreciada por unos gobiernos occidentales en cuya memoria estaban muy vivos Mussolini y Hitler; a los estadounidenses les recordaba a Fidel Castro[688].

Inmediatamente después de la independencia, los funcionarios del Gobierno congoleño se concedieron a sí mismos sustanciosos aumentos de sueldo que les permitieran comprar coches. De este acto de autoindulgencia derivaron dos consecuencias desastrosas. Habría que pagar la subida de salarios mediante el aumento de impuestos en Kasai y Katanga, lo que incrementó el deseo de los congoleños locales de quedarse con su propio dinero. La generosidad no se extendió al Ejército Nacional Congoleño (ANC, en sus siglas en francés) y el comandante militar belga más veterano escribió en una pizarra «Antes de la independencia = después de la independencia» para sus tropas. Soldados borrachos y amotinados deambulaban por las calles de Léopoldville y atacaban a los europeos que huían en gran número por el río Congo a la vecina Brazzaville, en el Congo francés. «Ahora somos los amos» se

convirtió en un eslogan popular. Atacaron a una delegación soviética enviada para restablecer las relaciones diplomáticas, que solo logró salvarse a los gritos de «¡Jrushchev!» y «¡Sputnik!»[689].

Los escabrosos relatos de violaciones y huidas publicados por los periódicos europeos dio a los belgas una nueva excusa para mediar. Embarcaron a unos 1.800 paracaidistas, que intentaron restaurar el orden con su habitual falta de delicadeza, matando a doce soldados congoleños al desembarcar en el puerto de Matadi. Su presencia sembró el pánico entre los congoleños. Tras la independencia, los intereses belgas de la Belgian Union Minière du Haut Katanga llevaron a Tshombe a la secesión. Los africanos con educación superior al frente del nuevo Estado, que ya contaba con una bandera con una estrella sobre un fondo rojo y verde, observaban a sus compatriotas africanos con el mismo desprecio que los blancos. Lo principal era preservar los intereses extranjeros y aislar a Katanga del caos existente en el resto del Congo, de manera que los europeos siempre mantuvieron contactos secretos con las autoridades de Léopoldville a espaldas de Tshombe[690]. Kasavubu y Lumumba intentaron huir a Elisabethville, capital de Katanga, pero se encontraron con que mercenarios europeos habían bloqueado las carreteras con barriles de petróleo incendiados.

En ausencia de Kasavubu y Lumumba, los ministros que dejaron atrás en la capital solicitaron a los estadounidenses 3.500 soldados para acabar con el motín militar. Se les negó esta ayuda, pues la administración estadounidense creía que la ONU desempeñaría mejor ese papel. Kasavubu y Lumumba pidieron ayuda a la ONU. En tres días, el secretario general Dag Hammarskjöld había pactado una resolución que ordenaba a los belgas retirar sus tropas para que el Gobierno congoleño pudiera funcionar. Estados Unidos se unió a la Unión Soviética para solicitar que fuera la ONU, y no los europeos, quien mandara una misión de paz. El sueco Hammarskjöld se puso al teléfono para reunir una tropa de etíopes, ghaneses, marroquíes y tunecinos que llevaran a cabo la Operación Safari bajo el mando del general Carl Carlson von Horn, otro sueco. Noventa aviones estadounidenses transportaron al grueso de este ejército de 12.000 hombres hasta la antigua colonia en llamas. Puede que a los occidentales la ONU les pareciera neutral, pero resultaba incómodo para sus tropas que los oficiales congoleños les

preguntaran: *«L'ONU? Cést quelle tribu*?», ¿qué tribu es esa?[691].

En Washington, Lumumba no era especialmente querido. Le habían conocido mejor durante los tres días que pasó, en julio de 1960, allí: se habían difundido una serie de informes sobre mujeres europeas violadas en el Congo, y pidió al Departamento de Estado que su guardaespaldas fuera una mujer. ¿En qué pensaba exactamente? «En una blanca rubia», contestó. Tras unas reuniones en las que Lumumba se quedaba sentado mirando al techo y murmurando de vez en cuando apasionadas afirmaciones, los funcionarios más veteranos del Departamento de Estado empezaron a pensar, y no sin razón, que estaba desequilibrado. También se dijo que fumaba hachís, lo que, en 1960, le convertía en «un drogadicto». En su último día en Washington, Lumumba agradeció a la agencia soviética TASS la ayuda alimenticia enviada al Congo, lo que pareció confirmar la postura oficial belga, de la que se hacía eco el embajador estadounidense en Bruselas, de que era un comunista. En realidad, Lumumba se parecía más al ghanés Kwame Nkrumah o al guineano Sékou Touré que a Castro, pero Allen Dulles, de la CIA, estaba convencido de que tendría que marcharse[692].

Lumumba estaba indignado por la negativa de la ONU a condenar a los secesionistas de Katanga, y afirmó: «Pediremos ayuda al diablo si hace falta para que saque de ahí a las tropas belgas»[693]. A los rusos se les vio pronto el plumero. El primer embajador, Mijail Yakolev, y tres agentes del KBG se mudaron a una casa alquilada en Léopoldville. Desde mediados de agosto de 1960, fueron llegando al Congo técnicos del bloque del Este y cien vehículos de motor procedentes de la base aérea soviética de Ghana. También entregaron a Lumumba diez aviones de transporte Ilyushin, que le permitieron mover a sus tropas a lo largo y ancho del extenso país[694]. Mientras la ONU intentaba restablecer la paz, Lumumba pensaba hacerse con el control de todo el país y los rusos iban a ayudarle.

Esta modesta presencia soviética obligó a Lawrence Devlin, un antiguo oficial del ejército que se había unido a la CIA a finales de la década de 1940, a abrir una oficina en Léopoldville. Durante su primera noche en la capital, unos soldados congoleños borrachos le confundieron con un belga flamenco y jugaron a la ruleta rusa con

su cabeza. Devlin escribió a Bronson Tweedy, jefe de la nueva División de África de la CIA: «El Congo está pasando por algún tipo de proceso comunista para hacerse con el poder». Lumumba llevaba mucho tiempo en contacto con los soviéticos, pero no se sabía con certeza si era comunista o no. Sería más acertado decir que era un radical voluble, pero el resultado fue el mismo[695].

La reacción estadounidense fue desproporcionada, y el hecho de que algunos altos funcionarios creyeran que los congoleños se acababan de bajar de los árboles no ayudaba precisamente[696]. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, en sus siglas en inglés), celebrada el 1 de agosto de 1960, Eisenhower decidió impedir cualquier intervención soviética en el Congo. Creyó que balcanizarían el Congo y decidió consolidar el Estado, aunque no bajo el mando de Lumumba. El 18 de agosto, el NSC decidió reconsiderar el alarmante informe de Devlin. Ike dejó claro que creía que Lumumba era la vanguardia de los soviéticos, afirmación que tuvo un efecto similar a la supuesta exclamación de Enrique II: «¿Quién me librará de este sacerdote turbulento?», en referencia al arzobispo Thomas Beckett. Sea lo que fuere lo que Ike dijera exactamente, el asistente de seguridad nacional, Gordon Gray, dijo a la CIA que el presidente había expresado «sentimientos extremadamente intensos sobre la necesidad de emprender una acción inmediata» contra Lumumba[697]. Allen Dulles estuvo de acuerdo en proceder «con todo el vigor que la situación permita o requiera [...] dentro de los límites de nuestra capacidad y los compromisos adquiridos». El 26 de agosto firmó personalmente un telegrama que envió a Devlin, convirtiendo la «remoción» de Lumumba en el «objetivo más urgente y prioritario»[698]. Devlin estaba autorizado a gastar hasta 100.000 dólares estadounidenses.

Siempre que Lumumba aparecía en público le rodeaban multitudes a las que pagaban para que gritaran: «¡Abajo Lumumba!». Él era su peor enemigo. Había insistido en que la presencia de fuerzas de la ONU, que no estaban bajo su mando, aplastase a los secesionistas de Katanga, y contaba con la amenaza de un nuevo grupo separatista, liderado por Albert Kalonji en la provincia central de Kasai, rica en diamantes. El secretario general de la ONU, Hammarskjöld, se negó a poner sus tropas a su servicio, por lo que Lumumba le acusó de estar a sueldo de las compañías

mineras belgas. Las relaciones entre ambos hombres no podían ser peores. Como las fuerzas de la ONU evitaban que Lumumba volara a Katanga, mandó a Kasai aviones soviéticos tripulados por soldados de la tribu Benalulua bajo el mando del jefe del ejército (y tío suyo), el general Victor Lundula. Las tropas de Lundula no lograron recuperar el control de la provincia, pero masacraron a unos mil miembros de la tribu Baluba. Para entonces la ONU y sus aliados habían decidido recuperar a Kasavubu, aunque los gobiernos de los que procedían el 80 por ciento de los soldados africanos de la ONU estuvieran a favor del radical Lumumba.

El Congo había caído en la anarquía. Africanos y europeos acosaban a diario a los empleados de la ONU buscando la forma de escapar. La nueva y eficiente jefa de la oficina del MI6, Daphne Park, digna adversaria de la señorita Marple, aunque más joven, expulsó a un intruso de su casa de los suburbios con gritos de: «¡Soy una bruja! ¡Y si no te vas inmediatamente se te van a caer los pies y las manos!». Funcionó. En muchas provincias resultaba imposible comunicarse: a un funcionario que pidió los planos del sistema provincial de telefonía el nuevo jefe de comunicaciones le entregó orgulloso la guía telefónica. Unas tropas marroquíes de la ONU que llegaron a un hospital hallaron al enfermero jefe (el nuevo director) y a su «asistente» a punto de practicar una apendicetomía sin anestesia a un paciente aterrorizado[699]. Aunque las tropas marroquíes eran de lo mejorcito del grupo, algunos miembros del personal de la ONU eran más que dudosos. El contingente ghanés estaba liderado por un general británico. En una ocasión, hablando con el distinguido diplomático afroamericano Ralph Bunche, describió al ANC como «un negrata en una pila de leña»[700].

Mientras Lumumba «gobernaba» el Congo a través de diez teléfonos instalados en su oficina, un enemigo muy real buscaba discretamente su caída. Como no había armas (ni guardias) en la embajada de Estados Unidos, Devlin compró armas de poco calibre a soldados congoleños. Reclutó una red de agentes y estableció contacto con Kasavubu, el ministro de Exteriores Justin Bomboko, el jefe de la policía Victor Nendaka y el coronel Joseph Mobutu, un joven experiodista al que Lumumba había nombrado asistente del general Victor Lundula. El desafortunado Lumumba no le conocía, pero Mobutu llevaba trabajando para los servicios secretos belgas al

menos dos años. El 5 de septiembre de 1960, el presidente Kasavubu anunció que Lumumba había dimitido. Este respondió con la afirmación de que era Kasavubu el que había dimitido, algo que jurídicamente no estaba legitimado a hacer. Lumumba carecía de las armas para vencer, pues la mayoría de las tropas que le eran leales estaban a la sazón al sur de Kasai, que consideraba el trampolín para retomar Katanga[701].

Las fuerzas de la ONU evitaron que las tropas de Lumumba pudieran volver a Léopoldville, de manera que tomaron claramente postura en el conflicto. Un oficial británico de la ONU, Brian Urquhart, suministró a las tropas de Lumumba cerveza suficiente como para hacerles dormir la mona, mientras soldados etíopes de la ONU bloqueaban la carretera por la que podrían haber despegado en un avión soviético. La ONU también desmanteló Radio Congo, desde la que Lumumba hubiera podido hacer un llamamiento a sus partidarios de la capital. Aunque Lumumba y sus matones lograron convencer a las dos cámaras del Congreso de que le apoyaran, no había contado con el ambicioso Mobutu, que pidió hablar con Devlin a solas. «El presidente y el primer ministro se han despedido mutuamente», dijo. «¡Politiqueos! ¡Así no se puede crear un Congo independiente y democrático!». Mobutu exageró enormemente la amenaza soviética y se mostró dispuesto a organizar un golpe de Estado, que dejaría vía libre al gobierno de los tecnócratas congoleños. Lo único que pedía era la garantía inmediata de que Estados Unidos reconocería al nuevo régimen. Devlin no estaba autorizado para dar luz verde a un golpe de Estado, pero lo hizo.

El golpe contra Lumumba tuvo lugar el 14 de septiembre de 1960. Devlin había convencido a Mobutu de la necesidad de mantener a Kasavubu como presidente para darle a la cosa un aire de legitimidad que permitiera a Estados Unidos reconocer al régimen sin grandes alharacas. A su vez, Kasavubu nombró al nuevo equipo de «tecnócratas», de entre los cuales tan solo Justin Bomboko tenía alguna experiencia de gobierno. Mobutu pasó la noche del golpe bebiendo whisky en el cuartel general de la ONU y oyendo el anuncio de su propio golpe en la radio[702]. Por la mañana, Lundula estaba bajo arresto domiciliario y Mobutu le sustituyó como jefe de gabinete. A instancias de Devlin, Mobutu cambió el nombre del nuevo régimen, de Colegio de Comisarios a Colegio de

Comisionados. Devlin y el grupo Binza (así denominado por el suburbio en el que vivían Kasavubu y Mobutu) decidieron todos los aspectos importantes; tan solo hubo cierto desacuerdo en torno al control ejercido por Mobutu sobre el ejército. Lo que Devlin nunca supo es que Mobutu también pidió consejo a Daphne Park. Las cosas estaban tensas. El 17 de septiembre habían cerrado las embajadas soviética y checa y habían expulsado a los diplomáticos. Echaron al embajador Yakolev a un camión del ejército como si fuera un saco de patatas y lo llevaron al aeropuerto[703].

Parecía que la administración estadounidense estaba respetando las reglas en esta ocasión, pero ya estaban en marcha oscuras operaciones. Lumumba permaneció en la residencia del primer ministro, custodiado por tropas ghanesas de la ONU a las órdenes de su amigo Kwame Nkrumah. El 19 de septiembre informaron a Devlin de que un colega conocido como «Joe el de París» llegaría a Léopoldville a finales de ese mes. Joe el de París se presentó a sí mismo ante un café: era Sidney Gottlieb, jefe de la división médica de la CIA y una autoridad en toxinas letales. Dio a Devlin un paquete de tubos de pasta de dientes mezclada con veneno de cobra y guantes quirúrgicos para manipularlos. A Devlin esto no le impresionó mucho, y pidió un rifle con mira telescópica para enviarlo por valija diplomática.

Todo seguía parado en torno a Lumumba, que incluso empezó a salir protegido por sus guardaespaldas de la ONU a los bares de la capital, donde la gente quería tocar a su salvador. Cuando Devlin sugirió a Kasavubu que arrestara a Lumumba descubrieron que había otro obstáculo: el representante personal de Hammarskjöld, el hindú Rajeshwar Dayal, muy cercano al primer ministro Nehru. Dayal detestaba a los estadounidenses y, al ser un brahmán de casta alta, consideraba intocables a los congoleños. Su mujer iba a Brazzaville en helicóptero de la ONU para hacer compras. Destilaba la condescendencia que había aprendido de los británicos. «Señor Devlin, admiro mucho a los estadounidenses», dijo en una ocasión; «ustedes fabrican los mejores aires acondicionados, las mejores neveras y muchas máquinas estupendas. Si se concentraran en la fabricación de sus máquinas y nos dejaran reflexionar en su lugar…». Dayal insistía en que los comisionados no estaban legitimados para emitir órdenes de arresto y Hammarskjöld le

respaldaba[704].

Como Devlin tenía diversas funciones que desempeñar, la CIA envió a otro agente cualificado, Justin O'Donell, para que retomara las operaciones encubiertas contra Lumumba. Devlin enseñó a O'Donell el paquete con toxinas que guardaba en su caja fuerte. O'Donell dijo: «No es algo que necesite nadie como refuerzo de la vacuna de la polio». Como a O'Donell le causaba problemas despachar personalmente a Lumumba, la solución obvia era entregárselo a sus enemigos locales. Con este fin, la CIA montó un puesto de observación delante de la residencia de Lumumba y reclutó agentes dentro. Hubo un momento clave, cuando los servicios de inteligencia se enteraron de que Lumumba estaría dispuesto a renunciar a sus guardias de la ONU si pudiera establecer sus bases en Stanleyville, la capital de la provincia Oriental gobernada por su protegido Antoine Gizenga; un movimiento que la ONU no estaba dispuesta a sancionar[705].

Tras un prolongado debate, la Asamblea General de la ONU reconoció el régimen de Kasavubu, a pesar de la oposición soviética. Lumumba entendió que había llegado el momento de huir. Sabía que pronto le retirarían los guardias de la ONU, así que se escapó de su residencia durante una tormenta y emprendió viaje a Stanleyville, a unos 2.000 kilómetros de allí. No logró llegar. Devlin, en su vuelo de vuelta de Roma, donde había ido a informar a sus jefes, leyó el titular «Lumumba capturado» en el periódico de otro pasajero.

Llevaron a Lumumba de vuelta en avión a Léopoldville a principios de diciembre. Tropas del ANC, que no eran conscientes de que las cámaras de televisión estaban grabando el incidente, le pegaron una paliza en el aeropuerto. Fue transferido a la siniestra base del ANC en Camp Hardy, Thysville, en el angosto extremo occidental del Congo, y sus perspectivas mejoraron brevemente ya que el cuartel estuvo a punto de amotinarse contra Mobutu. Tras ese día, su única esperanza fue la investidura del presidente John F. Kennedy, el 20 de enero de 1961. Por si acaso el nuevo presidente decidía intervenir para evitarlo, trasladaron a Lumumba junto a dos de sus partidarios el 17 de enero a Kasai, provincia gobernada por uno de sus más implacables enemigos. Una vez supieron que había tropas de la ONU en el aeropuerto, desviaron el avión a

Elisabethville, en Katanga. Durante el vuelo Lumumba recibió una paliza tal que el operador de radio belga vomitó y la tripulación australiana del avión se encerró aterrorizada en la cabina de mando. Le llevaron a una casa situada a unos 13 kilómetros de Elisabethville, donde fue cruelmente torturado antes de ser ejecutado por soldados bajo las órdenes del capitán belga Julien Gat. Su cadáver se disolvió en ácido[706].

Hubo emotivas manifestaciones en Moscú ante la embajada belga, mientras la nueva Universidad de la Amistad cambiaba su nombre por el de Universidad Patrice Lumumba. Las reacciones adversas ante la muerte de Lumumba darían forma a la futura política exterior de Estados Unidos, cuidadosamente calibrada para enamorar a los líderes africanos moderados. A corto plazo fue el subsecretario de Estado, George Ball, quien aclaró la política estadounidense en el Congo, poniendo orden en el coro de voces encontradas de africanistas, europeístas y expertos en organizaciones internacionales. Aunque económicamente tenía sentido apoyar la secesión de Katanga, no gustaría ni a los Estados africanos ni a la ONU. En el peor de los escenarios, ello podría desatar una balcanización de toda el África subsahariana. Además, permitiría a Gizenga aparecer como el único campeón de la unidad nacional en su base lumumbista de la provincia oriental, desde donde acosaba a Jrushchev con peticiones de ayuda militar. Ball decidió apoyar al Gobierno central del Congo y a las fuerzas de la ONU por todas estas razones, aunque Washington sospechaba que la ONU quería hacer su propia política exterior. La solución óptima era obligar a Tshombe a negociar con Kasavubu, a quien se invitaría a hallar una solución federal al problema regional y tribal del Congo. Como los africanos habían retirado a sus soldados de las fuerzas de la ONU en protesta por la muerte de Lumumba, fueron reemplazados por unos 5.000 duros soldados gurkhas y sijs[707].

Kasavubu tenía una voz chillona y no era una persona dinámica ni carismática, de manera que Estados Unidos buscó a alguien más plausible como candidato a primer ministro. Encontraron a Cyrille Adoula, jefe del movimiento sindicalista congoleño. La ONU y los diplomáticos estadounidenses organizaron una conferencia de parlamentarios congoleños en la Universidad de Lovaina, a 24 kilómetros de la capital, para legitimar el nuevo régimen. Se

prohibieron el alcohol y las mujeres hasta que no concluyeran los actos. Pronto empezó a estar claro que el ausente Gizenga podría hacerse con el triunfo a pesar de todos sus esfuerzos, por lo que la CIA recibió la orden de volcar los votos a favor de Adoula. Estados Unidos ganó la puja al rival de Adoula, apoyado por los soviéticos; para ello ofreció coches y dinero en metálico, e hizo amenazas de un golpe de Estado militar si ganaba Gizenga[708].

Lo siguiente era reunificar el país. Los belgas apoyaban en secreto a Tshombe en Katanga, pero instaban a las demás naciones occidentales a no reconocerlo para evitar que se diluyera su propia influencia. Los principales defensores del Estado secesionista eran jefes muy conservadores, como el siniestro ministro del Interior de Tshombe, Godefroid Munongo, que creía que Lumumba era un Satán modernizador, así como la gran comunidad de europeos, que en este nuevo estado de cosas en Katanga abrazaban a negros, a los que en realidad despreciaban. Como Tshombe tenía buenas razones para desconfiar de sus propias tropas reclutó a 400 mercenarios blancos. Entre ellos destacaban sus líderes: el soldado de fortuna francés Robert «Bob» Denard y el sudafricano «Mad Mike» Hoare. El espíritu de la OAS argelina había llegado al Congo[709]. Los mercenarios no sentían ningún cariño por la ONU. En un cóctel diplomático, un coronel sueco de la ONU sintió que apretaban algo contra su espalda. Al darse la vuelta vio que un mercenario francés le había pinchado con parte de un rostro humano. «Está traicionando el último bastión del hombre blanco en África central. Uno de estos días acabará con un cuchillo en la espalda», advirtió al sueco[710].

En Katanga no había ley: los pandilleros drogados de Tshombe secuestraron y asaltaron a dos altos funcionarios civiles de la ONU que estaban llegando a una cena en honor del senador de Estados Unidos Thomas Dodd, al que curiosamente llamaban «el senador de Katanga» en su propio país. Uno de estos funcionarios, Urquhart, recibió fuertes cabezazos y patadas, y fue repetidamente golpeado con la culata de un rifle en la parte trasera de un camión. La mujer del cónsul de Estados Unidos exclamó: «¡Vaya, eso no está bien, señor Smith!», mientras el coche de su marido pasó junto al camión en el que golpeaban a un representante de la ONU de ese nombre junto a Urquhart. Liberaron a Smith, pero Urquhart permaneció

detenido hasta que un coronel gurkha de la ONU amenazó con volar el palacio de Tshombe si no lo soltaban. Urquhart tuvo la satisfacción de llenar de sangre los asientos del elegante descapotable blanco enviado por Tshombe[711].

La ONU envió al brigadier K. A. S. Raja, comandante de la 99 Brigada de Infantería, el componente hindú de la misión de paz de la ONU, y al enviado especial irlandés Conor Cruise O'Brien para obligar a marcharse tanto a los turbios asesores civiles belgas como a los mercenarios, y negociar la paz en el conflicto de la secesión de Katanga. «¿Quién es Conor O'Brien?», preguntó retóricamente en una ocasión el primer ministro Macmillan, exasperado al verse obligado a ocuparse del Congo. Se contestó a sí mismo: «Un hombre sin importancia y totalmente prescindible». No fue el menor de los errores de juicio de Macmillan.

O'Brien había nacido en 1917 en un suburbio de Dublín, hijo de un periodista y una maestra con puntos de vista lo suficientemente independientes como para enviarle a una escuela laica. De ahí pasó al Trinity College de Dublín, un foco residual de protestantismo anglo-irlandés[712]. O'Brien creció sabiendo que los británicos habían matado a un tío suyo durante el Alzamiento de Pascua, pero que otro había perecido con uniforme británico en el frente occidental. Su identidad se diluyó aún más al casarse, en 1939, con la hija de una familia presbiteriana de Belfast, donde trabajaba como profesor interino. El ejemplo irlandés no sería la clave para solucionar problemas más remotos, aunque puede que hubiera quien creyera esa quimera en otros tiempos y contextos[713].

En 1942 O'Brien se unió al Departamento de Finanzas irlandés y fue trasladado, por un par de años, al Departamento de Asuntos Exteriores. Para un irlandés con un pasado anticolonial, la recién fundada Organización de las Naciones Unidas era un foro en el que una nación muy pequeña podía defenderse por encima de su categoría mediante la adopción de argumentos morales. Esa fue la senda que, en junio de 1961, llevó a O'Brien a la remota provincia de Katanga, en calidad de delegado de Hammarskjöld.

O'Brien se encontró con Munongo, que siempre llevaba gafas de sol, y con Tshombe, que se había metido en política por considerar que era una alternativa más lucrativa que vender alimentos. Tratar con el segundo era como intentar meter una anguila en un bote[714].

O'Brien quería empezar por eliminar a los mercenarios como preludio a los acuerdos políticos para solucionar el conflicto de la secesión de Katanga. Anunció con gran seguridad en sí mismo que la Operación Rumpunch, iniciada en agosto de 1961, había tenido éxito porque había logrado deshacerse de los asesores civiles belgas. Sin embargo, no se daba cuenta de que los mercenarios expulsados se limitaban a volver por Rodesia. Se horrorizó cuando una fuerza combinada de colonos belgas y gendarmes de Katanga, dirigidos por mercenarios y con la ayuda de un reactor Fouga Magister, obligaron a rendirse a las fuerzas irlandesas de la ONU estacionadas en Jadotville. O'Brien decidió trazar personalmente una segunda operación, con el nombre en clave Morthur (la palabra significa «aplastar» en hindi), que impuso el control de la ONU en muchas zonas de Katanga mediante la idea de mínimo uso de la fuerza y empleo de armamento pesado. Morthur no logró evitar que los gendarmes liderados por mercenarios de Tshombe quemaran muchas aldeas leales al Gobierno central, lo que a su vez desencadenó una crisis de refugiados que llevó a 75.000 personas a campamentos de la ONU. Tampoco pudo capturar a Tshombe, que huyó a Rodesia del Norte.

Escarmentado tras el fiasco de Bahía de Cochinos en Cuba, Kennedy se negó a conceder a las fuerzas de la ONU apoyo aéreo, sin olvidar el hecho de que Estados Unidos era quien estaba pagando la operación congoleña, cada vez más autónoma de Hammarskjöld. Los británicos también hacían todo lo posible por poner obstáculos y prohibieron que los aviones cargados con armas sobrevolaran Uganda. Después de que los franceses también le negaran su apoyo financiero, Hammarskjöld decidió hablar con Tshombe en persona. Murió al estrellarse el avión que le llevaba de Léopoldville a Ndola, en Rodesia del Norte, donde esperaba poder reunir a Tshombe y Adoula. Aunque hay quien dice que el sueco fue asesinado, lo más probable es que el accidente se debiera a un error del piloto durante un vuelo nocturno.

Los distintos componentes de la administración Kennedy daban consejos contradictorios. Los no intervencionistas creían que el Congo tenía «derecho a su propia guerra de las Rosas», mientras que otros querían que Estados Unidos ofreciera asistencia militar en las operaciones de la ONU (postura defendida sobre todo por el

embajador ante la ONU, Adlai Stevenson). Mientras Kennedy se replanteaba si dar un impulso a las fuerzas de la ONU proporcionándoles aviones y soldados estadounidenses, el nuevo secretario general de la organización, el birmano U Thant, dejó a un lado su pacifismo de toda la vida y ordenó a las fuerzas de la ONU que suprimieran los motines armados en la provincia de Kivu, después de que secuestraran y asesinaran a trece aviadores italianos que servían en las fuerzas de la ONU.

Tras muchas dudas, Kennedy decidió poner en juego el prestigio estadounidense. Amenazó con emplear reactores y helicópteros y ayudó a la ONU a negociar un alto el fuego: envió para ello su avión personal a recoger a Tshombe para llevarle a parlamentar con Adoula. Tshombe, en arresto domiciliario por orden de Mobutu, accedió inmediatamente a incorporar a sus 18.000 soldados al ejército del Estado central y a ocupar su lugar en el Parlamento de Léopoldville. El problema de la secesión parecía haberse superado, pero mientras Kennedy se congratulaba por el éxito de su mediación, liberaron a Tshombe, que se negó a cumplir el acuerdo tras haber asegurado la base de su poder en el sur. Lo único positivo era que Adoula y Mobutu habían conseguido acabar con la rebelión de Gizenga en la provincia oriental. Gizenga sobrevivió a dos años y medio de prisión en la isla de Bula Bemba, donde la malaria campaba por sus respetos[715].

Entretanto, los soviéticos habían vuelto al Congo con una misión diplomática compuesta básicamente por agentes del KGB que se alojaron inicialmente en la Stanleyville de Gizenga. Adoula era prooccidental y puso todos los inconvenientes que pudo a su acreditación, al igual que la CIA. Como no pudieron poner escuchas en los edificios donde se iban a alojar, Devlin pagó a un llamativo curandero para que llevara a cabo danzas y cánticos ante la embajada y maldijera a todo el que entrara, a efectos de reducir la capacidad de los soviéticos de contratar agentes congoleños[716]. En palabras del segundo secretario, Yuri Viktorov:

Tuvimos que ponernos inmediatamente a solucionar nuestros problemas de comida, ropa y servicio. Las tiendas estaban vacías y lo único que pudimos comprar fueron pollos americanos, que parecían estar congelados desde la Segunda Guerra Mundial; a veces conseguíamos pescado. En los mercados locales vendían

mucha fruta a precios muy bajos, plátanos, piñas, papaya, mangos, etcétera. Carne solo podíamos comprar ocasionalmente y, lo peor de todo, es que apenas había leche ni otros productos de uso diario.

Para comprar otros productos de consumo había que cruzar el río y dirigirse a Brazzaville, en el Congo francés, aunque tampoco había mucho allí con lo que se hubiera podido amueblar un piso en Moscú y mucho menos una dacha rural, objetivo prioritario de todos los diplomáticos soviéticos y sus esposas[717].

Kennedy apoyó totalmente los planes del Departamento de Estado para llevar a cabo un embargo económico gradual del cobalto y el cobre de Katanga, mientras presionaba a las grandes compañías mineras para que pagaran sus impuestos directamente al Gobierno central en vez de al de Elisabethville. Aviones de transporte estadounidenses llevaban a las fuerzas de la ONU y sus suministros donde fuera necesario. Después de que las tropas de Katanga derribaran un helicóptero el día de Nochebuena de 1962, la ONU llevó a cabo la Operación Grand Slam, a pesar de los retrasos debidos a la reticencia de los británicos a proveer de bombas a los aviones hindúes de la ONU. Las fuerzas aéreas de Katanga desaparecieron del mapa y la infantería se movió lo suficientemente rápido como para evitar que Tshombe cumpliera su amenaza de volar todas las minas bajo su control. U Thant hizo caso omiso de los intentos de Tshombe de ganar tiempo mediante negociaciones y ordenó avanzar a sus tropas hasta que, a finales de 1963, Tshombe arrojó la toalla y huyó a la España de Franco.

Ese mes de mayo, Kennedy recibió en la Casa Blanca al general Joseph Mobutu, de treinta y dos años. Mientras posaban para las fotos en la rosaleda Kennedy dijo: «General, de no haber sido por usted, todo se habría ido al garete y los comunistas se habrían hecho con el poder». Mobutu asintió modestamente: «Hago lo que puedo»[718]. Como las fuerzas de la ONU estaban a punto de abandonar el país, Mobutu preguntó si Estados Unidos estaría dispuesto a suministrarle las armas y los técnicos que precisaba para modernizar el ejército congoleño. Preguntó si él mismo podría recibir, junto a otros diez oficiales, entrenamiento en paracaidismo en Forts Bragg y Benning. Se puede arreglar, le contestó un presidente «encantado»[719]. En 1965, Mobutu decidió que Kasavubu no seguiría gobernando Zaire, el nombre dado al Congo en 1971. Le

tendrían en mucha consideración Nixon, Carter (durante cuya presidencia el Zaire recibió la mitad de las ayudas estadounidenses al África subsahariana), Reagan y George H. W. Bush.

La crisis del Congo es un ejemplo de manual de los difíciles problemas a los que han de hacer frente los estadistas en tiempo real y en medio de un torbellino de fuerzas en conflicto y servicios secretos ineficaces. Aunque la conspiración de la CIA para asesinar a Lumumba suscitara indignación moral, hay que tener en cuenta los imponderables y la incertidumbre de una crisis política en la que se mezclaban el riesgo local de anarquía con la amenaza muy real de una toma de poder de los soviéticos en una zona estratégicamente crucial de África central. Bélgica, Gran Bretaña y Francia tenían intereses propios, al igual que algunas de las naciones africanas. Estados Unidos tampoco le dedicó una atención ininterrumpida, pues Kennedy tenía que vérselas a su vez con el reto del Muro de Berlín y la crisis de los misiles de Cuba. Por último, resultó desafortunado que la mayor misión de paz de la historia de la ONU hubiera de realizarse en un país mayor que Europa Occidental y que la misión armada se excediera, tanto en su capacidad como en el respeto al mandato original. Mientras O'Brien se deleitaba en el desempeño de un papel a escala mundial nunca antes (y nunca después) adjudicado a un irlandés, probablemente los bombarderos y tanques no fueran lo mejor en una misión de paz[720].

GUINEA Y GHANA

La crisis del Congo fue una versión violenta de la Guerra Fría, que ganaba rápidamente terreno en África[721]. En otras zonas el conflicto fue menos sangriento, lo que no significaba que no se combatiera con toda seriedad. África occidental era un enorme teatro de operaciones. Para los soviéticos, la antigua colonia de Guinea, que tenía el mismo tamaño que Gran Bretaña u Oregón pero poseía la mitad de las reservas del mundo de bauxita, era la mejor de las «ventanas a África». Su presidente, Sékou Touré, era un aristocrático marxista-leninista, activista del sindicato de trabajadores de correos. En 1958 el partido de Touré ganó un referéndum sobre su independencia inmediata que conllevaba el rechazo de la nueva comunidad francesa; fue la única colonia francófona africana que optó por el repudio.

El resto obtuvo su independencia dos años más tarde, pero en Guinea los franceses actuaron con despecho y fueron vengativos. Todos los burócratas y técnicos desaparecieron de la noche a la mañana, arrancando las líneas telefónicas e incluso rompiendo las bombillas. Lo que no pudieron quemar lo tiraron al océano. Además, estaba el problema general de que las potencias coloniales nunca hubieran unido entre sí las infraestructuras de cada país. No ocurría solo en el caso de las carreteras: también en el de las telecomunicaciones. Para telefonear de la capital de Guinea, Conakry, a Freetown, en Sierra Leona (a 125 kilómetros de distancia) había que llamar vía Londres o París[722].

La embajada soviética abrió sus puertas en Conakry en abril de 1959 y a continuación empezó a llegar material militar, por ejemplo tres tanques ligeros que impresionaron mucho en un desfile al estilo soviético. Los alemanes del Este instalaron un sistema de megafonía, pero los africanos estaban hartos de la estridente propaganda. También hubo acuerdos comerciales, pero la economía anticapitalista soviética generaba poco comercio y Guinea no tenía con qué pagar. Como explicara un corresponsal de Radio Moscú a un conocido estadounidense: «Les dimos lo que quisieron y no supieron qué hacer con ello». Los soviéticos seguían alterando los términos del trueque y hubo que añadir mineral de hierro y bauxita a las naranjas y los plátanos. En parte, era un trato ventajoso y en parte, un intento de extender la influencia soviética a África occidental.

Un montón de equipamiento de mala calidad fabricado en el bloque del Este y de arroz chino en mal estado acabó oxidándose y pudriéndose en los muelles de Conakry, pues, a pesar de la tremenda hambruna que había en la China de Mao, este había hallado la forma de exportar 15.000 toneladas de arroz a Guinea en 1960[723]. La generosidad soviética se tradujo en orinales para casas sin cuartos de baño o cañerías (hasta en el palacio presidencial, Touré tenía que bajar para lavarse las manos, porque el agua no tenía presión suficiente como para llegar a las oficinas del segundo piso). Llegaron seis toneladas de estilográficas junto a suficiente carne de cangrejo enlatada para medio siglo. Las famosas quitanieves, que se dejaron oxidar, en realidad debían haber funcionado como desbrozadoras. No había manuales de

mantenimiento en francés de máquinas y vehículos que, por consiguiente, acababan deteriorándose en alguna cuneta. Los proyectos que requerían de más capital fueron una desilusión: las imprentas trabajaban por debajo del 5 por ciento de su capacidad; se construyó una estación de radio sobre una veta de hierro que interfería con las señales y se fundó una envasadora de tomates en una zona donde no había ni agua ni tomates[724].

En esta situación, Touré se volcó en la región occidental, sobre todo para financiar su proyecto favorito: la presa hidroeléctrica de Koukoure, necesaria para abastecer de corriente eléctrica a un enorme horno de aluminio en Boku. En diciembre de 1961 expulsó al embajador soviético, Daniel Solod, acusándole públicamente de fomentar la huelga de profesores, y redujo a la mitad el número de asesores y técnicos soviéticos en Guinea. En octubre visitó Washington, donde fue bien recibido. Al volver a casa, Touré prohibió a los soviéticos que utilizaran para aterrizar y repostar una pista que habían construido y necesitaban para romper el bloqueo naval impuesto por Estados Unidos alrededor de Cuba. Jrushchev reaccionó con el corte de toda ayuda a Guinea y dijo: «El presidente se comporta como un patán y yo no voy a seguir ayudándole». Las relaciones entre Guinea y la Unión Soviética empeoraron tras el intento del KGB de secuestrar y sacar del país a una atractiva maestra rusa que se había enamorado de un diplomático haitiano. Un astuto agente de aduanas evitó su traslado y se corrió la voz de que los rusos se habían opuesto a la relación amorosa porque el haitiano era negro. Al final, lo único que obtuvo Touré de Estados Unidos fueron buenas palabras, de manera que fue a buscar financiación a los Estados árabes del golfo Pérsico[725].

En principio, los soviéticos también mantuvieron buenas relaciones con el panafricanista Kwame Nkrumah, líder de Ghana, antigua colonia británica de la Costa de Oro y primera nación africana en obtener la independencia. El país tuvo una situación de partida mejor que la de Guinea, puesto que contaba con 200 millones de dólares en el banco y un buen sistema de funcionariado. Una delegación soviética de bajo nivel asistió a las celebraciones por la independencia celebradas en Accra, en marzo de 1957; Estados Unidos envió a Nixon. Nkrumah quería apostar por la industrialización y la modernización. Su proyecto estrella era la

presa del río Volta y, para poder construirla, se comportó de manera oportunista tanto con la Unión Soviética como con Estados Unidos. Los soviéticos abrieron una embajada y firmaron acuerdos comerciales para hacerse con entre 20.000 y 30.000 toneladas de grano de cacao. No hubo forma de mejorar los intercambios comerciales, pues los soviéticos no recurrían al crédito, ni al pago a plazos, ni les gustaba mostrar y vender sus productos en ferias locales. Si los agricultores soviéticos no podían sacar beneficios de las gigantescas granjas colectivas que tenían en casa, ¿qué posibilidades había de que las obtuvieran en Ghana?

Los estadounidenses se mostraron inquietos ante las buenas relaciones de Nkrumah con los soviéticos, su planificación centralizada y sus excéntricos experimentos socialistas. Pero, aun así, aportaron 97 millones de dólares al consorcio privado que estudiaba la viabilidad de la presa. Como Guinea, Ghana negó a los soviéticos permiso para aterrizar o repostar durante la crisis de los misiles de Cuba. La defensa estratégica del Congo y los desesperanzadores resultados en Guinea y Ghana inclinaban a los soviéticos a buscar otra base en el África subsahariana. Dedicaron su atención a las conflictivas colonias portuguesas de Angola y Mozambique, a las que el viejo dictador, Antonio de Oliveira Salazar, se aferraba con uñas y dientes[726].

HOMBRES AGOTADOS DE OJOS VIDRIOSOS Y REDUCTOS DE LOS BLANCOS

Los defensores británicos de los colonos blancos de Rodesia creían que Salazar hacía bien en seguir en la brecha[727]. El Gobierno británico estaba llegando a otra conclusión. El abrupto final de los imperios francés y belga en África presionaba a los británicos, que no querían ser los últimos en dejar la fiesta, sobre todo porque su escasa intervención había atraído la hostilidad de los Estados asiáticos y africanos presentes en la ONU. ¿Acaso Gran Bretaña quería meterse en el mismo saco que el Portugal de Salazar? Los británicos deseaban evitar una guerra fútil al estilo de la de Argelia. «Fue vano pensar que Gran Bretaña podría mantener su posición por la fuerza», dijo Iain Macleod, secretario para las colonias durante el periodo crucial que va de octubre de 1959 a octubre de 1961. «Si el general De Gaulle contaba con un millón de hombres y no pudo mantener Argelia, nosotros no podremos conservar un

tercio del continente»[728].

Lo que gran Bretaña hizo en África afectó a sus relaciones con Estados Unidos, pues Kennedy era un gran defensor de los movimientos independentistas (excepto los que surgían en su patio trasero), y con la India, dados los abundantes hindúes que el Imperio británico había importado al este y sur de África. El caos en el que se había sumido el Congo era una terrible advertencia de lo que podría ocurrir si se concediera el gobierno a una mayoría sin la preparación adecuada. Sin embargo, los nacionalistas negros también amenazaban con el caos si la minoría blanca se aferraba al poder demasiado tiempo. Eran cuestiones de peso para el Partido Conservador. De Gaulle nunca se mostró sentimental respecto a los *pieds noirs*, pero los gobiernos conservadores ingleses no podían ignorar la opinión favorable que suscitaba en sus votantes «ser como de la familia», una idea que difundía la prensa conservadora. En las décadas de 1950 y 1960, el imperio era un tema que dividía y envenenaba a los conservadores (como luego lo sería Europa a partir de la década de 1980).

Harold Macmillan decidió adoptar medidas. El primer ministro de ojos caídos, modales lánguidos y buenas palabras era inocente a título personal en lo que acabaría siendo pura decadencia expuesta en el escándalo sexual de 1963 conocido como caso Profumo, que acabó con su administración. Tras una infancia desgraciada en Eton, Macmillan disfrutó de los dos años que pasó en el Balliol College, Oxford, antes de que la Primera Guerra Mundial pusiera punto final al ocaso eduardiano. En su expediente militar figuran muchos actos de valor, en los que fue herido tres veces. Como a la mayoría de su generación, le costaba desprenderse de la sensación de que sus contemporáneos de mayor talento habían acabado inmortalizados en bronce o piedra en el umbral de su potencial[729].

Tras la guerra, Macmillan pasó a formar parte del negocio familiar, en el que tuvo mucho éxito, y se convirtió en parlamentario conservador en 1923[730]. Seis años después, su esposa Dorothy se embarcó en una larga relación con su amigo bisexual Bob Boothy, y Macmillan sufrió un colapso nervioso. Bajo la influencia de su amigo John Maynard Keynes se convirtió en un defensor de la planificación económica, lo que casaba bien con su preocupación de aristócrata por los desfavorecidos, que había

convertido en una especie de filosofía política, aunque había algo de culpa condescendiente en todo ello. Tuvo otro «acierto» como ministro residente en el cuartel general de los aliados en Argel. Supo tratar a los díscolos franceses con aplomo (hablaba el idioma con fluidez) y forjó amistades duraderas con Eisenhower y su homólogo estadounidense Robert Murphy. Sin embargo, durante la Conferencia de Casablanca de enero de 1943 Macmillan mostró al futuro intelectual del Partido Laborista Richard Crossman una altivez de la que no se desharía ya en su vida: «Nosotros, querido Crossman, somos griegos en este imperio americano. Verá en los estadounidenses lo que los griegos veían en los romanos, a los que consideraban gente grande y vulgar. Son bulliciosos, más vigorosos que nosotros y también más ociosos, con más virtudes intactas, pero también más corruptos. Debemos dirigir el cuartel general de los aliados, igual los griegos dirigían las operaciones del emperador Claudio»[731].

A su vuelta a Gran Bretaña, Macmillan cambió su escaño del norte de Stockton por el de Bromley, un suburbio del sur. Las ideas que había defendido antes de la guerra se habían convertido en habituales, mientras los tories se esforzaban en adaptarse a las nacionalizaciones y la planificación estatal del recién electo Gobierno laborista.

Los conservadores retomaron el poder en octubre de 1951, y Macmillan se convirtió en ministro de Vivienda. Era mayor que Eden, encargado de Asuntos Exteriores, y que el ministro de Hacienda Butler, y se consideraba mejor que ambos. Tras la diferida retirada de Churchill, Macmillan se convirtió en primer secretario de Asuntos Exteriores. Como Eden creía ser el único capaz de desempeñar ese cargo, no mantuvieron una buena relación. En diciembre de 1955, Eden nombró a Macmillan ministro de Hacienda. Un año después quedó vacante el cargo máximo debido a la crisis de Suez y, en enero de 1957, Macmillan se convirtió en primer ministro.

Al principio de su mandato encargó diversos estudios, incluido un informe «de pérdidas y ganancias» para cada colonia. Descartó toda objeción económica a la concesión de la independencia. Si defendía el mantenimiento de las colonias lo hacía exclusivamente desde el punto de vista de la responsabilidad moral: por las

minorías asiáticas que Gran Bretaña había transportado a lugares de África para formar una pequeña clase capitalista, o por los colonos blancos que habían hecho de las colonias lo que eran con la ayuda de trabajadores africanos. Consideraba inmoral desechar toda responsabilidad hacia las minorías.

Había que tener en cuenta algo más. El constante miedo de los estadounidenses a un florecimiento del comunismo en lugares a los que se daba la independencia era menos evidente que la preocupación de los británicos por la posibilidad de que el régimen *apartheid* de Sudáfrica ejerciera un efecto gravitatorio sobre los colonos blancos de Kenia y el sur y norte de Rodesia, los cuales, junto a Nyasalandia, se habían convertido en la Federación del África Central (1953)[732]. Duncan Sandys hizo un informe paralelo para Defensa, en el que recomendaba reducir el gasto de un 10 a un 7 por ciento del PIB de Gran Bretaña en 1962. Para lograrlo, había que reducir drásticamente la presencia de fuerzas armadas y hacer que fueran voluntarios los que prestaran servicio. Evidentemente, la reducción de sus tropas de 690.000 a 375.000 hombres, a finales de 1962, tuvo consecuencias para la capacidad de Gran Bretaña de combatir en las grandes guerras de contrainsurgencia. Había un tercer informe centrado en la mejor forma de casar fines y medios. Realizado a finales de la década de 1960, el autor llegaba a la conclusión de que la alianza atlántica con Estados Unidos era lo mejor para contener la amenaza comunista, sobre todo si Europa y la Commonwealth ofrecían todo su apoyo[733].

Mientras Macmillan se preparaba para su gran gira por África, a principios de 1960, tuvo que tener en cuenta otras consideraciones. En su partido se defendían tres posturas diferentes en relación a la descolonización: estaban los imperialistas irredentos, los pragmáticos y quienes no pensaban demasiado en nada[734]. El caos de Suez había alejado del partido a mucha gente joven brillante y Macmillan esperaba volver a seducir su imaginación moral mediante una «gran imagen» de la Gran Bretaña posimperial. Esto tuvo gran importancia tras salir a la luz los horrores de Hola, y en una investigación judicial se calificó a Nyasalandia (donde habían encarcelado al doctor Hastings Banda y otros nacionalistas durante la Operación Amanecer) de «estado policial»[735].

En las elecciones de noviembre de 1959, Macmillan incrementó

su mayoría parlamentaria en más de cien escaños. Inició un viaje de seis semanas por África en enero de 1960. Empezó por la Ghana independiente, donde Nkrumah dio la bienvenida al primer ministro británico de sesenta y cinco años de edad. La siguiente parada fue Nigeria, a punto de convertirse en un dominio, cuya independencia estaba programada para 1963. Allí Macmillan observó de forma casual que la Federación del África Central no tenía por qué ser permanente. Esto era una novedad para sir Roy Welensky, primer ministro de la Federación[736]. Welensky era un tipo duro, hijo de un judío lituano y una madre afrikáner que, aun así, se consideraba «cien por cien» británico. Se había ganado el puesto con esfuerzo y tesón, pues había sido sindicalista ferroviario y en su juventud incluso fue campeón de boxeo de pesos pesados de Rodesia. El encanto aristocrático de Macmillan no le sirvió de nada en su encuentro en el palacio de gobierno de Salisbury. «Me pone enfermo ver a las grandes potencias desechando toda responsabilidad por la administración colonial», dijo Welensky.

Pero este asunto no fue nada comparado con la tormenta en la que se metió Macmillan el 3 de febrero. Se aventuró a viajar de Bechuanalandia (uno de los tres enclaves de la Alta Comisión en el seno de la Unión Sudafricana) a Ciudad del Cabo para dirigirse al Parlamento allí reunido. Gran Bretaña tenía muchos vínculos comerciales, deportivos y bélicos con Sudáfrica, que se redujeron con el aumeno de influencia de los bóers, hombres que parecían una versión holandesa de los nazis alemanes, muy rencorosos con la eliminación de sus repúblicas independientes en el cambio de siglo[737]. Sin inmutarse por las caras de palo de su audiencia, Macmillan dijo:

Lo que más me ha impresionado desde que dejé Londres hace un mes es la fuerza de la conciencia nacional africana. Adopta formas distintas en diferentes lugares, pero existe en todos. Un viento de cambio recorre este continente y, nos guste o no, el incremento de la conciencia nacionalista es un hecho político. Debemos aceptarlo como tal y tenerlo en cuenta en nuestras políticas nacionales.

El público reaccionó con un gélido silencio y unos pocos aplausos al final. En cambio, la sala estalló en aplausos cuando el primer ministro de Sudáfrica, Hendrik Verwoerd, recordó a Macmillan que el hombre blanco también tenía derechos en

Sudáfrica y que su presencia era muy anterior a los inmigrantes bantúes.

Los vientos de cambio se convirtieron en una tormenta con el nombramiento de Iain Macleod como secretario para las Colonias. En el mismo momento en el que Macmillan le dijo: «Iain, te tengo reservado el peor puesto», Macleod supo que sería jefe del Ministerio para las Colonias, a pesar de no haber pisado nunca una colonia británica (y eso que su hermano menor tenía una granja en Kenia). Su hermano decía que un africano que había combatido contra los japoneses por cuenta de los británicos «no llevaba bien quitarse el sombrero en la oficina de un comisionado de distrito de su propio país para pedir un pase e ir a visitar a su primo en el pueblo vecino»[738].

Macleod era hijo de un médico de la isla de Lewis y creció en Yorkshire, donde su padre tenía una consulta, pero nunca dejó de ser un chico de clase media entre caballeros ingleses de clase alta. Era un estupendo jugador profesional de cartas al que la guerra espabiló; un hombre con ideas que figuraba en el nuevo Departamento de Investigación de un partido en el que la palabra «listo» era un insulto velado. Se convirtió en un excelente orador en temas de salud y defensor del conservadurismo unitario; también escribía regularmente una columna sobre bridge para el *Sunday Times*.

Tras llamar la atención de Churchill, en mayo de 1952, esta joven y brillante lumbrera de treinta y dos años se convirtió en ministro de Sanidad del nuevo Gobierno conservador. Tres años después, Eden le nombró ministro de Trabajo de su Gobierno, lo que le mantuvo al margen de la debacle de Suez y le permitió convertirse en la escoba que Macmillan estaba buscando para liquidar el imperio.

Puesto que apenas sabía nada de las colonias, Macleod se centró en unas cuantas ideas básicas. Consideraba ilógico que Gran Bretaña concediera la independencia a África occidental y se la negara a las naciones de África oriental a causa de las minorías de colonos blancos. Porque, al margen de cualquier cosa que se decidiera en Whitehall, se estaba desatando una reacción en cadena en África. El hecho de que la administración británica fuera, en realidad, bastante buena en ciertas regiones de África no podía

esgrimirse como excusa para negar a los africanos el derecho a gobernarse a sí mismos. Macleod rechazó totalmente la idea de que los colonos blancos sabían lo que era mejor para las mayorías africanas y declaró su intención de proceder «ni tan rápidamente como en el Congo ni tan lentamente como en Argelia»[739].

Macleod acabó con el estado de emergencia en Kenia, con la consiguiente liberación de los detenidos que quedaban, y se convirtió en interlocutor del antiguo «terrorista» Kenyatta. Macleod había sido jugador toda su vida y, por lo tanto, era muy hábil en conferencias en las que hombres blancos y negros se sentaban en torno a una mesa para diseñar el marco constitucional de las nuevas naciones del este de África. En las primeras sesiones dejó que cada delegado soltara el discurso que le quemaba en el bolsillo de la chaqueta para poder negociar después. No tuvo contemplaciones a la hora de abrir fisuras entre los blancos moderados y los imperialistas aunque, evidentemente, también había fisuras entre los negros que se podían aprovechar. De hecho, tras las vistosas siglas de partidos acechaba el profundo temor a que unas tribus dominaran a otras, así como el deseo, muy humano, de poder echar mano a los mandos y beneficios que obtendrían de un Estado independiente[740]. Fue así, de forma acumulativa y exhaustiva, como se dio vía libre a la independencia de Tanganika, Uganda y Kenia.

El destino de la Federación del África Central causó gran acritud. Se había fundado en 1953 y era, por así decirlo, la gran esperanza negra y blanca de la idea británica de una comunidad política multirracial; era diferente al siniestro reducto calvinista de Pretoria. De hecho, cualquier persona negra —a la que se referían como «ello» y la cual no podía usar el pavimento urbano— consideraba que solo había diferencias marginales entre Rodesia del Sur y Sudáfrica[741].

El Partido Conservador estaba tan dividido en torno al asunto de los colonos blancos como unido en la idea de que era más que dudosa la capacidad de los africanos negros para gobernarse a sí mismos. Macmillan creía que los blancos de Kenia y Rodesia estaban desarraigados y eran la escoria de la tierra; se reía del patriotismo de Welensky, calificándolo de efusión de un «judío lituano sentimental». Había algo en lo que Macmillan y Macleod no

podían engañar a Welensky. Gran Bretaña no toleraría nunca la secesión negra de la Federación del África Central, sobre todo porque la carne y el tabaco de los agricultores de Rodesia del Sur tendrían que competir con el cobre de Rodesia del Norte (compartía minas de cobre con Katanga) y la fuerza de trabajo de Nyasalandia.

De hecho, la Federación del África Central era una quimera idealista británica. Los blancos estaban distribuidos desigualmente a lo largo y ancho de los tres territorios que la constituían y tenían cinco gobiernos, contando el británico. En relación a los africanos del norte, la Federación no era más que un truco para ganar confianza en la constitución y garantizar el dominio blanco de Rodesia del Sur. De ahí que la Comisión Monckton, reunida para analizar el futuro de la Federación en octubre de 1960, recomendara ir virando lentamente hacia un gobierno de mayoría africana en Nyasalandia y Rodesia del Norte, así como establecer la paridad entre negros y blancos en la Asamblea Federal. En cuanto a Rodesia del Sur, aparte de recomendar la reubicación de la capital, sugirieron que acabaran con las prácticas de discriminación racial que la asimilaban a Sudáfrica[742].

Estas maniobras horrorizaban a «Bobbety» Salisbury, miembro de la familia Cecil, cuyo abuelo había dado nombre a la capital de Rodesia del Sur. A Salisbury le gustaba Welensky, le gustaban los blancos de Rodesia en general, aunque el escurridizo Macmillan le desagradaba, al igual que Macleod, al que consideraba un tahúr escocés. Welensky entregó a Salisbury correspondencia confidencial de Macmillan, y el primer ministro puso bajo vigilancia del MI5 a su antiguo colega. Salisbury en persona creó un comité de vigilancia clandestino para someter a Macmillan a una guerra de desgaste. También procuró contrarrestar el conservadurismo liberal en su versión Macmillan/Macleod mediante el patrocinio del ultrarreaccionario Monday Club. El 7 de marzo de 1961, el anciano Salisbury sacó a la Cámara de los Lores de su habitual sopor con una corrosiva defensa del hombre blanco en África. Aunque el discurso se recuerde por un comentario «poco inteligente» que hiciera sobre Macleod, en realidad iba dirigido a Macmillan. A veces la cosa se volvía bastante personal:

Ser más listo que tus adversarios en el bridge no se considera inmoral, ni siquiera inoportuno. Al revés, cuanto más les engañas,

sin violar las reglas del juego, mejor jugador eres. Me da la impresión de que, cuando el ministro de las Colonias dejó el bridge por la política, decidió seguir jugando según las reglas del bridge. En todo caso, como bien saben sus señorías, la población blanca de África central y del este cree que se ha propuesto engañarles, y lo ha hecho muy bien[743].

Había algo de verdad en lo que decía: Macleod hacía política como si se tratara de un juego que había que ganar. Macmillan y Salisbury retomaron el contacto de cara a la galería, aunque a partir de entonces encabezaban sus cartas con un «Estimado primer ministro», en vez de con un «Querido Harold». Pero Macmillan decidió que Macleod le comprometía y le despidió. La Federación se disolvió en 1963 bajo su sucesor, Reggie Maudling, y un año después Nyasalandia se convirtió en Malawi y Rodesia del Norte en Zambia, presididas por Hastings Banda y Kenneth Kaunda, respectivamente. Existía la esperanza de que mantener en la Commonwealth a estos Estados moderados (y por lo tanto, fuera de la peligrosa órbita de Sudáfrica) compensaría cualquier cosa que pudieran hacer los blancos agraviados de Rodesia. Pero resultó ser un error de cálculo tras el ascenso del Frente de Rodesia y su terco líder, Ian Smith, quien en 1965 declaró unilateralmente la independencia para defender un modo de vida —con sus barbacoas y piscinas— más estadounidense que británico (si mis recuerdos de los años sesenta son exactos). Si los estadounidenses tendían a considerar que África era cosa de los británicos, o al menos que lo eran las zonas que hemos analizado (al margen de Argelia), en su propio hemisferio su política siempre había sido evitar toda interferencia. A veces, para hacerlo, tuvieron que intervenir a su vez violentamente.

15. EL BLUES DEL PATIO TRASERO: CUBA

MARE NOSTRUM

Estados Unidos siempre ha creído que América Latina era suya, sobre todo la cuenca del Caribe. Proclamó su hegemonía hemisférica en 1823 y la denominó Doctrina Monroe, siete décadas antes de contar con una marina que pudiera velar por su cumplimiento. Durante el arrebato imperialista que sufrió el país bajo el gobierno de los presidentes William McKinley y Teddy Roosevelt, arrebataron Cuba y Puerto Rico a España en 1898 y Panamá a Colombia en 1903 para garantizar la propiedad de Estados Unidos sobre el futuro canal interoceánico. Los estadounidenses intervinieron cinco veces en el istmo hasta 1903 y otras cuatro veces en los quince años siguientes. En 1905, tras declarar a la República Dominicana en bancarrota para proteger a los acreedores, Roosevelt afirmó que Estados Unidos sería la «policía» del Caribe y envió al cuerpo de marines a Honduras, la primera de sus cinco intervenciones en los veinte años siguientes.

Los presidentes posteriores ordenaron intervenciones militares estadounidenses en el «patio trasero», aunque el «progresista» demócrata Woodrow Wilson fue con mucho el más enérgico a la hora de imponer la democracia. Envió tropas estadounidenses a Cuba en 1906-1908 y 1912, donde permanecieron de forma más o menos continuada, por ejemplo en Honduras (1905-1925), Nicaragua (1912-1933), Haití (1915-1934) y la República Dominicana (1916-1924); también ocuparon el puerto de Veracruz en 1914. Estas intervenciones directas no propugnaron ningún cambio permanente en lo que un subsecretario de Estado denominó

«pequeños países corruptos». De manera que el presidente Franklin Roosevelt anunció en 1933 que inauguraba una política de «buena vecindad», es decir, un cambio hacia métodos de control más informales, en los que los dólares sustituyeran a las balas y los hombres poderosos locales aseguraran la estabilidad[744].

La cascada de intervenciones militares estadounidenses pesa, sin duda, en su historia. El hecho de que se las endulzara con una verborrea paternalista (me viene a la mente «el mundo preparado para la democracia» de Wilson) simplemente añadía un insulto a la herida. El inconformista general de los marines, Smedley Butler, uno de los soldados más condecorados de la historia de Estados Unidos, decía lo siguiente sobre su propia carrera:

Pasé 33 años en activo en el ejército y durante la mayor parte de ese periodo me dediqué a ser un ladrón de guante blanco que trabajaba para las grandes compañías, Wall Street y los banqueros. Resumiendo: era un gánster del capitalismo. Ayudé a pacificar México para no perjudicar a los intereses del petróleo estadounidense. Ayudé a convertir Haití y Cuba en lugares decentes para que los chicos del City Bank pudieran tener ingresos. Ayudé a violar a una docena de repúblicas de Centroamérica en beneficio de Wall Street. Ayudé a limpiar Nicaragua para la Banca de los Brown Brothers y llevé la electricidad a la República Dominicana porque era fundamental para la industria estadounidense del azúcar. Ayudé a convertir Honduras en un lugar asequible para las compañías fruteras de Estados Unidos. Retrospectivamente creo poder decir que di a Al Capone una idea o dos. Le dije que lo mejor que podía hacer era mover a su gente por tres distritos. Operé en tres continentes[745].

En 1960 Estados Unidos invirtió un total de 8.000 millones en Latinoamérica, que representaban la cuarta parte de sus inversiones nacionales de ultramar. El capital se invirtió preferentemente en empresas de extracción, aunque a los estadounidenses también les encantaba invertir en tierras y comprar ranchos. Latinoamérica también era responsable del 20 por ciento del comercio exterior de Estados Unidos; en el caso de Cuba, compraban el 74 por ciento de las exportaciones de la isla y les suministraban el 65 por ciento de sus importaciones[746]. En muchas regiones de Latinoamérica los embajadores estadounidenses eran potentados, a menudo la

segunda persona más importante después del presidente. Los nuevos edificios diseñados para albergar las embajadas tenían una placa de cristal en las fachadas con el águila grabada para sugerir modernidad, transparencia y poder. Pero las cantidades de dinero invertidas de Latinoamérica hacen pensar que las iniciativas políticas en este continente de la administración Eisenhower no tenían realmente en cuenta una posible amenaza comunista. Tenemos pruebas convincentes de que la actividad de la Unión Soviética en el hemisferio occidental fue mínima durante la década de 1950. De hecho, apenas había presencia soviética pues, hasta 1960, Moscú solo tuvo embajadas en Argentina, México y Uruguay. El comercio con la Unión Soviética se mantenía en un discreto 2 por ciento del volumen anual total producido en América Latina, y no competía con Estados Unidos, pues estos no necesitaban carne ni grano de Argentina o Uruguay[747].

EL TEST DEL PATO

Durante las audiencias de confirmación, Foster Dulles comparó la situación de Latinoamérica en la década de 1950 con la de China en la década de 1930: no se iba a «perder» en su reloj[748]. A mediados de marzo de 1953, el documento del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, en sus siglas en inglés) 144/1 daba un esquema de las políticas estadounidenses en la región: asegurar el apoyo de América Latina a Estados Unidos en el seno de la ONU, incentivar un desarrollo económico y político ordenado, garantizar el flujo de mercancías y materias primas de importancia estratégica y combatir el comunismo en el ámbito interno y externo por medio de una defensa hemisférica conjunta. El anexo, más detallado, hablaba de «intereses de seguridad nacional prioritarios» que podrían requerir una intervención unilateral de Estados Unidos aunque supusiera una violación de los «compromisos adquiridos en el tratado, pusiera en peligro a la Organización de Estados Americanos (OAS) [...] y probablemente intensificara las actitudes antiestadounidenses en muchos países de América Latina»[749].

En marzo de 1954, Dulles recibió mucho apoyo en la décima Conferencia Interamericana de Caracas para extender «la Doctrina Monroe hasta incluir la posibilidad de prohibir ideologías foráneas en las repúblicas americanas». Era una puesta a punto del Corolario a la Doctrina Monroe, con la que Teddy Roosevelt se había

arrogado el derecho de «estabilizar» a los regímenes de la región mediante el envío de marines para evitar interferencias europeas en sus revoluciones, guerras civiles y crisis de deuda. Diecisiete gobiernos aprobaron la propuesta de Dulles; Argentina y México se abstuvieron. El presidente de Guatemala, Jacobo Árbenz Guamán, votó en contra[750].

Aunque nadie le mencionó directamente, Árbenz era el objetivo de lo que él denominaba la «internacionalización del macartismo» de Dulles, aunque lo cierto era que apenas suponía una amenaza para Estados Unidos. Árbenz era el primer líder de Guatemala en 130 años que se había beneficiado de un traspaso de poder pacífico y legítimo. Pero sus reformas agrarias le crearon problemas con la United Fruit Company, a la que los adversarios locales denominaban «el Pulpo». Sus tentáculos llegaban muy lejos. Ann Whitman, secretaria personal de Eisenhower, estaba casada con Ed Whitman, el principal miembro del lobby de la compañía en Washington; Dulles mismo representó a la compañía en muchas ocasiones cuando ejercía como abogado. Árbenz había suspendido lo que el embajador de Estados Unidos en Ciudad de Guatemala describió como «el test del pato»: «Imagine que ve un pájaro dando vueltas por el patio de una granja. No lleva ninguna etiqueta con la palabra "pato", pero desde luego tiene aspecto de pato, se mete en el estanque y ve que nada como un pato. Abre el pico y emite los sonidos propios de un pato. En este punto probablemente ya haya llegado a la conclusión de que es un pato, tanto si lleva un etiqueta como si no»[751].

Al parecer, la CIA tenía permiso para derrocar gobiernos por todo el mundo, y además su éxito en Irán con Mossadeq les había envalentonado. De manera que, en marzo de 1954, la CIA repitió su numerito en Guatemala con una operación denominada PBSUCCESS. Árbenz perdió los nervios al igual que Mossadeq y no obtuvo el apoyo popular necesario para hacer frente a las pocas fuerzas movilizadas en su contra. Un año después del golpe, agentes de la CIA seguían peinando en vano la documentación incautada al Gobierno de Guatemala en busca de alguna «infiltración comunista para derrocar al Gobierno». La mujer de Árbenz afirmó que su esposo estaba convencido de que «el triunfo mundial del comunismo era inevitable y deseable». Sin embargo, en Guatemala

obtuvo el poder una panda de malhechores de derechas —y Estados Unidos, un títere—. «Dígame qué quiere que haga y lo haré», fue lo primero que el líder del golpe, el coronel Carlos Armas, dijo al vicepresidente Nixon en su viaje a Washington a presentar sus respetos[752].

Las principales herramientas para combatir al comunismo eran la Agencia de Información Estadounidense y la Organización Regional Interamericana de los Trabajadores. La primera (USIA, en sus siglas en inglés) inundó los periódicos y emisoras de radio latinoamericanos de tiras cómicas y guiones preparados, y la segunda (ORIT) apoyaba a los líderes sindicalistas que hacían gala de la idiosincrasia correcta; ninguna de estas organizaciones contaba con un gran presupuesto. Curiosamente tampoco se invertía mucho en ayuda militar: 400 millones de dólares podían ser suficientes, pero no se compraban armas ni otros enseres. Se consideró que la defensa hemisférica conjunta no tenía sentido y el Departamento de Estado insistía en que las naciones latinoamericanas no deberían gastar dinero en armamento moderno.

Lo que sí resultó crucial fue el establecimiento de vínculos personales entre los oficiales de los ejércitos latinoamericanos y sus homólogos estadounidenses, sobre todo teniendo en cuenta las muchas dictaduras militares que había en el hemisferio. Los del «patio trasero» solían llevar rimbombantes uniformes de opereta y lucir en el pecho medallas que se habían concedido a sí mismos, a menudo por asesinar a su propia gente. Al dictador de la República Dominicana, Rafael Trujillo, le apodaban «Chapitas» debido a este hábito, aunque normalmente le llamaban «el Chivo» por la forma cruel en la que ejercía su derecho de pernada. Trujillo había salido de la Guardia Nacional entrenada por los estadounidenses para mantener la estabilidad política tras la retirada de los marines. Gobernó la República Dominicana desde 1930 hasta su muerte, en 1961, a manos de asesinos que tenían rifles de precisión estadounidenses aportados por la CIA. Matarle era necesario para equilibrar la situación y los latinoamericanos no se indignaran tanto cuando la CIA organizara el asesinato de Fidel Castro[753]. De la Guardia Nacional salió otro dictador, Anastasio Somoza, que gobernó Nicaragua con puño de hierro desde 1936 hasta su

asesinato veinte años después[754].

En febrero de 1953, Foster Dulles recomendó a Eisenhower: «Deles unos golpecitos en la espalda y hágales creer que les aprecia»[755]. Tanto Manuel Odría (dictador de Perú) como Marcos Jiménez Pérez (dictador de Venezuela) recibieron la Medalla al Mérito, el mayor reconocimiento que Estados Unidos otorga a un extranjero. La actitud servil de algunos de los embajadores hacia tiranos corruptos resultaba embarazosa. Al igual que en el caso de Ayub Khan en Pakistán, un uniforme hablaba a otro uniforme; en este caso nos referimos al hombre fuerte de Paraguay, el general Alfredo Stroessner.

Aunque no hubiera amenazas comunistas, la administración volvió a revisar a fondo las políticas de la región para ampliar su capacidad de intervención en la línea de Guatemala. En septiembre de 1956, el NSC5613/1 incluía la siguiente ominosa advertencia: «Si algún Estado latinoamericano estableciera buenas relaciones con el bloque soviético, de naturaleza tal que perjudicaran gravemente nuestros intereses vitales, Estados Unidos se vería obligado a reducir las ayudas económicas y la cooperación financiera con ese país y a adoptar las acciones políticas, económicas o militares que estime oportunas». En cuanto la administración adoptó esta línea de actuación, sus grandes representantes negaban su fundamento. En noviembre de 1957, Foster Dulles dijo a los periodistas: «Por lo pronto, no parece probable que el comunismo se haga con el control de las instituciones políticas de cualquier república latinoamericana». Al año siguiente su hermano Allen testificó ante el Congreso que «el comunismo en Latinoamérica no debe convertirse en un problema general»[756].

Había pruebas suficientes, aunque puntuales, de que mucha gente odiaba a Estados Unidos. En mayo de 1958, durante una visita de Estado a Venezuela, donde acababan de derrocar a Pérez Jiménez, rebeldes de Caracas increparon y escupieron la limusina en la que viajaban el vicepresidente Nixon y su esposa Patricia. Fue el fin de la ilusión de que todo el mundo respetaba a los estadounidenses. Dieron unas horas libres a unos 85.000 funcionarios de Washington para que recibieran en las calles a Nixon a su regreso con pancartas en las que se leía: «No dejes que los “rojillos” acaben contigo, Dick»[757]. La experiencia culminó en

una curiosa bifurcación de la política estadounidense, aunque los principales responsables siguieron estando convencidos de que los impulsivos latinoamericanos amaban (o al menos necesitaban) a hombres autoritarios montados a caballo[758].

El término «América Latina» procede de la pretensión de los franceses de instalar a un emperador en México durante la guerra civil estadounidense, en un intento de crear un imperio latino capaz de hacer frente a los «anglosajones». *Plus ça change…* Los críticos europeos eran aún más propensos que los ciudadanos de esa parte del continente, que se apropia de la palabra «América» para sí misma, a hacer generalizaciones sobre otras naciones del hemisferio. Chile ha sufrido tres golpes de Estado desde 1830, mientras que Bolivia, su vecina, ha padecido un montón. Las mezclas étnicas son igual de variadas, pues hay africanos puros en la francófona Haití, amerindios en Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay, europeos puros en Argentina, Uruguay y la Cuba anterior a la época de Castro, donde negros y mulatos constituían una cuarta parte de la población. Paradójicamente, quien sentó los fundamentos del gobierno relativamente pacífico en la Costa Rica moderna fue José «Pepe» Figueres, quien arrebató el poder a un presidente elegido democráticamente en 1948 y decidió acabar con el ejército, nacionalizar los bancos y dar el voto a negros y mujeres. Era un ranchero, pero también dispuso una reforma agraria. Lo que no hizo fue adoptar una estridente retórica «antiyanqui», pues había estudiado en el MIT y había tenido dos esposas estadounidenses, de manera que, aunque la CIA no lo veía con buenos ojos, era el modelo a seguir del Departamento de Estado, y Costa Rica se convirtió en un pacífico islote de democracia rodeada de algunos movimientos guerrilleros extremistas a favor y en contra de los estadounidenses y los dictadores. El Departamento de Estado se aseguró de que Somoza no le matara[759].

En agosto de 1958 Eisenhower, a pesar de las humillaciones padecidas por su vicepresidente, dio la bienvenida al embajador de la recientemente democratizada Venezuela con estas palabras: «El autoritarismo y la autocracia en cualquiera de sus formas son incompatibles con los ideales de nuestros grandes líderes del pasado». Pero estas elegantes palabras no iban acompañadas de

ayudas económicas, por mucho que fueran un distanciamiento retórico de la política tradicional de Estados Unidos; Ike tenía más fe en el libre comercio que en ayudas financiadas con los impuestos. Los latinoamericanos querían un Plan Marshall regional, como si un siglo de autogobierno hubiera desatado una situación parecida a la de la Europa devastada por la guerra. Cuando el presidente de Brasil Juscelino Kubitschek pidió 40.000 millones de dólares para una operación panamericana de este tipo en 1958, se creó el Banco para el Desarrollo Interamericano; Estados Unidos puso el 45 por ciento de un capital de mil millones de dólares. Eran unos comienzos relativamente modestos, pero Eisenhower reclamaría la paternidad de los derechos sobre un programa de ayuda más ostentoso puesto en marcha por su sucesor John Kennedy[760].

LA ISLA DE LOS GÁNSTERES

El test del pato tuvo mucho que ver con la reacción de Estados Unidos ante la creciente tensión en Cuba durante los últimos años de la administración Eisenhower. Las reformas constitucionales impuestas a Cuba en 1901 eran todo un símbolo de su subordinación a Estados Unidos, pues limitaban su capacidad para llevar una política exterior independiente o acordar préstamos sin supervisión. Estados Unidos también exigió extensos contratos de alquiler para crear bases navales como la de la bahía de Guantánamo. Franklin Roosevelt anuló las enmiendas en 1934 y Cuba se convirtió en una de las repúblicas hispanoamericanas más prósperas. Mantenía una relación neocolonial con Estados Unidos, lo que suponía una terrible afrenta para los nacionalistas cubanos.

Desafortunadamente, aunque la isla podía presumir de contar con una sociedad culturalmente vibrante en la que había bastante libertad, los políticos cubanos eran increíblemente corruptos y los estudiantes, sobre todo los de la Universidad Autónoma Nacional, bastante violentos. Cuba fue a partir de 1952 una dictadura gobernada por el mulato Fulgencio Batista, un antiguo sargento del ejército que astutamente se había hecho con el mando durante una revolución financiada por los estadounidenses en 1933 contra el dictador Gerardo Machado y ejerció de hacedor de reyes durante las elecciones subsiguientes. En 1940 obtuvo la presidencia tras unas elecciones limpias, al contar con el pleno apoyo de los sindicatos cubanos y el pequeño Partido Comunista (que había legalizado).

Promulgó una Constitución inspirada en las ideas consideradas más «progresistas» fuera de la Unión Soviética. Había dos comunistas en su Gobierno, lo que no parecía incomodar demasiado a los estadounidenses. La Constitución le prohibía volver a presentarse a las elecciones, de manera que se retiró a Daytona Beach, en Florida, en 1944[761].

Tras su vuelta a Cuba, Batista se deshizo rápidamente de su anterior respeto hacia la Constitución. Cuando fue evidente que no iba a ganar las elecciones de 1952, él y sus partidarios militares se hicieron con el poder. Prohibieron los partidos políticos y difirieron las elecciones. El Gobierno de Estados Unidos reconoció al nuevo régimen, que también gustaba a los inversores estadounidenses que controlaban la industria azucarera del país y habían firmado unos acuerdos de cuota que garantizaban a Estados Unidos el 40 por ciento de la cosecha anual a muy buen precio. La guerra de Corea aumentó la demanda mundial de azúcar, lo que dio a Cuba el segundo mayor PIB *per capita* de América Latina, convirtiéndola en un premio irresistible para Batista y los turbios amiguetes que había hecho durante su exilio de ocho años.

Batista se había hecho íntimo de los italoamericanos, que le pusieron apodos como «Joe Bananas» o «Joe el Gordo». Los jefes del crimen organizado de Estados Unidos —Salvatore «Lucky» Luciano, Meyer Lansky, Alabert Anastasia y Santo Trafficante— habían decidido convertir La Habana en un Las Vegas latino, y también en la puerta para la heroína procedente del norte de África y destinada a Estados Unidos. El trato se cerró en 1946 y el cantante Frank Sinatra fue el encargado de animar la velada. Convencieron a Batista desde el principio y se convirtió en copropietario del hotel Nacional de La Habana junto a Luciano y Lansky.

A mediados de la década de 1950, la isla atraía a unos 300.000 turistas al año, y Batista quiso conseguir más inversores para los sectores más boyantes de Cuba: la hostelería y el juego. Quien invirtiera un millón en un hotel o 200.000 dólares en un club nocturno recibiría automáticamente la licencia para abrir una sala de juego, sin inconvenientes como una verificación de antecedentes penales. Al ser tiempos de prosperidad, los estadounidenses empezaron a viajar, y a muchos de ellos les atraía el comercio sexual de La Habana, repleta de prostitutas que ofrecían

espectáculos como el de «Superman» con su pene de 35 centímetros. También probaban suerte en las mesas de juego mientras los mafiosos aplicaban su propia justicia rompiendo dedos a tahúres y artistas de pacotilla.

Una cuarta parte de la política de «un dólar por un dólar» del Gobierno de Batista acabó en los bolsillos del presidente, y la policía cobraba más de un millón al mes por protección. A cambio, los inversores de la mafia estaban exentos del pago de impuestos durante diez años y tampoco pagaban tasas de importación por el material de construcción, equipos y mobiliario. La Habana se convirtió en una ciudad de casinos y clubs. Lansky remozó toda un ala del hotel Nacional para jugadores de alto nivel, a los que Eartha Kitt entretuvo la noche de la apertura. Después, la representante de la esquiva señora Marta Batista aparecía cada noche con una bolsa. Se estima que esta costumbre les aportó unos 300 millones de dólares, sin contar con que el hermano de Batista robaba el dinero de los parquímetros de todo el país.

Los negocios legales no funcionaban de forma más ética. El gigante de las telecomunicaciones AT&T regaló a Batista un teléfono de plata bañado en oro, que aún puede admirarse en La Habana, a cambio del monopolio de las llamadas a larga distancia. La rapacidad sin límites de los inversores estadounidenses, legales e ilegales, dio lugar a un profundo rencor nacional. El lugar estaba en sazón para un Nasser latinoamericano, pero en cambio se hizo con un Lenin latinoamericano, aunque Estados Unidos tardó un tiempo en darse cuenta de con quién estaba hablando. Al Lenin latinoamericano también le llevó un tiempo decidir quién era[762].

CASTRO SE CONVIERTE EN FIDEL

Fidel Castro fue el segundo de los cinco hijos ilegítimos que tuvo una criada analfabeta con un inmigrante gallego que había logrado fundar una hacienda de caña de azúcar en la provincia de Oriente; una empresa que daba trabajo a 500 trabajadores. A Castro lo criaron sus abuelos maternos, que vivían en una chabola, y luego él y su hermano menor Raúl vivieron con una familia de acogida mientras fueron al colegio que tenían los jesuitas en Santiago de Cuba. Su padre se casó con su madre cuando tenía diecisiete años y reconoció a los hijos que había tenido con ella. De manera que, aunque de hecho procediera de un entorno próspero (ingresó en la

Universidad de La Habana en 1945, a la cual iba en su propio coche), Castro creció con un resentimiento más propio de «blanco pobre».

Tenía una constitución recia y medía 1,92 metros. Destacó en deportes, especialmente en baloncesto, y en 1949 le ofrecieron un contrato los New York Giants que rechazó[763]. Leía vorazmente sobre Alejandro Magno, Napoleón, el fascista español José Antonio Primo de Rivera y Lenin: sus héroes. Es evidente por qué su infancia le instiló una pasión precoz por la justicia social. Aunque se suponía que iba a estudiar Derecho en la universidad, estaba claramente destinado a la política y pasaba mucho tiempo ejercitando sus cuerdas vocales. No había diferencia alguna entre la política universitaria y la guerra entre mafias, de manera que Castro se acostumbró a llevar siempre un arma[764].

Si hubiera tenido que ver con la política de izquierdas, la CIA probablemente le habría señalado. Pero Castro ni andaba como un pato, ni hacía *cuac, cuac*, ni se parecía en nada al pato comunista. Todo lo contrario: su enemigo mortal en la Universidad de La Habana era Rolando Masferrer, un representante del Partido Comunista que formó parte del Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales presentes en la Guerra Civil española. Fue elegido diputado en 1949, y bajo el mando de Batista, Masferrer gobernó la provincia de Oriente como si fuera un feudo personal, mediante un equipo de asesinos denominados «los Tigres».

En 1948 Castro tomó parte en los violentos desórdenes habidos en Bogotá a raíz de la creación de la Organizaión de Estados Americanos. Jóvenes nacionalistas de todo el continente se reunieron para protestar contra lo que el demagogo y dictador argentino, Juan Domingo Perón, denunciaba como una nueva manifestación del imperialismo estadounidense. Sin embargo, el asesinato del populista líder del Partido Liberal, Eliécer Gaitán, desató una anárquica guerra civil en Colombia denominada «la Violencia». La experiencia marcó a Castro de forma muy diferente a como lo había hecho cualquier libro que hubiera leído en su vida.

Puede que Castro estudiara algo a Marx pero, al contrario que su hermano menor Raúl, nunca se unió al movimiento juvenil del Partido Comunista. En su opinión, los comunistas eran excesivamente cautos, pues esperaban que la historia siguiera un

curso inevitable, y Fidel estaba impaciente por convertirse en un protagonista. Estaba infatuado con la idea de convertirse en un revolucionario de porte marcial para dar a la gente «voz auténtica»; su voz podía resonar durante horas y horas sin que hubiera de mirar folio alguno.

Aunque se había casado y fundado una familia con la hija de uno de los partidarios de Batista, tras el golpe de 1952 Castro sintió la necesidad de hacerse congresista. Solo tenía veintisiete años, pero tenía prisa y el 26 de julio de 1953 atacó los barracones militares de Moncada en Santiago de Cuba y en Bayamo, en su provincia natal, con 150 partidarios. El plan era conseguir armas que les permitieran emprender una revuelta más amplia. Eran pocos atacantes y la mitad fueron capturados, torturados y asesinados. Castro, tras rendirse cuatro meses después, se benefició del desagrado popular que suscitó esta acción y, en vez de ser asesinado, lo juzgaron y condenaron a quince años de cárcel. En el juicio se describió a sí mismo como el espíritu de las libertades cubanas y afirmó: «La historia me absolverá». Tras las elecciones amañadas de noviembre de 1954, Castro fue liberado al promulgarse una amnistía general para los presos políticos.

Él y Raúl se fueron a México con unos veinte miembros del llamado Movimiento 26 de Julio, decididos a regresar y derrocar a Batista. Crearon un campo de entrenamiento para guerrillas en una granja situada a unos 30 kilómetros de Ciudad de México. Allí entró en la vida de Castro un alma gemela, el estudiante de medicina argentino Ernesto Guevara Lynch, al que llamaban «el Che», un término propio del español del Río de la Plata. Guevara huyó de Guatemala tras el golpe de Estado que los estadounidenses dieron allí, una experiencia que le había inspirado fe en una revolución que entendía como un proceso biológico que «limpia a los hombres y les hace mejores, al igual que los campesinos corrigen los defectos que aprecian en las plantas». No era especialmente aseado, pues entendía que no lavarse ni limpiar su ropa era un signo de pureza revolucionaria. Al igual que Raúl Castro, Guevara entendía bastante más de marxismo que Fidel, aunque ninguno de los dos tenía su carisma.

Durante la noche del 24 al 25 de noviembre de 1956, Castro y ochenta y dos partidarios armados emprendieron viaje a Cuba en el

yate *Granma*, pagado por el presidente al que Batista había depuesto en 1952. Al poco de desembarcar, casi son aniquilados en sus primeros contactos con las tropas de Batista. Quince supervivientes escaparon a Sierra Maestra, la cadena montañosa que recorre la costa sudeste de Cuba en la provincia de Oriente. Aunque el terreno no parecía el mejor, estaba habitado por campesinos sin títulos de propiedad (denominados «precaristas») que odiaban a las autoridades, lo que les convertía en aliados inestimables para la pequeña guerrilla. Gran parte de la resistencia a Batista se libraba en las ciudades, donde se había creado ya un círculo vicioso de ataques terroristas y tortura policial con ejecuciones sumarias que proporcionó a Castro y su gente el tiempo necesario para afianzarse en las montañas y eliminar posibles rivales.

La apoteosis de Castro convertido en Fidel, una romántica leyenda con barba que vivía entre las fatigas de la lucha, fue cortesía del *New York Times*. Un periodista llamado Herbert Matthews se aventuró por Sierra Maestra, desde donde informó: «El hombre tiene una personalidad apabullante. Es evidente que sus hombres le adoran [...] es un fanático instruido y dedicado, un hombre de ideales, valor y grandes cualidades para el liderazgo. [...] Tengo la sensación de que ahora ya es invencible». Matthews no se dio cuenta de que los «cientos» de guerrilleros que veía en el campamento eran en realidad muchos menos, pero daban vueltas continuamente siguiendo las órdenes de Raúl. El artículo de Matthews cautivó la imaginación de muchos estadounidenses; fue el primero de muchos extranjeros, incluidos algunos rusos testarudos, en sucumbir al magnetismo de Fidel.

Ni siquiera la oficina de la CIA en Cuba creía la afirmación de Batista de que Fidel era un comunista. El Departamento de Estado le miraba con agrado, pues quería acabar con el régimen de los mafiosos. Además, el hecho de que el Partido Comunista cubano apoyara a Batista y desdeñara las posibilidades de esa pequeña banda de «aventureros» le añadió lustre. La Iglesia católica apoyó a la resistencia e incluso envió capellanes castrenses a la guerrilla, y uno de los mayores productores de azúcar de la isla le donó 50.000 dólares. Puede que Raúl Castro y Guevara conversasen sobre el marxismo hasta altas horas de la noche, pero, por entonces, el

movimiento era poco más que un frente patriótico en el que participaban liberales moderados junto a fervientes anticomunistas apoyados por Trujillo, que odiaba a su colega dictador y cuyos agentes se abrieron paso a tiros, en febrero de 1957, hasta el palacio de Batista en lo que fue un atentado fallido. También era un movimiento predominantemente blanco y de clase media, pues los negros y mulatos cubanos solían apoyar al mulato Batista, y los sindicatos eran el pilar del régimen.

Aunque solo contaba con 150 hombres, Fidel actuaba como si gobernara la provincia de Oriente con su periódico y su emisora de radio. Promulgó decretos que exigían el impago de impuestos al Gobierno y declaró que cualquiera que se hubiera unido a las fuerzas armadas después del 5 de abril de 1958 era un delincuente, pero lo decisivo fue el palo propinado a Batista por Estados Unidos el 13 de marzo de 1958: se anunció un embargo de armas contra Batista, pese a los ruegos en contra del embajador Earl Smith. En una inconcebible muestra de oportunismo, el Gobierno británico se ganó la enemistad de la resistencia con la venta a Batista de unos cuantos aviones Sea Fury, que no contribuyeron a mantener su régimen, pero sí desempeñarían un papel fundamental a la hora de acabar con la invasión de la CIA dos años después.

Mientras Batista intentaba en vano sacar a Castro de Sierra Maestra, sus adversarios debilitaban al régimen día a día mediante ataques a puentes, carreteras y vías férreas, y también con secuestros y actos de piratería aérea selectivos. Si bien se solía torturar y matar a los guerrilleros capturados, Fidel recurrió a la política aplicada por Mao en China y ordenó que se tratara bien y se liberara a las tropas capturadas. Los rebeldes también capturaron ganado que repartieron entre los campesinos más necesitados; les proveían igualmente de escuelas y servicios médicos rudimentarios. Mataron a los más crueles de los capataces de los terratenientes. Todo ello tuvo efectos inmediatos en el enfrentamiento, pues permitió a los comandantes Raúl Castro, Che Guevara y Camilo Cienfuegos dejar sierra Maestra y llevar la guerra al resto del país[765].

A principios de diciembre de 1958, el Gobierno de Estados Unidos presionaba directamente a Batista para que se fuera cediendo el poder a un régimen de transición para mantener el

orden. Batista huyó de la isla a las cuatro de la madrugada del día de Año Nuevo sin advertir a sus soldados o amigotes. Estos hubieron de suplicar una plaza en los aviones o barcos disponibles para salir del país. Primero huyó a República Dominicana y luego a México; en ambos países le negaron el asilo político. Trujillo le despojó de unos cuantos millones durante el proceso.

REBELIÓN EN LA GRANJA EN EL CARIBE

El régimen de Castro era excepcionalmente popular, y seguiría siéndolo muchos años más. Parecía un revolucionario nacionalista, un Garibaldi o un Nasser, empeñado en liberar a Cuba de sus problemas coloniales, más que un tirano totalitarista que buscase crear a un «hombre nuevo» deseoso de «servir a la revolución», que definía, en términos guevaristas, como un proceso sin fin. Existía la sensación generalizada de que se estaba ante un nuevo principio y se consideraba favorable que los nuevos amos de Cuba fueran austeros en sus vidas personales, aunque sin duda se aprovecharon de las muchas mujeres jóvenes excitadas ante la idea de la revolución. Los nuevos líderes parecían diferentes a otros políticos del mundo, por sus largas cabelleras que les daban un aire bohemio y las barbas que contrastaban con los higiénicos estadounidenses, que iban con la ropa abotonada hasta arriba, y los fornidos soviéticos desprovistos de carisma. Fidel tenía treinta y seis años, Raúl treinta y uno, Guevara treinta y cuatro, Ramiro Valdés, ministro del Interior, treinta, y Manuel Piñeiro, primer director general de Inteligencia, apenas contaba veintiocho años.

El primer Gobierno revolucionario tuvo brevemente un aire al frente popular del Movimiento 26 de Julio. Manuel Urrutia, un juez respetable que se había enfrentado a Batista, se convirtió en presidente, y otro destacado abogado, en primer ministro. Miembros respetables de la oposición a Batista asumieron carteras de importancia junto a personajes más jóvenes del movimiento. Acordaron posponer las elecciones dieciocho meses y abolir los partidos políticos. Dados los niveles de corrupción del régimen de Batista, era inevitable adoptar medidas desagradables, algo modesto comparado con las depuraciones que hubo en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. A finales de enero de 1959, se habían ejecutado a unos doscientos supuestos torturadores y asesinos; a setenta de ellos les pegaron un tiro ante una fosa común una noche,

y la mayoría no fueron juzgados. En una ocasión las ejecuciones tuvieron lugar en un estadio repleto de gente que pedía sangre.

No pasó mucho tiempo antes de que fuera evidente que la ley era lo que Fidel decía que era. Era el máximo líder, aunque su único cargo oficial fuera el de comandante supremo de las fuerzas armadas, como convenía a un romántico garibaldiano que había asumido el papel de jefe incitador a la revolución. Insistió en que había que juzgar y condenar a los oficiales de las fuerzas aéreas que habían bombardeado a civiles (de hecho, detuvieron a los abogados defensores y testigos de la defensa del primer juicio y se les exigió que se retractaran). Guevara estaba a cargo de la fortaleza que ofrece una magnífica panorámica del puerto de La Habana. Fue especialmente cruel y parcial, y mostraba una gran animadversión hacia los cubanos ricos. La familia Villoldo era propietaria de una hacienda de unas 1.300 hectáreas y de unos cuantos concesionarios de General Motors. Guevara mandó hombres armados a casa de Gustavo y su esposa Margarita para que los condujeran al fuerte. Dio a elegir a Gustavo entre regalar sus riquezas al Estado o ver morir a sus dos hijos. El 16 de febrero, Gustavo tomó una dosis letal de somníferos para no tener que elegir. Sus hijos sobrevivieron y uno de ellos, Gustavo, llegó a ser uno de los miembros del equipo de la CIA que dirigió las operaciones en Bolivia, en 1967, que acabaron con el Che Guevara muerto tras su captura[766].

Se veía venir que las relaciones con Estados Unidos serían turbulentas y Fidel dijo que si a Washington no le gustaban estos juicios, podía mandar a los marines y habría «200.000 gringos muertos»[767]. Durante una conversación con el presidente de Venezuela Rómulo Betancourt adelantó que estaba «jugando con los gringos». La administración Eisenhower no tenía muy claro si Fidel buscaba una confrontación o simplemente estaba subiendo las apuestas con vistas a un eventual acuerdo. Lo cierto es que desde abril de 1959 el nuevo régimen financiaba actos subversivos en Panamá, República Dominicana y Haití. En una conferencia de embajadores del Caribe, quienes estaban dispuestos a dar a Castro el beneficio de la duda (entre ellos Philip Bonsal, el nuevo hombre en La Habana) superaban en número a los partidarios de la mano dura. El Departamento de Estado dejó caer la posibilidad de conceder a Cuba ayudas económicas, pero a Fidel no le tentó la

oferta[768].

Justo antes de salir de gira por Estados Unidos en abril de 1959, Fidel explicó en una recepción en la embajada de ese país que no habría elecciones antes de la puesta a punto de las necesarias reformas agrarias y mejoras en el ámbito de la sanidad y la educación. Su desestructurada visita a Estados Unidos ocultó este importante giro en sus prioridades. Como era de prever, le hicieron homenajes en varias universidades de la Liga Ivy, donde los hijos echados a perder de la burguesía occidental se deleitaban en una suerte de comunitarismo tropical que distaba mucho del aburrido puritanismo de Moscú o Pekín. A los editores de los periódicos les encantaban los chistes de Castro, al igual que a los sospechosos habituales de la *gauche caviar* estadounidense. Los delegados de la ONU se mostraron menos encantados con su discurso, el más largo pronunciado nunca ante la Asamblea General.

En relación al Gobierno de Estados Unidos, Fidel tenía sentimientos encontrados. Tras una reunión de dos horas en los cuarteles de la CIA, el mayor experto en comunismo latinoamericano afirmó: «Castro no es solo un comunista, también es un poderoso luchador anticomunista». El vicepresidente Nixon no estaba tan seguro: «Estaba convencido de que Castro o era extremadamente ingenuo en relación al comunismo o estaba bajo disciplina comunista y había que tratarle en consonancia». Eisenhower se fue a Augusta, Georgia, a jugar al golf y decidió no recibir al revolucionario barbudo, perdiendo así una importante oportunidad de adular su vanidad sin límites hablando con él de soldado a soldado. Sin duda, su actitud recordaba a la de John Quincy Adams, segundo presidente de Estados Unidos, quien comparó a Cuba con una manzana que, al sacudir el árbol español, no tendría más remedio que «gravitar» hacia Estados Unidos. Por otro lado, Fidel cayó tan bien a los crédulos estadounidenses que Raúl le telefoneó para advertirle de que su propia gente decía por ahí que el «líder máximo» había caído en los errores habituales de los latinoamericanos expuestos a la perfidia yanqui[769].

A Castro le encantaba recalcar que la Revolución era verde oliva, el color de los uniformes de combate de la guerrilla. Lo que la volvió roja fue el Movimiento 26 de Julio, demasiado amorfo y disparatado como para servir de plataforma a la ambición sin

límites de Fidel. Sabiendo que el enfrentamiento con Estados Unidos era inevitable, Fidel necesitaba el apoyo de la URSS. Además, el Partido Comunista de Cuba (Partido Socialista Popular o PSP) estaba muy bien organizado y era un cuerpo disciplinado en medio del caos de la política cubana; también estaba maduro para la cosecha tras haber apoyado a Batista. Fidel podía haber ordenado la persecución de los principales colaboradores comunistas del odiado dictador, pero decidió unirse a ellos. A excepción de un estúpido intento de inspiración soviética de reafirmar el «papel dirigente del partido» en 1968, que culminó con el secretario general del partido, Aníbal Escalante, en prisión junto a muchos otros condenados a largas penas de cárcel, nada obstaculizó la creación de un partido tan servil como cualquier otro del bloque soviético.

Poco después de su vuelta a La Habana, Castro presentó al gabinete su proyecto de ley de reforma agraria, sobre la que no se podía debatir. Se expropiaría a quien tuviera más de 400 hectáreas de terreno a cambio de bonos del Estado que arrojarían intereses y que nunca se introdujeron. Se crearía el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) para que gestionara la tierra en forma de cooperativa que repartiera 27 hectáreas a cada familia. Los extranjeros debían renunciar a sus participaciones en la industria azucarera del país y no podía poseer un molino quien tuviera cultivos. Llevaban el INRA jóvenes funcionarios con muchos títulos pero sin experiencia alguna. Se hicieron con las granjas de ganado y mataron gallinas ponedoras y manadas enteras, incluso un toro con pedigrí cuyo valor estimado era de 20.000 dólares. Castro despidió a los miembros del Gobierno que protestaron por esta locura y, a partir de entonces, el Gobierno perdió toda importancia puesto que se empezó a gobernar por decreto[770].

No se toleraba crítica alguna a la creciente influencia de los comunistas. Fidel despidió a Pedro Luis Díaz Lanz, jefe de la fuerza aérea revolucionaria que había proporcionado armas y munición a los revolucionarios de 1958, y también depuso al presidente Urrutia, colocando en su lugar a Osvaldo Dorticós, un adinerado comunista de pacotilla. Se proclamó a sí mismo primer ministro por «aclamación popular», pues las grandes manifestaciones al estilo democracia directa se habían convertido en la principal forma de

que el pueblo expresara su voluntad. En otoño había más gente en prisión de la que nunca hubo en tiempos de Batista, y se restableció la pena de muerte, abolida en 1940, para aplicarla a los contrarrevolucionarios. Su hermano Raúl primero se hizo cargo de la inteligencia militar (o G2) e incorporó a las guerrillas lo que quedaba del ejército para crear las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Uno de sus primeros actos fue mandar la petición secreta a los soviéticos de que enviaran una misión de exiliados comunistas españoles que hubieran servido en el Ejército Rojo. Llegaron cinco agentes del KGB para entrenar a una nueva policía secreta[771].

Poco después Díaz Lanz soltó panfletos contra Castro desde una avioneta sobre La Habana; los cubanos le dispararon salvas antiaéreas defectuosas mientras aterrizaba y Fidel acusó a Estados Unidos de complicidad en «bombardeos terroristas». Se obligó a dejar el Gobierno a los liberales que quedaban en él y nombraron director del Banco Nacional al Che Guevara, lo cual desató el pánico financiero y la retirada del dinero de los bancos. Los inversores sacaron 50 millones de dólares en cuestión de días. En octubre Huber Matos, comandante militar de la provincia de Camagüey, intentó dimitir junto a otros cuarenta oficiales para protestar contra la infiltración comunista del ejército. Le juzgaron por «traicionar a la revolución» y le condenaron a veinte años de cárcel. En noviembre el régimen suspendió el hábeas corpus definitivamente y al mes siguiente pidieron a todos los cubanos que se convirtieran en informadores e informaran sobre cualquier crítica al Gobierno que llegara a sus oídos. Esta situación se acabó institucionalizando con la inclusión de 800.000 personas en los Comités para la Defensa de la Revolución[772].

Y así todo. Una avalancha de decretos, a menudo contradictorios entre sí, imposibilitaban —adrede o por negligencia— cualquier negocio, aunque los gerentes se dedicaran exclusivamente a intentar cumplir con la normativa. También se desató una *Kulturkampf* contra los clubes negros y las prácticas de santería u otros rituales religiosos que amalgamaban el catolicismo popular con las tradiciones yoruba de África occidental; en general, se perseguía toda asociación o club privado. Se prohibieron las Navidades y las menciones a Papá Noel,y también la música rock. Los sindicatos,

muy conscientes de que el apoyo que habían brindado a Batista era una espada de Damocles sobre sus cabezas, fueron colonizados por los comunistas, que rápidamente exigieron el fin del derecho a la huelga. Tampoco les gustaba la libertad de expresión que Batista nunca se había atrevido a abolir, aunque censurara todas las publicaciones. Toda emisora de radio o televisión pasó a formar parte de una empresa estatal. Mientras, la militarización de Cuba iba de la mano de la creación de una milicia de 100.000 hombres[773].

¿UNA ESPINITA O UNA AMENAZA MORTAL?

No fueron los hombres de negocios estadounidenses ni los terratenientes de ese país expropiados los que decidieron que Castro debía marcharse, pero vivían con la idea de que podrían negociar indemnizaciones por sus pérdidas. La administración estaba preocupada por la mengua de prestigio internacional de Estados Unidos, al que se acusaba de ser débil con el comunismo; las quejas provenían sobre todo del vociferante lobby de exiliados cubanos de Miami. A Eisenhower le preocupaba más concretamente que Castro convirtiera a toda América Latina en un campo neutral compuesto por países del Tercer Mundo en detrimento de la influencia estadounidense. En febrero de 1959 se afirmaba en un informe policial secreto del NSC: «La defección de un número importante de países de América Latina hacia la neutralidad [...] afectaría gravemente a la capacidad de Estados Unidos para ser el líder real del Mundo Libre, sobre todo ante la ONU, aparte de ser un golpe para el prestigio estadounidense»[774].

Ya a principios de marzo de 1959, antes de que Fidel hiciera su visita a Nueva York, Eisenhower había dado luz verde a la CIA para que planificara cómo armar y entrenar a los exiliados cubanos o ayudar a las guerrillas que operaban en la isla. Nixon y el jefe de las operaciones navales, el almirante Arleigh Burke, eran halcones que siempre se habían mostrado contrarios a Castro. En julio, después de que Shell, Texaco y Esso se negaran a procesar petróleo soviético en sus refinerías (alegando para ello cuestionables problemas técnicos), Castro les expropió. Eisenhower aumentó la presión con un recorte en las compras anuales de azúcar cubano en 700.000 toneladas, solo para ver cómo los soviéticos y los chinos incrementaban las suyas. En otoño Castro expropió todos los

intereses que los estadounidenses conservaban en Cuba, en el sector agrícola, industrial y financiero. Corporate America perdió mil millones de dólares en inversiones, pero se lo tomó mejor que la mafia, que había invertido 100 millones en casinos y hoteles y establecido una muy rentable «conexión cubana» para la exportación de heroína[775].

Los rojos salieron de debajo de la cama y hasta el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Anastas Mikoyan, visitó Cuba en febrero de 1960. Para compensar las cancelaciones de la cuota de azúcar estadounidense, Fidel y Mikoyan firmaron un tratado en el que los soviéticos se comprometían a comprar un millón de toneladas de azúcar al año durante los cuatro años siguientes. También prestarían a Cuba 100 millones de dólares y les darían petróleo, acero y fertilizantes. No era suficiente para compensar el caos económico creado por el doctrinario Guevara, que ordenó la expropiación de todas las empresas extranjeras comerciales e industriales. Tras la emigración en masa de gerentes y técnicos, descubrió no solo que su equipo de jóvenes licenciados en Ingeniería Industrial carecía de experiencia, sino que los soviéticos no sabían gestionar las empresas expropiadas.

En principio, las armas no estaban incluidas en el nuevo tratado, pues a los soviéticos les preocupaba la reacción de los estadounidenses. Los Castro las compraron a proveedores europeos hasta que, en marzo de 1960, un buque belga cargado de munición denominado *La Coubre* voló por los aires en el puerto de La Habana, causando enormes destrozos. Fue en esa ocasión cuando el fotógrafo Alberto Díaz Gutiérrez, más conocido como Alberto Korda, tomó la icónica foto de Guevara que ha decorado incontables habitaciones de estudiantes y se ha convertido en un complemento de moda imprescindible. Es casi seguro que la explosión se debió a la negligencia, pero Fidel insistía en que había sido sabotaje y pidió armas a los soviéticos para defender a la revolución de la creciente agresividad de Estados Unidos. Tanto si le creyeron como si no, el incidente convenció a los soviéticos de ahondar en su compromiso. No solo pagaron los cargamentos de armas que se enviaban desde Polonia y Checoslovaquia, sino que empezaron a pagar a Fidel un subsidio personal en forma de tasas exorbitantes por el derecho a imprimir sus discursos y escritos[776].

Aunque a Jrushchev le interesaba la coexistencia pacífica con Estados Unidos, había otras consideraciones que tener en cuenta. El deseo de China de liderar las revoluciones del Tercer Mundo llevó a Jrushchev a abrir las apuestas, para evitar que Cuba siguiera a Albania al campo anticomunista. En un discurso pronunciado ante una asamblea de profesores de Moscú el 9 de julio de 1960, Jrushchev afirmó: «No debemos olvidar que Estados Unidos ya no está tan lejos de la Unión Soviética como antes. Metafóricamente hablando, la artillería soviética puede apoyar al pueblo cubano con su fuego de misiles, en el caso de que las agresivas fuerzas del Pentágono decidieran intervenir en Cuba. El Pentágono debería tener en cuenta que, como demuestran nuestras últimas pruebas, tenemos misiles capaces de impactar a 13.000 kilómetros. Es una advertencia para aquellos que quieren resolver los problemas internacionales por la fuerza en vez de por la razón»[777].

Era un farol. Dos años antes lo había intentado con el senador Hubert Humphrey durante una conversación de ocho horas celebrada en el Kremlin. Se puso delante de un mapa de Estados Unidos que colgaba de la pared y preguntó a Humphrey dónde había nacido. Hizo un círculo azul alrededor de Mineápolis mientras decía: «Es para no olvidarme de qué ciudad debo respetar cuando lance los misiles». Lo cierto es que la economía planificada soviética estaba en crisis semipermanente, y tenían que vender oro para comprar mantequilla. Aun peor, durante unas pruebas soviéticas el nuevo misil intercontinental R-16 estalló y mató a unos cien técnicos y al mariscal Mirtofan Nedelin, jefe de las fuerzas estratégicas soviéticas. Los R-9 también cayeron durante las pruebas de vuelo. Para entonces, Estados Unidos contaba con unas 18.000 cabezas nucleares[778].

En julio de 1960, Raúl Castro tuvo su primera reunión con los líderes soviéticos de Moscú. Debió impresionar a sus anfitriones. El KGB cambió el nombre en clave del régimen de Castro de «Jóvenes» a «Puesto Avanzado» para reflejar el hecho de que los hermanos Castro eran aliados serios. Lo que más temían los hermanos era que Estados Unidos repitiera la jugada de Guatemala, y hacían bien en preocuparse. En el seno del Partido Republicano, las esperanzas de Nixon de suceder a Eisenhower habían disminuido debido a las amenazas del senador de Arizona, Barry Goldwater, un

anticomunista visceral. Los republicanos se enfrentaban al reto de ganar al demócrata John F. Kennedy, al que preocupaba mucho tener el Telón de Acero a 145 kilómetros de Estados Unidos. Durante la campaña presidencial de 1960, después de que Nixon se impusiera a Eisenhower para enviar unos refuerzos simbólicos de 1.400 marines a Guantánamo, Kennedy afirmó, con toda razón, que era «demasiado poco, demasiado tarde»[779]. Aún no sabía lo que había avanzado la planificación de lo que acabaría siendo el episodio más sórdido y absurdo de la historia de Estados Unidos, una patata caliente que cogería con entusiasmo.

Kennedy tenía una moral de gato callejero, pero Eisenhower era un hombre recto, devoto y honorable. ¿Hubiera dado su visto bueno a una conspiración con gánsteres para asesinar a un jefe de Estado? La respuesta está en que a pocos de los que padecieron la Segunda Guerra Mundial les cabe duda alguna de que podría haberse evitado si alguien hubiera asesinado a Hitler a tiempo. Existía además un precedente de la implicación del Gobierno de Estados Unidos con la mafia, pues hizo un trato con Luciano: le sacó de la cárcel para que la mafia colaborara en la invasión de Sicilia liderada por Ike en 1943.

Se reclutó a la mafia para que matara a los hermanos Castro y a Guevara como alternativa a la invasión de la isla por parte de los exiliados planeada por la CIA, en la que Estados Unidos intervendría directamente para «restaurar el orden» una vez que los líderes hubieran muerto. Robert Maheu, antiguo agente del FBI, organizó unas reuniones entre el coronel Sheffield Edwards (representante del director de planes especiales de la CIA, Richard Bissell) y el italoamericano Johnny Rosselli, cuyo nombre real era Filippo Sacco. Rosselli era el hombre en Los Ángeles que había presionado al productor de Hollywood Harry Cohn para que contratara a Frank Sinatra en el papel protagonista de *De aquí a la eternidad*, pero para ello no puso la cabeza de un caballo de carreras en su cama, como se cuenta en *El padrino*, de Mario Puzo. Después fue representante de la mafia en Las Vegas. Rosselli mantenía el contacto entre la CIA, el jefe de Chicago, Sam Giancana, y el jefe de Florida, Santo Trafficante; ambos sentían rencor personal hacia Castro por el dinero que habían perdido en Cuba.

Bissell informó explícitamente a Allen Dulles de que había

«contactado con la mafia» y realizado un pago de 200.000 dólares a cargo del presupuesto del Estado para cubrir el coste de los asesinatos durante la invasión, aunque Giancana renunció a la tasa: alegó motivos patrióticos. No tendría sentido reproducir otra lista de los intentos de asesinato de Castro. La mayoría pecaban de sobreelaboración, lo que los estadounidenses denominaban «intentar ser listos», lo que llevó a Fidel a apodar a la CIA la «Agencia Central de Cretinos Yanquis»[780]. Sobornaron a un camarero para que pusiera una cápsula rellena de la bacteria del botulismo en el batido de Castro, pero guardaron las cápsulas en un frigorífico y no consiguieron recuperarlas cuando llegó el momento. Juan Orta, secretario privado del primer ministro, que echaba de menos las patadas que en tiempos le diera la mafia, también recibió cápsulas de Maheu y Rosselli. Como muy bien viera Devlin en el Congo, no había nada que pudiera reemplazar a un francotirador eficaz[781].

En relación a Estados Unidos y Cuba, Jrushchev preguntó una vez: «¿Por qué tendría un elefante que temer a un ratón?». Kennedy le plantearía la misma pregunta en relación a Hungría y Polonia, dando a entender implícitamente que, aunque lo negara, creía que Estados Unidos también era capaz de mantener un bloque bajo control. Al igual que a Jrushchev, lo que preocupaba a Kennedy era que una revolución exitosa contra la autoridad de Estados Unidos desatara un efecto dominó, como efectivamente ocurrió. El ejemplo cubano inspiró a todo tipo de imitadores por América Latina; en muchos casos contaban con ayuda cubana en agentes y armas. Además, la decisión de Jrushchev de apoyar a los movimientos de liberación nacional de todo el Tercer Mundo incentivaba sus actividades. Cuba recibió el visto bueno oficial del Presidium en agosto de 1961, en el punto álgido de la crisis provocada por el ultimátum soviético que ordenaba la retirada de las fuerzas armadas occidentales de Berlín Occidental, que acabó con la construcción del Muro, una admisión humillante de que solo se podía mantener en la República Democrática a la gente por la fuerza.

El director del KGB, Aleksandr Schelepin, trazó un plan para apoyar a los movimientos revolucionarios latinoamericanos, lo que «favorecería la dispersión de la atención y las fuerzas estadounidenses y sus satélites, manteniéndoles ocupados durante la

firma de los acuerdos del tratado de paz para Alemania y Berlín Occidental». Los cubanos eran su principal herramienta junto al recién hallado movimiento sandinista en Nicaragua, que recibió una modesta subvención del KGB desde el principio[782]. El Gobierno de Estados Unidos temía, con razón, que Cuba se convirtiera en una punta de lanza comunista que apuntara a la totalidad de los intereses estadounidenses en Latinoamérica[783]. Castro confirmó estos temores en el otoño de 1960, con la fusión del PSP y el Movimiento 26 de Julio en un único Partido Comunista Cubano y su autoproclamación de marxista-leninista, lo que pilló totalmente por sorpresa a su hermano Raúl y a sus asesores soviéticos[784].

TODO BOCA SIN PANTALONES

Aunque no cabe duda de que Fidel era astuto, también es cierto que no podía haber pedido un enemigo más grato que el nuevo presidente estadounidense, que sigue siendo el punto de referencia de todos aquellos que usan el estilo para disimular su falta de sustancia. John Fitzgerald Kennedy nació en las afueras de Boston en 1917. Era hijo de una de las familias más ricas de Estados Unidos y su padre, Joe, había hecho una fortuna con el cine, los inmuebles y el alcohol de importación. Su familia formaba un clan irlandés auténtico (el padre creía en la «familia» en el sentido de la mafia), y la familia estaba por encima de cualquier otra consideración. En una sociedad que aún tenía muchos prejuicios contra los católicos y los irlandeses, Joe adquirió la respetabilidad social suficiente como para que Franklin Roosevelt le nombrara para cargos como presidente de la Comisión de Títulos de Valores. Fue asimismo uno de los embajadores más opuestos a los británicos que pisara nunca Londres. En un principio, invirtió sus ambiciones políticas en su hijo mayor, que llevaba su mismo nombre, y dejó a su hijo menor John vivir una juventud libre de preocupaciones.

John (o «Jack») Kennedy tuvo una juventud dorada aunque la colitis y el mal de Addison no le dejaran en paz durante toda su vida. La casa familiar era una enorme mansión en Riverdale, en las afueras de Manhattan. Pasaban largos veranos en Cape Cod, donde la familia se reunía en sus propias instalaciones de Hyannis Port. Poseían asimismo otro lugar similar en Palm Springs. La depresión apenas afectó a los Kennedy. Lo único que Jack recuerda al respecto es que su padre contrató más jardineros[785]. En Harvard, Jack se

interesó por las ciencias sociales y los deportes, aunque ya entonces empezaba a mostrar signos de una adicción al sexo en la que recaería el resto de su vida. La combinación de dinero y buena apariencia le convertía en lo que comúnmente se llama «un buen partido».

Mientras vivió en Londres en la década de 1930, a la sombra de su padre embajador, Jack se vio muy seducido por el modo de vida británico, con cuyo filisteísmo se identificaba. Aunque asumiera los aires de un hombre culto y supiera cómo dar coba a artistas e intelectuales fatuos, no hay prueba alguna de que sintiera el más mínimo interés por la cultura. Conviene recordar que Camelot era un musical *kitsch*. El metraje casero de Hyannis Port muestra a Kennedy «haciendo el tonto» con un íntimo grupito de amigos, jugando bruscamente al rugby y, sobre todo, navegando, actividad que encontraba muy relajante.

Su padre se encargó de ocultar gran parte del historial médico de Jack para que se alistase en la Marina en octubre de 1941. Llegó a ser comandante de una lancha torpedera PT-109 en el Pacífico. Tras un ataque fallido contra un convoy japonés, el PT-109 acabó partido por la mitad por un destructor enemigo que ni siquiera sabía que el barco estuviera ahí. Kennedy corrigió a sus ineptos marineros e hizo un esfuerzo heroico por salvar a los supervivientes de su tripulación, que lo contaron todo al volver a casa.

Al finalizar la guerra Kennedy tenía veintiocho años, y su todopoderoso padre le metió en política para reemplazar a su hermano mayor, muerto en combate a los mandos de un bombardero lleno de explosivos que detonaron antes de tiempo[786]. Joe se limitó a comprar el cargo de diputado al Congreso de su hijo en noviembre de 1946. Fue congresista por el distrito 11 de Massachusetts y, a partir de ahí, su dinero fue el polvo mágico que, con un currículum modesto, transformó a un jovencísimo congresista en una gran figura nacional. Jack adoptaba posturas progresistas: apoyaba a los nacionalistas del Tercer Mundo y a los sindicatos estadounidenses, pero también hacía gala de su alta alcurnia mostrándose duro en relación al comunismo. Su hermano menor, Bobby, incluso llegó a trabajar para el famoso senador Joseph McCarthy, azote de rojos. En 1951 los hermanos se conocieron mejor al hacer juntos un viaje de siete semanas por

Israel, Irán, Pakistán, la India, Singapur, la Indochina francesa, Corea y Japón. Jack volvió convencido de que Estados Unidos debía alinearse con las naciones emergentes, ayudarlas a combatir la «pobreza y la necesidad» así como la «enfermedad». El dinero de Joe volvió a correr abundantemente para lograr que Jack fuera elegido senador de Estados Unidos en 1952. Gastaron 500.000 dólares para asegurarse el apoyo del *Boston Post*, que, calculaban, podía darles unos 40.000 votos[787].

En septiembre de 1953, el senador más joven de Estados Unidos se hizo con una ventaja política que resultaría esencial: su atractiva esposa Jacqueline Bouvier. La boda fue el evento social del año, aunque el novio no dejó de flirtear ni siquiera en esa ocasión. Jack estaba llamado para el más alto cargo como nadie nunca antes. Un periodista escéptico escribió: «Este hombre busca el cargo electivo más alto del mundo no como político sino como celebridad. Es el único político sobre el que una mujer leería en la peluquería; los artículos sobre él contienen más información sobre su persona que los de todos sus rivales juntos»[788]. Como no quería dar la impresión de que era un rico *playboy* metido en política, Joe le compró un Pulitzer en abril de 1957 con el que premiaron el libro de Jack, *Profiles in Courage*, que en realidad había escrito un «negro». También encargó al personal de la embajada de Londres que «investigara» las incursiones juveniles de Jack en la escritura.

Tras su impresionante reelección en 1958, que costó a Joe un millón más, la gran claque de periodistas que rodeaba a Jack (y que nunca hacía público su conocimiento íntimo de su hedonista estilo de vida) especulaba sobre qué cargo daría a su hermano Bobby o a su hermano menor Tedd una vez llegara a la Casa Blanca. Tanto su nominación por el Partido Demócrata como su victoria electoral en las presidenciales de 1960 cobraron impulso gracias a un pacto entre candilejas cerrado entre Joe y el alcalde de Chicago, Richard J. Daley, que les entregó el voto crucial de Illinois. Los Kennedy acentuaron el catolicismo de Jack para ganarse a ese grupo de votantes. Como observara melifluamente Harry Truman en relación a la influencia de Joe: «Me temo que no es el Papa, sino el papi»[789]. Hubo mucha cháchara tétrica sobre la aniquilación nuclear durante esa campaña; también se debatió la necesidad de contar con «hombres nuevos para solucionar problemas nuevos y aprovechar

nuevas oportunidades» con la intención de neutralizar a quienes pensaban que JFK (como se le conocería desde entonces) era demasiado joven para el cargo o a quienes, como Eisenhower, creían que era un «niñito de papá» privilegiado. Tras derrotar al repelente y sudoroso Nixon por un pequeño margen (0,2 por ciento) del voto popular de Illinois, cuyos informes llegaron tarde, JFK se convirtió en el presidente número 34 de Estados Unidos en un frío día de enero de 1961. Se suele mencionar su discurso de investidura por la dura retórica empleada en la ocasión.

PLAYA GIRÓN

Tras ser nombrado William Crockett como subsecretario de Estado, fue llamado por el nuevo fiscal general, Bobby Kennedy. Sin mirarle siquiera, Bobby dijo: «Trabajas para mi hermano, el presidente de Estados Unidos, y harás lo que te diga. Tu cometido en el Departamento de Estado es asegurarte de que todo el mundo allí entiende que trabaja para el presidente y le debe lealtad. Ya sabes en qué consiste tu trabajo. ¿Sabes cómo se hace tu trabajo? Das a la gente patadas en el culo hasta que tiemblen en todas las embajadas. ¡Eso es lo que harás! ¡Así harás bien tu trabajo!». La entrevista se había terminado. Bobby era el perro de presa de su hermano mayor[790].

La Operación Zapata se basaba en la ilusa idea que defendían los exiliados cubanos y los agentes de la CIA en la isla relativa al apoyo local que obtendría una fuerza invasora. A principios de 1960, la CIA ya tenía sus planes muy adelantados: entrenaba a los exiliados en Guatemala e instaló un potente radiotransmisor de onda media de 50 kilovatios en la pequeña isla Swan, a medio camino entre Florida y Cuba, para emitir propaganda. Había muchos veteranos del exitoso golpe en Guatemala de la CIA. De hecho, lo fácil que había sido introducirlos animó a la nueva administración a dar un paso más en Cuba. Los intelectuales que rodeaban a Kennedy carecían de esa precaución propia de un soldado que sí tenía Eisenhower. Tras haber empleado tanto la amenaza comunista de Cuba, Kennedy no podía permitirse pasar por blando setenta días después de su acceso a la Casa Blanca. Porque, como bien recordara al presidente Allen Dulles en una sesión informativa, la invasión que pensaban llevar a cabo los 1.500 exiliados cubanos reunidos en Guatemala acabaría con los rumores sobre la debilidad de JFK en

todo el continente. Los republicanos sin duda sacarían a relucir esta oportunidad perdida de echar a Castro en las elecciones de 1962[791].

La CIA convenció a la nueva administración para que no hiciera desembarcar a las guerrillas sino que optara por lo que acabó siendo una patética imitación de las invasiones anfibias de la Segunda Guerra Mundial, pero sin cobertura aérea. Para disgusto de los planificadores de la CIA, el secretario de Estado, Dean Rusk, acababa de vetar desde los barracones de Quarters Eye, cerca del estanque de Washington, un aterrizaje cerca de la ciudad de Trinidad debido a su preocupación por las bajas civiles. La alternativa era Playa Girón, una playa de la Bahía de Cochinos situada en el sudeste de Cuba. Estaba rodeada de pantanos infestados de cocodrilos y nubes de mosquitos. La eligieron porque los pantanos dificultarían el acceso a la cabeza de la playa. A JFK tampoco le hizo un favor la Junta de Jefes de Estado Mayor, que propuso una invasión anfibia nocturna por parte de un grupo de civiles que no tendría éxito ni aunque la llevaran a cabo soldados experimentados. Para mantener el secreto nunca se intentó coordinar la invasión con la fuerte resistencia del interior de Cuba. Por último, la piedra clave, el asesinato de Castro, falló. Poco antes de iniciarse la Operación Zapata, Juan Orta perdió los nervios y solicitó asilo político en la embajada de México. Con lo que no contaba la CIA era con que JFK se mostraría curiosamente dispuesto a vivir con el revés político de dejar fracasar la operación antes que doblar las apuestas metiendo a las fuerzas armadas estadounidenses en el conflicto[792].

Las operaciones se iniciaron con ataques a las bases aéreas cubanas llevados a cabo por bombarderos B-26 pintados con los colores de las fuerzas aéreas cubanas que operaban desde bases en Nicaragua. Se suponía que los pilotaban disidentes cubanos, pero cuando uno de ellos realizó un aterrizaje de emergencia en Miami, un periodista atento prestó menos atención a los agujeros de bala del fuselaje que al morro de aluminio del avión, pues los morros de todos los aviones cubanos eran de plexiglás. Podría haberse percatado de que se habían protegido las metralletas del polvo de Nicaragua. Las incursiones aéreas acabaron con el 60 por ciento de las fuerzas aéreas cubanas, pero entre el 40 por ciento restante estaban los aviones Sea Fury británicos. La Brigada 2506 despegó

de Nicaragua en nombre de la católica Cuba, con cruces en sus guerreras y con la bendición de Luis Somoza, hijo y heredero de «nuestro hijo de puta» Anastasio, que pidió cabellos de la barba de Castro. Los analistas de los servicios secretos cubanos afirmaron que los hombres que iban a bordo de estos cargueros de la CIA poseían entre todos unas 400.000 hectáreas de tierra, 10.000 casas, setenta fábricas, cinco minas, dos bancos y diez molinos de azúcar.

Las fuerzas de invasión recibieron la señal de partida del agente de la CIA Howard Hunt, posteriormente conocido como el organizador del escándalo Watergate que acabó con Nixon en 1974: «¡Alerta, alerta! Mirad bien al arcoíris, el primero ascenderá enseguida. Chico está en casa. Visítale. Deja el recado en el árbol. El árbol es verde y marrón. Las cartas han llegado bien. Las cartas son blancas. El pez no tardará en subir. El pez es rojo»[793].

La segunda decisión importante estuvo relacionada con una llamada telefónica de Rusk a Kennedy, que estaba en su nuevo rancho hípico de Glen Ora, cerca de Middleburg, la noche de la invasión. Kennedy se mostró de acuerdo en anular la autorización de ataques aéreos por parte de pilotos de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos y de la Marina para apoyar la invasión. Esos hombres murieron en las playas una vez que el ejército de Castro los cercó y los Sea Fury volaron por los aires el *Río escondido*, un barco cargado con toda la munición[794].

Los jóvenes exiliados hicieron gala de un gran heroísmo cuando la administración estadounidense les dejó tirados porque no tuvo el valor moral suficiente como para suspender toda la operación. No hubo nada redentor en el ataque de la Brigada de Asalto 2506, cuyo nombre fue elegido para honrar a un exiliado que había caído en un accidente en Guatemala durante los entrenamientos (el 2506 era su número de miembro). La CIA consiguió contaminar su patriotismo incluyendo en sus filas a 194 batistianos, catorce de ellos lo suficientemente significativos como para ser juzgados después (nueve fueron fusilados y los restantes, condenados a largas penas de prisión). Castro acabó intercambiando a los supervivientes por 53 millones de dólares en alimentos y medicinas[795].

En agosto de 1961, durante una reunión de la Organización de Estados Americanos en Punta del Este, Uruguay, Guevara hizo entrega al secretario de la Casa Blanca de una nota para JFK.

«Gracias por Playa Girón», decía; «antes de la invasión la revolución era débil; ahora es más fuerte que nunca». Era una verdad como un puño. Castro estaba más que justificado al proclamar orgullosamente que había propinado «la primera derrota al imperialismo yanqui en Latinoamérica», lo que hizo arraigar a la revolución en el corazón de la mayoría de los cubanos. En cuanto al resto, se arrestó a miles de sospechosos y se fusiló a cientos, incluidos todos los infiltrados de la CIA y los miembros de la extraordinaria resistencia interna con los que habían contactado. No puede sorprendernos que el equipo de la CIA de Quarters Eye utilizara papeleras para vomitar.

El 29 de diciembre de 1962, JFK y Jackie asistieron a una ceremonia de bienvenida a la Brigada 2506, en honor a los supervivientes, en el estadio Orange Bowl de Miami. El presidente hizo bien en llevar a su esposa, pues hablaba un correcto español y los presentes, que se sentían traicionados, no tuvieron más remedio que ser respetuosos. Pero el veneno contaminaría la política estadounidense durante décadas, a base de teorías de la conspiración sin fin en las que se vinculaba a los exiliados cubanos de la CIA con el asesinato, tanto de JFK como de su hermano. En realidad, el cubano que más razones tenía para quererlos muertos era Fidel, convertido en el objetivo de una venganza personal de los hermanos Kennedy por haberles hecho quedar mal en Bahía de Cochinos. No dejarían a Castro en paz, urdiendo diversas conspiraciones para acabar con su vida. Cuando Castro y sus mentores soviéticos estuvieron a punto de entrar en guerra, seguirían todos y cada uno de sus movimientos durante lo que fue el momento más letal de toda la Guerra Fría.

16. A PUNTO: LA CRISIS DE LOS MISILES

UN LABERINTO DE OPCIONES

Durante el fiasco de Bahía de Cochinos Jrushchev exclamó: «¿De verdad es así [JFK] de indeciso?», olvidando sus propios titubeos en relación a Hungría en 1956. Conviene no olvidar que mucha gente que conocía bien a JFK, como su padre, creía que era un peso ligero. De alguna manera, era una especie de pantalla en blanco sobre la que otros proyectaban sus deseos, lo que explica su estatus como icono liberal. Por otro lado, se creció en un cargo que ha empequeñecido a muchos de los que lo han ocupado. En las mentes de quienes reverencian su memoria, sus promesas —cortadas abruptamente— compensan la falta de moralidad de la que hacía gala en su vida privada y los secretos que nunca reveló como presidente.

Aunque públicamente asumió su responsabilidad por Bahía de Cochinos, JFK rezumaba hostilidad hacia la CIA y despidió a Allen Dulles y Richard Bissell poco después. El republicano John McCone reemplazó a Dulles y el atildado Richard Helms, apodado por sus detractores «Eminencia Brillantina», ocupó el lugar de Bissell. Pero en lugar de contener los aspectos paramilitares de la CIA y priorizar la recopilación de datos y su análisis, los Kennedy expandieron sus funciones. Admiraban los libros de James Bond de Ian Fleming, en los que un elegante británico salva al mundo con ayuda de divertidos artilugios. Mientras Eisenhower autorizó 170 operaciones encubiertas de la CIA en ocho años de cargo, los Kennedy autorizaron 163 en menos de tres. Encabezaba la lista la necesidad de vengarse de Castro, pues los Kennedy no estaban acostumbrados

a fracasar[796].

Para asegurarse de que la CIA obedecía al presidente pusieron a Bobby Kennedy a cargo de su división operativa, creando así la paradoja de que el agente de la ley más importante del país dirigiera una organización cuyas actividades eran legales solo en escasas ocasiones. Este contrató al brigadier general Edward Lansdale, cuyo estatus legendario había sobrevivido al periodo sin lustre que pasara en el turbulento Saigón de Diem. Asumieron ingenuamente que, como experto en contrainsurgencia, sería capaz de organizar de la nada una rebelión. Lansdale diseñó un plan de treinta y dos puntos, al que después de pensarlo mucho añadió un trigésimo tercero. Quería usar armas químicas para incapacitar a los trabajadores de las plantaciones cubanas durante la cosecha de la caña de azúcar[797]. Aunque su base era el Pentágono, Lansdale se hizo cargo del Grupo Especial Aumentado, que se encargaba de las operaciones de la CIA en Cuba. A los analistas de la CIA les preocupaba, con razón, organizar el levantamiento de Lansdale, con nombre en clave Touchdown Play, en un estado policial popular como Cuba[798].

Aunque tenía prohibido operar dentro de Estados Unidos, la mayor delegación de la CIA (con nombre en clave JMWAVE) brotaba en el campus sur de la Universidad de Miami y contaba con un presupuesto anual de 50 millones de dólares: cuatro veces más de lo que se había gastado la CIA en espiar a veinte países latinoamericanos. Oficialmente era la empresa Zenith Technical Enterprises, y acogía a trecientos agentes de la CIA, que reclutaron a miles de cubanos. Actuaban como si estuvieran por encima de la ley, dando vueltas por ahí con fusiles automáticos y explosivos en los coches. Salían tranquilamente de la cárcel tras haber sido arrestados por conducir bajo la influencia del alcohol. Un reclutamiento excesivo llenó las filas de la organización de fanáticos y psicópatas, y los reclutas equilibrados y sobrios se acordaban cada vez menos de la vida en Cuba. Se inventaron un país que simplemente no existía, sombrío y lleno de gente reprimida que deseaba su libertad. Evidentemente, tanto ellos como los cubanos de Miami ignoraban quiénes eran los reprimidos en la nueva Cuba: los negros que habían apoyado mayoritariamente a Batista contra los revolucionarios hispánicos de clase media.

El mayor proyecto de la JMWAVE se denominaba Operación Mangosta y su ejecución se encargó a la Fuerza Operativa W de la CIA, dirigida por el duro exagente del FBI William Harvey[799]. De ojos saltones, rostro enrojecido y cuerpo de pera, Harvey iba por ahí con una pistola en la funda y otra metida en el cinturón a la espalda. Odiaba a Lansdale, al que llamaba displicentemente FM, las siglas correspondientes a mariscal de campo en inglés. También despreciaba a los Kennedy, a los que consideraba «maricas» y «folladores»[800]. A Harvey le gustaba desconcertar a Bobby Kennedy en las reuniones cargando y vaciando el cargador de su pistola en la mesa; a veces levantaba una pierna ostensiblemente para tirarse un pedo. Bobby siempre estaba presente en las reuniones de planificación de Mangosta. En octubre de 1962, las actas de una de estas reuniones rezaba como sigue: «El general Lansdale afirmó que se haría un nuevo esfuerzo para lograr el objetivo prioritario que no se ha podido alcanzar en tres misiones consecutivas fallidas y que hay en proceso de planificación unos seis intentos más». A Harvey le deprimió mucho ver su nombre vinculado a la palabra «liquidación» en el informe[801].

JMWAVE dirigió una serie de operaciones contra el régimen de Castro. La CIA se hizo rápidamente con el mando de la tercera mayor Marina del Caribe. Grandes barcos nodriza, como el *Rex* o el *Leda*, transportaban barcos más pequeños a tiro de Cuba, desde los que salían en globo equipos de saboteadores. Su objetivo era prender fuego a las plantaciones y las madereras, volar puentes, cortar vías ferroviarias y hacerse notar en sitios emblemáticos, como la planta procesadora de ácido sulfúrico Patrice Lumumba. En un ataque del 24 de agosto de 1962, un barco de nombre *Juanín* entró en el puerto de Miramar, un barrio de La Habana. A bordo iban seis comandos de exiliados cubanos equipados con dos fusiles automáticos calibre 50 y un cañón de 20 milímetros, comprado a la mafia por un traficante de armas de Miami. Durante cinco minutos llenaron de fuego el salón de baile iluminado del hotel Blanquita, donde iban de fiesta los viernes por la noche el personal militar ruso y checo. El barco volvió a perderse en la oscuridad[802]. También recurrieron a equipos de demolición submarina, que colocaron minas lapa en los cascos de los barcos y en la mayor grúa flotante del país[803].

Se pidió a todas las delegaciones de la CIA en el extranjero que abrieran un departamento cubano encargado de la desinformación y el sabotaje. Se distribuyeron grandes sumas de dinero entre los industriales europeos para que estropearan los equipos enviados a Cuba. Para ello empleaban lubricantes que dañaban los motores o no daban la forma correcta a los rodamientos. Sobornaron a un capitán de barco japonés para que colisionara en el Támesis con un carguero que transportaba autobuses Leland a La Habana. La CIA gastó enormes sumas en sobornar a agentes que evitaran que los cubanos disfrutaran de productos como un viscoso aceite lubricante de motores llamado Bright Stock. Como Mangosta no parecía dar lugar al levantamiento que había prometido Lansdale, Helms y Harry decidieron volver a hablar con la mafia para mantener abiertos los canales que se habían creado durante la administración Eisenhower. Les disuadió el director del FBI, J. Edgar Hoover, que odiaba a Harvey tras el tiempo que pasaron juntos en el FBI y conocía perfectamente todos los vínculos de la CIA con la mafia. Hoover tenía asimismo un arma política colosal, a saber: podía demostrar que Judith Campbell, una de las amantes favoritas de JFK, estaba a sueldo de Sam Giancana desde que JFK era senador. Cuando Hoover enseñó a JFK un memorándum secreto del FBI sobre el tema, este cortó su relación con Campbell y también la larga e íntima relación que su familia había mantenido siempre con la mafia.

Mientras el juego sucio se mantenía en secreto, JFK dio inicio públicamente al embargo económico de Cuba, cuyo desdichado legado perdura hasta hoy. En febrero de 1962, prohibió por decreto la importación de productos cubanos, sobre todo de tabaco y puros —eso sí, después de haberse hecho con sus propios suministros—. Estados Unidos también chantajeó a la OEA para que expulsara a Cuba, y quince Estados latinoamericanos rompieron relaciones diplomáticas con el régimen de Castro. Ese año, el 82 por ciento de las exportaciones de Cuba fueron a países comunistas que, a su vez, proporcionaban a la isla el 65 por ciento de sus importaciones.

A pesar de toda esta actividad, los votantes seguían pensando que JFK y los demócratas se mostraban débiles en el asunto de Cuba, lo que provocó ruido de sables durante las semanas anteriores a las elecciones de 1962. JFK podía haber descartado una invasión

no provocada, pero ordenó mantener a punto los planes de contingencia por si acaso surgiera la ocasión de llevar a cabo una invasión exitosa, es decir, por si Mangosta finalmente producía un levantamiento «espontáneo». Se pensaba en una operación combinada, a la que en febrero de 1962 se puso el nombre de OPLAN 314-16. El 1 de octubre se ordenó a los comandantes del ejército y la Marina que se prepararan para poner en marcha la Operación Ortsac (ingeniosamente usaron el nombre de Castro al revés), un simulacro anfibio a gran escala en el Caribe que debería empezar el 15 de octubre[804]. El KGB sabía del asunto en términos generales y lo relacionaba con las declaraciones públicas de Castro del 1 de diciembre, en las que afirmó que era un comunista empeñado en crear una sociedad marxista-leninista[805].

Estados Unidos también recuperó sus programas de pruebas nucleares después de que Jrushchev se negase a permitir la inspección de ciertas bases que habrían puesto de relieve la debilidad estratégica de los soviéticos. El GRU (grupo encargado de la inteligencia militar soviética en el extranjero), normalmente menos politizado que el KGB, informó incorrectamente de que la prueba de cincuenta megatones de la bomba de hidrógeno Zar, realizada por los soviéticos en octubre de 1961, había disuadido a los estadounidenses de llevar a cabo ataques nucleares preventivos. De hecho, ambos bandos sabían perfectamente que esta arma colosal no era utilizable. Lo que realmente preocupaba a Jrushchev era que, tras la instalación de misiles Minuteman muy precisos en silos a prueba de bombas de Montana, Dakota del Sur y Wyoming, los estadounidenses gozaban de una superioridad respecto a la Unión Soviética de nueve a uno en misiles balísticos intercontinentales. Los misiles rusos SS-7 no eran muy precisos y requerían de cabezas nucleares mayores. Además, el Minuteman usaba combustible sólido y podía lanzarse mucho más rápidamente que los SS-7 de combustible líquido, lo que hacía muy vulnerable a la URSS tras el primer ataque. Los servicios secretos británicos confirmaron gran parte de estos detalles con ayuda del coronel del GRU, Oleg Penkovsky, que empezó a espiar para ellos a finales de la década de 1960[806].

En abril de 1962, JFK supervisó, junto al shah de Irán, que estaba de visita, Lantphibex-62, unas ambiciosas maniobras

militares ante Puerto Rico en las que participaron 40.000 soldados y 84 buques de guerra. La evolución en Cuba también estaba dando quebraderos de cabeza a Jrushchev. El Comité de Amigos de Cuba estaba perdiendo pie frente a quienes, como Guevara, se sentían atraídos por el ímpetu de la China de Mao. Para los simples o los que querían permanecer en la ignorancia voluntariamente, el Gran Salto Adelante (una colectivización e industrialización intensivas iniciadas por Mao a finales de la década de 1950 que causó una hambruna catastrófica) era el ejemplo a seguir para la creación del «hombre nuevo». La Unión Soviética parecía parte del problema del imperialismo en vez de su solución; en cambio, China encarnaba la solidaridad revolucionaria de las naciones proletarias del Tercer Mundo. Puede que la ruptura con China fuera inevitable, debido a que Mao estaba decidido a acabar siendo el «gran maestro» del mundo comunista y sucesor de Stalin. Sin embargo, las desviaciones ideológicas entre los países satélite, entre los que Jrushchev (aunque no Castro) incluía a Cuba, eran un obstáculo más para la defensa del corazón del territorio soviético.

De hecho, para disgusto de los imperturbables ancianos del Kremlin, sus nuevos y carismáticos amigos cubanos habían asumido, sin esfuerzo, el papel de revolucionarios socialistas de vanguardia supuestamente reservado para el Partido Comunista de la Unión Soviética. El estilo romántico volvía a vincularse a la esencia ideológica, y los rusos se vieron amenazados desde la izquierda en un momento en que todos sus procesos mentales estaban ocupados en dar salida al desviacionismo, comparativamente arcano, de la Yugoslavia de Tito. Castro y Guevara no daban cuartel tampoco, entrenando guerrilleros para crear problemas incluso a los países americanos que no se habían unido al boicot de Cuba en la OEA[807].

Todos estos factores explican que Jrushchev decidiera invertir en Cuba algo más que los cargamentos de armas prometidos, pero solo parcialmente entregados debido a las peticiones paralelas del Egipto de Nasser. Stalin siempre despreció a los revolucionarios del mundo subdesarrollado, pero sus sucesores no tuvieron más remedio que mostrarse más respetuosos ante el potencial revolucionario desatado por las luchas coloniales, y prestar mayor atención a las élites formadas en el funcionariado o el ejército del Tercer Mundo.

Jrushchev decidió que la URSS debía subirse a la cresta de esta ola doctrinalmente imprevisible o quedarse atrás en lo que bien podría llegar a ser el sueño marxista-leninista de la revolución mundial. Actuar significaba trabajar con los cubanos que habían obtenido un enorme prestigio al derrotar a los estadounidenses. Tenían que evitar que gravitaran hacia la órbita de la pérfida China, y también rebajar las pretensiones de Castro y Guevara de convertirse en una potencia ideológica autónoma por derecho propio.

El 12 de abril de 1962, Jrushchev autorizó la entrega de baterías de misiles tierra-aire (SAM, en sus siglas en inglés) y del sistema antimisiles de defensa costera Sopka, a lo que añadió diez Ilyushin Il-28, bombarderos de tamaño medio que Castro no había pedido. Técnicos militares viajaron con las armas para preparar a los cubanos para su uso, y también para asegurarse de que no se les daba un empleo inadecuado. Eran armas puramente defensivas cuya entrega estaba justificada por la agresión constante provocada por la Operación Mangosta. Pero, como reconocería Mikoyan tras su primer viaje a La Habana, Castro recordaba a los ancianos bolcheviques la época en la que ellos habían sido jóvenes y osados. Había llegado el momento de que Jrushchev mostrara algo de osadía a su vez[808].

A finales de abril, Jrushchev dijo al jefe de su Estado Mayor, Rodion Malinovsky: «¿Por qué no echamos un erizo a los pantalones del Tío Sam?». Malinovsky respondió que, si bien los soviéticos no tenían SS-7, sí poseían misiles balísticos de alcance medio e intermedio en relativa abundancia. Los misiles de alcance intermedio eran comparables a los misiles Júpiter del ejército de Estados Unidos que estos habían instalado recientemente en Italia y Turquía, así como a los misiles Thor que las Fuerzas Aéreas estadounidenses acababan de instalar en Gran Bretaña. Lo que los soviéticos no sabían era que los sistemas de misiles rivales habían suscitado agrias discusiones burocráticas, resueltas gracias a la decisión salomónica de eliminar gradualmente los misiles Júpiter y Thor y dedicarse al sistema Polaris, centrado en los submarinos. Los misiles se instalaron en Turquía e Italia para restarle argumentos a De Gaulle, que afirmaba que Estados Unidos nunca usaría armas nucleares para defender Europa y que el continente debía producir las suyas propias.

El intercambio, aparentemente casual, que tuvo Jrushchev con Malinovsky fue el principio de un giro político: pasó de querer defender Cuba a intentar hacer valer el poder nuclear soviético en el hemisferio occidental. Al parecer, los soviéticos no se habrían embarcado en este programa de no haber estado convencidos de que JFK era un hombre débil que se echaría atrás si reaccionaban con energía. La clandestinidad y las pequeñas operaciones de desgaste de la Operación Mangosta también apuntaban hacia un líder que carecía de valor moral. En términos geoestratégicos, el premio bien merecía el riesgo. Las negociaciones que realizaba Jrushchev en relación a Berlín y muchos otros temas se verían muy favorecidas por la posibilidad de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD, en sus siglas en inglés), posible si se situaba un formidable arsenal nuclear a 145 kilómetros de las costas de Florida, donde estaría fuera del alcance de los sistemas de alerta de Estados Unidos, siempre dirigidos hacia el norte[809].

Según el plan de Jrushchev, la plataforma de lanzamiento cubana habría de contar con cuarenta misiles con cabezas nucleares de un megatón (R-12 MRBM y R-14 IRBM, con un alcance de 1.600 y 3.200 kilómetros respectivamente), aparte de cabezas de pocos kilotones para ochenta misiles crucero con un alcance de 160 kilómetros. Se previó que unos 50.000 técnicos y soldados soviéticos se ocuparan de las defensas de la isla, aunque luego solo enviaran a 41.000. Habría una flota naval soviética permanentemente en aguas cubanas, incluidos siete submarinos equipados con misiles balísticos nucleares R-13, que permanecerían en la gran ensenada natural de Cienfuegos[810]. Esas acciones suponían una violación flagrante de las garantías formales dadas por Jrushchev en abril de 1961, en las que afirmó que la Unión Soviética no tenía bases en Cuba ni intención de establecerlas. En agosto de 1962, el embajador Anatoly Dobrynin aseguró a Bobby Kennedy que Jrushchev no provocaría problemas durante las inminentes elecciones estadounidenses y que nunca armaría a un tercer Estado para iniciar una guerra nuclear.

Como antiguos maestros del *maskirovka* (camuflaje militar y ocultación) que eran, los soviéticos esperaban poder completar su despliegue sin llamar la atención, al igual que habían hecho con una manifestación de fuerza similar en Alemania del Este en 1959.

La Operación Anadyr llevaba el nombre de un poco conocido río de una península en Liberia, y observadores de la CIA que trabajaban para el KGB mandaron informes de trenes repletos de gorros de piel y botas de fieltro que aparentemente iban hacia el Ártico. No se dijo adónde iban, ni siquiera a los capitanes de los barcos, hasta que estuvieron en alta mar. Sorprendentemente, en junio se dio la orden de dejar de afeitarse a las tropas que iban a embarcar. La idea era que se mezclaran con sus camaradas cubanos al llegar. Durante el largo trayecto en barco tomaron el sol con la vana esperanza de broncear un poco sus pálidos rostros de eslavos, pero la piel se les enrojeció y se quemaron[811].

El general Issa Pliyev voló a La Habana en julio para preparar las bases de lanzamiento aunque su *maskirovka* no bastó para ocultar algo que equivalía a un gran circo en una ciudad pequeña. A mediados de julio, ochenta y cinco buques se dirigían a Cuba, y algunos pasaron por puntos neurálgicos de los servicios secretos como Gibraltar. Muchos soldados se asaban bajo las cubiertas mientras unos cuantos elegidos retozaban por cubierta para que les vieran los aviones de reconocimiento. El 30 de julio, un avión espía voló tan bajo que se acabó estrellando en el mar, y Jrushchev pidió inocentemente a JFK que suspendiera sus vuelos de reconocimiento sobre los barcos soviéticos en el Caribe «para mejorar sus relaciones». Exigencias de *maskirovka* al margen, los soviéticos carecían de los barcos necesarios para entregar los sistemas prometidos a la vez. De manera que los misiles y cabezas nucleares se enviaban a intervalos considerables, lo que permitió a Estados Unidos cierto margen de respuesta ante una posible guerra[812].

El director de la CIA, John McCone, no acababa de creérselo, y cuando los U-2 detectaron la posición de las magníficas baterías antiaéreas SA-2 SAM el 29 de agosto, mandó un informe a JFK en el que especulaba con la idea de que pudieran haberlas colocado para proteger sistemas más peligrosos. Pero no ahondó en el asunto y se fue de luna de miel. El único que advirtió de que los soviéticos estaban haciendo algo inquietante fue el senador republicano Kenneth Keating, pero Kennedy no le hizo caso, con el argumento de que era «un tarado»[813].

Los servicios secretos estadounidenses redoblaron sus esfuerzos una vez que empezaron a llegar barcos a Cuba. Era la temporada de

huracanes, y el mal tiempo dificultaba el reconocimiento aéreo. Pero el problema fundamental era que a veintidós kilómetros de altitud las cámaras de los U-2 no lograban distinguir entre una SAM y un misil balístico bajo la lona de un tráiler. A medida que pasaban los días, el número creciente de baterías SAM hacía peligrar las misiones de reconocimiento a poca altura en Cuba, pero la CIA descubrió, gracias al derribo de Gary Powers, que hasta los U-2 estaban en riesgo. Algunas fotografías tomadas en un ángulo oblicuo por los aviones que rodeaban la isla fueron incluso más reveladoras. Los agentes en tierra informaban de que algunos tráileres eran tan largos que causaban daños en las casas y derribaban postes de telégrafo al girar; todo parecía indicar que transportaban algo mayor que una SAM.

El 4 de septiembre, JFK convocó una conferencia de prensa en la que advertía a los soviéticos de las graves consecuencias de dotar a Cuba de una «capacidad ofensiva significativa» por medio de bases soviéticas, tropas del Ejército Rojo o misiles balísticos. Los soviéticos se enteraron así de que Estados Unidos estaba al tanto de su juego y la opinión pública de aquel país también. La tensión fue en aumento. A finales de mes, ordenó al Pentágono que planificara ataques aéreos para contrarrestar cualquier misil balístico que pudiera ser identificado, y/o para realizar una invasión. Unas semanas después un agente de la CIA informó de que estaban ubicando las baterías SAM en forma trapezoidal, que es la forma adecuada para defender unas instalaciones capaces de albergar misiles balísticos. Se decidió correr el riesgo de programar un vuelo a baja altitud en cuanto las condiciones meteorológicas lo permitieran.

El lunes 15 de octubre, JFK recibió en la Casa Blanca al argelino Ahmed Ben Bella. A la pregunta de Ben Bella sobre sus intenciones respecto a Cuba, el presidente respondió que tendría que invadir la isla si los soviéticos la convertían en una base ofensiva, o si Castro intentaba incitar a la revolución en el hemisferio occidental. Pero JFK añadió que podría reconciliarse con un régimen «nacional comunista» parecido al de Polonia o Yugoslavia[814]. Horas después de la partida de Ben Bella, el análisis de las imágenes obtenidas por el U-2 el día anterior revelaron la existencia de bloques de hormigón, y se veían claramente unos misiles balísticos antes de

que los tráileres pudieran meterse bajo las palmeras. JFK, tras ser informado, exclamó: «¡No puede hacerme esto!»; Bobby gritó: «¡Mierda, mierda, mierda! ¡Estos rusos hijos de puta!»[815].

Afortunadamente para él, Ben Bella no sabía nada de esto mientras volaba hacia La Habana, donde fue muy bien recibido. Huérfanos argelinos acogidos en Cuba le dieron la bienvenida en el aeropuerto a pie de pista. Durante su visita, los cubanos acordaron enviar un equipo médico para ayudar en los servicios sanitarios abandonados por los franceses tras su marcha. Todo parecía normal. En la cena oficial del 17 de octubre, Ben Bella comentó a Fidel las palabras pronunciadas por JFK, y debió de quedarse asombrado por la aparente despreocupación con la que respondió su amigo, que alardeaba de sus planes de exportar «la revolución» a toda América Latina[816].

Los servicios secretos soviéticos y cubanos no informaron sobre la reacción de Washington. Las opciones estadounidenses se barajaron en el seno del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional (ExComm, en su acrónimo en inglés), aunque, evidentemente, JFK tomaba las decisiones. Sus militares solo tardarían noventa segundos en darle el «maletín nuclear» que contenía los códigos de lanzamiento de los misiles nucleares. Pertenecían al ExComm el secretario de Defensa, Robert McNamara; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, general Maxwell Taylor; McCone, en representación de la CIA; el asesor de seguridad nacional, McGeorge «Mac» Bundy (hermano de William Bundy); el representante de la Casa Blanca, Ted Sorenson; y los miembros del Departamento de Estado Dean Rusk, George Ball, Llewellyn Thomas y Charles Bohlen. Dean Acheson y Adlai Stevenson estaban presentes en representación de la generación anterior de estadistas, y encarnaban los dos polos de la política exterior demócrata. Bobby Kennedy estaba siempre presente para cubrir a su hermano, que tenía que cumplir con su agenda cotidiana, sobre todo en vísperas de la campaña electoral. McGeorge Bundy demostró ser la veleta del ExComm, ya que pasó de recomendar ataques aéreos a abogar por el bloqueo (y vuelta a empezar), a pesar de que Acheson se mantenía implacable en su recomendación de enviar los bombarderos. JFK recibió, al margen del ExComm, valiosos consejos del expresidente Eisenhower, al que llamó por teléfono. El

vicepresidente Johnson también asistió a muchas sesiones, pero no dijo mucho. Se limitó a aportar comentarios del tipo: «Yo lo que sé es que, cuando era un niño en Texas e iba andando por la carretera y aparecía una serpiente de cascabel dispuesta a atacar, cogía un palo y le arrancaba la cabeza». El vicepresidente estaba entre los partidarios de la línea dura, y acabaría siendo excluido de una facción dentro del ExComm que negoció un posible acuerdo con los soviéticos[817].

Se pidió a todos los participantes que cumplieran con sus obligaciones cotidianas y se adoptaron medidas eficaces para no atraer la atención de los periodistas. Compartieron los coches para que no hubiera una ristra de automóviles entrando y saliendo de la Casa Blanca y utilizaron un túnel que comunicaba el edificio del Tesoro con el refugio antiaéreo de la Casa Blanca. Algunos miembros del ExComm dormían en sus despachos, no solo por comodidad sino para no tener que mentir a sus esposas. George Ball dejó entrever algo al recomendar a su esposa que convirtiera el sótano de su casa en un refugio con víveres en conserva, agua embotellada e incluso una Biblia para su devota cocinera negra. Parece que la esposa de McGeorge Bundy fue plenamente consciente de lo que estaba pasando e intentó convencer a su marido de que había que buscar una solución no violenta. Una canción de Tom Lehrer capta muy bien el ambiente general:

Nos freiremos todos juntos cuando nos friamos;
seremos patatas fritas dadas vuelta y vuelta.
No habrá más miseria
cuando el mundo sea nuestra parrilla.
Sí, nos freiremos juntos cuando nos friamos.

Las discusiones desestructuradas y carentes de disciplina del ExComm tuvieron consecuencias para todos los implicados. A veces las sesiones duraban treinta horas seguidas, a base de café cargado, bocadillos y cigarrillos. Sentían el agotamiento en ciertos momentos, sobre todo después de que Adlai Stevenson propusiese una especie de patada al apaciguamiento. A veces simplemente desconectaban ante una serie de opciones insatisfactorias. JFK se mantuvo sereno. Según la historia oficial, se relajaba por las noches viendo películas como *Vacaciones en Roma*, de Audrey Hepburn. Es bastante improbable que un hombre que decía padecer dolores de

cabeza si dejaba de practicar sexo un solo día buscara otro tipo de relajación. Puede que su única concesión a la confidencialidad del asunto fuera limitarse a requerir la atención de Mary Pinchot Meyer, exmujer de Cord Meyer, director de la División de Organizaciones Internacionales de la CIA, con la que había probado el LSD.

Estaban en desacuerdo sobre los medios, pero todos opinaban que la exigencia de la retirada de los misiles de Cuba no era negociable. Bobby Kennedy marcó la pauta: «Si nos metemos en esto, hagámoslo totalmente»; en cierto momento se mascó en el ambiente la idea de organizar un ataque falso a la base estadounidense de Guantánamo para tener un pretexto a la hora de la invasión, lo mismo que hiciera Hitler en el caso de Polonia[818]. Taylor era el único militar experimentado del ExComm, pero en las deliberaciones se pidió su opinión profesional a los otros jefes de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Cabe poner en duda la idea previsible de que las palomas civiles debían meter en cintura a los halcones militares. De hecho, había muchos halcones civiles, así como palomas con aspecto de halcón y halcones con aspecto de paloma[819]. El hecho de que algunos de los civiles hubieran servido a las órdenes de los jefes de la Junta durante la Segunda Guerra Mundial añadió tensión a la situación. Era el caso, sobre todo, de McNamara, que había trabajado como analista de datos estadísticos durante los bombardeos estratégicos ofensivos al mando del general Curtis LeMay, quien le recomendó para el cargo de comandante de las fuerzas aéreas o jefe de Estado Mayor en junio de 1961.

En una ocasión, McNamara fue interpelado por el general Thomas Power, del Mando Aéreo Estratégico (SAC, en sus siglas en inglés): «“¡La única forma de acabar con esos bárbaros es volarlos a todos por los aires!”. Yo dije: “¿Quién saldría ganando con eso?”. Él contestó: “Con que quedaran dos americanos y un ruso estaría satisfecho, eso sería [...] que habríamos ganado”. Y yo le dije: “Bueno, espero que alguno de ellos sea una mujer”»[820]. Como los militares no le habían advertido de lo mal llevada que estuvo la operación de Bahía de Cochinos, JFK había aprendido que «el hecho de que fueran generales no implicaba que sus opiniones valieran algo en asuntos militares»[821].

JFK tenía una extraña relación con LeMay. Cada vez que se

encontraban, JFK tenía una «especie de ataque». Cuando Kennedy se ponía en la piel de Jrushchev, imaginaba a un general ruso de las fuerzas aéreas, tan implacable como LeMay, urgiendo al líder soviético a destruir Estados Unidos. Esto le ayudó a apreciar los dilemas internos a los que se enfrentaba Jrushchev. En una ocasión, LeMay exclamó: «¡Está usted metido en un asunto muy feo, señor Presidente!»; JFK le pidió que repitiera lo que había dicho y luego le espetó: «Usted está metido en el lío conmigo, personalmente»[822]. Pero, al mismo tiempo, JFK apreciaba tener a su lado a un comandante de las fuerzas aéreas como LeMay, de valor probado si se llegara a una guerra. No habría dudas ni titubeos[823].

Las discusiones del ExComm fueron las primeras de alto nivel que se grabaron en secreto gracias a un botón situado bajo la mesa de JFK. Lo que empezó siendo una serie de discusiones de seminario poco estructuradas, que Acheson denominaba con displicencia «juego de la mierda flotante», fue centrándose. En una de las transformaciones personales más apabullantes, los Kennedy dejaron de lado su obsesión de acabar con Castro.

En un principio, JFK estaba a favor de sacar los misiles, y se crearon equipos para barajar las opciones cuando se estancaron las discusiones. Se pidió a algunos participantes que jugaran a ser abogados del diablo y cuestionaran sus estrategias preferidas, tal y como había hecho el Consejo de Seguridad Nacional de Bobby Cutler para Eisenhower. En las primeras sesiones quedó claro rápidamente que, por la «vía rápida», solo había una opción, pues los ataques aéreos limitados a las bases de misiles sin duda desencadenarían una escalada que acabaría en un ataque aéreo general. No era probable que la CIA hubiera identificado todas las bases; de hecho, no se supo lo realmente eficaz que había sido la *maskirovka* en Cuba hasta bastante después. Los análisis realizados tras la Segunda Guerra Mundial sobre los efectos de los bombardeos estratégicos no confirmaban la capacidad de los bombarderos para ganar una campaña sin más, de manera que en cuanto se iniciara un ataque aéreo general le seguiría una invasión. Las pesimistas estimaciones de Maxwell Taylor sobre las bajas estadounidenses probables en una empresa de este tipo restaban entusiasmo a un ataque preventivo, pues estaba claro que una reacción militar escalonada era una ilusión. Los jefes de la Junta de Jefes de Estado

Mayor tampoco se ponían de acuerdo entre sí. No afloraron cuestiones morales hasta que se tuvo la certeza de que había muchas probabilidades de que se iniciara una escalada incontrolable; George Ball advertía de que el hecho de que Estados Unidos montara su propio Pearl Harbor en el Caribe tendría consecuencias muy negativas para el país. Bobby se mostró de acuerdo y bromeó: «Mi hermano no va a ser el Tojo de la década de 1960»[824].

McNamara volvió a su vieja idea del bloqueo en lo que se denominó la «vía lenta». En origen, lo que se pretendía era cortar los suministros de armas después de que los ataques aéreos destruyeron las que había en la isla. Una vez que la «vía rápida» pareció agotada, volvió a sacarla a colación como alternativa, bajo la premisa de que, según el derecho internacional, el bloqueo es un acto de guerra. ¿Y si proclamaban una prohibición menor, una «cuarentena» que fuera más tolerable ante la opinión pública, para prohibir la entrada de buques con ciertas cargas y se reservaban la posibilidad de un bloqueo total para más tarde, si el parcial no funcionaba? Aparte de ofrecer una flexibilidad que la «vía rápida» no daba, esta alternativa centraría la atención en los soviéticos, y no se daría así la impresión de que la guerra era con la Cuba de Castro. Se decidió dar una semana a la «vía lenta» para ver si se obtenía algún resultado. Mientras, el 22 de octubre, Mikoyan convenció al Presidium de que negara a los comandantes soviéticos en Cuba la autoridad para emplear las armas sin consulta previa y garantizara al Gobierno de Estados Unidos que las armas nunca estarían bajo control cubano.

El 23 de octubre, el Mando Aéreo Estratégico pasó a DEFCON 2, el máximo estado de alerta de defensa previo a una declaración de guerra. La octava parte de la flota de aviones estaba permanentemente en el aire, y los objetivos se actualizaban regularmente, de modo que había que trasladar la potencia de fuego nuclear de aquí a allá. Se situaron en vuelo circular próximo a la Unión Soviética, y con toda ostentación, veintitrés B-52 armados con bombas termonucleares; las 145 bases estadounidenses de misiles intercontinentales se pusieron en estado de alerta. Los estadounidenses tuvieron mucho cuidado de no iniciar la puesta a punto de los misiles de combustible líquido de sus bases de ultramar

con la misma eficacia para no alarmar a sus aliados. Un gran número de cazas y cazabombarderos se acumulaban en los aeródromos de Florida[825].

Al parecer, la «vía lenta» no era tan lenta, pues la cuarentena obligaba a parar y registrar a los barcos soviéticos que entraban en la zona, y uno de ellos, el *Aleksandrovsk*, había atracado en el puerto de La Isabela, en la República Dominicana, pocas horas antes de que la cuarentena entrara en vigor. El barco era un motivo de gran ansiedad para Jrushchev, pues portaba sesenta y ocho cabezas nucleares (veinticuatro para misiles intercontinentales y cuarenta y cuatro para misiles de crucero)[826]. Una vez que entró en vigor la cuarentena, a las 10 de la mañana del 24 de octubre, los estadounidenses no habían reflexionado en absoluto sobre lo que harían si los barcos soviéticos se negaban a detenerse, o sobre qué hacer con los ruidosos submarinos Foxtrot diesel y eléctricos que les hacían de escolta.

Esa mañana, un JFK de rostro mortecino esperaba para saber si los soviéticos darían marcha atrás. Por fin llegó un informe de Inteligencia según el cual los barcos soviéticos se habían detenido o navegaban en círculo. Al final, los navíos con cargas prohibidas fueron virando, uno tras otro, mientras un petrolero y un crucero de Alemania del Este paraban y se sometían a inspección hasta que se les permitió seguir. En una reunión celebrada en el Presidium el 25 de octubre, Jrushchev intentó presentar el asunto como una victoria, pero no convenció. «Aparentemente Kennedy ha dormido hoy con un cuchillo de madera», anunció en tono jovial. Nadie sabía de qué estaba hablando, de manera que explicó: «Cuando una persona sale a cazar osos por primera vez, lleva un cuchillo de madera para limpiar mejor sus pantalones [manchados de mierda]». Así logró disolver la tensión en la sala[827].

Estados Unidos solicitó una pausa de dos días al secretario general de la ONU, U Thant. Quería evitar un incidente marítimo no deseado, aunque por entonces McNamara estaba gestionando cuidadosamente la cuarentena. Al ser puesto en entredicho por el jefe de operaciones navales, el almirante George Anderson, McNamara le recordó duramente quién mandaba ahí, y cuando se retiraba le espetó que estaba «acabado». Anderson acabó retirado como embajador en Portugal a partir de 1963.

El problema de los misiles soviéticos en Cuba persistió y se volvió a poner sobre la mesa una posibilidad que se había descartado anteriormente: la de usar los misiles Júpiter de Turquía como moneda de cambio. Kennedy convocó a ocho de los quince miembros del núcleo duro del ExComm en el Despacho Oval para debatir. Excluyeron a Johnson deliberadamente. Había dos grandes problemas: los misiles solo estaban operativos desde el 22 de octubre, y el Gobierno turco había dicho al Departamento de Estado estadounidense que «se sentirían molestos» si los desactivaban tan pronto. Además no convenía que pareciera que se premiaba a los soviéticos por su osado juego. El Departamento de Estado empezó a ocuparse de la opinión pública ya el 25 de octubre, y dejó que el influyente columnista Walter Lippmann insinuara ciertas ideas. Ese mismo día, un Fidel Castro furioso afirmó que bajo ninguna circunstancia permitiría que Estados Unidos verificara la existencia de misiles en la isla dado que, además, su función era meramente defensiva.

El primer esbozo de solución se dio en una reunión celebrada en Washington entre Aleksandr Feklisov, un agente del KGB y el periodista de ABC, John Scali. Feklisov sugirió que los soviéticos podrían retirar sus misiles de Cuba a cambio de la promesa solemne de que Estados Unidos nunca invadiría la isla. Ese mismo día llegaron noticias de Jrushchev que parecían confirmar lo sugerido de manera tan informal:

Señor presidente: Usted y yo no deberíamos tirar de los extremos de la cuerda en la que usted ha hecho un nudo de guerra porque, cuanto más tiremos, más fuerte se hará el nudo. Y puede llegar un momento en que el nudo esté tan apretado que no tenga fuerza para desatarlo ni siquiera quien lo hizo. En ese caso habría que cortar ese nudo y no hace falta que le explique lo que eso significa, porque usted es perfectamente consciente de la terrible fuerza de la que disponen nuestros países. Por lo tanto, si no hay intención de apretar ese nudo condenando al mundo a la catástrofe que supondría una guerra termonuclear, no solo debemos relajar la fuerza con la que tiramos de los extremos, hemos de adoptar medidas para deshacer el nudo. Estamos dispuestos.

Jrushchev había redactado este confuso mensaje en persona. Otro más oficial condicionaba la retirada de los misiles de Cuba a la

de los misiles Júpiter de Turquía. Bobby Kennedy dio con la feliz solución de aceptar con alegría y públicamente el primero de los mensajes y hacer creer que habían entendido que se prometía la retirada incondicional de los misiles balísticos de Cuba.

El 27 de octubre todas estas elucubraciones parecieron acabar en nada tras el derribo de un U-2 sobre Cuba y la expulsión de otro fuera del espacio aéreo soviético. McNamara adoptó una actitud maquiavélica. Pretendía defender enérgicamente ataques aéreos en represalia, mientras informaba al resto de los miembros del ExComm que había que evitar un ataque aéreo y posterior invasión de Cuba, un contraataque soviético contra Turquía, una respuesta de la OTAN en el mar Negro y la probabilidad de una guerra nuclear. En ese momento, los Kennedy y el núcleo duro del ExComm decidieron renunciar a los casi obsoletos misiles de Turquía, aunque no informaron de ello a la opinión pública estadounidense[828].

Bobby Kennedy precisó los detalles con el embajador Anatoly Dobrynin, advirtiéndole que si los misiles no salían de Cuba «inmediatamente», podría desatarse una «reacción en cadena» que heló la sangre a su interlocutor soviético. Cualquier ataque ulterior a aviones estadounidenses tendría una respuesta inmediata cuyo resultado sería el de un montón de rusos muertos. En su informe a Jrushchev, Dobrynin adornó mucho la posición estadounidense con premisas falsas, pues hablaba de generales «deseosos de combatir», algo que Jrushchev interpretó como un posible golpe de Estado contra el presidente. El 30 de octubre, Dobrynin intentó dar a Bobby Kennedy una carta de Jrushchev en la que reconocía que los misiles Júpiter desaparecerían. Bobby se negó a aceptarla: «¿Quién sabe dónde o cuándo pueden aflorar esas cartas o si acabarán publicadas, no ahora, pero en el futuro? [...] Si apareciera una carta así causaría un daño irreparable a mi carrera política en el futuro». Siempre recordó el consejo que le diera su padre de no poner nada por escrito; también borró toda referencia a este trato de sus notas[829].

Por una vez, la beligerancia de Fidel jugó a favor de Estados Unidos. Era responsable del derribo de un U-2 y, a las dos de la madrugada del sábado 27 de octubre, fue hasta la embajada soviética bramando sobre el honor de Cuba y su voluntad de morir

con «suprema dignidad». Soltó un torrente de palabras que las taquígrafas soviéticas intentaban transcribir en un mensaje para Jrushchev. Al alba el texto estaba listo. El párrafo clave rezaba así: «Si atacan Cuba de forma bárbara, moral e ilegal habría que ir pensando en acabar con ese peligro para siempre mediante el derecho a la legítima defensa. Por dura y terrible que fuera esa decisión, en mi opinión no hay otra salida»[830]. La cola cubana urgía al gran perro rojo a desatar una guerra nuclear. Mientras este terrible mensaje llegaba al Kremlin, los servicios secretos cubanos ordenaban por radio a sus agentes en Latinoamérica que se prepararan para lanzar una campaña de terrorismo y revolución. Entre los objetivos estaban las embajadas de Estados Unidos y las empresas de ese país. Explotaron bombas en Venezuela. Conviene señalar que los servicios secretos cubanos planificaron la Operación Boomerang, que incluía bombardear edificios gubernamentales, instalaciones militares y cines en el área de Nueva York[831].

La carta de Castro fue aleccionadora para los soviéticos. Unos cuantos días después, Jrushchev envió una paternal reprimenda y recordaba a Castro que «Cuba habría sido la primera en arder en el fuego de la guerra». Si Castro quería suicidarse era asunto suyo. «No combatimos contra el imperialismo para morir sino para usar de la mejor forma posible nuestras opciones, de manera que en esta batalla ganemos más de lo que perdamos y así lograremos la victoria del comunismo». Castro estaba tan indignado por la actitud soviética que rompió un espejo. Una cancioncilla despectiva empezó a dejarse oír por La Habana:

¡Nikita, mariquita,
lo que se da no se quita![832]

Aunque la crisis había terminado el 29 de octubre, llevó meses llegar a un acuerdo. El 5 de noviembre el *Aleksandrovsk* navegaba de vuelta a casa con sus cabezas nucleares, seguido por otros barcos que transportaban cabezas de misiles de alcance medio que ya habían estado en Cuba. A finales de noviembre, los soviéticos aceptaron retirar sus bombarderos Ilyushin. El día de Navidad de 1962, se llevaron muchas cabezas nucleares tácticas, aunque no todas. Las que quedaron siempre estuvieron bajo estricto control soviético hasta que fueron retiradas. A cambio, Estados Unidos puso fin a la cuarentena naval. Los aspectos paramilitares de la

Operación Mangosta se suspendieron a principios de 1963, y los misiles Júpiter de Turquía se desmantelaron en el mes de abril. JFK se negó a afirmar públicamente que no tenía intención de agredir a Cuba; se reservaba el derecho de emprender acciones militares si el régimen de Castro insistía en utilizar la isla como un «trampolín hacia la subversión».

Pero es exactamente lo que Castro decidió hacer: incentivar la subversión desde Guatemala hasta Chile. Al cerrarse la particular base JMWAVE de Miami, muchos exiliados entrenados, armados y muy motivados quedaron en libertad para crear el infierno a su propia e ineficaz manera. Los Kennedy nunca dejaron de intentar asesinar a Castro y, durante una recepción celebrada el 8 de septiembre de 1963 en la embajada de Brasil de La Habana, Castro concedió al periodista de Associated Press, Daniel Harker, una entrevista espontánea de tres horas. «Los líderes de Estados Unidos», advirtió, «deberían saber que, si están contribuyendo a forjar planes terroristas para eliminar a líderes cubanos, ellos tampoco estarán a salvo»[833].

El día anterior se había recibido en el cuartel de la CIA un informe según el cual un agente AM/LASH (Roberto Cubela), médico y héroe revolucionario que en 1956 había matado al jefe de la inteligencia militar de Batista en el club Montmartre, a las afueras de La Habana, antes de ofrecerse a la CIA como agente, dijo estar dispuesto a matar a Castro. Cubela no estaba conforme con lo que le había tocado en el reparto de poder hecho por Fidel. El 29 de octubre pidió a la CIA un rifle de largo alcance con silenciador. En una reunión celebrada en París el 22 de noviembre, su oficial de enlace le dio a cambio una pluma-jeringa envenenada, justo el día en que estaban asesinando a JFK en Dallas. Cubela fue arrestado en marzo de 1966, pero durante el juicio en La Habana desaparecieron, por deseo expreso de Castro, todas las pruebas sobre su relación con la CIA antes de 1963. Fue condenado a veinticinco años de cárcel, pero liberado tras haber cumplido solo trece como médico de la prisión con su propia casa. A menudo se le veía fuera de la cárcel conduciendo un coche. Cuesta no llegar a la conclusión de que fue un topo de los servicios secretos cubanos. Castro tenía su propio escuadrón de la muerte privado, que mató a todos los bolivianos implicados en la muerte de Guevara, así como

al dictador exiliado Somoza, y atentó en varias ocasiones contra la vida del chileno Augusto Pinochet[834].

Los sucesos de Cuba tuvieron un impacto mundial. Los periódicos chinos aprovecharon la oportunidad de alabar con grandes titulares la heroica resistencia de Castro, mientras comparaban a Jrushchev con Neville Chamberlain en el Múnich de 1938. Teniendo en cuenta que poco después de Múnich los soviéticos se habían aliado con Hitler, era una afirmación muy provocadora. Los soviéticos pasaron de apoyar a China —refunfuñando y de mala gana— en su guerra fronteriza con la India a vender a los hindúes cazas MiG-21. Las relaciones entre las dos grandes potencias comunistas fueron empeorando rápidamente, mientras Castro se unía a China en una cruzada mundial contra el imperialismo. A finales de 1963, en respuesta a la petición de ayuda de Ben Bella, llegó a Argelia un batallón de soldados cubanos, tanques, artillería y otras armas pesadas para combatir contra Marruecos. Fue una intervención decisiva que marcó un largo periodo de implicación semiindependiente de Cuba en África, durante el cual tendía a dirigir, en vez de seguir, la línea soviética[835].

La tendencia de Jrushchev al farol y las políticas arriesgadas para obligar a Estados Unidos a tratar a la Unión Soviética como a un igual tuvo mucho que ver con su caída. Irónicamente, como Mikoyan sabía, en el momento de su destitución había logrado crear algo así como una coexistencia pacífica con los estadounidenses. La conspiración contra Jrushchev no se debió solo a la política exterior, sino también a su arbitraria insistencia en que había que reducir el tiempo que los niños soviéticos pasaban en la escuela de once años a ocho. Esto reflejaba su profundo antiintelectualismo de campesino en un momento en que el Estado soviético necesitaba todos los científicos y tecnócratas que pudiera producir. Los conspiradores originales fueron el presidente Leonid Brezhnev, Nikolai Podgorny, que se había unido al Presidium en 1960, el presidente del KGB Vladimir Semichastny y el antiguo director del KGB Aleksandr Schelepin, el cual durante una visita a Egipto se mostró indignado porque Jrushchev se sentó junto al líder iraquí baazista Abdel Salam Aref, quien recientemente había exterminado al Partido Comunista iraquí. En octubre de 1964, Jrushchev se fue a

su casa de vacaciones en Pitsunda, junto al mar Negro, pero el Presidium requirió su presencia. Al llegar, encontró a Brezhnev sentado en su silla. Cuando concluyó la sesión, el líder soviético de sesenta y nueve años comprobó que sus guardaespaldas se habían ido y que en lugar de su limusina negra había un modesto sedán Volga[836].

Aunque la victoria de Kennedy en Cuba le ayudó a librarse de su oponente soviético, a largo plazo tuvo mucho que ver con el incremento de la implicación militar de Estados Unidos en el sudeste asiático, un compromiso obsesivo que acabaría en una derrota y en un combate tan introvertido como pueda librarlo una superpotencia. Irónicamente su obsesión por impedir que el comunismo se hiciera con Vietnam del Sur desde dentro y desde fuera se unió a la existencia de pruebas que indicaban que estaban surgiendo desavenencias entre la URSS y China; unas desavenencias que se podrían haber explotado una década antes de que el presidente Nixon realizara su histórica visita a Pekín y Moscú. El denominado «bloque» ya no era tan monolítico como parecía.

17. QUERER ABARCAR DEMASIADO: VIETNAM

EL DERECHO DE NACIMIENTO DE ESAÚ: LA RUPTURA SINO-SOVIÉTICA

En opinión de Mao, denigrar la memoria de Stalin solo favorecía los intereses del imperialismo mundial. Creía que había que analizar fríamente el legado de Stalin para separar el 20 o 30 por ciento que tenía de malo del 80 o 70 por ciento bueno. «Stalin es una espada», dijo, «se la puede usar para acabar con el imperialismo y algún otro enemigo más. [...] Si dejamos completamente de lado esta espada, si se estropea o se la abandona, nuestros enemigos la usarán para matarnos. Así estaríamos levantando una roca solo para dejarla caer sobre nuestros propios pies». Jrushchev replicó que la espada no servía para nada y que había que dejarla.

Si en 1949 había tenido que esperar dos meses para visitar Moscú, en esta segunda visita, realizada en noviembre de 1957 con ocasión del cuadragésimo aniversario de la Revolución bolchevique, Mao estaba encantado por las atenciones que le dispensaron. Se alojó en el palacio de Catalina la Grande, pero prefería dormir en el suelo a hacerlo en la cama. Micrófonos ocultos captaron algunos de sus comentarios privados en relación a los anfitriones: eran devastadores. Mao despreciaba la idea de la coexistencia pacífica con Occidente de Jrushchev, y opinó: «Si ocurriera lo peor y muriera la mitad de la humanidad aún quedaría la otra mitad, pero habríamos acabado con el imperialismo y el mundo sería socialista»[837].

La psicosis de Mao alcanzó nuevas cotas en 1958 con el Gran Salto Adelante. La cuidadosa investigación realizada por Frank

Dikötter demostró que murieron entre cincuenta y cinco y sesenta y cinco millones de personas en este intento distópico de sobrepasar la producción industrial británica en quince años. Ni los gorriones chinos se libraron de esta empresa implacable, pues picoteaban el grano y los campesinos se pasaban las noches golpeando cacerolas para mantenerlos en el aire hasta que caían muertos de agotamiento[838]. Las relaciones exteriores también sufrieron la histeria general; de hecho, la histeria fue uno de sus elementos esenciales. Ese mismo año los soviéticos intentaron instalar en territorio chino un nuevo sistema de comunicaciones para los submarinos que operaban en el Pacífico norte, y ofrecieron a los chinos, que querían su propia flota de submarinos, lo que Mao rechazó calificándolo de «cooperación militar». La respuesta de Mao al embajador soviético fue tan grosera que Jrushchev se apresuró a ir en persona a Pekín, donde las conversaciones con el líder chino iban de mal en peor: «Ya hemos echado del país a los británicos, los japoneses y otros extranjeros que permanecieron en él largo tiempo, camarada Jrushchev. Se lo volveré a repetir. No queremos que nadie use nuestro territorio para lograr su objetivos nunca más». Se apreciaba la rivalidad incluso cuando estaban relajados. Mientras Jrushchev chapoteaba nerviosamente con un salvavidas de goma en uno de los extremos menos profundos de la piscina de Mao, el líder chino hacía largos como una marsopa, demostrando su maestría en diversos estilos sin dejar de hablar. Los intérpretes se mantenían al borde de la piscina para traducir sus palabras al ruso.

Mao no advirtió a su huésped de que estaba a punto de poner a prueba personalmente la hegemonía estadounidense en el Pacífico. Fue muy explícito sobre «la agenda socialista imperialista»: «Una situación internacional tensa podría movilizar a la población, sobre todo a los pueblos más atrasados, pero también a los medio desarrollados y promover el Gran Salto Adelante económico». En otras palabras, Mao incitaba al chovinismo chino[839].

El 23 de agosto de 1958, el Ejército Popular de Liberación disparó 30.000 piezas de artillería en una hora sobre la isla de Jinnen (Quemoy), en manos del Kuomintang. Mataron a 600 hombres de Chiang Kai-shek. Estados Unidos respondió, pues les obligaba a ello el tratado de defensa de 1954 firmado con Taiwán. Reunió muchos buques en el estrecho de Taiwán, y contaba con 200

aviones. Ante la amenaza de guerra de Estados Unidos, el ministro de Exteriores soviético, Gromyko, corrió hacia Pekín, donde Mao le explicó que pretendía atraer a los estadounidenses a una «soga de hierro». Gromyko se quedó horrorizado al oír la estrategia de Mao. Si los estadounidenses usaban armas nucleares o invadían China, el Ejército Popular de Liberación se retiraría al interior para lograr que las tropas estadounidenses fueran tras él. Y en ese punto el Kremlin debería «usar todo medio a su disposición» para destruirlas. Gromyko le dijo rotundamente que su ayuda no sería bienvenida. Una vez alcanzado su objetivo de ver a los soviéticos y los estadounidenses «bailar y correr» por dos miserables islas, Mao relajó la tensión.

En vista de la caballerosa actitud de Mao hacia la guerra nuclear, no puede extrañarnos que los soviéticos hallaran todo tipo de excusas para no dar a la China comunista un prototipo de bomba nuclear o sus planos, como habían acordado en 1957. Como sabemos, la tensión volvió a subir durante el conflicto sino-hindú. En septiembre de 1958, Jrushchev llegó a Pekín durante las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución china, y no había nadie esperándole en el aeropuerto ni micrófonos que recogieran el discurso que tan cuidadosamente había preparado. Durante la recepción oficial, habló a sus anfitriones de la necesidad de relajar las tensiones internacionales y les echó en cara los recientes acontecimientos acaecidos en el estrecho de Taiwán y la frontera sino-hindú. Las reuniones entre chinos y soviéticos acababan entre insultos, de manera que los soviéticos acortaron su viaje de una semana y se fueron. Poco después, Moscú cortó sus ayudas a Pekín, lo que permitió a Mao culpar a los «revisionistas» soviéticos del fracaso de su Gran Salto Adelante. Para China, los soviéticos empezaban a ser parte del problema en vez de su solución. Ellos, por su parte, se consideraban la vanguardia del Tercer Mundo insurgente.

El grupo de estudio sino-soviético de la CIA, creado en 1956, produjo una serie de «estudios Esaú», cuyo nombre se debía al personaje bíblico al que su hermano Jacob desposeyó de su derecho de nacimiento y en el que se analizaban las desavenencias. Los analistas de la agencia llegaron a conclusiones que resultaban heréticas por entonces: la ortodoxia indicaba un bloque comunista

monolítico que perseguía objetivos comunes. Se acusaba a quienes hacían hincapié en el papel desempeñado por las diferencias nacionales en los partidos comunistas de tener una «mentalidad decimonónica». Ellos respondían que era mejor eso que seguir viviendo mentalmente en el siglo XIII. La cautela burocrática y la sospecha de que las desavenencias mismas pudieran ser un «un complot» de los rojos explican por qué tardaron tanto en recogerse estos puntos de vista en las políticas adoptadas. Eisenhower era de los más escépticos, junto a Nixon y el futuro director de la CIA John McCone.

Solo en 1960 lograron abrirse camino estas ideas heréticas hasta las estimaciones de los servicios secretos nacionales que la CIA elaboraba para el NSC, y hubieron de pasar dos años más para que los funcionarios del Departamento de Estado aceptaran esta nueva realidad internacional[840]. A principios de 1962, cuando huyeron de Xinjiang 60.000 musulmanes de la etnia uigur camino a la vecina Kazajstán, los chinos acusaron a Moscú de haberles sobornado por medio de «actividades subversivas». Moscú replicó que los chinos llevaban cruzando sus fronteras desde 1960 y advertían de la posibilidad de una «respuesta decisiva». Así estaban las cosas. Se detuvo una evolución que podía haber cambiado la política exterior estadounidense diez años antes de la apertura a China por parte de Nixon-Kissinger en 1971-1972 porque chinos y soviéticos parecían estar cooperando para ayudar a Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur. A pesar de que los vietnamitas habían forjado su identidad nacional tras mil años de implacable resistencia a los chinos, Estados Unidos consideraba a Hanói un mero representante de Pekín, y la guerra de Vietnam una réplica de la de Corea[841].

¿POR QUÉ VIETNAM?

Como senador, John Kennedy había declarado repetidamente su apoyo a Vietnam del Sur recurriendo a una mezcolanza de metáforas que ya hemos citado: «El pilar del Mundo Libre en el sudeste asiático, la base del arco, el dedo en la presa»[842]. En su discurso de investidura JFK habló grandilocuentemente de los estadounidenses como los «guardianes de los muros de la libertad». Washington hizo gala de un nuevo estilo de activismo a medida que los «mejores y más brillantes» ocupaban sus nuevos puestos. Muchos de ellos eran expertos de salón en tácticas y guerreros

profesionales a los que gustaba en exceso la teoría de la modernización planteada por las ciencias sociales de moda. Eran arrogantes y se creían encargados de la limpieza, pero creían fervientemente que el apaciguamiento había conducido a la Segunda Guerra Mundial y eran firmes defensores de la teoría del dominó de posguerra, que se negaba a reconocer la existencia de fisuras en un comunismo internacional supuestamente monolítico.

Algunos escépticos informaban, desde dentro, que gran parte de la actividad implacable de la administración no tenía sentido alguno. «Somos como los Harlem Globetrotters, pasando hacia delante, detrás, a un lado y por lo bajo. Pero nadie ha metido una canasta hasta ahora», dijo por entonces el nuevo asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy. Bundy provenía de Harvard, donde era un académico respetado[843]. Aunque primaba la juventud, en una cocina llena de jóvenes chefs no podían faltar algunas viejas glorias como Acheson, Averell Harriman e incluso Douglas MacArthur, pues se pedía mucha asesoría, a veces sin propósito aparente.

La situación favorecía la posibilidad de hacer *algo* por Vietnam. En las sesiones informativas anteriores a la toma de posesión, Eisenhower había subestimado la importancia de Laos, que JFK siempre pronunciaba *Leios* para evitar que sonara a su homófono *louse* [piojo, pero también canalla]. Inició negociaciones sobre el futuro de Laos en las que participó el Pathet Lao, pero hasta julio de 1962, los esfuerzos diplomáticos realizados por Harriman en Ginebra no arrojaron fruto alguno. En todo caso, el conflicto principal era el de Vietnam del Sur, donde el frente de Liberación Nacional (Viet Minh) rebosaba de sureños que volvían tras haber recibido entrenamiento por parte de las guerrillas del norte. Fueron 10.000 en enero de 1961 y 17.000 en octubre. No era esencial ir directamente a Vietnam del Sur, aunque la teoría del dominó fuera correcta; la intervención podía haberse hecho a través de su aliado de la SEATO, Tailandia[844].

Kennedy, que había optado por ser flexible en sus reacciones, prefirió llevar la guerra de forma indirecta. Se enviaron 500 empleados más al Grupo de Asistencia Militar y Asesoría de Estados Unidos (MAAG, en sus siglas en inglés) en Saigón; y eso que los estadounidenses ya excedían de los 685 autorizados por los

Acuerdos de Ginebra de 1954[845]. Mandaron a 400 boinas verdes de las fuerzas especiales a entrenar al Ejército de la República de Vietnam para que pudiera realizar ataques relámpago a lo largo del paralelo 17, que separaba al norte del sur.

La CIA puso en marcha operaciones encubiertas en Laos. Los agentes de la CIA entrenaron a unos 9.000 hombres de la tribu hmong, a los que los estadounidenses llamaban en su ignorancia Meo, que significa algo así como «nativo» o «negrata» en chino. La idea era utilizar a estas tribus, ferozmente antivietnamitas, para acabar con la Ruta Ho Chi Minh, que serpenteaba a lo largo de la frontera interior de Laos y se estaba convirtiendo en la mejor ruta de abastecimiento del Viet Minh. Los suministros se llevaban a la remota jungla en aviones a manos de pintorescos pilotos estadounidenses de Air America, como «Weird Neil» Houston, mientras el jefe de la base, Tony Po, vivía en una casa decorada con collares de orejas que los hmong habían cortado a cabezas del Viet Minh y el Pathet Lao[846].

Estas medidas ganaban tiempo, pero no se sabía cómo reaccionaría Estados Unidos si se hundía el régimen de Diem. Algunos halcones de la administración, como el asesor especial del presidente en asuntos de seguridad nacional, Walt Rostow, querían poner en marcha operaciones aéreas y navales contra Vietnam del Norte, acompañadas, de ser necesario, por la infantería estadounidense en el sur. Rostow era un ambicioso académico judío polaco del MIT; durante la Segunda Guerra Mundial se había dedicado a identificar objetivos. Le llamaban «Mariscal del Aire Rostow» debido a su entusiasmo por los bombardeos. Uno de los mayores obstáculos a un incremento de la presencia estadounidense era el presidente Diem mismo, al que un funcionario del Departamento de Estado describía como un «fanático débil y un católico de quinta». Diem quería seguir aprovechándose de la cornucopia que eran las ayudas estadounidenses, pero era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que la presencia militar estadounidense, con su propio mando autónomo, uniría contra él a todos sus adversarios internos y proporcionaría a los comunistas una potente herramienta propagandística en su contra.

Una de las mayores dificultades a las que se enfrentaba la administración era la de hacerse una idea adecuada de la situación

en Vietnam para diseñar costosos proyectos de creación de naciones, realizados por una sociología ampulosa que recurría a falsas analogías con la ingeniería civil. De ahí que se enviara allí regularmente a visitantes de alto nivel, pero en realidad se trataba de excursiones guiadas por «pueblos Potemkin». El 5 de mayo de 1961, JFK mandó a su vicepresidente, Lyndon Johnson, a hacer una gira por Asia, en la que estaba prevista una parada clave en Saigón. Mientras la caravana de coches intentaba atravesar la capital, Johnson se bajó para repartir bolígrafos, mecheros y entradas para la galería del Senado de Estados Unidos como hubiera hecho de haber estado en Texas. En público se refería a Diem como «el Winston Churchill de Asia». Pero en sus conversaciones privadas, este maestro en innumerables negociaciones mano a mano celebradas en el Senado estadounidense, donde había sido líder de una mayoría, decía ser incapaz de poner a Diem entre la espada y la pared. «Estaba muy excitado al oír mi oferta de cuarenta millones de dólares y ayuda militar, pero se volvía sordo y mudo cada vez que mencionaba la necesidad de apresurarnos a diseñar algún proyecto relacionado con la sanidad y el bienestar».

Cuando Johnson informó a Kennedy a la vuelta de su gira, señaló que las naciones libres de Asia no estaban conformes con el compromiso de Laos. Hasta el mismo Diem estaba consternado por que Estados Unidos se mostrara dispuesto a negociar con el Pathet Lao. Johnson añadió que si se apoyaba a Diem «hay que hacerlo siendo conscientes de que, en algún momento, habrá que tomar la decisión de emplear o no tropas estadounidenses. [...] Recomiendo que procedamos con un programa de acción claro y duro»[847]. Pero Johnson también invocó el fantasma de tropas estadounidenses «estancadas en pos de guerrillas e irregulares por los campos de arroz y junglas del sudeste asiático, mientras nuestros principales enemigos, China y la Unión Soviética, se mantienen al margen y unen sus fuerzas». He ahí el principal problema: JFK no podía ni retirarse ni montar una escalada del conflicto[848].

Hubo interminables y malintencionadas discusiones políticas. Para muchos expertos en Europa, todo el sudeste asiático era un chiste malo, incluidas palomas como George Ball y el halcón Dean Acheson. Halcones civiles y militares creían que una amenaza masiva soviética y china se cernía sobre el sudeste asiático, y

querían disuadirles por medio de una serie de reacciones estadounidenses escalonadas ante una trampa previamente calibrada. Rostow recomendó enviar tropas de infantería a Laos y dirigir ataques aéreos contra Vietnam del Norte en respuesta al incremento de la actividad del Viet Minh. JFK llegó a consultar al anciano MacArthur, que advirtió que los estadounidenses no estaban preparados para la guerra de guerrillas y deberían evitarla. Los aliados de Estados Unidos en la SEATO tampoco querían una intervención en el sudeste asiático, y solo la infantería de Tailandia podía ser de utilidad. ¿Por qué iba a importarles Vietnam a Pakistán o a Filipinas?

El 17 de octubre enviaron a Rostow y al general Maxwell Taylor a Saigón para informar de nuevo sobre las condiciones del terreno y la viabilidad del régimen de Diem. Maxwell Taylor hablaba francés, y los liberales le llamaban el «general bueno», tal vez porque había dirigido recientemente el Lincoln Center for Performing Arts. Ambos hombres llegaron en medio de una de las mayores inundaciones que se recuerdan, con gran parte del delta del Mekong bajo el agua y muchos de sus habitantes refugiados en los tejados. El Viet Cong secuestró y asesinó a un destacado oficial de enlace solo para recordar a los estadounidenses quién mandaba.

A Taylor le dio la impresión de que Vietnam del Sur estaba atravesando por «un colapso de su escala moral». Diem estuvo hablando con Taylor cuatro horas oculto tras una nube de humo de cigarrillos. Taylor tuvo suerte, porque Diem podía pasarse diez horas hablando cuando estaba de ese talante. Insistía en un incremento de las ayudas estadounidenses, pero no les dejaba hacerse una idea propia de las necesidades del país. También quería que asesores estadounidenses entrenaran a 100.000 soldados más. Taylor se encontró también con el general Duong Van Minh («Big Minh»), que en teoría era el jefe del ejército. Minh criticó amargamente a Diem por cerrar acuerdos en los que los intereses políticos subvertían la cadena de mando, de manera que el general Nguyen Khanh, leal a Diem, parecía tener más poder que el teniente general Le Van Ty, jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor, mientras los jefes políticos daban órdenes a sus tropas en sus regiones. Al parecer, había hasta agencias de inteligencia, pero ninguna hacía gran cosa por derrotar al Viet Cong.

Al final, Taylor decidió que la opción menos mala era apoyar a Diem. Recomendó usar las inundaciones como excusa para ir introduciendo pequeños grupos de soldados estadounidenses, en teoría para dar apoyo logístico a Diem, pero también previendo la posibilidad de que se considerara necesario aumentar la presencia de Estados Unidos[849].

Los expertos en inteligencia advertían de que los comunistas responderían a cada concesión de Estados Unidos; fueron ignorados. No se habló de las implicaciones de la ruptura sino-soviética, ni de si el apoyo de Vietnam del Norte a los revolucionarios del sur tenía que ver con Moscú y Pekín, ni de lo que decía el derecho internacional sobre responder a agresiones del tipo que había justificado el mandato de la ONU para la intervención en Corea. Además, aunque los estadounidenses que pasaron de visita comentaban las deficiencias que observaban en Diem, y los funcionarios del Departamento de Estado no dejaban de hacer hincapié en ello, nunca debatían sobre algo crucial: si Estados Unidos entraba en guerra, todo el mundo le acusaría de neocolonialismo; si se limitaba a seguir asesorando a Diem, existía la peligrosa posibilidad de que la cola meneara al perro o, al menos, de entrar en un infructuoso círculo de engaño y manipulación mutuos[850].

Mientras la administración evitaba pronunciarse sobre sus objetivos, los asesores estadounidenses proliferaron como setas. La oficina de la CIA en Saigón, bajo el mando de William Colby entre 1959 y 1961 (año en que se hizo cargo de Asuntos de Lejano Oriente) y de su sucesor John Richardson, se convirtió en una gran organización que se ocupaba de los problemas de vivienda, instalaciones y dinero en abierta rivalidad con el personal de la embajada. Cuando Richardson y su esposa Ethyl se fueron a vivir a una casita en una calle llena de árboles, supieron que no podían contratar sirvientes. Con la escasa atención que los estadounidenses suelen dedicar a las costumbres locales cuando están de servicio en el extranjero, no se habían percatado de que la casa había sido un centro de interrogatorio del ejército francés, de sus sucesores japoneses y del Viet Minh, antes de que volvieran a ella los policías de la Sûreté francesa. Los vietnamitas creían que el lugar estaba encantado y se negaban a entrar, a menos que se introdujesen

monos que exorcizaran la casa durante una semana y se colgaran espejos de todas las paredes para asustar a los fantasmas.

Aunque la nueva oleada de agentes de la CIA también quería exorcizar lo que quedaba del espíritu del «cowboy» Lansdale, la oficina de Saigón reclutó a sus mejores hombres, cuyos nombres resonarían una y otra vez en la historia de Vietnam. Uno de los planes más lamentables de Colby fue el Proyecto Tigre de Lansdale, que implicaba la inserción de agentes transportados por mar y aire a Vietnam del Norte. Solo escaparon a la ejecución quienes se cambiaron de bando, en lo que fue una réplica del éxito de la contrainteligencia británica contra los alemanes en la Segunda Guerra Mundial[851].

Los soldados tampoco estaban inactivos. Bajo el Proyecto Beefup, el número de asesores militares se incrementó de 3.205 en diciembre de 1961 a 9.000 un año después. El MAAG se convirtió en el nuevo Mando de Asesoría Militar de Vietnam (MACV, en sus sigas en inglés), bajo el mando del general Paul Harkins, y se ampliaron sus funciones. Sus miembros pilotaban aviones y helicópteros en misiones de combate, aunque siempre había algún aviador sudvietnamita por si algo iba mal o el Viet Minh derribaba algún avión. JFK también autorizó el uso de defoliantes para que el enemigo no pudiera ocultarse en la selva y de herbicidas para matar sus cosechas.

Preguntado por la prensa, JFK negó que sus asesores estuvieran implicados en los combates, aunque algunos fueron condecorados y otros incluso murieron en combate. También intentó mantener bajo control a la prensa de Saigón, que en tiempos había apoyado a los estadounidenses pero estaba muy desilusionada por lo que veía y oía sobre el terreno. En una ocasión, JFK telefoneó personalmente al editor del *New York Times* para que trasladaran a un corresponsal extranjero.

ILUSIÓN Y REALIDAD

La administración Kennedy se mostraba muy receptiva a la doctrina de la «reacción flexible» subnuclear. Las operaciones de contrainsurgencia solo eran una de las herramientas de la caja. También se recurría a buenos actos progresistas por motivos tácticos, lo que hoy denominamos «construcción de naciones». A JFK le gustaba la idea de «conquistar corazones y mentes», que

implicaba mantener a la población fuera del alcance del Viet Cong, aunque supusiera «poner un televisor en cada choza», mientras el ejército perseguía y aniquilaba al enemigo que acechaba entre ellas. Los comandantes militares veteranos sabían que esta respuesta flexible engrosaría sus presupuestos, pero iba ligada a formas de guerra más convencionales basadas en la eliminación del enemigo por parte del grueso de las tropas o, como ellos decían: «Cógeles por las pelotas y sus mentes y corazones irán detrás»[852].

Parece que eso era lo que decía por Saigón sir Robert Thompson, veterano de la emergencia malaya, al que Diem había consultado cómo reducir su dependencia de los estadounidenses. La Misión Británica de Asesoría (BRIAM, en su acrónimo en inglés) de Thompson se había creado en septiembre de 1961 y propuso un plan para librar del Viet Cong el delta del Mekong y mantener segura a la población mediante la creación de «aldeas estratégicas». Las memorias de Thompson están llenas de laxos y paternales comentarios sobre los estadounidenses y los vietnamitas. La reputación de eficacia de los estadounidenses era, en su opinión, «mítica». «Ni uno solo de los estadounidenses que conocimos había leído a Mao». De hecho, había quien sí lo había leído, incluso en chino original, pues Thompson pasó por alto a los miles de misioneros estadounidenses cuyos cosmopolitas hijos habían crecido hablando mandarín[853]. Desde su punto de vista, Vietnam era una Malasia a mayor escala, pues no tenía ni idea de en qué se diferenciaban la lucha del Viet Cong y la de los comunistas malayos. Tampoco era consciente de que había estadounidenses que sabían mucho de lo que había ocurrido en Malasia, en concreto el funcionario del Servicio Exterior de Estados Unidos Charles Cross y el sinólogo Lucien Pye, autor de *Guerrilla Communism in Malaya* (1956), basado en entrevistas realizados a comunistas capturados[854].

En realidad, no se podía aprender mucho de Malasia, donde los insurgentes comunistas eran étnicamente chinos y constituían la mayoría de la población de Malasia. Además, a los británicos les había costado doce años hacerse con el conflicto en circunstancias infinitamente más propicias que las existentes en Vietnam del Sur. La estrecha frontera entre Malasia y Tailandia no era comparable a la frontera interna de unos 1.300 kilómetros que transcurría entre

densas junglas, ríos y montañas entre Vietnam, Camboya y Laos. Los británicos contaban con una administración eficaz que se extendía por toda Malasia; cualquier cosa parecida en Vietnam había desaparecido con los franceses. En Vietnam había arroz abundante, en Malasia no, lo que permitió a los británicos emplear los alimentos para controlar a la población. Por último, la amenaza de Indonesia contribuyó a que malayos y chinos aceptaran un acuerdo federal cuando los británicos les prometieron la independencia.

A pesar de estas diferencias, Diem se limitó a rebautizar sus *agrovilles* como «aldeas estratégicas», y pedía más ayudas, que obtenía rápidamente gracias al precedente malayo. En septiembre de 1962, se había juntado a 4.322.034 personas (un 33,4 por ciento de la población) en 2.800 aldeas estratégicas, donde permanecían acorraladas en fosos y tras afiladas cañas de bambú. Los estadounidenses las llamaban «manchas de aceite», y creían que su presencia haría que el Viet Cong no operara en una zona determinada. Los estadounidenses estaban admirados de la rapidez con la que se hacía todo, pero no sabían que el oficial que llevaba el programa a esa velocidad, el coronel Pham Ngoc Thao, era un agente del Viet Minh, que procuraba motivar el odio de los campesinos. Sin duda lo logró[855].

El problema era que las manchas de aceite estaban demasiado dispersas y en las aldeas estratégicas se ignoraba la relación que tenían los campesinos con las tumbas de sus antepasados o sus campos en cuadrículas. Todas las zonas intervenidas se declararon zonas libres de fuego, y cualquier cosa que se moviera podía acabar pulverizada a base de disparos de artillería y bombas. Los agentes estadounidenses creían que las aldeas estratégicas eran una oportunidad para introducir modos de vida más modernos en la vida de las aldeas, pero para Diem eran sobre todo una forma de ejercer el control político. El creciente número de funcionarios corruptos se quedaban cada vez con más dinero, en un país donde el número de administradores preparados era modesto, por decir algo. La CIA también repartió grandes sumas de dinero, tanto que hicieron firmar recibos a los vietnamitas por los pocos tranvías disponibles, de manera que se trataba de mover grandes cantidades de dinero más que del dinero en sí. En cambio, el Viet Minh era

escrupulosamente igualitario en los territorios que controlaba, la mayor parte tras la puesta del sol. Complementaban esta tendencia con el asesinato sistemático de funcionarios corruptos[856].

La fantasía de que estos programas estaban siendo eficaces confirmó la reticencia de JFK a sacar a escena el gran club militar. Durante el verano de 1962 contempló incluso la posibilidad de retirar a los asesores estadounidenses a partir del año siguiente. Aún resuenan los ecos de sus dudas y dilemas entre el sonido de los tambores de guerra que le rodeaban. A pesar de su pasión por la numerología, sabía que una serie de cifras básicas no cuadraban. ¿Cómo podía enviar tropas de combate estadounidenses a combatir a dieciséis mil kilómetros de distancia en lo que parecía un conflicto asimétrico en el que estaban implicados 16.000 guerrilleros y un ejército de Vietnam del Sur que sobre el papel constaba de 200.000 hombres? Como bien señalara: «Irán las tropas, tocarán las bandas, gritarán las masas. Y en cuatro días se le habrá olvidado a todo el mundo. Entonces nos dirán que tenemos que mandar más hombres. Es como tomar una copa: se pasa el efecto y tienes que tomarte otra»[857].

Pero, al mismo tiempo, el miedo de JFK a parecer laxo con el comunismo evitaba que presionara para lograr una solución diplomática a un conflicto que se parecía mucho a una guerra civil. Quería expandir las negociaciones sobre la neutralidad de Laos hasta lograr un acuerdo general en Vietnam basado en rebajar la tensión y decidir una partición de mutuo acuerdo. Fueron el subsecretario de Estado George Ball, Averell Harriman (recién nombrado secretario asistente para asuntos de Lejano Oriente) y el embajador de Estados Unidos en Nueva Delhi, John Kenneth Galbraith, quienes le urgieron a tomar esta decisión. Galbraith proponía recurrir a los hindúes para hablar con Hanói, y Harriman se coló en una cocina de Ginebra para celebrar conversaciones secretas con el ministro de Asuntos Exteriores de Vietnam del Norte, Ung Van Khiem. Khiem, que llevaba un traje soviético demasiado largo para él, perdió su oportunidad enfureciendo al hombre de Estado estadounidense de setenta años. Harriman se estiró para hacer sentir a Kiem el peso de su estatura, miró a los ojos al «insultante pequeño bandido» y le dijo que él era favorable a «una guerra larga y dura»[858].

No cabe duda de que los soviéticos podían haberse pasado por allí y negociado un acuerdo. A Jrushchev le exasperaban tanto «esos estúpidos nombres laosianos y los individuos que los ostentan» como los estadounidenses estilo Ball, que describían los nombres como si fueran una serie de errores tipográficos. Jrushchev dijo a Harriman: «Laos, Vietnam y todo el sudeste asiático: os podéis pelear con los chinos por eso; ¡yo me rindo, no queremos saber nada de esto!»[859]. El problema era que sus clientes respectivos ni eran clientes ni nada. Diem sabía que caería en cuanto se quisiera ampliar la base del régimen de Saigón para hacerla más plural. Además, no logaron convencer a los vietnamitas del norte de que fingieran que cualquier arreglo tipo frente popular sería meramente temporal hasta la toma de Vietnam del Sur.

Al parecer, no se sopesó ninguna de estas posibilidades debido a su número variable y a la percepción, en absoluto pasada de moda, de los matices lingüísticos y culturales existentes. Ya en esta fase temprana los militares estadounidenses cuantificaban la victoria en términos de número de bajas, prisioneros, ataques aéreos y cosas por el estilo. Era el único idioma que entendía el secretario de Defensa McNamara, pues, como bien señalara David Halberstam en *The Best and the Brightest*, era sobre todo la guerra de McNamara. Llegó a eclipsar completamente al secretario de Estado Dean Rusk, un fiel presbiteriano que creía que su trabajo consistía en expresar sus opiniones al presidente únicamente en privado, y a veces ni eso.

McNamara era un militante republicano y el mayor «arreglalotodo» de la administración Kennedy. Contable y estadístico académico, acabó siendo el niño prodigio presidente de la gigantesca compañía de automóviles Ford. Aunque parecía estirado, con su oscuro y largo pelo peinado hacia atrás y sus gafas de montura negra, había leído mucho y era capaz de intercambiar citas con los académicos del entorno de Kennedy. Pese a que había hecho su agosto gracias a lo que ingenuamente pensaba que eran habilidades infinitamente transferibles, en ese momento lo que le impulsaba era un afán de poder no restringido por consideraciones morales. Había algo muy inquietante en un hombre que podía pasarse ocho horas viendo diapositivas de Vietnam en la pantalla y parar la proyección porque había algo en la imagen 896 que no casaba con la 11. Cuando la información que recibía no constaba de

números y tablas, McNamara tenía problemas para procesarla; se le consideraba un ordenador humano[860].

Las cifras del MACV eran optimistas, pero los militares se mentían a sí mismos y a Washington. Solían quejarse siempre de que el Viet Cong nunca plantaría batalla, pues prefería atacar y salir corriendo, como es natural en el caso de «esos pequeños culos harapientos». Pero esto era subestimar la presión que la guerra ejercía sobre los comandantes del Viet Minh; si fracasaban podían quedarse sin el apoyo de los campesinos. Pedían a sus tropas que hicieran autocrítica, que reconocieran sus errores y aprendieran de ellos. El jerarquizado ejército estadounidense aislaba a los comandantes veteranos de la verdad, lo que reforzaba la posibilidad de error, pues los máximos responsables componían una mafia que funcionaba como una fraternidad de viejos buenos chicos.

En enero de 1963, los servicios secretos informaron de que tres compañías del Viet Cong se agrupaban en torno a una emisora de radio cerca de la aldea de Ap Bac, a unos 65 kilómetros al sudoeste de Saigón. Tuvieron que emplear toda una división del Ejército de la República de Vietnam (ARVN, en sus siglas en inglés) para acabar con ellos. En vez de huir, los Viet Cong se entusiasmaron y prepararon para combatir. Se había diseñado la típica maniobra de pinza: una fuerza descendió en helicópteros, a pesar de la espesa niebla, mientras la otra se aproximaba en transportes blindados. Había fuerzas de reserva, artillería y cobertura aérea. Teniendo en cuenta que el AVRN gozaba de una superioridad numérica de diez a uno, ¿qué podría ir mal?

Según el asesor veterano de Estados Unidos, teniente coronel John Paul Vann, casi todo. O eso dijo mientras daba vueltas sobre el campo de batalla en un avión de reconocimiento. El Viet Cong dejó pensar a los pilotos de los helicópteros que no había nadie para hacer que aterrizaran, y provocaron un incendio que acabó con cinco helicópteros. Las unidades blindadas tardaron demasiado en acudir en su ayuda y, cuando lo hicieron, les tendieron una emboscada en medio del caos en el que estaban los mandos, pues los nuevos políticos de Diem fallaron su primera prueba de combate ignominiosamente. Subvirtieron el sentido de la operación al dejar al Viet Cong una ruta de escape. Para acabar de arreglarlo, dirigieron a otro batallón aerotransportado al lugar equivocado, en

donde fue masivamente atacado por fuego amigo.

Lo único que hizo que solo hubiera sesenta y un muertos y cien heridos en el ARVN fue su mala puntería; el Viet Cong desapareció dejando solo tres muertos tras de sí. Hasta se llevaron los casquillos usados para reutilizarlos. Cuando el MACV proclamó que Ap Bac había sido una gran victoria puesto que el Viet Cong había cedido el terreno, el comandante de la artillería sudvietnamita ordenó bombardear una aldea que creía desierta pero en realidad estaba ocupada por tropas del ARVN. Tras darse cuenta de su error mató al teniente que había sido el observador principal, lo que, teniendo en cuenta las circunstancias, parecía totalmente justificado[861].

EL FIN DE DIEM

Pocas veces una potencia imperial ha puesto su prestigio en manos de un grupo de marionetas suicidas como el clan Ngo Dinh. El hermano menor de Diem, Nhu, y su terrible esposa ya eran lo suficientemente malos, pero quien se llevaba la palma fue el hermano mayor, Pierre Martin Ngo Dinh Thuc, arzobispo de Hué y el prelado católico de más alto rango en Vietnam. En mayo de 1963 prohibió la exhibición de pancartas budistas durante la celebración del nacimiento de Gautama; lo hizo aludiendo a la prohibición de enarbolar banderas no gubernamentales. Pero unos días antes se había animado a los católicos a enarbolar banderas del Vaticano para celebrar el vigésimo quinto aniversario de Thuc como obispo. Para pagar las banderas se habían recaudado impuestos entre los residentes budistas de Hué. Lo había hecho Ngo Dinh Can, otro hermano más joven que gobernaba Vietnam central con un ejército privado y tenía su propia policía secreta[862].

El 8 de mayo de 1963 se reunió una multitud en Hué para protestar contra la prohibición. Los hombres a sueldo de Can abrieron fuego y mataron a nueve manifestantes. Can y Diem culparon de ello al Viet Cong, pero, a principios de junio, un bonzo budista de sesenta y seis años, de nombre Thich Quang Duc, se sentó en postura de loto en un cruce de Saigón y se prendió fuego. Muchos observadores estadounidenses habían considerado el budismo una fe pasiva, hasta que vieron a Quang Duc en llamas en las portadas de *Life*; la situación dio lugar a un potente movimiento de protesta[863].

Seis sacerdotes budistas más se inmolaron en medio de una gran

publicidad. Madame Nhu los describió como «barbacoas». «Que se quemen mientras aplaudimos», dijo. Aunque Diem aseguró al embajador saliente, Frederick Nolting, que no adoptaría más medidas contra los budistas, en agosto las fuerzas especiales de Nhu (vestidas como si formaran parte del ARVN) destrozaron pagodas por todo el país, arrestaron violentamente a 1.400 monjes y los mandaron a engrosar el ya abultado número de prisioneros políticos. Estas operaciones causaron tanto descrédito al ejército de Vietnam del Sur que algunos de sus oficiales decidieron dar un golpe de Estado.

El poco agrado que Diem inspiraba al Gobierno de Estados Unidos alcanzó su punto culminante cuando se enteraron de que Nhu mantenía conversaciones secretas con Hanói. Los norvietnamitas estaban encantados de seguir jugando, pues calculaban que en cuanto acabaran con los estadounidenses se desharían de los Ngo Dinh. El informe de los servicios secretos sobre el encuentro clandestino llegó a Washington un sábado, cuando la mayoría de los buenos jugadores no estaban en sus puestos. Tres altos funcionarios, entre ellos Harriman, aprovecharon la oportunidad para dar instrucciones al nuevo embajador, Henry Cabot Lodge, insistiendo en que si Diem no se deshacía de los Nhu tendría que dejar el poder.

Lodge desempeñaría un papel fundamental durante el golpe. Fue el senador de Massachusetts que casi derrota a Kennedy en 1952 y que se presentó a las elecciones contra Nixon en 1960. JFK le mandó a Saigón como pararrayos de las críticas de los republicanos a su política del sudeste asiático. Si un hombre que había perdido las elecciones dos veces frente a Kennedy estaba dispuesto a trabajar para él, los republicanos del Congreso también deberían aceptarle. Al contrario que a Nolting, al muy aristócrata de Lodge le desagradó Diem en cuanto lo vio. También desconfiaba del jefe de la CIA, Richardson, hasta el punto de que recurrió a un periodista para acabar con su cobertura oficial. Entre las nuevas instrucciones de Lodge estaba la autorización para decir a los generales vietnamitas disidentes que Estados Unidos les apoyaría durante «cualquier periodo interino en el que se colapsen los mecanismos del Gobierno central». JFK envió las instrucciones desde el complejo de Hyannis Port, aunque no está claro si leyó el telegrama entero o

solo se lo leyeron por teléfono. A su vuelta a Washington el lunes se encontró a su gabinete en guerra consigo mismo, pues los gatos habían descubierto lo que habían hecho los ratones en su ausencia.

A partir de ese momento las maquinaciones en Saigón se volvieron francamente bizantinas. Nhu y Diem tenían sospechas de que fuera a haber un golpe de Estado y los conspiradores tenían que moverse con mucha precaución. El ayudante de Lodge era Lucien Conein, enlace secreto de la CIA con los generales. Conein había pasado en Indochina dieciocho años; era un espía de cómic con aire francés que cruzaba Saigón con una magnum por si acaso Nhu, que ya mostraba signos de paranoia inducida por el opio, decidía mandarlo matar. Conein se encontró con el general Tran Van Don, comandante oficial del ejército, en la consulta de un dentista. Entre los conspiradores estaban el cuñado de Don, el general Le Van Kim, y el general Duong Van Minh, antiguo cabo al que apodaban «Big Minh». Todos habían acabado en cargos marginales como Don porque Diem desconfiaba de su popularidad entre las tropas. Se reclutó a otros cuyas carreras también saldrían beneficiadas tras la remoción de Diem y Nhu, entre ellos el general Ton That Dinh, comandante del distrito de Saigón.

Los conspiradores debían ser cuidadosos cuando se encontraban con otros miembros del MACV que no eran conscientes del cambio de política de Estados Unidos y apoyaban a Diem. El jefe del MACV, Harkins, ni siquiera sabía que habían llevado oficiales de comunicaciones de Filipinas que hablaban vietnamita para transcribir lo que habían grabado los micrófonos sobre los conspiradores cuando Conein no estaba presente. Lodge también debía ser cuidadoso, pues era comprensible que Nhu hubiera llenado la embajada estadounidense de micrófonos. Se siguió con los preparativos y se realizaron ciertos cambios en los mandos, aparentemente rutinarios, pero que alejaban a los leales a Diem de Saigón para evitar así que corrieran en ayuda del régimen. Se consultó a astrólogos para decidir la fecha más favorable[864].

Hubo un hiato con la llegada de otra delegación de máximo nivel, compuesta por McNamara y Maxwell Taylor, a finales de septiembre de 1963; William Colby representaba a la CIA. La última de estas visitas realizada por el general de los marines Victor Krulak y el representante del Departamento de Estado, Joseph Mendenhall,

había suscitado el famoso comentario de JFK: «Pero ustedes vienen de visitar el mismo país, ¿no?»[865]. A McNamara le abrumaba la idea de quitar de en medio a Diem, sobre todo porque el general Harkins, del MAVC, informaba de que la guerra prácticamente estaba ganada. No parecía lógico sustituir al equipo ganador en esas circunstancias. Pero ciertos aspectos de la visita indicaban que el «ordenador» empezaba a funcionar mal. El discurso de dos horas de toma de posesión de Diem no fue una sorpresa: McNamara ya había estado en Vietnam antes, pero pasó por la extraña experiencia de compartir alojamiento con Lodge, que le decía que Diem era una causa perdida, y luego recibir informes del personal de Harkins en los que se afirmaba que no pasaba nada. Como conocían la obsesión de McNamara por los datos y las cifras, los militares hablaban de la guerra en esos términos, mientras Harkins y Taylor sonreían al ver su competencia con diagramas de flujo y gráficos.

La «aldea Potemkin» se colapsó con la llegada de un informe de cierta provincia del delta del Mekong. Un joven mayor que respondía a preguntas de Maxwell Taylor afirmaba que en la provincia todo iba a pedir de boca. Pero McNamara tenía la copia de un informe enviado por un joven agente de la CIA, asesor en cuestiones rurales, llamado Rufus Phillips. Había causado un gran alboroto durante su discusión en el seno del NSC el 10 de septiembre. Phillips incluía el informe de un asesor civil estadounidense según el cual se estimaba que el Viet Cong controlaba el 80 por ciento de los pueblos del delta. Se añadía que el asesor del ejército estadounidense llevaba un tiempo enviando informes similares a sus superiores sin recibir respuesta. McNamara preguntó al joven mayor si había leído esos informes. Los había leído. El secretario de Defensa le preguntó si estaba de acuerdo con ellos. Tras una pausa durante la cual deslizó sus ojos por Harkins y Taylor, el mayor dijo que sí. ¿Por qué no había informado en el mismo sentido? Era algo que iba «más allá de los parámetros marcados por sus superiores»[866].

Cuando volvieron a Washington, McNamara y Taylor elaboraron sus informes. Incluían perlas como: «Nuestra política debe perseguir el fin de la represión de Diem porque incita a la voluntad popular a la resistencia». Aunque llegaban a la conclusión de que el programa militar «había logrado grandes progresos y continuaba lográndolos»

y que podrían retirarse unos mil asesores estadounidenses por Navidad, ambos hombres se mostraron de acuerdo en que habría que «corregir» las relaciones con Diem mientras se buscaba una «alternativa a su liderazgo»[867].

El 1 de noviembre los conspiradores pasaron a la acción mientras Conein repartía por la ciudad grandes bolsas de dinero. Nhu le facilitó la tarea al montar un golpe de opereta para hacer salir a la luz a los conspiradores reales; el resultado fue que sus tropas no estaban donde se las necesitaba cuando tuvo lugar el golpe de Estado real. Se arrestó y fusiló tras un juicio sumario a gentes leales al régimen, como el jefe de las fuerzas especiales a cargo de la seguridad de Diem. Cuando Lodge desoyó fríamente sus peticiones, Diem y Nhu huyeron al barrio chino de Cholon, dejando a los conspiradores que tomaran el palacio desierto. Diem y su hermano se acabaron rindiendo en la iglesia católica de San Francisco Javier, fiándose de las garantías que los conspiradores habían dado a los estadounidenses. Cuando Big Minh mandó a un equipo selecto para recogerlos, hizo un gesto que indicaba que habían de morir. Ataron a Diem y Nhu y les metieron en un vehículo blindado. Los mataron durante el viaje al centro de Saigón; hubo que limpiar cuidadosamente el blindado después.

Una Junta militar de doce miembros, que había estado operando desde un cuartel general cercano al aeropuerto de Tan Son Nhut, reemplazó brevemente a Diem. El 29 de enero de 1964 fue derrocada por un grupo de jóvenes oficiales bajo el mando del general Nguyen Khanh, de nuevo con la connivencia de los estadounidenses. Khanh sabía tan poco sobre su propio futuro que alquiló una casa en el río Saigón, por si tenía que huir en barco. La CIA daba al nuevo régimen un plazo de semanas, o meses todo lo más[868].

Cuando JFK se enteró de que habían matado a Diem y a Nhu palideció y salió de la habitación, enfrentado de golpe a lo que habían hecho él y algunos de los miembros más liberales de su administración. Cabe preguntarse en quién habían pensado para reemplazar a Diem, pero cualquier alternativa era peor que él, si es que lograban dar con una. Tres semanas después asesinaron a Kennedy, de manera que nos hemos quedado sin saber si hubiera seguido por esa pendiente ensangrentada o hubiera hallado el valor

moral para cortarla. No parece probable: no tenía razón alguna para creer que Vietnam fuera una causa perdida, sobre todo cuando ya se había quitado de encima a los Ngo Dinh, y su temor a ser considerado blando con el comunismo era mayor que nunca[869]. La responsabilidad de Vietnam recayó sobre un hombre de buen corazón pero corrupto y astuto, que quería empezar en política interior donde lo había dejado Roosevelt, no JFK. Su destino merece el epíteto de trágico.

18. EL PUNTO DE INFLEXIÓN DEL SIGLO AMERICANO

LA GRAN SOCIEDAD

El embajador Lodge se enteró del asesinato de Kennedy en San Francisco a su vuelta de Saigón. Prosiguió el viaje hasta Washington mientras recibía malas noticias sobre la evolución de la guerra en Vietnam; noticias que plasmó en un informe que entregó al presidente Johnson el 24 de noviembre de 1963. Johnson había jurado el cargo dos días antes en el avión que llevaba el cadáver de JFK de vuelta a Washington. Dejó muy clara una cosa: «No voy a perder Vietnam. No voy a ser el presidente que se sentó a mirar cómo el sudeste asiático emprendía la senda de China». Sus declaraciones adquirieron tintes políticos al ser incorporadas al informe del Consejo de Seguridad Nacional (NSCAM) 273[870].

Los partidarios de Kennedy sentían una animadversión personal hacia Johnson. Bobby, sobre todo, le odiaba por considerarle un usurpador de la leyenda fallecida. El sentimiento era mutuo, y Johnson dijo de Bobby que era un «pequeño capullo soberbio», lo que sin duda era cierto. Los acólitos del presidente muerto mostraban un desagrado esnob hacia la cruda vulgaridad de su sucesor. La lista de atentados contra el buen gusto fue larga, pero no existe correlación alguna entre los buenos modales y el ejercicio ético o siquiera decente del cargo.

Johnson se crio en el campo de Texas, donde había que hacerlo todo a mano porque no había electricidad. De niño había recogido algodón y lustrado zapatos antes de descubrir que tenía un gran talento para el debate. Parecía un elefante enorme, pero tenía una visión política mucho más coherente que su predecesor. Había

defendido con entusiasmo el New Deal y acabó siendo algo así como el hijo favorito de Roosevelt en la política texana. Nunca perdió esa capacidad de visión, ni siquiera cuando llegó a acuerdos con los grandes hombres del petróleo y los rancheros de su estado natal por motivos pragmáticos. Mentir y jugar sucio era algo tan natural para él como eructar o tirarse pedos cuando estaba en compañía de gente elegante. En Washington el control que ejerciera sobre el Congreso primero y el Senado después llegó a ser legendario. Se basaba en la intimidación física y en un conocimiento enciclopédico de las debilidades personales de cada colega capaz de rivalizar con Edgar J. Hoover. El «Maharajá de Texas» y su equipo ocuparon veinte habitaciones en el Capitolio una vez que se convirtió en el líder de la mayoría en el Senado.

Hizo una leal oposición a Eisenhower: apoyó sus iniciativas en derechos civiles y su liberalismo en el ámbito internacional. Avergonzó a sus colegas del sur (muchos de ellos *dixies* conservadores que ya tendían hacia el Partido Republicano al igual que gran parte del sur) al acusarles de obstaculizar la modernización de la zona meridional del país. Ya antes de ser vicepresidente tenía gente que investigaba cómo habían llegado a lo más alto sus predecesores. En el baile celebrado con ocasión de la toma de posesión de Kennedy, Johnson dijo a la mujer del propietario de *Time*: «Clare [Luce], lo he buscado: uno de cada cuatro presidentes ha muerto en el cargo. Soy un jugador, cariño, y esta es mi única oportunidad»[871]. La oportunidad llegó en el momento en que un agente del servicio secreto tiró a LBJ al suelo del coche alquilado que iba al final de la cola que seguía a la limusina de Kennedy por Dallas. El agente se había dado cuenta de lo que implicaban las tres detonaciones que se habían escuchado.

Como presidente, Johnson emprendió un osado programa de reformas denominado «la Gran Sociedad», que preveía la extensión de los derechos civiles y una mejor cobertura médica. Para lograrlo se recurría a una combinación de ahorro presupuestario, recortes de impuestos y programas sociales financiados gracias al alto crecimiento del sector privado[872]. Aunque era tan anticomunista como cualquier otro estadounidense, lo que más preocupaba a Johnson era que la derecha acabara con sus proyectos internos al percibir debilidad en su política exterior. Lo último que quería era

que una guerra se llevara el dinero que pensaba gastar en transformar a la sociedad de su país. Quería evitar la pérdida de otra China sin estancarse en una segunda Corea. Lo cierto es que tuvo Vietnam, con su propia rigurosa y extenuante identidad. Describió el dilema de forma bien expresiva: la Gran Sociedad era la mujer a la que amaba, pero siempre se dejaba seducir por «esa puta guerra al otro lado del mundo»[873].

En principio, Johnson optó por «hacer más de lo mismo y hacerlo más eficazmente» en Vietnam, o, según sus propias palabras: «Por Dios, quiero algo a cambio de mi dinero [ayuda militar a Vietnam del Sur]. Quiero que levanten el culo y se metan en la selva para mandar al infierno a algunos comunistas. Pero luego solo quiero que me dejen en paz porque tengo mejores cosas que hacer aquí en casa»[874]. La política de máximo efecto con mínima implicación apareció en el NSCAM 299 de marzo de 1964. Aumentaron el número de asesores militares de 16.300 a 23.300, supuestamente de forma temporal, e invirtieron cincuenta millones de dólares en ayuda económica. El general Harkins era imprudentemente optimista y fue la baja más visible de este nuevo impulso de eficacia. Fue reemplazado en junio por el general William Westmoreland, aficionado a datos y cifras al estilo de McNamara, un hombre de empresa con uniforme, y tan distinto de Douglas MacArthur como se podía ser. «Westy» era un defensor de la guerra a lo grande, y nunca aprendió a hacerse con un enemigo no convencional con medios no convencionales en algo que no fuera un enfrentamiento asimétrico. Al mes siguiente, el presidente de la Junta de Jefes, Maxwell Taylor, reemplazó a Cabot Lodge como embajador en Saigón. Lodge había decidido volver a Estados Unidos para apoyar a la corriente liberal internacionalista que perdía peso en el seno del Partido Republicano.

Aún faltaba un año para las grandes decisiones que llevarían a una escalada de la implicación de Estados Unidos en Vietnam, pero empezaron a racionalizar errores pasados y presentes mucho antes. Nunca tomaron en consideración la recomendación del presidente De Gaulle, quien en febrero de 1963 les dijo que neutralizaran norte y sur para bloquear el expansionismo chino; tampoco solía criticarse la lógica de la teoría del dominó. Durante una visita realizada a Vietnam del Sur en diciembre, McNamara creyó que la

solución estaba en subir el coste de la guerra para Vietnam del Norte; un mes después la Junta de Jefes envió un mensaje similar. Se estaba permitiendo al enemigo fijar el curso de la guerra, y el enemigo no eran tanto las guerrillas del sur como sus líderes de Hanói. Rostow, a la sazón presidente del Consejo de Planificación Política del Departamento de Estado, llevaba años pidiendo bombardeos selectivos para advertir a los líderes de Vietnam del Norte.

El concepto resultaba muy atractivo para las Fuerzas Aéreas y la Marina, porque les permitiría sacar más partido a los presupuestos al subrayar la importancia de un conflicto que hasta el momento se consideraba cosa del Ejército de Tierra. A su vuelta de otro deprimente viaje a Saigón, realizado a mediados de marzo de 1964, McNamara ordenó a la Junta de Jefes que planease diferentes posibilidades de bombardeos. La primera sería un ataque de setenta y dos horas, como reacción a las principales provocaciones de las guerrillas. La segunda versión era una gran campaña de bombardeos estratégicos, diseñada para acabar con toda la infraestructura industrial y militar del norte. Esto forzaría a Ho Chi Minh a sentarse a la mesa de negociaciones, pues lo contrario sería el fin de sus intentos de construir una sociedad socialista.

En abril y septiembre de 1964, el Pentágono estableció dos tipos de juegos de guerra: SIGMA I-64 y SIGMA II-64; el asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy, representaba al presidente. El equipo rojo (que representaba a Hanói) incluía al especialista en Lejano Oriente Marshall Green y al general Earle Wheeler, sustituto de Taylor como presidente de la Junta de Jefes. En el equipo azul estaban Curtis LeMay, William Bundy y John McNaughton, un académico recientemente nombrado secretario ayudante de defensa para asuntos de seguridad internacional. La simulación, practicada de forma realista y sincera, reveló que los bombardeos no tendrían un efecto disuasorio sobre la capacidad del equipo rojo para aumentar su infiltración en Vietnam del Sur, mientras que sus reacciones ponían al descubierto la vulnerabilidad de Estados Unidos. A LeMay le pareció demasiado y, en un aparte, gruñó a McGeorge Bundy: «Deberíamos bombardearlos hasta que volvieran a la Edad de Piedra». «Puede que estén en ella», respondió Bundy.

Los juegos continuaron, pero se trucaron los dados para obtener

los resultados deseados. Aun así estaba claro que la quimera de la victoria solo podría conseguirse sacando a los jugadores más hábiles y elevando los niveles de lo que Estados Unidos estaba dispuesto a hacer, incluido el uso de armas nucleares. A «Mac» Bundy no le impresionaron y decidió que, si había que desatar una campaña de bombardeos, estaría sujeta a estrictos límites[875].

CUMPLIR EL PROGRAMA

La actividad planificadora siguió en marcha a pesar de que no todos estaban de acuerdo con lo que se daba por sentado. McNamara creía que la caída de Vietnam iría seguida de la caída del resto de las fichas de dominó del sudeste asiático. Creía que no solo afectaría a Camboya y Laos, sino también a Malasia, Tailandia, Indonesia, la India e incluso a Australia y Nueva Zelanda, por no hablar de Filipinas, Corea y Japón. La CIA, que sabía bien lo que hacía únicos a los comunistas vietnamitas, estaba en contra de esa opinión, ya que vietnamitas y chinos se odiaban desde hacía más de mil años. En un informe elaborado por el Consejo de Planificación Política del Departamento de Estado también se llegaba a la conclusión de que bombardear el norte tendría un impacto muy pequeño sobre la ayuda que prestaban al sur. De hecho, podían organizar una escalada refundando el Ejército de Vietnam del Norte (NVA) para ponerlo a combatir en la campaña del sur. Además, los bombardeos frustrarían cualquier intento de negociar con Hanói. Rostow omitió el informe bajo el argumento de que el Estado no debía meterse en asuntos militares. Se ignoraron otras advertencias parecidas procedentes de los Servicios Secretos de Defensa que operaban desde el Pentágono.

Desafortunadamente, el subsecretario de Estado Rusk no defendió su postura y se limitó a apoyar los puntos de vista de McNamara; según él, la credibilidad de Estados Unidos en Europa y otros lugares se vería socavada si no se adoptaba una postura firme en Vietnam. Era mentira. Gran Bretaña y Francia estaban en contra de una escalada bélica y De Gaulle era un firme defensor de la neutralidad de Vietnam. Se formó un ambiente de «hay que cumplir el programa» y se excluyó de las decisiones, que cada vez tomaban menos jefes, a las voces disidentes. El único que quedó para hacer de abogado del diablo fue George Ball, que se había opuesto a una implicación estadounidense en Vietnam desde que Kennedy enviara

16.000 «asesores»; nadie iba a hacerle mucho caso, como le ocurriera a Adlai Stevenson en el caso de Cuba. Los intentos de derrocar a Diem habían minado la autoridad de los que disentían como Ball[876].

Johnson se debatía entre presiones cruzadas y esperaba que los hombres brillantes y eficaces que había heredado de Kennedy le sacaran de sus agonías privadas. Temía que la inacción en Vietnam lograra que sus adversarios políticos (sobre todo, los de los estados de sur) acabaran con sus ambiciosos programas internos. Sería como Truman y China de nuevo. «Si no entro ahí ahora y luego demuestran que debería haber ido se me echarán encima en el Congreso. No van a hablar de mi proyecto de ley de derechos civiles, educación o mejora de infraestructuras. No, Señor, me meten Vietnam por el culo en cuanto pueden. Vietnam. Vietnam. Por el culo»[877]. Johnson era incapaz de entender que lo que llamaba una «hormiga de mierda» o «culo harapiento y pequeño país de cuarta» pudiera desafiar la voluntad de una superpotencia tecnológica avanzada. Negociar o retirarse supondría una tremenda pérdida de reputación. Los estadounidenses se burlaban de la importancia que tenía la reputación para los asiáticos, pero olvidaban lo mucho que ellos cuidaban su prestigio. Cuando Johnson decidió apostar por la guerra, recibió el caluroso apoyo de los jefes de la Unión Sindical de Estados Unidos, hombres como el presidente de AFL-CIO, George Meany, que dijo: «Prefiero combatir con los comunistas en Vietnam del Sur que aquí en la bahía de Chesapeake»[878].

La imagen de brutalidad que proyectaron sobre él los partidarios de Kennedy era falsa, pues Johnson padecía por la tragedia humana que suponía la guerra como nunca hubiera hecho el hombre al que reemplazó. Al contrario que Kennedy, no sentía el entusiasmo de un colegial por las operaciones especiales y la guerra encubierta. Entre el medio millón de fotos de LBJ tomadas en la Casa Blanca (era muy vanidoso) hay algunas que le muestran con la cabeza sobre la mesa. En una conversación telefónica grabada que sostuvo con McGeorge Bundy en mayo, dijo: «Te lo voy a contar. [...] He pasado la noche en vela pensando en esto. Cuanto más lo pienso no sé por qué me da la impresión de que nos estamos metiendo en otra Corea. Me preocupa mucho. [...] No creo que merezca la pena el

enfrentamiento y no creo que podamos marcharnos. Es el peor caos que he visto nunca. [...] He observado a mi sargento [su ayuda de cámara] esta mañana. Tiene seis hijos, y saca mi ropa, me trae la lectura de la noche... Y entonces pensé en mandar a sus hijos allí, ¿y para qué los envío allí? ¿Qué significa Vietnam para mí? ¿Qué me importa Laos? ¿Qué le importa al país?». Bundy replicó: «Lo sé, es un caos terrible». «Pero, claro, si empiezo a huir de los comunistas puede que acaben dándote caza en tu propia cocina», prosiguió Johnson, «es algo terrible lo que estamos dispuestos a hacer». «Sí, ese es el problema», replicó Bundy, «y es lo que va a pensar de nosotros el resto de esa mitad del mundo si esto se desmorona. [...] Ese es exactamente el dilema»[879]. A pesar de todas sus dudas, Bundy siguió adelante y solicitó la preparación de archivos con posibles objetivos, pues la bala mágica de los bombardeos tenía su propio momento. Y la «cosa» se desmoronó[880].

«LAS TRIPAS TE DICEN QUE ESTÁ COMO UNA CABRA»

El contexto político de Vietnam no se limitaba a los estudiantes del *baby-boom* que conformaban la oposición y, por entonces, ya se dedicaban a escuchar *California Girls, I Can't Get No Satisfaction* y *Stop! In the Name of Love* que, si recuerdan, cantaban los Beach Boys, los Rolling Stones y las Supremes, respectivamente. En realidad, los más desilusionados con la guerra eran los blancos pobres y los negros pobres que combatían, no los estudiantes que evitaban el reclutamiento. Johnson además recibía ataques de la derecha republicana y los halcones demócratas. Barry Goldwater, candidato republicano a las elecciones de 1964, respondió a la pregunta de lo que haría en el sudeste asiático con un: «Tiraría una bomba atómica de poca potencia sobre las líneas de suministro chinas en Vietnam del Norte, o puede que les bombardeara con la Séptima Flota». Los demócratas recurrieron a la estrategia de describirle como a un maniático: el eslogan de Goldwater («Tu corazón sabe que tiene razón») fue reciclado en «Tus tripas saben que está como una cabra»[881]. Pero Johnson también temía que el clan Kennedy utilizara su debilidad en Vietnam para atacarlo en el seno del Partido Demócrata. Tal era el ambiente en el que se desarrolló el incidente del golfo de Tonkín.

El 2 de agosto de 1964 dos misiones secretas de Estados Unidos intercambiaron fatalmente telegramas en el golfo de Tonkín. La

primera estaba encargada de organizar un ataque de comandos sudvietnamitas a las islas situadas frente a la costa norvietnamita (OPLAN 34A, autorizada por McNamara en diciembre de 1963). La segunda era una operación «DeSoto», relacionada con la guerra electrónica. El destructor USS *Maddox* estaba implicado en la operación, pues había de identificar las posiciones de los radares norvietnamitas que se encendieran en respuesta a los ataques de Vietnam del Sur. Evidentemente, los torpederos de Vietnam del Norte que iban tras los invasores del sur asumieron que el *Maddox*, que acechaba tras ellos a dieciséis kilómetros de la costa, era parte de la misma operación. Una vez que atacaron, el *Maddox* devolvió los disparos y los aviones del portaaviones USS *Ticonderoga* se sumaron a la escaramuza: dañaron dos barcos enemigos y hundieron a un tercero. Washington ordenó al *Maddox* que reanudara las operaciones escoltado por el destructor USS *Turner Joy*.

Los informes iniciales del 4 de agosto emitidos desde ambos buques indicaban que estaban siendo atacados por los torpederos de Vietnam del Norte, pues habían tomado ciertas interferencias en el radar, debidas a una tormenta, por buques enemigos. Mientras la administración decidía ordenar ataques aéreos contra las bases de torpedos en respuesta, mensajes urgentes del *Maddox* mencionaban «efectos extraños debidos a la tormenta» y operadores de radar y radio sensibles. En esos momentos McNamara recibía informes descifrados de Vietnam del Norte relativos a un ataque a buques estadounidenses, pero no supieron o no quisieron darse cuenta de que se referían a los ataques del 2 de agosto y no a los de dos días después.

El presidente sabía instintivamente lo que estaba pasando: «Me recuerda a los cines de Texas. Estás ahí sentado junto a una chica guapa y tienes tu mano en su tobillo y no pasa nada. Y la subes hasta su rodilla y no pasa nada. Sigues subiéndola y ya empiezas a pensar en moverte un poco cuando de repente te dan un bofetón. Creo que nos han dado un bofetón»[882]. Sin embargo, autorizó la Operación Pierce Arrow, con ataques aéreos a las bases de torpederos e instalaciones de almacenamiento de petróleo de Vinh, que se estimaron muy exitosos[883].

Johnson vio la posibilidad de que el Congreso le autorizara a

«adoptar las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos y prevenir una futura agresión». Esto implicaba mentir sobre lo que hacía el *Maddox* y no mencionar los ataques iniciales de los sudvietnamitas, a los que estaba respondiendo Vietnam del Norte. Hubo una filtración y la prensa ya hablaba de un segundo ataque, de manera que no había vuelta atrás. Se consideró que era un precio razonable a pagar por neutralizar a Goldwater, cuya firme apelación a hacer lo que la administración realmente estaba haciendo en secreto contrastaba desagradablemente con la respuesta aparentemente moderada y proporcionada de Johnson a una agresión comunista en aguas internacionales. Después de que Johnson ganara las elecciones por goleada, tuvo menos problemas internos, sobre todo porque haber parado los pies al comunismo en Vietnam del Sur resultó ser muy popular. Ocho meses después del incidente, Johnson reconoció irónicamente: «Por lo que yo sé, la Marina disparaba a unas ballenas que había por ahí».

En este punto, los chinos empezaron a interesarse mucho más por Vietnam, al margen de la ingente cantidad de armas que habían vendido a Hanói en los últimos siete años. Tras los Acuerdos de Ginebra de 1954 habían aconsejado a Vietnam del Norte que se centrara en la reconstrucción socialista en vez de en la revolución del sur. La agenda cambió, ya que Mao se dio cuenta de lo útil que sería mantener a los estadounidenses atrapados en un conflicto en el sudeste asiático. Eso les distraería del sur del mar de China y de lo que estaba haciendo Mao en Lop Nor, en el desierto del Gobi, donde sus técnicos trabajaban en la fabricación de una bomba atómica. Kennedy había sugerido en vano a Jrushchev que se deshicieran juntos de esas instalaciones, pero como Jrushchev no había accedido, Mao tenía buenas razones para mantener a los estadounidenses entretenidos en otro sitio. Vietnam era ideal. Su abierto apoyo a Vietnam del Norte promovería la imagen de China como líder de la revolución mundial y distraería la atención del desastre que había sido el Gran Salto Adelante.

En unas reuniones conjuntas celebradas entre 1963 y 1964, los chinos se comprometieron a defender Vietnam del Norte en el caso de que los estadounidenses lo invadieran. Mao reprendió a sus camaradas norvietnamitas: «Estáis arañando la superficie. [...]

Mejor haced la guerra a lo grande». Les aseguró, además: «Si Estados Unidos ataca el norte debería recordar que los chinos también tienen piernas y que las piernas se usan para nadar». No añadió que era capaz de enviar a sus tropas a Vietnam del Norte aunque no contara con el permiso de Hanói[884]. El Ejército Popular de Liberación desplazó artillería antiaérea junto a la frontera con Vietnam del Norte y utilizó a los británicos para comunicar a Washington las circunstancias en las que la usarían. Mientras, Mao reducía las debilidades de China relocalizando la industria armamentística en el interior con la ayuda de cuatro millones de personas.

Hanói no tenía intención de convertirse en una marioneta de China, y demostró ser muy hábil explotando la creciente enemistad entre Moscú y Pekín. Tras la caída de Jrushchev los soviéticos entregaron 670 millones de dólares en ayuda militar[885]. Incluso antes de que los estadounidenses empezaran a bombardear Vietnam del Norte, los soviéticos les habían suministrado baterías de misiles SAM-75 y 2.500 hombres para defender Hanói, mientras que los chinos enviaron 100.000 ingenieros de combate para mejorar y reparar las carreteras y vías férreas más rápidamente de lo que los estadounidenses podían bombardearlas. En agosto de 1965 llegaron 150.000 soldados chinos para manejar un increíble número de baterías antiaéreas. También fluyeron hacia el sur ingentes cantidades de comida y material de guerra, junto a varias armónicas y pelotas de ping-pong. Al final se desató una auténtica competición para ver quién brindaba más apoyo a Vietnam del Norte, y los prácticos del puerto de Hai Phong tenían que hacer malabarismos con los barcos de naciones amigas que querían atracar. A raíz de que aviones estadounidenses hundieran el barco chino *Red Flag*, pues merodeaba cerca de la costa y se había dado prioridad a los barcos soviéticos, Pekín se dio cuenta, tarde, de lo que estaba pasando. Pero para entonces la enorme cantidad de ayuda recibida permitió a Vietnam del Norte desarrollar una gran ofensiva para derrocar al régimen de Saigón antes de que pudiera intervenir la infantería estadounidense[886].

El 1 de noviembre de 1964, el Viet Cong atacó una base aérea estadounidense en Bien Hoa, donde estaba estacionado un escuadrón de bombarderos B-57; destruyeron seis aviones, mataron

a cinco estadounidenses e hirieron a sesenta y seis más. El incidente tuvo lugar dos días antes de las elecciones estadounidenses y no suscitó respuesta alguna, aunque el embajador Maxwell Taylor recomendó una gran campaña de bombardeos. El plan era estabilizar el sur y permitir al general Khan y sus colegas hacer limpieza. Aunque Johnson ya había dicho que estaba «harto de esta mierda de golpe», cuando Khan inició conversaciones con los budistas para crear un Gobierno de coalición resultó imposible llegar a un acuerdo, porque los budistas querían incluir en las conversaciones a los comunistas, con vistas a negociar el fin de la guerra y pedir a Estados Unidos que retirara sus tropas. En enero de 1965, Khan fue obligado a dimitir por el vicealmirante de las fuerzas aéreas Nguyen Cao Ky y el general Nguyen Changh Thi, que supieron sortear las trampas del gobierno civil. A su vez, Ky echó a Thi. «Mac» Bundy los consideraba lo peor, pero no lo eran. Aún tendría que aparecer el general Nguyen Van Thieu, quien engañó a Ky convirtiéndose en el nuevo hombre de los estadounidenses.

Hubo un último intento de controlar la situación el 4 de febrero de 1965, con la última visita de Mac Bundy a Saigón, aunque llevaba cuatro años en Vietnam. Todo parecía estar atrofiado y, por supuesto, el Viet Minh secuestró a un alto funcionario coincidiendo con su llegada. Tres días después atacaron una base de helicópteros en Pleiku, con un resultado de ocho estadounidenses muertos y 126 heridos. El hospital de la base parecía una morgue. El Viet Minh se hizo con morteros estadounidenses que destruyeron diez helicópteros que permanecían en tierra. Deben de haber tenido la certeza de que Estados Unidos no iba a responder, pues el primer ministro soviético Aleksei Kosygin estaba en Hanói por entonces. Se equivocaban.

Todos los responsables en el lugar —Taylor, Westmoreland y el director en funciones de la Misión, Alexis Johnson— se reunieron en el cuartel general del MAVC para analizar el ataque. Bundy contactó con la Casa Blanca, donde Johnson había convocado una reunión del NSC a la que asistieron los líderes del Congreso y el Senado. Aprobaron por amplia mayoría la petición de Bundy de desatar un ataque aéreo, de manera que 132 aviones despegaron de sus portaaviones y se dirigieron a Vietnam del Norte. Tras una visita a Pleiku, donde le conmovió un jovencísimo soldado

estadounidense herido, Bundy voló a Washington para defender una recomendación que llevaba meses elaborando: la de una «reacción sostenida». Como dijo a un reportero, ataques como el de Pleiku eran como «tranvías»: todo dependía de a quién decidías dejar subir[887].

Johnson optó por la Operación Flaming Dart, en la que constaban como objetivos algunos barracones del ejército regular de Vietnam del Norte. El Viet Minh respondió con un ataque a la base estadounidense de Qui Nhon, que mató a veintitrés estadounidenses; para vengarlos se demolieron más barracones. Los soviéticos estaban furiosos porque los ataques habían empezado mientras Kosygin visitaba Hanói. El 10 de febrero Kosygin y el primer ministro norvietnamita, Pham Van Dong, emitieron un comunicado conjunto en el que condenaban los ataques y en el que la Unión Soviética se comprometía a proporcionar a Vietnam del Norte «todo el apoyo y ayuda necesarios» para resistir a la agresión estadounidense. En abril de 1965 se firmó otro tratado en Moscú para mantener la que se había convertido en la defensa con misiles más completa del mundo.

Este segundo acuerdo se firmó mientras la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, tras comprobar que Flaming Dart no iba a tener ningún tipo de efecto disuasorio, puso en marcha la Operación Rolling Thunder, una campaña mucho más elaborada que implicaba bombardear noventa y cuatro objetivos dos días a la semana durante dos meses. Era una campaña de compromiso pensada para obligar a los norvietnamitas a negociar. No tenía mucho que ver con el deseo de LeMay de emprender una ofensiva total en los diques de irrigación del río Rojo y otros objetivos económicamente cruciales.

Los primeros aviones atacaron el 2 de marzo y pulverizaron los nudos de comunicación entre Hanói y Vinh, al sur; formaban parte de un plan diseñado para destruir puntos clave para el transporte. Mientras los aviones estadounidenses destruían sus objetivos, el enemigo tardaba bien poco en reconstruir todo, o se limitaba a buscar otras rutas para mantener sus planes logísticos, aunque en ellas dependieran más de los animales de carga y los porteadores humanos. Los seis mil hombres que desplazaban al sur cada mes solo precisaban de treinta y cuatro toneladas de avituallamiento. La

dispersión logística de Vietnam del Norte implicaba que en las campañas aéreas, supuestamente en manos de los civiles, había que conceder cierta libertad a los pilotos estadounidenses para atacar objetivos no previstos y hacía aconsejable una intensificación del uso de napalm, que causaría un terrible número de bajas.

Como ya demostraban los ataques de Bien Hoa y Pleiku, el número creciente de bases en Vietnam iba a requerir más tropas para defenderlas. Un general pensó que harían falta 15.000 hombres más solo para defender el perímetro trazado en torno a Pleiku. El 8 de marzo, Johnson accedió a la petición de Westmoreland y mandó a dos batallones de marines para defender la base aérea de Da Nang, donde llegaron cargados de obuses y tanques. Johnson creía poder evitar una escalada mayor mientras encontraba la forma de quebrar la voluntad de lucha de Vietnam del Norte. O dicho con sus propias palabras: «Voy subiendo la mano por la pierna de Ho de milímetro en milímetro»[888]. Ho, que ya contaba setenta y cinco años, era todo un símbolo. Vivía en una sencilla casa de Hanói donde hacía ejercicio todas las mañanas y alimentaba a sus carpas. Siempre tuvo mucho cuidado de no ofender a los soviéticos y pasaba bastante tiempo en China, incluidos sus cumpleaños, pues, por poco que se fiara en privado de los chinos, las repetidas declaraciones de Mao, en el sentido de que lideraría la revolución en el Tercer Mundo, eran la garantía última de que Johnson no invadiría el norte.

El 16 de octubre de 1964, los chinos hicieron su primera prueba nuclear exitosa. Zhou Enlai pidió a 3.000 camaradas que se reunieran en el Gran Salón del Pueblo, mientras Mao escribía unos versos para celebrar la ocasión. «La bomba atómica despega cuando se le ordena. / ¡Oh, que alegría sin límites!»[889]. Los asesores militares de Johnson le informaron de que lo único que acabaría con la potencia nuclear de China de una vez por todas sería un bombardeo nuclear sobre Lop Nor[890]. Pero Johnson intentó combatir la proliferación nuclear con ayuda de la Unión Soviética. A cambio, hubo de asegurar a sus aliados regionales, de Australia a la India, que Estados Unidos les defendería de la China nuclear. Se creía que si Estados Unidos se iba de Vietnam, o bien China se convertiría en la potencia hegemónica del Pacífico o proliferarían las armas nucleares ente los aliados de Estados Unidos para evitarlo.

No se hablaba muy alto de estas consideraciones, y se perdían de vista las razones que habían llevado a bombardear Vietnam del Norte con artillería convencional[891].

Antes de finales de marzo de 1965, Westmoreland pidió dos divisiones de infantería para proteger Saigón, y la Junta de Jefes dijo: ¿Por qué no tres? El 1 de abril Johnson aprobó el envío de entre 18.000 y 20.000 personas como personal de apoyo, aparte de dos batallones de marines y todo un escuadrón aéreo. Las tropas estadounidenses estaban librando una guerra de contrainsurgencia por primera vez. Siguieron patrullando de forma rutinaria hasta que el día 20 les volaron en pedazos tras tenderles una emboscada. Entre el 19 y 20 de abril, se reunieron en Honolulu los decisores clave de la política estadounidense y recomendaron incrementar las tropas en un 150 por ciento, de manera que se pasara de 33.500 soldados en el país a unos 82.000. La CIA advirtió de que este incremento no tendría mucho efecto sobre el Viet Minh, pero fue ignorada. Mientras, la Operación Rolling Thunder se amplió de ocho semanas a seis meses o un año «al ritmo actual», convirtiendo Vietnam en un «enorme campo de bombardeo tropical» En junio, Westmoreland pidió 93.000 hombres más, lo que elevó el número de soldados a 175.000, pues no había signo alguno de que el Viet Minh fuera a tirar la toalla[892].

No hubo una declaración de guerra, y lo único que había autorizado el Congreso eran las operaciones en el golfo de Tonkín. Influyentes columnistas pusieron el grito en el cielo coreados por algunos congresistas valientes. El senador George McGovern, que había participado en treinta y nueve misiones de bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial, intentó hacerle frente, y Johnson le replicó: «¡Maldita sea, George, [el senador William] Fulbright y tú parecéis profesores de historia! No tengo tiempo para la historia. Tengo a chicos en la cuerda floja y no tengo tiempo para historias cuando pueden morir antes de mañana». No fue la última vez que personalizó la guerra como un «sangriento sacrificio» de los soldados para seguir con ella. Johnson concedió que sin bombardeos no había negociaciones, y Bundy sugirió que se anunciara la puesta en marcha de un Programa de Cooperación para el Sudeste Asiático que inflara de dinero a la región y convirtiera Vietnam del Sur en un lugar tan próspero como

Corea[893].

Pero el único dinero que entró en Vietnam fueron 700 millones de dólares que había pedido Johnson en mayo para financiar las operaciones militares de Estados Unidos. La presencia estadounidense no era un incentivo para los soldados de Vietnam del Sur, que cada vez sufrían mayores derrotas a manos del Ejército de Vietnam del Norte y de las fuerzas del Viet Minh, incrementadas por la presencia de tropas regulares del NVA. Estados Unidos reaccionó como si fuera un hombre primitivo que se encontrara por primera vez con un tornillo en una viga de madera: aplicó más fuerza. El número de misiones de bombardeo sobre Vietnam del Norte se incrementó de 3.600 a 4.800, y los B-52 bombardeaban zonas bajo control del enemigo en el sur. A finales de 1968, Estados Unidos había lanzado un millón de toneladas de bombas sobre Vietnam del Sur y 643.000 toneladas en el norte. La guerra se había convertido en una lucha de desgaste y resistencia, aunque la televisión solo ofreciera asépticas imágenes de helicópteros aterrizando y despegando y no la terrible realidad de las junglas.

EL COLMO

El teniente general de los marines Charles Cooper narra en sus memorias (*Cheers and Tears*, 2002) una disputa habida entre Johnson y la Junta de Jefes, que habían solicitado una reunión privada —algo inusual— para hablar directamente con él sobre las diferencias de opinión que mantenían con su superior directo McNamara. Cooper era el más joven, encargado de desplegar el gran mapa que había llevado el almirante David McDonald. Johnson no invitó a los jefes a sentarse mientras hablaba en su nombre el presidente, general Earle Wheeler. Wheeler recomendaba minar el puerto de Haiphong, con el fin de bloquear la costa de Vietnam del Norte, y enviar a los B-52 contra Hanói en vez de subir las apuestas en la guerra del sur, donde perdían terreno. McDonald habló a favor de la Marina, y el general John McConnell, de las Fuerzas Aéreas. Johnson preguntó delicadamente a los generales Harold Johnson (Ejército de Tierra) y Wallace Green (marines) si ellos, que eran los que más tenían que ganar y perder, apoyaban estas ideas. Cuando dijeron que sí,

el presidente Johnson, que parecía sumido en sus pensamientos, se volvió de espaldas durante un minuto o así y de repente se olvidó

de la calma de la que había hecho gala toda la reunión, se dio la vuelta para mirarles y explotó [...] Gritaba obscenidades, les maldijo personalmente, les ridiculizó por presentarse en su despacho para darle «consejos militares». Dijo que era él quien llevaba el peso del Mundo Libre sobre sus espaldas, les insultó llamándoles mierdas o culos pomposos y usó la palabra «jodido» como adjetivo más libremente que un marine en un campo de entrenamiento. Luego les acusó de intentar cargarle con la culpa de haber iniciado la Tercera Guerra Mundial. Fue enervante y degradante.

A continuación hubo que pasar la prueba del valor moral, que los Jefes de la Junta habían suspendido, aunque Cooper siguiera sin darse cuenta casi cuarenta años después. Johnson preguntó uno a uno qué haría si él fuera el presidente de Estados Unidos. Todos respondieron lo que Wheeler: que no podían meterse en la piel de Johnson y que la decisión era suya y solo suya. «El presidente Johnson no era un buen actor, a ratos parecía triste, luego entraba en erupción de nuevo, gritando y maldiciendo [...]». Les dijo que estaba disgustado por su ingenuidad y que no iba a permitir que unos cuantos militares idiotas le convencieran para meterse en la Tercera Guerra Mundial. Dio por terminada la reunión al grito de: «¡Fuera de mi despacho!». Cooper concluye que «los Jefes de la Junta habían cumplido con su deber». No es verdad. Deberían haber dimitido tras una escenita como esa. Aferrándose a sus cargos confirmaron la mala opinión que Johnson tenía de ellos.

El resultado fue que Johnson insistía en ser informado en tiempo real de las operaciones militares y de cada baja en combate estadounidense. El teléfono sonaba toda la noche, lo que reducía aún más el poco descanso de un hombre que trabajaba dieciocho horas al día. Encerrado en un conflicto personal, el presidente no acababa de ver las razones de tanto esfuerzo. Tuvo una profunda depresión y le dio a la botella. El impacto que podían tener los bombardeos sobre Vietnam del Norte y su producción industrial quedaba neutralizado por el masivo suministro soviético y la presencia de tropas chinas que ayudaban en la reconstrucción. Teniendo en cuenta los 6.000 millones de dólares perdidos en aviones derribados, costaba 9,60 dólares infligir al enemigo un perjuicio de un dólar[894].

Nada de lo que hicieran los estadounidenses podía evitar que el Viet Minh usara la Ruta Ho Chi Minh, de una longitud de cerca de 1.000 kilómetros. Se transportaban por ella ingentes cantidades de comida, cargadas a lomos de hombre o animal, y en bicicletas modificadas. La guerra acabó siendo un enfrentamiento entre el materialismo estadounidense y el espíritu vietnamita, o así lo veía la propaganda. Pero lo que Bahía de Cochinos había hecho por el prestigio de Estados Unidos en su patio trasero de América Latina lo hizo Vietnam a nivel mundial. Todo lo que hacía Estados Unidos en tanto que potencia imperialista estaba maldito. Y, aunque cueste admitirlo, nada ha cambiado desde Vietnam, y la maldición afecta incuso a administraciones tan izquierdistas (en el contexto estadounidense equivale a un centro derecha del espectro político británico) como las del presidente Jimmy Carter y Barack Obama.

No es ninguna sorpresa. Espero que este libro al menos cumpla el propósito de arrojar luz sobre el hecho de que los imperativos del poder mundial formaron la política estadounidense al igual que habían dado forma a las de sus predecesores imperialistas europeos. La contradicción básica que se plantea en este libro no es la existente entre los ideales estadounidenses y sus actos. He querido mostrar que, al contrario que otros imperios, como el británico, el español y el portugués, Estados Unidos se aprovechó poco y perdió mucho al adoptar una forma de imperialismo liberal. Los europeos lo usaron como coartada para prolongar sus quimeras imperiales. «Los mejores y más brillantes» del *establishment* liberal estadounidense confiaban en poder hacerlo mejor y, en su soberbia, forjaron su propia tragedia y la de su país. El odio a los imperios siempre ha estado en el ADN de Estados Unidos, lo que no deja de ser una ironía y una lección que esa nación está digiriendo mientras escribo estas páginas, pues existe un claro paralelismo en la retirada actual de Irak y Afganistán, así como en el desencanto de los occidentales con las «pequeñas guerras».

EPÍLOGO

LEGADOS

Houari Boumédiène depuso a Ahmed Ben Bella, presidente de Argelia, en 1965. Ben Bella vivió bajo estricto arresto domiciliario hasta 1980, año en que se exilió en Lausana. Una década después volvió a Argelia. Fue presidente del Consejo Africano de los Sabios hasta su muerte, el 11 de abril de 2012, a la edad de noventa y tres años.

Chiang Kai-shek murió en 1975 a los ochenta y siete años de edad. Él y sus sucesores del KMT hicieron de Taiwán un estado de partido único hasta principios del segundo milenio, aunque su actual sistema multipartidista se considera el futuro paradigma para la democratización de China. Hay quien se pregunta quién aprobaría o desaprobaría más la evolución en China: si el fantasma de Chiang o el de Mao Zedong, caso de que decidieran volver por ahí.

Mohammed Mossadeq murió de cáncer el 5 de marzo de 1967. Mohammed Reza Pahlavi, Shah de Irán, fue depuesto en 1979 y, tras un breve tratamiento contra el cáncer en Estados Unidos, murió en El Cairo en 1980. Está enterrado en una mezquita de esa ciudad junto a su cuñado, el rey Faruk.

Faruk llegó a pesar más de 135 kilos. Decían de él que era «un estómago con cabeza»; murió en el exilio al asfixiarse en el restaurante Île de France de Roma el 18 de marzo de 1965. Tenía cuarenta y cinco años. Conozco a jóvenes egipcios que sienten nostalgia de sus tiempos, una época vibrante en la vida cultural de Egipto.

Winston Churchill murió a los noventa años el 24 de enero de 1965 en su casa de Chartwell, Kent. Tras un funeral de Estado en el

que se pusieron en marcha las grúas del puerto del East End en su honor, le enterraron en Bladon, cerca de su lugar de nacimiento, en Blenheim Palace.

Mao Zedong gobernó China hasta su muerte a los ochenta y dos años de edad, el 9 de septiembre de 1976. Le sucedió el reformista Deng Xiaoping. El Partido Comunista en el poder aún venera el legado de Mao, aunque no los cien millones de muertes que causó, de las que se dice que fueron el 30 por ciento de sus «errores».

Kim «Kermit» Roosevelt murió el 8 de junio de 2000 en su casa de Maryland, donde vivía retirado. Sus memorias suscitaron una gran controversia en el seno de la CIA.

Jawaharlal Nehru murió a causa de una rotura de aorta el 27 de mayo de 1964, tras años de hipertensión y exceso de trabajo crónico. India sigue siendo la mayor democracia del mundo. Es obra suya.

El mariscal de campo sir Gerald Templer murió de cáncer de pulmón y neumonía en Londres, el 25 de octubre de 1979, tras tomarse un cóctel de ginebra para dormir.

Raúl Castro se hizo cargo de la presidencia de Cuba durante la enfermedad de Fidel, en 2006, aunque en el momento en que escribo estas líneas ambos siguen vivos, a juzgar por una audiencia privada en La Habana que ha concedido Fidel al papa Benedicto XVI. La aspirina sigue siendo un artículo de lujo en Cuba, y mulatos y negros se sienten discriminados. Dado que un periodista de la BBC lloró la muerte de Yasser Arafat, uno se imagina que muchos se rasgarán las vestiduras y mesarán los cabellos cuando finalmente Fidel decida renunciar a los avatares de la vida.

A Rolando Masferrer lo mató una bomba colocada en su coche en Miami en 1975.

Kim Il Sung murió de un ataque al corazón el 8 de julio de 1994, a los ochenta y dos años. Aunque muchos coreanos dependían de las ayudas alimentarias de Estados Unidos para sobrevivir, Kim fue embalsamado e inmortalizado en el Kumusan Memorial Palace de Pyongyang, al que los visitantes acceden a través de un pasillo autodeslizante. Se cree que el monumento ha debido costar entre 100 y 900 millones de dólares. Su joven nieto Kim Eun gobierna Corea del Norte.

El general Jacques Massu se jubiló del ejército francés en 1969 y

vivió en Conflans-sur-Loing hasta el día de su muerte, el 26 de octubre de 2002.

Anthony Eden murió de cáncer de pulmón el 14 de enero de 1977, tras retirarse con su segunda esposa a Bower, en Broad Chalke, Wiltshire. Tenía setenta y nueve años.

A Sam Giancana le pegaron un tiro en Oak Park, Illinois, en 1975. Se encontraron partes seccionadas del cuerpo de Johnny Rosselli flotando en un barril en las costas de Florida un año después. Santo Traficcante logró burlar a la justicia por última vez en 1986. Vivió modestamente en Miami Beach y Tampa y murió tranquilamente al año siguiente.

Mobutu Sese Seko gobernó Zaire como una brutal cleptocracia hasta que hubo de marchar al exilio en 1997. Murió a finales de ese mismo año en Rabat, Marruecos, y está enterrado en un cementerio cristiano denominado Pax. El nombre completo que se puso a sí mismo se puede traducir por «el guerrero todopoderoso que va de conquista en conquista gracias a su temple y voluntad inflexibles para ganar, dejando todo en llamas a su paso». «Ladrón» hubiera sido más corto.

Nikita Jrushchev vivió en Moscú con una reducida pensión de 400 rublos al mes hasta su muerte a causa de un ataque cardiaco el 11 de septiembre de 1971. No tuvo funeral de Estado.

Dwight D. Eisenhower y su esposa, Mamie, se retiraron a su granja cerca de Gettysburg. Murió de un fallo cardiaco el 28 de marzo de 1969 y está enterrado cerca de una biblioteca que lleva su nombre en Abilene, Kansas. Su reputación como presidente aumenta cada día.

El presidente Ho Chi Minh murió de un fallo cardiaco a los setenta y nueve años de edad, el 2 de septiembre de 1969. Su cuerpo se exhibe en un mausoleo en la plaza Ba Dinh de Hanói. Cambiaron el nombre de Saigón por el de Ho Chi Minh City en su honor. El Vietnam unificado combatiría contra China e invadiría la Camboya de Pol Pot. La República Popular de Vietnam es una de las economías del mundo que goza de un mayor y más rápido crecimiento, y lleva a cabo ejercicios navales junto a Estados Unidos debido a la preocupación que le inspira China.

El mayor general Edward Lansdale murió el 22 de febrero de 1987 en su casa de McLean, Virginia, donde vivía con Pat Kelly, con

la que volvió tras la muerte de su esposa Helen. En la capilla universitaria de Manila celebraron una misa de difuntos en su honor.

El presidente egipcio Gamal Abdul Nasser murió súbitamente de un ataque cardiaco el 28 de septiembre de 1970. Había fumado mucho toda su vida, y solo tenía cincuenta y dos años. Se cree que unos cinco millones de personas asistieron a su funeral, entre ellos un lloroso Yasser Arafat, así como el libio Muammar Gaddafi, que se desmayó dos veces.

Tras la independencia del Congo el separatista de Katanga, Moshe Tshombe, se exilió a España. Los tribunales de Mobutu lo juzgaron *in absentia*. En junio de 1967 secuestraron su avión y le llevaron a Argelia, donde permaneció bajo arresto hasta su muerte de «un ataque cardiaco» en 1969. Nunca se ha sabido a quién atribuir el secuestro.

Jomo Kenyatta gobernó Kenia hasta su muerte por avanzada edad, el 22 de agosto de 1978. Fue sustituido por su asistente Daniel arap Moi, que gobernó de forma dictatorial y corrupta hasta 2002.

El general Douglas MacArthur murió en el Walter Reed Army Medical Center el 5 de abril de 1964. Está enterrado en su propio museo conmemorativo de Norfolk, Virginia, donde se exhiben sus más de cien condecoraciones militares.

Harold Macmillan, primer conde de Stockton, murió en su casa de Birch Grove el 29 de diciembre de 1986, a los noventa y dos años de edad. Sus últimas palabras fueron: «Creo que me voy a dormir». Hay quien lo ensalza por las viviendas que construyó.

Robert McNamara fue presidente del Banco Mundial ente 1968 y 1981 y murió a los noventa y tres años, el 6 de julio de 2009, tras arrepentirse públicamente de su forma de actuar en el pasado.

Chin Peng, líder del Partido Comunista de Malasia, aún vive exiliado en el sur de Tailandia y no se arrepiente de nada. Se produjo una película sobre su vida, *The Last Communist*, prohibida en Malasia en 2006.

Iain Mcleod murió de un ataque al corazón el 20 de julio de 1970, un mes después de que el primer ministro Edward Heath le nombrara ministro de Hacienda.

Dean Acheson retomó su carrera de abogado en Washington, en

1953. Los sucesivos gobiernos estadounidenses tendían a pedirle regularmente su opinión en asuntos de estado. Murió de un ataque cardiaco en su casa de Sandy Spring, en 1971. Tenía setenta y ocho años.

El general Charles de Gaulle murió de un aneurisma en su casa de Colombey-les-Deux-Églises el 9 de noviembre de 1970. Instaló un medidor de corriente y pagaba sus sellos y cortes de pelo. Tenía casi ochenta años y ha dejado pequeños a todos los líderes franceses posteriores.

El líder Huk, Luis Taruc, fue condenado a doce años de cárcel, pero el presidente Fernando Marcos le amnistió, tras lo cual recibió todo su apoyo. Murió en 2005, de un ataque al corazón, en Quezon City.

Lyndon Baines Johnson murió de un ataque cardiaco en su rancho el 22 de enero de 1973, a la edad de sesenta y cuatro años, tras toda una vida de descuidar su salud. Ese día fue el anterior al de la firma del alto el fuego en Vietnam.

Bobby Kennedy fue asesinado por Sirhan Sirhan el 6 de junio de 1968 durante su campaña por la nominación demócrata. Está enterrado en el cementerio de Arlington, cerca de JFK. Su asesino sigue en prisión.

AGRADECIMIENTOS

ANDREW WYLIE y Scott Moyers, de la agencia Wylie, me ayudaron a dar forma a la propuesta original del libro, el esqueleto del que cuelgan estas líneas como si fueran un hombre rollizo. Debo dar las gracias a Ron Suskind, cuya capacidad para fundir historia contemporánea y reportaje periodístico admiro profundamente, por una valiosísima conversación sobre cómo entreverar líneas narrativas complejas que tuvimos mientras me llevaba en coche sorteando el tráfico de Washington.

Estoy muy agradecido a Hugh Bicheno por sus expertos consejos en el caso de Cuba y América Latina, así como por desentrañar tortuosos párrafos y frases con tanto estilo. Yang Lian me explicó muchas cosas de Mao a partir de las poesías del presidente. También debo mucho a mi gran amigo George Walden, que fue diplomático británico en Moscú durante la crisis de los misiles de Cuba y en Pekín en plena Revolución Cultural. El profesor Frank Dikötter, de Hong Kong, me recomendó lecturas de gran utilidad sobre el Ejército Popular de Liberación, mientras que el doctor John Adamson me puso al día sobre la historia de Nehru. El profesor Jonathan Haslam me ayudó enormemente con su excelente monografía sobre la política exterior soviética. El profesor William Hay me hizo algunas sugerencias muy útiles desde el principio sobre las diferentes tradiciones de la política exterior estadounidense; sus descripciones abarcaban un periodo mucho más largo que el considerado en el presente libro, sobre todo refractado a través de las obras del profesor Walter McDougall, de Penn State. Mi esposa Linden me ha recordado constantemente que tenga en cuenta las necesidades del lector común, aunque tomé la decisión estratégica de centrarme en la política exterior de la India durante

las décadas de 1950 y 1960, en vez de durante la época del Raj, vivida por su familia. Tanto Wendy Wolf de Viking, Nueva York, como Georgina Morley de Macmillan, en Londres, han hecho un trabajo estupendo con un manuscrito que generosamente reordenaron y revisaron desde el principio. Ha sido un placer trabajar con ellas, aunque las haya dejado imaginar que me tenían aterrorizado con sus exigencias de forma. En lo que ha sido nuestra sexta colaboración, Peter James ha sido un editor sensible y concienzudo.

La London Library, el Liddell Hart Military Archive del King's College de Londres y el Imperial War Museum han sido de gran ayuda en la cuestión de los materiales, aunque estas páginas sean más bien un esfuerzo de descripción e interpretación. Por último quiero dar las gracias a la familia Nonino por un premio increíble que me permitió acabar el libro a mi propio ritmo. Este volumen está dedicado a alguien a quien admiro, de cuya compañía disfruto y cuyos escritos despertaron mi curiosidad por este vasto mundo cuando era joven: sir Vidia Naipaul y su esposa Nadira, que habla de Pakistán con gran inteligencia. Completa la dedicatoria la mención de otras dos queridas amigas, Nancy y Andrea, que han sido increíblemente hospitalarias con Lindy y conmigo en su preciosa casa de Venecia.

Michael Burleigh

Notas

[1] Peter Thompson, *The Battle for Singapore. The True Story of the Greatest Catastrophe of World War II*, Londres, 2006, p. 39. < <

[2] Margaret Shennan, *Out in the Midday Sun. The British in Malaya 1880-1960*, Londres, 2000, p. 237. < <

[3] Christopher Bayly y Tim Harper, *Forgotten Armies. Britain's Asian Empire and the War with Japan*, Londres, 2004, p. 226. <<

[4] Masanobu Tsuji, *Singapore. The Japanese Version*, Londres, 1962, p. 272. <<

[5] Liddell Hart Archive King's College London (a partir de ahora LHAKCL), Spooner Papers 1/38a, entrada de diario con fecha 7 de febrero de 1942. <<

[6] Bayly y Harper, *Forgotten Armies*, p. 132. <<

[7] Max Hastings citando a M. N. Roy en *All Hell Let Loose. The World at War 1939-1945*, Londres, 2011, p. 417. < <

[8] T. N. Harper, *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge, 1999, p. 38. <<

[9] David French, *The British Way in Counter-Insurgency 1945-1967*, Oxford, 2011, p. 162; y John Dower, *War without Mercy. Race and Power in the Pacific War*, Nueva York, 1986. < <

[10] Odd Arne Westad, *Decisive Encounters. The Chinese Civil War 1946-1950*, Stanford, California, 2003, p. 71. < <

[11] Chong-sik Lee, *Counterinsurgency in Manchuria. The Japanese Experience 1931-1940,* memorándum de la Rand Corporation RM-5012-ARPA, 1967, pp. 82 y ss. Puede que este sea uno de los documentos menos tenidos en cuenta en la historia de la guerra de contrainsurgencia. < <

[12] Bayly y Harper, *Forgotten Armies*, pp. 113-114. < <

[13] Rana Mitter, *A Bitter revolution. China's Struggle with the Modern World*, Oxford, 2004, p. 178, y pp. 140-141 sobre peinados y trajes. < <

[14] Jung Chang y Jon Halliday, *Mao, The Unknown Story*, Londres, 2006, pp. 42-45. *[Mao, la historia desconocida*, Madrid, Taurus, 2006]. <<

[15] *Ibid.*, pp. 16-17, crucial sobre la forma de ver el mundo de Mao. < <

[16] David Apter y Tony Saich, *Revolutionary Discourse in Mao's Republic*, Cambridge, Massachusetts, 1994, p. 259, basado en entrevistas realizadas a veteranos. < <

[17] Jonathan Fenby, *The Penguin History of Modern China. The Fall and Rise of a Great Power 1850-2008*, Londres, 2008, pp. 299 y ss. <<

[18] Chang y Halliday, *Mao*, p. 250. < <

[19] *Ibid.*, pp. 270-272. < <

[20] Jonathan Fenby, *Generalissimo Chiang Kai-shek and the China He lost*, Londres, 2005, pp. 440-442. < <

[21] Richard Harris Smith, *OSS. The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*, Guilford, Connecticut, 2005, pp. 241 y ss. También Maochun Yu, *OSS in China. Prelude to Cold War*, Annapolis, Maryland, 1996. < <

[22] Bruce Cumings, *The Korean War. A History*, Nueva York, 2010, pp. 51-57. < <

[23] Charles K. Armstrong, *The North Korean Revolution 1945-1950*, Ithaca, Nueva Jersey, 2003, pp. 27-32. < <

[24] Andrew Gordon, *A History of Modern Japan. From Tokugawa Times to the Present*, Oxford, 2003, pp. 178 y ss., y 191 y ss. < <

[25] Hastings, *All Hell Let Loose*, pp. 420-421. < <

[26] Judith Brown, «India», en Judith Brown y William Roger Louis (eds.), *The Twentieth Century*, Oxford, 1999, vol. 4 de la *Oxford History of the British Empire*, p. 433. <<

[27] *Ibid.*, p. 419.<<

[28] Stanley Wolpert, *Shameful Flight. The Last Years of the British Empire in India*, Oxford, 2009, pp. 44-46 y 60-63. <<

[29] Hastings, *All Hell Let Loose*, pp. 422-424. < <

[30] Patrick French, *India. An Intimate Biography of 1.2 Billion People*, Londres, 2011, p. 25 sobre el mono sagrado y la derrota en Lucknow. *[India: una biografía íntima de 1.200 millones de personas*, Barcelona, Duomo, 2013]. < <

[31] Alan Campbell-Johnson, *Mission with Mountbatten*, Londres, 1985, pp. 200-201. <<

[32] Stanley Karnow, *In Our Own image. America’s Empire in the Philippines*, Nueva York, 1989. < <

[33] H. W. Brands, *Bound to Empie. The United States and the Philippines*, Nueva York, 1992, p. 199. < <

[34] Benedict Kerkvliet, *The Huk Rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, California, 1977, reeditado en Lanham, Maryland, 2002, pp. 26 y ss. < <

[35] Nicholas Tarling, *A Sudden Rampage. The Japanese Occupation of Southeast Asia 1941-1945*, Londres, 2001, pp. 159-164. <<

[36] Mark Atwood Lawrence, *The Vietnam War. A Concise International History*, Oxford, 2008, p. 30. < <

[37] *Ibid.*, p. 30.< <

[38] Cfr. el excelente ensayo de Paul Orders, «Adjusting to a New Period in World History; Franklin Roosevelt and European Colonialism», en David Ryan y Victor Pungong (eds.), *The United States and Decolonisation. Power and Freedom*, Nueva York, 2000, pp. 63-84. < <

[39] Wiliam Duiker, *Ho Chi Minh. A Life*, Nueva York, 2000, es la mejor biografía en lengua inglesa. < <

[40] Quien mejor cuenta esta historia es Sophie Quinn-Judge en *Ho Chi Minh. The Missing Years 1919-1941*, Londres, 2003, pp. 43 y ss. < <

[41] Stanley Karnow, *Vietnam. A History*, Londres, 1983, edición revisada de 1994, p. 135. <<

[42] Peter Macdonald, *Giap. The Victor in Vietnam*, Londres, 1993. <<

[43] Duiker, *Ho Chi Minh*, pp. 255-256. < <

[44] Archimedes Patti, *Why Vietnam? Prelude to America's Albatross*, Berkeley, California, 1980, pp. 83-88. < <

[45] David G. Marr, *Vietnam 1945. The Quest for Power*, Berkeley, California, 1995, p. 289. < <

[46] *Ibid.* < <

[47] Duiker, *Ho Chi Minh*, p. 323. < <

[48] Jean-Louis Margolin, «Vietnam and Laos: The Impasse of War Communism», en Stephane Courtois, Nicholas Werth, Jean-Louis Panne, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek y Jean-Louis Margolin, *The Black Book of Communism*, Cambridge, Massachusetts, 1999, pp. 566-567. *[El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010]. < <

[49] Smith, *OSS*, p. 318. < <

[50] *Ibid.*, p. 330. < <

51 Duiker, *Ho Chi Minh*, p. 361. < <

[52] Martin Thomas, «French Imperial Reconstruction and the Development of the Indochina War 1950-1954», en Mark Atwood Lawrence y Frederik Logevall (eds.), *The First Vietnam War. Colonial Conflict and Cold War Crisis*, Cambridge, Massachusetts, 2008, pp. 131-125. < <

[53] Frank Giles, *The Locust Years. The Story of the French Fourth Republic 1946-1958*, Londres, 1991, p. 58. < <

[54] Macdonald, *Giap*, pp. 78-85. < <

[55] Patti, *Why Vietnam*?, p. 380. <<

[56] Charles Cruickshank, *Special Operations Executive in the Far East*, Oxford, 1983, pp. 191 y ss. < <

[57] Robert McMahon, *Colonialism and the Cold War. The United States and the Struggle for Indonesian Independence 1945-1949*, Ithaca, Nueva Jersey, 1981, p. 35. < <

[58] *Ibid.*, p. 36. < <

[59] Cfr. sobre todo John D. Legge, *Sukarno. A Political Biography*, Londres, 1972, pp. 149 y ss. <<

[60] McMahon, *Colonialism and the Cold War*, p. 95. < <

[61] Christopher Bayly y Tim Harper, *Forgotten Wars. The End of Britain’s Asian Empire*, Londres, 2007, p. 173. < <

[62] Patrick Heren, «The Death Knell of the British Empire», *Standpoint*, noviembre de 2010, pp. 38-41. El título induce a engaño puesto que el artículo trata del destino de las Indias Orientales holandesas. < <

[63] Audrey Kahin y George McT. Kahin, *Subversion as Foreign Policiy. The Secret Eisenhower and Dulles Debacle in Indonesia*, Seattle, 1995, pp. 31-33.

2. EL MUNDO DE HARRY TRUMAN <<

[64] Cfr. Wilson D. Miscamble, «Roosevelt, Truman and the Development of Postwar Grand Strategy», *Orbis*, (2009) 53, pp. 556-558. < <

[65] Joseph G. Goulden, *The Best Years 1945-1950*, Nueva York, 1976, pp. 91-92. < <

[66] Robert Dallek, *The American Style of Life of Foreign Policy. Cultural Politics and Foreign Affairs*, Nueva York, 1983, p. 172. <<

[67] Alonzo Hamby, «The Mind and Character of Harry S. Truman», en Michael Lacey (ed.), *The Truman Presidency*, Cambridge, 1991, p. 37. < <

[68] David McCullough, *Truman*, Nueva York, 1992, pp. 340-342. <<

[69] Robert Dalleck, *The American Style of Foreign Policy. Cultural Politics and Foreign Affairs*, Nueva York, 1983, p. 172. < <

70 *Ibid.*, p. 101. < <

[71] George C. Herring, *From Colony to Superpower. US Foreign Relations since 1776*, Oxford, 2008, p. 603, sobre las palabras de Truman. < <

[72] John Lewis Gaddis, *George F. Kennan. An American Life*, Londres, 2012, p. 268. < <

[73] Un excelente debate sobre la evolución del contenido se halla en Henry Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, 1994, pp. 447-455. [*Diplomacia*, Barcelona, Ediciones B, 2010]. < <

[74] Roy Jenkins, *Churchill*, Londres, 2001, pp. 810-813. *[Churchill*, Barcelona, Península, 2002]. < <

[75] Goulden, *The Best Years*, p. 259. < <

[76] Miscamble, «Roosevelt, Truman», p. 569. < <

[77] Stephen Ambrose, *Rise to Globalism. American Foreign Policy 1938-1970*, Baltimore, 1971, p. 297. < <

[78] Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, Boston, 1980, p. 445. *[El periodista y el poder: una biografía de Walter Lippmann*, Madrid, Cuadernos de Langre, 2007]. < <

79 McCullough, *Truman*, p. 753. <<

[80] Dallek, *The Lost Peace*, pp. 221-224, es excelente en este punto. < <

[81] Cfr. la fascinante historia de la arquitectura de las embajadas estadounidenses de Jane C. Loeffler, *The Architecture of Diplomacy. Building America's Embassies*, Nueva York, 1998, ed. revisada, Princeton, 2011, pp. 126-131. <<

[82] Robert Breisner, *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, Oxford, 2006, p. 174. <<

[83] McCullough, *Truman*, pp. 754-755. < <

[84] Andrew Alexander, *America and the Imperialism of Ignorance. US Foreign Policy since 1945*, Londres, 2012, pp. 132-137, contiene una buena discusión sobre el macartismo. < <

[85] Hay un interesante debate sobre la toma de decisiones en política exterior en Joseph Marion Jones, *The Fifteen Weeks. An Inside Account of the Genesis of the Marshall Plan*, San Diego, 1955, pp. 109 y ss. <<

[86] H. W. Brands, *Inside the Cold War. Loy Henderson and the Rise of the American Empire 1918-1961*, Nueva York, 1991, pp. 147-161. <<

[87] Discurso de Truman al Congreso, pronunciado el 12 de marzo de 1947 en la facultad de Derecho de Yale, Biblioteca de Derecho Lillian Goldman; los documentos del Proyecto Avalon, en International Law and Diplomacy http://avalon.law.yale.Edu/20th_century/trudoc.asp < <

[88] Melvyn Leffler, «The Emergence of an American Grand Strategy 1945-1952», en Melvyn Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of Cold War*, vol. 1: *Origins*, Cambridge, 2010, p. 68. < <

[89] Howard Jones, *«A New Kind of War»: America’s Global Strategy and the Civil war in Greece*, Nueva York, 1989.<<

[90] McCullough, *Truman*, p. 742. < <

[91] Tim Weiner, *Legacy of Ashes. The History of the CIA*, Londres, 2007, pp. 26-27. *[Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Barcelona, Debate, 2008]. < <

[92] Saki Dockrill, *Eisenhower's New-Look National Security Policy 1953-1961*, Londres, 1996, p. 49. < <

[93] L. Douglas Keeney, *15 Minutes. General Curtis LeMay and the Countdown to Nuclear Annihilation*, Nueva York, 2011, pp. 28-37, es un excelente análisis de la evolución del Mando Aéreo Estratégico. < <

[94] David Holloway, *Stalin and the Bomb. The Soviet Union and Atomic Energy 1939-1956*, New Haven, Connecticut, 1994, p. 218. < <

[95] McCullough, *Truman*, pp. 747-764. <<

[96] Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise Men. Six Friends and the World They Made*, Nueva York, 1986, pp. 406-408. < <

[97] William I. Hitchcock, «The Marshall Plan and the Creation of the West», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, vol. 1, p. 156. < <

[98] Dallek, *The Lost Peace*, p. 240.< <

[99] Hitchcock, «The Marshall Plan and the Creation of the West», pp. 160-164. < <

[100] David Ellwood, *Rebuilding Europe. Western Europe, America and Postwar Reconstruction*, Londres, 1992, pp. 89-93. < <

[101] Kissinger, *Diplomacy*, pp. 456-460. < <

[102] Robert McMahon, *Colonialism and Cold War. The United States and the Struggle for Indonesian Independence 1945-1949*, Ithaca, Nueva Jersey, 1981, p. 244. < <

[103] *Ibid.*, p. 248. <<

[104] *Ibid.*, p. 256. < <

[105] Jung Chang y Jon Halliday, *Mao, The Unknown Story*, Londres, 2006, p. 392. *[Mao, la historia desconocida*, Madrid, Taurus, 2006]. <<

[106] Ross Terrill, *Mao. A Biography*, Stanford, California, 1999, p. 217. < <

[107] Odd Arne Westad, *Decisive Encounters. The Chinese Civil War 1946-1950*, Stanford, California, 2003, p. 69. < <

[108] *Ibid.*, p. 238. < <

[109] David Halberstam, *The Coldest Winter. America and the Korean War*, Londres, 2008, p. 234. *[La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, Barcelona, Crítica, 2008]. <<

[110] *Ibid.*, pp. 152 y 224. < <

[111] David Galula, *Counterinsurgency Warfare. Theory and Practice*, Westport, Connecticut, 1964, reeditado en 2006, p. 35. *[La lucha contra la insurrección*, Barcelona, Herder, 1987]. < <

[112] Conversación con la corresponsal estadounidense Ann Louise Strong, agosto de 1946, en http://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/volume-4/mswv4.13.htm. <<

[113] Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners. Stalin, Mao, and the Korean War*, Stanford, California, 1993, pp. 84 y ss. < <

[114] Jongsoo Lee, *The Partition of Korea after World War II*, Nueva York, 2006, p. 90. < <

[115] Halberstam, *The Coldest Winter*, pp. 73-81, describe el carácter de Kim Il Sung al margen de las tendencias apologéticas evidentes en algunas de las obras estadounidenses en las que se promueve la autoflagelación. < <

[116] Max Hastings, *The Korean War*, Londres, 1987, pp. 38-42. < <

[117] Allan R. Millet, «The Korean people», en William Stueck (ed.), *The Korean War in World History*, Lexington, 2004, pp. 13-39. < <

[118] Goncharov, Lewis y Litai, *Uncertain Partners*, p. 133. <<

[119] Gye-Dong Kim, «Who Initiated the Korean War?», en James Cotton e Ian Neary (eds.), *The Korean War in History*, Manchester, 1989, p. 39. <<

[120] Bruce Cumings, *The Korean War. A History*, Nueva York, 2010, pp. 111 y ss.

3. NACIONALISMO ÁRABE Y PATRIA JUDÍA < <

[121] John Darwin, *The Empire Project. The Rise and Fall of the British World System 1830-1970*, Cambridge, 2009, pp. 313-319. < <

[122] Sobre los británicos en Irak, cfr. la obra inteligente y nada sentimental de Kwasi Kwarteng: *Ghosts of Empire. Britain’s Legacies in the Modern World*, Londres, 2011, sobre todo pp. 51 y ss. Agradezco a Kwasi Kwarteng haberme permitido hojear las pruebas de imprenta de su extraordinario libro. <<

[123] Gholam Reza Afkhami, *The Life and Times of the Shah*, Berkeley, California, 2009, p. 74. < <

[124] Manucher Farmanfarmaian y Roxane Farmanfarmaian, *Blood and Oil. A Prince’s Memoir of Iran, from the Shah to the Ayatollah*, Nueva York, 2005, pp. 209-212. < <

[125] Christopher de Bellaigue, *Patriot of Persia. Muhammad Mossadegh and a Very British Coup*, Londres, 2012, pp. 83-86. <<

[126] Farmanfarmaian y Farmanfarmaian, *Blood and Oil*, pp. 114-122, y Ryszard Kapuscinski, *Shah of Shahs*, Londres, 2006, p. 23, sobre la prohibición de fotografiar camellos. < <

[127] Amin Saikal, *The Rise and Fall of the Shah. Iran from Autocracy to Religious Rule*, Princeton, 1980, pp. 19-25. < <

[128] Cfr. Bellaigue, *Patriot of Persia*, sobre estos detalles biográficos. < <

[129] Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of our Times*, Cambridge, 2007, p. 62. < <

[130] Claremont Skrine, *World War in Iran*, Londres, 1962, sobre todo pp. 211 y ss. < <

[131] Bellaigue, *Patriot of Persia*, pp. 120 y ss. < <

[132] En torno a la presión soviética sobre Turquía, cfr. Jamil Hasanli, *Stalin and the Turkish Crises of the Cold War 1945-1953*, Lanham, Maryland, 2011. < <

[133] H. W. Brands, *Inside the Cold War. Loy Henderson and the Rise of the American Empire 1918-1961*, Nueva York, 1991, pp. 141-145. <<

[134] Robert Breisner, *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, Oxford, 2006, pp. 38-43. < <

[135] Tarek Osman, *Egypt on the Brink. From Nasser to Mubarak*, New Haven, Connecticut, 2010, p. 37, y Trevor Mostyn, *Europe's Belle Epoque. Cairo and the Age of the Hedonists*, Londres, 1987. < <

[136] En este punto, cfr. sobre todo Robert Stephens, *Nasser. A Political Biography*, Londres, 1971, pp. 21-37. <<

[137] Trefor Evans (ed.), *The Killearn Diaries 1934-1946. The Diplomatic and Personal Record of Lord Killearn (Sir Miles Lampson), High Commissioner and Ambassador to Egypt*, Londres, 1972, pp. 206-219, en las entradillas relevantes. <<

[138] Un punto de vista más elusivo en Ronald Hyam, *Britain's Declining Empire. The Road to Decolonisation 1918-1968*, Cambridge, 2006, p. 92, sobre cómo los nigerianos conocieron por primera vez británicos peor educados y con un inglés menos articulado que el suyo. < <

[139] Frank Giles, *The Locust Years. The Story of the French Fourth Republic 1946-1958*, Londres, 1991, pp. 129-132; Robert Merle, *Ben Bella*, Londres, 1967, p. 47, habla de la «frialdad y reserva de los argelinos». < <

[140] Edward Behr, *The Algerian Problem*, Londres, 1961, p. 45, citando a Ferhat Abbas. <<

[141] Martin Evans, *Algeria. France’s Undeclared War*, Oxford, 2012, pp. 23-24, da un buen trasfondo. < <

[142] Maurice Larkin, *France since the Popular Front. Government and People 1936-1996*, Oxford, 1997, p. 226. <<

[143] El mejor libro sobre estas rivalidades es el de Behr, *The Algerian Problem*, pp. 42 y ss. Behr cubrió la guerra de Argelia para varias revistas en la década de 1950. <<

[144] Martin Evans, «Patriot Games: Algeria’s Football Revolutionaries», *History Today* (2010) 60, pp. 20-25. < <

[145] Alistair Horne, *A Savage War of Peace. Algeria 1954-1962*, Londres, 1977, reeditado en Nueva York, 2006, pp. 74-79. <<

146 Evans, *Algeria. France’s Undeclared War*, p. 89. < <

[147] Kathryn Hadley, «A French Policeman Lost His Head: The Origins of the Algerian War of Independence», *History Today*, 22 de septiembre de 2010, versión *online* con un cable diplomático británico como anexo. <<

[148] Jean-Louis Planche, *Sétif 1945. Histoire d'un massacre annoncé*, París, 2006, pp. 136 y ss.; Marcel Reggui, *Les massacres de Guelma, Algérie, mai, 1945. Une enquête inédite sur la furie des milices coloniales*, París, 2008, y Annie Rey-Goldzeiguer, *Aux origines de la guerre d'Algerie 1940-1945. De Mers-el-Kébir aux massacres du Nord-Constantois*, París, 2006, pp. 302-303. <<

149 Giles, *The Locust Years*, p. 135. < <

[150] Clyde Sanger, *Malcolm MacDonald. Bringing an End to Empire*, Liverpool/Montreal, 1995, p. 160. < <

[151] Michael Burleigh, *Blood and Rage. A Cultural History of Terrorism*, Londres, 2008, pp. 95-96. *[Sangre y rabia. Una historia cultural del terrorismo*, Madrid, Taurus, 2008]. < <

[152] Naomi Shepherd, *Ploughing Sand. British Rule in Palestine*, Londres, 1999, pp. 67-69. < <

[153] LHMAKCL Stockwell Papers 6/26, «Lessons from Palestine»; incluido el documento «Relations of Military Commanders with the Civilian Population». < <

[154] Brands, *Inside the Cold War*, p. 181.<<

[155] Bruce Kuniholm, «US Policy in the Near East: the Triumphs and Tribulations of the Truman Administration», en Michael Lacey (ed.), *The Truman Presidency*, Cambridge, 1991, pp. 322-327. < <

[156] Hay una magnífica evocación de la alta sociedad protestante anglosajona en E. Digby Baltzell, *The Protestant Establishment. Aristocracy and Caste in America*, Nueva York, 1964. <<

[157] Citado en Wm Roger Louis, *The British Empire in the Middle East 1945-1951. Arab Nationalism, the United States and Postwar Imperialism*, Oxford, 1984, pp. 401-402. <<

[158] Benjamin Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame. Britain’s Dirty War and the End of Empire*, Londres, 2011, pp. 46-48. <<

[159] *Ibid*. pp. 48-52. < <

[160] Christopher Andrew, *The Defence of the Realm. The Authorized History of MI5*, Londres, 2009, pp. 350-364. < <

[161] David Cesarani, *Major Farran’s Hat. Murder, Scandal and Britain’s war against Jewish Terrorism 1945-1948*, Londres, 2009, que reproduce fielmente el tema de Farran y los sionistas. < <

[162] Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 73-74. < <

[163] LHMAKCL Stockwell Papers 6/26, «Lessons from Palestine» incluido teniente coronel J. H. M. Hackett, «Reports», p. 4. <<

[164] Christopher Sykes, *Crossroads to Israel. Palestine from Balfour to Begin*, Londres, 1965, p. 397. < <

[165] Keith Jeffrey, *MI6. The History of the Secret Intelligence Service 1909-1949*, Londres, 2010, pp. 689-697. <<

166 Andrew, *The Defence of the Realm*, p. 359. < <

[167] Sykes, *Crossroads to Israel*, pp. 381-384. < <

[168] Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 93-100. < <

[169] Sobre este punto, cfr. Wiebke Bachman, *Die UdSSR und der Nahe Osten. Zionismus, ägyptischer Antikolonialismus und Sowjetische Aussenpolitik bis 1956*, Múnich, 2011, pp. 122-132. < <

[170] Benny Morris, *1948. The First Arab-Israeli War*, New Haven, Connecticut, 2008, pp. 81-82.

4. UNOS MÁS VENCEDORES QUE OTROS <<

[171] Andrew Rotter, «Chronicle of a War Foretold. The United States and Vietnam 1945-1954», en Mark Atwood Lawrence y Fredrik Logevall (eds.), *The First Vietnam War. Colonial Conflict and Cold War Crisis*, Cambridge, Massachusetts, 2008, p. 290. < <

[172] Robert Dallek, *The American Style of Foreign Policy. Cultural Politics and Foreign Affairs*, Nueva York, 1983, p. 143. <<

[173] Theodore White y Annalee Jacoby, *Thunder out of China*, Nueva York, 1946, p. 129. < <

[174] Jonathan Fenby, *Generalissimo. Chiang Kai-shek and the China He Lost*, Londres, 2005, p. 438. < <

[175] Westad, *Decisive Encounters. The Chinese Civil War 1946-1950*, Stanford, California, 2003, pp. 91-94. < <

[176] Richard Harris Smith, *OSS. The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*, Guilford, Connecticut, 2005, pp. 259-260. < <

[177] David Halberstam, *The Coldest Winter. America and the Korean War*, Londres, 2007, p. 230. *[La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, Barcelona, Crítica, 2008]. <<

[178] Smith, *OSS*, pp. 458-459. La John Birch Society se fundó trece años después de su muerte. < <

[179] Ernest May, «China, 1945-1948: Making Hard Choices», en Ernest R. May y Philip D. Zelikow (eds.), *Dealing with Dictators. Dilemmas of US Diplomacy and Intelligence Analysis 1945-1990*, Cambridge, Massachusetts, 2006, pp. 17 y ss. <<

[180] David McCullough, *Truman*, Nueva York, 1992, p. 475. <<

[181] John Robinson Beal, *Marshall in China*, Nueva York, 1970, p. 194. < <

[182] Halberstam, *The Coldest Winter*, p. 229. <<

[183] May, «China, 1945-1948», p. 30. <<

[184] *Ibid.*, pp. 43-47. < <

[185] Robert Service, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004, pp. 478-482. *[Stalin: una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2006]. < <

[186] Dimitri Volkogonov, *Stalin Triumph and Tragedy*, Londres, 1991, pp. 498 y ss. < <

[187] Herbert Feis, *Between War and Peace. The Potsdam Conference*, Princeton, 1960, pp. 177-178. < <

188 Robert Dallek, *The Lost Peace. Leadership in a Time of Horror and Hope 1945-1953*, Nueva York, 2010, p. 122. < <

[189] Adam B. Ulam, *Expansion and Coexistence. The History of Soviet Foreign Policy 1917-1967*, Nueva York, 1968, pp. 270 y ss. < <

190 Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of our Times*, Cambridge, 2007, pp. 54-58. < <

[191] Sobre estos aspectos, Anne Deighton, «Britain and the Cold War 1945-1955», en Melvyn Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of Cold War*, vol. 1: *Origins*, Cambridge, 2010, p. 115, y Douglas Waller, *Wild Bill Donovan. The Spymaster Who created the OSS and Modern American Espionage*, Nueva York, 2011, p. 286. <<

[192] Jongsoo Lee, *The Partition of Korea after World War II*, Nueva York, 2006, p. 51. < <

[193] David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, OM 1938-1945*, Londres, 1971, entradilla fechada el 25 de julio de 1945, p. 772. <<

[194] William Taubman, *Khruschev. The Man and His Era*, Nueva York, 2003, pp. 211-218 *[Khruschev: el hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005], y Simon Sebag Montefiore, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003, pp. 526 y ss. *[La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2010], deprimentemente verosímil. < <

[195] Robert Conquest, *Stalin, Breaker of Nations*, Londres, 1991, p. 270, sobre la cita de Pasternak. <<

[196] Dallek, *The Lost Peace*, p. 184< <

[197] Vladimir Pechatnov, «The Soviet Union and the World 1944-1953», en Leffler y Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1, pp. 109-110. <<

[198] Robert Beisner, *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, Oxford, 2006, p. 36. < <

[199] John Lewis Gaddis, «The Insecurities of Victory: The United States and the perception of the Soviet Threat after World War II», en Michael Lacey (ed.), *The Truman presidency*, Cambridge, 1991, sobre todo pp. 268-272. <<

200 Dallek, *The Lost Peace*, p. 112. < <

[201] Alex Danchev y Daniel Todman (eds.), *Field Marshal Lord Alanbrooke. War Diaries 1939-1945*, Londres, 2001, entradilla fechada el 23 de julio de 1945, p. 709. < <

202 Roy Jenkins, *Churchill*, Londres, 2001, pp. 791 y ss. [*Churchill*, Barcelona, Península, 2012]. <<

[203] Kenneth O. Morgan, *Labour in Power 1945-1951*, Oxford, 1984, pp. 236-238, da una visión benévola del asunto; Correlli Barnett, *The Lost Victory. British Dreams, British Realities 1945-1950*, Londres, 1995, pp. 40-45, para quien quiera un realista jarro de agua fría. < <

[204] John Darwin, *The Empire Project. The Rise and Fall of the British World System 1830-1970*, Cambridge, 2009, p. 546. < <

[205] Memorando de Keynes «Top Secret» fechado el 28 de septiembre de 1944, Tesoro 160/1375/F17942/010/5, citado por Wm Roger Louis, «The Dissolution of the British Empire», en Judith Brown y Wm Roger Louis (eds.), *The Twentieth Century*, Oxford, 1999, vol. 4 de *Oxford History of the British Empire*, p. 331. < <

[206] Geoffrey Warner, «Bevin and British Foreign Policiy», en Gordon Craig y Francis Loewenheim (eds.), *The Diplomats 1939-1979*, Princeton, 1994, p. 105. < <

[207] Barnett, *The Lost Victory*, p. 55<<

[208] Cfr. el artículo de David Egerton, «Declinism», en *London Review of Books*, 7 de marzo de 1996 (y las réplicas de Correlli Barnett), para captar la esencia de estos párrafos. < <

[209] *Ibid.*, pp. 190 y ss. <<

[210] John Darwin, *Britain and Decolonisation. The Retreat from Empire in the Post-War World*, Londres, 1988, p. 76. < <

[211] «Ice-Floes near Norfolk», *The Times*, 20 de febrero de 1947, p. 4. <<

[212] Ejemplos individuales muy clarificadores en David Kynaston, *Austerity Britain 1945-1951*, Londres, 2007, pp. 185 y ss. <<

[213] Dominic Sandbrook, *Never Had It So Good. A History of Britain from Suez to the Beatles*, Londres, 2005, p. 45. < <

[214] J. G. Ballard, *Miracles of Life. An Autobiography*, Londres, 2008, p. 124. <<

[215] Alan Bullock, *Ernest Bevin. Foreign Secretary 1945-1951*, Oxford, 1985, pp. 97-98. <<

216 *Ibid.*, p. 90. < <

217 Morgan, *Labour in Power*, pp. 207-208. <<

[218] Warner, «Bevin and British Foreign Policy», p. 109. < <

[219] Ronald Hyam, *Britain's Declining Empire. The Road to Decolonisation 1918-1968*, Cambridge, 2006, p. 142. < <

[220] Darwin, *The Empire Project*, p. 528, la expresión es de Margery Perham. < <

[221] Hyam, *Britain’s Declining Empire*, p. 131.< <

[222] Morgan, *Labour in Power*, p. 252. < <

[223] *The Times*, 6 de abril de 2011. <<

[224] Mark Atwood Lawrence, «Forging the Great Combination: Britain and the Indochina Problem 1945-1950», en Lawrence y Logevall (eds.), *The First Vietnam War*, p. 108. <<

[225] Cfr. Jonathan Fenby, *The General. Charles de Gaulle and the France He Saved*, Londres, 2010. < <

[226] Frank Giles, *The Locust Years. The Story of the Fourth French Republic 1946-1958*, Londres, 1991, p. 74. < <

[227] *Ibid.*, p. 27. < <

[228] Rod Kedward, *La vie en blue. France and the French since 1900*, Londres, 2005, p. 381. < <

[229] Maurice Larkin, *France since the Popular Front. Government and People 1936-1996*, Oxford, 1997, es excepcionalmente claro en torno a estos aspectos. < <

[230] Giles, *The Locust Years*, p. 35. < <

[231] Anthony Clayton, *The Wars of French Decolonization*, Londres, 1994, p. 15. < <

[232] Giles, *The Locust Years*, p. 138. <<

[233] Martin Evans y John Phillips, *Algeria. Anger of the Dispossessed*, New Haven, Connecticut, 2007, pp. 53-55.

5. «ACCIÓN POLICIAL»: COREA < <

[234] Dae-Sook Suh, *Kim Il Sung. The North Korean Leader*, Nueva York, 1989, pp. 114-119. <<

[235] Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners. Stalin, Mao and the Korean War*, Stanford, California, 1993, p. 135. <<

[236] Bruce Cumings, *The Korean War. A History*, Nueva York, 2010, p. 144. <<

[237] Robert L. Beisner, *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, Oxford, 2006, pp. 326-331. <<

[238] Un debate detallado sobre la génesis de NSC 68 se encuentra en *ibid.*, pp. 236 y ss. <<

[239] Melvyn Leffler, «The Emergence of an American Grand Strategy 1945-1952», en Melvyn Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1: *Origins*, Cambridge, 2010, p. 86. <<

[240] James Chace, *Acheson. The Secretary of State Who Created the American World*, Nueva York, 1998, pp. 272-279. < <

[241] Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise men. Six Friends and the World They Made*, Nueva York, 1986, p. 497. < <

[242] Beisner, *Acheson*, pp. 329-330. < <

[243] Robert Dallek, *The Lost peace. Leadership in a Time of Horror and Hope 1945-1953*, Nueva York, 2010, p. 311. < <

[244] Suh, *Kim Il Sung*, p. 121. <<

[245] Chen Jian, *Mao’s China and the Cold War*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2001, p. 87. < <

[246] Eric F. Goldman, *The Crucial Decade-and After. America 1945-1960*, Nueva York, 1960, pp. 146 y ss. < <

[247] Dallek, *The Lost Peace*, p. 315. <<

[248] Goldman, *The Crucial Decade*, p. 173. < <

[249] David Halberstam, *The Coldest Winter. America and the Korean War*, Londres, 2008, p. 136. *[La guerra olvidada: historia de la guerra de Corea*, Barcelona, Crítica, 2008]. < <

[250] William Manchester, *American Caesar. Douglas MacArthur 1880-1964*, Nueva York, 1978, pp. 468 y ss, que contiene una vívida descripción del general. < <

[251] Goldman, *The Crucial Decade*, p. 177. < <

[252] Halberstam, *The Coldest Winter*, p. 143. <<

[253] Manchester, *American Caesar*, p. 576. <<

[254] Dallek, *The Lost Peace*, pp. 323-324. <<

[255] Goldman, *The Crucial Decade*, p. 178. < <

[256] Cumings, *The Korean War*, pp. 190-199, con detalles de las atrocidades de los surcoreanos. <<

[257] Jian, *Mao’s China and the Cold War*, p. 88. <<

[258] Yu Bin, «What China Learned from its Forgotten War in Korea», en Mark Ryan, David Finkelstein y Michael McDevitt (eds.), *Chinese Warfighting. The PLA Experience since 1949*, Armonk, Nueva York, 2003, p. 124. Agradezco a Frank Dikötter esta observación y su ayuda general en el caso de China. < <

[259] Jung Chang y Jon Halliday, *Mao. The Unknown Story*, Londres, 2006, p. 442. *[Mao, la historia desconocida*, Madrid, Taurus, 2006]. < <

[260] Halberstam, *The Coldest Winter*, p. 402. <<

[261] *Ibid.*, p. 383. <<

[262] Max Hastings, *The Korean War*, Londres, 1987, p. 390. < <

[263] Shu Guang Zhang, «Command, Control and the PLA’s offensive Campaigns in Korea 1950-1951», en Ryan, Finkelstein y McDevitt (eds.), *Chinese Warfighting*, p. 108. < <

[264] Sobre el ejército chino, cfr. Russell Spurr, *Enter the Dragon. China at War in Korea*, Londres, 1989. < <

[265] George Mitchell, *Matthew B. Ridgway. Soldier, Statesman, Scholar, Citizen*, Mechanicsburg, Pensilvania, 2002, p. 51. < <

[266] Reginald Thompson, *Cry Korea. The Korean War. A Reporter's Notebook*, Londres, 1951, reeditado en 2009, p. 309. <<

[267] Hastings, *The Korean War*, p. 266. < <

[268] *Ibid.*, pp. 257-272 es el mejor relato de los cambios habidos en las políticas y el papel desempeñado por los británicos en este proceso. <<

269 Mitchell, *Matthew B. Ridgway*, p. 56. <<

[270] Jian, *Mao’s China and the Cold War*, pp. 95-96, sobre este importante tema. < <

[271] Sobre estas observaciones, cfr. Zhang, «Command, Control and the PLA’s Offensive Campaigns in Korea», pp. 108-114. < <

[272] Detalladas descripciones de estas batallas se encuentran en Kenneth Hamburger, *Leadership in the Crucible*, College Station, Texas, 2003. <<

[273] Jian, *Mao’s China and the Cold war*, pp. 97-99. <<

[274] Kathryn Weathersby, «Stalin, Mao and the End of the Korean War», en Odd Arne Westad (ed.), *Brothers in Arms. The Rise and Fall of the Sino-Soviet Alliance 1945-1963*, Stanford, California, 1998, pp. 105-106. < <

[275] Goldman, *The Crucial Decade*, p. 186. < <

[276] Cumings, *The Korean War*, p. 159. < <

[277] Mark O'Neill, «Soviet Involvement in the Korean War: A New View from the Soviet-Era Archives», *Magazine of History* (2000), 14, pp. 1-10. < <

[278] Jonathan Fenby, *The Penguin History of Modern China. The Fall and Rise of a Great Power 1850-2008*, Londres, 2008, pp. 369-370. < <

[279] Dallek, *The Lost Peace*, p. 335. <<

[280] Stephen E. Ambrose, *Eisenhower*, vol. 2: *The president 1952-1969*, Nueva York/Londres, 1984, pp. 30-35. < <

[281] Dallek, *The Lost Peace*, p. 355. < <

[282] Jian, *Mao’s China and the Cold War*, p. 116. <<

[283] Hastings, *The Korean War*, p. 490. < <

[284] Robert McMahon, *The Limits of Empire. The United States and Southeast Asia since World War II*, Nueva York, 1999, pp. 44 y ss.

6. «EMERGENCIA»: MALASIA < <

[285] A. J. Stockwell, «The United States and Britain's Decolonization of Malaya 1942-1957», en David Ryan y Victor Pungong (eds.), *The United States and Decolonization. Power and Freedom*, Nueva York, 2000, p. 193. <<

[286] Harry Miller, *Menace in Malaya*, Londres, 1954, p. 41. Este relato sobre los primeros años de la Emergencia escrito por un reportero del *Strait Times* es excepcionalmente útil. < <

[287] Lo cree plausible Anthony Short en *In Pursuit of Mountain Rats. The Communist Insurrection in Malaya*, Londres, 1975, reeditado en Singapur, 2000, p. 34. <<

[288] Miller, *Menace in Malaya*, p. 60. < <

[289] Margaret Shennan, *Out in the Midday Sun. The British in Malaya 1880-1960*, Londres, 2000, es un relato equilibrado sobre la contribución europea al desarrollo de Malasia. < <

[290] *Ibid.*, pp. 167-168. Ejemplos en David Cannadine, *Ornamentalism. How the British Saw their Empire*, Londres, 2002. < <

[291] Benjamin Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame. Britain's Dirty Wars and the End of Empire*, Londres, 2011, p. 151, contiene estas estadísticas. < <

[292] A. J. Stockwell, «Imperialism and Nationalism in South-East Asia», en Judith Brown y Wm Roger Louis (eds.), *The Twentieth Century*, Oxford, 1999, vol. 4 de *The Oxford History of the British Empire*, p. 70. < <

[293] Sobre este importante punto, cfr. Karl Hack, «Iron Claws on Malaya: The Historiography of the Malayan Emergency», *Journal of Southeast Asian Studies* 30, 1999, pp. 118-119. < <

294 T. N. Harper, *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge, 1999, pp. 94 y ss. < <

[295] Sobre todo, David French, *The British Way in Counter-Insurgency 1945-1967*, Oxford, 2011, es ejemplar. <<

[296] Cfr. este importante debate en Karl Hack, «The Malayan Emergency as Counter-Insurgency Paradigm», *Journal of Strategic Studies* 32, 2009, pp. 383-414. < <

[297] Christopher Bayly y Tim Harper, *Forgotten Wars. The End of Britain's Asian Empire*, Londres, 2007, p. 173, citando a Howe. < <

[298] Short, *In Pursuit of Mountain Rats*, pp. 80-81. <<

299 Shennan, *Out in the Midday Sun*, p. 315. < <

[300] Noel Barber, *The War of the Running Dogs. How Malaya Defeated the Communist Guerrillas 1948-1960*, Londres, 1971, pp. 20 y ss. <<

[301] Piers Brendon, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*, Londres, 2007, p. 454, y Bayly y Harper, *Forgotten Wars*, pp. 449-456, que ofrece un relato más detallado y equilibrado. < <

[302] Miller, *Menace in Malaya*, p. 86.< <

[303] French, *The British Way in Counter-Insurgence*, pp. 75-82, contiene un buen debate sobre el marco legal. <<

[304] A. J. Stockwell, «Sir (Gerard) Edward James Gent», *Oxford Dictionary of National Biography*, edición *online*, pp. 1-3. <<

[305] Es decir, amas de cría, criados, conductores y aguadores. < <

[306] Robert Thompson, *Make for the Hills. Memoirs of Far Eastern Wars*, Londres, 1989, p. 88. < <

[307] Joshua Rovner, «The Heroes of COIN», *Orbis. A Journal of World Affairs* 56, 2012, pp. 215-232; un importante correctivo a la visión inspirada en la heroicidad de la guerra de contrainsurgencia. <<

[308] David Cesarani, *Major Farran's Hat. Murder, Scandal and Britain's War against Jewish Terrorism 1945-1948*, Londres, 2009, pp. 28 y ss. < <

309 Miller, *Menace in Malaya*, p. 89. <<

[310] French, *The British Way of Counter-Insurgency*, p. 97. <<

[311] Leon Comber, *Malaya's Secret Police 1945-1960. The Role of the Special Branch in the Malayan Emergency*, Monash, Australia, 2008, p. 84. < <

[312] Han Suyin, *My House Has Two Doors*, Londres, 1982, p. 81.<<

[313] Richard Miers, *Shoot to Kill*, Londres, 1959, pp. 79 y ss. <<

[314] *Ibid.*, pp. 152-153. < <

[315] Barber, *The War of the Running Dogs*, p. 143. <<

[316] A. F. Derry, *Emergency in Malaya. The Psychological Dimension*, Latimer, 1982, p. 6. < <

317 Miller, *Menace in Malaya*, pp. 181-186. <<

[318] Hack, «Malayan Emergency», p. 390. < <

[319] John Cloake, *Templer. Tiger of Malaya. The Life of Field Marshal Sir Gerald Templer*, Londres, 1985, p. 201. <<

320 *Ibid.*, p. 204. <<

[321] Phillip Deery, «The Terminology of Terrorism: Malaya 1948-1952», *Journal of Southeast Asian Studies* 34, 2003, p. 246. < <

[322] Cloake, *Templer*, pp. 226-227. <<

[323] *Ibid.*, p. 262. <<

[324] Jeremy Lewis, *Shades of Greene. One Generation of an English Family*, Londres, 2010, pp. 364-371. < <

[325] Stockwell, «The US and Britain's Decolonization of Malaya», pp. 198-199. < <

[326] Cloake, *Templer*, p. 223. < <

[327] Shennan, *Out in the Midday Sun*, pp. 329-330. < <

[328] Cloake, *Templer*, p. 263. < <

[329] John Oldfield, *The Green Howards in Malaya (1949-1952). The Story of a Post-war Tour of Duty by a Batallion of the Line*, Aldershot, 1953, pp. 50-51. < <

330 Short, *In Pursuit of Mountain Rats*, pp. 349-350. Hay un relato muy vívido de un oficial de los South Wales Borderers que sirvió en Malasia a partir de 1955 en Miers, *Shoot to Kill*. < <

331 Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 198-201. <<

332 Miller, *Menace in Malasia*, p. 225. < <

[333] Ejemplos en LHMAKCL, Stockwell Papers 7/6, folleto nº 1579 con fecha de 17 de febrero de 1953, «Recompensa a los comunistas». También se pueden consultar ejemplos *online* de la National Malaya and Borneo Veterans' Association del Reino Unido (http//www.nmbva.co.ok/). <<

[334] Barber, *The War of the Running Dogs*, pp. 190 y ss. <<

[335] Miers, *Shoot to Kill*, pp. 79-90 sobre el régimen imperante en los campamentos comunistas. < <

[336] Short, *In Pursuit of Mountain Rats*, pp. 459 y ss. < <

[337] French, *The British Way in Counter-Insurgency*, pp. 215-218, refuta la idea de que el ejército británico tenía una curva de aprendizaje mejor que la de los estadounidenses. Los expertos en temas militares contemporáneos, como Thomas Nagl, son indebidamente respetuosos con los ejemplos británicos. < <

[338] Karl Hack debate sobre estos temas con gran pericia en Octavian Manea, «Setting the Record Straight on Malayan Counter-Insurgency: Interview with Karl Hack», *Small Wars Journal*, 11 de febrero de 2011.

7. HUK O CROOK: FILIPINAS < <

[339] Benedict Kerkvliet, *The Huk rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, California, 1997, reeditado en Lanham, Maryland, 2002, p. 53. < <

[340] *Ibid.*, p. 42. < <

[341] Vina A. Lanzona, *Amazons of the Huk Rebellion. Gender, Sex and Revolution in the Philippines*, Madison, Wisconsin, 2009, p. 7.<<

[342] Sobre los orígenes de los Huk, cfr. Kerkvliet, *The Huk Rebellion*, pp. 26 y ss. < <

[343] LHMAKCL M/F 515 OSS/State Department of Intelligence and Research Reports, 2ª parte, «Postwar Japan, Korea and Southeast Asia», sobre los problemas de Filipinas en 1945. < <

[344] Kerkvliet, *The Huk Rebellion*, p. 113. < <

[345] H. W. Brands, *Bound to Empire. The United States and the Philippines*, Nueva York, 1992, p. 239. < <

[346] Kerkvliet, *The Huk Rebellion*, p. 147. < <

[347] Douglas Macdonald, *Adventures in Chaos. American Intervention for Reform in the Third World*, Cambridge, Massachusetts, 1992, pp. 142-143. < <

[348] Sobre estos detalles, cfr. Cecil B. Currey, *Edward Lansdale. The Unquiet* American, Boston, 1988, reeditado en Washington DC, 1998, pp. 21-24. <<

[349] Jane C. Loeffler, *The Architecture of Diplomacy. Building America's Embassies*, Nueva York, 1998, ed. revisada de Princeton, 2011, p. 42, que contiene información proporcionada por alguien familiarizado con los hechos. < <

[350] *Ibid.*, pp. 70-72. < <

[351] Lanzona, *Amazons of the Huk Rebellion*, pp. 144-156. < <

[352] Lawrence Greenberg, *The Hukbalahap Insurrection. A Case Study of a Successful Anti-Insurgence Operation in the Philippines 1946-1955*, Washington DC, 1987, p. 53. <<

[353] Macdonald, *Adventures in Chaos*, p. 152. < <

[354] Currey, *Edward Lansdale*, p. 91. <<

[355] Edward Geary Lansdale, *In the Midst of Wars. An American in Southeast Asia*, Nueva York, 1972, reeditado en 1991, pp. 36 y ss., describe los pormenores de su relación. < <

[356] Jonathan Nashel, *Edward Lansdale's Cold War*, Amherst, Massachusetts, 2005, pp. 27 y ss, da un buen trasfondo sobre las relaciones públicas de Lansdale. < <

[357] Greenberg, *The Hukbalahap Insurrection*, p. 86 < <

358 Lansdale, *In the Midst of Wars*, p. 75. < <

[359] Currey, *Edward Lansdale*, p. 101. <<

[360] *Ibid.*, pp. 102-103. < <

[361] *Ibid.*, pp. 98-100. < <

[362] Lanzona, *Amazons of the Huk Rebellion*, pp. 138-142. <<

[363] Macdonald, *Adventures in Chaos*, p. 134. <<

364 Nashel, *Edward Lansdale's Cold War*, p. 34. <<

[365] Macdonald, *Adventures in Chaos*, p. 177. < <

[366] Brands, *Bound to Empire*, pp. 251-252. <<

367 Lanzona, *Amazons of the Huk Rebellion*, p. 262. <<

[368] Kerkvliet, *The Huk Rebellion*, p. 245.

8. ¡MANDADNOS CARACOLES EN PARACAÍDAS!: INDOCHINA <<

369 Chen Jian, *Mao’s China and the Cold War*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2001, p. 124. <<

[370] William J. Duiker, *Ho Chi Minh. A Life*, Nueva York, 2000, pp. 421-423. < <

[371] Howard R. Simpson, *Tiger in the Barber Wire. An American Vietnam 1952-1991*, Washington DC, 1992, pp. 60-61. Estas memorias de un antiguo funcionario del Servicio Exterior de Estados Unidos puede que sean el relato más útil sobre la guerra de Indochina. < <

[372] Cfr. los vívidos relatos en Norman Lewis, *A Dragon Apparent. Travels in Cambodia, Laos and Vietnam*, Londres, 1951, nueva edición de 2003, p. 35. <<

[373] Bernard Fall, *Street without Joy. The French Debate in Indochina*, Harrisburg, Pensilvania, 1961, reedición de Mechanicsburg, Pensilvania, 2005, pp. 254-255. < <

[374] George C. Herring. *America’s Longest War. The United States and Vietnam 1950-1975*, Boston, 2002, p. 24. < <

[375] Andrew Rotter, «Chronicle of a War Foretold: the United States and Vietnam 1945-1954», en Mark Atwood Lawrence y Frederik Logevall (eds.), *The First Vietnam War. Colonial Conflict and Cold War Crisis*, Cambridge, Massachusetts, 2008, p. 300. <<

[376] «The French MacArthur», *Time Magazine* 24, septiembre de 1951.<<

[377] Fall, *Street without Joy*, pp. 39-40. < <

[378] Peter Macdonald, *Giap. The Victor in Vietnam*, Londres, 1993, pp. 100-101.< <

[379] Anthony Clayton, *The Wars of French Decolonization*, Londres, 1994, p. 61. < <

[380] Marilyn B. Young, «The Same Struggle for Liberty: Korea and Vietnam», en Lawrence y Logevall (eds.), *The First Vietnam War*, pp. 207-211. < <

[381] Martin Windrow, *The Last Valley. Dien Bien Phu and the French Defeat in Vietnam*, Londres, 2005, p. 117. < <

[382] Jian, *Mao’s China and the Cold War*, pp. 132 y ss. < <

[383] Lewis, *A Dragon Apparent*, p. 317. Lewis pasó un tiempo con una unidad activa del Viet Minh que operaba en los pantanos cercanos a Saigón. <<

[384] Simpson, *Tiger in a Barbed Wire*, pp. 25-26. <<

[385] *Ibid.*, pp. 109-110. < <

[386] *Ibid.*, p. 18. <<

[387] *Ibid.*, p. 32. < <

[388] «We Must Attack», *Time*, 28 de septiembre de 1953, ofrece un perfil de Navarre. < <

[389] Simpson, *Tiger in the Barbed Wire*, p. 83. <<

[390] *Ibid.*, pp. 90-91. < <

391 Jian, *Mao’s China and the Cold War*, p. 134. <<

[392] Fall, *Street without Joy*, pp. 62-63. <<

[393] Jian, *Mao’s China and the Cold War*, p. 134. <<

[394] Windrow, *The Last Valley*, p. 429. <<

[395] Peter Grose, *Allen Dulles. Spymaster. The Life and Times of the First Civilian Director of the CIA*, Londres, 2006; (1ª ed.: Londres, 1995, con el título, *Gentleman spy. The Life of Allen Dulles*), p. 410<<

[396] Andrew Rotter, «Chronicle of a War Foretold», p. 303. < <

[397] A. J. Langguth, *Our Vietnam. The War 1954-1975*, Nueva York, 2000, pp. 77-78. < <

398 Herring, *America's Longest War 1954-1975*, p. 47.<<

[399] Simpson, *Tiger in the Barbed Wire*, p. 127. < <

[400] Robert McMahon, *The Limits of Empire. The United States and Southeast Asia since World War II*, Nueva York, 1999, p. 67. < <

[401] Frances Fitzgerald, *Fire in the Lake. The Vietnamese and Americans in Vietnam*, Nueva York, 1972, pp. 83-84. < <

[402] Kathryn Statler, «After Geneva. The French Presence in Vietnam, 1954-1963», en Lawrence y Logevall (eds.), *The First Vietnam War*, pp. 270-272. <<

[403] McMahon, *The Limits of Empire*, pp. 76-77. < <

[404] Kathryn Statler, «Building a Colony: South Vietnam and the Eisenhower Administration 1953-1961», en Kathryn Statler y Andrew Johns (eds.), *The Eisenhower Administration, the Third World and the Globalization of the Cold War*, Oxford, 2006, sobre todo pp. 107-113.<<

405 Simpson, *Tiger in the Barbed Wire*, p. 79. <<

406 *Ibid.*, p. 152. <<

407 Edward Geary Lansdale, *In the Midst of Wars. An American Mission to Southeast Asia*, Nueva York, 1972, reeditado en 1991, pp. 232-233. < <

408 Fitzgerald, *Fire in the Lake*, pp. 97-98. < <

[409] Cecil B. Currey, *Edward Lansdale. The Unquiet American*, Boston, 1988, reeditado en Washington DC, 1998, p. 182. < <

[410] Langguth, *Our Vietnam*, p. 99. < <

[411] Stanley Karnow, *Vietnam. A History*, Londres, 1983, ed. revisada de 1994, pp. 242-256, es excelente sobre esta fase del régimen de Diem. < <

[412] Statler, «Building a Colony: South Vietnam and the Eisenhower Administration», pp. 103-107. < <

[413] Jonathan Nashel, *Edward Lansdale's Cold War*, Amherst, Massachusetts, 2005, pp. 149 y ss.

9. UNA RELACIÓN EN OCASIONES ESPECIAL < <

[414] Carlo D’Este, *Eisenhower. Allied Supreme Commander*, Londres, 2004. < <

[415] Stephen Ambrose, *Eisenhower*, vol. 1: *Soldier, General of the Army, President Elect 1890-1952*, Nueva York y Londres, 1983, p. 430. <<

[416] *Ibid*., pp. 514-515 y 525. < <

[417] *Ibid.*, p. 529. < <

[418] George W. Ball, *The Past Has Another Pattern. Memoirs*, Nueva York, 1982, p. 114. Ball fue colaborador en la campaña de Stevenson en 1952 y 1956. < <

419 *Ibid.*, p. 129. < <

[420] J. Ronald Oakley, *God’s Country. America in the Fifties*, Nueva York, 1990, p. 131. <<

[421] Emmet John Hughes, *The Ordeal of Power. A Political Memoir of the Eisenhower Years*, Nueva York, 1963, pp. 74-77. < <

[422] Richard Challener, «The Moralist as Pragmatist: John Foster Dulles as Cold War Strategist», en Gordon Craig y Francis Loewenheim (eds.), *The Diplomats 1939-1979*, Princeton, 1994, p. 143. <<

[423] Cfr. Peter Grose, *Allen Dulles. Spymaster, the Life and Times of the First Civilian Director of the CIA*, Londres, 2006; (primera edición, *Gentleman Spy. The Life of Allen Dulles*, Londres, 1995), pp. 145-255, sobre ciertos aspectos de las carreras de estos hombres. <<

[424] Richard H. Immerman, *John Foster Dulles. Piety, Pragmatism and Power in US Foreign Policy*, Wilmington, Delaware, 1999, pp. 31-32. < <

[425] *Ibid.*, p. 32. < <

[426] Ambrose, *Eisenhower*, vol. 2: *The President 1952-1969*, Nueva York y Londres, 1984, p. 21. < <

[427] William Inboden, *Religion and American Foreign Policy 1945-1960. The Soul of Containment*, Cambridge, 2008, pp. 238-239. < <

[428] Hughes, *The Ordeal of Power*, pp. 204-209. <<

[429] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War. The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, 2006, pp. 149-152.<<

[430] Peter Hahn, «The United States and Israel in the Eisenhower Era: The “Special Relationship” Revisited», en Kathryn Statler y Andrew Johns (eds.), *The Eisenhower Administration, the Third World and the Globalization of the Cold War*, Oxford, 2006, pp. 225-238. < <

[431] Imboden, *Religion and American Foreign Policy*, pp. 289 y ss. <<

[432] Colin Dueck, *Hard Line. The Republican Party and the US Foreign Policy since World War II*, Princeton, 2010, p. 89. Este extraordinario libro de Dueck es muy recomendable en todo lo que sigue. <<

[433] George C. Herring, *From Colony to Superpower. US Foreign Relations since 1776*, Oxford, 2008, p. 647. <<

[434] L. Douglas Keeney, *15 Minutes. General Curtis LeMay and the Countdown to Nuclear Annihilation*, Nueva York, 2011, pp. 89-90. < <

[435] *Ibid.*, pp. 112-113. < <

[436] «Weather Control as a Cold War Weapon», *Smithsonian Museum Magazine*, 5 de diciembre de 2011; en blogs.smithsonianmag.com. < <

[437] Robert A. Strong, «Eisenhower and Arms Control», en Richard Malamson y David Mayers (eds.), *Reevaluating Eisenhower. American Foreign Policy in the Fifties*, Urbana, Illinois, 1989, p. 243. < <

[438] Dueck, *Hard Line*, p. 97. <<

[439] Saki Dockrill, *Eisenhower's New Look National Security Policy 1953-1961*, Londres, 1996, p. 23, es excelente sobre NSC. < <

440 Dueck, *Hard Line*, pp. 89-90. < <

[441] Cody M. Brown, *The National Security Council. A Legal History of the President's Most Powerful Advisers*, Washington DC, 2008, pp. 17 y ss. < <

[442] Immerman, *John Foster Dulles. Piety, Pragmatism and Power*, pp. 59-61. < <

[443] John Lewis Gaddis, *George F. Kennan. An American Life*, Londres, 2012, pp. 485-488. <<

[444] Kenneth Osgood, «Words and Deeds: Race, Colonialism and Eisenhower’s Propaganda War in the Third World», en Statler y Johns (eds.), *The Eisenhower Administration*, pp. 3-16. < <

[445] Cfr. el brillante estudio de Nicholas Cull, *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Public Diplomacy 1945-1989*, Cambridge, 2008, pp. 107-108. < <

[446] Cfr. Hugh Wilford, *The Mighty Wurlitzer. How the CIA Played America*, Cambridge, Massachusetts 2008, pp. 106-108, y David Caute, *The Dancer Defects. The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*, Oxford, 2003, que corrige a Frances Stonor Saunders, *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural War*, Londres, 1999. Los lectores interesados pueden consultar asimismo Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, Nueva York, 1989, que recomiendo encarecidamente. < <

[447] Dominic Sandbrook, *Never Had It so Good. A History of Britain from Suez to the Beatles*, Londres, 2005, sobre todo las pp. 48-61, excepcionalmente astuto en estos aspectos. < <

[448] Roy Jenkins, *Churchill*, Londres, 2001, pp. 836-842 [*Churchill*, Barcelona, Península, 2012]. < <

[449] Evelyn Shuckburgh, *Descent to Suez. Diaries 1951-1956*, Londres, 1986, entradilla fechada el 3 de diciembre de 1953, p. 112. <<

[450] Jenkins, *Churchill*, p. 868, argumenta esto. <<

[451] David Carlton, *Anthony Eden. A Biography*, Londres, 1981, pp. 327-328. < <

[452] Peter Hennessy, *Having It So Good. Britain in the Fifties*, Londres, 2006, p. 357. El libro de Hennessy es una guía repleta de información sobre la alta política del periodo. < <

[453] Shuckburgh, *Descent to Suez*, entradilla del 19 de noviembre de 1952, p. 54. < <

[454] John Colville, *The Fringes of Power. Downing Street Diaries 1939-1955*, Londres, 2004, entradilla del 31 de diciembre de 1953, p. 616. *[A la sombra de Churchill. Diarios de Downing Street*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007]. <<

[455] *Ibid.*, entradilla del 7 de enero de 1953, p. 620. <<

[456] Robert H. Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, Nueva York, 1981, entradilla del 6 de enero de 1953, pp. 222-223. < <

[457] Colville, *The Fringes of Power*, entradilla del 4 de diciembre de 1953, p. 639. <<

[458] Hennessy, *Having It So Good*, pp. 389 y ss., contiene una amena discusión sobre las relaciones entre Gran Bretaña y Europa. < <

[459] Carlton, *Anthony Eden*, p. 337. <<

[460] Stephen Ambrose, *Eisenhower*, vol. 2, p. 21. <<

[461] Carlton, *Anthony Eden*, pp. 340-344. < <

[462] Shuckburgh, *Descent to Suez*, entradillas del 30 de abril y el 2 de mayo de 1954, pp. 185-186. < <

[463] Donald Cameron Watt, *Succeeding John Bull. America in Britain’s Place 1900-1975*, Cambridge, 1984, p. 130. < <

[464] Shuckburgh, *Descent to Suez*, entradilla del 4 de mayo de 1954, p. 190. < <

[465] Hennessy, *Having It So Good*, pp. 165 y ss, y David Holloway, *Stalin and the Bomb. The Soviet Union and Atomic Energy 1939-1956*, New Haven, Connecticut, 1994, pp. 314-317. < <

[466] Hennessy, *Having It So Good*, pp. 341-356. < <

[467] Peter Catterall (ed.), *The Macmillan Diaries. The Cabinet Years 1950-1957*, Londres, 2003, entradilla del 14 de marzo de 1955, pp. 405-406, sobre este encuentro crucial. < <

[468] D. R. Thorpe, «Anthony Eden», *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. online, pp. 1-28. < <

469 Hennessy, *Having It So Good*, sobre todo p. 375. < <

[470] Cristopher de Bellaigue, *Patriot of Persia. Muhammed Mossadegh and a Very British Coup*, Londres, 2012, pp. 150-157, detalla estos aspectos muy bien. < <

[471] James Bamberg, «William Milligan Fraser», *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. online. < <

[472] Más sobre Mossadeq en Roy Mottahedeh, *The Mantle of the Prophet. Religion and Politics in Iran*, Oxford, 2005, pp. 115 y ss. <<

[473] Manucher Farmanfarmaian y Roxane Farmanfarmaian, *Blood and Oil. A Prince's Memoir of Iran, from the Shah to the Ayatollah*, Nueva York, 2005, pp. 228 y ss. <<

[474] Stephen Kinzer, *All the Shah's Men. An American Coup and the Roots of Middle East Terror*, Nueva York, 2008, pp. 96-97 *[Todos los hombres del Shah. Un golpe de estado norteamericano y las raíces del terror en Oriente Próximo*, Madrid, Debate, 2005]. < <

[475] Bellaigue, *Patriot of Persia*, p. 173. < <

[476] *Ibid.*, pp. 178-180. < <

[477] Wm Roger Louis, «Musaddiq, Oil and Dilemmas of British Imperialism», en su *Ends of British Imperialism. The Scramble for Empire, Suez and Decolonization*, Londres, 2006, pp. 758-760, excelente sobre estos aspectos de la crisis. < <

[478] Bellaigue, *Patriot of Persia*, pp. 184-185. < <

[479] Stephen Dorril, *MI6. Inside the Covert World of Her Majesty's Secret Intelligence Service*, Nueva York, 2000, pp. 586-588. < <

[480] H. W. Brands, *Inside the Cold War. Loy Henderson and the Rise of the American Empire 1918-1961*, Nueva York, 1991, pp. 253 y ss. <<

[481] C. M. Woodhouse, *Something Ventured. The Autobiography of C. M. Woodhouse*, Londres, 1982, pp. 125-126. < <

[482] Richard Clegg, «Christopher Montague Woodhouse (Baron Terrington)», *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. online, y las memorias de Woodhouse, *Something Ventured*. < <

[483] Miles Copeland, *The Game Player. Confessions of the CIA’s Original Political Operative*, Londres, 1989, pp. 187-191. Copeland subestima su papel en Irán, lo que es muy indicativo de lo contrario. <<

[484] Donald Wilber (¿pseudónimo?), «Overthrow of Premier Mossadeq of Iran: November 1952-August 1953», CIA Clandestine Service History, p. 7. El original tiene fecha de marzo de 1954. La versión online en http://www.nytimes.com/library/world/mideast/041600iran-cia-index.html lo amplía con más datos gradualmente revelados. (En adelante CIA History). < <

485 Brands, *Inside the Cold War*, pp. 281-283. < <

[486] CIA History, pp. 9-10. < <

487 Bellaigue, *Patriot of Persia*, pp. 226-230. <<

[488] Grose, *Allen Dulles*, pp. 266-267. < <

[489] CIA History, p. 37. <<

490 *Ibid.*, pp. 73-74, sobre el papel de la radio. <<

491 Dorril, *MI6*, p. 596. <<

[492] Brands, *Inside the Cold War*, p. 237.

10. HUNGRÍA Y SUEZ<<

[493] Todos estos detalles biográficos proceden de la fascinante obra de William Taubman, *Khrushchev. The Man and His Era*, Nueva York, 2003, pp. 18 y ss. *[Jrushchev: el hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005]. <<

[494] Jonathan Haslam, *Russia's Cold war. From October Revolution to the Fall of the Wall*, New Haven, Connecticut, 2011, p. 148. < <

[495] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War. The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, 2006, pp. 25 y ss. < <

496 Vojtech Mastny, «Soviet Foreign Policy 1953-1962», en Melvyn Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1: *Origins*, Cambridge, 2010, p. 315. <<

[497] Robert Service, *Comrades. Communism. A World History*, Londres, 2007, p. 313. < <

[498] Taubman, *Khrushchev*, pp. 236 y ss. < <

[499] Arkady Shevchenko, *Breaking with Moscow*, Nueva York, 1985, pp. 78-79. Estas memorias de un desertor de alto nivel son excelentes en lo relativo a las condiciones del servicio de los diplomáticos soviéticos. <<

[500] *Ibid.*, p. 82. < <

[501] Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, p. 58. < <

[502] Service, *Comrades*, p. 319. <<

503 *Ibid.*, pp. 290-294. < <

[504] Tim Weiner, *Legacy of Ashes. The History of the CIA*, Londres, 2007, p. 129 *[Legado de cenizas. Historia de la CIA*, Madrid, Debate, 2008]. < <

505 Haslam, *Russia’s Cold War*, p. 171. < <

[506] Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, pp. 178-182. < <

[507] Shu Guang Zhang, «The Sino-Soviet Alliance and the Cold War in Asia 1954-1962», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, vol. 1, p. 364. < <

[508] Peter L. Hahn, *The United States, Great Britain and Egypt 1945-1956. Strategy and Diplomacy in the Early Cold War*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1991, p. 213. < <

[509] Eugene Rogan, *The Arabs. A History*, Londres, 2009, pp. 123-132, es excelente sobre la revuelta de Urabi *[Los árabes*, Barcelona, Crítica, 2010]. < <

[510] Los puntos esenciales están muy bien descritos en Ronald Hyam, *Britain’s Declining Empire. The Road to Decolonisation 1918-1968*, Cambridge, 2006, pp. 221 y ss. < <

[511] Keith Kyle, *Suez. Britain's End of Empire in the Middle East*, Londres, 1991, ed. revisada de 2003, p. 40. <<

[512] Wm Roger Louis, «Prelude to Suez. Churchill and Egypt», en Wm Roger Louis, *Ends of British Imperialism. The Scramble for Empire, Suez and Decolonization*, Londres, 2006, p. 612. < <

[513] Lord Moran, *Winston Churchill. The Struggle for Survival 1940-1965*, Londres, 1966, entradilla fechada el 10 de enero de 1952, p. 362. < <

514 Louis, *Ends of British Imperialism*, p. 609. <<

[515] Robert Stephens, *Nasser. A Political Biography*, Londres, 1971, pp. 101-108. < <

[516] Miles Copeland, *The Game Player. Confessions of the CIA's Original Political Operative*, Londres, 1989, pp. 142 y ss. <<

[517] James Jankowski, *A Short History of Egypt*, Oxford, 2000, pp. 136-137. <<

[518] Stephens, *Nasser*, pp. 122-137. < <

[519] Informe de Eden fechado el 16 de febrero de 1953 en John Kent (ed.), *Egypt and the Defence of the Middle East, British Documents on the End of Empire Project*, Londres, 1998, parte 2, nº 361, pp. 563-564. <<

[520] Evelyn Shuckburgh, *Descent to Suez. Diaries 1951-1956*, Londres, 1986, p. 75. <<

[521] Louis, «Prelude to Suez», pp. 617-621. < <

[522] Peter Hahn, «The United States and Israel in the Eisenhower Era: The “Special Relationship” Revealed», en Kathryn Statler y Andrew Johns (eds.), *The Eisenhower Administration, the Third World and the Globalization of the Cold War*, Oxford, 2006, pp. 230-235. <<

523 Hyam, *Britain’s Declining Empire*, p. 231. <<

[524] Stephens, *Nasser*, p. 142. <<

[525] Humphrey Trevelyan, *The Middle East in Revolution*, Londres, 1970, pp. 86 y ss. < <

[526] Kyle, *Suez*, pp. 60-61. < <

[527] Tony Walker y Andrew Gowers, *Arafat. The Biography*, Londres, 2003, pp. 12-19 *[Arafat: la biografía*, Barcelona, Ediciones Folio, 2005]. <<

[528] Hahn, *The United States, Great Britain and Egypt*, p. 159. <<

[529] Miles Copeland, *The Game of Nations. The Amorality of Power Politics*, Nueva York, 1969, pp. 157-160 *[El juego de las naciones*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972]. <<

[530] Kyle, *Suez*, pp. 78-80. <<

[531] D. R. Thorpe, *Supermac. The Life of Harold Macmillan*, Londres, 2010, p. 332. < <

[532] Copeland, *The Game Player*, pp. 165-166. <<

533 Hyam, *Britain’s Declining Empire*, p. 232 <<

[534] Jonathan Pearson, *Sir Anthony Eden and the Suez Crisis. Reluctant Gamble*, Basingstoke, 2003, pp. 112-115. <<

535 *Ibid.*, pp. 60 y ss. <<

[536] David Carlton, *Anthony Eden*, Londres, 1986, p. 412. <<

[537] Thorpe, *Supermac*, pp. 344-347. < <

[538] Pearson, *Sir Anthony Eden and the Suez Crisis*, pp. 140-141. <<

[539] Ann Lane, «Sir Ivone Kirkpatrick», *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. online, pp. 1-4. < <

[540] Pearson, *Sir Anthony Eden and the Crisis of Suez*, pp. 156-157. < <

[541] Kyle, *Suez*, p. 331. < <

[542] Carlton, *Anthony Eden*, pp. 435-441 y Hyam, *Britain's Declining Empire*, pp. 229-230. < <

[543] Peter Grose, *Allen Dulles. Spymaster. The Life and Times of the first Civilian Director of the CIA*, Londres, 2006; publicado originalmente bajo el título *Gentleman Spy. The Life of Allen Dulles*, Londres, 1995, pp. 434-435. <<

[544] Hahn, *The United States, Great Britain and Egypt*, p. 231.<<

[545] Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, p. 136. < <

546 Kyle, *Suez*, p. 467. <<

[547] Thorpe, *Supermac*, p. 364. <<

[548] Piers Brendon, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*, Londres, 2007, p. 496. < <

[549] Carlton, *Antony Eden*, pp. 460-461. < <

[550] Rogan, *The Arabs*, p. 304.

11. CON NOSOTROS O CONTRA NOSOTROS: EL SUBCONTINENTE<<

[551] Andreas Hilger, «The Soviet Union and India: The Years of Late Stalinism», *Parallel History project on Cooperative Security* (septiembre de 2008), pp. 1-5. < <

[552] Robert McMahon, *The Cold War on the Periphery. The United States, India and Pakistan*, Nueva York, 1994, p. 46. <<

[553] Kwasi Kwarteng, *Ghost of Empire. Britain's Legacies in the Modern World*, Londres, 2011, pp. 89 y ss. < <

[554] H. W. Brands, *Inside the Cold War. Loy Henderson and the Rise of American Empire 1918-1961*, Oxford, 1991, pp. 198-199. < <

[555] Judith Brown, *Nehru. A Political Life*, New Haven, Connecticut, 2003, p. 236. < <

[556] McMahon, *The Cold War on the Periphery*, pp. 16-17. < <

[557] C. L. Sulzberger, *A Long Row of Candles. Memoirs and Diaries 1934-1954*, Toronto, 1969, entradilla fechada el 29 de abril de 1950, p. 548. <<

[558] Andrew Rotter, *Comrades at Odds. The United States and India 1947-1964*, Ithaca, Nueva Jersey, 2000, p. 19. <<

[559] Dennis Kux, *The United States and Pakistan 1947-2000. Disenchanted Allies*, Washington DC, 2001, pp. 27-31 y 38-42. <<

[560] McMahon, *The Cold War on the Periphery*, p. 56. <<

561 Brands, *Inside the Cold War*, pp. 211-223.< <

[562] Cfr. el brillante relato del periodista coetáneo del *Times*, Neville Maxwell, *India’s China War*, Londres, 1970, pp. 126-127. <<

[563] Kux, *The United States and Pakistan*, p. 18< <

[564] George McGhee, *Envoy to the Middle World. Adventures in Diplomacy*, Nueva York, 1983, p. 97. < <

[565] Sulzberger, *A Long Row of Candles*, entradilla fechada el 22 de abril de 1950, p. 541. < <

[566] Rotter, *Comrades at Odds*, pp. 232-233. <<

567 McMahon, *The Cold War on the Periphery*, pp. 131 y ss. < <

568 *Ibid.*, p. 211. < <

[569] Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, Boston, 1980, p. 504. <<

[570] Iftikhar Malik, *The History of Pakistan*, Westport, Connecticut, 2008, pp. 129 y ss. <<

[571] Maxwell, *India's China War*, pp. 148-149. <<

[572] Brown, *Nehru*, p. 260. < <

[573] K. M. de Silva, *A History of Sri Lanka*, Colombo, 2005, pp. 624-625. <<

[574] Maxwell, *India’s China War*, pp. 395-399. < <

[575] Brown, *Nehru*, pp. 318 y ss., es brillante en lo referente a este conflicto. < <

[576] Maxwell, *India’s China war*, p. 475.

12. PERDER GANANDO: ARGELIA<<

[577] Jacques Valette, *La Guerre d'Algèrie des Messalistes 1954-1962*, París, 2001, pp. 23-26. <<

[578] Robert Merle, *Ben Bella*, Londres, 1967, pp. 68-94. < <

[579] Anthony Clayton, *The Wars of French Decolonization*, Londres, 1994, pp. 111-112. < <

[580] Edward Behr, *The Algerian Problem*, Londres, 1961, pp. 189-192. <<

[581] «Au Peuple Algérien», publicado el 31 de octubre de 1954, en Mohammed Harbi y Gilbert Meynier (eds.), *Le FLN. Documents et histoire 1954-1962*, París, 2004, pp. 36-38. < <

[582] Alistair Horne, *A Savage War of Peace. Algeria 1954-1962*, Londres, 1977, reeditado en Nueva York, 2006, pp. 105 y ss. < <

[583] Behr, *The Algerian Problem*, p. 76. < <

[584] Olivier Todd, *Albert Camus. A Life*, Nueva York, 1997, p. 331 [*Albert Camus. Una vida*, Barcelona, Tusquets, 1997]. < <

[585] Frank Giles, *The Locust Years. The Story of the French Republic 1946-1958*, Londres, 1991, pp. 254 y ss. <<

[586] Horne, *A Savage War of Peace*, p. 123. < <

[587] Ted Morgan, *My Battle of Algiers. A Memoir*, Nueva York, 2005, pp. 107-108. < <

[588] Giles, *The Locust Years*, pp. 267 y ss. y, de forma mas general, Martin Thomas, «Algeria's Violent Struggle for Independence», en Martin Thomas, Bob Moore y L. J. Butler, *Crisis of Empire. Decolonosation and Europe's Imperial States 1918-1975*, Londres, 2008, pp. 228 y ss. < <

[589] John Nagl, *Learning to Eat Soup with a Knife. Counterinsurgency Lessons from Malaya to Vietnam*, Chicago, 2005, es un análisis interesante de la amnesia institucional y el proceso de aprendizaje militar. < <

[590] David Galula, *Pacification in Algeria 1956-1958*, Santa Mónica, California, 2006. < <

[591] «General Marcel Bigeard», necrológica del *Daily Telegraph* online fechada el 20 de junio de 2010. < <

[592] Morgan, *My Battle of Algiers*, pp. 111-112. < <

[593] Paul Aussaresses, *The Battle of the Casbah. Terrorism and Counter-Terrorism in Algeria 1955-1957*, Nueva York, 2002, pp. 132-141. <<

[594] Cfr. George J. Andreopoulos, «The Age of National Liberatiom Movements», en Michael Howard, George J. Andreopoulos y Mark R. Shulman (eds.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Connecticut, 1994, sobre todo pp. 203-209. < <

[595] Clayton, *The Wars of French Decolonization*, pp. 134-135. < <

[596] Ian Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies. Guerrillas and their Opponents since 1750*, Londres, 2001, pp. 159-160. < <

[597] Morgan, *My Battle of Algiers*, pp. 123 y ss., es especialmente sincero sobre este terrible y soberbio individuo. < <

[598] Martin Evans, *Algeria. France's Undeclared War*, Oxford, 2012, pp. 194-198, muy bueno sobre el contexto internacional. < <

[599] Horne, *A Savage War of Peace*, pp. 405-406. < <

[600] Irwin Wall, *France, the United States and the Algerian War*, Berkeley, California, 2001, p. 28. < <

[601] *Ibid.*, pp. 162-163. Cfr. Raymond Aron, *The Dawn of Universal History. Selected Essays from a Witness to the Twentieth Century*, Nueva York, 2002, sobre todo pp. 423-460. < <

[602] C. L. Sulzberger, *The Test. De Gaulle and Algeria*, Londres, 1962, p. 5. < <

[603] Wall, *France, the United States and the Algerian War*, p. 158. <<

[604] Benjamin Stora, *Algeria 1830-2000. A Short History*, Ithaca, Nueva Jersey, 2001, p. 111. < <

[605] Stanley Hoffmann, «The Foreign Policy of Charles de Gaulle», en Gordon Craig y Francis Loewenheim (eds.), *The Diplomats 1939-1979*, Princeton, 1994, pp. 228 y ss., es un retrato intuitivo. <<

[606] Jonathan Fenby, *The General. Charles de Gaulle and the France He Saved*, Londres, 2010, pp. 380 y ss., para el trasfondo, y p. 484 para las citas «no francesas»; es excelente sobre el estado mental de De Gaulle en este año crucial. < <

[607] Evans, *Algeria. France's Undeclared War*, p. 292. < <

[608] Horne, *A Savage War of Peace*, pp. 284-287. < <

[609] Giles, *The Locust Years*, p. 351. < <

[610] Evans, *Algeria. France’s Undeclared War*, p. 253. < <

[611] Sulzberger, *The Test*, p. 108. < <

[612] *Ibid.*, pp. 108-113. < <

[613] Horne, *A Savage War of Peace*, pp. 344-346. <<

[614] Behr, *The Algerian Problem*, pp. 160 y ss. < <

615 Fenby, *The General*, p. 456. <<

[616] Horne, *A Savage War of Peace*, p. 456. <<

[617] Pierre Meallier (ed.), *OAS: la guerre d'Algerie vue de Bône à travers les tracts OAS*, Niza, 2004, p. 9. < <

[618] Olivier Dard, *Voyage au Coeur de l'OAS*, París, 2005, pp. 94 y ss. <<

[619] Paul Henissart, *Wolves in the City. The Death of French Algeria*, Londres, 1970 es un rápido repaso a la historia de la OAS. <<

620 Stora, *Algeria 1830-2000*, pp. 82-83. <<

[621] Henissart, *Wolves in the City*, pp. 411-412, sobre las cifras de muertos. < <

[622] Martin Evans y John Phillips, *Algeria. Anger of the Dispossessed*, New Haven, Connecticut, 2007.

13. TERROR Y CONTRATERROR: KENIA < <

[623] C. S. Nicholls, *Red Strangers. The White Tribe of Kenya*, Londres, 2005, p. 258. <<

[624] Richard Frost, *Enigmatic Proconsul. Sir Philip Mitchell and the Twilight of Empire*, Londres, 1992, pp. 252 y ss. <<

[625] Charles Douglas-Home, *Evelyn Baring. The Last Proconsul*, Londres, 1978, p. 52. En esta brillante sátira (pues asumo que lo es) se hace un brillante esbozo del carácter de Baring. <<

[626] Jeremy Murray-Brown, *Kenyatta*, Londres, 1972, p. 75. Muchos de los detalles que doy de la vida de Kenyatta proceden de esta biografía ejemplar. < <

[627] Como explica Daniel Branch en *Defeating Mau Mau, Creating Kenya. Counterinsurgency, Civil War and Decolonization*, Cambridge, 2009, pp. 29 y ss. <<

[628] Christopher Andrew, *The Defence of the Realm. The Authorized History of MI5*, Londres, 2009, pp. 455-456. < <

629 Murray-Brown, *Kenyatta*, pp. 169-171. < <

[630] David Anderson, *Histories of the Hanged. Britain's Dirty War in Kenya and the End of Empire*, Londres, 2005, pp. 18-21. <<

[631] Jomo Kenyatta, *Facing Mount Kenya. The Tribal Life of the Gikuyu*, Nueva York, 1965, pp. 222 y ss. < <

[632] Murray-Brown, *Kenyatta*, p. 196. <<

633 Anderson, *Histories of the Hanged*, p. 27. < <

[634] Sobre este tema, cfr. Vincent Harlow y E. M. Chilver (eds.), *History of East Africa*, Oxford, 1965, vol. 2, pp. 346-348. <<

[635] Guy Arnold, *Kenyatta and the Politics of Kenya*, Londres, 1974, p. 32. < <

636 Murray-Brown, *Kenyatta*, p. 63. <<

[637] Piers Brendon, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*, Londres, 2007; muy bueno sobre «la maldad blanca». < <

[638] Evelyn Waugh, *Remote People*, Londres, 2002, p. 138. < <

[639] Nicholls, *Red Strangers*, p. 245. <<

[640] John Gunther, *Inside Africa*, Nueva York, 1955. < <

[641] Benjamin Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame. Britain’s Dirty Wars and the End of Empire*, Londres, 2011, pp. 214-215, con ejemplos de los juramentos Mau Mau extraídos de documentos del ejército británico. < <

642 Andrew, *The Defence of the Realm*, p. 454. <<

643 Branch, *Defeating the Mau Mau*, pp. 39-46. <<

644 Anderson, *Histories of the Hanged*, p. 47. < <

[645] Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 220-221. <<

646 Murray-Brown, *Kenyatta*, p. 258. < <

[647] Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 238-239. <<

[648] «El próximo puedes ser tú» se reproduce como apéndice 1 en Peter Hewitt, *Kenya Cowboy. A Police Officer’s Account of the Mau Mau Emergency*, Johannesburgo, 2008, pp. 321-325. < <

[649] Andrew, *The Defence of the Realm*, pp. 457-458. < <

[650] Joanna Lewis, «“Daddy Wouldn’t Buy Me a Mau Mau”: the British Popular Press and the Demoralization of Empire», en E. S. Atieno Odhiambo y John Lonsdale (eds.), *Mau Mau and Nationhood*, Athens, Ohio, 2003, pp. 227 y ss.; probablemente esta colección de ensayos sea la mejor fuente individual sobre los Mau Mau. < <

[651] John Lonsdale, «Mau Maus of the Mind: Making Mau Mau and Remaking Kenya», *Journal of African History*, 31, 1990, p. 396. < <

[652] Branch, *Defeating Mau Mau*, pp. 89-90. < <

[653] David French, *The British Way in Counter-Insurgency 1945-1967*, Oxford, 2011, pp. 79 y 230, para una versión con pelos y señales. <<

[654] *Ibid.*, p. 93. < <

[655] En Ian F. W. Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies. Guerrillas and their opponents since 1750*, Londres, 2001, p. 125.<<

[656] Anderson, *Histories of the Hanged*, pp. 162-163. <<

[657] Grob-Fitzgibbon, *Imperial Endgame*, pp. 254-255. <<

[658] A. S. Cleary, «The Myth of Mau Mau in Its International Context», *African Affairs* 89 (1990), pp. 227-245. < <

659 Anderson, *Histories of the Hanged*, pp. 300-307. <<

[660] Caroline Elkins, *Britain’s Gulag. The Brutal End of the Empire in Kenya*, Londres, 2005, p. 83. <<

[661] Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies*, p. 125. <<

662 Branch, *Defeating Mau Mau*, pp. 107-115. < <

663 French, *The British Way of Counter-Insurgency*, p. 121 < <

664 Elkins, *Britain’s Gulag*, pp. 246 y ss., con múltiples ejemplos. < <

[665] Stephen Chappell, «Airpower in the Mau Mau Conflict», *Small Wars and Insurgencies*, 22 (2011), pp. 495-525. < <

[666] Kennell Jackson, «“Impossible to Ignore their Greatness”: Survival Craft in the Mau Mau Forest Movement», en Odhiambo y Lonsdale (eds.), *Mau Mau and Nationhood*, pp. 176 y ss. <<

[667] Frank Kitson, *Gangs and Counter-gangs*, Londres, 1960, pp. 77 y ss., y Anderson, *Histories of the Hanged*, pp. 285-286. <<

[668] Ian Henderson y Philip Goodhart, *The Hunt for Kimathi*, Londres, 1958, es un relato tedioso de aventuras infantiloides sobre la captura de Kimathi. Uno de los autores (Goodhart) acabó siendo un destacado parlamentario conservador, adversario de la primera ministra Margaret Thatcher. <<

[669] Elkins, *Britain's Gulag*, sobre todo pp. 152-153, que contiene pruebas exhaustivas sobre la brutalidad practicada en estos campos. <<

[670] *Ibid.*, pp. 315 y ss. < <

[671] Philip Murphy, *Alan Lennox-Boyd. A Biography*, Londres, 1999, pp. 208-214. < <

[672] Elkins se equivoca al escribir que Powell había dejado el partido tory; había dimitido de un puesto menor en el Tesoro donde formaba parte del equipo de apoyo de Macmillan al ministro de Hacienda Peter Thorneycroft, que también se fue, pero siguió votando con sus compañeros de partido. < <

[673] Cfr. asimismo el magnífico libro de Simon Heffer, *Like the Roman. The Life of Enoch Powell*, Londres, 1998, p. 252 y ss. <<

[674] *Parliamentary Debates* (Hansard), Serie 5, vol. 610, House of Commons Session 1958-1959 (Londres 1959), pp. 232-237 (cita de Enoch Powell) y p. 239 (de Leslie Hale).

14. LA GUERRA FRÍA LLEGA A ÁFRICA<<

[675] George McGhee, *Envoy to the Middle World. Adventures in Diplomacy*, Nueva York, 1969, p. 128. < <

[676] John Kent, «The US and the Decolonization of Black Africa, 1945-1963», en David Ryan y Victor Pungong (eds.), *The United States and Decolonization. Power and Freedom*, Londres, 2000, p. 170. < <

[677] Thomas Noer, «New Frontiers and Old Priorities in Africa», en Thomas G. Patterson (ed.), *Kennedy Quest for Victory. American Foreign Policy 1961-1963*, Nueva York, 1989, pp. 254-255. < <

[678] James Meriwether, «“A Torrent Overrunning Everything”: Africa and the Eisenhower Administration», en Kathryn Statler y Andrew Johns (eds.), *The Eisenhower Administration, the Third World, and the Globalization of the Cold War*, Oxford, 2006, p. 184. < <

[679] Richard D. Mahoney, *JFK. Ordeal in Africa*, Nueva York, 1983, p. 20. <<

[680] Noer, «New Frontiers and Old Priorities», p. 257. < <

[681] Cfr. la magnífica obra de semificción de Francis Spufford, *Red Plenty: inside the Fifties' Soviet Dream*, Londres, 2010, que describe con gran viveza la rudimentaria tecnología de la época. <<

[682] William Taubman, *Khrushchev. The Man and His Era*, Nueva York, 2003, pp. 461 y ss. < <

[683] Stephen Ambrose, *Eisenhower*, vol. 2: *The President 1952-1969*, Londres, 1984, pp. 568-580. < <

[684] Michela Wrong, *The Footsteps of Mr. Kurtz. Living on the Brink of Disaster in the Congo*, Londres, 2001, es una vívida descripción de la historia congoleña. *[Tras los pasos del señor Kurtz. El Congo al borde del colapso*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2005]. < <

[685] Madeleine Kalb, *The Congo Cables. The Cold War in Africa: From Eisenhower to Kennedy*, Nueva York, 1982, p. 49, contiene un montón de documentos estadounidenses desclasificados. < <

[686] Colin Legum, *Congo Disaster*, Londres, 1961, sobre todo pp. 49 y ss., donde se explica este proceso con mayor claridad. <<

[687] Ludo de Witte, *The Assasination of Lumumba*, Londres, 2001, p. 2. *[El asesinato de Lumumba*, Barcelona, Crítica, 2003]. <<

[688] Sobre la identificación de Lumumba con Castro, cfr. Charles Cogan y Ernest R. May, «The Congo, 1960-1963: Weighing Worst Choices», en Ernest R. May y Philip D. Zelikow (eds.), *Dealing with Dictators, Dilemmas of US Diplomacy and Intelligence 1945-1990*, Cambridge, Massachusetts, 2006, p. 57. < <

[689] Sergey Mazov, *A Distant Front in the Cold War. The USSR in West Africa and the Congo 1956-1964*, Washington DC, 2010, p. 88. < <

[690] R. F. Holland, *European Decolonisation 1918-1981*, Londres, 1985, pp. 186-187, con buena información sobre la comunidad empresarial del Congo. <<

[691] Brian Urquhart, *A Life in Peace and War*, Londres, 1987, p. 149. <<

[692] Kalb, *The Congo Cables*, p. 27.<<

[693] Mahoney, *JFK. Ordeal in Africa*, p. 38.<<

[694] Legum, *Congo Disaster*, p. 167. < <

[695] Larry Devlin, *Chief of Station Congo. Fighting the Cold War in a Hot Zone*, Nueva York, 2007, p. 77. < <

[696] Meriwether, «A Torrent Overrunning Everything», p. 185. < <

[697] Mahoney, *JFK. Ordeal in Africa*, p. 41.<<

[698] Peter Grose, *Allen Dulles. Spymaster. The Life and Times of the First Civilian Director of the CIA*, Londres, 1995, pp. 502-503. <<

[699] Urquhart, *A Life in Peace and War*, p. 132. <<

[700] «Baroness Park of Monmouth», *Daily Telegraph*, 25 de marzo de 2010, obituario e información privada proporcionada por sus sirvientes en la década de 1970. < <

[701] Georges Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila. A People's History*, Londres, 2007, pp. 143-144. < <

[702] Urquhart, *A Life in Peace and War*, p. 169< <

[703] Mazov, *A Distant Front*, p. 118. <<

[704] *Ibid.*, p. 103. < <

[705] Kalb, *The Congo Cables*, pp. 149 y ss. < <

[706] Nzongola-Ntalaja, *The Congo From Leopold to Kabila*, pp. 111-112. < <

[707] George W. Ball, *The Past has Another Pattern. Memoirs*, Nueva York, 1982, pp. 232 y ss. <<

[708] Noer, «New Frontiers and Old Priorities», pp. 263-264. < <

[709] Conor Cruise O'Brien, *To Katanga and Back. A UN Case History*, Londres, 1962, contiene vivaces descripciones de los personajes representativos y del ambiente en Katanga por entonces. < <

710 *Ibid.*, pp. 201-202. < <

711 Kalb, *The Congo Cables*, p. 312. < <

[712] Conor Cruise O'Brien, *Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland*, Dublín, 1994. *[Voces ancestrales. Religión y nacionalismo en Irlanda*, Madrid, Espasa, 1999]. < <

[713] «Conor Cruise O’Brien», *Daily Telegraph*, 19 de diciembre de 2008, obituario anónimo. < <

[714] O’Brien, *To Katanga and Back*, p. 121.<<

[715] Noer, «New frontiers and Old Priorities», p. 266. < <

[716] Devlin, *Chief of Station, Congo*, pp. 194-195. De hecho, fue idea de Daphne Park. < <

[717] Mazov, *A Distant Front*, p. 179. < <

[718] Cogan y May, «The Congo», p. 86. < <

[719] Kalb, *The Congo Cables*, pp. 371-372, sobre este intercambio. < <

[720] Paul Kennedy, *The Parliament of Man. The United Nations and the Quest for World Government*, Londres, 2006, pp. 83-85. *[El parlamento de la humanidad: la historia de las Naciones Unidas*, Madrid, Debate, 2007]. <<

[721] William Attwood, *The Reds and the Blacks. A Personal Adventure*, Nueva York, 1967, p. 60, se ocupa de este interesante punto. Attwood fue embajador de Estados Unidos en Guinea durante la era Kennedy. < <

[722] *Ibid.*, p. 53. <<

[723] Alaba Ogunsanwo, *China’s Policy in Africa 1958-1971*, Cambridge, 1974, p. 89. <<

[724] *Ibid.*, pp. 68-69. <<

725 Mazov, *A Distant Front*, pp. 190-197. <<

[726] *Ibid.*, pp. 197-218. < <

[727] R. F. Holland, *European Decolonisation 1918-1981*, Londres, 1985, p. 294. < <

[728] Robert Shepherd, *Iain Macleod*, Londres, 1994, p. 162. < <

[729] Todo esto está descrito en profundidad en Simon Ball, *The Guardsmen. Harold Macmillan, Three Friends and the World They Made*, Londres, 2004. Evidentemente no eran «guardias» sino «oficiales», ni tampoco «crearon un mundo». < <

[730] H. C. G. Matthew, «Maurice Harold Macmillan», *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. online, p. 4. Cfr. asimismo Ferdinand Mount, «Too Obviously Clever», *London Review of Books*, 8, septiembre de 2011. <<

[731] D. R. Thorpe, *Supermac. The Life of Harold Macmillan*, Londres, 2010, p. 170. < <

[732] Hyam, *Britain’s declining Empire*, pp. 252-253. <<

[733] L. J. Butler, «British Decolonisation», en Martin Thomas, Bob Moore y L. J. Butler, *Crises of Empire, Decolonization and Europe’s Imperial States 1918-1975*, Londres, 2010, p. 98. < <

[734] Dan Horowitz, «Attitudes of British conservatives towards Decolonisation in Africa», *African Affairs*, 69 (1970), p. 22. < <

[735] Ball, *The Guardsmen*, p. 349. < <

[736] Thorpe, *Supermac*, p. 454. <<

[737] Ronald Hyam y Peter Henshaw, *The Lion and the Springbok. Britain and South Africa since the Boer War*, Cambridge, 2003, probablemente sea la mejor guía sobre las relaciones entre ingleses y afrikáners. <<

[738] Shepherd, *Iain Macleod*, p. 155. <<

[739] Hyam, *Britain's Declining Empire*, p. 261. <<

[740] Shepherd, *Iain Macleod*, p. 177. <<

[741] Piers Brendon, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*, Londres, 2007, p. 581. <<

[742] John Darwin, *Britain and Decolonisation. The Retreat from Empire in the Post-War World*, Londres, 1988, p. 273. <<

[743] Shepherd, *Iain Macleod*, pp. 225-227.

15. EL BLUES DEL PATIO TRASERO: CUBA < <

[744] Lars Schoultz, *Beneath the United States. A History of US Policy toward Latin America*, Cambridge, Massachusetts, 1998, p. 209. < <

[745] Hans Schmidt, *Maverick Marine. General Smedley Butler and the Contradictions of American Military History*, Lexington, 1998, p. 291. Este ensayo se publicó en 1935 en la revista socialista *Common Sense*. Por entonces Butler, al que apodaban «Viejo ojo de taladro» era el marine más condecorado de la historia con dieciséis medallas, incluidas dos medallas de honor. < <

[746] Thomas G. Paterson, «Fixation with Cuba: The Bay of Pigs, Missile Crisis and Covert War against Castro», en Thomas G. Paterson (ed.), *Kennedy's Quest for Victory. American Foreign Policy 1961-1963*, Oxford, 1989, p. 127. <<

[747] Stephen Rabe, «Controlling Revolutions: Latin America, Alliance for Progress and Cold war Anti-Communism», en Paterson (ed.), *Kennedy’s Quest for Victory*, p. 108. <<

[748] Schoultz, *Beneath the United States*, p. 339. < <

[749] FR 1952-1954 4:1-10 y Anexo a NSC 144, 6 de marzo de 1953. <<

[750] George C. Herring, *From Colony to Superpower. US Foreign Relations since 1776*, Oxford, 2008, pp. 369 y ss. lo explica muy bien. <<

[751] Richard H. Immerman, *John Foster Dulles. Piety, Pragmatism and Power in US Foreign Policy*, Wilmington, Delaware, 1999, p. 109. <<

752 Herring, *From Colony to Superpower*, p. 685. <<

[753] Alexandra von Tunzelmann, *Red Heat. Conspiracy, Murder and the Cold War in the Caribbean*, Londres, 2011, pp. 196-197, es excelente sobre la República Dominicana, Cuba y Haití. < <

[754] Herring, *From Colony to Superpower*, pp. 473-474. <<

[755] Stephen Rabe, «Dulles, Latin America and Cold War Anti-Communism», en Richard H. Immerman (ed.), *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, Princeton, 1990, p. 163. < <

[756] *Ibid.*, p. 178. < <

[757] Schoultz, *Beneath the United States*, pp. 315-351. <<

[758] *Ibid.*, pp. 328-331. < <

[759] Sobre Figueres, cfr. David Atlee Phillips, *The Night Watch. 25 Years inside the CIA*, Londres, 1977, pp. 62-63. En 1955 Phillips pasó tres días en San José como invitado de Pepe y Karen Figueres, aunque no supo a qué se dedicaban hasta 1977. < <

[760] Thomas Zoumaras, «Eisenhower's Foreign Economic Policy. The Case of Latinamerica», en Richard Melanson y David Mayers (eds.), *Reevaluating Eisenhower. American Foreign Policy in the Fifties*, Urbana, Illinois, 1989, pp. 155 y ss. <<

[761] Hugh Thomas, *Cuba. A History*, Londres, 1971, reed. en 2001, pp. 446 y ss. *[Cuba: la lucha por la libertad*, Madrid, Debate, 2004].<<

[762] Los detalles sórdidos en T. J. English, *Havana Nocturne. How the Mob Owed Cuba… and Then Lost It to the Revolution*, Nueva York, 2007. <<

[763] Tunzelmann, *Red Heat*, pp. 40-41. < <

[764] Hugo Abedul y Gerald Hughes, «The Comandante and His Labyrinth: Fidel Castro and His Legacy», *Intelligence and National Security*, 26 (2011), pp. 533-534, es una detallada demolición de los mitos biográficos del dictador. < <

[765] Volker Skierka, *Fidel Castro. A Biography*, Cambridge, 2004, p. 53. *[Fidel Castro: la biografía definitiva del líder cubano*, Madrid, Martínez Roca, 2004]. < <

[766] Jacqui Goddard, «Man who killed Che to avenge father's death awarded 2,8 billions», *The Times*, 25 de agosto de 2011, p. 39.< <

[767] Michael Grow, *US Presidents and Latin American Interventions. Pursuing Regime Chance in the Cold War*, Lawrence, Kansas, 2008, p. 32. < <

768 Thomas, *Cuba*, p. 729. < <

[769] Abedul y Hughes, «The Comandante», pp. 548-549, es muy bueno sobre la actitud de Estados Unidos hacia Cuba. < <

[770] Skierka, *Fidel Castro*, p. 82. <<

[771] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *«On the Hell of a Gamble». Khrushchev, Castro and Kennedy 1958-1964. The Secret History of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, 1997, p. 12, y Brian Latell, *Castro's Secrets. The CIA and Cuba's Intelligence Machine*, Nueva York, 2012, sobre el KGB y los servicios secretos cubanos. < <

[772] Tunzelmann, *Red Heat*, p. 179. < <

[773] Skierka, *Fidel Castro*, p. 87. <<

[774] Grow, *US Presidents and Latin American Interventions*, pp. 41-42.< <

[775] Skierka, *Fidel Castro*, p. 95. <<

[776] Fursenko y Naftali, *«On the Hell of a Gamble»*, p. 45, informa sobre un pago de 8.000 dólares por los últimos discursos de febrero de 1961. Castro era capaz de hablar durante seis horas ininterrumpidamente y quería que le pagaran por palabra. <<

[777] *Ibid.*, p. 52< <

[778] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Krushchev's Cold War. The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, 2006, pp. 429-430. <<

[779] Grow, *US Presidents and Latin American Interventions*, p. 49.<<

[780] Skierka, *Fidel Castro*, pp. 103-104. <<

[781] Grow, *US Presidents and Latin American Interventions*, pp. 26 y 91. <<

[782] Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, pp. 378-379. <<

[783] Paterson, «Fixation with Cuba», p. 129, citando a Walter Lippmann. < <

[784] Grow, *US presidents and Latin American Interventions*, p. 50< <

[785] Robert Dallek, *John F. Kennedy. An Unfinished Life 1917-1963*, Londres, 2003, p. 31. <<

[786] *Ibid.*, p. 118. <<

[787] *Ibid.*, pp. 165-168. < <

788 *Ibid.*, p. 225. <<

[789] *Ibid.*, p. 235. < <

[790] Jane C. Loeffler, *The architecture of Diplomacy. Building America’s Embassies*, Nueva York, 1998, reed. Princeton, 2011, pp. 131-132, citando la entrevista con Crockett. < <

[791] Grow, *US Presidents and Latin American Interventions*, pp. 52-54. < <

792 Paterson, «Fixation with Cuba», pp. 134-135. < <

[793] El mejor relato de la invasión es el de Howard Jones, *The Bay of Pigs*, Oxford, 2008. <<

[794] Phillips, *The Night Watch*, pp. 106-108. < <

[795] Jones, *The Bay of Pigs*, p. 107.

16. A PUNTO: LA CRISIS DE LOS MISILES < <

[796] Tim Weiner, *Legacy of Ashes. The History of the CIA*, Londres, 2007, p. 180. *[Legado de cenizas, la historia de la CIA*, Madrid, Debate, 2008]. < <

[797] Cecil B. Currey, *Edward Lansdale. The Unquiet American*, Boston, 1988, reed. Washington DC, 1998, p. 242. < <

[798] Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars. Berlin, Cuba, Laos and Vietnam*, Oxford, 2000, pp. 154-156. <<

[799] Bayard Stockton, *Flawed Patriot. The Rise and Fall of CIA Legend Bill Harvey*, Dulles, Virginia, 2006, pp. 143 y ss. < <

[800] Evan Thomas, *The Very Best Men. The Daring Early Years of the CIA*, Nueva York, 1995, reed. 2006, pp. 289-290. < <

[801] Gerald Ford Library, Ann Arbor, Michigan, «Minutes of Meeting of the Special Group (Augmented) on Operation MONGOOSE», 4 de octubre de 1962. Este documento se desclasificó en 1997. <<

[802] Taylor Branch y George Crile, «The Kennedy Vendetta: Our Secret War on Cuba», *Harpers Magazine*, agosto de 1975, p. 60, se basa en entrevistas con muchos participantes en las operaciones. < <

[803] Brian Latell, *Castro’s Secrets. The CIA and Cuba’s Intelligence Machine*, Nueva York, 2012, p. 99. <<

[804] Kai Bird, *The Color of Truth. McGeorge Bundy and William Bundy. Brothers in Arms. A Biography*, Nueva York, 1998, p. 244. <<

[805] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *«One Hell of a Gamble». Khrushchev, Castro and Kennedy 1958-1964. The Secret History of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, 1997, pp. 149-151. <<

[806] Jonathan Haslam, *Russia's Cold War. From the October Revolution to the Fall of the Wall*, New Haven, Connecticut, 2011, pp. 196-199, con mucho y muy valioso material soviético. <<

[807] Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, 2007, pp. 160-167. <<

[808] William Taubman, *Khrushchev. The Man and His Era*, Londres, 2003, pp. 532-533, muy convincente sobre Jrushchev y su círculo interno durante la crisis de los misiles. *[Jrushchev, el hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005]. < <

[809] George C. Herring. *From Colony to Superpower. US Foreign Relations Since 1776*, Oxford, 2008, p. 707. < <

[810] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 188-189. < <

[811] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev and the Cold War. The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, 2006, p. 451. <<

[812] Robert Dalleck, *John F. Kennedy. An Unfinished Life 1917-1963*, Londres, 2003, p. 537. <<

[813] George W. Ball, *The Past Has Another Pattern. Memoirs*, Nueva York, 1982, p. 287. < <

[814] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 221-222. < <

[815] Haslam, *Russia's Cold War*, p. 206, y Freedman, *Kennedy's Wars*, p. 169. < <

[816] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 229-230. <<

[817] Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson*, vol. 4. *The Passage of Power*, Nueva York, 2012, p. 222. < <

[818] Evan Thomas, *Robert Kennedy. His Life*, Nueva York, 2000, p. 213. <<

[819] Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares. A Memoir*, Nueva York, 1972, pp. 267-268. < <

[820] Haslam, *Russia’s Cold War*, p. 207. <<

[821] Dallek, *John F. Kennedy*, p. 368. <<

[822] Ernest R. May y Philip D. Zelikow (eds.), *The Kennedy Tapes. Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, 2002, p. 117. < <

[823] Warren Kozak, *Lemay. The Life and Wars of General Curtis LeMay*, Washington DC, 2009, pp. 332-354. < <

[824] Ball, *The Past has Another Pattern*, p. 291. <<

[825] L. Douglas Keeney, *15 Minutes. General Curtis LeMay and the Countdown to Nuclear Annihilation*, Nueva York, 2011, pp. 282-283.<<

[826] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, p. 247. < <

[827] Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, p. 483. <<

[828] Bird, *The Color of Truth*, pp. 238-239. <<

[829] Thomas, *Robert Kennedy*, p. 231. <<

[830] Michael Dobbs, *One Minute to Midnight. Kennedy, Khrushchev and Castro on the Brink of Nuclear War*, Londres, 2008, pp. 204-205. <<

[831] *Ibid.*, pp. 284-285. < <

[832] Volker Skierka, *Fidel Castro. A Biography*, Cambridge, 2004, p. 138.< <

[833] Howard Jones, *The Bay of Pigs*, Oxford, 2008, p. 164. <<

[834] Cfr. Brian Latell, *Castro's Secrets*. Leí este texto del antiguo oficial de la CIA en un formato seriado, publicado en el *Miami Herald* el 1-5 de mayo de 2012. < <

[835] Piero Gleijeses, «Cuba First Venture in Africa 1961-1965», *Journal of Latin American Studies* 28 (1996), pp. 171-181. < <

[836] Fursenko y Naftali, *Jrushchev’s Cold War*, pp. 532-538.

17. QUERER ABARCAR DEMASIADO: VIETNAM <<

[837] William Taubman, *Khrushchev. The Man and his Era*, Londres, 2003, p. 341. *[Jrushchev, el hombre y su época*, Madrid, Debate, 2005]. <<

[838] Frank Dikötter, *Mao's Great Famine*, Londres, 2011, es el relato definitivo sobre estos horrores. < <

[839] Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2001, p. 77. <<

[840] Harold P. Ford, «Calling the Sino-Soviet Split», CIA Library, Center for the Study of Intelligence, Studies in Intelligence 1998-1999, pp. 57-71 (pdf), en https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/winter98_99/art0.5.html, pp. 1-14. < <

[841] Kay Möller, *Die Aussenpolitik der Volksrepublik China 1949-2004*, Eine Einführung, Wiesbaden, 2005, p. 59. <<

[842] George W. Ball, *The Past has Another Pattern. Memoirs*, Nueva York, 1982, p. 364. < <

[843] George C. Herring, *America's Longest War. The United States and Vietnam 1950-1975*, Boston, 2002, p. 94. < <

[844] Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares. A Memoir*, Nueva York, 1972, p. 228.<<

[845] Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars. Berlin, Cuba, Laos and Vietnam*, Oxford, 2000, p. 311. < <

[846] Evan Thomas, *The Very Best Men. The Daring early Years of the CIA*, Nueva York, 1995, reed. 2006, pp. 282-283. < <

[847] Randall B. Woods, *LBJ. Architect of American Ambition*, Cambridge, Massachusetts, 2006, p. 389. <<

[848] Stanley Karnow, *Vietnam. A History*, Londres 1983, ed. revisada de 1994, p. 266, aclara este punto crucial. < <

[849] Taylor, *Swords and Plowshares*, pp. 238 y ss. < <

[850] Freedman, *Kennedy’s Wars*, p. 326. <<

[851] John Prados, *William Colby and the CIA. The Secret War of a Controversial Spymaster*, Lawrence, Kansas, 2009, pp. 74 y ss. < <

[852] Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise Men. Six Friends and the World They Made*, Nueva York, 1986, p. 637. < <

[853] Como el agente del Servicio Exterior de Estados Unidos Charles T. Cross, autor del revelador *Born a Foreigner. A Memoir of the American Presence in Asia*, Lanham, Maryland, 1999, que fue mucho más generoso con Thompson que con el resto de los estadounidenses. Cross había nacido en la China nacionalista y sirvió en Indonesia, Malasia, Londres, Hong Kong y Vietnam. <<

[854] Robert Thompson, *Make for the Hills. Memoirs of Far Eastern Wars*, Londres, 1989, pp. 124-128. <<

855 Karnow, *Vietnam*, p. 274. < <

[856] Herring, *America's Longest War*, pp. 105-106. <<

[857] Robert Dallek, *John F. Kennedy. An Unfinished Life 1917-1963*, Londres, 2003, p. 450. <<

[858] Isaacson y Thomas, *The Wise Men*, p. 636. < <

[859] Freedman, *Kennedy’s Wars*, p. 355. < <

[860] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, 1969, p. 213, es un preciso retrato de McNamara. < <

[861] El relato clásico de Ap Bac es el del sagaz libro de Neil Sheehan, *A Bright Shining Lie. John Paul Vann and America in Vietnam*, Nueva York, 1988, pp. 203-205. < <

[862] Robert Shaplen, *The Lost Revolution. Vietnam 1945-1965*, Londres, 1966, pp. 191-192. < <

[863] Cfr. los valiosos pasajes de Frances Fitzgerald, *Fire in the Lake. The Vietnamese and the Americans in Vietnam*, Nueva York, 1972, pp. 130-134. < <

[864] Karnow, *Vietnam*, pp. 317 y ss., sobre los conspiradores clave. <<

865 Dallek, *John F. Kennedy*, p. 677. <<

866 Halberstam, *The Best and the Brightest*, pp. 278-284. <<

[867] *Ibid.*, pp. 284-285. < <

[868] Herring, *America’s Longest War*, pp. 134-135. <<

[869] Dallek, *John F. Kennedy*, pp. 693-694.

18. EL PUNTO DE INFLEXIÓN DEL SIGLO AMERICANO < <

[870] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, 1969, p. 268. < <

[871] Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson*, vol. 4: *The Passage of Power*, Nueva York, 2012, p. 115. < <

[872] Randall B. Woods, *LBJ, Architect of American Ambition*, Cambridge, Massachusetts, 2006, p. 433. < <

[873] James T. Patterson, *Grand Expectations: The United States 1945-1974*, Oxford, 1996, p. 598. <<

[874] *Ibid.*, p. 508. < <

[875] Kai Bird, *The Color of Truth. McGeorge Bundy and William Bundy. Brothers in Arms. A Biography*, Nueva York, 1998, pp. 276-277. < <

876 Halberstam, *The Best and the Brightest*, pp. 370-371. <<

[877] *Ibid.*, p. 530. < <

878 Patterson, *Grand Expectations*, p. 608. < <

[879] Woods, *LBJ, Architect of American Ambition*, p. 510. <<

[880] Bird, *The Color of Truth*, p. 281. <<

[881] Woods, *LBJ. Architect of American Ambition*, p. 540. < <

[882] Gordon M. Goldstein, *Lessons in Disaster. McGeorge Bundy and the Path to War in Vietnam*, Nueva York, 2008, p. 123. <<

883 Bird, *The Color of Truth*, pp. 286-289. <<

[884] Jung Chang y Jon Halliday, *Mao. The Unknown Story*, Londres, 2006, pp. 586-587. [*Mao: una historia desconocida*, Madrid, Taurus, 2006]. <<

[885] Jonathan Haslam, *Russia's Cold War. From the October Revolution to the Fall of the Wall*, New Haven, Connecticut, 2011, pp. 222-223.<<

[886] Chen Jian, *Mao’s China and the Cold War*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2001, pp. 207-229. <<

887 Halberstam, *The Best and the Brightest*, pp. 532-533. <<

[888] Mark Atwood Lawrence, *The Vietnam War. A Concise International History*, Oxford, 2008, p. 91. <<

[889] Chang y Halliday, *Mao*, p. 590. < <

[890] Jim Mann, «US Considered ’64 Bombing to Keep China Nuclear Free», *Los Angeles Times*, 27 de septiembre de 1998. <<

[891] Francis Gavin y James Steinberg, «The Unknown Unknowns», *Foreign Policy*, 14 de febrero de 2012, pp. 1-3. < <

[892] Goldstein, *Lessons in Disaster*, pp. 176-177. <<

[893] Woods, *LBJ. Architect of American Ambition*, p. 605, sobre el intercambio con McGovern. < <

[894] George C. Herring, *America's Longest War. The United States and Vietnam 1950-1975*, Boston, 2002, p. 179, contiene estas estadísticas.

NOTAS DE LA TRADUCCIÓN

(1) Juego de palabras intraducible con las siglas SEAC, que aluden, por un lado, a South East Asia Command, y por otro, a Save England's Asian Colonies.

(2) En un juego de palabras, Burleigh relaciona la expresión inglesa By hook or by crook, que significa que a veces el fin justifica los medios, con Huk, el nombre de la guerrilla filipina.

(3) Juego de palabras entre *landslide*, que en inglés significa «mayoría absoluta de votos», y Lansdale, apellido real del personaje.

(4) Organismo de la administración colonial británica en la India.

(5) Expresión inglesa equivalente a la «venganza de Moctezuma» mexicana: se refiere al padecimiento de problemas estomacales causados por la comida india.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

ABEDUL, Hugo y HUGHES, Gerald, «The Comandante and his Labyrinth: Fidel Castro and his Legacy», en *Intelligence and National*

Security 26 (2011), pp. 532-565.

ALEXANDER, Andrew, *America and the Imperialism of Ignorance. US Foreign Policy since 1945*, Londres, 2012.

ALEXANDER, Martin y KEIGER, J. F. V. (eds.), *The Algerian War and the French Army 1954-1962. Experiencies, Images, Testimonies*, Londres, 2002.

—, (eds.), *France and the Algerian War 1954-1962. Strategy, Operations and Diplomacy*, Londres, 2002.

AMBROSE, Stephen, *Eisenhower*, Nueva York y Londres, 1983-1984, vols. 1 y 2.

ANDERSON, David, *Histories of the Hanged. Britain's Dirty War in Kenya and the End of Empire*, Londres, 2005.

ANDREOPOULOS, George, «The Age of National Liberation Movements», en Michael Howard, George Andreopoulos y Mark R. Schulman (eds.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Connecticut, 1994, pp. 191-213.

ANDREW, Christopher, *The Defence of the Realm. The Authorized History of MI5*, Londres, 2009.

ARMSTRONG, Charles K., *The North Korean Revolution 1945-1950*, Ithaca, Nueva York, 2003.

ARNOLD, Guy, *Kenyatta and the Politics of Kenya*, Londres, 1974.

ARON, Raymond, *The Dawn of Universal History. Selected Essays from a Witness to the Twentieth Century*, Nueva York, 2002.

ATTWOOD, William, *The Reds and the Blacks. A Personal Adventure*, Nueva York, 1967.

AUSSARESSES, Paul, *The Battle of the Casbah. Terrorism and Counter-Terrorism in Algeria 1955-1957*, Nueva York, 2002.

BACHMANN, Wiebke, *Die UdSSR und der Nahe Osten. Zionismus, ägyptischer Antikolonialismus und sowjetische Aussenpolitik bie 1956*, Múnich, 2011.

BAKEVICH, Andrew, *American Empire. The Realities and Consequences of US Diplomacy*, Cambridge, Massachusetts, 2002.

BALL, George W., *The Past has Another Pattern. Memoirs*, Nueva York, 1982.

BALL, Simon, *The Guardsmen. Harold Macmillan, Three Friends and the World They Made*, Londres, 2004.

BALTZELL, E. Digby, *The Protestant Establishment. Aristocracy and Caste in America*, Nueva York, 1964.

BARBER, Noel, *The War of the Running Dogs. How Malaya Defeated the Communist Guerrillas 1948-1960*, Londres, 1971.

BARNETT, Correlli, *The Audit of War. The Illusion and Reality of Britain as a Great Nation*, Londres, 1986.

—, *The Lost Victory. British Dreams, British Realities 1945-1950*, Londres, 1995.

—, *The Verdict of Peace. Britain between her Yesterday and the Future*, Londres, 2001.

—, *Forgotten Wars. The End of Britain's Asian Empire*, Londres, 2007.

BECKETT, Ian F. W., *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies. Guerrillas and their Opponents since 1750*, Londres, 2001.

BEISNER, Robert, *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, Oxford, 2006.

BELLAIGUE, Christopher de, *Patriot of Persia. Mohammed Mossadegh and a Very British Coup*, Londres, 2012.

BLUNDELL, Michael, *So Rough a Wind*, Londres, 1964.

BONSAL, Philip, *Cuba, Castro and the United States*, Pittsburgh, 1971.

BOOT, Max, *The Savage Wars of Peace*, Nueva York, 2003.

BRADLEY, Mark, *Vietnam at War*, Oxford, 2009.

BRANCH, Daniel, *Defeating Mau Mau, Creating Kenya. Counterinsurgency, Civil War and Decolonization*, Cambridge, 2009.

—, *Kenya. Between Hope and Despair 1963-2011*, New Haven, Connecticut, 2011.

BRANCH, Taylor y CRILE, George, «The Kennedy Vendetta: Our Secret War on Cuba», *Harpers Magazine*, agosto de 1975, pp. 49-63.

BRANDS, H. W., *Bound to Empire. The United States and the Philippines*, Nueva York, 1992.

—, *Inside the Cold War. Loy Henderson and the Rise of the American Empire 1918-1961*, Oxford, 1991.

BRENDON, Piers, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*, Londres, 2007.

—, *Ike. The Life and Times of Dwight Eisenhower*, Londres, 1987.

BROCHEUX, Pierre y HÉMERY, Daniel, *Indochina. An Ambigous Colonisation 1858-1954*, Berkeley, California, 2009.

BROWN, Judith, *Nehru. A Political Life*, New Haven, Connecticut,

2003.

BULLOCK, Alan, *Ernest Bevin. Foreign Secretary*, Oxford, 1985.

BUTLER, L. J., *Britain and Empire. Adjusting to a Post-Imperial World*, Londres, 2002.

CAMPBELL, Arthur, *Jungle Green*, Londres, 1953.

CANNADINE, David, *Ornamentalism. How the British Saw their Empire*, Londres, 2002.

CARO, Robert A., *The Years of Lyndon Johnson*, vol. 4. *The Passage of Power*, Nueva York, 2012.

CATTERALL, Peter (ed.), *The Macmillan Diaries. The Cabinet Years 1950-1957*, Londres, 2003.

—, (ed.), *The Macmillan Diaries. Prime Minister and After 1957-1966*, Londres, 2011.

CESARANI, David, *Major Farran's Hat. Murder, Scandal and Britain's War against Jewish Terrorism 1945-1948*, Londres, 2009.

CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao. The Unknown Story*, Londres, 2006. *[Mao, la historia desconocida*, Madrid, Taurus, 2006].

CHEVENIX TRENCH, Charles, *Men Who Ruled Kenya. The Kenya Administration 1892-1963*, Londres, 1993.

CLARKE, Peter, *The Last Thousand days of the British Empire. The Demise of a Superpower 1944-1947*, Londres, 2007.

CLAYTON, Anthony, *The Wars of French Decolonisation*, Londres, 1994.

CLEARY, A. S., «The Myth of Mau Mau in its International Context», *African Affairs* 89 (1990), pp. 227-245.

CLOAKE, John, *Templer. Tiger of Malaya. The Life of Field Marshal Sir George Templer*, Londres, 1985.

COHEN Michael y KOLINSKY, Martin (eds.), *Demise of British Empire in the Middle East. Britain's Responses to Nationalist Movements 1943-1955*, Londres, 1998.

COHEN, Warren, *Empire Without Tears. America's Foreign Relations 1921-1933*, Nueva York, 1965.

COLVILLE, John, *The Fringes of Power. Downing Street Diaries 1939-1955*, Londres, 2004. *[A la sombra de Churchill: Diarios de Downing Street 1939-1955*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007].

COMBER, Leon, *Malaya's Secret Police 1945-1960. The Role of the Special Branch in the Malayan Emergency*, Monash, Australia, 2008.

COPELAND, Miles, *The Game of Nations. The Amorality of Power*

Politics, Nueva York, 1969. *[El juego de las naciones*, Barcelona, Plaza y Janés, 1972].

—, *The Game Player. Confessions of the CIA's Original Political al Operative*, Londres, 1989.

COTTON, James y NEARY, Ian (eds.), *The Korean War in History*, Manchester, 1989.

CRAIG, Campbell y LOGEVALL, Frederik, *America's Cold War. The Politics of Insecurity*, Cambridge, Massachusetts, 2009.

CRAIG, Gordon y LOEWENHEIM, Francis (eds.), *The Diplomats 1939-1979*, Princeton, 1994.

CROSS, CHARLES T., *Born a Foreigner. A Memoir of the American Presence in Asia*, Lanham, Maryland, 1999.

CULL, Nicholas, *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Public Diplomacy 1945-1989*, Cambridge, 2008.

CUMINGS, Bruce, *The Korean War. A History*, Nueva York, 2010.

—, *North Korea. Another Country*, Nueva York, 2004.

CURREY, Cecil B., *Edward Lansdale. The Unquiet American*, Boston, 1988, reed. en Washington DC, 1998.

DALIN, David G. y ROTHMAN, John F., *Icon of Evil. Hitler's Mufti and the Rise of Radical Islam*, Nueva York, 2008.

DALLEK, Robert, *John F. Kennedy. An Unfinished Life 1917-1963*, Londres, 2003. *[John F. Kennedy: una vida inacabada*, Barcelona, Península, 2004].

—, *The Lost Peace. Leadership in a Time of Horror and Hope 1945-1953*, Nueva York, 2010.

—, *Lyndon B. Johnson. Portrait of a President*, Londres, 2004.

DARD, Olivier, *Voyage au Coeur de l'OAS*, París, 2005.

DARWIN, John, *After Tamerlane. The Global History of Empire*, Londres, 2007.

—, *Britain and Decolonisation. The Retreat from Empire in the Post-War World*, Londres, 1988.

DEERY, Phillip, «The Terminology of Terrorism: Malaya 1948-1952», *Journal of Southeast Asian Studies* 34 (2003), pp. 231-247.

DE WITTE, Ludo, *The Assassination of Lumumba*, Londres, 2001. *[El asesinato de Lumumba*, Barcelona, Crítica, 2003].

DIKÖTTER, Frank, *The Age of Openness. China before Mao*, Hong

Kong, 2008.

—, *Mao's Great Famine*, Londres, 2011.

DOCKRILL, Saki, *Eisenhower's New-Look National Security Policy 1953-1961*, Londres, 1996.

DOUGLAS-HOME, Charles, *Evelyn Baring. The Last Proconsul*, Londres, 1978.

DUECK, Colin, *Reluctant Crusaders. Power, Culture and Change in American Grand Strategy*, Princeton, 2006.

DUIKER, William, *Ho Chi Minh. A Life*, Nueva York, 2000.

ELKINS, Caroline, *Britain's Gulag. The Brutal End of Empire in Kenya*, Londres, 2005.

ENGLISH, T. J., *Havana Nocturne. How the Mob Owned Cuba... and then Lost it to the Revolution*, Nueva York, 2007. *[Nocturno de La Habana: cómo la mafia se hizo con Cuba y la acabó perdiendo*, Madrid, Debate, 2011].

EVANS, Martin, *Algeria. France's Undeclared War*, Oxford, 2012.

EVANS, Martin y PHILLIPS, John, *Algeria. Anger of the Dispossessed*, New Haven, Connecticut, 2007.

FALIGOT, Roger y KAUFFER, Remi, *The Chinese Secret Service. Kang Sheng and the Shadow Government of Red China*, Nueva York, 1987.

FALL, Bernard, *Street without Joy. The French Debacle in Indochina*, Harrisburg, Pensilvania, 1961, reed. Mechanicsburg, Pensilvania, 2005.

FARMANFARMAIAN, Manucher y FARMANFARMAIAN, Roxanne, *Blood and Oil. A prince's memoir of Iran, from the Shah to the Ayatollah*, Nueva York, 2005.

FERNBY, Jonathan, *The General. Charles de Gaulle and the France He Saved*, Londres, 2010.

FERAOUN, Mouloud, *Journal 1955-1962. Reflections on the French-Algerian War*, Lincoln, Nebraska, 2000.

FERGUSON, Niall, *Colossus. The Rise and Fall of the American Empire*, Londres, 2004. *[Coloso: auge y decadencia del imperio americano*, Madrid, Debate, 2005].

—, *Empire. The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, Nueva York, 2003.

FERRELL, Robert H. (ed.), *The Eisenhower Diaries*, Nueva York, 1981.

FINDLAY, Douglas, *White Knees. The Canal Zone 1951-1954. The Forgotten Years*, Edimburgo, 2003.

FITZGERALD, Frances, *Fire in the Lake. The Vietnamese and the Americans in Vietnam*, Nueva York, 1972.

FREEDMAN, Lawrence, *Kennedy's Wars. Berlin, Cuba, Laos and Vietnam*, Oxford, 2000.

FRENCH, David, *The British Way in Counter-Insurgency 1945-1967*, Oxford, 2011.

FROST, Richard, *Enigmatic Proconsul. Sir Philip Mitchell and the Twilight of Empire*, Londres, 1992.

FURSENKO, Aleksandr y NAFTALI, Timothy, *Khrushchev's Cold War. The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, 2006.

—, *«One Hell of a Gamble». Khrushchev, Castro and Kennedy 1958-1964. The Secret History of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, 1997.

GADDIS, John Lewis, *The Cold War. A New History*, Nueva York, 2005. *[La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008].

—, *George F. Kennan. An American Life*, Londres, 2012.

—, *The United States and the Origins of the Cold War 1941-1947*, Nueva York, 1972.

GILES, Frank, *The Locust Years. The Story of the Fourth French Republic 1946-1958*, Londres, 1991.

GOLDMAN, Eric, *The Crucial Decade —and After. America 1945-1960*, Nueva York, 1960.

GOLDSTEIN, Gordon M., *Lessons in Disaster. McGeorge Bundy and the Path to War in Vietnam*, Nueva York, 2008.

GOSNELL, Jonathan, *The Politics of Frenchness in Colonial Algeria 1930-1954*, Rochester, Nueva York, 2002.

GOULDEN, Joseph, *The Best Years 1945-1950*, Nueva York, 1976.

GROB-FITZGIBBON, Benjamin, *Imperial Endgame. Britain's Dirty Wars and the End of Empire*, Londres, 2011.

GROSE, Peter, *Allen Dulles. Spymaster. The Life and Ties of the First Civilian Director of the CIA*, Londres, 2006 (la primera edición llevaba por título *Gentleman Spy. The Life of Allen Dulles*, Londres, 1995).

GROW, Michael, *US Presidents and Latin American Interventions. Pursuing Regime Change in the Cold War*, Lawrence, Kansas, 2008.

HACK, Karl, «British Intelligence and Counter-Insurgency in the Era of Decolonisation: The Example of Malaya», *Intelligence and National Security* 14 (1999), pp. 143-145.

—, «Corpses, POWs and Captured Documents: British and Communist Narratives of the Malayan Emergency and the Dynamics of Intelligence Transformation», *Intelligence and National Security* 14 (1999), pp. 211-241.

—, «"Iron Claws on Malaya". The Historiography of Malayan Emergency», *Journal of Southeast Asian Studies* 30 (1999), pp. 99-125.

—, «The Malayan Emergency as Counter-Insurgence Paradigm», *Journal of Strategic Studies* 32 (2009), pp. 383-414.

HALBERSTAM, David, *The Coldest Winter. America and the Korean War*, Londres, 2008.

—, *The Fifties*, Nueva York, 1993.

HAN, Suyin, *My House Has Two Doors*, Londres, 1982.

HARLOW, Vincent y CHILVER, E. M. (eds.), *History of East Africa*, Oxford, 1965.

HARPER, T. N., *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge, 1999.

HASLAM, Jonathan, *Russia's Cold War. From the October Revolution to the Fall of the Wall*, New Haven, Connecticut, 2011.

HASTINGS, Max, *All Hell Let Loose. The World at War 1939-1945*, Londres, 2011.

—, *The Korean War*, Londres, 1987.

HEFFER, Simon, *Like the Roman. The Life of Enoch Powell*, Londres, 1998.

HENISSART, Paul, *Wolves in the City. The Death of French Algeria*, Londres, 1970.

HENNESSY, Peter, *Having It So Good. Britain in the Fifties*, Londres, 2006.

—, *Never Again. Britain 1945-51*, Londres, 1992.

HERRING, George C., *America's Longest War. The United States and Vietnam 1950-1975*, Boston, 2002.

—, *From Colony to Superpower. US Foreign Relations since 1776*, Oxford, 2008.

HEWITT, Peter, *Kenya Cowboy. A Police Officer's Account of the Mau Mau Emergency*, Johannesburgo, 2008.

HILGER, Andreas (ed.), *Die Sowjetunion und die Dritte Welt. UdSSR, Staatssozialismus und Antikolonialismus im Kalten Krieg 1945-1991*, Múnich, 2009.

HOLLAND, R. J., *European Decolonisation 1918-1981*, Londres, 1985.

HORNE, Alistair, *A Savage War of Peace. Algeria 1954-1962*, Londres, 1977, reed. Nueva York, 2006.

HOROWITZ, David, «Attitudes of British Conservatives towards Decolonization in Africa», *African Affairs* 69 (1970), pp. 9-26.

HUGHES, Emmet John, *The Ordeal of Power. A Political Memoir of the Eisenhower Years*, Nueva York, 1963.

HYAM, Ronald, *Britain's Declining Empire. The Road to Decolonisation 1918-1968*, Cambridge, 2006.

—, *Britain's Imperial Century 1815-1914. A Study of Empire and Expansion*, Londres, 2002.

IMMERMAN, Richard H., *John Foster Dulles. Piety, Pragmatism, and Power in US Foreign Policy*, Wilmington, Delaware, 1999.

—(ed.), *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, Princeton, 1990.

INBODEN, William, *Religion and American Foreign Policy 1945-1960. The Soul of Containment*, Cambridge, 2008.

ISAACSON, Walter y THOMAS, Evan, *The Wise Men. Six Friends and the World They Made*, Nueva York, 1986.

JACKSON, Robert, *The Malayan Emergency and Indonesian Confrontation. The Commonwealth's Wars 1948-1966*, Barnsley, 1991.

JAMES, Lawrence, *The Rise and Fall of the British Empire*, Londres, 1994.

JEFFREY, Keith, *MI6. The History of the Secret Intelligence Service 1909-1949*, Londres, 2010.

JENKINS, Roy, *Truman*, Londres, 1986.

JONES, Howard, *«A New Kind of War»: America's Global Strategy and the Truman Doctrine in Greece*, Nueva York, 1989.

—, *The Bay of Pigs*, Oxford, 2008.

JONES, Joseph Marion, *The Fifteen Weeks. An Inside Account of the Genesis of the Marshall Plan*, San Diego, 1955.

KALB, Madeleine, *The Congo Cables. The Cold War in Africa — From Eisenhower to Kennedy*, Nueva York, 1982.

KARNOW, Stanley, *Vietnam. A History*, Londres, 1983, ed.

revisada de 1994.

KEDOURIE, Elie, *The Chatham House Version and Other Middle Eastern Studies*, Hanover, New Hampshire, 1984.

KEDWARD, Rod, *La Vie en bleu. France and the French since 1900*, Londres, 2005.

KEENEY, L. Douglas, *15 Minutes. General Curtis LeMay and the Countdown to Nuclear Annihilation*, Nueva York, 2011.

KENNEDY, Paul, *The Parliament of Man. The United Nations and the Quest for World Government*, Londres, 2007. *[El Parlamento de la humanidad: la historia de las Naciones Unidas*, Madrid, Debate, 2007].

—, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1989. *[Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Debolsillo, 2003].

KERKVLIET, Benedict J., *The Huk Rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, California, 1977, reed. Lanham, Maryland, 2002.

KINZER, Stephen, *All the Shah's Men. An American Coup and the Roots of Middle East Terror*, Nueva York, 2008. *[Todos los hombres del Shah: un golpe de estado norteamericano y las raíces del terror en Oriente Próximo*, Madrid, Debate, 2005].

KITSON, Frank, *Gangs and Counter-gangs*, Londres, 1960.

KORBONSKI, Andrzej y FUKUYAMA, Francis, *The Soviet Union and the Third World. The Last Three Decades*, Ithaca, Nueva York, 1987.

KOYA, Zakiah, «Life behind a Barbed Wire Fence», *New Straits Times*, 31 de agosto de 1998.

KOZAK, Warren, *LeMay. The Life and Wars of General Curtis LeMay*, Washington DC, 2009.

KRAUZE, Enrique, *Redeemers. Ideas and Power in Latin America*, Nueva York, 2011. [*Redentores: ideas y poder en América Latina*, Debate, 2011].

KUX, Dennis, *The United States and Pakistan 1947-2000. Disenchanted Allies*, Washington DC, 2001.

KWARTENG, Kwasi, *Ghosts of Empire. Britain's Legacies in the Modern World*, Londres, 2011.

LACEY, Michael (ed.), *The Truman Presidency*, Cambridge, 1999.

LANGGUTH, A. J., *Our Vietnam. The War 1954-1975*, Nueva

York, 2000.

LANSDALE, Edward Geary, *In the Midst of Wars. An American's Mission to Southeast Asia*, Nueva York, 1972, reed. de 1991.

LANZONA, Vina, *Amazons of the Huk Rebellion. Gender, Sex and Revolution in the Philippines*, Madison, Wisconsin, 2009.

LARKIN, Maurice, *France since the Popular Front. Government and People 1936-1996*, Oxford, 1997.

LATELL, Brian, *Castro's Secrets. The CIA and Cuba's Intelligence Machine*, Nueva York, 2012.

LAWRENCE, Mark Atwood, *The Vietnam War. A Concise International History*, Oxford, 2008.

LAWRENCE, Mark Atwood y LOGEVALL, Fredrik (eds.), *The First Vietnam War. Colonial Conflict and Cold War Crisis*, Cambridge, Massachusetts, 2008.

LEE, Jongsoo, *The Partition of Korea after World War II*, Nueva York, 2006.

LEFFLER, Melvyn y WESTAD, Odd Arne (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, 2010, vols. 1-3.

LEGGE, John D., *Sukarno. A Political Biography*, Londres, 1972.

LEGUM, Colin, *Congo Disaster*, Londres, 1961.

LEWIS, Norman, *A Dragon Apparent. Travels in Cambodia, Laos and Vietnam*, Londres, 1951, reed. de 2003.

LIKIMANI, Muthoni, *Passbook Number F.47927. Women and Mau Mau in Kenya*, Londres, 1985.

LOEFFLER, Jane, *The Architecture of Diplomacy. Building America's Embassies*, Nueva York, 1998, ed. revisada, Princeton, 2011.

LONSDALE, John, «Mau Maus of the Mind: Making Mau Mau and Remaking Kenya», *Journal of African History* 31 (1990), pp. 393-421.

LOUIS, William Roger, *The British Empire in the Middle East 1945-1951. Arab Nationalism, the United States, and Postwar Imperialism*, Oxford, 1984.

—, *Ends of British Imperialism. The Scramble for Empire, Suez and Decolonization*, Londres, 2006.

LYNN, M. (ed.), *The British Empire in the 1950s*, Basingstoke, 2006.

LYTTELTON, Oliver, vizconde Chandos, *The Memoirs of Viscount*

Chandos, Londres, 1962.

MCCULLOCH, David, *Truman*, Nueva York, 1992.

MACDONALD, Douglas J., *Adventures in Chaos. American Intervention for Reform in the Third World*, Cambridge, Massachusetts, 1992.

MCMAHON, Robert, *The Cold War*, Oxford, 2003. *[La guerra fría: una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2009].

—, *The Cold War on the Periphery. The United States, India and Pakistan*, Nueva York, 1994.

—, *Colonialism and Cold War. The United States and the Struggle for Indonesian Independence 1945-49*, Ithaca, Nueva York, 1981.

—, *The Limits of Empire. The United States and Southeast Asia since World War II*, Nueva York, 1999.

MAHONEY, Richard D., *JFK. Ordeal in Africa*, Nueva York, 1983.

MAJDALANY, Fred, *State of Emergency. The Full Story of the Mau Mau*, Londres, 1962.

MANEA, Octavian, «Setting the Record Straight on Malayan Counterinsurgency Strategy: Interview with Karl Hack», *Small Wars Journal*, 11 de febrero de 2011, pp. 1-11.

MARR, David G., *Vietnam 1945. The Quest for Power*, Berkeley, California, 1995.

MAY, Ernest, *American Imperialism. A Speculative Essay*, Chicago, 1991.

MAY, Ernest R. y ZELIKOW, Philip D. (eds.), *Dealing with Dictators. Dilemmas of US Diplomacy and Intelligence Analysis 1945-1990*, Cambridge, Massachusetts, 2006.

—(eds.), *The Kennedy Tapes. Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, 2002.

MEALLIER, Pierre (ed.), *OAS: la guerre d'Algérie vue de Bône à travers les tracts OAS*, Niza, 2004.

MELANSON, Richard y MAYERS, David (eds.), *Reevaluating Eisenhower. American Foreign Policy in the Fifties*, Urbana, Illinois, 1989.

MERLE, Robert, *Ben Bella*, Londres, 1967.

MIERS, Richard, *Shoot to Kill*, Londres, 1959.

MILLER, Harry, *Menace in Malaya*, Londres, 1954.

MITCHELL, George, *Matthew B. Ridgway. Soldier, Statesman, Scholar, Citizen*, Mechanicsburg, Pensilvania, 2002.

MITTER, Rana, *A Bitter Revolution. China's Struggle with the Modern World*, Oxford, 2004.

MÖLLER, Kay, *Die Aussenpolitik der Volksrepublik China 1949-2004. Eine Einführung*, Wiesbaden, 2005.

MONTAGUE, Ludwell Lee, *General Walter Bedell Smith as Director of Central Intelligence, October 1950-February 1953*, University Park, Pensilvania, 1992.

MORGAN, Kenneth O., *Labour in Power 1945-1951*, Oxford, 1984.

MORGAN, Ted, *My Battle of Algiers. A Memoir*, Nueva York, 2005.

MORRIS, Benny, *1948. The First ArabIsraeli War*, New Haven, Connecticut, 2008.

MOTTAHEDEH, Roy, *The Mantle of the Prophet. Religion and Politics in Iran*, Oxford, 2005.

MURPHY, Philip, *Alan Lennox-Boyd. A Biography*, Londres, 1999.

MURRAY-BROWN, Jeremy, *Kenyatta*, Londres, 1972.

NAGL, John, *Learning to Eat Soup with a Knife. Counterinsurgency Lessons from Malaya and Vietnam*, Chicago, 2005.

NAIPAUL, Vidia, *India: A Million Mutinies Now*, Londres, 2010.

—, *The Masque of Africa*, Londres, 2011.

NASHEL, Jonathan, *Edward Lansdale's Cold War*, Amherst, Massachusetts, 2005.

NEUSTADT, Richard y MAY, Ernest, *Thinking in Time. The Uses of History for Decision Makers*, Nueva York, 1986.

NICHOLLS, C. S., *Red Strangers. The White Tribe of Kenya*, Londres, 2005.

NZONGOLA-NTALAJA, Georges, *The Congo. From Leopold to Kabila. A People's History*, Londres, 2002.

OAKLEY, J. Ronald, *God's Country. America in the Fifties*, Nueva York, 1990.

O'BRIEN, Conor Cruise, *Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland*, Dublín, 1994.

—, *To Katanga and Back. A UN Case History*, Londres, 1962.

ODHIAMBO, E. S. Atieno y LONSDALE, John (eds.), *Mau Mau and Nationhood* Athens, Ohio, 2003.

OGUNSANWO, Alaba, *China's Policy in Africa 1958-1971*, Cambridge, 1974.

OLDFIELD, John, *The Green Howards in Malaya (1949-1952). The Story of a Post-War Tour of Duty by a Battalion of the Line*, Aldershot, 1953.

PAKENHAM, Valerie, *The Noonday Sun. Edwardians in the Tropics*, Londres, 1985.

PATERSON, Thomas G. (ed.), *Kennedy's Quest for Victory. American Foreign Policy 1961-1963*, Oxford, 1989.

PATTI, Archimedes, *Why Vietnam? Prelude to America's Albatross*, Berkeley, California, 1980.

PAXMAN, Jeremy, *Empire. What Ruling the World Did for the British*, Londres, 2011.

PHILLIPS, David Atlee, *Night Watch. 25 Years inside the CIA*, Londres, 1977.

PORTER, Bernard, *The Absent-Minded Imperialists. Empire, Society and Culture in Britain*, Oxford, 2004.

QUINN-JUDGE, Sophie, *Ho Chi Minh. The Missing Years 1919-1941*, Londres, 2003.

RAMSDEN, John, *An Appetite for Power. A History of the Conservative Party since 1830*, Londres, 1999.

REES, David (ed.), *The Korean War. History and Tactics*, Londres, 1984.

RODMAN, Peter, *More Precious than Peace. The Cold War and the Struggle for the Third World*, Nueva York, 1994.

ROGAN, Eugene, *The Arabs. A History*, Londres, 2009. [*Los árabes*, Barcelona, Crítica, 2010].

ROTHMAN, Hal, *LBJ's Texas White House*, College Station, Texas, 2001.

ROTTER, Andrew, *Comrades at Odds. The United States and India 1947-1964*, Ithaca, Nueva York, 2000.

RYAN, David y PUNGONG, Victor (eds.), *The United States and Decolonisation. Power and Freedom*, Nueva York, 2000.

RYAN, Mark, FINKELSTEIN, David y MCDEVITT, Michael (eds.), *Chinese Warfighting. The PLA Experience since 1949*, Armonk, Nueva York, 2003.

SANDBROOK, Dominic, *Never Had It So Good. A History of Britain from Suez to the Beatles*, Londres, 2005.

SANGER, Clyde, *Malcolm MacDonald. Bringing an End to Empire*, Liverpool/Montreal, 1995.

SCHOULTZ, Lars, *Beneath the United States. A History of US Policy toward Latin America*, Cambridge, Massachusetts, 1998.

SCHWARZ, Bill, *Memoirs of Empire*, vol. 1: *The White Man's World*, Oxford, 2011.

SERVICE, Robert, *Comrades. Communism. A World History*, Londres, 2007. *[Camaradas. Breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009].

SHAPLEN, Robert, *The Lost Revolution. Vietnam 1945-65*, Londres, 1966.

SHENNAN, Margaret, *Out in the Midday Sun. The British in Malaya 1880-1960*, Londres, 2000.

SHEPHERD, Naomi, *Ploughing Sand. British Rule in Palestine*, Londres, 1999.

SHEPHERD, Robert, *Iain Macleod*, Londres, 1994.

SHEVCHENKO, Arkady, *Breaking with Moscow*, Nueva York, 1985. *[Ruptura con Moscú*, Barcelona, Versal, 1986].

SHORT, Anthony, *In Pursuit of Mountain Rats. The Communist Insurrection in Malaya*, Londres, 1975, reed. Singapur, 2000.

SHUCKBURGH, Evelyn, *Descent to Suez. Diaries 1951-56*, Londres, 1986.

SIMPSON, Howard, *Tiger in the Barbed Wire. An American in Vietnam 1952-1991*, Washington DC, 1992.

SKIERKA, Volker, *Fidel Castro. A Biography*, Cambridge, 2004. *[Fidel Castro: la biografía definitiva del líder cubano*, Madrid, MR Ediciones, 2007].

SKRINE, Clarmont, *World War in Iran*, Londres, 1962.

SMITH, Richard Harris, *OSS. The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*, Guilford, Connecticut, 2005.

SPURR, Russell, *Enter the Dragon. China at War in Korea*, Londres, 1989.

STATLER, Kathryn y JOHNS, Andrew (eds.), *The Eisenhower Administration, the Third World, and the Globalization of the Cold War*, Oxford, 2006.

STEEL, Ronald, *Walter Lippmann and the American Century*, Boston, 1980.

STEPHENS, Robert, *Nasser. A Political Biography*, Londres, 1971.

STOCKWELL, A. J. (ed.), *Malaya. The Communist Insurrection 1948-1953*, vol. 3 de S. R. Ashton (ed.), *British Documents on the End*

of Empire, Series B Londres, 1995.

STUECK, William (ed.), *The Korean War in World History*, Lexington, 2004.

SUH, Dae-Sook, *Kim Il Sung. The North Korean Leader*, Nueva York, 1989.

SULZBERGER, C. L., *The Test. De Gaulle and Algeria*, Londres, 1962.

—, *A Long Row of Candles. Memoirs and Diaries 1934-1954*, Toronto, 1969.

SYKES, Christopher, *Crossroads to Israel. Palestine from Balfour to Bevin*, Londres, 1965.

TARLING, Nicholas, *Britain, Southeast Asia and the Onset of the Cold War 1945-1950*, Cambridge, 1998.

—, *A Sudden Rampage. The Japanese Occupation of Southeast Asia 1941-1945*, Londres, 2001.

TAYLOR, John, *An American Soldier. The Wars of General Maxwell Taylor*, Novato, California, 1989.

THOMAS, Evan, *Robert Kennedy. His Life*, Nueva York, 2000.

—, *The Very Best Men. The Daring Early Years of the CIA*, Nueva York, 1995, reed. 2006.

THOMAS, Hugh, *Cuba. A History*, Londres, 1971, ed. revisada de 2001. [*Cuba, la lucha por la libertad*, Madrid, Debate, 2004].

THOMAS, Martin, MOORE, Bob y BUTLER, L. J., *Crises of Empire. Decolonisation and Europe's Imperial States 1918-1975*, Londres, 2008.

THOMPSON, Reginald, *Cry Korea. The Korean War. A Reporter's Notebook*, Londres, 1951, reed. de 2009.

THOMPSON, Robert, *Make for the Hills. Memories of Far Eastern Wars*, Londres, 1989.

TODD, Olivier, *Albert Camus. A Life*, Nueva York, 1997. *[Albert Canus, una vida*, Barcelona, Tusquets, 1997].

TOYE, Richard, *Churchill's Empire. The World that Made Him and the World He Made*, Londres, 2010.

TREVELYAN, Humphrey, *The Middle East in Revolution*, Londres, 1970.

TUNZELMANN, Alexandra von, *Indian Summer. The Secret History of the End of Empire*, Londres, 2007.

—, *Red Heat. Conspiracy, Murder and the Cold War in the*

Caribbean, Londres, 2011.

VICKERS, Adrian, *A History of Modern Indonesia*, Cambridge, 2005.

WALDEN, George, *China. A Wolf in the World*?, Londres, 2008.

WALDRON, Arthur (ed.), *China in Africa*, Washington DC, 2008.

WALL, Irwin, *France, the United States, and the Algerian War*, Berkeley, California, 2001.

WATT, Donald Cameron, *Succeeding John Bull. America in Britain's Place 1900-1975*, Cambridge, 1984.

WENQIAN, Gao, *Zhou Enlai. The Last Perfect Revolutionary*, Nueva York, 2007.

WESTAD, Odd Arne, *Decisive Encounters. The Chinese Civil War 1946-1950*, Stanford, California, 2003.

—, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of our Times*, Cambridge, 2007.

WHITE, Luise, *The Comforts of Home. Prostitution in Colonial Nairobi*, Chicago, 1990.

WINDROW, Martin, *The Last Valley. Dien Bien Phu and the French Defeat in Vietnam*, Londres, 2005.

WOODHOUSE, C. M., *Something Ventured. The Autobiography of C. M. Woodhouse*, Londres, 1982.

WOODS, Randall B., *LBJ. Architect of American Ambition*, Cambridge, Massachusetts, 2006.

WRONG, Michaela, *In the Footsteps of Mr Kurtz. Living on the Brink of Disaster in the Congo*, Londres, 2001.

YU, Maochun, *OSS in China. Prelude to Cold War*, Annapolis, Maryland, 1996.

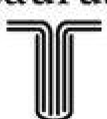
ZHIHUA, Shen y DANHUI, Li, *After Leaning to One Side. China and its Allies in the Cold War*, Stanford, California, 2011.

ZOUMARAS, Thomas, «Eisenhower's Foreign Economic Policy: The Case of Latin America», en Richard Melanson and David Mayers (eds.), *Reevaluating Eisenhower. American Foreign Policy in the Fifties*, Urbana, Illinois, 1989.

ÍNDICE ANALÍTICO

SOBRE EL AUTOR

Michael Burleigh (Londres, 1955) ha sido investigador en las universidades de Oxford y Cardiff, y en la London School of Economics. También ha sido profesor en diversas universidades estadounidenses, como Rutgers, Washington & Lee, y Stanford. *El Tercer Reich* (Taurus, 2002), por el que consiguió el Premio Samuel Johnson en 2001, *Poder terrenal* (Taurus, 2005), *Causas sagradas* (Taurus, 2006) y *Sangre y rabia* (Taurus, 2008) son algunos de sus libros más importantes. Es colaborador habitual de diversos medios británicos. Obtuvo en 2012 el premio Nonino. Su libro más reciente, *Combate moral: una historia de la segunda guerra mundial*, fue descrito en *The Daily Telegraph* como «uno de los grandes libros» sobre la guerra.



Título original: *Small Wars, Far Away Places*

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos — Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.editorialtaurus.com
ISBN ebook: 978-84-306-0959-8
Imagen de cubierta: Getty Images © De los mapas: Hugo Bicheno
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.



Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21
Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56
Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60
Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77
Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20
Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91
El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán — La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66
España
www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos — Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24
Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can
26 avenida 2-20 Zona nº 14 Guatemala CA Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03
Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84
México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274 Colonia Acacias 03240 Benito Juárez México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67
Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95
Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983
Perú
www.editorialtaurus.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01
Puerto Rico

www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62
República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22
Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83
Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51 < <